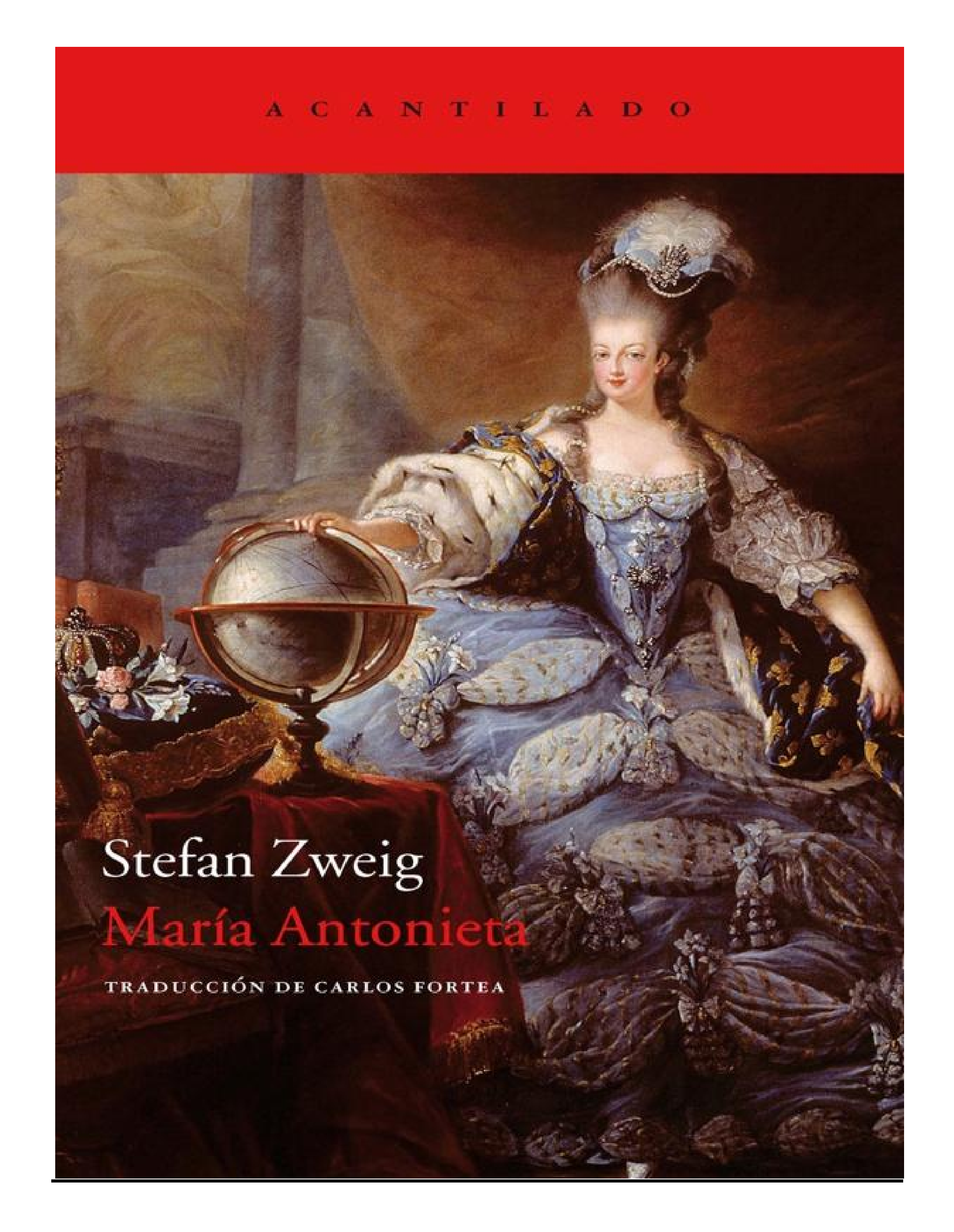

ACANTILADO
Stefan Zweig
María Antonieta
TRADUCCIÓN DE CARLOS FORTEA

Introducción

Escribir la historia de la reina María Antonieta es volver a abrir un proceso más que secular, en el cual acusadores y defensores se contradicen mutuamente del modo más violento. Del tono apasionado de la discusión son culpables los acusadores. Para herir a la realeza, la Revolución tenía que atacar a la reina, y en la reina, a la mujer. Ahora bien, veracidad y política habitan raramente bajo el mismo techo, y allí donde se traza una imagen con fines demagógicos, es de esperar poca rectitud de los siervos complacientes de la opinión pública. No se ahorró ninguna difamación contra María Antonieta, ningún medio para llevarla a la guillotina: todo vicio, toda depravación moral, toda suerte de perversidad fueron atribuidos sin vacilar a la *louve autrichienne*, a la loba austriaca, en periódicos, folletos y libros: hasta en la propia morada de la justicia, en la sala del juicio, comparó el fiscal, patéticamente, a la «Viuda Capeto» con las viciosas más célebres de la historia, con Mesalina, Agripina y Fredegunda. Tanto más completo fue después el cambio, cuando, en 1815, ascendió otra vez un Borbón al trono de Francia: para adular a la dinastía, la figura diabólica fue repintada con los colores más suntuosos: no hay representación de María Antonieta procedente de ese tiempo, sin nubes de incienso ni aureola de santidad. Los cánticos de alabanza suceden a los cánticos de alabanza, la intangible virtud de María Antonieta es defendida airadamente: su espíritu de sacrificio, su magnanimidad, su heroísmo inmaculado, son celebrados en verso y en prosa, y un velo de anécdotas abundantemente impregnadas en llanto, tejido, en general, por aristocráticas manos, envuelve el transfigurado semblante de la *reine martyre*, de la reina mártir.

Aquí, como en la mayoría de los casos, la verdad psicológica viene a encontrarse entre los dos extremos. María Antonieta no era ni la gran santa del monarquismo, ni la perdida, la *grue*, de la Revolución, sino un carácter de tipo medio: una mujer en realidad vulgar; ni demasiado inteligente ni demasiado necia; ni fuego ni hielo; sin especial tendencia hacia el bien y sin la menor inclinación hacia el mal; el carácter medio de mujer de ayer, de hoy y de mañana; sin afición hacia lo demoníaco ni voluntad de heroísmo, y, por tanto, a primera vista, apenas personaje de tragedia.

Pero la Historia, ese gran demiurgo, en modo alguno necesita un carácter heroico como protagonista para edificar un drama emocionante. La tensión trágica no se produce sólo por la desmesurada magnitud de una figura, sino que se da también, en todo tiempo, por la desarmonía entre una criatura humana y su destino. Se presenta dramáticamente cuando un hombre superior, un héroe, un genio, se encuentra en pugna con el mundo que lo rodea, el cual se muestra como demasiado estrecho, demasiado hostil hacia la innata misión a que aquél viene destinado -así, Napoleón ahogándose en el diminuto recinto de Santa Elena, o Beethoven prisionero de su sordera-; en términos generales, es el caso de toda gran figura que no encuentra su medida y su cauce. Pero también surge lo trágico cuando a una naturaleza de término medio, o quizá débil, le toca en suerte un inmenso destino, responsabilidades personales que la aplastan y trituran, y esta forma de lo trágico hasta llega quizás a parecerme la más humanamente impresionante. Pues el hombre extraordinario busca, sin saberlo, un destino extraordinario; su naturaleza, de desmesuradas proporciones, está orgánicamente acomodada para vivir de un modo heroico, o «en peligro», según la frase de Nietzsche; desafía al mundo con la audacia de las exigencias propias de su carácter. De modo que, en último término, el carácter genial no es irresponsable de sus sufrimientos, porque la misión que le fue adjudicada le hace aspirar místicamente a esta prueba del fuego para que sea extraída de él su fuerza postrera; lo mismo que la tempestad a la gaviota, su poderoso destino lo arrastra cada vez con mayor poderío y más hacia lo alto. Por el contrario, el carácter medio está destinado, por su natural, a una pacífica forma de vida; no quiere, no necesita ninguna gran impresión; preferiría vivir tranquilamente y en la oscuridad, al abrigo de los vientos y con el destino de mesurada intensidad; por eso se defiende, por eso se espanta, por eso huye cuando una mano invisible lo lanza hacia la agitación. No quiere responsabilidades de Historia Universal; por el contrario, las teme; no busca el sufrimiento, sino que le es impuesto; de fuera y no de dentro viene lo que le obliga a sobrepasar su propia medida. A este dolor del no héroe, del hombre de tipo medio, lo considero, hasta por faltarle condiciones de visibilidad, como no menor que el patético sufrimiento del héroe verdadero y quizás aún más conmovedor que aquél; pues el hombre vulgar tiene que soportarlo por sí

solo, y no tiene, como el artista, la salvación dichosa de convertir sus tormentas en obras de arte, dándoles forma duradera.

Pero a veces el destino puede trastornar la existencia de uno de tales hombres medios y, con su puño dominador, lanzarlo por encima de su propia medianía; la vida de María Antonieta es quizás el ejemplo más claro que la Historia nos ofrece de ello. Durante los primeros treinta años de los treinta y ocho que duró su vida, esta mujer recorrió su camino trivial, aunque siempre en una extraordinaria esfera; jamás, ni en lo bueno ni en lo malo, sobrepasó la común medida; un alma tibia, un carácter corriente, y, al principio, históricamente considerada, sólo una figuranta. Sin la irrupción de la Revolución en su alegre a ingenuo mundo de juegos, esta princesa de la Casa de Habsburgo, insignificante en sí misma, habría continuado viviendo tranquilamente como centenares de millones de mujeres de todos los tiempos; habría bailado, charlado, amado, reído; se habría adornado; habría hecho visitas y dado limosnas; habría parido hijos, y, por último, se habría tendido dulcemente en un lecho para morir sin haber vivido realmente según el espíritu del mundo de su tiempo. Como reina, la habrían sepultado solemnemente, habrían llevado luto de corte, pero después habría desaparecido por completo de la memoria de la humanidad, como todas las otras innumerables princesas, las María Adelaidas y Adelaida Marías y las Ana Catalinas y Catalina Anas, cuyas lápidas sepulcrales, con indiferente frialdad, se encuentran en las no leídas páginas del Ghota. Jamás hombre viviente habría experimentado el deseo de inquirir noticias acerca de su persona, de su extinguida alma: nadie habría sabido quién fue ella realmente, y -esto es lo esencial- jamás, si no hubiese estado sometida a esta prueba, habría sabido ni experimentado ella misma, María Antonieta, reina de Francia, cómo era en realidad su persona. Pues forma parte de la suerte de la desgracia del hombre medio el no sentir en sí mismo ningún impulso de medir sus capacidades; el no sentir la curiosidad de interrogarse acerca de su propio ser, antes de que el destino le plantee la cuestión; sin utilizarlas, deja que duerman en sí sus capacidades, que se marchiten sus propias aptitudes y que se debiliten sus fuerzas, como músculos nunca ejercitados, antes de que la necesidad los tienda para una real defensa.

Un carácter medio necesita primeramente ser arrojado fuera de sí mismo, para llegar a ser todo lo que es capaz de ser acaso más de lo que sospechaba y sabía

antes; para ello, el destino no tiene otro estímulo sino la desgracia. Y lo mismo que un artista busca intencionadamente a veces un asunto de menguada apariencia, en lugar de uno que atraiga universalmente, para mejor mostrar su fuerza creadora, así también el destino busca, de tiempo en tiempo un héroe insignificante para probar que también, con una materia bronca, es capaz de obtener el efecto más alto y, de un alma débil y mal dispuesta, una gran tragedia. Una de tales tragedias, y de las más hermosas, de este heroísmo no querido se llama «María Antonieta».

Pues, ¡con qué arte, con qué fuerza de invención en los episodios, en qué inmensidad de impresionantes dimensiones universales, introduce aquí la historia, en su drama, a esta criatura media!: ¡qué sabiamente contrapuntea los temas accesorios en torno a esta figura principal, originariamente tan mal dotada! Con diabólica astucia comienza por colmar de halagos a la mujer. Ya cuando niña le regala como hogar una corte imperial: cuando adolescente, una corona: cuando joven esposa amontona pródigamente a sus pies todos los dones de la gracia y la riqueza y le da, además, un aturdido corazón, que no pregunta por el precio y valor de estos dones. Durante años enteros mima y halaga con todo regalo a esta irreflexiva criatura, hasta que sus sentidos se desvanecen en el vértigo y se hace cada vez más descuidada. Pero si el destino ha elevado a esta mujer tan rápida y fácilmente a las mayores cimas de la dicha, con una crueldad tanto más refinada la deja caer después lentamente. Con melodramática ordinariez, este drama coloca frente a frente los términos más violentamente opuestos; la atroja desde una residencia imperial de cien estancias a un miserable calabozo, desde un trono real a un patíbulo, desde una dorada carroza encristalada a la carreta del verdugo, desde el lujo a la indigencia, desde la simpatía universal al odio, desde el triunfo a la calumnia, cada vez más y más bajo, a inexorablemente hasta las profundidades postreras. Y esta pobre, esta vulgar criatura humana, sorprendida repentinamente en medio de sus hábitos de molicie; este poco juicioso corazón no comprende lo que quiere hacer de él aquel poder extraño; sólo percibe un duro puño que la amasa, una ardiente garra en su carne martirizada; esta criatura sin presentimientos, indignada y desacostumbrada a toda cuita, se defiende y no quiere entregarse, gime, se esconde, trata de huir. Pero con la irreflexibilidad de un artista que no ceja antes de haber arrancado violentamente de su materia el más alto efecto y la última

posibilidad, la sabia mano de la desgracia no deja a María Antonieta antes de que aquella alma, blanca y sin brío, haya extraído de sí dureza y dignidad a fuerza de martillazos; antes de que toda la grandeza que estaba soterrada en su alma, procedente de padres y otros ascendientes, no fuera forzada a hacerse sensible. Con espanto, en medio de sus tormentos, reconoce, por fin, la transformación operada en su ser esta castigada mujer que jamás se había interrogado a sí misma acerca de su propia alma; precisamente entonces, cuando termina el poder exterior, comprende que algo nuevo y grande se inicia dentro de ella, cosa que no hubiera sido posible sin aquella prueba. «Es en la desgracia donde más se siente lo que uno es»: estas palabras, medio orgullosas y medio conmovidas, brotan de repente de su asombrosa boca; le sobreviene el presentimiento de que, justamente por estos dolores, su vida, pobre y corriente, sobrevivirá como ejemplo para la posteridad. Y gracias a esta conciencia de un deber superior que realiza, su carácter crece más allá de sí mismo. Poco antes de que se rompa su forma mortal está acabada la imperecedera obra de arte; pues en sus últimas, en sus postreras horas de vida, alcanzó por fin María Antonieta, criatura humana media, su magnitud trágica, llegando a ser tan grande como su destino.

Capítulo 1
Casan a una niña

Durante siglos, Habsburgos y Borbones han peleado por el predominio en Europa, en docenas de campos de batalla, alemán, italiano, flamenco; por fin, unos y otros están cansados. En el último momento, los antiguos rivales reconocen que sus insaciables celos sólo han servido para abrir camino a otras casas reinantes; ya, desde la isla inglesa, un pueblo de herejes tiende la mano hacia el imperio del mundo; ya la protestante Marca de Brandeburgo crece hasta llegar a ser un reino poderoso; ya la semipagana Rusia se prepara para extender hasta lo ilimitado la esfera de su acción; ¿no hubiera sido mejor, comienzan a preguntarse entonces soberanos y diplomáticos -demasiado tarde, como siempre-, mantenerse en paz unos con otros, en lugar de renovar una y otra vez el fatídico juego de la guerra, favoreciendo a descreídos advenedizos? Choiseul, en la corte de Luis XV; Kaunitz, como consejero de María Teresa, forjan una alianza, y, a fin de que se acredite como duradera y no puramente como un respiro entre dos guerras, proponen que ambas dinastías, la de los Habsburgos y la de los Borbones, se enlacen por la sangre. La Casa de Habsburgo no careció jamás de princesas casaderas; también esta vez tenía dispuesta una rica colección de todas las edades. Primeramente, los ministros pensaron en casar con una princesa de Habsburgo a Luis XV, a pesar de su situación de abuelo y sus costumbres más que dudosas; pero el rey cristianísimo huía prestamente del lecho de la Pompadour al de otra favorita, la Du Barry. Tampoco el emperador José, viudo por segunda vez, mostraba ninguna inclinación a dejarse aparear con una de las tres resequidas hijas de Luis XV. Por tanto, sólo quedaba como posible enlace el tercero y más natural: desposar al delfín adolescente, nieto de Luis XV y futuro heredero de la Corona de Francia, con una hija de María Teresa. En 1766, la princesa María Antonieta, entonces de once años, podía ya ser objeto de un proyecto serio; literalmente, el embajador de Austria le escribe el 24 de mayo a la emperatriz: «El rey se ha manifestado en tales términos, que Vuestra Majestad ya puede considerar el proyecto como asegurado y resuelto». Pero los diplomáticos no serían diplomáticos si no pusiesen su orgullo en hacer

difíciles las cosas sencillas y, ante todo, en dilatar sabiamente todo negocio importante.

En una y otra corte se interponen intrigas; pasa un año, un segundo, un tercero, y María Teresa, no sin razón recelosa, teme que su molesto vecino, Federico de Prusia, *le monstre*, como le llama ella con sincera indignación, se atraviese también finalmente, con una de sus maquiavélicas diabluras, en la ejecución de este plan, tan decisivo para el poderío de Austria; por ello emplea todas sus amabilidades, su pasión y su astucia para lograr que la corte francesa no pueda volverse atrás de su semipromesa. Con la infatigable constancia de una casamentera profesional, con la tenaz a inflexible paciencia de su diplomacia, hace que se den a conocer una y otra vez en París las cualidades de la princesa; abruma a los embajadores a fuerza de atenciones y regalos, a fin de que, por último, acaben trayendo de Versalles una definitiva petición de mano. Más como emperatriz que como madre, pensando más en el acrecentamiento del poder de su Casa que en la dicha de su hija, no se detiene tampoco ante la advertidora comunicación de su embajador, en la que le dice que la naturaleza ha negado al delfín todos sus dones: es muy limitado de inteligencia, altamente rudo y privado de sensibilidad. Pero ¿para qué necesita ser feliz una archiduquesa, con tal que llegue a reina? Con cuanto más calor aprieta María Teresa para lograr un convenio escrito, tanto más reflexivamente, como buen conocedor del mundo, se reserva el rey Luis XV; durante tres años deja que se le envíen relatos de la pequeña archiduquesa e informes acerca de ella, declarándose en principio favorable al plan matrimonial. Pero no pronuncia la decisiva demanda de matrimonio; no se compromete.

La inocente prenda de este importante asunto de Estado, la Toinette, de once años al principio y, finalmente de trece, desarrollada, graciosa, esbelta a innegablemente bonita, juega y alborota, entre tanto, en medio de sus hermanas, hermanos y amigas, con todo el ardor de su temperamento, por los salones y jardines de Schoenbrunn; se ocupa poco de estudios, libros a instrucción. Con su natural amabilidad y su vivaz alegría, sabe manejar tan hábil y finamente a las ayas y abates que debían educarla, que puede escabullirse en todas las horas de clase. Cierto día nota con espanto María Teresa, quien, en medio de la multitud de los asuntos de Estado, jamás pudo ocuparse cuidadosamente ni de un solo miembro de

su rebaño de hijos, que, a los trece años, la futura reina de Francia no sabe escribir correctamente en alemán ni en francés, ni posee siquiera los más elementales conocimientos de historia y cultura general; con la ejecución musical no va mucho mejor, aunque le dé lecciones de piano nada menos que Gluck. En el último momento hay que recuperar lo perdido; la juguetona y perezosa Toinette tiene que ser convertida en una dama instruida. Ante todo es importante para una futura reina de Francia que sepa bailar decorosamente y hable francés con buen acento; para este objeto, María Teresa contrata urgentemente al gran maestro de danza Noverre y a dos comediantes de una compañía francesa que trabaja en Viena: el uno para la pronunciación y el otro para el canto. Pero apenas el embajador francés comunica esto a la corte de los Borbones, cuando llega de Versalles una enojada advertencia: una futura reina de Francia no puede ser educada por una patulea de cómicos. Apresuradamente se entablan nuevas negociaciones diplomáticas, pues Versalles considera ya como asunto propio la educación de la propuesta novia del delfín, y al cabo de largas discusiones por recomendación del obispo de Orleans, es enviado a Viena como preceptor cierto abate Vermond; de su mano poseemos los primeros informes auténticos sobre la archiduquesa de trece años. La encuentra encantadora y simpática: «Junto con un semblante delicioso, posee todas las innegables gracias en su figura, y si crece algo, como es lícito esperar, tendrá todos los encantos que se pueden desear en tan alta princesa. Su carácter y su corazón son excelentes». De un modo significativamente más reservado, se manifiesta, no obstante, el buen abate sobre los conocimientos reales y el afán de aprender de su discípula. Juguetona, distraída, retozona, traviesa, la pequeña María Antonieta, a pesar de su gran facilidad de comprensión, no muestra jamás la menor inclinación a ocuparse de ningún asunto en serio. «Tiene más inteligencia de la que se sospechó en ella durante largo tiempo, pero, por desgracia, esta inteligencia, hasta los doce años, no ha sido acostumbrada a ninguna concentración. Un poco de dejadez y mucha ligereza me han hecho aún más difícil el darle lecciones. Comencé durante seis semanas por los fundamentos de las bellas letras; comprendía bien, juzgaba rectamente, pero no podía llevarla a que profundizara en las materias, aunque sentía yo que tenía capacidad para ello. De este modo comprendí finalmente que sólo sería posible educarla distrayéndola al mismo tiempo.» Casi literalmente, se

quejarán de igual modo, diez y hasta veinte años más tarde, todos los hombres de Estado que tengan que tratar con ella, de su repugnancia a pensar junto con una gran inteligencia, de su fuga por aburrimiento ante toda conversación seria; ya a los trece años está a la vista todo el peligro de este carácter, que lo puede todo y no quiere nada realmente. Pero en la corte de Francia, desde que dominan las *maîtresses*, el tipo y porte de una mujer es más apreciado que su verdadero mérito; María Antonieta es bonita, es decorativa y tiene un carácter agradable; eso basta; y así pues, finalmente, en 1769, es enviada por Luis XV a María Teresa la tan largo tiempo anhelada misiva, en la cual, solemnemente, el rey solicita la mano de la joven princesa para su nieto, el futuro Luis XVI, y propone como fecha del matrimonio la Pascua del siguiente año. María Teresa acepta con satisfacción; al cabo de muchos años llenos de preocupaciones, esta mujer, trágicamente resignada, vive todavía unas claras horas. Le parece asegurada desde ahora la paz del Imperio y, con ella, la de Europa; por medio de estafetas y correos es anunciado al instante, solemnemente, a todas las cortes que Habsburgos y Borbones, por toda la eternidad, de enemigos se convierten en aliados por la sangre. *Bella gerant alii, tu, felix Austria, nube*; una vez más se ha confirmado la antigua divisa de los Habsburgos.

La tarea de los diplomáticos está terminada felizmente. Pero sólo ahora se reconoce que ésta era la parte más fácil del trabajo. Convencer a los Habsburgos y Borbones de que llegaran a una inteligencia, reconciliar a Luis XV y a María Teresa, ¡qué juego de niños en comparación con las insospechadas dificultades para poner de acuerdo, en una solemnidad tan representativa, a los ceremoniales de las cortes y Casas Reales francesa y austríaca! Cierto que los supremos maestros de ceremonias de una y otra corte, y en general todos los fanáticos del formulismo, disponen de un año entero para redactar en todas sus cláusulas el, en extremo importante, protocolo de las festividades nupciales; pero ¡qué es un fugitivo lapso de sólo doce meses para las embrolladas chinerías de la etiqueta! Un heredero del trono de Francia se casa con una archiduquesa austriaca. ¡Qué cuestiones universalmente emocionantes de precedencia no suscita tamaña ocasión! ¡Qué profundamente tiene que ser meditado aquí cada detalle! ¡Cuántos irreparables *faux-pas* se trata de evitar por el estudio de documentos más que centenarios! Día y noche, en Versalles

y en Schoenbrunn, los sagrados guardianes de usos y costumbres reflexionan hasta que les humea la cabeza; día y noche negocian los embajadores acerca de cada invitación; correos rápidos galopan como el viento de uno a otro país, con proposiciones y contraproposiciones; porque considérese qué inconcebible catástrofe (peor que siete guerras) podría producirse en esta sublime ocasión si fuese violada la vanidad de precedencia de una de las altas Casas reinantes. En innumerables deliberaciones, a la derecha y a la izquierda del Rin, se discuten y se analizan espinosas cuestiones doctorales parecidas a ésta: ¿qué nombre debe ser mencionado en primer lugar en el contrato de matrimonio, el de la emperatriz de Austria o el del rey de Francia? ¿Quién debe firmar primero? ¿Qué regalos deben ser cambiados? ¿Qué dote debe ser estipulada? ¿Quién acompañará a la novia? ¿Quién tiene que recibirla? ¿Cuántos caballeros, damas de honor, militares, guardias de a caballo, primeras y segundas camareras, peluqueros, confesores, médicos, escribientes, secretarios de corte y lavanderas deben figurar en el cortejo nupcial que acompaña hasta la frontera a una archiduquesa austríaca, y cuántos deben ir después en el cortejo de una heredera del trono de Francia desde la frontera hasta Versalles? Mientras que las pelucas de uno y otro lado están aún muy lejos de encontrarse de acuerdo acerca de las líneas fundamentales de estas esenciales cuestiones, luchan ya, por su parte, en ambas cortes, como si se tratara de las llaves del paraíso, los caballeros y sus damas, por el honor de acompañar o recibir el cortejo nupcial, defendiendo cada cual sus pretensiones con todo un archivo de códices de pergamino; y, aunque los maestros de ceremonias trabajan como galeotes, no pueden, en el espacio de todo un año, terminar plenamente con las importantísimas cuestiones de la precedencia y de la admisión en la corte: en el último momento, por ejemplo, se borra del programa la representación de la nobleza alsaciana, «para dejar a un lado complicadas cuestiones de etiqueta que ya no hay tiempo de resolver». Y si una orden real no hubiera establecido la fecha de una manera totalmente determinada, los guardianes del protocolo, austriacos y franceses, no estarían aún de acuerdo, en el día de hoy, sobre la forma «exacta» de celebrar el matrimonio, y no habría una reina María Antonieta, ni acaso tampoco una Revolución francesa.

* * * *

Por una y otra parte, aunque tanto Francia como Austria tengan apremiante necesidad de economías, se despliega para la boda la más extraordinaria pompa y esplendor. Los Habsburgos no quieren quedar por debajo de los Borbones, y los Borbones no quieren quedar por debajo de los Habsburgos. El palacio de la Embajada francesa en Viena resulta demasiado pequeño para mil quinientos invitados; centenares de trabajadores erigen a toda prisa edificaciones accesorias; al propio tiempo, en Versalles se dispone para las fiestas de la boda una sala especial de teatro. Para los proveedores de corte, para los sastres, joyeros, constructores de carrozas, llegan, en uno y otro sitio, muy dichosos tiempos. Sólo para ir en busca de la princesa encarga Luis XV al proveedor de la corte.

Francien, de París, dos coches de viaje de una magnificencia nunca vista hasta entonces: de maderas finas y lunas centelleantes, el interior tapizado de terciopelo, por fuera adornados profusamente con pinturas, remate de coronas en to más alto de su cubierta, y, a pesar de este esplendor, admirablemente ligeros y que rueden con el más leve impulso.

Para el delfín y la corte real se confeccionan nuevos trajes de gala, bordados con preciosa pedrería; el gran *Pitt*, el más soberbio diamante de aquel tiempo, adorna el sombrero de bodas de Luis XVI, y con igual lujo prepara María Teresa el equipo de su hija: encajes tejidos especialmente en Malinas, los más delicados lienzos, sedas y joyería. Por último, llega a Viena el embajador Durfort. encargado de solicitar a la novia; espectáculo magnífico para los vieneses, apasionados de los callejeros placeres de la vista: cuarenta y ocho carrozas de seis caballos, entre ellas dos maravillosamente encristaladas, ruedan lenta y solemnemente por las calles ornadas de guirnaldas que conducen a la Hofburg; sólo las nuevas libreas de los ciento diecisiete guardias de corps y lacayos que acompañan al representante del novio han costado ciento siete mil ducados, y la totalidad del cortejo, no menos de trescientos cincuenta mil. Desde esta hora, las fiestas suceden a las fiestas: petición oficial de mano; renuncia solemne de María Antonieta, ante el Evangelio, un crucifijo y cirios encendidos, a sus derechos austríacos: felicitaciones de la corte, de la universidad; desfile del ejército, *théâtre paré*, recepción y baile en el Belvédère

para tres mil personas; nueva recepción y *souper* para mil quinientos huéspedes en el palacio de Liechtenstein, y, finalmente, el 19 de abril el matrimonio *per procurationem* en la iglesia de San Agustín, en el que el archiduque Fernando representó al delfín. Después, todavía una delicada cena de familia, y el 21 despedida solemne, postreros abrazos. Por medio de una respetuosa doble fila de soldados, en la carroza del monarca francés, la antes archiduquesa de Austria. María Antonieta, sale al encuentro de su destino.

La despedida de su hija ha apenado a María Teresa. Durante muchos años y años, esta envejecida y fatigada dama ha aspirado, como la más alta dicha, a este casamiento, que acrece el poder de la Casa de Habsburgo, y, no obstante, en el último momento, le inspira cuidados el destino que ella misma ha decidido para su hija. Si se consideran con atención sus camas y su vida, hay que reconocer que esta soberana trágica, el único gran monarca de la Casa de Austria, hacía mucho tiempo que llevaba la corona sólo como una carga. Con fatiga infinita, por medio de continuas guerras contra Prusia y los turcos, contra Oriente y Occidente, ha logrado afirmar como una unidad el Imperio, formado por sucesivas alianzas de pueblos y, en cierto sentido, artificial; pero precisamente ahora, cuando parece consolidado en lo exterior, siente decaer sus ánimos la fundadora. Un extraño presentimiento aflige a esta digna señora: aquel Imperio, al cual ha entregado ella toda su fuerza y toda su pasión, se arruinará y deshará en manos de sus descendientes; sabe bien, como política sagaz y casi profética, lo poco sólida que es esta mezcla de naciones enlazadas por la casualidad y que su existencia sólo puede ser prolongada a fuerza de precauciones, de prudencia y cauta pasividad. Pero ¿quién ha de continuar lo comenzado por ella con tanto cuidado? Profundos desengaños que sus hijos le han dado han suscitado en ella el espíritu de Casandra; en todos ellos falta lo que constituyó la fuerza más originariamente personal del ser de su madre: la gran paciencia, el lento y seguro planear y perseverar, el saber renunciar y el prudente limitarse a sí mismo. Pero, de la sangre lorena de su marido, debe haberse infundido una ardiente ola de inquietud en las venas de los hijos; todos están dispuestos a destruir posibilidades incalculables por el placer de un instante; una casta poco seria y descreída que sólo se esfuerza por triunfos pasajeros. Su hijo y corregente José II adula, con la impaciencia de un príncipe heredero, a Federico el

Grande, el cual, durante toda la vida ha perseguido y vejado a María Teresa, y corteja a Voltaire, a quien ella, como católica piadosa, odia como al Anticristo. Su otra hija, destinada también por ella a sentarse en un trono, la archiduquesa María Amalia, apenas casada en Parma, escandaliza a toda Europa con la ligereza de sus costumbres: al cabo de dos meses de matrimonio dilapida las finanzas, desorganiza el país, se divierte con amantes. Y también la otra, la de Nápoles, le hace poco honor; ninguna muestra seriedad ni severidad moral. Y la inmensa obra de abnegación y sacrificio por la cual la gran emperatriz había renunciado implacablemente a toda su vida personal y privada, a toda alegría, a todo placer fácil, se le presenta como ejecutada sin sentido. Lo que preferiría sería refugiarse en un convento, y sólo el temor, inspirado en un justo presentimiento, de que su aturdido hijo destrozará inmediatamente con irreflexivos experimentos todo lo que ha edificado ella, conserva firmemente el cetro en poder de la antigua luchadora, cuyas manos, desde hace ya mucho tiempo, están fatigadas de sostenerlo.

Tampoco se hace ninguna ilusión aquella gran conocedora de caracteres acerca de su hija tardía María Antonieta; sabe las buenas cualidades de su hija más joven -su gran bondad y cordialidad, su puro y alegre buen sentido, su natural humano y sincero-, pero conoce sus peligros: su falta de madurez, su aturdimiento, su ligereza, su inconsecuencia.

Para estar más cerca de ella, para formar en el último momento una reina con esta ardiente bestezuela silvestre, hace que María Antonieta duerma en su propia habitación los dos últimos meses antes de su partida; con largas conversaciones, procura prepararla a desempeñar su alto puesto; y para obtener la ayuda del cielo, lleva consigo a la niña a una peregrinación a Mariazell. Pero a medida que está más próxima la hora de la despedida, más intranquila se siente la emperatriz. Un oscuro presentimiento le turba el corazón: el presentimiento de una desgracia futura, y emplea todas sus fuerzas en desechar las tenebrosas potencias. Antes de la partida entrega a María Antonieta su amplio directorio de conducta y exige de la descuidada niña el juramento de que lo leerá cada mes concienzudamente. Aparte la misiva oficial, escribe además una carta particular a Luis XV en la cual la anciana dama conjura al anciano rey para que tenga indulgencia con el infantil aturdimiento de la joven de catorce años. Pero ni aun con eso se acalla su interna intranquilidad. Aún

no puede haber llegado a Versalles María Antonieta cuando le repite ya la advertencia de que consulte aquel escrito admonitorio. «Te recuerdo, mi hija querida, que el 21 de cada mes vuelvas a leer aquella hoja. Te suplico que seas fiel cumplidora de este deseo mío: no temo para ti más que tu negligencia para orar y hacer lecturas, y los descuidos y pereza que vendrán de ello. Lucha contra todo esto... y no olvides a tu madre, la cual, aunque alejada, no cesará, hasta su último aliento, de estar preocupada por ti.» En medio del júbilo universal por el triunfo de su hija, la anciana señora va a la iglesia y suplica a Dios que aleje el daño que ella sola, entre todos, presiente.

Mientras la gigantesca cabalgata -trescientos cuarenta caballos que tienen que ser mudados en cada casa de postas atraviesa lentamente Austria y Baviera, y, al cabo de innumerables fiestas y recepciones, se acerca a la frontera, carpinteros y tapiceros martillean en la isla del Rin, entre Kehl y Estrasburgo, construyendo una extraña edificación. En este punto, los grandes maestros de ceremonia de Versalles y Schoenbrunn han obtenido su mayor triunfo; después de infinitas deliberaciones acerca de si la entrega solemne de la novia debe verificarse en territorio aún austríaco o ya en tierra francesa, alguien de entre ellos, muy ladino, encuentra la salomónica solución de que el acto tenga lugar en una de las deshabitadas islitas de arena del Rin entre Francia y Alemania; por tanto, en un país de nadie: un milagro de neutralidad; se construye allí, para la entrega solemne, un pabellón especial, de madera; dos antecámaras por el lado de la orilla derecha del Rin, que María Antonieta pisará aún como archiduquesa: dos antecámaras por la orilla izquierda, por las que, después de la ceremonia, saldrá como delfina de Francia; en medio, el gran salón para la solemnidad de la entrega, en la cual la archiduquesa se convertirá definitivamente en la heredera del trono de Francia. Preciosos tapices del palacio arzobispal cubren las paredes de madera construidas a toda prisa; la Universidad de Estrasburgo presta un baldaquín; la rica burguesía de la ciudad, su mejor mobiliario. Penetrar en este santuario de regio esplendor está, naturalmente, vedado a miradas no aristocráticas; no obstante, un par de monedas de plata hacen indulgentes en todo lugar y tiempo a los guardianes, y de este modo, varios días antes de la llegada de María Antonieta, algunos estudiantes alemanes se deslizan en los salones semiterminados para satisfacer su curiosidad. En especial uno de ellos

de alta estatura, mirada libre y ardiente, con un nimbo de genio sobre su frente varonil, no se harta de ver los preciosos Gobelinos, tejidos según cartones de Rafael; despiertan en el mancebo, a quien el espíritu del arte gótico acaba de serle revelado por la catedral de Estrasburgo, tormentosos deseos de comprender con igual amor el arte clásico. Lleno de entusiasmo, explica a sus menos elocuentes camaradas este mundo de belleza de los pintores italianos que inesperadamente se abre ante sus ojos; pero de pronto se queda en silencio, se pone de mal humor y sus espesas y oscuras cejas se fruncen casi coléricas sobre la siempre centelleante mirada. Porque sólo entonces ha advertido lo que representan estas tapicerías; en realidad, una leyenda, lo más inconveniente posible para una solemnidad de bodas: la historia de Jasón, Medea y Creusa, el ejemplo más perfecto de un funesto matrimonio. « ¡Cómo! -exclama casi a gritos el genial adolescente, sin prestar atención al asombro de los circunstantes-. ¿Es lícito presentar tan irreflexivamente ante los ojos de una joven reina, el día de su entrada en el país que ha de regir, el ejemplo del más espantoso matrimonio que acaso se haya celebrado jamás? ¿No hay, pues, entre los arquitectos franceses, decoradores y tapiceros, ni un solo hombre que comprenda que los cuadros siempre representan algún asunto, que sus temas actúan sobre los sentidos y la razón, que producen impresiones y suscitan presentimientos? No parece sino como si se hubiese enviado a la frontera a recibir a esta hermosa señora, según se dice contenta de la vida, al más espantoso fantasma.» Trabajosamente logran los amigos apaciguar al excitado joven, y casi a la fuerza se llevan de allí a Goethe -pues no otro sino él es aquel joven estudiante- fuera de la casa de tablas. Mas poco después se acerca la «poderosa ola de nobleza y esplendor» del cortejo nupcial y, con alegres conversaciones y gozosos dichos, inunda aquel decorado recinto sin sospechar que, pocas horas antes, los videntes ojos de un poeta han descubierto en aquellos abigarrados tejidos el hilo negro de la fatalidad.

La entrada de María Antonieta debe significar la despedida de todos y de todo lo que la liga con la Casa de Austria; también aquí los maestros de ceremonia han imaginado un símbolo especial: no sólo no le es permitido a nadie de su acompañamiento austríaco ir con ella más allá de la invisible línea fronteriza, sino que la etiqueta llega hasta requerir que no conserve su desnudo cuerpo ni una sola

hebra de los tejidos de su patria, ni zapatos, ni medias, ni camisa, ni cintas. Desde el momento en que María Antonieta llega a ser delfina de Francia, sólo le es lícito envolverse en telas de procedencia francesa. Es así como la joven de catorce años, en la antecámara austríaca, delante de todo el acompañamiento de su país, tiene que desnudarse por completo; en cueros vivos, brilla durante un momento, en el oscuro recinto, el delicado y apenas florecido cuerpo de la muchacha; después le imponen una camisa de seda francesa, enaguas de París, medias de Lyon, zapatos del zapatero de la corte, encajes y lazos; no le es dado conservar ningún recuerdo querido, ni un anillo, ni una cruz; ¿no se vendría abajo el mundo de la etiqueta si la niña guardara un solo broche o una cinta que le gustara? Ni uno solo de los rostros familiares para ella desde siempre, será, desde ahora, lícito que vuelva a ser visto a su lado por la princesita. ¿Es, pues, milagro, sabiendo todo esto, que, lanzada tan de repente en la existencia extranjera, la muchachilla, espantada de toda esta pompa y vanas ceremonias, rompa a llorar como una niña? Pero al punto tiene que volver a hacerse dueña de sí, porque los transportes de sensibilidad no son admisibles en un matrimonio político; al lado, en la otra sala, espera ya el acompañamiento francés, y sería vergonzoso acercarse a este nuevo séquito con húmedos ojos enrojecidos y llena de espanto. El jefe de la comisión austríaca, el conde de Starhemberg, le tiende la mano para dar el paso decisivo, y, vestida a la francesa, seguida por última vez por su séquito austríaco, austríaca también ella por dos últimos minutos, penetra en la sala de la entrega, donde, con gran pompa y suntuosidad, la espera la delegación borbónica. El representante de Luis XV pronuncia un solemne discurso, y se da lectura al protocolo; después -todo el mundo retiene el aliento, da comienzo la gran ceremonia. Está concertada paso a paso, como si se tratase de bailar un minué, y ha sido ensayada y aprendida antes por los que participan en ella. La mesa en medio del recinto representa simbólicamente la frontera. De un lado están los austríacos; del otro, los franceses. Primeramente, el representante austríaco, conde de Starhemberg, deja libre la mano de María Antonieta; en su lugar, se apodera de ella el representante francés, y con paso solemne conduce lentamente a la trémula doncella alrededor de la mesa. Mientras ocurre esto, en minutos bien calculados, se retira lentamente, andando de espaldas hacia la puerta de entrada, el séquito austríaco, al mismo compás con el

cual la suite francesa avanza hacia la futura reina, en forma que, justamente en el momento en que María Antonieta se halla en medio de su nueva corte francesa, la austríaca ha abandonado ya la sala. Silenciosa, ejemplar, espectral y magníficamente se desenvuelve esta orgía de etiqueta; sólo que en el último momento la emocionada muchachita no puede soportar más esa fría solemnidad. Y en lugar de recibir serena y glacialmente la devota reverencia de su nueva dama de honor, la condesa de Noailles, se arroja, sollozando y como pidiendo auxilio, en sus brazos: bello y conmovedor ademán de abandono que los grandes maestros del ceremonial de uno y otro lado habían olvidado prescindir. Pero el sentimiento no figura en los logaritmos de las reglas de corte. Ya espera fuera la encristalada carroza; ya suenan las campanas de la catedral de Estrasburgo y retumban salvas de artillería; mientras rompen a su alrededor oleadas de aclamaciones, María Antonieta abandona para siempre las dichosas costas de la niñez: comienza su destino de mujer.

La llegada de María Antonieta constituye una inolvidable hora de fiesta para el pueblo francés, hace ya mucho tiempo no obsequiado con tales expansiones. Desde decenios atrás, Estrasburgo no ha visto ninguna futura reina, y acaso nunca ninguna en tal alto grado encantadora como esta muchachilla. Con sus cabellos rubio ceniza, sus esbeltas proporciones, la niña ríe y sonríe con sus azules ojos petulantes, desde detrás de los cristales de la carroza, a la innumerable muchedumbre que, adornada con sus campesinos trajes alsacianos, se ha precipitado de todas las aldeas y ciudades para aclamar el suntuoso cortejo. Cientos de niñas vestidas de blanco van delante de la carroza arrojando flores; han alzado un arco de triunfo; las puertas de la ciudad están cubiertas de guirnaldas; en la plaza municipal corre vino de las fuentes; bueyes enteros son asados en grandes espetones: gigantescas cestas de pan son repartidas entre los pobres. Por la noche son iluminadas todas las casas; ardientes sierpes de fuego ascienden lamiendo la tome de la catedral; relucen al trasluz, rojamente, los encajes de la fachada gótica de la iglesia. Por el Rin se deslizan incontables barcas y navecillas, que llevan farolitos como naranjas candentes y en las que arden antorchas de colores; entre los árboles, resplandecientes de luz, centellean bolas de cristal multicolores, y en la isla, visible para todos, como final de un grandioso fuego de artificio, llamean en

medio de figuras mitológicas los monogramas enlazados del delfín y la delfina. Hasta altas horas de la noche, el pueblo, deseoso de espectáculos, recorre los muelles y calles; numerosas músicas retumban y ganguean; en cien lugares, hombres y muchachas se agitan animosamente al compás de la danza; parece haber venido de Austria, con esta rubia mensajera, una dorada edad de dichas, y una vez más el pueblo francés, amargado y resentido, alza su corazón hacia una alegre esperanza.

Pero también este magnífico cuadro encubre una pequeña hendidura oculta; también aquí, to mismo que con los Gobelinos de la sala de recepción, ha entretejido simbólicamente el destino un signo de desgracia. Al día siguiente, como antes de la partida, quiere María Antonieta oír una misa; la recibe en el pórtico de la catedral, en lugar del venerado arzobispo, su sobrino y coadjutor, a la cabeza de la clerecía. Con aire un poco afeminado en sus flotantes vestiduras violeta, el mundano sacerdote pronuncia una alocución galante y patética -no en vano la Academia lo eligió para figurar en sus filas-, la cual culmina con estas cortesanas frases: «Sois para nosotros la viviente imagen de la venerada emperatriz a la que Europa desde hace mucho tiempo admira tanto como la venerará la posteridad. El alma de María Teresa se une ahora con el alma de los Borbones ». Después de la salutación, el cortejo se tiende respetuosamente hasta el fondo de la catedral, resplandeciente de luz; el joven sacerdote acompaña hasta el altar a la joven princesa y alza la custodia con mano fina de amante, ornada de anillos. Es Luis, príncipe de Rohan, el primero que le da la bienvenida en Francia, futuro héroe tragicómico del asunto del collar, el más peligroso adversario de María Antonieta, su más funesto enemigo.

Y la mano que ahora se levanta sobre la cabeza de la princesa para bendecirla es la misma que más tarde arrojará al fango y al desprecio la corona y el honor de la reina.

No mucho tiempo le es lícito a María Antonieta detenerse en Estrasburgo, en esta Alsacia que aún es para ella una semipatria; cuando espera un rey de Francia, sería culpable todo retraso. Atravesando mugientes ríos de aclamaciones, bajo arcos triunfales y enguirnaldadas puertas de ciudades, el cortejo nupcial hace, por fin, rumbo a su primera meta, el bosque de Compiègne, donde, con gigantesca

acumulación de coches, la familia real espera a su nuevo miembro. Cortesanos, damas de la corte, militares, guardias de corps, tambores, trompetas, bandas y charangas, todos con nuevos y resplandecientes trajes, se amontonan en grupos abigarrados; todo el bosque bajo la luz de mayo centellea con estos cambiantes juegos de colores. Apenas los clarines de uno y otro séquito anuncian la proximidad del cortejo nupcial, Luis XV abandona su carroza para recibir a la mujer de su nieto. Pero ya María Antonieta, con su tan admirado andar alado, se precipita hacia él y, con la más graciosa de las reverencias (no en vano discípula de Noverre, el gran maestro de la danza), se arrodilla a los pies del abuelo de su futuro esposo. El rey, experimentando, gracias a su *Parc aux Cerfs*, en fresca carne de muchacha y altamente sensible a aquella encantadora gracia, se inclina, tierno y satisfecho, hacia la juvenil, rubia y apetitosa criatura, alza a la novia de su nieto y la besa en ambas mejillas. Sólo entonces le presenta a su futuro esposo, de cinco pies y diez pulgadas de alto, el cual, rígido, desmañado y aturdido, se mantiene a un lado; ahora, por fin, alza los adormecidos ojos cortos de vista y, sin especial entusiasmo, según ordena la etiqueta, besa ceremoniosamente a su novia en la mejilla. En la carroza, María Antonieta se sienta entre el abuelo y el nieto, entre Luis XV y el futuro Luis XVI. El señor viejo parece representar mejor el papel de novio; charla animadamente y hasta hace un poco la corte a su nueva nieta, mientras el futuro esposo se aburre y se mantiene en un rincón, silencioso. Por la noche, cuando los desposados, y ya casados *per procurationem*, se van a dormir a sus respectivas habitaciones, el triste amante no le ha dicho aún una sola palabra tierna a aquella encantadora muchachuela, y como resumen de la jornada decisiva sólo escribe en su diario esta seca línea: *« Entrevue avec Madame la Dauphine».*

Treinta y seis años más tarde, en el mismo bosque de Compiègne, otro soberano de Francia, Napoleón, esperará también como esposa a otra duquesa austríaca, a María Luisa. No será tan bonita ni apetecible como María Antonieta aquella regordeta, aburrida y dulce Luisa. Pero, sin embargo, el hombre enérgico y el amante toman al instante posesión, tierna y fogosamente, de la novia que le es destinada. En la misma noche le pregunta Napoleón al obispo si el matrimonio celebrado en Viena le da ya derechos conyugales, y, sin esperar respuesta, saca las conclusiones; a la mañana siguiente, los dos, ya reunidos, se desayunan en el lecho. Pero María

Antonieta, en el bosque de Compiègne, no ha encontrado un hombre ni un amante: nada más que un novio por razón de Estado.

La segunda y auténtica celebración del matrimonio tiene lugar el 16 de mayo en Versalles, en la capilla de Luis XIV Tal acto de corte y Estado de la cristianísima Casa Real es un suceso demasiado íntimo y familiar, y al mismo tiempo demasiado augusto y mayestático, para que le sea permitido al pueblo ser espectador del mismo, aunque sólo sea tendiendo sus filas delante de la puerta. Sólo a la sangre más noble -con un árbol genealógico de cien ramas por lo menos- se le autoriza para penetrar en el recinto del templo, donde el centelleante sol de primavera, a través de las vidrieras de colores, hace relucir los bordados brocados, las sedas tornasoladas, el fausto infinitamente dilatado de las familias selectas, último faro del viejo mundo aún por una vez dominante. El arzobispo de Reims actúa en la ceremonia. Bendice las trece monedas de oro y el anillo nupcial; el delfín le pone el anillo a María Antonieta en el dedo anular, le entrega las monedas de oro, y después ambos se arrodillan para recibir la bendición. Comienza la misa a los acordes del órgano; en el paternóster tienden un dosel de plata sobre las cabezas de la joven pareja; sólo entonces firma el rey el contrato matrimonial, y tras él, en riguroso orden jerárquico, todos los restantes parientes. Es un documento plegado en muchos dobles, enormemente largo; aún hoy se ven en el amarillento pergamino estas cuatro palabras: *«Marie Antoinette Josepha Jeanne»*, rasguñadas trabajosa y torpemente y como a tropezones por la mano infantil de la muchacha de quince años, y, junto a ellas -de nuevo cuchichean todos: mal agüero-, una dilatada mancha de tinta que a ella y sólo a ella entre todos los firmantes se le escapó de la rebelde pluma.

Ahora, terminada la ceremonia, le es magnánimamente permitido al pueblo que se regocije en la fiesta de los monarcas. Innumerables masas -medio París queda despoblado- se derraman por los jardines de Versalles, que en el día de hoy revelan también al *profanum vulgus* sus juegos de aguas y cascadas, sus sombrías avenidas y sus praderas; el placer principal debe constituirlo, por la noche, el fuego de artificio, el más soberbio que se haya visto jamás en una corte real. Pero el cielo, por su propia cuenta, prepara también luminarias. Por la tarde se amontonan tenebrosas nubes anunciando desgracias; estalla una tormenta; cae un espantoso

aguacero, y el pueblo, privado del espectáculo, se precipita hacia París en rudo tumulto. Mientras que decenas de millares de criaturas humanas, trémulas de frío y empapadas de agua, huyen por los caminos, perseguidas por la tempestad, en confuso desorden, y los árboles del parque se retuercen azotados por la lluvia, detrás de las ventanas de la recién construida *salle de spectacle*, iluminada por muchos millares de bujías, comienza el gran banquete de bodas, según un ceremonial tradicional que ningún huracán ni ningún temblor de tierra pueden alterar: por primera y última vez. Luis XV intenta sobrepujar el esplendor de su gran antecesor Luis XIV. Seis mil invitados, elegidos entre la nobleza, han luchado con gran afán por obtener tarjetas de invitación, cierto que no para comer con el rey, sino únicamente para poder contemplar respetuosamente, desde la galería, cómo los veintidós miembros de la Casa Real se llevan a la boca cuchillo y tenedor. Los seis mil asistentes contienen el aliento para no perturbar la excelsitud de este gran espectáculo; sólo, delicada y veladamente, una orquesta de ochenta músicos, desde las arcadas de mármol, acompaña con Bus Bones el banquete regio. Después, recibiendo honores de la guardia francesa, toda la familia real atraviesa por medio de las filas, humildemente inclinadas, de la nobleza: las solemnidades oficiales están terminadas y el regio novio no tiene ahora ningún otro deber que cumplir sino el de cualquier otro marido. Con la delfina a la derecha y el delfín a la izquierda, el rey conduce al dormitorio a la infantil pareja (juntos los dos suman apenas treinta años). Más aun hasta la cámara real penetra la etiqueta, pues ¿quién otro sino el propio rey de Francia en persona podría entregar al heredero del trono la camisa de dormir, y quién sino la dama de categoría más alta y más recientemente casada, en este caso la duquesa de Chartres, podría dar la suya a la delfina? En cuanto al tálamo mismo fuera de los novios sólo a una persona le es lícito acercarse a él: el arzobispo de Reims, que lo bendice e hisopea con agua bendita.

Por fin abandona la corte aquel recinto íntimo: por primera vez, Luis y María Antonieta se quedan conyugalmente solos, y las cortinas del dosel del lecho se cierran, crujientes, en torno de ellos: telón de brocado de una invisible tragedia.

Capítulo 2
Secreto de Alcoba

En aquel lecho no ocurre primeramente nada. Y tiene un doble sentido, altamente fatal, el que el joven esposo escribiera a la mañana siguiente en su diario: «*Rien*». Ni las ceremonias de corte, ni la bendición arzobispal del lecho de los novios han tenido fuerza para vencer un penoso impedimento del organismo del novio: *matrimonium non consummatum est:* el matrimonio, en su propio sentido, no ha sido consumado: no lo ha sido hoy, no lo será mañana, ni tampoco en los inmediatos años, María Antonieta ha tropezado con un *«nonchalant mari»*, con un marido negligente, y al principio se piensa que sólo timidez, inexperiencia o *nature tardive,* hoy diríamos retraso infantil, sean lo que paraliza al joven de dieciséis años junto a aquella muchacha encantadora. Que no se le hostigue, que se le tranquilice a fin de que desaparezca el impedimento psíquico, es opinión de la experimentada madre, amonesta a Antoinette para que no tome demasiado a mala parte el desengaño conyugal -*«point d'humeur là desseus»*, le escribe en mayo de 1771-, y recomienda a su hija *«caresses, cajolis»*, ternuras, mimos, pero, por otra parte sin abusar de ello: *«Trop d'empressement gâterait le tout»*. Pero como esta situación llegara a durar ya un año, dos, la emperatriz comienza a inquietarse acerca de esta *«conduite si étrange»* del joven esposo. De su buena voluntad no puede dudarse, pues de mes en mes se muestra el delfín más tiernamente sometido a su linda esposa: renueva incesantemente sus visitas nocturnas, sus inútiles tentativas, pero en la última y decisiva terneza lo paraliza algún *«maudit charme»*, algún maldito hechizo, cierto impedimento fatal y misterioso. La ignorante *Antoinette* piensa que ello consiste sólo en *«maladresse et jeunesse»*, en torpeza y juventud: en su inexperiencia, la pobre niña llega hasta rechazar resueltamente los «malos rumores que circulan aquí, en el país, sobre incapacidad del delfín». Pero la madre interviene de nuevo. Hace llamar al médico de la corte. Van Swieten, y lo consulta sobre la *«froideur extraordinaire du Dauphin»*. El médico se encoge de hombros. Si una muchacha con tales atractivos no logra inflamar al delfín, quedará sin efecto todo procedimiento medicinal. María Teresa escribe a París carta tras carta, finalmente, el propio Luis XV, con gran experiencia y harto ejercitado en estos terrenos,

interroga a su nieto; el médico francés de la corte, Lassone, es iniciado en el secreto; reconocen al triste héroe amoroso, y entonces se pone de manifiesto que esta impotencia del delfín no es producida por ninguna causa espiritual, sino por un insignificante defecto orgánico -una fimosis-. «Quién dice que el frenillo sujeta tanto el prepucio, que no cede a la introducción y causa un dolor vivo en él, por el cual se retrae S. M. del impulso que conviene. Quién supone que dicho prepucio está tan cerrado que no puede explayarse para la dilatación de la punta o cabeza de la parte, en virtud de lo cual no llega la erección al punto de elasticidad necesaria.» (*Informe secreto del embajador de España*.) Se suceden consultas tras consultas para saber si debe intervenir con su bisturí el cirujano *«pour lui rendre la voix»*, como se murmura cínicamente en las antecámaras. También María Antonieta, instruida mientras tanto por amigas experimentadas, hace todo lo posible para inducir a su esposo a que se someta al tratamiento quirúrgico. (*«Je travaille à le déterminer à la petite operation dont on a déjà parlé et que je crois nécessaire»*, escribe a su madre en 1775.) Pero Luis XVI -el delfín, entre tanto, ha llegado a rey, pero al cabo de cinco años sigue todavía sin ser esposo- no puede decidirse a ningún acto enérgico, conforme a su carácter vacilante. Lo retrasa y titubea, prueba y vuelve a probar, y esta terrible, repugnante y ridícula situación de eternos ensayos y eternos fracasos, para ignominia de María Antonieta, mofa de toda la corte, rabia de María Teresa y humillación de Luis XVI, se prolonga aún durante otros veinticuatro meses; en total, por tanto, siete espantosos años, hasta que, por último, el emperador José se traslada especialmente a París para convencer a su poco valeroso cuñado de la necesidad de la operación. Sólo entonces logra este triste césar del amor pasar felizmente el Rubicón. Pero el dominio psíquico que por fin conquista está ya asolado por siete años de ridículas luchas, por estas dos mil noches en las cuales María Antonieta, como mujer y como esposa, ha sufrido las más extensas humillaciones de su sexo.

¿No hubiera podido evitarse, preguntará quizás alguna alma sensible, tratar de este espinoso y sagrado secreto de alcoba? ¿No hubiera bastado oscurecer hasta hacerlo irreconocible el tema del fracaso real, resbalar discretamente sobre esta tragedia conyugal, aludir figuradamente, en el mejor caso, a la «ausente dicha de la maternidad»? ¿En realidad, insistir sobre estas íntimas particularidades es

imprescindible en un estudio de caracteres? Ciertamente lo es, pues todas las tiranteces, dependencias, sujeciones y hostilidades que se van formando, poco a poco, entre el rey y la reina, los candidatos al trono y la corte, y que se extienden muy a lo lejos en el terreno de la Historia Universal, serían incomprensibles si no se buscara resueltamente su origen verdadero. Más numerosos de lo que en general se cree son los sucesos de valor histórico universal que han tenido sus comienzos en la alcoba de los reyes y bajo el pabellón de su lecho; pero apenas habrá algún otro caso en el cual el lógico encadenamiento entre las causas más secretas y los efectos políticos a históricos sea tan claramente manifiesto como en esta íntima tragicomedia, y no sería honrado un estudio de caracteres que dejara envuelto en sombras un acontecimiento que la misma María Antonieta ha calificado de *«article essentiel»*, punto capital de sus preocupaciones y esperanzas.

Y, además, ¿se descubre realmente un secreto cuando se habla de la dilatada incapacidad conyugal de Luis XVI? Cierto que no. Sólo el siglo XIX, con su enfermiza ética y su *pruderie* sexual, ha impuesto un *noli me tangere* a toda libre dilucidación de cuestiones fisiológicas. Mas en el siglo XVIII, al igual que en todos los anteriores, la capacidad sexual o la impotencia de un rey, lo mismo que la fecundidad o esterilidad de una reina, no eran consideradas como asuntos privados, sino asunto político y de Estado, porque de ello dependía la sucesión al trono y el destino de todo el país: el lecho formaba tan manifiestamente parte de la existencia humana como la pila bautismal o el ataúd. En la correspondencia de María Teresa y de María Antonieta, que siempre pasaba por las manos del archivero de Estado y del copista, hablaban entonces una emperatriz de Austria y una reina de Francia con toda libertad de las particularidades de aquella extraña vida conyugal. María Teresa describe elocuentemente a su hija las ventajas del lecho en común y le hace algunas pequeñas indicaciones femeninas para aprovechar hábilmente toda ocasión de unión íntima: la hija informa repetidamente a su madre de si se presentan o no sus molestias mensuales, de los fracasos del esposo, de cada *«un petit mieux»*, y, por último, triunfalmente, de su embarazo. Hasta hay una vez en que al compositor de *Ifigenia*, al propio Gluck, por partir antes que el correo, se le confía la comunicación de una de tales íntimas novedades: en el siglo XVIII se consideran aún de un modo plenamente natural las cosas naturales.

Mas ¡si fuese sólo la madre la que conociera aquel secreto fracaso! En realidad, charlan de ello todas las camareras, todas las damas de la corte, los caballeros y los oficiales: los servidores lo saben y las lavanderas del palacio de Versalles: hasta en su propia mesa tiene que soportar el rey alguna broma pesada acerca de ello. Como la capacidad de engendrar de un Borbón, en cuanto a la sucesión del trono, constituye un asunto de alta política, todas las cortes extranjeras se mezclan en el asunto del modo más insistente. En los informes de los embajadores de Prusia, Sajonia. Cerdeña, se encuentran detalladas exposiciones del delicado asunto; el más celoso de todos ellos, el embajador español, el conde de Aranda, hasta llega a hacer examinar las sábanas del lecho real por criados sobornados, para seguir del modo más minucioso la posible pista de todo suceso fisiológico. Por todas partes, en toda Europa, se ríen y bromean príncipes y reyes, por carta y de palabra, acerca de su inhábil colega; no sólo en Versalles, sino en todo París y en Francia entera, la vergüenza conyugal del rey es el secreto de Polichinela. Se habla de ella en todas las calles, vuela de mano en mano en forma de libelos, y cuando Maurepas es nombrado ministro, circula, con general alegría, el descarado *couplet* siguiente: Maurepas était impuissant, le roi l'a rendu plus puissant, le ministre reconnaissant dit: Pour vous, Sire, ce que je désire d'en faire autant.

Pero lo que suena a broma tiene, en realidad, una significación funesta y peligrosa, pues aquellos siete años de fracaso determinan el carácter moral del rey y de la reina y conducen a consecuencias políticas que serían incomprensibles sin el conocimiento de estos hechos: el hado de un matrimonio se liga aquí con el destino universal.

Resultaría, ante todo, incomprensible la actividad moral de Luis XVI sin el conocimiento de aquel defecto íntimo. Su *habitus* humano muestra con claridad absolutamente clínica todos los datos típicos de un sentimiento de inferioridad procedente de una debilidad viril. Lo mismo que en lo privado, también en la vida pública le falta a este «inhibido» la fuerza necesaria para decidirse a actuar. No sabe presentarse en público: no es capaz de mostrar una voluntad, ni mucho menos de imponerla: desmañado, tímido y secretamente avergonzado, huye de toda sociedad en la corte, y especialmente del trato con mujeres, porque este hombre, en el fondo honrado y recto, sabe que su desgracia es conocida de todos en palacio,

y la irónica sonrisa del iniciado en su secreto perturba todo su ánimo. A veces intenta imponerse violentamente cierta autoridad, darse una apariencia viril, pero entonces se coloca siempre en un peldaño demasiado alto: se convierte en grosero, brusco y brutal: típico refugiarse en un gesto de fingida fuerza, en la cual no cree nadie. Pero jamás logra presentarse a la gente de un modo libre, natural y consciente de sí mismo, y mucho menos con majestad. Porque no sabe ser hombre en su dormitorio, tampoco logra presentarse ante los otros como rey.

El que sus aficiones personales sean de lo más varonil: la caza y duros ejercicios corporales -instaló para sí un taller de herrero, del cual todavía hoy puede verse el torno-, no contradice en modo alguno el cuadro clínico trazado antes, sino que lo confirma. Pues precisamente el que no es hombre es aquel a quien, inconscientemente, le gusta más representar un papel viril, y a la debilidad secreta le agrada cabalmente triunfar ante los hombres bajo el aspecto de fuerza. Si durante horas enteras galopa en espumeantes caballos a través de los bosques en persecución del jabalí; si agota sus músculos en el yunque hasta la fatiga extrema, compensa en forma grata, con la conciencia de un vigor puramente físico, su debilidad escondida; se siente a gusto haciendo de Vulcano quien desempeña mal el servicio de Venus. Pero apenas Luis se ha puesto su uniforme de gala y se presenta en medio de sus cortesanos, descubre que aquella fuerza es sólo muscular y no del corazón, y al punto se siente turbado. Rara vez se le oye reír, rara vez se le ve realmente feliz y divertido.

Pero este sentimiento caracterológico de secreta debilidad actúa del modo más peligroso en sus relaciones con su mujer. Hay muchas cosas en la conducta de María Antonieta que se oponen al gusto personal del esposo. No le gusta la sociedad que la rodea, le enoja el perpetuo torbellino de sus ruidosas diversiones, su disipación, su frivolidad nada regia. Un hombre verdadero habría sabido poner rápido remedio a todo ello. Pero ¿cómo puede un hombre, con una mujer ante la cual todas las noches se cubre de vergüenza y que le conoce como desvalido y ridículo marrador, desempeñar durante el día papeles de amo y señor? Por su incapacidad viril, Luis XVI aparece plenamente indefenso ante su mujer; y cuanto más tiempo dura aquella vergonzosa situación, tanto más lamentablemente cae en plena dependencia, hasta dar en la servidumbre. La esposa puede exigir de él lo

que quiera; siempre lo halla dispuesto a redimir su secreto sentimiento de culpabilidad con una condescendencia sin límites. Para intervenir como señor en la vida de la reina, para impedir sus manifiestas locuras, al esposo le falta fuerza de voluntad, la cual, en último término, no representa sino la expresión espiritual de la potencia corporal. Con desesperación ven los ministros, ve la emperatriz madre, ve toda la corte, cómo por esta trágica flaqueza todo el poder va a caer en manos de una joven aturdida, la cual lo malgasta con la mayor ligereza. Pero una vez establecido en un matrimonio el paralelogramo de las fuerzas, se sabe, por experiencia, que permanece en adelante inconmovible como constelación espiritual. Hasta cuando Luis XVI llegó realmente a ser esposo y padre de familia, aunque debiera ser el dueño de Francia, continuó siempre como siervo de María Antonieta, sin voluntad propia, sólo porque a su debido tiempo no pudo ser su marido.

No menos fatalmente influye el fracaso sexual de Luis XVI en el desenvolvimiento espiritual de María Antonieta. Conforme a la oposición de los sexos, una y la misma perturbación provoca manifestaciones totalmente opuestas en el carácter masculino y en el femenino. Cuando un hombre está sometido a perturbaciones en su vigor sexual, se origina en él cierta timidez a inseguridad en sí mismo; cuando a la mujer no le sirve de nada el estar dispuesta a la pasiva entrega de sí misma, se presenta inevitablemente una sobreexcitación y falta de dominio, con un vivo exceso de vitalidad. Por su natural, María Antonieta es, en realidad, plenamente normal; una mujer muy femenina y tierna, destinada a numerosa maternidad y que probablemente no aspira a otra cosa sino a dejarse dominar por un hombre verdadero. Pero la fatalidad ha querido que precisamente esta mujer capaz de sentimientos y deseosa de encontrar respuesta a ello vaya a caer en un matrimonio anormal con un hombre que no es hombre. Claro que, en todo caso, la delfina no tiene más que quince años al tiempo de la celebración del matrimonio: para ella no debería manifestarse todavía como carga moral la enfadosa incapacidad de su esposo, pues ¿a quién le sería lícito considerar como un hecho fisiológicamente contranatural el que una muchacha permanezca virgen hasta los veintidós años? Pero lo que en este caso especial provoca la conmoción y la peligrosa sobreexcitación del sistema nervioso es que el marido que le ha sido impuesto por razón de Estado no le deja pasar estos siete años seudomatrimoniales en una

castidad despreocupada a intacta, sino que continuamente, durante dos mil noches, un hombre rudo a inhábil se fatiga en vano junto al cuerpo juvenil de la princesa. Durante años, su sexualidad es excitada infructuosamente de esta manera insatisfactoria, vergonzosa y deprimente, que ni una sola vez sacia sus apetitos. De este modo, no es necesario ser médico neurólogo para dictaminar que aquel su fatídico exceso de vida, aquel perpetuo ir y venir y nunca estar satisfecha, aquella voluble carrera de placer en placer, son directa consecuencia típicamente clínica de un permanente estado de excitación sexual no satisfecha, producido por su esposo. Porque, en lo profundo de su ser, no ha sentido nunca verdaderas emociones y no ha podido sosegarse, esta mujer, aún no poseída al cabo de siete años de matrimonio, tiene necesidad de movimiento y ruido en torno de sí, y lo que fue una infantil y regocijante afición al juego, se convierte poco a poco en un delirante y enfermizo furor de diversiones, considerado como escandaloso por toda la corte y contra el cual María Teresa y todos los amigos tratan de luchar vanamente. Lo mismo que en el rey la vitalidad insatisfecha se transforma en rudo trabajo de herrero y en pasión por la caza, en oscuro y fatigante esfuerzo muscular, en la reina la falsamente dirigida y desaprovechada fuerza de sentimientos se refugia en tiernas amistades con mujeres, en coqueterías con caballeros jóvenes, en preocupaciones por el adorno de su persona y otras satisfacciones semejantes, insuficientes para su temperamento. Noches y noches huye del lecho conyugal, el triste lugar de su femenina humillación, y mientras su esposo y no esposo duerme profundamente, reposando de las fatigas de la caza, ella se arrastra hasta las cuatro o las cinco de la mañana por *redoutes* de ópera, salas de juego, cenas con compañías dudosas, excitándose con pasiones ajenas, reina indigna por haber caído en manos de un esposo impotente. Pero muchos momentos de airada melancolía revelan que esta frivolidad carece realmente de alegría, que es puro medio de adormecer con un exceso de baile y diversiones una decepción interna. Piénsese, sobre todo, en el grito que se le escapa del corazón escribiéndole a su madre cuando su parienta la duquesa de Chartres ha dado a luz, en su primer embarazo, un niño muerto: «Por muy espantoso que tenga que ser eso, quería por lo menos llegar hasta ahí». ¡Mejor un niño muerto que ninguno! Verse por fin fuera de aquella situación perturbadora e indigna; ser finalmente la verdadera y normal esposa de su

marido, y no siempre y siempre conservarse virgen al cabo de siete años de matrimonio. Quien no comprenda la femenina desesperación que se oculta tras la furia de placeres de esta mujer no puede explicar ni comprender la notable transformación que se opera en ella cuando María Antonieta llega a ser por fin esposa y madre. De repente, sus nervios se tranquilizan de manera ostensible: aparece una nueva María Antonieta, aquella mujer dominadora y llena de voluntad y audacia que se revela en la segunda mitad de su vida. Pero esta transformación se produce ya demasiado tarde.

Al igual de lo que ocurre con la infancia, también en cada matrimonio los primeros acontecimientos son los decisivos. Y el curso de los años no puede reparar aquel daño que, en lo más fino a hipersensible del tejido del alma, ha producido una única y diminuta perturbación. Precisamente para estas heridas muy hondas a invisibles de la sensibilidad no hay curación completa.

Todo esto, no obstante, habría sido sólo una tragedia privada, una desdicha como las que también hoy ocurren a diario detrás de las cerradas puertas de la intimidad. En este caso, empero, las funestas consecuencias de tal disgusto conyugal se extienden mucho más allá de la vida privada. Marido y mujer son aquí rey y reina; sin evasión se hallan siempre ante el deformante espejo cóncavo de la atención pública; lo que en otros permanece secreto, alimenta en este caso charlas y murmuraciones. Una corte tan burlona como la francesa no se contenta, naturalmente, con la dolorosa comprobación de la desgracia, sino que husmea sin cesar en torno a la cuestión de cómo se resarcirá María Antonieta del fracaso de su esposo. Ven una encantadora joven, consciente de su valor y coqueta, una criatura de temperamento ardiente, en la que hierve la sangre juvenil, y saben a qué lamentable gorro de dormir le ha ido a caer en suerte esta amante magnífica: desde entonces toda la odiosa banda de chismosos no se preocupa más que de averiguar con quién engañará a su esposo. Justamente por no poder decirse nada preciso, el honor de la reina cae en frívolos comadreos. Un paseo a caballo con cualquier caballero, un Lauzun o un Coligny, y ya los desocupados charlatanes le han nombrado amante de la reina; una excursión matinal por el parque con damas de la corte y caballeros, y al punto se refieren las orgías más increíbles. Constantemente, el pensamiento de toda la corte está ocupado con la vida amorosa de la

desengañada reina: los chismorreos se convierten en canciones, libelos y versos pornográficos. Primero son las damas de la corte las que se pasan de unas a otras, detrás del abanico, esos versillos de cantárida; después salen zumbando procazmente fuera de la real casa, son impresos y tienen gran éxito entre el pueblo. Después, cuando comienza la propaganda revolucionaria, los periodistas jacobinos no necesitan buscar largo tiempo para presentar a María Antonieta como el resumen de toda liviandad, como una desvergonzada delincuente, y el fiscal de la República sólo necesita echar mano de esta caja de Pandora de galantes calumnias para colocar bajo la guillotina la pobre cabeza de la Reina.

Más allá del destino personal, de la torpeza y la desgracia privadas, las consecuencias de una perturbación matrimonial llegan, en este caso, hasta el campo de la Historia Universal: en realidad, la destrucción de la autoridad real no ha comenzado con la toma de la Bastilla, sino en Versalles. Pues el que estas noticias del fracaso conyugal del rey y las maliciosas mentiras sobre la insatisfacción sexual de la reina, brotando del palacio de Versalles, llegaran tan veloz y extensamente a conocimiento de la nación entera no era fruto de la casualidad, sino que había en ello secretas razones de orden familiar y político.

Viven, en efecto, en este palacio cuatro o cinco personas, los más próximos parientes del rey, los cuales tienen interés personal en que no cese la decepción conyugal de María Antonieta. Ante todo, los dos hermanos del rey, para los cuales es extraordinariamente grato que este ridículo defecto anatómico y el temor de Luis XVI al cirujano no sólo perturben la normal vida conyugal del regio matrimonio, sino también el orden normal de la sucesión a la corona, pues ven en ello una probabilidad inesperada de llegar ellos mismos a sentarse en el trono. El hermano segundo de Luis XVI, el conde de Provenza, es decir, el que fue más tarde Luis XVIII -y alcanzó su meta sabe Dios por qué tortuosos caminos-, no pudo nunca resignarse a permanecer durante toda su vida como segundón detrás del trono, en lugar de llevar el cetro en su propia mano; la carencia de heredero directo le convertía a él en regente, si no en sucesor del rey, y su impaciencia es apenas dominable; pero como también él es un marido dudoso y no tiene hijos, el tercer hermano, el conde de Artois, saca también ventajas de la incapacidad genital de sus hermanos mayores, pues de este modo sus hijos son legítimos herederos del trono.

Así ambos hermanos saborean como un caso afortunado lo que constituye la desgracia de María Antonieta, y cuanto más tiempo dura la espantosa situación, tanto más seguros se sienten en su prematura expectativa. De ahí su odio, ilimitado a indominado, cuando, en el séptimo año de matrimonio, María Antonieta realiza por fin el milagro de la repentina transformación viril de su esposo, con lo cual las relaciones matrimoniales entre el rey y la reina llegan a ser totalmente normales. El conde de Provenza no perdona jamás a María Antonieta este golpe terrible que mata de improviso todas sus esperanzas a intenta obtener torcidamente lo que no le resulta por vía directa: desde que Luis XVI llega a ser padre, sus hermanos y parientes se convierten en sus adversarios más peligrosos. La revolución tiene buenos auxiliares en la corte; manos de príncipe le han abierto las puertas de palacio y le han entregado las mejores armas; este episodio de alcoba ha descompuesto y arruinado la autoridad real desde dentro de la corte de modo más fuerte que todos los sucesos exteriores. Casi siempre es un secreto destino el que regula las cosas visibles y públicas; casi todos los acontecimientos universales son reflejos de internos conflictos personales. Uno de los grandes y asombrosos secretos de la Historia es producir permanentemente incalculables consecuencias con causas del tamaño de microbios, y no será ésta la última vez en que la pasajera perturbación sexual de un solo individuo ponga en agitación al mundo entero; la impotencia de Alejandro de Serbia, su sujeción sexual a su iniciadora Draga Maschin, el asesinato de ambos, el advenimiento de los Karageorgievic, la desavenencia con Austria y la guerra mundial son también una implacable y lógica sucesión de aludes. Porque la Historia teje con hilos de araña las inextricables mallas del destino; en su maravilloso mecanismo de abrir surcos, la más diminuta ruedecilla pone en movimiento fuerzas monstruosas; así también en la existencia de María Antonieta, las naderías se convierten en algo poderoso; los lances aparentemente ridículos de las primeras noches y de los primeros años de la vida conyugal dan forma no sólo al carácter de ambos esposos, sino que determinan la configuración general del mundo.

Pero ¡qué lejos aún, en lo remoto, se amontonan estos amenazadores nubarrones! ¡Qué alejadas están aún estas consecuencias y esta trabazón de hechos del infantil espíritu de la muchacha de quince años que bromea, sin sospecha alguna, con su

camarada inepto! Con alegre y palpitante corazoncito y con sus sonrientes y curiosos ojos claros, cree ascender las gradas de un trono, cuando es un patíbulo lo que se alza al término de su vital carrera.

Pero aquellos destinados desde su origen a una suerte negra no reciben de los dioses ninguna indicación ni advertencia. Les dejan recorrer su camino, despreocupados y sin presentimientos, y, desde el fondo de su propia persona, su destino crece y avanza a su encuentro.

Capítulo 3
Presentación en Versalles

Aun hoy día, Versalles actúa sobre nosotros como el símbolo más grande de la autocracia; sin ningún aparente motivo, en medio del campo, lejos de la capital, sobre una colina alzada artificialmente se levanta un palacio gigantesco, el cual, por centenares de ventanas, contempla un país despoblado por encima de los canales artificialmente construidos y de los jardines artísticamente recortados. Ningún río favorable al comercio y al tráfico atraviesa por allí; ningún camino ni ninguna ruta concurren en aquel punto; por pura casualidad, como capricho de piedra de un gran señor, este palacio opone a los asombrados ojos su gigantesco esplendor sin sentido.

Pero justamente eso es lo que ha sido querido por la cesárea voluntad de Luis XIV: erigir un deslumbrante altar a su propia persona, a su inclinación al culto idolátrico de sí mismo. Autócrata resuelto, hombre despótico, había impuesto triunfalmente su voluntad de centralización al país antes dividido, prescrito el orden al Estado, las costumbres a la sociedad, la etiqueta a la corte, la unidad a la fe, la pureza al idioma. De su persona partían los rayos de esta voluntad de unificación, y, por tanto, hacia su persona debía volverse después toda la gloria. «Donde yo estoy, allí está el Estado: donde yo habito es el punto central de Francia, el ombligo del mundo»: para hacer sensible esta carencia de límites en sus poderes, el *Roi-Soleil* trasladó con toda su intención su residencia lejos de París. Precisamente, con situar su palacio en completo despoblado, muestra que un rey de Francia no necesita la ciudad, los burgueses, las masas, como soporte o marco de su poder. Basta que extienda su brazo y ordene para que al punto, hasta de las lagunas y arenales, surjan jardines y bosques, cascadas y grutas en tomo al más bello a imponente de los palacios; desde este punto astronómico que su albedrío ha elegido arbitrariamente, sale y se pone de ahora en adelante el sol de su Imperio. Versalles ha sido construido para probar simbólicamente a Francia que el pueblo no es nada y el rey lo es todo.

Pero la fuerza creadora no va nunca unida sino a aquel hombre que está lleno de vida; sólo es hereditaria la corona, no la potencia y majestad en ella contenidas.

Estrechos de alma, débiles de sentimientos o buscadores de goces, en vez de creadores, Luis XV y Luis XVI heredan el dilatado palacio, el Estado fundado sobre tan grandes bases. En to exterior, bajo su dominio todo permanece intacto: las fronteras, el idioma, las costumbres, la religión, el ejército; con demasiada fuerza ha impuesto su forma aquella enérgica mano para que lo hecho por ella pueda ser borrado en cien años; pero pronto a las formas les falta contenido y a la hirviente materia el impulso creador. Bajo Luis XV no cambia nada el aspecto de Versalles, pero sí su significación; aún, como siempre, verbenean con magníficas libreas tres mil o cuatro mil sirvientes por los pasillos y patios de palacio; aún, como siempre, hay dos mil caballos en las caballerizas; aún, como siempre, funciona con bien aceitadas chamelas el aparato artificial de la etiqueta en todos los bailes, recepciones, *redoutes* y mascaradas; aún, como siempre, se pavonean por la Galería de los Espejos y las estancias centelleantes de oro caballeros y señoras con suntuosos trajes de brocado, de seda plisada, cubiertos de piedras preciosas; aún, como siempre, es ésta la más célebre, la más refinada y la más culta de todas las cortes de la Europa de entonces.

Pero lo que había sido expresión de una avasalladora plenitud de poder, hace tiempo que no es más que frivolidad y movimiento desprovisto de alma y de sentido. De nuevo reina un Luis, pero no es ya un dominador soberano, sino un apático esclavo de las mujeres; también éste reúne en torno a sí una come de arzobispos, ministros, mariscales, arquitectos, poetas y músicos; pero, lo mismo que él no es ningún Luis XIV tampoco ellos son ningún Bossuet, ni ningún Turenne, ni Richelieu, ni Mansart, ni Colbert, Racine o Corneille, sino una casta de codiciosos de destinos, aduladores a intrigantes que sólo quieren gozar en vez de crear, vivir parasitariamente sobre lo ya producido, en lugar de infundir sangre nueva a las cosas, con voluntad y espíritu. En este invernáculo de mármol no brota ya ningún osado plan, ninguna reforma decisiva, ninguna obra poética, sino que sólo las plantas palustres de la intriga y la galantería crecen exuberantemente. No son los servicios los que deciden de la suerte de un servidor del Estado, sino la cábala; no el mérito, sino la protección; quien inclina las espaldas en una reverencia más profunda en el lever de la Pompadour o de la Du Barry es el que llega a mayor altura; en lugar de la obra, vale la palabra; en lugar del ser, el parecer. Sólo entre

ellos mismos y para ellos mismos, en una escena eternamente igual a sí misma, estos hombres representan sus papeles de rey, de hombre de Estado, de sacerdote o de mariscal con mucha gracia pero sin ningún objeto; todos se han olvidado de Francia, de la realidad; sólo piensan en su persona, en su carrera, en sus placeres. Versalles, ideado por Luis XIV como el Forum Maximum de Europa, decae bajo Luis XV hasta ser un teatro de sociedad de nobles aficionados; claro que, en todo caso, el más artístico y caro que jamás ha conocido el mundo.

Sobre este magnífico escenario aparece ahora por primera vez, con vacilante paso de debutante, una muchacha de quince años. Al principio no representa más que un pequeño papel secundario: el de delfina, la heredera del trono. Pero los muy nobles espectadores saben muy bien que a esta pequeña y rubia archiduquesa de Austria le está reservado para más tarde en Versalles el papel principal, el de reina, y por eso al punto todas las miradas se dirigen curiosamente a ella desde el instante de su llegada. La primera impresión es excelente: hace mucho tiempo que no se ha visto aparecer allí ninguna muchacha tan encantadora; con su esbelta figurita deliciosa, como el *biscuit* de Sèvres; su coloración de porcelana pintada, sus alegres ojos azules, su boca, viva y petulante, que sabe reír de la manera más infantil y enfurruñarse del modo más divertido; porte irreprochable, andar de graciosa levedad, deliciosa en la danza, pero al mismo tiempo -no en vano es hija de una emperatriz- un modo seguro de atravesar, rígida y orgullosa, por la Galería de los Espejos, saludando sin cortedad a derecha y a izquierda. Con mal disimulado enojo reconocen las damas, a quienes en ausencia de una *prima donna* les ha sido dado representar los primeros papeles, una rival victoriosa en aquella aún no desarrollada muchacha estrecha de hombros. Una única falta en su conducta advierte unánimemente la severa sociedad cortesana: aquella niña de quince años tiene la singular pretensión de moverse con infantil libertad, sin ningún envaramiento, por aquellos sacrosantos salones; siendo una bestezuela silvestres por su natural, la joven María Antonieta alborota por todas partes, con revoleo de faldas, jugando con los hermanos más jóvenes de su marido; aún no puede acostumbrarse a la desolada mesura, a la reserva glacial que sin cesar se exige aquí de la esposa de un príncipe real. En las grandes ocasiones sabe conducirse irreprochablemente, pues ha sido educada bajo una etiqueta no menos pomposa, bajo la hispano-

habsburguesa. Pero en la Hofburg y en Schoenbrunn no se adoptaban continentes tan solemnes más que en las solemnidades; para las recepciones se sacaba el ceremonial, como un traje de gala, y se deponía, con un suspiro de satisfacción, tan pronto como los haiducos habían cerrado la puerta a espalda de los visitantes. Entonces se esponjaban a su gusto, se convertían en sencillos y familiares, era permitido a los niños alborotar y divertirse alegremente; cierto que en Schoenbrunn se servían de la etiqueta, pero no se la servía como esclavos delante de un dios. En cambio, aquí, en esta corte preciosa y anticuada, no se vive para vivir, sino únicamente para representar, y cuanto más alta la categoría de un personaje, más son las prescripciones que tiene que cumplir. Por tanto, ¡en nombre del cielo!, que jamás haya un gesto espontáneo, no cabe mostrarse natural a ningún precio; sería una falta contra las costumbres que nada podría reparar. De la mañana a la noche y de la noche a la mañana, siempre buen porte, buen porte y buen porte; si no, murmura el implacable público de aduladores, el objeto de cuya existencia es vivir en este teatro y para él.

María Antonieta, ni de niña ni cuando reina, ha querido comprender jamás esta espantosa y solemne severidad, este sagrado ceremonial de Versalles; no concibe la terrible importancia que toda la gente atribuye aquí a una inclinación de cabeza o a una precedencia o primacía, y no la comprenderá jamás. Naturalmente obstinada, terca y, por encima de toda traba, sincera, odia toda especie de restricción; como auténtica austríaca, quiere dejarse llevar por los acontecimientos, vivir a su gusto y no sufrir a cada paso esa insoportable afectación, ese darse importancia y suficiencia. Lo mismo que se libraba de sus deberes escolares en su casa natal, también aquí en toda ocasión procura escabullirse de su severa dama de honor, madame de Noailles, a quien llama burlonamente «Madame Etiqueta»; esta niña, vendida demasiado pronto a la política, quiere tener, inconscientemente, to único de que está privada en medio del fausto de su posición: algunos años de verdadera infancia.

Pero una princesa heredera no puede ni debe ser ya una niña; todo se une para traer a su recuerdo la obligación de mantener una inconmovible dignidad. Su alta educación compete, junto con la santurrona dama de honor, a las hijas de Luis XV tres solteronas beatas y malignas, de cuya virtud ni aun la peor lengua

calumniadora osaría dudar: madame Adelaida, madame Victoria y madame Sofía; esas tres parcas se ocupan, con aparente cariño, de María Antonieta, abandonada por su esposo; en su escondida madriguera es iniciada la princesa en toda la estrategia de las pequeñas guerras de corte: debe aprender allí el arte de la maledicencia, de la socarrona malicia, de la intriga subterránea, la técnica de los alfilerazos. Al principio, esta nueva enseñanza divierte a la inexperta María Antonieta, e, inocente, repite los *bons mots* cargados de especias; pero en el fondo tales malevolencias contradicen a su natural sinceridad. María Antonieta, para su daño, no ha aprendido nunca el disimulo, la ocultación de sus sentimientos de odio o de cariño, y pronto, por su instinto recto, se libera de la tutela de las tías; todo lo apicarado es opuesto a su ingenuo a indomado natural. Igual mala suerte tiene la condesa de Noailles con su discípula; sin cesar el indisciplinable temperamento de la muchacha de quince o dieciséis años se subleva contra la *mesure*, contra el empleo del tiempo acompasado y siempre unido a un párrafo de reglamento. Pero nada puede ser cambiado en esto. Ella misma describe así su día: «Me levanto a las nueve y media o diez, me visto y hago mis oraciones matinales. Después me desayuno y voy a ver a las tías, donde, de ordinario, encuentro al rey. Esto dura hasta las diez y media. En seguida, a las once, voy a que me peinen. Luego llaman a toda mi casa, y todo el mundo puede entrar entonces, salvo las gentes sin calidad ni nombre. Me pongo mi colorete y me lavo las manos delante de todos los reunidos; después se retiran los hombres, quedan las damas y me visto delante de ellas. A las doce se va a la iglesia. Si el rey está en Versalles, voy con él a misa, con mi esposo y las tías. Si está ausente, voy sólo con el señor delfín, pero siempre a la misma hora. Después de misa hacemos la pública comida del mediodía, pero a la una y media está ya terminada, porque los dos comemos muy de prisa. De allí voy a las habitaciones del señor delfín, y cuando está ocupado, me vuelvo a las mías, donde leo, escribo o trabajo, pues estoy haciendo una chupa para el rey, trabajo que avanza muy lentamente, pero confío en que, con la ayuda de Dios, estará terminado dentro de algunos años. A las tres vuelvo junto a las tías, con las cuales, a esa hora, se encuentra el rey; a las cuatro viene el abate a mi habitación; a las cinco, el maestro de clave o el de canto, hasta las seis de la tarde. A las seis y media vuelvo casi siempre junto a las tías, si no salgo de paseo. Tienes que saber

que mi esposo va casi siempre conmigo a las habitaciones de las tías. Se juega de siete a nueve; pero si hace buen tiempo salgo de paseo, y entonces no se juega en mis habitaciones, sino en las de las tías. Cenamos a las nueve, y si no está el rey, las tías cenan con nosotros. Pero si está el rey presente, después de cenar vamos junto a ellas. Esperamos al rey, que, de costumbre, llega a las once menos cuarto. Pero yo, mientras tanto, me echo en un gran canapé y duermo hasta su llegada; pero si no está allí, vamos a acostamos a las once. Ésta es la distribución de mi día».

En esta distribución de horas no queda mucho tiempo para las diversiones, que es justamente lo que apetece su inquieto corazón. Su sangre, hirviente y juvenil, querría hacer locuras: jugar, reír, alborotar; pero al punto alza su severo dedo «Madame Etiqueta», y advierte que esto y aquello, y en resumidas cuentas todo lo que quiere María Antonieta es inconciliable con su posición de princesa heredera. Aún le va peor con el abate Vermond, el antiguo maestro y ahora confesor y lector de la delfina. En realidad, María Antonieta tendría aún muchísimo que aprender, pues su instrucción está muy por debajo de la del término medio: a los quince años ha olvidado bastante el alemán y todavía no ha aprendido por completo el francés; su escritura es lamentablemente desmañada; su estilo, lleno de enormidades y faltas de ortografía; necesita aún que el servicial abate le corrija sus cartas. Fuera de eso, debe leerle todos los días durante una hora y obligarla a que lea ella misma, pues María Teresa le pregunta por sus lecturas en casi todas las cartas. No cree exacta la noticia de que *Toinette* lea o escriba todas las tardes. «Trata de amueblarte la cabeza con buenas lecturas -amonéstala la madre-; es para ti más necesario que para cualquier otro. Desde hace dos meses estoy esperando la lista del abate, y temo que no te has ocupado de ello y que los burros y caballos te han quitado el tiempo destinado para los libros. Ahora, en invierno, no abandones esta ocupación, ya que no posees a fondo ninguna otra: ni música, ni dibujo, baile, pintura o cualquier otra arte bella.» Por desgracia, María Teresa tiene motivos para desconfiar, porque su *Toinette,* de un modo al mismo tiempo ingenuo y hábil, sabe seducir tan por completo al abate Vermond -¡claro que no se puede obligar a una delfina a que haga alguna cosa o imponerle un castigo!- que la hora de lectura se convierte siempre en una hora de charla; aprende poco, o nada, y su madre, con

todas sus apremiantes admoniciones, no consigue dirigirla hacia ningún trabajo serio. Su recto y sano desenvolvimiento ha sido perturbado por su matrimonio, forzado y precoz. Mujer por su título, pero en realidad siempre una niña, María Antonieta debe, por una parte, presentarse ya conforme a su dignidad y categoría mayestáticas, pero, por otra, debería, en un banco de la escuela, aprender los más elementales conocimientos de instrucción primaria: ya se la trata como a una gran dama, ya se la reprende como a una niña. La dama de honor exige de ella el porte de su alcurnia: la, tías, que intrigue: su madre, que se instruya; mas su juvenil corazón no quiere otra cosa sino vivir y ser joven, y en esta contradicción entre la edad y la categoría, entre su propia voluntad y la de los otros, se origina, en este natural aún no evolucionado aunque siempre por completo honrado, aquella irreprimible inquietud y ansia de libertad que más tarde han de determinar, de un modo tan nefasto, el destino de María Antonieta.

María Teresa conoce al detalle esta peligrosa y dañina situación de su hija en la corte extranjera: sabe también que aquella criatura demasiado joven, frívola y ligera, nunca estará en disposición de evitar por su propio instinto todas las trampas de la intriga y las celadas de la política de palacio. Por ello le ha dado como fiel consejero a la mejor persona que posee entre sus diplomáticos, al conde de Mercy. «Temo mucho -había escrito la emperatriz con asombrosa franqueza a su representante- la excesiva juventud de mi hija, la demasía de lisonjas en torno suyo, su pereza y su falta de gusto por toda actividad seria, y recomiendo a usted, ya que tengo en su persona plena confianza, que vigile para que no vaya a caer en malas manos.» La emperatriz no hubiera podido hacer mejor elección. Belga de nacimiento, pero totalmente adicto a su soberana: hombre de corte, pero no servil cortesano: sereno de pensamiento, pero no frío: lúcido, aunque no genial, este solterón, rico y sin ambiciones, que no desea otra cosa en la vida sino servir plenamente a su soberana, toma a su cargo este puesto tutelar con todo el tacto imaginable y la más conmovedora fidelidad. En apariencia, es el embajador de la emperatriz en la corte de Versalles, pero en realidad no es más que el ojo, el oído y la mano protectora de la madre; gracias a sus minuciosos informes. María Teresa puede observar a su hija desde Schoenbrunn como a través de un telescopio. La emperatriz sabe cada palabra que pronuncia su hija, cada libro que lee, o más bien

que no lee: conoce cada vestido que se pone; llega a su conocimiento cómo emplea o disipa María Antonieta cada uno de sus días, con quién habla, qué faltas comete, pues Mercy, con gran habilidad, ha tendido estrechamente sus redes en torno a su protegida. «He ganado la confianza de tres personas del servicio personal de la archiduquesa, la hago observar día tras día por Vermond, y sé, por medio de la marquesa de Durfort, hasta la palabra más insignificante que charla con sus tías. Poseo además, otros medios y caminos para conocer lo que pasa en la cámara del rey cuando se encuentra ahí la delfïna. Añado a esto mis propias observaciones, en forma que no hay ni una sola hora del día acerca de la cual no pueda decir, con conocimiento, lo que la delfina ha hecho, dicho a oído. Y extiendo siempre tan allá mis investigaciones por si es necesario para tranquilidad de Vuestra Majestad.» Todo lo que oye y acecha este fiel y honrado servidor lo comunica con la más completa veracidad y sin miramiento alguno. Correos especiales, ya que los recíprocos robos de correspondencia representan entonces el arte principal de la diplomacia, transportan estos íntimos informes, exclusivamente destinados para María Teresa, los cuales ni una sola vez son accesibles al canciller de Estado o al emperador José, gracias a la cerrada envoltura con la inscripción: *«Tibi soli»*. Cierto que a veces se asombra la inocente María Antonieta de lo rápida y detalladamente que están informados en Schoenbrunn sobre cada particular de su vida, pero jamás llega a sospechar que aquel canoso señor tan amistosamente paternal sea el espía íntimo de su madre y que las cartas exhortadoras, misteriosamente omniscientes, de la emperatriz estén pedidas a inspiradas por el propio Mercy, pues Mercy no tiene otro medio de influir en la indómita muchacha sino acudiendo a la autoridad materna. Como a embajador de una corte extranjera, aunque sea amigo, no le es permitido dar reglas de conducta moral a la heredera del trono, no puede tener la pretensión de educar a la futura reina de Francia o de querer influir sobre ella. De este modo, cuando quiere alcanzar algún objeto, encarga siempre una de aquellas cartas, cariñosamente severas, que María Antonieta recibe y abre con corazón palpitante. No sometida a nadie más sobre la tierra, esta niña frívola experimenta siempre un sagrado temor cuando le habla su madre, aunque sólo sea por escrito, a inclina entonces respetuosamente la cabeza, aun ante la más severa censura.

Gracias a esta vigilancia perenne, María Antonieta, durante los primeros años, está a salvo de los peligros exteriores y de sus demasías internas. Otro espíritu, otro más fuerte, la grande y perspicaz inteligencia de su madre, piensa en lugar de ella; una resuelta severidad vela sobre su aturdimiento. Y la culpa que la emperatriz ha cometido con relación a María Antonieta, sacrificando demasiado pronto su joven vida a la razón de Estado, trata de redimirla la madre con infinitos desvelos.

Afectuosa, cordial y perezosa para reflexionar, la niña que es María Antonieta no siente en realidad ninguna antipatía hacia toda esta gente que la rodea. Quiere mucho a Luis XV, el abuelo político, que la mima amistosamente; soporta pasablemente a las viejas tías solteronas y a «Madame Etiqueta»; siente confianza hacia su buen confesor Vermond, y una afección infantil y llena de respeto por el sereno y cordial amigo de su madre, el embajador Mercy. Sin embargo, sin embargo... Todas éstas son personas mayores, todas serias, mesuradas, ceremoniosas, y a ella, la muchacha de quince años, le gustaría amistarse despreocupadamente con alguien; ser alegre y sentir confianza en alguien; querría compañeros de juego y no sólo maestros vigilantes y sermoneadores: su juventud está sedienta de juventud. Pero ¿con quién estar alegre aquí, con quién jugar en esta casa de frío mármol, solemne y cruel? Según la edad, el verdadero compañero de juegos lo tendría realmente a su lado: su propio esposo, sólo un año mayor que ella. Pero regañón, tímido y a menudo grosero por su propia timidez, este lerdo compañero evita toda confianza con su joven esposa; tampoco él ha demostrado jamás el menor deseo de que lo casaran tan pronto, y tiene que pasar bastante tiempo antes de que se decida a ser semicortés con esta muchacha extranjera. De este modo, sólo quedan los hermanos más jóvenes de su marido, los condes de Provenza y Artois; con aquellos mozuelos de catorce y trece años, respectivamente, tiene a veces María Antonieta chanzas infantiles, se prestan disfraces y representan comedias en secreto; pero todo tiene que ser escondido rápidamente, tan pronto como se acerca «Madame Etiqueta»; una delfina no debe ser sorprendida jugando. No obstante, esta indisciplinada niña necesita algo para su diversión, para su cariño; una vez se dirige al embajador pidiendo que le envíen de Viena un perro, un *chien Mops*; otra vez la severa aya descubre que la sucesora del trono de Francia -¡horror!- ha hecho subir a su habitación a los dos niños pequeños de una sirvienta

y, sin cuidarse de su hermoso traje, se arrastra de un lado a otro con ellos por el suelo, en medio de gran alboroto. Desde la primera hasta la última hora lucha en María Antonieta un ser libre y natural contra la artificialidad de aquel ambiente que llega a ser suyo por el matrimonio, contra el preciosista patetismo de aquellas faldas *à paniers* y aquellos rígidos bustos encorsetados. Esta ligera y juguetona vienesa se ha sentido siempre como extranjera en el solemne palacio de Versalles, el de las mil ventanas.

Capítulo 4
La lucha por un saludo

«No te mezcles en política; no te ocupes de asuntos ajenos», le repetía desde el principio María Teresa a su hija; advertencia realmente innecesaria, pues para la joven María Antonieta nada hay en la tierra más importante que su placer. Todas las cosas que exigen meditación profunda o atención sistemática aburren indeciblemente a esta mujer joven, enamorada de sí misma, y, en realidad, es literalmente contra su voluntad el que ya desde los primeros años se vea envuelta y arrastrada por aquella mezquina y pequeña guerra de intrigas que en la corte de Luis XV sustituye a la elevada política de Estado de su predecesor. Ya a su llegada encuentra Versalles dividido en dos partidos. Hace tiempo que ha muerto la reina, y, por tanto, el primer puesto femenino, con todas sus prerrogativas, corresponde legítimamente a las tres hijas del rey. Pero, torpes, simplonas y comineras, estas tres señoras, devotas a intrigantes, no saben aprovechar su posición más que para sentarse en el primer lugar en la misa y tener primacía en las recepciones.

Aburridas y desagradables solteronas, no ejercen la menor influencia sobre su regio padre, el cual únicamente quiere su placer, y, a la verdad, en bajas formas sensuales, y hasta en las más groseras. Como no tienen ningún poder, ninguna influencia; como no confieren ningún destino, ni una sola vez el más insignificante cortesano se molesta por lograr su favor; todo el brillo, todos los honores, van hacia aquella que tiene muy poco que ver con el honor: hacia la última *maîtresse* del rey, hacia madame Du Barry.

Procedente de la hez popular, de un pasado oscuro, y, si se quiere conceder crédito a los rumores públicos, habiendo llegado al dormitorio regio por el rodeo de una casa pública, para captar una apariencia de derecho a tener acceso a la corte ha obtenido de la debilidad de carácter de su amante que le compre un noble esposo, el conde Du Barry, un caballero en extremo complaciente como marido, el cual, el mismo día de la boda, una vez firmados los papeles, desaparece para siempre. Pero, en todo caso, su nombre ha dado capacidad para entrar en la corte a la antigua muchacha de la calle. Por segunda vez, ante los ojos de toda Europa, ha tenido lugar la farsa, degradante y ridícula, de que un rey cristianísimo se deje

presentar solemnemente, como desconocida dama de la nobleza, a su favorita, de todos conocida, y la introduzca en la corte. Legitimada por esta recepción, la querida del rey habita en el gran palacio, sólo separada por tres habitaciones de las escandalizadas hijas y unida con la cámara del rey por una escalera construida al efecto.

Con su propio y bien experto cuerpo, y con el de algunas lindas y amables muchachas, aún no experimentadas, que lleva al viejo libertino para excitarlo, mantiene por completo bajo su dominio el erotismo senil de Luis XV; la merced del rey no tiene otro camino sino el que pasa por su salón. Naturalmente, como ella tiene conferido el poder, todos los cortesanos se agrupan en torno suyo: los embajadores de todos los soberanos esperan, llenos de respeto, en su antecámara; reyes y príncipes le envían presentes; puede destituir ministros, repartir cargos; puede mandar que le construyan palacios, disponer de todos los tesoros regios: pesados collares de brillantes centellean sobre su lascivo cuello; gigantescos anillos resplandecen en sus manos, besadas respetuosamente por todas las eminencias de la Iglesia, príncipes y solicitantes, y la diadema regia centellea, invisible, sobre su espesa y oscura cabellera.

Toda la luz del favor real cae dilatadamente sobre esta ilegítima soberana de alcoba; todas las adulaciones y homenajes son para esta osada manceba, que se pavonea por Versalles con mayor arrogancia de lo que jamás lo haya hecho reina alguna.

Escondidamente, en sus habitaciones de segundo orden, se mantienen, mientras tanto, las despechadas hijas del rey, y gimen y se lamentan por culpa de aquella desvergonzada moza, que deshonra a toda la corte, cubre de ridículo a su padre, hace ineficaz el gobierno a imposible toda cristiana vida de familia. Con todo el odio de su virtud a la fuerza, de otra parte su único mérito -pues no poseen ni gracia, ni espíritu, ni dignidad-, las tres hijas aborrecen a esta ramera de Babilonia, que goza aquí, en el lugar de la difunta madre de las princesas, honores de reina, y de la mañana a la noche no tienen otro pensamiento sino el de mofarse de ella, despreciarla y hacerle daño.

Entonces, por una dichosa casualidad, aparece en la corte esta archiduquesa extranjera, María Antonieta; cierto que de quince años solamente, pero que, por la

dignidad que le conceden sus derechos de futura reina, es la primera dama de la corte; servirse de ella contra la Du Barry es una dichosa ocupación para las tres solteronas, y desde el primer momento trabajan en preparar agudamente para tal tarea a esta muchacha irreflexiva a inconsciente. Ella debe ser la que dé la cara (mientras las tías permanecen en la oscuridad) para ayudarlas a derrotar a la bestia impura. De este modo, con fingida ternura, atraen a su círculo a la princesita. Y, sin sospecharlo siquiera, al cabo de pocas semanas, María Antonieta se alza en el centro de una encarnizada contienda.

A su llegada, María Antonieta no sabía nada ni de la existencia ni de la singular situación de una madame Du Barry; en la severidad de costumbres de la corte de María Teresa, la idea de una *maîtresse* era desconocida plenamente. Sólo en la primera cena, entre las otras señoras de la corte, ve a una dama de abultado pecho, brillantemente vestida y con magníficas alhajas, la cual la mira curiosamente, y oye que, al hablar, le dicen «condesa», condesa Du Barry. Pero las tías, que al instante toman afectuosamente a su cuidado a la inexperta niña, le explican el caso fundamental a intencionadamente, pues, pocas semanas más tarde, María Antonieta le escribe ya a su madre acerca de la *«sotte et impertinente créature»*. En voz alta, e irreflexivamente, la delfina repite en sus charlas todas las observaciones, ruines y malignas, que las queridas tías ponen en sus traviesos labios, y de repente la corte, que se aburre y está siempre ávida de tales sensaciones, encuentra una chanza magnífica, porque a María Antonieta se le ha puesto en la cabeza, o más bien las tías le han puesto en la cabeza, el herir del modo más profundo a esa arrogancia intrusa que en el palacio real hace la rueda como un pavo.

Según la ley de bronce de la etiqueta, en la corte de Versalles jamás a una dama de categoría inferior le es lícito dirigir la palabra a una de categoría superior, sino que tiene que esperar respetuosamente a que la de categoría superior se la dirija. Ya se comprende que la delfina, en ausencia de una reina, es la dama de calidad más alta, y María Antonieta hace abundante use de su derecho. Fría, sonriente y provocativa, deja que la condesa Du Barry espere tiempo y tiempo su saludo; durante semanas, durante meses, hace que la impaciente se perezca por una sola palabra de sus labios. Naturalmente, los chismosos y los aduladores advierten pronto el caso;

encuentran en este duelo una alegría infernal; toda la corte se calienta placenteramente al fuego atizado por las tías con el mayor cuidado. Todos observan, llenos de expectación, a la Du Barry, la cual ocupa su asiento entre todas las damas de la corte y tiene que contemplar con mal contenida furia cómo aquella petulante rubia de quince años charla y charla alegremente, y quizá con estudiada alegría, con todas las damas de la corte; sólo ante ella María Antonieta frunce siempre un poco su labio habsburgués, levemente saledizo, no dice palabra y parece mirar, como a través de un vidrio, lo que hay detrás de la condesa, resplandeciente de brillantes.

Ahora bien, la Du Barry no es realmente una persona malintencionada. Como auténtica y legítima mujer del pueblo, tiene todas las cualidades de las clases inferiores: cierta benevolencia de advenediza, jovialidad y camaradería hacia todo aquel que no le quiere mal. Por vanidad, es fácilmente amable con todo el que la adula: indolente y generosa, da con gusto a quien le pida algo; no es en absoluto ninguna mujer mala o envidiosa. Pero como ha ascendido desde lo más bajo con una velocidad tan vertiginosa, la Du Barry no se contenta con una apariencia de poder; quiere gozar de él real y ostensiblemente; quiere asolearse vana y lozanamente con un esplendor que no le corresponde, y sobre todo quiere que se le reconozca derecho a todo ello. Quiere ocupar el primer puesto entre las damas de la corte: quiere llevar los más preciosos brillantes, poseer los trajes más magníficos, los más hermosos carruajes, los caballos más ligeros. Todo esto lo obtiene sin trabajo del hombre débil de voluntad, absolutamente sometido a ella sexualmente; nada le es negado. Pero -¡tragicomedia de todo poder ilegítimo que alcanza hasta al propio Napoleón!- su última suprema ambición es ser reconocida por el poder legítimo.

De modo que la condesa Du Barry, aunque está galantemente cercada por todos los príncipes, mimada por todos los cortesanos, después de satisfechos todos sus deseos, aún conserva uno: ser reconocida como existente por la primera mujer de la corte, ser recibida cordial v amablemente por la archiduquesa de la Casa de Habsburgo. Pero no sólo esta *petite rousse* (así llama a María Antonieta en su impotente furor), no sólo esta gansa de dieciséis años, que ni siquiera puede hablar aún correctamente el francés, que no logra realizar la ridícula pequeñez de que su

propio marido rinda auténticos servicios conyugales, esta virgen a pesar suyo, frunce siempre los labios ante ella y la ofende delante de toda la corte, sino que, además, tiene el descaro de burlarse a su costa, públicamente y con toda imprudencia, siendo ella la mujer más poderosa de la corte... Y ¡eso no, eso no se lo consiente ella! En esta homérica querella de precedencia, la razón, en sentido literal, está indiscutiblemente de parte de María Antonieta. Es de más alta categoría, no tiene para qué hablar de esa *dame* la cual, como condesa, está colocada muy por debajo de la heredera del trono aunque en su pecho centelleen siete millones de diamantes. Pero la Du Barry tiene detrás de sí el poder efectivo: tiene al rey plenamente en sus manos. Cercano ya el grado ínfimo de su decadencia moral, siéndole plenamente indiferente el Estado, la familia, los súbditos y el mundo, cínico altivo -*«aprés moi le déluge»*-, Luis XV no quiere otra cosa sino su tranquilidad y sus goces. Deja que las cosas vayan como quieran; no se preocupa de la disciplina y costumbres de su corte, sabiendo bien que de hacerlo, tendría que comenzar por sí mismo. Está harto ya de gobernar: quiere vivir a gusto sus últimos años, vivir sólo para sí, aunque todo se venga abajo en torno suyo y a su espalda.

Por ello, esta repentina guerra femenina turba enojosamente su paz. De acuerdo con sus principios epicúreos, preferiría no intervenir en ella. Pero la Du Barry le rompe a diario los oídos diciéndole que no se dejará humillar por aquella criatura, que no dejará que la ponga en ridículo delante de toda la corte; el rey tiene que defenderla, guardar el honor de la condesa, al mismo tiempo que el suyo propio. Por último, estas escenas y estos llantos importunan al rey, y hace llamar a la primera dama de honor de María Antonieta, madame de Noalles, a fin de que finalmente se sepa cuál es el viento que sopla en las alturas. Al pronto no dice más que amabilidades respecto a la esposa de su nieto. Pero poco a poco va entremezclando toda suerte de observaciones: encuentra que la delfina se la permite hablar un poco libremente sobre lo que ve, y sería conveniente llamarle la atención para que supiera que tal conducta tiene que producir mal efecto en el círculo íntimo de la familia. La dama de honor -como se había calculado- transmite al instante la advertencia a María Antonieta, la cual se la refiere a las tías y a Vermond, y éste, por último, la comunica a Mercy, el embajador de Austria, el cual,

naturalmente, se queda muy espantado -¡la alianza, la alianza!- y, por correo urgente, relata todo el asunto a la emperatriz en Viena.

¡Dolorosa situación para la pía, para la beata María Teresa! Ella, que en Viena, por medio de su famosa Comisión de Costumbres, hace azotar implacablemente y conducir al establecimiento correccional a las damas de aquella clase, ¿va a tener que prescribir a su propia hija que se muestre amable con una de tales criaturas? Pero por otra parte, ¿puede ponerse enfrente del rey? Como madre, como estricta católica y como política, se halla ante el más penoso de, los conflictos. Por último, se zafa del asunto, como antigua y hábil diplomática, atribuyendo la cuestión a la cancillería de Estado. No es ella misma quien escribe a su hija, sino que hace que su ministro de Estado Kaunitz, redacte un rescripto dirigido a Mercy, con la comisión de exponer a María Antonieta este «excurso» político.

De esta manera se conserva la posición moral y, no obstante, la pequeña queda advertida de cómo debe conducirse, pues Kaunitz explica: «Cometer faltas de cortesía hacia las personas a quienes el rey ha admitido en su círculo es ofender a ese mismo círculo, y todos tienen que respetar en tales personas el que el monarca mismo las considere dignas de su confianza, y a nadie le es lícito permitirse examinar si lo ha hecho con razón o sin ella. La elección del príncipe, del monarca mismo, tiene que ser estimada como indiscutible».

Está claro, hasta quizá sobradamente claro. Pero María Antonieta se halla sometida a la acción incitadora de sus tías. Cuando le leen la carta, le dice a Mercy, con su abandonada manera habitual, un negligente «sí, sí» y un «está bien», mas piensa para sí que la vieja peluca de Kaunitz puede charlar y charlar lo que quiera, pero que en los asuntos particulares suyos no tiene para qué meterse ningún canciller. Desde que ha observado lo espantosamente que se enoja aquella tonta, aquella *sotte créature*, la escaramuza proporciona doblado placer a la orgullosa muchachilla; como si nada hubiese ocurrido, persevera, con maliciosa alegría, en su silencio ostensible. Cada día encuentra a la favorita en bailes, fiestas, partidas de juego y hasta en la mesa del rey, y observa como la otra espera su saludo, mira con el rabillo del ojo y tiembla de emoción cuando la delfina se le acerca. Pero ¡que espere, que espere hasta el día del Juicio! Siempre vuelve a fruncir despreciativamente los labios cada vez que su mirada toma casualmente aquella

dirección, y pasa, glacial, a su lado; la frase apetecida y anhelada por la Du Barry, por el rey, por Kaunitz, por Mercy y hasta en secreto por María Teresa no es nunca pronunciada.

La guerra está ahora abiertamente declarada. Como en una lucha de gallos, se agrupan los cortesanos en torno a las dos mujeres, que guardan resuelto silencio: la una, con lágrimas de impotente furor en los ojos; la otra, con una despreciativa sonrisita de superioridad en los labios. Todos quieren ver y saber, y hasta se cruzan apuestas sobre cuál de las dos soberanas de Francia impondrá su voluntad, si la legítima o la ilegítima.

Versalles, desde hace años y años, no ha tenido espectáculo más divertido.

Pero ahora el rey se enoja más a fondo. Acostumbrado a que en el palacio todos obedezcan bizantinamente sólo con que él mueva una ceja, a que cada cual corra servilmente en la dirección que él quiera aun antes de que lo haya expresado con claridad, por primera vez tropieza ahora con una oposición el cristianísimo rey de Francia: una mozuela aún a medio desarrollar osa menospreciar en público sus mandatos. Lo más sencillo, naturalmente, sería llamar a su presencia a esta arrogante testaruda y echarle una enérgica reprimenda; mas en este hombre depravado y totalmente cínico se conserva aún una última timidez: es para él enojoso ordenar a la adulta esposa de su nieto que tenga una conversación con la *maîtresse* del señor abuelo. De este modo, Luis XV, en su perplejidad hace exactamente lo mismo que María Teresa en la suya: convierte un asunto particular en asunto de Estado. Con gran sorpresa suya, el embajador austríaco, Mercy, se ve convocado a una conferencia por el ministro francés de Asuntos Extranjeros, y no en la sala de audiencias, sino en las habitaciones de la condesa Du Barry. Al punto comienza a sospechar toda suerte de cosas, por esta singular elección de lugar, y ocurre exactamente to que él ha esperado: apenas ha hablado algunas palabras con el ministro cuando entra la condesa Du Barry, le saluda cordialmente y le refiere al detalle lo injusto que se es con ella si se le atribuyen sentimientos hostiles hacia la delfina; al contrario, es ella la que viene siendo calumniada. Para el buen embajador Mercy es enojoso convertirse tan de repente de representante de la emperatriz en confidente de la Du Barry, y habla con diplomacia una y otra vez. Pero entonces se abre silenciosamente la secreta puerta en la tapicería y Luis XV interviene, con toda

su majestad, en la delicada conversación. «Hasta ahora ha sido usted -le dice a Mercy- el embajador de la emperatriz; sea usted ahora embajador mío por algún tiempo, se lo ruego.» Después se expresa muy francamente sobre María Antonieta. La encuentra encantadora: pero siendo como es muy joven y excesivamente llena de vida, y además casada con un esposo que no sabe dirigirla, cae en toda suerte de intrigas y se deja dar malos consejos por otras personas (alude a las tías, sus propias hijas). Ruega por eso a Mercy que emplee toda su influencia para que la delfina modifique su conducta. Mercy comprende al instante que el asunto se ha convertido en político; está en presencia de una orden clara y manifiesta que tiene que ser ejecutada; el rey exige una capitulación completa. Bien se comprende que Mercy, con toda celeridad, informa a Viena de la situación, y, para suavizar hasta aquí lo penoso de su cometido, ponga algún amistoso afeite en el retrato de la Du Barry; no es tan mala como parece, y todo su deseo consiste en una pequeñez: que la delfina, una sola vez, le dirija públicamente la palabra. Al mismo tiempo, visita a María Antonieta, insiste a insiste, y no vacila en emplear las armas más afiladas. La intimida aludiendo vagamente a venenos con los cuales, en la corte francesa, ha sido suprimida más de una persona altamente situada, y, con fuerza de persuasión muy especial, le describe la discordia que puede producirse entre Habsburgos y Borbones. Éste es el naipe mejor de su juego: echar sobre María Antonieta todas las culpas para el caso de que la alianza, la obra maestra de su madre, llegue a ser rota a causa de su conducta.

Y en efecto, la artillería gruesa comienza a hacer su obra: María Antonieta se deja atemorizar. Con lágrimas de cólera en los ojos promete al embajador que un día determinado, en una partida de juego, dirigirá la palabra a la Du Barry. Mercy respira profundamente. ¡Gracias a Dios! La alianza está salvada.

Una función de gala de primera categoría espera ahora a los íntimos de la corte. De boca en boca pasa la misteriosa notificación: hoy, por la noche, la delfina dirigirá al fin por primera vez, la palabra a la Du Barry. La escena está dispuesta con todo cuidado y la réplica convenida anticipadamente. Por la noche, en el salón de juego -así está acordado entre el embajador y María Antonieta-, al final de una partida, Mercy se acercará a la condesa Du Barry a iniciará con ella una pequeña conversación. Entonces, siempre como por casualidad, pasará por allí la delfina, se

acercará al embajador, lo saludará y, en esta ocasión, dirá también algunas palabras a la favorita. Todo está excelentemente planeado.

Mas por desgracia fracasa la representación, porque las tías no consienten que su aborrecida rival obtenga este público buen éxito; se conciertan por su parte, para hacer caer anticipadamente el telón de hierro antes de que llegue el turno del dúo de la reconciliación. Con el mejor propósito. María Antonieta se dirige por la noche a la reunión: la escena está preparada: Mercy, según el programa, toma a su cargo el comienzo. Como por casualidad, se acerca a madame Du Barry y traba con ella una conversación. Mientras tanto, precisamente como fue convenido, María Antonieta comienza a dar la vuelta al salón. Charla con esta dama. ahora con la siguiente, luego con la que viene tras ésta, prolongando quizás un poco este último coloquio, por miedo, por excitación y por enojo; ahora sólo queda todavía una dama, la última, entre ella y la Du Barry; dos minutos, un minuto, y tiene ya que haber llegado junto a Mercy y la favorita.

Pero en este momento decisivo, madame Adelaida, la principal azuzadora entre las tres tías, ejecuta su gran *coup.* Se dirige severamente a María Antonieta y le dice imperativamente: «Es hora de que nos retiremos. ¡Ven! Tenemos que esperar al rey en la habitación de mi hermana Victoria». María Antonieta, cogida de improviso, sorprendida, pierde los ánimos; espantada como está, no osa decir que no, y por otra parte, no tiene bastante presencia de ánimo para dirigir a toda prisa cualquier frase indiferente a la Du Barry, que sigue esperando. Se ruboriza, se embrolla, y se aleja de allí corriendo más bien que andando, con lo cual el anhelado saludo, el saludo de encargo, obtenido diplomáticamente y comprometido entre cuatro, no llega a ser pronunciado. Todo el mundo se queda de una pieza. La totalidad de la escena ha sido preparada en vano; en lugar de una reconciliación, no se ha conseguido más que un nuevo escarnio. Los malignos de la corte se frotan de gusto las manos; hasta en los cuartos de la servidumbre se refiere, entre ahogadas risas, cómo la Du Barry ha esperado inútilmente. Pero la Du Barry echa espumarajos, y, lo que es más grave, Luis XV cae en una manifiesta cólera.

«Ya veo, señor Mercy -le dice rencorosamente al embajador-, que sus consejos no tienen ninguna influencia. Es necesario que arregle el asunto por mí mismo.» El rey de Francia está iracundo y pronuncia amenazas; madame Du Barry se enfurece en

sus habitaciones; vacila toda la alianza franco-austríaca; la paz de Europa está en peligro. Al instante anuncia a Viena el mal giro del asunto. Ahora la emperatriz tiene que emplear todo el peso de su autoridad. Ahora María Teresa misma tiene que intervenir, porque sólo ella, entre todas las criaturas humanas, tiene el poder sobre aquella niña obstinada. María Teresa está extraordinariamente asustada con los acaecimientos. Al enviar a su hija a Francia tuvo la honrada intención de evitar a su niña el turbio ejercicio de la política, y desde el principio escribe a su embajador: « Confieso abiertamente que no deseo que mi hija adquiera ninguna influencia decisiva en los asuntos públicos. He aprendido por mí misma qué pesada carga es el gobierno de un gran imperio, y, además, conozco los pocos años y la ligereza de mi hija, unido con su falta de afición a cualquier trabajo serio (y que, además, no tiene todavía conocimiento de nada); todo esto no me permite esperar nada bueno para el gobierno de una monarquía tan decaída como la francesa. Si mi hija no logra que mejore esta situación, o si llega a hacerse peor, prefiero que se culpe de ello a cualquier ministro y no a mi hija. Por ello no puedo decidirme a hablarte de política y asuntos de Estado».

Pero esta vez -¡fatalidad!- la trágica anciana tiene que ser infiel a sí misma, pues María Teresa, desde hace algún tiempo, tiene graves preocupaciones políticas. Un asunto oscuro y no muy limpio se está tramando en Viena. Hace ya meses que, de parte de Federico el Grande, a quien ella odia como al verdadero emisario de Lucifer sobre la tierra, y de Catalina de Rusia, de quien también desconfía fundamentalmente, se le ha hecho la triste proposición de un reparto en Polonia, y la entusiasta aprobación que esta idea encuentra en Kaunitz y en su corregente José II perturba desde entonces la conciencia de la emperatriz. «Todo reparto es, en el fondo, injusto y dañoso para nosotros. No puedo menos de lamentar esta proposición, y tengo que confesar que me da vergüenza el dejarme ver en público.» Al punto ha reconocido esta idea política como lo que realmente es: como un crimen moral, como un acto de bandidaje contra un pueblo inocente a indefenso. «¿Con qué derecho podemos saquear a un inocente a quien siempre nos hemos alabado de proteger?» Con grave y pura indignación, declina la oferta, indiferente a que se puedan tomar por debilidad sus escrúpulos morales. «Mejor pasar por débiles que por desleales», dice noble y sabiamente. Pero María Teresa hace mucho que no es

soberana única. José II, su hijo y correinante, sólo sueña con guerras, aumento del Imperio y reformas, mientras que ella, que conoce prudentemente la frágil forma artificial del Estado austríaco, sólo piensa en conservar y mantener; para oponerse a la influencia materna, José II sigue tímidamente el camino del hombre belicoso, del más encarnizado enemigo de su madre, de Federico el Grande, y con profunda consternación ve aquella mujer envejecida que su más fiel servidor, Kaunitz, a quien ella ha hecho grande, se inclina hacia la naciente estrella de su hijo. Quebrantada, fatigada y desengañada en todas sus esperanzas como madre y como soberana, lo que habría preferido sería la abdicación.

Pero la detiene la idea de su responsabilidad; presiente con profética certeza -la situación es igual a la de aquel Francisco José que, asimismo cansado, tampoco se desprendía del poder- que el espíritu voluble e inquieto de aquel precipitado reformador que es su hijo extenderá inmediatamente la turbación por todo aquel imperio tan difícilmente gobernable. De este modo, esta mujer piadosa y profundamente íntegra lucha hasta el último instante por lo que es el bien supremo para ella: por el honor. « Reconozco -así escribe- que en todo el tiempo de mi vida jamás me he sentido tan acongojada. Cuando tuve que reivindicar todas mis tierras, me sostenía la idea de mi derecho y el apoyo de Dios. Pero en el caso presente, en el cual no sólo el derecho no está de mi parte, sino que la obligación, la justicia y la equidad luchan contra mí, no me queda ninguna paz, sino más bien inquietud y reproches de un corazón que jamás estuvo acostumbrado a engañar a nadie, ni a sí mismo, o hacer pasar la doblez como sinceridad. La fidelidad y la buena fe están perdidas para siempre, aunque son la mayor joya y la verdadera fortaleza de un monarca frente a los otros.» Pero Federico el Grande tiene una conciencia robusta y se mofa desde Berlín: «La emperatriz Catalina y yo somos un par de viejos bergantes; pero ¿cómo se las compone con su confesor la vieja beata?». Insiste el rey de Prusia, y José II amenaza, jurando siempre que es inevitable la guerra si Austria no se une a los otros dos. Finalmente, en medio de lágrimas, lastimada su conciencia y dolorida el alma, María Teresa accede: «No soy lo bastante fuerte para regir sola los asuntos; por consiguiente, les dejo, no sin la mayor aflicción, que sigan el camino por ellos trazado», y firma con la reserva de que lo hace «porque me lo aconsejan todos los hombres prudentes y experimentados». Pero en lo más

íntimo de su corazón se reconoce como cómplice y tiembla ante el día en que el tratado secreto y sus consecuencias sean revelados al mundo. ¿Qué dirá Francia? ¿Soportará con indiferencia este bandidesco ataque por sorpresa a Polonia, en consideración a su alianza con Austria, o combatirá unas pretensiones que la propia emperatriz no tiene por legítimas? Con su propia mano ha tachado María Teresa en el decreto de ocupación la palabra «legítima». Todo depende únicamente de la actitud cordial o fría de Luis XV Entonces, en medio de estas preocupaciones, en este ardiente conflicto de conciencia, se presenta la alarmante carta de Mercy diciendo que el rey está enojado con María Antonieta, que le ha manifestado abiertamente al embajador su disgusto, y eso precisamente cuando en Viena están engañando al ingenuo embajador, al príncipe de Rohan, el cual, en medio de sus diversiones y cacerías, no ve nada de la cuestión polaca.

Porque María Antonieta no quiere hablar con la Du Barry puede originarse, del reparto de Polonia, un mal asunto de Estado, y por último quizás una guerra... María Teresa se espanta. No: donde ella misma, con sus cincuenta y cinco años, tiene que hacer, ante la razón de Estado, un sacrificio tan doloroso de conciencia, no puede serle lícito a su hija, aquella incauta muchacha de dieciséis, querer ser más papista que el papa y de moral más severa que su madre. Por tanto le escribe una carta más enérgica que nunca, para vencer, de una vez para siempre, la obstinación de la pequeña. Naturalmente, ni una sola palabra acerca de Polonia, nada de razón de Estado, sino que todo el asunto (hacerlo así tuvo que ser muy duro para la anciana emperatriz) es tratado como una bagatela: «¡Ay, tanto miedo y tanta vergüenza para hablarle al rey, el mejor de los padres! ¡O para hacerlo con aquellas gentes que te aconsejan que le hables! ¡Vaya un encogimiento para dar solamente los buenos días! ¿Cualquier palabra sobre un traje o sobre cualquier otra pequeñez te cuesta tantos aspavientos? Te has dejado coger en tal esclavitud que, visiblemente, la razón y hasta tu deber no tienen ya fuerza para persuadirte. No puedo guardar silencio por más tiempo. Después de la conversación con Mercy y de su comunicación acerca de lo que el rey desea y lo que tu deber exige, ¿has osado desobedecerle? ¿Qué motivo razonable puedes aducir para ello? Absolutamente ninguno. No tienes que considerar a la Du Barry sino como a todas las restantes damas que en la corte son admitidas en el círculo del rey. Como primer súbdito del

rey, tienes que mostrar a toda la corte que ejecutas sin condiciones el deseo de tu soberano. Naturalmente que si te pidiese bajezas o deseara de ti intimidades con ella, entonces ni yo ni ningún otro te lo aconsejaría; pero ¡cualquier palabrilla indiferente, no por la dama misma, sino por tu abuelo, tu soberano y bienhechor!».

Este bombardeo de razones (y no del todo sinceras) quebrantan la energía de María Antonieta; aunque indomable, voluntariosa y obstinada, jamás ha osado oponer resistencia ante la autoridad de su madre. La disciplina familiar de la Casa de Habsburgo se acredita, como siempre, victoriosa también en este caso. Aún se resiste un poco María Antonieta, pero por guardar las formas. «No digo que no, ni tampoco que no haya de hablar con ella en una hora y día previamente determinados, para que ella lo anuncie con anticipación y pueda presentarse como triunfadora.» Pero, en realidad, su resistencia está internamente quebrantada y estas palabras son sólo una última escaramuza de retirada: la capitulación está anticipadamente sellada.

El día de año nuevo de 1772 trae por fin la solución de esta guerra femenina heroico-cómica; aporta el triunfo de madame Du Barry y la sumisión de María Antonieta.

La escena está de nuevo teatralmente preparada; otra vez la corte, solemnemente reunida, está llamada a ser testigo y espectadora. Llega por fin la hora de las felicitaciones. Una después de otra, según su categoría, las damas de la corte desfilan por delante de la delfina, y entre ellas la duquesa de Aiguillón, la esposa del ministro, con madame Du Barry.

La delfina dirige algunas palabras a la duquesa de Aiguillón; después vuelve, aproximadamente, la cabeza en dirección a madame Du Barry y dice, no directamente hacia ella, sino de tal modo que con un poco de buena voluntad se pueda admitir que le está hablando -todos contienen el aliento para no perder ni una sílaba-, dice las palabras tanto tiempo anheladas, por las cuales se luchó tan fieramente, inauditas y cargadas de fatalidad; le dice de este modo: «Hay hoy mucha gente en Versalles» . Seis palabras, seis palabras con toda precisión contadas, se ha forzado a pronunciar María Antonieta; pero éste es un acontecimiento inmenso en la corte, más importante que la ganancia de una provincia, más emocionante que todas las reformas largo tiempo necesarias... ¡Por

fin, por fin la delfina ha hablado con la favorita! María Antonieta se ha rendido, madame Du Barry ha triunfado. Ahora todo vuelve a ser como es debido; todos ven el cielo abierto sobre Versalles. El rey recibe a la delfina con los brazos abiertos, la abraza tiernamente como a una hija perdida que acaba de ser encontrada; Mercy da las gracias todo conmovido, la Du Barry atraviesa las salas como un pavo real; las enojadas tías alborotan furiosas; toda la corte está excitada; se charla y parlotea a grandes voces acerca del suceso desde el desván a los sótanos, y todo ello porque María Antonieta le ha dicho a la Du Barry: «Hay hoy mucha gente en Versalles».

Pero estas seis vulgares palabras llevan en sí un más profundo sentido. Con estas seis palabras se le ha puesto el sello a un gran crimen político; con ellas se ha comprado el tácito consentimiento de Francia al reparto de Polonia. Gracias a estas seis palabras no sólo la Du Barry, sino también Federico el Grande y Catalina de Rusia, han afirmado su voluntad. La humillada no es sólo María Antonieta: todo un país lo es también.

María Antonieta ha sido vencida, lo sabe; su juvenil orgullo, aún infantilmente indominado, ha recibido un golpe terrible. Por primera vez ha bajado la cabeza, pero no volverá a inclinarla por segunda vez hasta la guillotina. En esta ocasión se ha hecho visible de repente que esta tierna y juguetona criatura, esta *«bonne et tendre Antoinette»*, tan pronto como se toca a su honor saca de sí un alma soberbia a inconmovible. Amargamente le dice a Mercy: «Una vez le he hablado, pero estoy decidida a que la cosa quede aquí. Esa mujer no oirá nunca más el tono de mi voz». También a su madre le muestra claramente que, después de esta única condescendencia, no hay que esperar de ella posteriores sacrificios: «Puede usted creer que siempre renunciaré a mis prejuicios y repugnancias, mientras no se me proponga nada que me ponga en evidencia y vaya contra mi honor» . En vano es que la mujer, totalmente indignada por este primer movimiento de independencia de su hija, le responda enérgicamente: «Me haces reír al imaginarte que yo o mi embajador podamos jamás darte un consejo que vaya contra tu honor ni tampoco contra el más mínimo mandamiento del decoro. Tengo miedo por ti cuando veo esa agitación a causa de tan pocas palabras. Y al decirme que no volverás a hacerlo, tal expresión me hace temblar por ti». En vano es que María Teresa vuelva a escribirle una y otra vez: «Tienes que hablar con ella como con cualquier otra señora de la

corte del Rey; nos debes eso al rey y a mí». En vano es que Mercy y los otros procuren convencerla sin cesar de que debe mostrarse afectuosa con la Du Barry, asegurándose de este modo el favor del rey; todo se estrella Contra la recién adquirida conciencia de sí misma. Los delgados labios habsburgueses de María Antonieta, que una única vez se han abierto contra su voluntad, permanecen cerrados como si fuesen de bronce; ninguna amenaza, ninguna seducción pueden ya romper el sello que los cierra. Seis palabras le ha dicho a la Du Barry, y jamás la odiada mujer llegará a oír la séptima.

Esta única vez, el 1° de enero de 1772, madame Du Barry triunfó sobre la archiduquesa de Austria y de la delfina de Francia, a indudablemente con aliados tan poderosos como un rey Luis de Francia y una emperatriz, María Teresa, la *cocotte* de la corte podría haber proseguido su lucha contra la futura reina. Pero hay combates tras los cuales el vencedor, reconociendo la fuerza de su adversario, se espanta de su victoria y considera si no sería más prudente abandonar por su propia voluntad el campo de batalla y concertar la paz.

Madame Du Barry no se siente muy a gusto después de su triunfo. Internamente, esta bonachona a insignificante criatura no ha cobijado en sí desde el principio ninguna especie de animosidad contra María Antonieta; gravemente ofendida en su orgullo, no quería otra cosa sino esta pequeña satisfacción. Ahora está contenta y no desea más; está avergonzada y asustada de su pública victoria. Pues en todo caso, es lo bastante lista para saber que todo su poder se alza sobre bases inseguras, sobre las gotosas piernas de un hombre que envejece velozmente. Una apoplejía en el protector de sesenta y dos años, y a la mañana siguiente esta *petite rousse* puede ser ya la reina de Francia; una *lettre de cachet*, uno de aquellos fatales billetes de viaje a la Bastilla, está pronto firmada. Por ello madame Du Barry, apenas ha triunfado sobre María Antonieta, hace las más vivas, las más leales y sinceras tentativas de reconciliación. Endulza su bilis, sojuzga su orgullo, se presenta una y otra vez en las reuniones de la delfïna y aunque no sea honrada con ninguna palabra más, no se muestra, en modo alguno, enojada, sino que, por medio de confidencias y emisarios ocasionales, hace saber una y otra vez a la delfina lo cordiales que son sus sentimientos hacia ella. De cien maneras se esfuerza por alcanzar mercedes de su regio amante para su antigua adversaria:

finalmente, hasta llega a emplear el más osado medio: como no puede atraer a María Antonieta con amabilidades, intenta comprar sus favores. Se sabe en la corte -y se sabe, por desgracia, demasiado bien, como lo mostrará más tarde el famoso asunto del collar- que María Antonieta ama desenfrenadamente las joyas magníficas. La Du Barry piensa, por tanto -y es significativo que el cardenal de Rohan haya seguido exactamente el mismo curso de pensamientos diez años más tarde-, que acaso sea posible domesticarla por medio de un regalo. Un gran joyero, el mismo Boehmer del asunto del collar, posee unos pendientes de brillantes que han sido tasados en setecientas mil libras. Probablemente, María Antonieta habrá expresado privada o públicamente su admiración por tal joya, y la Du Barry habrá tenido conocimiento de su antojo. El caso es que un día hace que le sea insinuado en voz baja a la delfina por una de las damas de la corte que si realmente quiere tener los pendientes de brillantes, será un placer para la Du Barry convencer a Luis XV de que debe regalárselos.

Pero María Antonieta no responde ni palabra a esta impúdica proposición, se vuelve despreciativa y continúa mirando glacialmente a su adversaria; ni por todas las piedras preciosas de la tierra esta madame Du Barry, que una vez la humilló públicamente, oirá ninguna palabra de estimación de sus labios. Un nuevo orgullo, un aplomo nuevo, comienza a mostrarse en la muchacha de diecisiete años; no necesita ninguna alhaja debida a la merced y al favor ajenos, pues siente ya sobre sus sienes las proximidades de la diadema de reina.

Capítulo 5
La conquista de París

En las noches oscuras, desde las colinas que rodean Versalles se ve claramente el reluciente halo de luces de París reflejándose en el cielo nuboso, tan cercano de la capital está el palacio; un cabriolé de muelles recorre el camino en dos horas; un peatón apenas necesita seis para ello. Por tanto, ¿qué hubiera sido más natural sino que la nueva heredera del trono hiciese una visita a la capital de su reino dos, tres o cuatro días después de la boda? Pero el verdadero sentido, o más bien la falta de sentido del ceremonial, consiste precisamente en oprimir o torcer lo natural en todas las formas de la vida. Entre Versalles y París se alza para María Antonieta una muralla invisible: la etiqueta. Pues sólo con toda solemnidad, después de un especial anuncio, precedido de un permiso del rey, le es dado al heredero del trono de Francia entrar por primera vez en la capital con su esposa. Pero justamente esta solemne entrada, la *joyeuse entrée* de María Antonieta, trata la querida parentela de retrasarla todo lo posible. Aunque entre ellos se aborrezcan mortalmente, las viejas tías beatas, la Du Barry y el par de ambiciosos hermanos, los condes de Provenza y Artois, todos trabajan en común, celosamente, para labrar la valla que cierra el camino de París para María Antonieta; no quieren concederle un triunfo que mostrará de modo harto visible su futura categoría. Cada semana, cada mes, la «camarilla» encuentra un nuevo impedimento, y pasan así seis meses, doce, veinticuatro, treinta y seis; un año, dos años, tres años, y María Antonieta continúa siempre prisionera detrás de las doradas rejas de Versalles. Por último, en mayo de 1773, pierde María Antonieta la paciencia y pasa abiertamente al ataque. Como los maestros de ceremonias, llenos de preocupación, menean siempre dubitativos sus empolvadas pelucas ante los deseos de la princesa, se hace ésta anunciar en las habitaciones de Luis XV. El rey no encuentra en tal pretensión nada de extraordinario y, débil ante las mujeres bonitas, dice al punto que «sí» y «amén» a la *charmante* esposa de su nieto, con gran enojo de toda la clique. Y hasta le deja libertad para que escoja ella misma el día de la entrada solemne.

María Antonieta elige el 8 de junio. Pero como el rey ha dado definitivamente su permiso, divierte a la petulante princesa hacerle secretamente una jugarreta al

odiado reglamento de palacio, que durante tres años ha tenido cerrado para ella el camino de París. Y así como a veces algunos enamorados novios, sin que la familia lo sospeche, anticipan la noche de bodas antes de la bendición sacerdotal, para añadir a su goce el encanto de lo prohibido, también María Antonieta convence a su esposo y a su cuñado, muy poco antes de la entrada pública en París, para hacer allí una excursión secreta.

Algunas semanas antes de la *joyeuse entrée*, ya tarde, por la noche, hacen enganchar las carrozas y, disfrazados y con careta, se dirigen al baile de la ópera, en la Meca, en París, la ciudad prohibida. A la mañana siguiente, como se presenta muy como es debido a la primera misa, esta no permitida aventura queda desconocida por completo. No hay ningún escándalo y, sin embargo, María Antonieta ha tomado su primera venganza de la odiada etiqueta.

Después de haber saboreado en secreto el paradisíaco fruto de París, tanto más poderosamente impresiona a la princesa la entrada pública y solemne. Después del rey de Francia, también el rey del cielo da su aprobación solemne: este 8 de junio es un radiante día de verano que atrae, como espectadores, a una muchedumbre que la vista no consigue abarcar. Todo el camino de Versalles a París se transforma en un doble seto humano, ininterrumpido, mugiente, sobre el cual se agitan sombreros, pintorescamente salpicados de banderas y guirnaldas. En la puerta de la ciudad, el mariscal De Brissac, gobernador de la capital, espera la carroza de gala para presentar respetuosamente, en una bandeja de plata, a los pacíficos conquistadores, la llave de la ciudad. Después vienen las placeras del mercado; vestidas con sus mejores galas (¡de qué otro modo darán más tarde la bienvenida a María Antonieta!), presentan las primicias de la estación, frutos y flores, recitando dinásticos versos. Al mismo tiempo retumban los cañones de los Inválidos, del Ayuntamiento y de la Bastilla. La carroza de gala recorre lentamente toda la ciudad; va a lo largo del muelle de las Tullerías hasta Notre-Dame; en todas partes, en la catedral, en los conventos, en la universidad, son recibidos con discursos; pasan a través de un arco de triunfo, erigido expresamente, y por medio de bosques de banderas; pero la acogida más hermosa es la que a los dos les hace el pueblo. Por docenas de miles, por centenares de millares afluyen las gentes por todas las calles de la gigantesca ciudad para ver a la joven pareja, y el espectáculo inesperado de

aquella joven esposa, encantadora y encantada, provoca indecible entusiasmo. Aplauden, lanzan exclamaciones, agitan pañuelos y sombreros; mujeres y niños se apretujan para llegar más cerca, y cuando María Antonieta, desde el balcón de las Tullerías, contempla las inmensas oleadas de aquella delirante muchedumbre, dice casi espantada: «¡Dios mío, cuánta gente!», pero entonces el mariscal De Brissac se inclina hacia ella y le responde con una galantería auténticamente francesa: «Señora, que no lo tome a mal Su Alteza el delfín, pero veis aquí doscientos mil hombres enamorados de Vuestra Alteza».

La impresión de este primer encuentro de María Antonieta con el pueblo es inmensa.

De natural poco reflexiva, pero dotada de rápida comprensión, no concibe las cosas sino sólo por una inmediata y personal impresión, por intuitiva labor de sus sentidos y de sus ojos. Sólo en aquellos minutos, cuando la masa anónima, tan grande que no se puede abarcar con la vista, gigantesca selva viviente con banderas, griterío y agitar de sombreros, asciende mugidora hacia ella en cálidas oleadas, sospecha por primera vez el esplendor y la grandeza de su posición a que el destino la ha elevado. Hasta entonces, en Versalles, le han hablado llamándola *Madame la Dauphirie*, pero eso no era más que un título entre mil otros, un peldaño superior dentro de la rígida escala interminable de la nobleza, una palabra vacía de sentido, un concepto helado. Ahora, por primera vez, comprende María Antonieta plásticamente, el inflamado sentido y la orgullosa promesa que se contienen en estas palabras: «heredera del trono de Francia». Conmovida, le escribe a su madre: « El martes último he asistido a una fiesta de la que jamás me olvidaré en mi vida: nuestra entrada en París. En cuanto a honores, hemos recibido todos los que es posible imaginar; pero no ha sido eso lo que me ha impresionado del modo más profundo, sino la ternura y el ardor del pobre pueblo, que, a pesar de los impuestos con los que está abrumado, se sentía transportado de alegría al vernos. En el jardín de las Tullerías había una multitud tan inmensa que durante tres cuartos de hora no pudimos avanzar ni retroceder, y al regreso de este paseo hemos permanecido una hora y media en una terraza descubierta. No puedo describirte, mi querida madre, las explosiones de amor y alegría que nos tributaron en este momento. Antes de retirarnos hemos saludado con la mano al pueblo, lo que causó gran alegría. ¡Qué

dicha es, en nuestro alto estado, poder adquirir con tanta facilidad el afecto de las gentes! Y, sin embargo, nada hay tan precioso: lo he comprendido bien y jamás he de olvidarlo».

Son éstas las primeras palabras verdaderamente personales que se encuentran en las cartas de María Antonieta a su madre. Las impresiones fuertes son siempre accesibles a su natural fácilmente emocionable, y la bella conmoción producida en ella por este afecto popular, en modo alguno merecido y, sin embargo, tan violento a impetuoso, provoca en su pecho un magnánimo sentimiento de gratitud. Pero si es rápida en la comprensión, también lo es en el olvido.

Al cabo de algunas otras excursiones a París, ya recibe estas manifestaciones de júbilo como homenaje debido a su categoría y situación y se alegra de ello del modo infantil a inconsciente como recibe todos los dones de la vida. Le parece maravilloso verse envuelta ruidosamente por la ardiente muchedumbre, dejarse amar por ese desconocido pueblo; en adelante sigue disfrutando de este amor de veinte millones de criaturas como de un derecho propio, sin sospechar que el derecho impone también deberes y que el amor más puro acaba por fatigarse si no se siente correspondido.

Ya en su primera visita, María Antonieta ha conquistado París. Pero, al mismo tiempo, también París ha conquistado a María Antonieta. Desde ese día vive entregada a esta ciudad. Con frecuencia, y muy pronto con demasiada frecuencia, se traslada a la seductora capital, inagotable en placeres; ya de día, en un cortejo principesco, con todas las damas de su corte; ya de noche, con un pequeño séquito íntimo, para ir al teatro o a los bailes y entregarse privadamente a extravagancias y caprichos de un género más o menos pernicioso. Sólo ahora, cuando se ha desprendido de la uniforme distribución del tiempo del calendario de la corte, se da cuenta aquella seminiña, aquella indisciplinada mozuela, de lo mortalmente aburrido que es el palacio de Versalles, con sus centenares de ventanas y sus bloques de piedra y mármol, donde todo son reverencias a intrigas y fiestas con rigidez de almidón; de lo fastidiosas que son aquellas criticonas y gruñonas tías, con las cuales tiene que ir a misa por las mañanas y calcetear por la noche.

Fantasmal, momificada y artificiosa, comparándola con la torrencial plenitud de vida de París, le parece toda la existencia de la corte, sin alegría ni libertad, con

actitudes horriblemente afectadas, eterno minué con iguales eternas figuras, los mismos acompasados movimientos a idéntico espanto ante el más pequeño *faux-pas*. Es para ella como si se hubiese escapado al aire libre desde un invernadero. Aquí, en la confusión de la gigantesca ciudad, puede uno sumergirse y desaparecer, sustraerse al implacable horario de la distribución del día y jugar con el azar; aquí puede uno vivir su propia vida y gozar de ella, mientras que allí sólo se vive para la galería. De este modo, con regularidad, rueda ahora una carroza por el camino de Versalles, dos o tres noches por semana, llevando a París unas mujeres contentas y engalanadas que no regresarán hasta que palidezca el cielo del alba.

Pero ¿qué ve de París María Antonieta? En los primeros días examina por curiosidad toda suerte de cosas dignas de ser vistas: los museos, los grandes comercios; asiste a una fiesta popular, y hasta una vez a una exposición de pinturas. Mas con ello queda plenamente satisfecha, para los próximos veinte años, su necesidad de instruirse en París.

En general, se consagra exclusivamente a los lugares de diversión: va con regularidad a la ópera, a la Comedia Francesa, a la *Commedia* italiana, a bailes, *redoutes*; visita las salas de juego; por tanto, precisamente el *Paris at night*, el *Paris city of pleasure* de las norteamericanas ricas de hoy. Lo que más la atrae son los bailes de la ópera, pues la libertad del disfraz es la única permitida a aquella joven prisionera de su categoría. Con el antifaz sobre el semblante, una mujer puede permitirse algunas bromas que en otro caso habrían sido imposibles a una *Madame la Dauphine.* Puede tener algunos minutos de lozana conversación con caballeros desconocidos -el aburrido a incapaz esposo se ha quedado a dormir en casa-; puede dirigirle la palabra a un joven seductor, al conde sueco llamado Fersen, y, cubierta por la máscara, charla con él hasta que las damas de honor vuelven a llevarla al palco; puede bailar, esto es, aquietar hasta el cansancio un cuerpo ágil y cálido; aquí es lícito reír sin preocupaciones; ¡ay, en París se puede pasar la vida tan deliciosamente! Pero jamás, en todos aquellos años, penetra en una casa burguesa, jamás asiste a una sesión del Parlamento o de la Academia, jamás visita un hospital, un mercado; ni una sola vez intenta conocer algo de la existencia cotidiana de su pueblo.

María Antonieta permanece siempre, en estas escapadas parisienses, dentro del estrecho círculo centelleante de los placeres mundanos, y piensa haber hecho ya bastante por las buenas gentes, el *bon peuple,* correspondiendo con una sonrisa indolente a sus entusiastas aclamaciones; y he aquí que la muchedumbre continúa siempre formando muros de vítores a su paso, y lo mismo la ovaciona la nobleza y la rica burguesía cuando, por la noche, aparece en el antepecho del palco. Siempre y en todas partes, la mujer joven siente que se aprueba su alegre ociosidad, sus francas excursiones de placer; por la noche, cuando va a la ciudad y las gentes regresan fatigadas de su trabajo, y lo mismo por la mañana, a las seis, cuando «el pueblo» vuelve a ir a sus labores. ¿Qué puede, pues, haber de indebido en esta arrogancia, en este libre vivir para sí misma? En la impetuosidad de su alocada juventud, María Antonieta piensa que todo el mundo está contento y sin cuidados, porque ella misma no tiene preocupaciones y es feliz. Pero mientras que en su falta de presentimientos se imagina renunciar a la corte y hacerse popular en París con sus diversiones, pasa realmente en su lujosa carroza de muelles, encristalada y chirriante, durante veinte años, al lado del verdadero pueblo y del París verdadero, sin verlos.

La poderosa impresión del recibimiento de París ha transformado algo en María Antonieta. La admiración ajena fortalece siempre el sentimiento de confianza en sí mismo; una mujer joven a quien millares de personas han asegurado que es hermosa, se hermosea todavía más con la conciencia de su hermosura; así le ocurre también a esta muchacha intimidada que hasta entonces se había sentido siempre en Versalles como extranjera y superflua. Pero ahora un juvenil orgullo, asombrado de sí mismo, extingue plenamente en su ser toda inseguridad y recelo; ha desaparecido la muchacha de quince años que, protegida y tutelada por un embajador y el confesor, por tías y parientes, se deslizaba por los salones haciendo una reverencia delante de cada dama de honor. Ahora María Antonieta ha aprendido de repente a guardar el porte debido a su categoría, cosa que tanto tiempo se deseó de ella; se impone tiesura dentro de sí; erguida y con su gracioso paso alado, se desliza por en medio de todas las damas de la corte como entre subordinadas. Todo se transforma en ella. La personalidad de la mujer comienza a revelarse; su letra misma de pronto se transforma: hasta entonces desmañada, con gigantescas

formas infantiles, se estrecha ahora, en sus lindas esquelas, con un carácter nervioso y femenino. Claro que la impaciencia, la inconstancia, lo desconocido a irreflexivo de su ser no desaparecerán jamás por completo de su escritura; pero, en cambio, comienza a manifestarse en ella cierta independencia. Ahora estaría madura esta muchacha ardiente, totalmente llena de sentimiento de su palpitante juventud, para vivir una vida personal, para amar a alguien. No obstante, la política la ha unido con ese zamborotudo esposo, que ni siquiera es todavía hombre, y como María Antonieta no ha descubierto aún su corazón y a su alrededor no sabe de ningún otro a quien amar, esta muchacha de dieciocho años se enamora de sí misma. El dulce veneno de la adulación se precipita ardiente por sus venas. Cuanto más se la admira, más quiere ser admirada, y antes de ser soberana por la ley quiere como mujer, someter a su dominio, con su gracia, a la corte, la ciudad y el reino. Tan pronto como llega a ser consciente de sí misma, siente el afán de ponerse a prueba.

El primer ensayo que hace aquella mujer joven para ver si puede modificar la corte y la ciudad, sometiéndolas a su voluntad, tiene, por suerte, un buen motivo -casi podría decirse: excepcionalmente-. El maestro Gluck ha terminado su *Ifigenia* y querría verla representada en París. Para la corte de Viena, muy aficionada a la música, su buen éxito es una especie de asunto de honor, y María Teresa, Kaunitz y José II esperan de la delfina que allanará el camino. Ahora bien: la capacidad crítica de María Antonieta, tratándose de valores artísticos, no es en modo alguno sobresaliente ni en música, ni en pintura, ni en literatura. Tiene cierto buen gusto natural, pero no juzga por sí misma, sino que, con perezosa curiosidad, presta obediencia a toda nueva moda y se entusiasma, con breves ardores de fuego de paja, por todo lo que es aprobado por la buena sociedad. Para una profunda comprensión le faltan a María Antonieta, que jamás ha leído un libro hasta el final y sabe evitar toda conversación grave, las indispensables condiciones de carácter de un real discernimiento: seriedad, respeto, esfuerzo y reflexión. El arte nunca fue para ella más que un ornamento de la vida, una diversión entre otras diversiones: conocía sencillamente el goce artístico fácil; por tanto, nunca el valedero. En cuanto a la música, lo mismo que respecto a todo lo demás, se ocupa de ella negligentemente; las lecciones de piano que le había dado el maestro Gluck en

Viena no le han hecho adelantar gran cosa; toca el clavecín como aficionada, lo mismo que, por afición, representa comedias o canta en un círculo íntimo. Comprender, por presentimiento lo nuevo y grandioso que hay en la *Ifigenia,* de ello es plenamente infantil aquella princesa, que ni siquiera prestó atención al paso por París de su compatriota Mozart. Pero María Teresa le ha recomendado a Gluck, y la delfina experimenta una auténtica y divertida simpatía por aquel hombre achaparrado, aparentemente rabioso, pero jovial en el fondo; fuera de eso, precisamente porque en París las Óperas italiana y francesa combaten contra el «bárbaro» por medio de las más alevosas intrigas, quiere la princesa aprovechar la ocasión para mostrar una vez su potencia. Al instante impone que la ópera de Gluck, que los señores músicos de la corte habían declarado «irrepresentable», sea admitida en la Ópera y que acto continuo comiencen los ensayos. No le facilita, a la verdad, sus actos de protección aquel hombre intratable, colérico, poseído de la fanática inflexibilidad del gran artista. En los ensayos reprende con tanto enojo a las cantantes más aduladas, que ellas, llorando, corren a quejarse a los príncipes a quienes tienen por amantes; despiadadamente, trae a mal traer a los músicos, no acostumbrados a tamaña precisión, y gobierna la ópera como un tirano; a través de las puertas cerradas se oye retumbar belicosamente su poderosa voz; docenas de veces amenaza con echarlo todo a rodar y volverse a Viena, y sólo el respeto a su protectora la delfina evita más de un escándalo. Finalmente, la fecha de la primera representación es fijada para el 13 de abril de 1774; la corte encarga ya sus localidades, sus carrozas. Entonces se pone enfermo un cantante y debe ser rápidamente sustituido por otro. «¡No -Ordena Gluck-; se aplaza el estreno.» Desesperadamente se le conjura para que ceda, pues la corte ha adoptado ya su distribución de tiempo; a causa de un cantante mejor o peor, no le es lícito a un compositor -hasta vulgar y además extranjero- atreverse a trastornar los altos placeres de la corte, las disposiciones de las más augustas personalidades. «Me es indiferente», refunfuña aquella dura cabeza de aldeano; prefiere arrojar su partitura al fuego que consentir que sea representada de un modo insuficiente; corre furioso hacia su protectora María Antonieta, a la cual divierte aquel hombre silvestre. Toma al instante partido por el *bon Gluck*; las carrozas de corte reciben contraorden y, con enojo de los príncipes, la primera representación es aplazada hasta el día 19.

Además de ello, María Antonieta hace que el teniente de policía tome medidas para impedir que los elevados señores manifiesten con pitos su enojo hacia el poco cortés músico; con toda energía hace públicamente suya la causa de su paisano.

En realidad, el estreno de *Ifigenia* es un triunfo, pero más para María Antonieta que para Gluck. Los periódicos y el público se muestran más bien esquivos, reconocen que hay en la Opera «algunos pasajes muy buenos junto a otros muy triviales», porque, como ocurre siempre en el arte, las magníficas innovaciones rara vez son comprendidas de primera intención por un auditorio no preparado. No obstante, María Antonieta ha arrastrado a toda la corte al estreno; hasta su esposo, que no sacrificaría sus partidas de caza ni por la música de las esferas y para quien un ciervo muerto es más importante que las nueve musas reunidas, tiene que ser de la partida a su vez. Como el apropiado ambiente no se produce al principio, María Antonieta aplaude ostensiblemente desde su palco después de cada aria; aunque no sea más que por cortesía, los cuñados y cuñadas tienen que aplaudir celosamente con ella, y de este modo, a pesar de todas las cábalas, esta velada llega a ser un acontecimiento en la historia de la música. Gluck ha conquistado París. María Antonieta ha impuesto por primera vez públicamente su voluntad a la ciudad y a la corte: es la primera victoria de su personalidad, la primera manifestación, ante toda Francia, del carácter de aquella mujer joven. Que pasen algunas semanas, y el título de reina fortalecerá un poder alcanzado ya por ella soberanamente, mediante sus propias fuerzas.

Capítulo 6
«Le roi est mort, vive le roi!»

El 27 de abril de 1774, el rey Luis XV, encontrándose de caza, es asaltado de súbito desfallecimiento; con intenso dolor de cabeza regresa a Trianón, su palacio favorito. Por la noche, los médicos comprueban que tiene fiebre y lleva a madame Du Barry a su cabecera. A la mañana siguiente, intranquilos, ordenan ya el traslado a Versalles. Hasta la inexorable muerte tiene que someterse a las leyes, aún más inexorables, de la etiqueta: a un rey de Francia no le es lícito estar gravemente enfermo, o morirse, más que en su lecho regio y solemne. *«C'est à Versalles, Sire, qu'il faut étre malade.»* Allí rodean inmediatamente el lecho del enfermo seis médicos, cinco cirujanos, tres boticarios, catorce personas en total; seis veces por hora, cada uno de ellos toma el pulso al enfermo.

Pero sólo la casualidad establece el diagnóstico; por la noche, al alzar un servidor un cirio, uno de los presentes descubre en el rostro del enfermo las mal afamadas manchas rojas, y al instante Lo sabe toda la corte, Lo sabe todo el palacio, desde el umbral a los caballetes del tejado: ¡las viruelas! Un viento de terror sopla a través de la gigantesca residencia; miedo del contagio, y, en efecto, algunas personas son atacadas del mal en el curso de los días siguientes, y quizá más miedo en los cortesanos, por su situación en caso de que el rey fallezca. Las hijas muestran el valor de las gentes verdaderamente piadosas; durante todo el día no se apartan del rey; por la noche es madame Du Barry la que se sacrifica al pie del lecho del enfermo. A los herederos del trono, por el contrario, al delfín y a la delfina, las leyes de la casa les prohíben que penetren en la habitación del enfermo, a causa del peligro del contagio; desde hace tres días su vida se ha hecho mucho más preciosa. Y ahora se produce en la corte una profunda división: a la cabecera del lecho de Luis XV vela y tiembla la antigua generación, los poderosos del ayer, las tías y la Du Barry; saben perfectamente que su magnificencia termina con el último aliento de aquellos febriles labios. En otra estancia se reúne la generación que adviene al poder, el futuro rey Luis XVI, la futura reina María Antonieta y el conde de Provenza, el cual, mientras que su hermano Luis no pueda decidirse a engendrar hijos, se considera también secretamente como futuro heredero del trono. Entre

ambas cámaras se alza el destino. A nadie le es permitido entrar en la habitación del enfermo, donde se pone el viejo sol de la soberanía; a nadie, tampoco, en la otra estancia, por donde sale el nuevo sol del poder: entre ellas, en el *Oeil-de boeuf*, en la antecámara, espera, vacilante y angustiada, la masa de cortesanos, incierta de adónde debe dirigir sus deseos, hacia el rey moribundo o hacia el que viene, hacia el sol que se pone o hacia el que nace.

Mientras tanto, la enfermedad, con mortal violencia, trabaja el debilitado, desfallecido y agotado cuerpo del rey. Espantosamente hinchado, cubierto de pústulas, aquel cuerpo viviente cae en una horrible descomposición, mientras el enfermo no pierde un solo instante la conciencia. Las hijas y madame Du Barry necesitan de abundante valor para resistir, pues a pesar de las ventanas abiertas, una hediondez pestilente llena la cámara regia. Pronto se apartan los médicos, dando por perdido el cuerpo; ahora comienza la otra batalla, la lucha por el alma pecadora. Pero -¡espanto!- los sacerdotes se niegan; aproximarse al lecho del enfermo, a proporcionarle confesión y comunión; primero, el rey moribundo que tanto tiempo ha vivido impíamente y sólo para sus placeres debe probar eficazmente su arrepentimiento. Primero tiene que ser alejada la piedra del escándalo, la concubina, que vela desesperada al pie de un lecho que tanto tiempo compartió anticristianamente. Con dificultad se decide el rey, justamente entonces, en aquella hora espantosa de la última soledad, a echar de su lado a la única criatura humana con la cual se siente unido íntimamente. Pero cada vez de un modo más sañudo le aprieta el gaznate el miedo a los fuegos del inferno. Con ahogada voz se despide de madame Du Barry, la cual, al punto, es llevada discretamente en un carruaje al inmediato palacete de Rueil: debe esperar allí el momento de su vuelta, para el caso de que el rey logre todavía reponerse.

Sólo ahora, después de este patente acto de arrepentimiento, es posible la penitencia y la comunión. Sólo ahora penetra en el dormitorio regio el hombre que durante treinta y ocho años ha sido quien tuvo menos quehacer en toda la corte: el confesor de Su Majestad. A su espalda se cierra la puerta y, con gran desolación, no pueden los curiosos cortesanos de la antecámara oír la lista de pecados del Parque de los Ciervos (¡habría sido tan interesante!). Pero con el reloj en la mano miden cuidadosamente desde afuera el curso de los minutos, para, por lo menos, con su

maligna complacencia en el escándalo, saber cuánto tiempo necesita un Luis XV para confesar la totalidad de sus culpas y descarríos. Por fin, al cabo de dieciséis minutos, con toda exactitud contados, se abre de nuevo la puerta y sale el confesor. Pero varias señales indican ya entonces que a Luis XV no le ha sido dada todavía la definitiva absolución, que la Iglesia exige una humillación aún más profunda que esa secreta confesión por parte de un monarca que durante treinta y ocho años no ha aliviado ni una sola vez con los sacramentos su pecaminoso corazón y que, ante los ojos de sus hijos, ha vivido en la vergüenza de los placeres carnales.

Precisamente porque ha sido el más grande de este mundo y ha creído despreocupadamente hallarse por encima de las leyes eclesiásticas, exige de él la Iglesia que se incline de modo más hondo delante del Todopoderoso. Públicamente, ante todos y a todos, es preciso que el rey pecador dé cuenta de su arrepentimiento por el indigno curso de su vida. Sólo entonces debe serle administrada la comunión.

Magnífica escena a la mañana siguiente: el autócrata más poderoso de la cristiandad tiene que hacer cristiana penitencia ante la muchedumbre reunida de sus propios súbditos.

A lo largo de toda la escalera de palacio se alzan guardias armados; los suizos tienden sus filas desde la capilla hasta la cámara mortuoria; los tambores redoblan sordamente cuando el alto clero, en solemne procesión, se acerca, llevando la custodia bajo palio.

Cada cual con un cirio encendido en la mano, detrás del arzobispo y de su séquito, avanzan el delfín y sus dos hermanos, los príncipes y las princesas, para acompañar hasta la puerta al Santísimo. Se detienen en el umbral y caen de rodillas. Sólo las hijas del Rey y los príncipes no capaces de heredar penetran con el alto clero en la cámara del moribundo.

En medio de un silencio no interrumpido ni por el respirar de los asistente, se oye al cardenal, que pronuncia una plática en voz baja; se le ve, a través de la puerta abierta, cómo administra la sagrada comunión. Después -momento lleno de emoción y de piadosa sorpresa- se acerca al umbral de la antecámara y, elevando la voz, le dice a toda la corte reunida: «Señores, me encarga el rey que les diga que pide perdón a Dios por todas las ofensas que contra Él ha cometido y por el mal ejemplo que ha dado a sus súbditos. Si Dios volviera a darle salud, promete hacer

penitencia, proteger la fe y aliviar la suerte del pueblo». Brotando del lecho, se oye un leve quejido. En forma sólo perceptible para los más próximos, murmura el moribundo: «Querría haber tenido fuerzas para decirlo yo mismo».

Lo que viene después no es más que espanto. No es un hombre que se muere: es un cadáver, hinchado y ennegrecido, que se descompone. Pero, como si todas las fuerzas de sus antepasados borbónicos se hubiesen reunido en él, el cuerpo de Luis XV se defiende, con gigantesco esfuerzo, contra el inevitable aniquilamiento. Terribles son estos días para todos. Los sirvientes caen desvanecidos ante el tremendo hedor; las hijas emplean en velar sus últimas fuerzas; hace tiempo que, sin esperanza alguna, se han retirado los médicos; cada vez más impaciente, toda la corte espera la pronta terminación de la espantosa tragedia. Abajo, enganchadas desde hace días, están dispuestas las carrozas, pues, para evitar el contagio, el nuevo Luis, sin perder tiempo, debe trasladarse a Choisy con todo su séquito tan pronto como el viejo rey haya exhalado su último aliento. Los de caballerías tienen ya ensillados sus caballos; los equipajes están hechos; horas y horas esperan abajo los lacayos y cocheros; todos miran atentamente el pequeño cirio encendido que ha sido colocado en la ventana del moribundo y que -signo perceptible para todos- debe ser apagado en el consabido momento. Pero el poderoso cuerpo del viejo Borbón se defiende aún un día entero. Por fin, el martes 10 de mayo, a las tres y media de la tarde, se extingue el cirio. Al instante, los murmullos se convierten en fuertes rumores. De cámara en cámara, como olas por las rompientes, corre la noticia; los rumores son ya gritos bajo el viento creciente: «¡El rey ha muerto, viva el rey!».

María Antonieta espera con su esposo en una pequeña estancia. De repente oyen aquel misterioso rumor; cada vez más alto, más y más cercano, muge de sala en sala un incomprensible oleaje de palabras. Ahora, como si un tormento la desquiciara violentamente, se abre la puerta cuan ancha es; madame de Noailles penetra en la cámara, se postra de hinojos y saluda la primera a la reina. Detrás de ella se precipitan los otros, cada vez más, la corte entera, pues cada cual quiere entrar rápidamente para presentar su homenaje; cada cual quiere mostrarse, hacerse visible entre los primeros felicitantes.

Redoblan los tambores, los oficiales alzan las espadas y en centenares de labios retumba el grito: «¡El rey ha muerto, viva el rey!».

María Antonieta sale como reina de la habitación donde entró como delfina. Y mientras en la abandonada cámara real, con un suspiro de alivio, colocan rápidamente en el féretro, largo tiempo ha preparado, el irreconocible cadáver de Luis XV, azulado y negruzco, para enterrarlo con la mayor ostentación posible, una carroza conduce a un nuevo rey y a una nueva reina fuera de la dorada verja de la puerta del parque de Versalles. Y en las calles el pueblo los aclama, lleno de júbilo, como si con el viejo rey hubiera terminado la vieja miseria y comenzara con los nuevos soberanos un mundo nuevo.

La vieja charlatana de madame Campan refiere en sus *Mémoires*, ya dulces como la miel, ya empapadas en llanto, que Luis XVI y María Antonieta, cuando les llevaron la noticia de la muerte de Luis XV, cayeron de rodillas y exclamaron: «Dios mío, guíanos y protégenos: somos jóvenes, demasiado jóvenes para reinar». Es ésta una anécdota muy conmovedora, y bien sabe Dios que digna de figurar en un libro de letras infantiles; sólo es lástima, como ocurre con la mayor parte de las anécdotas sobre María Antonieta, que tenga el pequeño inconveniente de haber sido inventada de un modo harto torpe y altamente desconocedor de la psicología de los personajes. Pues esta piadosa emoción no conviene en modo alguno con la fría sangre de pez de Luis XVI, el cual no tenía ningún motivo para ser así agitado por un acontecimiento que toda la corte, desde ocho días antes estaba esperando, hora por hora, con el reloj en la mano: y menos aún corresponde con el ánimo de María Antonieta, la cual iba al encuentro de este regalo del momento con despreocupado corazón, como recibía todos los otros dones de la vida. No es que estuviera ávida de poder o sintiese ya impaciencia por empuñar las riendas del gobierno; jamás ha soñado María Antonieta con ser una Isabel, una Catalina o una María Teresa: para ello era demasiado escasa su energía moral, demasiado estrecho el horizonte de su espíritu, demasiado perezoso su ser entero. Sus deseos, como ocurre siempre con un carácter de término medio, no se extienden más allá de lo que afecta a su propia persona: esta mujer joven no tiene ninguna idea política que quiera imprimir al mundo, ninguna inclinación a oprimir o a humillar a sus semejantes: desde su infancia sólo es característico en ella un fuerte, un obstinado y a menudo pueril

instinto de independencia; no quiere dominar, pero tampoco ser dominada o influida por nadie. Ser soberana no es otra cosa para ella sino ser libre. Solamente ahora, después de más de tres años de tutela y vigilancia, se siente por primera vez sin trabas: nadie está ya allí para decirle que se contenga -pues la severa madre habita a mil leguas de distancia y las tímidas protestas del sumiso esposo las rechaza con una sonrisa de desprecio--. Una vez ascendido este último peldaño decisivo de heredera del trono a reina, se alza finalmente sobre todos, a nadie sometida sino a su propio humor caprichoso. Ha terminado con los molestos enredos de las tías: ha terminado con tener que pedir al rey su consentimiento para que se le permita ir al baile de la Opera: queda a un lado la arrogancia de su adversaria la Du Barry: mañana le será para siempre impuesto el destierro a esa *créature*, nunca más centellearán sus brillantes en los *soupers* regios, jamás se congregarán en su *boudoir* los príncipes y reyes para besarle la mano. Orgullosa y sin avergonzarse de su orgullo, María Antonieta coge la corona que le ha tocado en suerte; «aunque ya Dios me hizo venir al mundo en la categoría que hoy poseo -le escribe a su madre-, no puedo menos de admirar la bondad de la Providencia, que me ha escogido a mí, la más joven de vuestros hijos, para el más hermoso reino de Europa». Quien en esta declaración no sienta palpitar un alto tono de alegría, tiene duro el oído. Precisamente por sentir sólo la grandeza de su posición, sin advertir al mismo tiempo su responsabilidad, asciende María Antonieta al trono despreocupada y alegre.

Y apenas ha ascendido, cuando llegan ya hasta ella, desde lo profundo del pueblo, mugientes aclamaciones. Aún no han hecho nada, aún no han prometido ni cumplido nada; y, sin embargo, se saluda ya con todo entusiasmo a los jóvenes soberanos. ¿No comenzará ahora la edad dorada con la que sueña el pueblo, que cree eternamente en milagros, ya que la *maîtresse* sorbedora de tuétanos está desterrada, el viejo, apático y lascivo Luis XV ha sido sepultado y un rey joven, sencillo, ahorrador, modesto y piadoso y una reina encantadora, deliciosamente joven y bondadosa imperan en Francia? En todos los escaparates lucen los retratos de los nuevos monarcas, amados con una esperanza que todavía no conoce la decepción; ferviente entusiasmo acoge cada uno de sus actos, y hasta en la corte, paralizada por el miedo, comienza a sentirse de nuevo la alegría; vienen de nuevo

ahora, con bailes y desfiles, diversiones y una renovada dicha de vivir; la soberanía de la juventud y de la libertad. Un suspiro de alivio saluda la muerte del viejo rey, y las campanas mortuorias, en las tomes de toda Francia, suenan con tanta claridad y alegría como si repicasen convocando a una fiesta.

Verdaderamente conmovida y espantada, por sentirse presa de tétricos presentimientos, sólo una persona en toda Europa lamenta la muerte de Luis XV: la emperatriz María Teresa.

Como monarca, por treinta penosos años, conoce el peso de una corona; como madre, la debilidad y defectos de su hija. Desde el fondo de su corazón habría visto gustosa que el momento de ascender al trono hubiera sido diferido hasta que aquella criatura aturdida y sin freno hubiese ganado mayor madurez y supiera defenderse por sí misma de las tentaciones de sus arrebatos de disipación. La vieja señora siente su corazón angustiado; lúgubres previsiones parecen oprimirla. «Estoy muy apenada -escribe a su fiel embajador al recibir la noticia-, y aún más preocupada por el destino de mi hija, que tiene que ser magnífico o desdichado. La situación del rey, de los ministros, del Estado, no me muestran cosa alguna que pueda tranquilizar, y ¡mi hija es tan joven! Jamás hubo en su pecho ninguna aspiración hacia algo serio, y no la tendrá nunca o la tendrá muy rara vez.» Melancólicamente responde también a la comunicación, llena de orgullo, que le hace su hija: «No te envío felicitación alguna por tu nueva dignidad, adquirida a muy alto precio y que aún será más cara si no sabes decidirte a llevar la misma vida, tranquila a inocente, que has llevado durante estos tres años, gracias a la bondad y previsión de aquel buen padre, y que ha traído para los dos la aprobación y el amor de vuestra nación. Esto significa una gran ventaja en vuestra situación actual; pero ahora se trata de saber conservar ese favor y emplearlo rectamente para bien del rey y del Estado. Los dos sois aún muy jóvenes y la carga muy grande; por ello estoy preocupada, verdaderamente preocupada... Todo lo que puedo aconsejaros ahora es que no os precipitéis en nada; consideradlo todo con vuestros propios ojos, no cambiéis cosa alguna, dejad que todo se desenvuelva por sus propias vías; si no, serán infinitos el caos y las intrigas, y vosotros, mis queridos hijos, caeréis en tal turbación que apenas seréis capaces de volver a salir de ella». Desde lejos, desde la altura de tantos decenios de experiencia, la cauta regente domina, en una ojeada

de conjunto, con su mirada de Casandra, la insegura situación de Francia mucho mejor que los que están demasiado cerca; conjura insistentemente a ambos a que, ante todo, conserven la amistad con Austria y, con ello, la paz universal.

«Nuestras dos monarquías no necesitan más que tranquilidad para poner en orden sus asuntos. Si actuamos en una estrecha inteligencia, en adelante nadie perturbará nuestros trabajos y Europa gozará de tranquilidad y de dicha. No sólo serán felices nuestros pueblos, sino que también lo serán todos los otros.» Pero del modo más insistente amonesta a su hija para que se defienda de su ligereza personal, de su tendencia a buscar diversiones: «Temo esto en ti más que todas las demás cosas. Es absolutamente preciso que te ocupes de labores serias y, ante todo, que no te dejes inducir a gastos excesivos.

Todo depende de que este dichoso principio que excede a todas nuestras esperanzas sea duradero y os haga felices a los dos al labrar la dicha de vuestro pueblo».

María Antonieta, conmovida por las preocupaciones de su madre, promete todo lo que se quiere, una y otra vez. Reconoce su falta de fuerza para toda actividad seria y jura enmendarse. Pero las angustias de la vieja señora, conmovida como en presagio, no se quieren apaciguar. No cree en la dicha de aquella monarquía ni en la de su hija. Y mientras que todo el mundo aclama a María Antonieta y la envidia, la emperatriz escribe a su confidente el embajador este lamento maternal: «Creo que sus mejores días están ya terminados».

Capítulo 7
Retrato de una pareja regia

En las primeras semanas después de una elevación al trono, siempre y en todas partes tienen las manos llenas de trabajo grabadores, escultores y medallistas. También en Francia se deja a un lado, con apasionada rapidez, el retrato de Luis XV el rey que desde mucho tiempo atrás no era ya «el bien amado», para sustituirle por la imagen de la nueva pareja soberana, coronada solemnemente: *«Le Roi est mort, vive le Roi!».*

No necesita mucho arte de adulación un hábil medallista para imprimir un gesto cesariano a la fisonomía de hombre de bien que posee Luis XVI, pues, prescindiendo del corto y robusto cuello, en modo alguno puede decirse que carezca de nobleza la cabeza del nuevo rey: frente huidiza y bien proporcionada, curva nariz fuerte y casi audaz, labios abultados y sensuales, una barbilla carnosa pero bien formada, componen, dentro de un tipo rollizo, un perfil augusto y plenamente simpático. Retoques hermoseadores los necesita, en primer lugar, la mirada, pues el rey, extraordinariamente corto de vista, sin sus anteojos no conoce a nadie a tres pasos de distancia: aquí el cincel del grabador tiene que afinar mucho ya la puntería para prestar alguna autoridad a estos ojos vacunos, pesados de párpados y mortecinos. Mal le va también a Luis, tan tardo y torpe, en lo que se refiere a su figura; presentarlo como realmente erguido y majestuoso con sus trajes de gala procura un duro trabajo a todos los pintores de la corte, pues tempranamente obeso, mazorral y, gracias a su miopía. desmañado hasta la ridiculez, a pesar de tener casi seis pies de altura y ser bien conformado, Luis XVI, en todas las ocasiones oficiales, presenta la más desdichada figura -*«la plus mauvaise tournure qu'on peut voir»*-. Anda por los brillantes pavimentos de Versalles pesadamente y balanceando los hombros, «como un aldeano detrás de su arado»; no sabe bailar ni jugar a la pelota: cuando quiere marchar aceleradamente, da traspiés, tropezando con su propia espada. Esta torpeza corporal es perfectamente conocida por el pobre hombre, y lo azora; este azoramiento aumenta aún más su tosquedad; de modo que cada cual, en el primer momento, tiene la impresión de tener ante sí, en el rey de Francia, la persona de un desdichado zopenco.

Pero Luis XVI no es en modo alguno tonto ni limitado; sólo que, lo mismo que en lo físico se ve duramente embarazado por su miopía, también en lo moral le paraliza su timidez (la cual, en último resultado, depende probablemente de su incapacidad sexual).

Sostener una conversación significa siempre, para este monarca receloso hasta lo enfermizo, un esfuerzo espiritual, pues, como sabe lo lento y difícil que es su mecanismo de pensar, siente un miedo indecible ante las gentes inteligentes, ingeniosas y discretas, a quienes las palabras les brotan fácilmente de los labios; comparándose con ellas, aquel hombre sincero siente, avergonzado, su propia insuficiencia. Pero si se le deja tiempo para ordenar sus ideas, si no se le exigen rápidas resoluciones y respuestas, sorprende hasta a los interlocutores más escépticos, como a José II o a Pétion, con su buen juicio, cierto que no sobresaliente, pero por lo menos recto, sano y honrado; tan pronto como su timidez nerviosa ha sido felizmente dominada, procede de un modo totalmente normal.

En general, le gusta más leer y escribir que hablar, pues los libros se mantienen tranquilos y no ahogan con prisas; Luis XVI -no es casi creíble- lee mucho y con placer, conoce bien la historia y la geografía, mejora constantemente su inglés y su latín, en lo cual le ayuda una memoria excelente. Sus cuadernos y libros de recuerdos son llevados con un orden perfecto; todas las noches, con su escritura clara, redonda, limpia, casi caligráfica, consigna las insipideces más desdichadas («he matado seis corzos», «me he purgado») en un diario que actúa sobre nosotros de un modo directamente conmovedor por su ciego desconocimiento de todos los sucesos de importancia histórica. En resumidas cuentas, el rey es un tipo de inteligencia mediana, poco independiente, destinado por la naturaleza para ocupar un puesto de celoso funcionario de aduanas o de escribiente de oficina; para cualquier actividad puramente mecánica y subalterna, lejos del campo de los acontecimientos históricos; para cualquier cosa, no importa cuál, menos para monarca.

La verdadera fatalidad en la naturaleza de Luis XVI es que tiene plomo en la sangre. Algo acorchado y denso obstruye sus venas; nada es fácil para él. Este hombre, que realiza esfuerzos sinceros, tiene siempre que dominar en sí una resistencia de la

materia, una especie de modorra, para lograr hacer algo, para pensar, o simplemente para sentir.

Sus nervios, lo mismo que tiras de goma relajadas no pueden ponerse tensas ni tirantes, no pueden vibrar, no pueden desprender electricidad. Este innato embotamiento nervioso excluye a Luis XVI de toda emoción fuerte: amor (en sentido espiritual lo mismo que en sentido fisiológico), alegría, goce, miedo, dolor, terror, todos estos elementos emotivos no logran perforar la piel de elefante de su indiferencia y ni una sola vez inmediatos peligros de muerte consiguen despertarlo de su letargo. Mientras los revolucionarios asaltan las Tullerías, su pulso no late ni un ápice más de prisa, y hasta en la misma noche antes de ser guillotinado no están perturbadas ninguna de las dos columnas de su bienestar: sueño y apetito. Jamás palidecerá este hombre, ni aun con una pistola delante del pecho; jamás la cólera brillará en sus torpes ojos; nada puede espantarle, pero tampoco nada entusiasmarle. Sólo los más rudos esfuerzos, como la cerrajería o la caza, agitan su persona, por lo menos exteriormente; todo lo delicado, fino de espíritu y gracioso, como el arte, la música y la danza, no es, en modo alguno, accesible al orden de su sensibilidad: ninguna musa ni ningún dios, ni siquiera Eros, son capaces de poner en conmoción sus perezosos sentidos. Jamás, durante veinte años, Luis XVI ha deseado otra mujer que la que su abuelo le ha destinado por esposa; permanece feliz y contento con ella, lo mismo que se contenta con todo, en su carencia de necesidades realmente exasperante. Por ello, fue una diabólica maldad del destino ir a exigir a una naturaleza como ésta, tan estancada, roma y elemental, las más importantes determinaciones históricas de todo aquel siglo, y colocar a un ser humano tan absolutamente destinado a una vida pasiva en medio del más espantoso de los universales cataclismos. Porque precisamente allí donde comienza la acción, donde el resorte de la voluntad debe ponerse en tensión, para actuar o resistir, este hombre, corporalmente robusto, se nos presenta con una debilidad lamentable; toda resolución que adoptar significa siempre para Luis XVI la más espantosa de las perplejidades. Sólo es capaz de ceder; sólo sabe hacer lo que quieren los otros, porque él mismo no quiere otra cosa sino paz, paz y paz.

Acosado y sorprendido, le promete a cada cual lo que desea; y, de un modo igualmente flojo y afable, to contrario al que viene tras él; quien se le acerca to

tiene ya vencido. A causa de esta incalificable debilidad, Luis XVI es siempre culpable, aun estando siempre sin culpa, y poco honrado, aun con las mejores intenciones; rey pelanas, sin serenidad ni carácter; pelota con que juegan su mujer y desesperante en las horas en que debería reinar de veras. Si la Revolución, en lugar de hacer caer bajo la cuchilla el corto cuello de este hombre ingenuo y apático, le hubiera concedido, en cualquier sitio, una casita de aldeano con un jardincillo, imponiéndole cualquier insignificante obligación, le habría hecho más feliz que el arzobispo de Reims con la corona de Francia, que llevó indiferentemente durante veinte años, sin orgullo, sin placer y sin dignidad.

Si ni el más servil de todos los poetas de corte osó jamás celebrar como gran monarca a este hombre bondadoso y poco viril, en cambio todos los artistas rivalizan en celo para glorificar a la reina en todas las formas y medios de expresión: mármol, terracota, *biscuit*, pastel, lindas miniaturas de marfil, y en graciosas poesías, pues el semblante de la reina, y sus modos y maneras, reflejan directa y plenamente el ideal de su tiempo. Tierna, esbelta, graciosa, encantadora, juguetona y coqueta, aquella muchacha de diecinueve años se convierte desde el primer momento en la diosa del rococó, el prototipo de la moda y de los gustos dominantes; si una mujer desea pasar por bella y atractiva, se esfuerza por semejarse a la reina. Mas, sin embargo, María Antonieta no tiene realmente un semblante ni muy notable ni muy expresivo; el suave óvalo de la cara. Finamente recortado, con algunas pequeñas incorrecciones atractivas, como el fuerte labio inferior de los Habsburgo y una frente algo plana en demasía, no seduce ni por su expresión espiritual ni por cualquier rasgo fisonómico muy personal. Algo fresco y vacío, como en un esmalte de lisos colores, impresiona en este rostro de muchacha aún poco formada, todavía curiosa de sí misma, al cual solamente los venideros años de madurez femenina añadirán cierta majestuosa plenitud y resolución. Únicamente los ojos, dulces y muy mudables de expresión, de los que fácilmente se desborda el llanto, para centellear en ellos inmediatamente después la alegría en juegos y bromas, denotan una viveza de sentimientos, y la miopía presta a su azul frívolo y no muy profundo un carácter vago y conmovedor; pero en ningún lugar la fuerza de voluntad traza una línea dura de carácter en este semblante pálido; sólo se percibe una naturaleza blanda y acomodaticia, que se deja guiar por cada estado

de su ánimo y que, de un modo totalmente femenino, sólo sigue siempre las corrientes profundas de su sentimiento. Pero este encanto delicado es lo que todos admiran más en María Antonieta. Verdaderamente hermoso, sólo se nos aparece en esta mujer lo que es esencialmente femenino: la exuberante cabellera, de un color rubio ceniza que centellea con reflejos rojizos; la blancura de porcelana y el pulido color de su rostro; la redondeada suavidad de sus formas; la línea acabada de sus brazos, lisos como marfil y delicadamente torneados; la cuidada belleza de sus manos; todo lo que hay de floreciente y fragante en una feminidad aún no del todo desplegada; en todo caso, atractivos harto fugitivos y quintaesenciados para que se los pueda adivinar plenamente a través de unos retratos.

Pues hasta las escasas obras maestras que hay entre sus imágenes no nos manifiestan tampoco to más esencial de su naturaleza, el elemento más personal de su seducción. Los retratos no son capaces casi nunca sino de conservar la fortaleza y rígida pose de un ser humano, y el encanto característico de María Antonieta - acerca de ello coinciden todos los testimonios consistía en la gracia inimitable de sus movimientos. Sólo en la animada manera de mover su cuerpo revela María Antonieta la innata armonía de su natural: cuando, sobre sus finos tobillos, atraviesa, alta y esbelta, por en medio de las filas de cortesanos la Galería de los Espejos; cuando, coqueta y deferente, se reclina en un asiento para charlar; cuando, impetuosa, salta de prisa por las escaleras como en un vuelo; cuando, con un ademán naturalmente gracioso, da a besar su mano, deslumbradoramente blanca, o coloca con ternura su brazo en torno al talle de una amiga, sus gestos, sin nada estudiado, brotan de una pura intuición de su ser femenino. «Cuando está en pie -escribe, completamente entusiasmado, el escritor inglés Horacio Walpole, en general tan cauto-, es la estatua de la hermosura; cuando se mueve, la gracia en persona.» Y, realmente, monta a caballo y juega a la pelota como una amazona; en todas partes donde entra en juego su cuerpo flexible, bien formado y rico en dones, sobrepasa a las más bellas damas de su corte no sólo en destreza, sino también en encantos sensuales, y enérgicamente to demuestra el fascinado Walpole cuando, al objetársele que la reina, al bailar, no sigue suficientemente el compás, responde con la bella frase de que, en ese caso, es la música la que comete la falta. Por un consciente instinto -coda mujer conoce la ley de su belleza-, María Antonieta ama el

movimiento. La agitación es su verdadero elemento; por el contrario, permanecer tranquilamente sentada, oír, leer, escuchar, reflexionar, y, en cierto modo, hasta dormir, son para ella insoportables ejercicios de paciencia. Sólo ir y venir, arriba y abajo y de un lado a otro; comenzar algo, siempre cosa distinta, sin terminarlo nunca; estar siempre ocupada, sin, a pesar de ello, aplicarse a nada seriamente; sólo percibir contantemente que el tiempo no se detiene; ir tras él, adelantársele, vencerlo en su camera... Nada de comidas largas; sólo catar algunas golosinas; no dormir mucho, no meditar mucho; nada más que ir siempre adelante y adelante, en ociosidades, en cambio permanente. De este modo, los veinte años de vida de reina de María Antonieta constituyen un eterno torbellino, que gira alrededor de su propio ser y que, no dirigiéndose hacia ninguna meta externa o interna, humana o política, se nos presenta como una camera plenamente vacía de sentido.

Esta falta de dominio de sí misma, este no pararse nunca, esta autodilapidación de una fuerza grande pero mal empleada, es lo que en María Antonieta disgusta tanto a su madre; aquella antigua conocedora de caracteres humanos sabe muy bien que esta muchacha bien dotada por su natural y rica de fuerzas podría obtener cien veces más de sí misma que lo que hoy alcanza. María Antonieta no necesita más sino querer ser lo que en el fondo es, y sólo con ello tendría ya un poder soberano; pero, infaustamente, vive siempre, por comodidad, por debajo de su propio nivel espiritual. Como verdadera austríaca, posee, sin duda, muchas dotes y mucho talento; pero, por desgracia, no tiene ni la voluntad de utilizar seriamente estos dones naturales, ni de profundizar su valer, y aturdidamente disipa sus capacidades para disiparse a sí misma. «Su primer movimiento -dice José II- es siempre el verdadero, y si perseverase en él, reflexionando un poco más, sería excelente.» Pero precisamente ya esto de reflexionar un poco es una carga para su impetuoso temperamento; todo pensamiento que no sea el que brota de repente significa para ella un esfuerzo, y su naturaleza, caprichosa y *nonchalance*, odia toda especie de esfuerzo intelectual. No quiere más que juego, sólo facilidad, en lo general, y en lo particular, ninguna molestia, ningún auténtico trabajo. María Antonieta charla exclusivamente con la boca y no con el cerebro. Cuando se le habla, escucha distraída y con intermitencias; en la conversación, en la cual cautiva con su encantadora amabilidad y su volubilidad centelleante, deja que se pierda toda idea

apenas expresada; no dice nada, no piensa nada, no lee nada hasta el final, no aprisiona firmemente cosa alguna para extraer de ella un sentido y auténtica experiencia. Por eso no le gusta ningún libro, ningún asunto de Estado, nada serio que exija paciencia y atención, y sólo de mala gana, con una letra garrapateada a ilegible, despacha las cartas más indispensables; hasta en las dirigidas a su madre se nota claramente con frecuencia el deseo de acabar pronto. No complicarse la vida; nada que pueda producir tristeza, melancolía o aburrimiento. Quien lisonjee más su pereza de pensamiento, pasa a sus ojos por el hombre más sabio; quien requiera de ella un esfuerzo, por un enfadoso pedante, y, como de un salto, se aparta de todos los consejeros razonables, para unirse a sus gentiles hombres y a las damas que opinan como ella. Sólo se trata de gozar, sólo de no ser perturbada por reflexiones y cuentas y economías: así piensa la reina, y así piensan todos los de su círculo. Vivir sólo para los sentidos y no pensar en nada; moral de toda una estirpe; moral de este siglo XVIII cuyo destino, como reina, representa María Antonieta simbólicamente, en forma tal que, de modo bien visible, vive con él y con él muere.

Una más extraña oposición de caracteres que la de una pareja altamente desigual no podría imaginarla ningún poeta; hasta en los últimos nervios de su cuerpo, hasta en el ritmo de la sangre, hasta en las vibraciones más exteriores de su temperamento, María Antonieta y Luis XVI, en todas sus facultades y caracteres, representan un modelo de antítesis. Él, pesado; ella, ligera; él, torpe; ella, ágil; él, tibio; ella, desbordante; él, apático; ella, con nervios como llamas. Y más adentro, en el terreno espiritual: él, indeciso; ella, resuelta, con excesiva rapidez; discurre él lentamente; tiene siempre ella en la boca un «sí» y un «no» espontáneos; él, severamente devoto; ella, sólo feliz entre mundanidades; él, modesto y humilde; ella, conscientemente coqueta; él, metódico: ella, inconstante; él, ahorrativo, ella, dilapidadora; él, demasiado serio; ella, desmedidamente juguetona; él, oscuras profundidades con corrientes densas; ella, todo espuma y cabrillear de olas. Él se siente a gusto en la soledad; ella, en el puro estrépito de una reunión; a él, con una especie de oscura satisfacción animal, le gusta comer mucho y beber vinos fuertes; ella no cata el vino y come poco y con ligereza. El elemento del rey es el sueño; el de la reina, la danza: el mundo del esposo es el día; el de la mujer, la noche; así,

las agujas del reloj de su vida están siempre en oposición, como el sol y la luna. A las doce de la noche, cuando Luis XVI se echa a dormir, es cuando María Antonieta comienza a brillar realmente: hoy en una sala de juego, mañana en un baile, siempre en distintos lugares; cuando, por la mañana, hace ya horas enteras que cabalga él cazando, apenas comienza ella a levantarse de la cama. En ningún sitio, en ningún punto, coinciden sus costumbres, sus inclinaciones, su distribución del tiempo: en realidad, María Antonieta y Luis XVI, durante gran parte de su existencia, hacen *vie à part*, lo mismo que, con gran pesar de María Teresa, *font lit à part* la mayor parte del tiempo.

Por tanto, ¿un mal matrimonio, regañón, irritado, difícilmente mantenido? ¡En modo alguno! Por el contrario, un matrimonio absolutamente plácido y satisfecho y, si no hubiese sido por la carencia de virilidad del principio, con sus conocidas consecuencias penosas, hasta un matrimonio completamente feliz. Porque para que se produzcan tiranteces es necesario que haya en ambos lados cierta fuerza de carácter; la voluntad tiene que chocar contra otra voluntad; la dureza contra la dureza. Pero estos dos, María Antonieta y Luis XVI, esquivan todo roce y tirantez; él, por dejadez corporal: ella, por dejadez espiritual. «Mis gustos no son iguales a los del rey -confiesa traviesamente en una carta María Antonieta-; no se interesa él por otra cosa sino por la caza y los trabajos mecánicos... Me concederá usted que mi puesto en una fragua no tendría ninguna gracia especial; no sería allí ningún Vulcano, y el papel de Venus acaso desagradara aún más a mi esposo que todas mis otras aficiones.» Luis XVI, por su parte, no encuentra a su gusto, en modo alguno, la vertiginosa y turbulenta manera de divertirse de la reina, pero el desmazalado esposo no tiene voluntad ni fuerzas para intervenir enérgicamente en ello; bonachonamente, se sonríe de sus excesos, y, en el fondo, está orgulloso de tener una mujer tan charmante y universalmente admirada. Hasta el punto en que su lánguida sensibilidad es capaz de una vibración, este hombre honrado se muestra a su manera -torpe y sinceramente, por tanto- plena y voluntariamente sometido a su hermosa mujer, superior a él en inteligencia, y se echa a un lado, consciente de su inferioridad, para no quitarle la luz. A su vez. ella sonríe algún tanto de este marido cómodo, pero lo hace sin malignidad, pues también ella lo quiere en cierta indulgente forma, algo así como a un grande y lanudo perro de San

Bernardo, a quien se le rasca la piel y acaricia de cuando en cuando, porque jamás gruñe ni regaña y obedece dócil y tiernamente a la más pequeña indicación; a la larga, la reina no puede querer mal a este buen animal doméstico, aunque no sea más que por agradecimiento, pues la deja regirse y gobernarse según su capricho; se retira delicadamente cuando siente que no es deseada su presencia; no penetra jamás sin anunciarse en la cámara de su esposa; marido ideal que, a pesar de su espíritu ahorrativo, vuelve siempre a pagar las deudas de la reina, le consiente todo, y, a la postre, hasta un amante. Cuanto más tiempo vive con Luis XVI, tanto más crece en ella la estimación por el carácter de su esposo, altamente merecedor de respeto, a pesar de todas sus debilidades. Del matrimonio concertado diplomáticamente se origina, poco a poco, una auténtica camaradería, una mansa vida en común afectuosa; más afectuosa, en todo caso, que la mayor parte de los matrimonios regios de aquel tiempo.

Sólo que el amor, esa grande y santa palabra, es mejor que no se le haga figurar en esta ocasión. Para un verdadero amor falta energía de corazón en este Luis poco viril; el cariño de María Antonieta contiene, por otra parte, demasiada compasión, demasiada condescendencia, demasiada tolerancia, para que sea lícito llamar amor a esta tibia mixtura. Corporalmente, esta mujer fina de nervios y delicada, por sentimiento del deber y por razón de Estado, podía y tenía que entregarse a su esposo, pero admitir que ese comodón y regalón marido perezoso de sentimientos, ese Falstaff sea capaz de suscitar o satisfacer el raudal de tensiones eróticas de aquella lozana esposa, sería sencillamente absurdo. «Amor no siente ninguno hacia él», comunica clara y tiernamente a Viena José II durante su estancia en París, con una serena afirmación de la verdad objetiva de las cosas, y cuando ella, por su parte, le escribe a su madre que de los tres hermanos es, en todo caso, preferido aquel a quien Dios le ha concedido por esposo, este «en todo caso» , introducido traidoramente en la mitad de la frase, dice más de lo que conscientemente querría ella expresar; algo así como: ya que no puedo recibir mejor marido, «en todo caso», este hombre bueno y decente es la más aceptable de las sustituciones. Esta sola frase expresa toda la tibieza de sus relaciones. María Teresa, en resumidas cuentas -sabe cosas mucho peores de su hija de Parma-, se contentaría con esta clásica concepción del matrimonio sólo con que María Antonieta mostrara un arte de

disimulo algo mayor y tacto espiritual en su conducta; supiera simplemente ocultar mejor ante el público que, desde el punto de vista viril, considera como un cero, como una *quantité négligeable*, a su regio esposo. Pero María Antonieta -y esto no se lo dispensa María Teresa- se olvida de guardar las formas, y, con ello, el honor de su consorte; por fortuna, es la madre la que, bastante a tiempo, impide circular una de las aturdidas frases de la reina. Uno de los confidentes de la emperatriz, el conde de Rosenberg, había ido a pasar una temporada a Versalles, y María Antonieta le había cobrado tanto afecto y depositado tanta confianza en el fino y galante anciano caballero, que le escribió a Viena una carta, ligera y jocosa, en la que le contaba cómo se había burlado ocultamente de su marido cuando el duque de Choiseul le pidió una audiencia. «Me creerá usted fácilmente si le digo que no lo he visto sin conocimiento del rey; pero no podrá usted sospechar qué astucia hube de emplear para no suscitar la idea de que pedía permiso para ello. Le dije a mi marido que me gustaría ver al señor Choiseul y que sólo me tenía perpleja la elección del día; y lo hice tan bien que el pobre hombre ("*le pauvre homme*") dispuso la hora más cómoda para que yo le viera. En mi opinión, en este asunto no hice otra cosa sino aprovechar valientemente mis derechos de mujer.» Muy naturalmente fluye de la pluma de María Antonieta la frase *«pauvre homme»*; sin preocupación alguna cierra la carta, pues no cree haber contado sino una divertida anécdota, y la expresión *«pauvre homme»*, en el lenguaje de su corazón, no significa, leal y bondadosamente, sino el «buen muchacho». Pero en Viena se interpreta de otro modo esta frase mezcla de simpatía, de compasión y de desprecio. María Teresa reconoce al instante qué peligrosa falta de tacto hay en que la reina de Francia llame abiertamente *«pauvre homme»* al rey de Francia, el soberano más grande de la cristiandad, no respetando ni honrando al monarca en el esposo. ¡En qué tono se expresará de viva voz aquella cabeza de viento en sus fiestas campestres y en sus *redoutes,* con sus amigas, la Lamballe y la Polignac, y con sus jóvenes cortesanos, al burlarse del soberano de Francia! Al punto tiene lugar en Viena un severo consejo, y se escribe a María Antonieta una carta tan enérgica, que durante largos decenios, el archivo imperial no ha permitido su publicación. «No puedo ocultarte -la vitupera la anciana emperatriz a la hija olvidadiza de sus deberes- que tu carta al conde de Rosenberg me ha consternado

extremadamente. ¡Qué términos de expresión, qué ligereza! ¿Dónde está el corazón de la archiduquesa María Antonieta, tan bueno, tan delicado, tan lleno de abnegación? No veo en la carta más que intriga, odios menudos, mofa y malignidad, una intriga en la cual una Pompadour, una Du Barry, hubieran podido desempeñar un papel, pero no una princesa, y menos una gran princesa de la Casa de Habsburgo-Lorena, llena de bondad y tacto. Siempre me han hecho temblar tus rápidos éxitos y todo lo que te rodea aduladoramente desde aquel invierno en que te lanzaste a los placeres y a las modas y adornos más ridículos. Esta carrera de diversión en diversión sin el rey, aunque sabes no es agradable para él y que sólo por pura condescendencia te acompaña o consiente que vayas, todo eso me hizo manifestarte en mis cartas anteriores mi justa inquietud. Pero todo lo veo confirmado por esta carta. ¡Qué lenguaje! (*«Le pauvre homme!»*) ¿Dónde está el respeto y el agradecimiento por todas sus complacencias? Acerca de ello, te abandono a tus propias reflexiones y no te digo más, aunque aún habría mucho que decir... Pero si sigo observando tales inconveniencias, no podré callar, porque te quiero demasiado y preveo grandes daños, por desgracia, aún mayores que antes, ya sé que eres ligera, violenta a incapaz de reflexionar. Tu felicidad puede acabar demasiado pronto y trocarse en las mayores desgracias a causa de tu propia culpa, y todo por esa espantosa ansia de placeres que no permite ninguna ocupación seria. ¿Qué libros lees? Y sin eso, ¿osas mezclarte en todo, en los asuntos más importantes y en la elección de ministros...? Parece que el abate y Mercy han llegado a ser desagradables para ti, porque no imitan a esos bajos aduladores y porque te quieren para hacerte feliz, y no puramente para divertirse y aprovecharse de tus debilidades. Algún día lo reconocerás así, pero demasiado tarde. Espero no tener que presenciar tal momento, y suplico a Dios que ponga término a mis días lo antes posible, porque ya no puedo ser útil para ti y porque no podría soportar el perder y ver desgraciada a la querida hija a quien amaré tiernamente hasta mi último suspiro.» ¿No exagera la emperatriz, no saca demasiado pronto la caja de los truenos a causa sólo de ese *pauvre homme*, frase empleada en broma, aunque algo insolentemente? Es que María Teresa no se refiere sólo en este caso a la frase nacida del azar, sino que la considera como síntoma. Esta expresión le aclara de repente, como con un relámpago, el poco respeto de que goza Luis XVI en su propio

matrimonio y en todo el círculo de la corte. Su alma se intranquiliza. Si en un Estado el desprecio hacia el monarca socava sus más firmes fundamentos, y lo mismo en la propia familia, ¿cómo pueden quedar en pie los otros pilares y sostenes si llega una tormenta? ¿Cómo hará frente a los peligros que la amenazan una monarquía sin monarca, un trono ocupado por meros figurantes, que no tienen la realeza en el pensamiento ni en la sangre, ni en el corazón ni en el cerebro? Un hombre flaco y sin voluntad y una mundana; demasiado tímido de pensamiento el uno, demasiado irreflexiva la otra, ¿cómo pueden estos seres tan superficiales afirmar su dinastía contra las amenazas de toda una época? La vieja emperatriz no está, en realidad, enojada con su hija. Sólo llena de temor por ella.

Y, verdaderamente, ¿cómo encolerizarse con estos dos seres, cómo condenarlos? Hasta a la misma Convención, su acusadora, se le hizo difícil representar como tirano y criminal a aquel «pobre hombre»; en el último fondo, no había ni un grano de maldad en ninguno de los dos, y, como en general sucede con la mayor parte de los caracteres de medianía, ni dureza, ni crueldad, ni siquiera ansia de honores o grosera vanidad. No obstante, por desgracia, tampoco sus buenas cualidades iban más allá del burgués término medio: honrada bondad natural, despreocupada tolerancia, tibia benevolencia.

Nacidos en unos tiempos tan mediocres como ellos mismos, habrían subsistido con honor y hecho una figura aceptable. Pero afrontar una época de ascendente dramatismo mediante una interna transformación y una elevación de los corazones igual a la del medio ambiente, no supieron hacerlo ni María Antonieta ni Luis XVI; más bien supieron morir con dignidad que vivir fuerte y heroicamente. A cada cual sólo le hiere el destino del que no supo hacerse dueño; toda derrota encierra en sí una significación y una culpa.

El caso de María Antonieta y Luis XVI lo ha medido Goethe con sabia sentencia: ¿Por qué, pues, como con la escoba es expulsado un soberano? Si hubiesen sido tales reyes aún estarían hoy sin daño.

Capítulo 8
La reina del rococó

En el momento en que María Antonieta, la hija de su antigua adversaria María Teresa, asciende al trono de Francia, se intranquiliza Federico el Grande, el enemigo tradicional de Austria. Envía carta tras carta al embajador prusiano para que indague cuidadosamente los planes políticos de la reina. En realidad, el peligro para él es muy grande. María Antonieta no necesita más que quererlo, tomarse una pequeñísima molestia, y todos los hilos de la diplomacia francesa correrían únicamente por sus manos. Europa estaría dominada por tres mujeres: por María Teresa, María Antonieta y Catalina de Rusia. Pero por suerte para Prusia y por desdicha para ella misma, María Antonieta no se siente en modo alguno atraída por una magnífica a histórica tarea; no aspira a comprender el tiempo, sino únicamente a matarlo: con negligencia, coge la corona como si fuese un juguete. En vez de utilizar el poder que le ha caído en suerte, sólo quiere gozar de él.

Fue éste, desde el comienzo, el error fatal de María Antonieta: quería triunfar como mujer, en vez de hacerlo como reina; sus pequeños triunfos femeninos eran más importantes para ella que los grandes y trascendentales de la Historia Universal; y como su frívolo corazón no sabía dar a la idea de la realeza ningún contenido espiritual, sino sólo una forma perfecta, se le empequeñeció entre las manos una gran misión, se le convirtió en un juego pasajero: un gran destino en un papel de teatro. Ser reina, para la María Antonieta de diecinueve irreflexivos años, significa exclusivamente ser la mujer más elegante, más coqueta, la mejor vestida, la más adulada, y ante todo la más divertida de toda la corte; ser el *arbiter elegantiarum*, la mundana que imprime el tono a aquella sociedad distinguida y ultrarrefinada, que vale, a sus ojos, por el mundo entero. Durante veinte años representa comedias en su escenario particular de Versalles, el cual, como una senda de flores japonesas, se alza sobre un abismo; enamorada de sí misma, representa, con gracia y buen estilo, los papeles de *prima donna*, de perfecta reina del rococó. Mas ¡qué pobre es siempre el repertorio de este teatro de salón! Un par de menudas coqueterías efímeras, algunas tenues intrigas, muy poco espíritu y mucha danza.

En el curso de estos juegos y pasatiempos, no tiene ningún auténtico compañero como rey a su lado, ningún verdadero héroe como pareja en la representación; sólo un auditorio, siempre el mismo, esnob y aburrido, mientras por fuera de la adorada puerta de la verja un pueblo de millones de hombres confía en su soberana. Pero aquella ciega mujer no sale jamás de su papel; no se cansa de aturdir constantemente, con nuevas naderías, a su alocado corazón; hasta cuando del lado de París retumban ya, amenazadores, los truenos sobre los jardines de Versalles, no cesa ella en su juego. Sólo en el momento en que la Revolución la arranca violentamente de esta angosta escena rococó, para arrojarla en el grande y trágico escenario de la Historia Universal, reconoce la reina el tremendo error de haber escogido, durante veinte años un insignificante papel de *soubrette*, de dama de salón, mientras que el destino le había proporcionado fuerzas y energía espiritual para desempeñar uno de heroína. Tarde advierte el error, pero no demasiado tarde, pues precisamente en la hora en que no tiene ya que vivir representando su papel de reina, sino que morir según él, en el trágico eplogo de esta comedia pastoril, alcanza la medida real de sus fuerzas. Sólo cuando el juego se convierte en cosa seria y cuando le quitan la corona, es cuando María Antonieta llega a tener un corazón de reina.

La idea de María Antonieta, o más bien su falta de idea al creer que casi durante veinte años se puede sacrificar lo esencial a lo insignificante, el deber al goce, lo difícil a lo fácil, Francia al pequeño Versalles, el mundo real a su mundo de juguete, esta falta histórica es casi inconcebible. Para comprender plásticamente su falta de sentido, lo mejor es echar mano de un mapa de Francia y trazar allí el estrecho campo de acción dentro del cual consumió María Antonieta los veinte años de su reinado. El resultado es asombroso, pues este círculo es tan pequeño que, en medio del mapa, apenas es más que un puntito. Entre Versalles, Trianón, Marly, Fontainebleau, SaintCloud, Rambouillet, seis palacios dentro de un espacio ridículamente pequeño, a pocas horas de camino unos de otros, gira incansablemente, de uno a otro lado, la dorada peonza del inquieto aburrimiento de la reina. Ni una sola vez sintió María Antonieta en lo espacial, como tampoco en to espiritual, la necesidad de franquear este polígono en que la mantiene encerrada el más estúpido de todos los demonios: el demonio del placer. Ni una sola vez, en casi

la quinta parte de un siglo, satisfizo la soberana de Francia el deseo de conocer su propio reino, de ver las provincias cuya reina es; el mar que baña sus costas, las montañas, las fortalezas, las ciudades y catedrales, el país vasto y diverso. Ni una sola vez le roba una hora de tiempo a su ociosidad para visitar a uno de sus súbditos, o, por lo menos, para pensar en ellos; ni una sola vez pisa los umbrales de una casa burguesa; todo este mundo verdadero, ajeno a su círculo aristocrático, era de hecho, para ella, como no existente. Que todo alrededor de la ópera de París se tienda una ciudad gigantesca, densamente llena de miseria y descontento; que detrás de los estanques de Trianón, con sus patos chinos, sus bien cebados cisnes y sus pavos reales; detrás de la limpia y adornada aldea de decoración de teatro, proyectada por el arquitecto de la corte, el *hameau*, caigan en ruina las verdaderas casas de aldeanos y estén vacíos los graneros; que al otro lado de las doradas verjas de su parque millones de hombres del pueblo trabajen y pasen hambre, pero siempre esperando, María Antonieta no lo ha sabido jamás. Acaso sólo esta ignorancia y esta voluntad de ignorar todo lo trágico y triste del mundo podía dar al rococó aquella gracia seductora, aquel encanto leve y despreocupado; sólo quien desconoce la gravedad del mundo puede jugar tan dichosamente. Pero una reina que se olvida de su pueblo, se atreve a jugar con gran riesgo. Una sola pregunta le hubiera revelado a María Antonieta cómo era el mundo; pero no quería preguntar. Una sola ojeada al carácter de la época, y lo hubiera comprendido: pero no quería comprender.

Quería permanecer en su aislamiento alegre, juvenil y sin ser importunada. Dirigida por un fuego fatuo, gira incansablemente a la redonda, y con sus *marionettes* de corte, en medio de una cultura artificial, consume los años decisivos, y que no pueden recuperarse, de su vida.

Ésta es su culpa, su innegable culpa: haberse acercado a la tarea más recia en la Historia con una frivolidad sin igual; haber entrado en el conflicto más duro de aquel siglo con blando corazón. Innegable culpa, y, sin embargo, venial, porque comprensiblemente, dada la magnitud de la tentación, hasta un carácter mucho más fuerte apenas hubiera podido resistirlo. Llevada del cuarto de los niños al lecho nupcial; llamada de la noche a la mañana, y como en un sueño, de las habitaciones interiores de un palacio al poder supremo; aún no acabada de formar, aún no

despierta espiritualmente, esta alma sin malicia, no muy fuerte, no muy lúcida, se siente de repente, a manera de un sol, rodeada por la danza de planetas de la admiración. ¡Y qué miserablemente bien ejercitada está esta gente del *dix-huitième* para seducir a una mujer joven! ¡Qué astutamente enseñada para mezclar los venenos de la fina adulación! ¡Qué ingeniosa en la habilidad de encantar con nonadas! ¡Qué magistral en la alta escuela de la galantería y en el arte de los feacios de tomar la vida a la ligera! Expertos y más que expertos en todas las seducciones y debilidades del alma, los cortesanos atraen, ya desde el principio, a su mágico círculo a este cándido corazón de muchacha, curioso aún de sí mismo. Desde el primer día de su reinado, María Antonieta flota en lo alto de la nube de incienso de una ilimitada idolatría.

Lo que dice pasa por sabio; lo que hace, por ley; lo que desea es cumplido. Si tiene un capricho, a la mañana siguiente está convertido ya en una moda. Si hace una tontería, toda la corte la imita entusiasmada. Su presencia es el sol de esta muchedumbre vana y ambiciosa; su mirada es un regalo; su sonrisa, una ventura; su llegada, una fiesta. Cuando tiene una recepción, todas las damas, las más viejas como las más jóvenes, las más distinguidas como las que acaban de ser presentadas en la corte, hacen los esfuerzos más convulsos, los más divertidos, los más ridículos, los más bobos, para atraer sobre su persona, aunque no sea más que por un segundo, la atención de la reina; para pillar una amabilidad, una palabra, y si no puede ser esto, por lo menos para ser notada y no pasar sin ser vista. En la calle, una y otra vez la aclama el pueblo, que confía en ella, agolpándose en tropel a su paso; en el teatro, se levanta para saludarla la totalidad del auditorio, desde la primera localidad hasta la última, y cuando pasa por la Galería de los Espejos ve en ellos, magníficamente vestida y elevada en las alas de su propio triunfo, a una mujer joven y linda, despreocupada y feliz, más hermosa que la más hermosa de la corte, y con ello -ya que confunde aquella corte con el mundo- la más hermosa de la tierra. ¿Cómo con un corazón infantil, con una energía mediana, defenderse contra la bebida embriagadora y adormecedora de la felicidad, bebida que está formada con las más picantes y dulces esencias del sentimiento, con la mirada adoradora de los hombres, con la envidia admirativa de las mujeres, con el rendimiento del pueblo y con su propio personal orgullo? ¿Cómo no convertirse en

ligera donde todo es tan ligero, donde el dinero surge constantemente de siempre renovados pedacitos de papel y donde una palabra, la palabra payez, escrita apresuradamente en un pliego, hace brotar millares de ducados y surgir, como por encanto, piedras preciosas, jardines y palacios; donde el suave aliento de la dicha adormece los nervios de un modo tan dulce y fascinador? ¿Cómo no ser despreocupada y frívola cuando hay unas alas que, caídas del cielo, se implantan en vuestras juveniles espaldas relucientes? ¿Cómo no perder el suelo bajo los pies al ser arrebatado por tales seducciones? Esta frivolidad en la concepción de la vida, que, considerada en un aspecto histórico, es, indudablemente, una falta de la reina, era, al mismo tiempo, la falta de toda su generación; precisamente por su perfecta adhesión al espíritu de su tiempo ha llegado a ser Mana Antonieta la representación típica del siglo XVIII. El rococó, esta quintaesencia y sutil floración de una civilización muy antigua, del siglo de las manos finas y ociosas, del espíritu mimado y dilapidador, quería, antes de perecer encarnarse en una figura.

Ningún rey, ningún varón hubiera podido representar a este siglo de las damas en el libro de imágenes de la Historia; sólo en la figura de una mujer, de una reina, podía representarse visiblemente, y esta reina del rococó lo ha sido, en forma simbólica, María Antonieta. La más despreocupada de las despreocupadas, la más derrochadora entre las derrochadoras, y entre las mujeres elegantes y coquetas la más lindamente elegante y la más consciente coqueta, vino a expresar en su propia persona, de un modo inolvidable y con una precisión verdaderamente documentaria, las costumbres y la artística forma de vivir del *dix-huitième*. «Es imposible -dice de ella madame de Staël- poner más gracia y bondad en la cortesía. Posee una especie de sociabilidad que nunca le permite olvidar que es reina, y siempre hace como si lo olvídara.» María Antonieta jugaba con su vida como con un instrumento muy delicado y frágil. En lugar de ser humanamente grande para todos los tiempos, se hizo de este modo la expresión característica de su época, y mientras descuidaba insensatamente su fuerza interior, dio, sin embargo, una significación a su vida; en ella culmina y termina el siglo XVIII.

¿Cuál es el primer cuidado de la reina del rococó cuando se despierta por las mañanas en su palacio de Versalles? ¿Las noticias de la ciudad y del Estado? ¿Las cartas de los embajadores, el saber si han vencido los ejércitos o si se le ha

declarado la guerra a Inglaterra? En modo alguno; María Antonieta, como de costumbre, no ha regresado a casa hasta las cuatro o las cinco de la madrugada; ha dormido pocas horas; su inquietud no necesita de mucha quietud. El día comienza ahora con una importante ceremonia. La camarera principal, que tiene a su cargo el guardarropa de la reina, penetra en la cámara con algunas camisas, pañuelos y toallas para la *toilette* matinal, llevando a su lado a la primera doncella. Ésta se inclina y tiende a la reina un libro en folio, en el cual están colocadas, sujetas con alfileres, una muestrecilla de cada uno de los trajes existentes en el guardarropa. María Antonieta tiene que decidir qué traje desea ponerse aquel día, elección dificultosa y rica en responsabilidades, porque para cada estación están prescritos doce nuevos trajes de gala, doce vestidos de fantasía, doce trajes d ceremonia, sin contar los otros cientos que son adquirido todos los años (¡piénsese en la deshonra que sería para un reina de la moda el llevar varías veces el mismo vestido!) Además, las batas de casa, los corsés, las pañoletas de encaje y los fichúes, las cofias, abrigos, cinturones, guantes, medias y enaguas procedentes del invisible arsenal del cual se ocupa todo un ejército de costureras y doncellas. Habitualmente, la elección dura largo tiempo; por último son señaladas, por medio de alfileres, las muestras de las *toilettes* que María Antonieta desea ponerse aquel día: el traje de corte para la recepción, el deshabillé para la tarde, el traje de sociedad para la noche. La primera preocupaciön está ya despachada, y llevan fuera el libro con las muestras de tela y traen, en su original, los trajes elegidos.

No es milagro, con toda la importancia de la *toilette*, que la modista principal, la divina mademoiselle Bertin, alcance mayor influjo sobre María Antonieta que todos los ministros; a éstos se les puede sustituir por docenas; aquélla es incomparable y única.

Cierto que por su origen no es más que una vulgar costurera, procedente de la más baja clase del pueblo; ruda, orgullosa de su valer, sabiendo usar los codos para subir y más bien ordinaria que de maneras finas, esta maestra de la *haute couture* tiene a la reina completamente en su poder. A causa de ella, dieciocho años antes de la verdadera Revolución, se fragua en Versalles un revolución palaciega: mademoiselle Bertin salta por encima de las prescripciones de la etiqueta que prohíbe a una persona burguesa la entrada en los *petits cabinets* de la reina; esta

artista, en su género, alcanza lo que Voltaire y todos los poetas y pintores del tiempo no lograron jamás: ser recibida a solas por la reina. Cuando aparece, dos veces por semana, con sus dibujos. María Antoníeta abandona a sus nobles damas de honor y se encierra, para un consejo secreto, con la venerada artista en lo más recogido de sus habitaciones privadas, para lanzar con ella una nueva moda, aún más disparatada que la anterior. Ya se comprende que la modista, como buena mujer de negocios, convierte valientemente en ingresos para su caja cada uno de tales triunfos. Después de haber impelido a María Antonieta hacia el más dispendioso gasto, pone a contribución a toda la corte y la nobleza; con letras gigantescas hace poner sobre su tienda de la Rue Saint-Honoré su título de proveedora de la reina, y, altiva, y negligente, les explica a las parroquianas a quienes ha hecho esperar: «Precisamente vengo ahora de trabajar con Su Majestad». Pronto tiene a sus órdenes todo un regimiento de costureras y bordadoras, porque cuanto más elegance se viste la reina, tanto más impetuosamente se esfuerzan las otras damas por no quedar atrás. Algunas sobornan a la infiel hechicera, con muy buenas monedas de oro, para que les haga un modelo que la reina no ha llevado todavía: el lujo en la *toilette* se contagia como una enfermedad en torno a ella. La inquietud en el país, las cuestiones con el Parlamento, la guerra con Inglaterra, no agitan, ni con mucho, tanto a aquella sociedad cortesana como el nuevo color pulga que mademoiselle Bertin pone a la moda, que un corte atrevidamente sesgado de la falda *à paniers* o un nuevo matiz de seda por primera vez producido en Lyon.

Toda dama que se considere en algo se siente obligada a seguir paso a paso estas monerías de la extravagancia, y un marido se queja, suspirando: «Jamás las mujeres de Francia han gastado tanto dinero para ponerse en ridículo» .

Pero ser reina en esta esfera lo considera María Antonieta como el primero de sus deberes. Al cabo de un trimestre de reinado, la princesita ha ascendido ya a la categoría de muñeca a la moda del mundo elegante, como modelo de todos los trajes y peinados; por todos los salones, por todas las cortes, resuenan sus triunfos. A la verdad, llegan también hasta Viena, donde producen un eco poco alegre. María Teresa, que querría para su hija más dignas tareas, le devuelve con enojo al embajador un retrato que muestra a su hija adornada a la moda y con exagerado

lujo, diciendo que será el retrato de una cómica y no el de una reina de Francia. Enojada amonesta a su hija, aunque, a la verdad, siempre en vano: « Ya sabes que siempre fui de opinión que se deben seguir moderadamente las modas, pero sin exagerarlas jamás. Una mujer joven y bonita, una reina llena de gracia, no necesita de esas locuras; al contrario, la sencillez del vestido le sienta mejor y es más digna de la categoría de una reina. Como es ella la que da el tono, todo el mundo se esforzará por seguirla hasta en estos pequeños malos pasos. Pero yo, que quiero a mi reinecita y observo cada una de sus acciones, no debo vacilar en llamar su atención sobre esta pequeña frivolidad».

Segundo cuidado de cada mañana: el peinado. Dichosamente, se dispone también aquí de un alto artista, el señor Léonard, el inagotable a insuperado Fígaro del rococó. Como un gran señor, se traslada todas las mañanas, en carroza de seis caballos, de París a Versalles, para demostrarle a la reina, con el peine, lociones para el cabello y pomadas, su siempre noble y diariamente renovado arte. Lo mismo que Mansart, el gran arquitecto, levanta sobre las casas los ingeniosos tejados que llevan su nombre, también el señor Léonard edifica sobre la frente de toda dama de categoría que se respete verdaderas torres de cabellos y decora estas altas edificaciones con simbólicos ornamentos. Con gigantescas agujas y un enérgico empleo de pomada se encaraman primeramente los cabellos, desde su raíz, sobre la frente, rectos como cirios, hasta una altura aproximadamente doble de la de una gorra de granadero prusiano; después, en este espacio aéreo, a medio metro por encima de las cejas, comienza realmente el imperio plástico del artista. No sólo paisajes completos y panoramas, con frutas, jardines, casas y navíos en movidos mares, toda una visión multicolor del universo, modelado con el peine sobre esos *poufs o ques-à-quo* (así se llaman, según un libelo de Beaumarchais), sino que también, para hacer la moda más rica en cambios, estas construcciones representan simbólicamente los acontecimientos del día. Todo lo que ocupa a aquellos cerebros de colibrí, lo que llena aquellas cabezas de mujer, en general vacías, tiene que ser anunciado por el peinado. ¿Produce sensación la ópera de Gluck? Al instante inventa Léonard una *coiffure à la Iphigénie* con negras cintas de luto y la media luna de Diana. ¿Es vacunado el rey contra la viruela? Pronto aparece representado este acontecimiento emocionante por medio de los *pouf de l'inoculation*. Llega la

insurrección americana a ponerse a la moda, y al punto es la vencedora del día la *coiffure* de la libertad; y, cosa aún más vil y estúpida, cuando son saqueadas las panaderías de París, durante la crisis del hambre, esta frívola sociedad de cortesanos no sabe hacer nada más importante que mostrar este suceso en los *bonnets de la révolte*. Estas edificaciones artificiales sobre las huecas cabezas ascienden cada vez más locamente. Poco a poco, las torres capilares, gracias a ocultos refuerzos y a postizos mechones, se hacen tan altas, que las damas que las llevan ya no pueden sentarse en sus carrozas, sino que tienen que ir de rodillas, levantándose las faldas, pues en otro caso el precioso edificio capilar tropezaría con el techo del carruaje.

En los palacios se hacen más altos los dinteles de las puertas, a fin de que las damas en gran *toilette* no necesiten siempre inclinarse al pasar por ellas; en los palcos de los teatros se aboveda el techo. El especial tormento que estos moños ultraterrestres constituyen para los amantes de tales damas es cosa sobre la cual se encuentran pasajes divertidos en las sátiras contemporáneas. Pero cuando se trata de una moda, las mujeres, según se sabe, están siempre dispuestas a todo sacrificio, y, por su parte, la reina se imaginaría, sin duda alguna, no ser realmente tal si no introdujera o sobrepasara todas estas locuras.

De nuevo resuena el eco en Viena: «No puedo impedirme de tocar un punto que, con mucha frecuencia, encuentro repetido en las gacetas: me refiero a tus peinados. Se dice que, desde la raíz del pelo, tienen treinta y seis pulgadas de alto, y encima aún hay plumas y lazadas». Evasivamente responde la hija a la *chére maman* que, aquí, en Versalles, están ya los ojos tan acostumbrados a eso, que todo el mundo -por todo el mundo entiende siempre María Antonieta el centenar de damas de la corte- no encuentra en ello nada sorprendente. Y maese Léonard continúa edificando cada vez a mayor altura, hasta que al todopoderoso se le ocurre cortar aquella moda, y al año siguiente son demolidas las torres, cierto que para ceder el puesto a una moda aún más costosa: la de las plumas de avestruz.

Tercer cuidado: ¿puede cambiarse siempre de vestido sin hacer lo mismo con las alhajas correspondientes? No, una reina necesita mayores diamantes, perlas mucho más gruesas que las de todas las otras damas. Necesita más anillos, sortijas, pulseras y diademas, cordones de piedras finas para los cabellos, más hebillas para

el calzado o guarniciones de diamantes para los abanicos pintados por Fragonard, que las que ostentan las mujeres de los hermanos más jóvenes del rey y las otras señoras de la corte. Verdad que tiene ya los ricos diamantes recibidos de Viena, como dote, y toda una arquilla con joyas de familia que Luis XV le regaló cuando la boda. Mas ¿para qué sería reina sino para comprar piedras preciosas siempre nuevas, más bellas y caras? María Antonieta, lo sabe todo el mundo en Versalles -y ha de mostrarse pronto que no es bueno que todo el mundo hable y cuchichee acerca de ello-, está loca por las alhajas. Jamás puede resistir cuando esos joyeros astutos y suaves, esos judíos venidos de Alemania, esos Boehmer y Bassenge, le muestran, en estuches de terciopelo, sus últimas obras de arte: hechiceros pendientes, anillos y broches. Fuera de eso, estas buenas gentes nunca le presentan dificultades para sus compras. Saben honrar a la reina de Francia, cierto que cobrándole doble precio, pero abriéndole crédito, y, en todo caso, admitiéndole como pago antiguos diamantes, aunque a mitad de su valor; sin notar lo que hay de degradante en tales negocios de usurero, María Antonieta contrae deudas por todas partes; claro que en caso de necesidad sabe que contribuirá al pago el ahorrativo esposo.

Mas ahora las advertencias de Viena se hacen ya más duras: «Todas las noticias de París coinciden en que de nuevo has comprado brazaletes por un valor de doscientas cincuenta mil libras. con lo cual has llevado el desorden a tus ingresos y contraído deudas, y hasta se dice que, para contribuir al pago, has vendido por un precio ínfimo tus diamantes... Tales noticias me destrozan el corazón, especialmente si pienso en el porvenir. ¿Cuándo vas a llegar a ser tú misma? -exclama la madre con desesperación-.

Una soberana se rebaja adornándose de ese modo, y se rebaja aún más si, precisamente en estos tiempos, se deja arrastrar a gastos tan considerables. Conozco demasiado ese espíritu de prodigalidad que lo posee y no puedo guardar silencio sobre él, porque te quiero por ti misma y no para adularte. Cuida de no perder con tales frivolidades el ascendiente que has ganado al principio de tu reinado. Se sabe por todas partes que el rey es muy modesto; por tanto, todas las culpas caen exclusivamente sobre ti. De tal transformación, de tal ruina, querría no llegar a ser testigo».

Los diamantes cuestan dinero, las *toilettes* cuestan dinero, y aunque el bondadoso esposo, en el momento de ascender al trono, ha duplicado el apanage de su mujer, este cofrecillo, ricamente henchido, debe tener un agujero por alguna parte, pues siempre reina en él un espantoso vacío.

¿Cómo procurarse el dinero? Para los aturdidos, el demonio ha inventado felizmente un paraíso: el juego. Antes de María Antonieta, el juego en la corte real era aún una distracción inocente; algo como el billar o la danza: se jugaba al nada peligroso *lansquenet* con apuestas insignificantes. María Antonieta descubre, para sí y para los otros, el famoso *faraón*, que conocemos por Casanova como el campo de caza elegido por todos los trapaceros y estafadores. El que una orden del rey, expresamente renovada, haya prohibido bajo pena de multa todo juego de azar, es indiferente a estos puntos: la Policía no tiene acceso a los salones de la reina. Y que el rey mismo no pueda soportar esas mesas de juego cargadas de oro, no preocupa ni un comino a esta frívola pandilla: se sigue jugando, hasta a espaldas suyas, y los camareros tienen el encargo, caso de que venga el rey, de dar inmediatamente la señal de alarma. Entonces, como por encanto, desaparecen las cartas debajo de la mesa, no se hace más que charlar, todos se ríen del buen hombre y continúa la partida. Para animar el negocio y aumentar la circulación de capitales, la reina consiente gustosa, a cualquiera que trae dinero, que se aproxime a su mesa con tapete verde; ganchos y gorrones fluyen allí, y no pasa mucho tiempo sin que circule por la ciudad la vergonzosa noticia de que se hacen trampas en el círculo de la reina. Sólo una persona no sabe nada de ello, María Antonieta, porque, deslumbrada por su placer, no quiere aprender otra cosa. Desde el momento en que entra en calor, nadie puede detenerla: día tras día, juega hasta las tres, las cuatro o las cinco de la mañana, y hasta una vez, con escándalo de la corte, la víspera de Todos los Santos, está jugando la noche entera.

Y de nuevo resuena el eco de Viena: «El juego es indudablemente una de las diversiones más peligrosas, pues atrae malas compañías y peores conversaciones... Encadena demasiado por la pasión de la ganancia, y, se calcula rectamente, siempre es uno el engañado, pues, a la larga, no se puede ganar si se juega decentemente. Por tanto, te lo suplico, hija mía querida, nada de condescendencia; hay que romper de repente con una pasión como ésa».

Pero los trajes, el adorno y el juego no llenan más que la mitad del día y la mitad de la noche. Otro cuidado traza la aguja del reloj en el doble círculo de las horas. ¿Cómo divertirse? Salen a caballo, cazan, primitivo placer de príncipes; en todo caso, la reina, al hacerlo, se acompaña pocas veces del propio esposo (¡es tan mortalmente aburrido!), sino que prefiere elegir al alegre cuñado D'Artois y a otros cortesanos. A veces, por broma, cabalgan también en burros, cosa que, a la verdad, no es tan distinguida; pero, en cambio, si una de tales grises cabalgaduras se encabrita, puede una caer de la manera más encantadora y mostrar a la corte los *dessous* de encajes y las bien formadas piernas de una reina. En invierno, con buenos abrigos, se dan paseos en trineo; en verano se divierte uno, por la noche, con fuegos de artificio y bailes campestres, lo mismo que con conciertos nocturnos en el parque. Se bajan algunos escalones de la terraza. y ya se está en medio de la escogida sociedad y totalmente protegido por las sombras; allí se puede charlar y bromean.. sin faltar al honor, naturalmente, pero jugando con el peligro lo mismo que con todas las otras cosas de la vida. Que después cualquier malicioso cortesano escriba una *brochure* en verso sobre las aventuras nocturnas de la reina, *Le Lever de l'Aurore*, ¿qué importancia tiene? El rey, el indulgente esposo, no se encoleriza por tales alfilerazos, y se ha divertido una mucho. El caso es no estar sola, no pasar una velada en casa, con un libro, con el marido propio, sino siempre agitar animadamente a los otros y ser agitada por ellos. Desde que aparece una moda nueva, María Antonieta es la primera en prestarle acatamiento; apenas el conde D'Artois trae de Inglaterra las carreras de caballos -su única iniciativa en favor de Francia-, cuando ya se ve a la reina en las tribunas, rodeada por docenas de fatuos jóvenes anglómanos, apostando, jugando y apasionadamente excitada por esta nueva manera de poner en tensión los nervios.

Habitualmente, no duran mucho tiempo las fogatas de paja de los entusiasmos de la reina; en general, le aburre ya mañana lo que aún ayer le encantaba; sólo un perpetuo cambio de diversiones puede engañar su nerviosa inquietud, fundada, no hay duda alguna en ello, en aquel secreto de su alcoba. Su diversión favorita, entre cien otras que van cambiando, la única que permanece ciegamente encantada largo tiempo, es aquella que, en todo caso, pudiera ser la más peligrosa para su reputación: las *redoutes* de máscaras. Llegan a constituir la pernanente pasión de

María Antonieta, pues en ellas puede gozar doblemente del placer de ser reina y, gracias al oscuro antifaz. del otro placer de no ser reconocida como tal; atreverse a llegar asta el borde de una aventura tierna, y, por tanto, no ya poner en juego su dinero, sino también a sí misma como mujer. Disfrazada de Artemisa o con un coquetón dominó, se puede escender desde las glaciales alturas de la etiqueta hasta la anónima y cálida muchedumbre, sentir el aliento de la ternura, la proximidad de la seducción, estremecerse hasta el tuétano con idea del peligro en que ya se está a medias caído; bajo la protección de la máscara se puede, durante una media hora, coger del brazo de algún joven y elegante *gentleman*, o mostrar, con algunas atrevidas palabras, al embelesador caballero sueco Hans Axel von Fersen, con cuánto agrado le ve la mujer. la cual, ¡ay y mil veces ay!, está, como reina, inexpugnablemente obligada a la virtud. Que estas pequeñas bromas. al punto convertidas en groseramente eróticas por los rumores de Versalles, recorran todos los salones; que, como quiera que una vez se rompiera en el camino una rueda de la carroza de la corte y María Antonieta tuviera que tomar un *fiacre* de alquiler para recorrer los veinte pasos que la separaban de la ópera, los periódicos secretos conviertan esta tontería en una galante aventura, eso no lo sabe María Antonieta.

o no quiere saberlo. En vano la exhorta su madre: «Si aún fuera en compañía del rey, guardaría silencio, pero ¡siempre sin él!, y siempre con lo peor y más joven de la gente de París, siendo la encantadora reina la de más edad de toda esa tropa. Las gacetas, las hojas sueltas, que labraban antes mi bienestar porque celebraban la magnanimidad y bondad del corazón de mi hija, han cambiado de repente. Ya no se oye hablar más que de carreras de caballos, juegos de azar y noches en vela, de modo que yo no quiero ya ni verlas; pero, no obstante, no puedo evitar que todo el mundo, que conoce mi amor y ternura hacia mi hija, hable de ello y me lo refiera. A menudo, hasta evito el concurrir a una reunión, a fin de no enterarme de nada».

Pero todas estas reflexiones no ejercen ninguna influencia sobre la insensata, llegada ya tan adelante en el camino de sus locuras que no comprende que no se la comprenda. ¿Por qué no gozar de la vida? No tiene ningún otro sentido sino ése. Y con conmovedora franqueza responde a las advertencias maternas que le comunica el embajador Mercy: «¿Qué quiere? Tengo miedo de aburrirme».

«Tengo miedo de aburrirme.» Con esa frase ha pronunciado María Antonieta la palabra definidora de su tiempo y de toda su sociedad. El siglo XVIII toca a su fin, ha realizado su sentido. El reino está fundado, Versalles construido; la etiqueta es perfecta; la corte ahora, no tiene en realidad ya nada más que hacer; los mariscales como no hay guerra, se han convertido en puros títeres de uniforme: los obispos, como aquella generación ya no cree en Dios, son unos galantes señores con sotana violeta; la reina, como no tiene al lado un verdadero rey, ni un heredero del trono que educar, se ha trocado en una alegre mundana. Aburridos y sin comprender, se alzan todos ellos ante las poderosas mareas de la época, y si a veces se sumergen en ellas con curiosas manos, sólo es para extraer algunas piedrecillas brillantes; sonriendo como los niños, al ver lo fácilmente que relumbran entre sus dedos, juegan con el monstruoso elemento. Pero nadie, entre ellos, sospecha el crecimiento cada vez más rápido del nivel de las aguas; y cuando por fin advierten el peligro, la huida es ya inútil, el juego está perdido y su vida amenazada.

Capítulo 9
Trianón

Con mano ligera y juguetona, María Antonieta coge la corona como un inesperado regalo; es todavía demasiado joven para saber que la vida no da nada de balde y que todo lo que se recibe del destino tiene señalado secretamente su precio. Este precio, María Antonieta piensa no pagarlo. Sólo toma a su cargo los derechos de la realeza y deja a deber sus obligaciones. Quiere reunir dos cosas que no son humanamente compatibles: quiere reinar y al mismo tiempo gozar. Como reina, quiere que todo sirva a sus deseos, cediendo sin vacilar ella misma a cada uno de sus caprichos; quiere la plenitud de poderes de la soberana y la libertad de la mujer; por tanto, gozar doblemente de su vida, juvenil y fogosa, poniéndola dos veces en tensión.

Pero en Versalles no es posible la libertad. En medio d aquellas claras Galerías de Espejos no hay paso alguno que quede oculto. Todo movimiento está reglamentado, cada palabra es transportada más lejos por un viento traidor. Aquí no hay soledad posible ni fácil coloquio entre dos personas; no hay descanso ni reposo; el rey es el centro de un gigantesco reloj que señala, con implacable regularidad, cada uno de los actos de la vida, desde el nacimiento a la muerte, desde el levantarse hasta el irse a la cama; las mismas horas de amor se convierten en una cuestión de Estado. El soberano, a quien todo pertenece, pertenece él a su vez a todo y no a sí mismo. Pero María Antonieta odia toda vigilancia; de este modo, apenas llega a ser reina, cuando ya le pide a su siempre condescendiente esposo un escondrijo donde no tenga que serlo. Y Luis XVI, mitad por debilidad, mitad por galantería, le regala, como donación nupcial, el palacete estival de Trianón, un segundo reino chiquito, pero propiedad particular de la reina, en medio del poderoso reino de Francia.

En sí mismo, no es ningún gran regalo el que María Antonieta recibe de su esposo al darle Trianón, pero es juguete que debe ocupar y encantar su ociosidad durante más de diez años.

Su constructor no había pensado jamás este palacete como residencia permanente para la familia real, sino sólo como *maison de plaisir* como «buen retiro», como apeadero, y en el sentido de secreto nido de amor, había sido abundantemente

utilizado por Luis XV con su Du Barry y otras damas de ocasión. Un hábil mecánico había inventado, para los *soupers* galantes del rey, una mesa que se hundía en el suelo, de modo que, con gran discreción, surgía en el comedor, servida y dispuesta, ascendiendo de los locales subterráneos de cocina, y ningún sirviente podía acechar las escenas de la mesa; por este acrecentamiento de las comodidades eróticas, el excelente Leporello recibió una recompensa especial de doce mil libras, aparte las setecientas treinta y seis mil que había costado a la caja del Estado la construcción de esta casa de placer. Cálido aún de estas lascivas escenas, se posesiona María Antonieta de este apartado palacete del parque de Versalles. Tiene ahora la reina su juguete, y, a la verdad, uno de los más encantadores que ha inventado jamás el gusto francés; delicado en sus líneas, perfecto en sus proporciones, verdadero estuche para una reina joven y elegante. Edificado con una arquitectura simple, levemente arcaizante, de un blanco reluciente en medio del lindo verde de los jardines; plenamente aislado y, sin embargo, inmediato a Versalles, este palacio de una favorita, y ahora de una reina, no es mayor que una casa de una familia de hoy día, y apenas más cómodo o más lujoso; siete a ocho habitaciones en conjunto, vestíbulo, comedor, un pequeño salón y uno grande, dormitorio, baño, una biblioteca en miniatura (*lucus a non lucendo*, pues, según unánimes testimonios, María Antonieta jamás abrió un libro en toda su vida, aparte de algunas novelas rápidamente hojeadas). En el interior de este palacete, la reina, en todos aquellos años, no cambia gran cosa en la decoración; con seguro gusto no introduce nada llamativo, nada pomposo, nada groseramente caro, en aquel recinto totalmente destinado a la intimidad; por el contrario, no lleva allí nada que no sea delicado, claro y discreto, en aquel nuevo estilo, al cual se llama Luis XVI, con tan escaso motivo como a América por el nombre de Américo Vespucio. Tendría que llevar el nombre de la reina, el nombre de esta delicada, inquieta y elegante mujer; tendría que llamarse estilo María Antonieta, pues nada, en sus formas frágiles y graciosas, recuerda al hombre gordo y macizo que era Luis XVI y a sus toscas aficiones, sino que todo hace pensar en la leve y linda figura de mujer cuya imagen adorna todavía hoy aquellos recintos; formando una unidad desde el lecho hasta la polvera, desde el clavicordio hasta el abanico de marfil, desde la *chaise-longue* hasta la miniatura, utilizando sólo los materiales más escogidos en las formas menos llamativas,

aparentemente frágil y, sin embargo, duradero, uniendo la línea clásica a la gracia francesa, este estilo, aún comprensible hoy para nosotros, anuncia, como ningún otro, el señorío victorioso de la mujer, el dominio de Francia por damas cultas y llenas de buen gusto y trasmuda la pompa dramática de los Luis XIV y Luis XV en intimidad y musicalidad. El saloncito en que se condensa y se divierte la sociedad de un modo tierno y ligero llega a ser el punto principal de la casa, en lugar de las orgullosas y resonadoras salas de recepción; revestimientos de madera, tallados y dorados, sustituyen al severo mármol; blancas y relucientes sedas, al incómodo terciopelo y al pesado brocado. Los matices tiernos y pálidos, el *créme apagado*, el rosa de melocotón, el azul primaveral, inician su suave reinado; este arte se apoya en la mujer y en la primavera, en *fétes galantes* a indolentes reuniones; no se aspira provocativamente a nada magnífico, a nada teatral a imponente, sino a to discreto y amortiguado; aquí no debe poner su acento el poder de la reina, sino que todas las cosas que la rodean deben reflejar tiernamente la gracia de la joven mujer. Sólo en el interior de este marco precioso y coquetón alcanzan su auténtica y verdadera medida las deliciosas estatuillas de Clodion, los cuadros de Watteau y de Pater, la música de plata de Boccherini y todas las otras selectas creaciones del *dix-huitième*: este incomparable arte de jugar con las cosas, esta dichosa despreocupación, casi en la víspera de las grandes preocupaciones, ningún otro lugar produce en nosotros un efecto tan directo y auténtico. Para siempre sigue siendo Trianón el vaso más fino, más delicado, y, sin embargo, irrompible, de aquella floración exquisitamente lograda; aquí, el culto del goce refinado se nos revela por completo como un arte en una morada y una figura de mujer. Y, cenit y nadir del rococó, al mismo tiempo su florecimiento y su agonía, su duración es medida aún hoy de modo más exacto por el relojito de la chimenea de mármol de la habitación de María Antonieta.

Este Trianón es un mundo en miniatura y de juguete: tiene un valor simbólico el que desde sus ventanas no se pueda lanzar ninguna mirada hacia el mundo viviente, hacia la ciudad, hacia París, o siquiera hacia el campo. En diez minutos están recorridas sus escasas brazas de terreno, y, sin embargo, este ridículo rincón era más importante y significativo en la vida de María Antonieta que toda Francia, con sus veinte millones de súbditos. Pues aquí no se sentía sometida a cosa alguna,

ni a las ceremonias, ni a la etiqueta, ni apenas a las buenas costumbres. Para dar a conocer claramente que, en aquellos reducidos terrones, sólo ella y nadie más que ella manda, dispone la reina, con gran enojo de la corte, que acata severamente la Ley Sálica, que todas las disposiciones sean dadas no en nombre de su esposo, sino en el suyo propio, de *par la reine*; los sirvientes no llevan la librea real, roja, blanca y azul, sino la suya propia, rojo y plata.

Hasta el propio marido no aparece allí más que como huésped, un huésped lleno de tacto y cómodo por demás, que nunca se presenta sin ser invitado o a hora inoportuna, sino que respeta severamente los usos domésticos de su esposa. Pero aquel hombre sencillo viene muy gustoso, porque se pasa aquí el tiempo de modo mucho más agradable que en el gran palacio; *par ordre de la reine* está abolida toda severidad y afectación; no se hace vida de corte, sino que, sin sombrero y con sueltos y ligeros vestidos, se sientan en el verde campo; desaparecen las categorías jerárquicas en la libertad de la alegre reunión, desaparece todo engallamiento, y, a veces también, la dignidad. Aquí se encuentra a gusto la reina, y pronto se ha acostumbrado de tal modo a esta laxa forma de vida, que, por la noche, se le hace más pesado regresar a Versalles. Cada vez se le hace más extraña la corte después que ha probado esta libertad campestre; cada vez la aburren más los deberes de su cargo, y, probablemente, también los conyugales: con creciente frecuencia se retira, durante el día entero, a su divertido palomar. Lo que más le gustaría sería permanecer siempre en su Trianón. Y como María Antonieta hace siempre lo que quiere, se traslada, en efecto, totalmente a su palacio de verano. Se dispone un dormitorio, cierto que con un lecho para un solo durmiente, en el cual el voluminoso rey apenas habría tenido cabida. Como todo lo demás, desde ahora también la intimidad conyugal no está sometida al deseo del rey, sino que, lo mismo que la reina de Saba a Salomón, María Antonieta sólo visita a su buen esposo cuando se le antoja (y la madre da voces muy violentamente contra el *lit à part*). En el lecho de su mujer, ni una sola vez es huésped el rey de Francia, pues Trianón es para María Antonieta el imperio, dichosamente intacto, sólo consagrado a Citerea, sólo a los placeres, y jamás ha contado ella entre sus placeres sus obligaciones, por lo menos las conyugales. Aquí quiere vivir por sí misma, sin estorbos; no ser otra cosa sino la mujer joven, desmesuradamente adulada y adorada, que, en medio de mil

superfluas ocupaciones, se olvida de todo, del reino, del esposo, de la corte, del tiempo, y a veces -y éstos son acaso sus minutos más dichosos- hasta de sí misma.

Con Trianón, este espíritu desocupado ha encontrado por fin una ocupación, un juego, que se renueva constantemente. Lo mismo que a la modista vestido tras vestido, lo mismo que al joyero de la corte alhajas siempre distintas, también tiene María Antonieta que encargar siempre algo nuevo para adornar su pequeño reino; al lado de la modista, del joyero, del director de ballets, del profesor de música y del maestro de baile, ahora el arquitecto, el constructor de jardines, el pintor, el decorador, todos estos nuevos ministros de su reino en miniatura, le llenan largas horas, ¡ay!, tan espantosamente largas, vaciando al mismo tiempo del modo más intenso el bolso del Estado. La principal preocupación de María Antonieta es su jardín, el cual, naturalmente, no debe semejarse en nada a los históricos jardines de Versalles; tiene que ser el más moderno, el más a la moda, el más original, el más coquetón de toda aquella época, un verdadero y auténtico jardín rococó.

De nuevo, María Antonieta, sabiéndolo o no sabiéndolo, sigue con este deseo el transformado gusto de su tiempo. Pues la gente ya está harta de los campos de césped, llanos y trazados a cordel por el general de jardinería Le Nôtre; de los setos recortados como con una navaja de afeitar, de sus geométricos adornos fríamente calculados en la mesa de dibujo, todo lo cual debía mostrar ostentosamente que Luis XIV, el Rey Sol, no sólo obligó al Estado, a la nobleza, a las clases sociales, a la nación entera, a adoptar la forma exigida por él, sino también al paisaje. La gente ha contemplado hasta hartarse esta verde geometría; está fatigada de esta masacre de la naturaleza; lo mismo que en todo el malestar cultural de la época, también en este punto vuelve a ser el enemigo de la «sociedad» Jean-Jacques Rousseau, el que pronuncia la palabra salvadora al exigir en *La nueva Eloísa* un «parque natural» .

Cierto que, indudablemente, María Antonieta no ha leído jamás *La nueva Eloísa.* A Jean-Jacques Rousseau lo conoce, en el mejor de los casos, como compositor de ese rústico musical que se llama *Le devin du village*. Pero las concepciones de Jean-Jacques Rousseau flotan entonces en el aire. Marqueses y duques tienen los ojos llenos de lágrimas cuando se les habla de este noble defensor de la inocencia (*homo perversissimus* en su vida privada). Le están agradecidos porque, después de haber agotado ellos todos los procedimientos para excitar sus nervios, les ha revelado

dichosamente un último incentivo: el juego con la ingenuidad, la perversión de la inocencia, el disfraz de lo natural. Claro que también María Antonieta quiere tener ahora un jardín «natural», un paisaje «inocente»; a la verdad, el más natural de todos los jardines naturales de última moda. Y para ello reúne a los mejores y más refinados artistas del tiempo, a fin de que, del modo más artificial, le creen, a fuerza de sutileza, el jardín más ultranatural.

Porque, ¡moda del tiempo!, se pretende en estos jardines «anglochinescos» no sólo representar a la naturaleza, sino la totalidad de la naturaleza; en el microcosmos de un par de kilómetros cuadrados figurar, en un resumen de juguete, el universo entero. Todo debe estar reunido en este minúsculo terreno: árboles franceses, indios y africanos, tulipanes de Holanda, magnolias del Mediodía, un lago y un riachuelo, una montaña y una gruta, románticas ruinas y casas de aldea, templos griegos y perspectivas orientales, molinos de viento holandeses, el norte y el sur, el este y el oeste, lo más natural y lo más extraño, todo artificial y todo que parezca auténtico, hasta un volcán arrojando fuego y una pagoda china quiso primitivamente el arquitecto estilizar en aquel trozo de terreno, grande como la mano, felizmente pareció que su proyecto resultaba demasiado caro.

Impulsados por la impaciencia de la reina, centenares de obreros comienzan a hacer surgir como por encanto siguiendo los planes del constructor y del pintor, en medio del paisaje real, otro paisaje lo más pintoresco posible a intencionadamente tierno y natural.

Primeramente se traza un suave y líricamente murmurador arroyuelo, imprescindible accesorio de todo auténtico idilio pastoril, que come entre las praderas; cierto que el agua tiene que ser conducida desde Marly por una tubería de dos mil pies de largo, con la cual, al mismo tiempo, corre también mucho dinero por aquellos tubos; pero, y esto es lo principal, los meandros de su curso tienen un delicioso aspecto natural. Susurrando suavemente, desemboca el arroyo en el lago artificial, con islas no menos artificiales; se inclina amablemente para pasar bajo los lindos puentes, sostiene graciosamente el deslumbrante plumaje blanco de los cisnes. Como brotando de unos versos anacreónticos, se lanza un peñasco artificial con musgo, una disimulada y artificial gruta de amor y un romántico belvedere; nada permite sospechar que este paisaje, tan conmovedoramente ingenuo, haya

sido dibujado, antes de nacer. en innumerables pliegos de colores y que de toda su traza fueran hechos primero veinte modelos de yeso, en los cuales el lago y el arroyuelo estaban representados con trozos de espejo recortados, y las praderas y árboles, lo mismo que en un «nacimiento», por medio de musgo teñido y pegado. Pero adelante.

Cada año tiene la reina un nuevo antojo; instalaciones cada vez más selectas y «naturales» deben hermosear su imperio; no quiere esperar hasta que estén pagadas las antiguas cuentas; tiene ahora su juguete y quiere seguir jugando con él. Como esparcidas a la casualidad y, sin embargo, bien calculado el sitio en que se alzan por el romántico arquitecto de la reina, se colocan en el jardín, para aumentar sus encantos, pequeñas preciosidades. Un templecillo consagrado al dios de aquella época, el templo del Amor, se levanta sobre una colinita, y su rotonda, abierta a la antigua, muestra de una de las más hermosas esculturas de Bouchardon, un amor que se construye un arco de mayor alcance con un trozo de la maza de Hércules. Una gruta, la gruta del amor, está tallada con tal habilidad en la roca, que la pareja que allí juguetee descubre a tiempo a los que se aproximen para no dejarse sorprender en sus ternezas. A través del bosquecillo serpentean senderos que se entrelazan; las praderas están bordadas con raras especies de flores; pronto, en medio de la cortina de verde follaje, reluce un pequeño pabellón de música, construcción octogonal de un blanco deslumbrante, y con todo ello, puestas en relación con gusto tan perfecto, unas cosas junto a otras y dentro de otras que, en realidad, en medio de esta gracia, ya no se conoce el artificio estudiado y rebuscado.

Pero la moda quiere todavía más autenticidad. Para desnaturalizar aún más a fondo la naturaleza, para embadurnar las decoraciones hasta el punto más refinado de viviente verdad, para realce de la manía de la veracidad, son introducidos auténticos figurantes en esta comedia pastoral, la más preciosamente representada de los tiempos; verdaderos aldeanos y verdaderas aldeanas, legítimas vaqueras con legítimas vacas, temeros, cerdos, conejos y ovejas, auténticos segadores y guadañeros, pastores, cazadores, lavanderas y queseros, para que sieguen, y laven, y estercoleen, y ordeñen, con objeto de que la comedia de figurillas se continúe alegre a incesantemente. Un nuevo y más profundo zarpazo a la caja del Tesoro, y

por orden de María Antonieta se desembala al lado de Trianón un teatro de muñecos en tamaño natural para aquellos juguetones niños grandes, con cuadras, pajares, graneros, con palomares y nidales de gallinas, el famoso *hameau*. El gran arquitecto Mique y el pintor Huberto Robert dibujan, bosquejan y construyen ocho grandes chozas campesinas, copiadas con todo cuidado de las usuales en el país, con techumbres de paja, gallineros y estercoleros. A fin de que estas engañosas construcciones, que relumbraban como recién construidas en medio de aquella naturaleza costosamente lograda, por nada del mundo parezcan falsificadas, se imita exteriormente hasta la pobreza y la ruina de las verdaderas chozas de la miseria; a martillazos se producen grietas en los muros; se hacen románticos desconchones en los recovecos; vuelven a ser arrancadas algunas tablillas en los techos. Huberto Robert pinta hendiduras figuradas en la madera, a fin de que todo haga impresión de podrido y antiquísimo; los humeros de las chimeneas son ennegrecidos con humo. Pero por dentro algunas de las casitas aparentemente arruinadas se hallan provistas de todas las comodidades, con espejos y estufas, billares y cómodos canapés. Pues si la reina se aburre alguna vez y tiene gusto en jugar a Jean-Jacques Rousseau, haciendo quizá manteca con sus propias manos, con sus damas de corte, en ningún caso es lícito que, al hacerlo, se ensucie los dedos.

Si visita, en su establo, a sus vacas *Brunette* y *Blanchette*, naturalmente es pulido antes el suelo como un parqué por una mano invisible; la piel de las vacas, almohazada hasta ser de un blanco de flores y un pardo de caoba; la espumeante leche es servida no en un grotesco cubo de aldeano, sino en vasos de porcelana especialmente hechos en la fábrica de Sèvres. Este *hameau*, hoy encantador a causa de su ruina, era para María Antonieta un teatro a la luz del día, una *comédie champêtre* frívola, casi provocativa justamente a causa de su frivolidad. Pues mientras ya en toda Francia los aldeanos se amotinan, mientras la verdadera población campesina, abrumada de impuestos, exige tumultuosamente, con desmedida excitación, una mejora en su insostenible situación, en esta aldeíta de teatro a la Potemicine reina un abobado y embustero bienestar. Atadas con cintitas azules, son llevadas al pasto las ovejas; bajo una sombrilla, sostenida por una dama de la corte, contempla la reina cómo las lavanderas aclaran la ropa blanca en el

arroyo murmurador: ¡ay!, es tan deliciosa esta sencillez tan moral y tan cómoda; todo es limpio y encantador en este mundo paradisíaco; tan pura y clara es aquí la vida como la leche que brota de la ubre de la vaca. Se ponen vestidos de fina muselina de una sencillez campestre (y se hacen retratar con ellos pagando algunos miles de libras); se entregan a inocentes placeres; rinden homenaje al *goût de la nature* con toda la frivolidad de los ahítos de todo. Pescan, cogen flores, pasean -rara vez solos- a través de los entrecruzados senderos, corren por las praderas, ven trabajar a los buenos aldeanos falsificados, juegan a la pelota, bailan minués y gavotas sobre campos floridos en lugar de hacerlo sobre pulidas baldosas, cuelgan columpios entre los árboles, construyen un chinesco juego del anillo, se pierden y se encuentran entre las casitas y los caminitos umbrosos, montan a caballo, se divierten y hacen representar comedias en medio de aquel teatro natural y, por último, acaban por representarlas ellos mismos para otros.

Esta pasión teatral es la última que descubre en sí la reina María Antonieta.

Primeramente se mandó construir un pequeño teatrito particular, aún hoy conservado, delicioso en sus lindas proporciones -el capricho no costó más que 141.000 libras-, para que representaran allí comediantes italianos y franceses; pero después, con audaz decisión, salta ella misma, de pronto, sobre la escena. El divertido grupito que la rodea se encanta, igualmente, con hacer comedias; su cuñado el conde D'Artois, la Polignac y sus amigos trabajan gustosos con ella: hasta el mismo rey va alguna vez para admirar a su mujer como actriz, y de este modo el alegre carnaval de Trianón dura todo el año. Hay fiestas, ya en honor del esposo, o del hermano, ya de príncipes extranjeros, huéspedes de Versalles, a quienes María Antonieta quiere mostrar su encantado imperio; fiestas en las cuales millares de lucecitas escondidas, reflejadas por vidrios de colores, centellean en la oscuridad como amatistas, rubíes y topacios, mientras que chisporroteantes garbas de fuego surcan el cielo y una música, que toca invisible en un lugar próximo, se deja oír dulcemente. Se organizan banquetes de centenares de cubiertos; se construyen puestos de feria para bromas y danzas, y el inocente paisaje sirve, obediente, de refinada decoración de fondo a todo aquel lujo. No; no se aburre uno en medio de la «naturaleza». María Antonieta no se ha retirado a Trianón para hacerse reflexiva, sino para divertirse mejor y más libremente.

La cuenta definitiva de los gastos de Trianón sólo fue presentada el 31 de agosto de 1791; asciende a 1.649.529 libras y, en realidad, reunida con otros gastos disimulados, excede de dos millones; en sí mismos, a la verdad, sólo una gota en el tonel de las danaides de los despilfarros reales, pero siempre un gasto excesivo si se considera la arruinada situación financiera y la miseria general. Ante el tribunal revolucionario, la propia «viuda de Capet» tiene que reconocer que «es posible que el Petit Trianón haya costado sumas gigantescas, acaso más de lo que deseaba yo misma. Poco a poco me veía arrastrada a gastos mayores». Pero también, en sentido político, su capricho le cuesta más caro a la reina. Pues al dejar ociosa en Versalles a toda la camarilla de cortesanos, le quita a la corte el sentido de su existencia. La dama que tiene que entregar los guantes a la reina, aquella dama que le aproxima respetuosamente su vaso de noche, las damas de honor y los gentileshombres, los miles de guardias, los servidores y los cortesanos, ¿qué van a hacer ahora sin su cargo? Sin ocupación alguna, permanecen sentados el día entero en el *Oeil-de-boeuf*, y lo mismo que una máquina, cuando no trabaja, es roída por la herrumbre, así se ve invadida esta corte, desdeñosamente abandonada, de un modo cada vez más peligroso, por la hiel y el veneno. Pronto llegan tan adelante las cosas, que la alta sociedad, como por un pacto secreto, evita el concurrir a las fiestas de la corte: que la orgullosa «austríaca» se divierta en su «*petit* Schoenbrunn», en su «*petite* Viena»; para recibir sólo una rápida y fría inclinación de cabeza se considera demasiado buena esta nobleza, que es tan antigua como los Habsburgos. Cada vez más pública y francamente, crece la *fronde* de la alta aristocracia francesa contra la reina desde que ha abandonado Versalles, y el duque de Lévis describe muy plásticamente la situación: «En la edad de las diversiones y de la frivolidad, en la embriaguez del poder supremo, a la Reina no le gustaba imponerse traba alguna; la etiqueta y las ceremonias eran para ella motivos de impaciencia y de aburrimiento. Le demostraron... que en un siglo tan ilustrado, en el que los hombres se libraban de todos los prejuicios, los soberanos debían librarse de esas molestas ataduras que les imponía la costumbre: en una palabra, que era ridículo pensar que la obediencia de los pueblos depende del número mayor o menor de horas que la familia real pase en un círculo de cortesanos fastidiosos y hastiados... Fuera de algunos favoritos que debían su elección a un capricho o a una

intriga, fue excluida toda la gente de la corte. La alcurnia, los servicios prestados, la dignidad, la alta cuna, no fueron ya títulos para ser admitido en el círculo íntimo de la familia real. Sólo los domingos podían aquellos que habían sido presentados en la corte ver durante algunos momentos a los príncipes. Pero la mayor parte de estas personas perdieron pronto el gusto por esta inútil molestia, que sabían que no les era agradecida en modo alguno; reconocieron, por su parte, que era una tontería venir hasta tan lejos para no ser mejor recibidos, y dejaron de hacerlo... Versalles, el escenario de la magnificencia de Luis XIV, adonde se venía ansiosamente de todos los países de Europa para aprender refinadas formas de vida social y de cortesía, no era ya más que una pequeña ciudad de provincia, a la cual no se iba más que de mala gana y de la cual volvían todos a alejarse lo más rápidamente posible.

También este peligro lo previó desde lejos María Teresa a su debido tiempo: «Yo misma conozco todo el aburrimiento y vacío de las ceremonias de corte, pero, créeme, si se las abandona surgen de ello inconvenientes aún mucho más importantes que estas pequeñas incomodidades, especialmente entre vosotros, con una nación de tan vivo carácter» No obstante, cuando María Antonieta no quiere comprender, no tiene sentido alguno el pretender razonar con ella. ¡Cuántas historias a causa de la media hora de camino separada de Versalles a que vive! Más, en realidad, estas dos o tres millas le han alejado para el resto de su vida, tanto de la corte como del pueblo. Si María Antonieta hubiese permanecido en Versalles, en medio de la nobleza francesa y siguiendo las costumbres tradicionales, en la hora del litigio habría tenido a su lado a los príncipes, a los grandes señores y al conjunto de la aristocracia. Por otra parte, si hubiese intentado, lo mismo que su hermano José, acercarse democráticamente al pueblo, los cientos de miles de parisienes, los millones de franceses la habrían idolatrado. Pero María Antonieta, individualista absoluta, nada hace para agradar a la nobleza ni al pueblo; piensa sólo en sí misma, y a causa de este capricho favorito de Trianón es igualmente mal querida tanto del primero como del segundo y del tercer estado; porque quiso estar demasiado sola gozando de su dicha, estará igualmente solitaria en su desdicha, y se ve forzada a pagar un juego infantil con su corona y con su vida.

Capítulo 10
La nueva sociedad

Apenas María Antonieta se encuentra restablecida en su alegre morada, cuando comienza ya, enérgicamente, a manejar su nueva escoba. Primeramente, fuera toda la gente vieja. Los viejos son aburridos y feos. No saben bailar ni saben divertirla; están siempre predicando prudencia y reflexión, y de estas eternas recomendaciones y amonestaciones de moderación está fundamentalmente harta aquella mujer de temperamento ardiente, desde sus tiempos de delfina. Fuera, pues, la rígida mentora, «Madame Etiqueta», la condesa de Noailles: una reina no necesita ser educada; le es lícito hacer lo que quiera. Fuera, a una distancia respetable, el confesor y consejero dado por su madre, el abate Vermond. Fuera, y muy lejos, todos aquellos para hablar con los cuales hay que hacer un esfuerzo espiritual. A su lado, exclusivamente jóvenes; una alegre compañía que no eche a perder con una abobada gravedad el juego y las bromas de la vida. Si estos compañeros de diversión son o no de alta categoría, de una de las primeras familias, y si poseen un carácter honorable a irreprochable, se toma poco en consideración; tampoco necesitan ser excesivamente cultos, educados -la gente culta es pedante, y maliciosa la educada-; le basta que posean un espíritu agudo, que sepan referir anécdotas picantes y hagan buen papel en las fiestas. Diversión, diversión y diversión es lo primero y lo único que exige María Antonieta de su círculo íntimo. Así se rodea de *tout ce qui est de plus mauvais à Paris et plus jeune*, como dice suspirando María Teresa; de una *soi-disant société*, como gruñe, enojado, su hermano José II; de una tertulia en apariencia indolente, pero, en realidad, en extremo egoísta, que se hace pagar su fácil tarea de ser el *maître de plaisir* de la reina con las más importantes prebendas y que durante los juegos galantes se guarda en su bolso de arlequín las más pingües pensiones.

Un solo señor aburrido desluce, de cuando en cuando y transitoriamente, la gozosa compañía. Pero no se le puede rechazar sin dificultades porque -sería fácil olvidarlo- es el marido de aquella desenfadada señora y, fuera de eso, es el soberano de Francia.

Sinceramente enamorado de su encantadora esposa, Luis el Tolerante, no sin haber pedido antes permiso, viene a veces a Trianón y contempla cómo se divierte la gente joven; intenta a veces hacer tímidas represiones, cuando se han traspasado con excesiva despreocupación las fronteras de lo convenido, o cuando los gastos crecen hasta el cielo; pero entonces la reina se ríe, y con esa risa está concluido todo. También los alegres intrusos tienen una especie de condescendiente simpatía por aquel rey que, siempre bueno y obediente, estampa un «Louis» escrito con su hermosa letra, al pie de cada uno de aquellos decretos con los cuales la reina les proporciona los más altos empleos. Pero aquel buen hombre no perturba jamás largo tiempo; no permanece allí más que una hora o dos, y después se vuelve al trote de sus caballos hacia Versalles, en busca de sus libros o de su taller de cerrajero. Una vez, como se está allí sentado demasiado tiempo y la reina está ya impaciente por trasladarse a París con su alegre compañía, adelanta ella misma, secretamente, la hora del reloj, y el rey, sin notar el más pequeño engaño, dócil como un cordero, se va a la cama a las diez en vez de a las once, y toda la elegante canalla se ríe hasta troncharse.

Cierto que el concepto de la dignidad real no se realza con tales bromas. Pero ¿qué tiene que ver Trianón con un hombre tan tope y zopenco? No sabe contar anécdotas maliciosas, no sabe reírse. Asustado y tímido, se deja estar sentado en medio de la alegre reunión, como si tuviese dolor de vientre, y bosteza de sueño mientras los otros sólo a medianoche comienzan a estar animados. No va a ningún baile de máscaras, no juega a juegos de azar, no le hace la corte a ninguna mujer... No; no es aprovechable para nada este buen hombre aburrido: en las reuniones de Trianón, en el imperio del rococó, en aquellas arcádicas praderas de la frivolidad y la petulancia, está completamente fuera de lugar.

El rey no significa nada, por tanto, como miembro de la nueva sociedad. Por su parte, su hermano el conde de Provenza que esconde su ambición detrás de una fingida indiferencia, juzga más prudente no perjudicar su dignidad con el trato de aquellos caballeretes. No obstante, como algún individuo masculino de la familia tiene que acompañar a la reina en sus diversiones, el hermano más joven de Luis XVI, el conde de Artois, es el que coma a su cargo el papel de ángel tutelar. Aturdido, frívolo, descarado, pero hábil y manejable, padece igual temor que María

Antonieta ante el aburrimiento o el tener que ocuparse de cosas serias. Conquistador, pródigo, divertido, elegante, fanfarrón, más descarado que valiente, más jactancioso que verdaderamente apasionado, conduce a aquella alocada pandilla adondequiera que haya algún nuevo *sport*, alguna nueva moda, un nuevo placer, y pronto tiene más deudas que el rey, la reina y toda la corte reunidos.

Pero precisamente por ser así concuerda admirablemente con María Antonieta. No estima ella en mucho a este impertinente atolondrado, ni mucho menos le ama, aunque las malas lenguas lo hayan afirmado con ligereza; pero le cubre las espaldas. Hermano y hermana, en su furia de placeres, forman en poco tiempo una pareja inseparable.

El conde de Artois es el comandante electo de la guardia de corps con la cual María Antonieta emprende sus correrías diurnas y nocturnas por todas las provincias de la alegre ociosidad; esta tropa es realmente reducida, y en ella cambian constantemente los cargos directivos, pues la indulgente reina dispensa a sus satélites toda clase de transgresiones, deudas y arrogancias, una conducta provocativa y excesivamente familiar, aventuras galantes y escándalos, pero cada cual tiene agotado el caudal del regio favor tan pronto como comienza a aburrir a la reina. Durante algún tiempo, el barón de Besenval, un noble suizo de cincuenta años, con la ruidosa brusquedad de un antiguo soldado, es el que ostenta la supremacía; después cae la preferencia sobre el duque de Coigny, *un des plus constamment favorisés et le plus consulté.* A estos dos, junto con el ambicioso duque de Guines y el conde húngaro de Esterhazy, les es asignada la asombrosa tarea de encargarse de la reina durante sus viruelas, lo que dio ocasión en la corte para la maliciosa pregunta de cuáles serían las cuatro damas de honor que elegiría el rey en igual situación. Permanentemente se mantiene en su posición el conde de Vaudreuil, amante de la favorita de María Antonieta, la condesa de Polignac; algo más en segundo término, el más prudente y más sutil de todos, el príncipe de Ligne, el único que no cobra por su posición en Trianón ninguna lucrativa renta del Estado; también el único que conserva respeto a la memoria de su reina, en la ancianidad, al escribir los recuerdos de su vida. Estrellas fugaces de aquel arcaico firmamento son el «hermoso» Dillon y el joven, ardiente y atolondrado duque de Lauzun, los cuales, durante algún tiempo, llegan a ser muy peligrosos para la

involuntaria virginidad de la reina. Trabajosamente, con enérgicos esfuerzos, logra el embajador Mercy alejar a este joven aturdido antes de que haya conquistado más que la simple simpatía de la reina. Por su parte, el conde de Adhémar canta lindamente, acompañándose al arpa, y representa bien comedias; esto es suficiente para proporcionarle el cargo de embajador en Bruselas y después en Londres.

Mas los otros prefieren permanecer allí y pescar, en aguas artificiosamente revueltas, los cargos más productivos de la corte. Ninguno de estos caballeros, a excepción del príncipe de Ligne, tiene realmente una categoría espiritual; ninguno, la ambición de utilizar elevadamente, en sentido político, la influencia que les brinda la amistad de la reina: ninguno de estos héroes de las mascaradas de Trianón ha llegado a ser realmente un héroe de la Historia. Por ninguno de ellos, verdaderamente, en lo profundo, siente estimación María Antonieta. A varios les ha permitido la joven coqueta más familiaridades de lo que hubiera sido conveniente en la posición de una reina, pero a ninguno de ellos, y esto es lo decisivo, se le ha entregado por completo ni física ni espiritualmente. El único de todos que, de una vez para siempre, debe ser quien llegue al corazón de la reina está todavía envuelto en sombra. Y acaso la abigarrada agitación de la comparsería sirva sólo para ocultar mejor su proximidad y presencia.

Más peligrosas que estos caballeros dudosos, y que Gambian frecuentemente, son para la reina sus amigas; entran aquí en juego, misteriosamente, fuerzas emotivas confusas y fatales. María Antonieta, en lo que toca a su carácter, es una mujer plenamente natural, muy femenina y tierna, llena de necesidad de confianza y de afecto, necesidad que en estos primeros años, al lado de un esposo apático y poltrón, había quedado sin correspondencia.

Franca de natural, quería confiar a alguien sus impulsos espirituales, y como por razón de las costumbres no puede ser a un hombre, a un amigo, o no lo puede ser todavía, María Antonieta, involuntariamente, se busca desde el principio una amiga.

Que en las amistades femeninas de María Antonieta vibre cierto tono de ternura es cosa completamente natural. María Antonieta, a los dieciséis años, a los diecisiete y a los dieciocho, aunque casada, o más bien aparentemente casada, se encuentra anímicamente en la edad típica y en la disposición típica de las amistades de colegio. Arrancada temprano, cuando niña, a su madre, a la educadora, amada muy

sinceramente; colocada junto a un esposo torpe y todavía poco tierno, no ha podido dar libre curso a aquel íntimo afán de confiarse a otra persona que es propio de la naturaleza de la doncella como el aroma de la flor. Todas estas pequeñas infantilidades: los paseos cogidas de la mano, el abrazarse una a otra, las risas en los rincones, el alborotar en la habitación, la adoración recíproca; todos estos ingenuos síntomas del *Frühlingserwachens*, del despertar de la primavera, no han acabado todavía de fermentar en su cuerpo adolescente. No a los dieciséis años, ni a los diecisiete, a los dieciocho, a los diecinueve o a los veinte, le ha sido dado todavía a María Antonieta enamorarse de una manera sinceramente juvenil; no es en modo alguno un elemento sexual lo que se consume en tales tempestuosas ebulliciones, sino un tímido presentimiento, el entusiasmo amoroso. Siendo esto así, las primeras relaciones de María Antonieta con sus amigas tenían que ser caracterizadas por las notas más tiernas, y esta nada convencional conducta de una reina al punto fue interpretada del modo más maligno por la galante corte. Harto cultivada y pervertida, aquella gente no puede comprender lo natural, y pronto comienzan cuchicheos y conversaciones sobre sádicas tendencias de la reina. «Con gran liberalidad me han atribuido ambas inclinaciones, hacia las mujeres y hacia los amantes», le escribe, con toda franqueza y alegría, María Antonieta a su madre, bien segura de sus sentimientos; su sinceridad orgullosa desprecia a la corte, a la opinión pública y al mundo entero. No sabe todavía el poder de las mil lenguas de la calumnia, aún se entrega sin reserva a la insospechada alegría de poder, por fin, amar y confiarse a alguien, sacrificando toda prudencia, sólo para poder probar a sus amigas lo ilimitado que puede ser su cariño.

La primera favorita de la reina, madame de Lamballe, fue una elección relativamente afortunada. Perteneciente a una de las primeras familias de Francia, y por ello no codiciosa de dinero ni de poder; naturaleza delicada y sentimental, no muy inteligente, pero al propio tiempo tampoco una intrigante; no muy notable, pero tampoco ambiciosa, corresponde al cariño de la reina con una real amistad. Sus costumbres pasan por ser irreprochables, su influencia se limita al círculo de la vida privada de la reina; no mendiga protección para sus amigos ni para su familia; no se mezcla en los asuntos de Estado ni en la política. No tiene ninguna sala de juego; no arrastra más profundamente a María Antonieta en el torbellino de los

placeres, sino que le conserva, discreta y constantemente, su fidelidad, y una muerte heroica imprime, por fin, el sello de su amistad.

Pero una noche se extingue repentinamente su poder, como una luz bajo un soplo. En un baile de corte, el año 1775, descubre la reina una joven a quien no conoce todavía, conmovedora en su modesta gracia, angelicalmente pura la mirada azul, de una delicadeza virginal toda la figura; a sus preguntas le dan el nombre de la condesa de Jules Polignac. Esta vez no es, como en el caso de la princesa de Lamballe, una simpatía humana que asciende poco a poco hasta la amistad, sino un repentino interés apasionado, un *coup de foudre*, una especie de ardiente enamoramiento. María Antonieta se acerca a la desconocida y le pregunta por qué se le ve tan rara vez en la corte. No es lo bastante acomodada para costear los gastos de la vida de palacio, confiesa sinceramente la condesa de Polignac, y esta franqueza encanta a la reina, pues ¿qué alma pura tiene que ocultarse en esta mujer encantadora para que confiese con tan conmovedora sinceridad, a las primeras palabras, que padece la más terrible vergüenza en aquellos tiempos, el no tener dinero? ¿No será ésta, para ella, la amiga ideal tanto tiempo buscada? Al punto María Antonieta trae a la corte a la condesa de Polignac y amontona sobre ella tal suerte de sorprendentes privilegios que excita la envidia general; va con ella públicamente cogida del brazo, la hace habitar en Versalles, la lleva consigo a todas partes y hasta llega una vez a trasladar toda la corte a Marly sólo para poder estar más cerca de su idolatrada amiga, que está a punto de dar a luz. Al cabo de pocos meses, aquella noble arruinada ha llegado a ser dueña de María Antonieta y de toda la corte.

Pero, desgraciadamente, este ángel tierno a inocente no desciende del cielo, sino de una familia pesadamente cargada de deudas, que quiere amonedar celosamente para sí aquel favor inesperado; bien pronto los ministros de Hacienda saben algo de tal cuestión.

Primeramente son pagadas cuatrocientas mil libras de deudas; la hija recibe como dote ochocientas mil; el yerno, una plaza de capitán, a lo que se añade, un año más tarde, una posesión rústica que rinde setenta mil ducados de renta; el padre, una pensión, y el complaciente esposo, a quien en realidad hace mucho tiempo que ha

sustituido un amante, el título de duque y una de las prebendas más lucrativas de Francia: los correos.

La cuñada Diana de Polignac, a pesar de su mala fama, llega a ser dama de honor de la corte, y la misma condesa Julia, aya de los hijos de la reina; el padre, además de su pensión, aún llega a ser embajador, y toda la familia nada en la opulencia y los honores, y derrama además sobre sus amigos el cuerno de la abundancia repleto de favores; en una palabra, este capricho de la reina, esta familia de Polignac, le cuesta anualmente al Estado medio millón de libras. «No hay ningún ejemplo -escribe espantado a Viena el embajador Mercy- de que en tan poco tiempo una suma de tanta importancia haya sido adjudicada a una sola familia.» Ni siquiera la Maintenon o la Pompadour han costado más que esta favorita de ojos angelicalmente bajos, que esta tan modesta y bondadosa Polignac.

Los que no son arrebatados por el torbellino contemplan, se asombran y no comprenden la ilimitada condescendencia de la reina, que deja que abuse de su nombre regio, de su posición y de su reputación aquella parentela indigna, aprovechada sin valor alguno.

Todo el mundo sabe que la reina, en cuanto a inteligencia natural, fuerza de alma y lealtad, está colocada cien codos por encima de aquellas criaturas que forman su diaria compañía. Pero en las relaciones humanas nunca decide la fuerza, sino la habilidad; no la superioridad de inteligencia, sino la voluntad. María Antonieta es indolente y los Polignac ambiciosos; ella es inconstante y los otros tenaces: se mantiene sola, pero los otros han formado una cerrada camarilla que aparta intencionadamente a la reina de todo el resto de la corte; divirtiéndola, la conservan en su poder. ¿De qué sirve que el pobre viejo confesor Vermond amoneste a su antigua discípula diciéndole: «Sois demasiado indulgente respecto a las costumbres y a la fama de vuestros amigos y amigas», o que la reprenda, con notable atrevimiento, diciéndole: «La mala conducta, las peores costumbres, una reputación averiada o perdida, han llegado a ser justamente los medios para ser admitido en vuestra sociedad?». ¿De qué sirven tales palabras contra aquellas dulces y tiernas conversaciones, cogidas del brazo; de qué la prudencia contra esta diaria astucia, todo cálculo? La Polignac y su pandilla poseen las llaves mágicas de su corazón, ya que divierten a la reina, ya que combaten su aburrimiento, y al cabo de algunos

años María Antonieta está por completo en poder de aquella banda de fríos calculadores. En el salón de la Polignac, los unos apoyan las aspiraciones de los otros a obtener puestos y colocaciones; mutuamente se procuran prebendas y pensiones: cada uno parece preocuparse sólo del bienestar de los demás, y de este modo corren por entre las manos de la reina, que no se da cuenta de nada, las últimas fuentes áureas de las agotadas cámaras del tesoro del Estado en favor de unos pocos.

Los ministros no pueden impedir este impulso. «*Faites parler la Reine*.» Haga usted que hable la reina en su favor, responden, encogiéndose de hombros, a todos los solicitantes; porque categorías y títulos, destinos y pensiones, únicamente los confiere en Francia la mano de la reina, y esta mano la guía invisiblemente la mujer de ojos de violeta, la bella y dulce Polignac.

Con estas permanentes diversiones, el círculo que rodea a María Antonieta va haciéndose inaccesiblemente limitado. Las otras gentes de la corte lo advierten pronto; saben que detrás de aquellas paredes está el paraíso terrenal. Allí florecen los altos empleos, allí manan las pensiones del Estado, allí, con una broma, con un alegre cumplido, se recoge un favor al cual muchos otros, con perseverante capacidad, vienen aspirando desde hace decenios. En aquel dichoso más allá reina eternamente la serenidad, la despreocupación y la alegría, y quien ha penetrado en estos campos elíseos del favor real tiene para sí todas las mercedes de la tierra. No es milagro que todos los expulsados fuera de aquellos muros, la antigua y meritoria nobleza, a la que no es permitido el acceso a Trianón, cuyas manos, igualmente ávidas, jamás se han humedecido con la lluvia de oro, estén cada vez agriadas de modo más violento. ¿Somos, pues, menos que esos arruinados Polignac?, rezongan los Orleans, los Rohan, los Noafles, los Marsan. ¿De qué sirve tener un rey joven, modesto y honesto, que por fin no es juguete de sus *maîtresses*, para que depués de la Pompadour y de la Du Barry tengamos otra vez que mendigar de una favorita lo que nos pertenece por razón y derecho? ¿Debe realmente soportarse este descarado modo de dejarse a uno a un lado, esta osada desconsideración de la joven austríaca, que se rodea de mozos extranjeros y mujeres dudosas, en lugar de hacerlo de la nobleza originaria del país o domiciliada en él desde siglos remotos? Cada vez más estrechamente se agrupan los excluidos unos con otros; cada día,

cada año, crecen sus filas. Y pronto, por las ventanas del desierto Versalles, un odio con cien ojos fija sus miradas en el despreocupado y frívolo mundo de juguete de la reina.

Capítulo 11
La visita del hermano

En el año 1776 y durante el carnaval de 1777, el delirio de placeres de María Antonieta alcanza el punto culminante de su curva agudamente ascendente. La mundana reina no falta a ninguna carrera de caballos, a ningún baile de la ópera, a ninguna *redoute*; jamás vuelve al hogar antes de los resplandores del alba; permanentemente evita el lecho conyugal. Hasta las cuatro de la madrugada permanece delante de la mesa de juego; sus pérdidas y deudas provocan ya público enojo. Desesperado, el embajador Mercy dispara a Viena informe tras informe: «Su Real Majestad olvida plenamente su dignidad externa»; apenas es posible amonestarla, porque las « diferentes especies de diversión siguen unas a otras con tal rapidez que sólo con el mayor trabajo se encuentra algún momento en que hablar con ella de cosas serias». Hace mucho tiempo que no se ha visto Versalles tan abandonado como en este invierno; en el curso de los últimos meses, las ocupaciones de la reina, o, por mejor decir, sus distracciones, no han cambiado ni disminuido. Es como si un demonio se hubiese posesionado de la joven señora; jamás su agitación y su inquietud fueron más irrazonables que en este decisivo año.
Añádese a esto, por primera vez, un nuevo peligro: María Antonieta, en 1777, no es ya la cándida niña de quince años que era cuando llegó a Francia, sino una mujer de veintidós años, en plena floración de su sensual belleza, seductora y al mismo tiempo sensible ya a la seducción; habría sido hasta contranatural que hubiera permanecido fría a indiferente en medio de la atmósfera de la corte de Versalles, erótica, sensual y excitante.
Todas sus parientas de su misma edad; todas sus amigas hace ya tiempo que tienen hijos: cada una tiene un marido verdadero, o, por lo menos, un amante; sólo ella está excluida por la torpeza de su desdichado esposo; sólo que es más hermosa que todas, más deseable y más deseada que ninguna otra en su círculo, no ha entregado todavía a nadie el tesoro de sus sentimientos. En vano ha desviado hacia sus amigas su intensa necesidad de ternura, aturdiéndose con incesantes placeres mundanos, para olvidar su vacío íntimo; no le sirve de nada; en toda mujer la naturaleza reclama, poco a poco, sus derechos, y por tanto también en ésta,

plenamente normal y natural. La vida en común de María Antonieta con los caballeros que la rodean pierde cada vez más su primitiva y despreocupada seguridad. Cierto que se guarda todavía de lo más peligroso; pero no deja de jugar con el peligro, y al hacerlo ya no es capaz de gobernar su propia sangre, que le hace traición: se ruboriza, palidece, comienza a temblar al acercarse a aquellos jóvenes inconscientemente deseados; se azora, se le llenan los ojos de lágrimas, y, sin embargo, continúa siempre provocando los galantes cumplidos de aquellos caballeros; en las Memorias de Lauzun, aquella asombrosa escena en la cual la reina, recién disipado un enojo, lo estrecha de repente en un súbito abrazo, y, espantada al instante de sí misma, huye llena de vergüenza, tiene por completo el acento de la verdad, pues el informe del embajador de Suecia sobre la manifiesta pasión de la reina por el joven conde Fersen refleja idéntico estado de excitación. Es innegable que esta mujer de veintidós años, atormentada, sacrificada, dejada como en reserva por su torpe esposo, se encuentra al borde de no ser dueña de sí. Cierto que María Antonieta se defiende; pero, acaso por ello mismo, sus nervios no resisten ya la invisible tensión interna. Textualmente, como si quisiera completar el cuadro clínico, el embajador Mercy habla de «*affections nerveuses*» aparecidas de repente y de los llamados «*vapeurs*». Por el momento, María Antonieta se encuentra todavía a salvo de una auténtica falta contra el honor conyugal por los mismos tímidos miramientos de sus propios admiradores: uno y otro, tanto Lauzun como Fersen, abandonan presurosamente la corte tan pronto como notan el excesivo interés que la reina manifiesta por ellos: pero no cabe duda que si uno de aquellos jóvenes favoritos, con los cuales la soberana juguetea coquetamente, atacara con osadía en favorable momento, podría triunfar fácilmente de esta virtud sólo defendida desde el interior de débil manera.

Hasta entonces, María Antonieta ha logrado, dichosamente, volver a ser dueña de sí un momento antes de la caída. Pero el peligro crece con la interna tranquilidad: la mariposa revolotea en torno a la luz que la atrae, en círculos cada vez más cerrados y de modo cada vez más ansioso; un aletazo torpe, y la coqueta se precipitaría irremediablemente en el destructor elemento.

¿El vigilante puesto por la madre conoce también este peligro? Hay derecho a pensarlo, pues sus advertencias respecto a Lauzun, a Dillon, a Esterhazy, indican

que este viejo solterón, cargado de experiencia, concibe mejor la tirante situación y sus íntimas causas que la misma reina, la cual no sospecha lo comprometedores que son sus bruscos cambios de humor y su ruda e inextinguible inconstancia. El embajador comprende en toda su magnitud la catástrofe que constituiría el que la reina de Francia, antes de haberle parido a su esposo un auténtico heredero, cayera como presa de cualquier extranjero amante: hay que evitarlo a cualquier precio. Por tanto, envía a Viena carta tras carta, para que el emperador José venga, por fin, a Versalles a ver lo que allí pasa, pues el silencioso y tranquilo observador sabe que es más que tiempo de salvar de sí misma a la reina.

El viaje de José II a París tiene un triple objeto: debe hablar con el rey, su cuñado, de hombre a hombre, sobre la espinosa cuestión de los deberes conyugales, aún no consumados. Con su autoridad de hermano mayor, debe reprender a la reina, ansiosa de placeres, y poner ante sus ojos los peligros políticos y humanos de su furia de diversiones. En tercer lugar, debe fortalecer la alianza política entre las dos Casas reinantes de Francia y Austria.

A estos tres temas previstos. José II añade voluntariamente un cuarto tema: quiere aprovechar la ocasión de esta singular visita para hacerla aún más extraordinaria, recolectando la mayor cantidad posible de admiración para su propia persona. Este hombre en el fondo respetable, no torpe, aunque tampoco excesivamente bien dotado, y ante todo lleno de vanidad, sufre desde hace años la típica enfermedad de los príncipes herederos: le irrita el que, siendo ya hombre adulto, no pueda dominar aún, libre y sin limitaciones, sino que siempre a la sombra de su madre, célebre y venerada, sólo pueda desempeñar un papel secundario en la escena política, o, como no sin enojo lo expresa él mismo, «ser la quinta rueda del coche». Precisamente porque sabe que ni en prudencia ni en autoridad moral puede sobrepujar a la gran emperatriz que le quita la luz, trata de encontrar para su papel secundario una *nuance* especialmente brillante. Ya que ella personifica ante Europa la concepción heroica de la soberanía, quiere él, por su parte, representar el papel de emperador popular, ser un padre de su pueblo, moderno, filantrópico, ilustrado y libre de prejuicios. Va como un trabajador detrás del arado, se mezcla entre la multitud con un sencillo traje de burgués, duerme en un simple lecho de soldado, hace que lo encierren por ensayo en el Spielberg, pero cuida al mismo tiempo de

que el mundo entero tenga noticia de esta modestia ostentosa. Hasta entonces, José II no había podido dar vida a este papel de califa humanitario más que ante sus propios súbditos; este viaje a París le ofrece, por fin, ocasión de presentarse en la gran escena del mundo. Y ya, desde algunas semanas antes, estudia el emperador su papel de hombre modesto en todos sus imaginables detalles.

Las intenciones del emperador José no han quedado realizadas más que a medias. No pudo engañar a la Historia, la cual inscribe faltas tras faltas en el debe de su cuenta: reformas prematuras, torpemente introducidas y con fatal precipitación; acaso sólo su temprana muerte haya salvado a Austria de la ruina que la amenazaba ya entonces; pero a la leyenda, más crédula que la Historia, la ha ganado a su favor por completo. Largo tiempo fueron cantadas las canciones del bondadoso emperador popular; innumerables novelas de pacotilla describen como un noble desconocido, envuelto en una humilde capa, reparte beneficios, con piadosa mano, y se enamora de las muchachas del pueblo; famoso es el final de estas novelas, siempre repetido: el incógnito señor abre su capa, descubre ante los asombrados ojos de los espectadores un brillante uniforme y sigue su camino con estas palabras: «Nunca aprenderéis mi nombre: soy el emperador José».

Absurda broma, pero, por instinto, más inteligente de lo que a primera vista puede pensarse; de un modo casi genial pone en caricatura el carácter histórico del emperador José, que, de una parte, juega a ser hombre modesto, y, al mismo tiempo, hace todo lo posible para que esa modestia sea debidamente admirada. Su viaje a París nos da una prueba muy expresiva de ello. Porque el emperador José II, como bien puede comprenderse, no va como emperador a París, no quiere llamar la atención, sino como conde de Falkenstein, y concede inmensa importancia a que nadie descubra este incógnito. En largas conversaciones queda acordado que nadie le llamará otra cosa sino «monsieur», ni siquiera el rey de Francia; que no se hospedará en palacio, y sólo usará simples coches de alquiler. Pero, naturalmente, todas las cortes de Europa conocen con anticipación el día y la hora de su llegada; ya en Stuttgart, el duque de Durtemberg le juega una mala pasada ordenando que quiten las enseñas de todas las hospederías, de modo que al emperador popular no le queda otro remedio sino ir a dormir al palacio ducal. Pero, con pedante terquedad, el nuevo Harun al Raschid persevera hasta el último momento en su

incógnito, conocido de todo el mundo desde mucho tiempo antes. Entra en París en un simple *fiacre*, se hospeda en el Hotel de Tréville, hoy Hotel Foyot, haciéndose pasar por el desconocido conde de Falkenstein; en Versalles toma una habitación en una casa de poca importancia, duerme allí, como si fuese un vivaque, en un lecho de campaña, sólo cubierto con su capa. Pero ha calculado justamente. Para el pueblo de París, que sólo conoce a sus reyes envueltos en lujo, produce gran sensación tal soberano; un emperador que prueba en los hospicios la sopa de los pobres, que asiste a las sesiones de las academias y a las deliberaciones del Parlamento, que visita a los banqueros, a los comerciantes, a los menestrales, la institución para sordomudos, el Jardín de Plantas, la fábrica de jabón; José ve muchas cosas en París y goza al propio tiempo de haberse dejado ver; encanta a todos con su afabilidad, y también él queda aún más encantado con los entusiastas aplausos que por ello gana. En medio de este doble papel, entre lo auténtico y lo fingido, este carácter misterioso tiene permanente conciencia de su dualidad, y antes de su partida le escribe a su hermano: «Vales más que yo, pero soy más charlatán, y en este país es preciso serlo. Yo soy sencillo con premeditación y por modestia; pero lo exagero intencionadamente; he provocado aquí un entusiasmo que en realidad me es ya molesto. Abandono muy satisfecho este reino y sin sentimiento, pues estoy ya harto de representar mi papel».

Aparte de este buen éxito personal, también alcanza José sus proyectados objetivos políticos; ante todo, la conversación con su cuñado sobre la consabida cuestión espinosa se desenvuelve con sorprendente facilidad. Luis XVI, noblote y jovial, acoge a su cuñado con plena confianza. De nada ha servido que Federico el Grande le haya encargado a su embajador, el barón de Goltz, que hiciera circular por todo París que el embajador José le había dicho al rey de Prusia: « Tengo tres cuñados y los tres son una desdicha: el de Versalles es un imbécil; el de Nápoles, un loco, y el de Parma, un tonto». En este caso, el «mal vecino» ha perdido por completo su trabajo, porque Luis XVI no es cosquilloso en cuestiones de vanidad, y la flecha rebota en su íntegra bonachonería. Ambos cuñados hablan entre sí libre y francamente, y Luis XVI, al ser tratado con mayor intimidad, obliga a José II a que le tenga cierto humano respeto. «Este hombre es débil, pero no tonto. Tiene conocimientos y buen juicio, pero es apático, tanto de cuerpo como de espíritu.

Sostiene razonables conversaciones, pero no tiene ningún verdadero deseo de instruirse más profundamente y ninguna auténtica curiosidad; el *fiat lux* no ha sonado aún para él; la materia está todavía en su estado primitivo.» Al cabo de algunos días, José II ha conquistado al rey por completo; está de acuerdo en todas las cuestiones políticas y no puede dudarse de que haya alcanzado sin trabajo el inclinar a su cuñado a que se someta a aquella discreta operación.

Más difícil, como más cargada de responsabilidad, es la posición de José ante María Antonieta. Con contradictorios sentimientos ha esperado su hermana la visita: feliz de poder hablar, por fin, francamente con un consanguíneo suyo, y a la verdad con aquel que le merece más confianza, pero también llena de miedo ante las maneras duramente educativas que al emperador le gusta adoptar con una hermana más joven. Aún poco tiempo antes la reprendió como a una niña de la escuela. «¿Para qué lo mezclas tú en estas cosas? -le había escrito-. Haces deponer ministros; a los otros mandas desterrados a sus tierras; creas en la corte nuevos destinos dispendiosos. ¿Te has preguntado alguna vez con qué derecho te metes en los asuntos de la corte y de la monarquía francesa? ¿Qué conocimientos has adquirido para atreverte a participar en ellos; para imaginarte que tu opinión pueda ser importante desde cualquier punto de vista, y especialmente en los asuntos de Estado, que exigen muy especial y profundo saber? ¿Tú, una admirable personilla, que en todo el día no piensa más que en frivolidades, en sus *toilettes* y diversiones; que no lee nada, que no emplea ni un cuarto de hora al mes en una conversación instructiva, que no reflexiona, que nada acaba, y nunca, estoy seguro de ello, piensa en las consecuencias de lo que dice o hace?» A este agrio tono de maestro de escuela no está acostumbrada aquella mimada y adulada mujer; jamás lo oyó en boca de sus cortesanos de Trianón, y bien se comprende que su corazón haya palpitado cuando el mariscal de la corte anuncia repetidamente que el conde de Falkenstein ha llegado a París y que al día siguiente se presentará en Versalles.

Pero todo ocurre mejor de lo que ella esperaba. José II es lo bastante diplomático para no empezar a lanzar rayos desde su llegada; por el contrario, le dice lindas cosas sobre su encantador aspecto: le asegura que si tiene que casarse otra vez, su mujer ha de parecerse a ella: más bien hace un papel de galán. Una vez más, María Teresa ha previsto el porvenir rectamente al decir por anticipado a su embajador:

«No temo, en realidad, que pueda ser un censor demasiado severo de la conducta de la reina; creo más bien que, bonita y atractiva como ella es, si mezcla con su habilidad en la conversación el ingenio y decoro, ha de lograr el aplauso del emperador, cosa de la que, por otra parte, también se sentirá él adulado». En efecto, la amabilidad de aquella deliciosa y linda hermana, su sincera alegría al volver a verle, la atención con que le escucha; además, de otro lado, la familiar naturalidad del cuñado y el gran triunfo que ha alcanzado en París con su comedia de la modestia, hacen enmudecer al temido pedagogo; el severo oso gruñón se tranquiliza desde que le dan miel con tanta abundancia. Su primera impresión es más bien halagüeña. «Es una mujer amable y digna, aún demasiado joven y demasiado poco reflexiva, pero tiene un buen fondo de honradez y virtud, y, además, ciertas auténticas facultades de comprensión que con frecuencia me han asombrado. Su primer movimiento es siempre el justo, y si se abandonase a él y reflexionara un poco más, en lugar de acceder a lo que le inspira la legión de apuntadores que la rodea, sería perfecta. El afán de placeres es muy poderoso en ella, y como se le conoce esa debilidad, la atrapan por ese lado, y ella escucha y atiende una y otra vez a los que saben procurarle diversiones.» Pero mientras José II, en apariencia indolente, goza de todas las fiestas que le ofrece su hermana, este notable espíritu, difícil de definir, observa aguda y exactamente. Ante todo, tiene que comprobar que María Antonieta «no siente ningún amor por su esposo», que lo trata con negligencia, frialdad y una indebida superioridad. No necesita esforzarse mucho para conocer a la mala sociedad que rodea a aquella «cabeza de viento» de su hermana, ante todo los Polignac. Sólo en un aspecto parece tranquilo. José II lanza un suspiro de visible alivio -probablemente habrá temido algo peor- al saber que, a pesar de todas sus coqueterías con caballeros jóvenes, la virtud de su hermana no se ha rendido; de modo que -«por lo menos hasta ahora», añade cuidadosamente-, en medio de aquella relajada moral, la conducta de la reina, en el aspecto de la honestidad, es mejor que su reputación.

En todo caso, no parece muy seguro el porvenir, dado lo que en este aspecto ha oído y visto, y no le parecen superfluas algunas enérgicas advertencias. A veces reprende a su joven hermana, llegando hasta violentos choques, como, por ejemplo, cuando, delante de testigos, la zahiere porque «no le sirve para nada a su

marido», o cuando llama a la sala de juego de su amiga, la duquesa de Guéménée, *un vrai tripot*. Tales reprensiones públicas agrian a María Antonieta; no falta dureza contra dureza en estas conversaciones de los dos hermanos. La infantil obstinación de la joven se defiende contra la arrogante tutela del hermano; pero, al mismo tiempo, comprende cuánta razón tiene éste en todos sus reproches; lo necesario que sería para la debilidad de su propio carácter el tener a su lado una guarda como la suya.

No parece haber habido entre los dos ninguna explicación de conjunto y definitiva; cierto que más tarde José II le recuerda en una carta a María Antonieta cierta conversación en un banco de piedra, pero, manifiestamente, lo más esencial a importante no ha querido confiárselo a conversaciones improvisadas. En dos meses, José II ha visto toda Francia, sabe más de este país que el propio rey, y es más conocedor de los peligros que corre su hermana que ella misma. Pero también sabe que aquella voluble a inconstante personilla pronto lo ha olvidado todo, especialmente lo que a su pereza y frivolidad le conviene olvidar. De este modo, redacta con suma calma una «Instrucción», que resume todas sus observaciones y reflexiones, y sólo en el último momento le entrega, intencionadamente, a su hermana este documento de treinta páginas, con el ruego de que no lo lea sino después de su partida. *Seripta manent*, las admoniciones escritas deben quedar a su lado, una vez él ausente.

Esta «Instrucción» es quizás el documento más ilustrativo que poseemos sobre el carácter de María Antonieta, pues José II lo escribió con voluntad de acertar y perfecta objetividad. Un poco campanudo en su forma, algo excesivamente patético, para nuestro gusto de hoy, en su moralismo, muestra, al mismo tiempo, gran habilidad diplomática, pues con todo tacto el emperador de Austria evita darle reglas directas de conducta a una reina de Francia. Desarrolla sólo pregunta tras pregunta, una especie de catecismo, para inducir a la perezosa de pensamiento a que reflexione, se conozca a sí misma y responda en conciencia; pero, sin quererlo, las preguntas constituyen una acusación, y su orden, aparentemente casual, es un registro completo de las faltas de María Antonieta. Ante todo, José II recuerda a su hermana cuánto tiempo ha gastado ya inútilmente. «Avanzas en años, no tienes ya la disculpa de ser una niña. ¿Qué ocurrirá, qué será de ti si vacilas más tiempo?» Y

se responde él mismo con espantable clarividencia: «Una mujer desgraciada y una reina más desgraciada todavía». Una a una, en forma de interrogaciones, enumera todas las negligencias de la reina; una luz aguda y fría baña, ante todo, las relaciones de su hermana con el rey. «¿Buscarás tú, en realidad, todas las ocasiones de serle grata? ¿Correspondes a los sentimientos que él te manifiesta? ¿No te muestras fría y distraída cuando él habla contigo? ¿No parece sino, a veces, como si te aburriese o repugnara? ¿Cómo quieres, en tales circunstancias, que un hombre naturalmente frío se aproxime a ti y te ame realmente?» Sin piedad alguna reprende a la reina, en apariencia siempre en forma de preguntas, pero en realidad acusando duramente, porque, en lugar de subordinarse al Rey, utiliza la torpeza y debilidad de su esposo para atraer hacia sí toda la atención y todos los éxitos. « ¿Sabes hacerte necesaria al rey? -le pregunta, severo-. ¿Le convences de que nadie le ama más sinceramente que tú y cuida más de su gloria y de su dicha? ¿Te ocupas de las cosas que él descuida, en forma que no parezca que quieres adquirir méritos a su costa? ¿Haces por él algún sacrificio? ¿Guardas impenetrable silencio sobre sus faltas y debilidades, las disculpas y ordenas inmediatamente que guarden silencio aquellos que osen hacer alusión a ello?» Página tras página examina después el emperador José el registro de los desenfrenados placeres de la reina. «¿Has reflexionado ya alguna vez sobre el mal efecto que tus relaciones sociales y tus amistades, si no se dirigen hacia personas en todos sentidos irreprochables, pueden y tienen que hacer en la opinión pública? Porque involuntariamente nace de ello la sospecha de que apruebas esas malas costumbres, y hasta quizá que participas en ellas. ¿Has examinado alguna vez las espantosas consecuencias que los juegos de azar pueden traer consigo, por la mala sociedad que reúnen y el tono que reina en ellos? Acuérdate, pues, de las cosas que han pasado delante de tus propios ojos; acuérdate de que el rey no juega y de que produce un efecto escandaloso el que, por decirlo así, seas tú el único miembro de la familia que cultiva este mal uso. Piensa también, por lo menos durante un momento, en todas las cosas enojosas que se relacionan con los bailes de la ópera; en todas las aventuras de mal género que tú misma me has referido como ocurridas en ellos. No puedo ocultarte que, de todos tus placeres, es éste, sin duda, el más inconveniente, y en especial por la manera como concurres a cada baile, pues el que te acompañe tu cuñado no

significa nada. ¿Qué sentido tiene el que seas allí desconocida y quieras representar el papel de una máscara ignorada? ¿No ves que a pesar de todo te conocen y te dicen muchas cosas que no es conveniente que tú quieras oírlas, y que son dichas con la intención de divertirte y hacerte creer que han sido pronunciadas con toda inocencia? Ya el lugar mismo tiene muy mala fama. ¿Qué buscas tú, pues, allí? El disfraz estorba a una decorosa conversación; tampoco puedes bailar; ¿para qué, pues, estas aventuras, estas inconveniencias? ¿Para qué mezclarte con ese montón de desenfrenados mozos, de perdidas y extranjeros, oyendo conversaciones dudosas y acaso sosteniendo otras que se les semejan? No; eso no es decente. Te confieso que ése es el punto por el cual todas las gentes que te quieren y piensan honradamente se enojan del modo más intenso: ¡El rey solo toda la noche en Versalles y tú en compañía de toda la canalla de París!» Insistentemente le repite José las antiguas lecciones de su madre. María Antonieta debe comenzar, por fin, a ocuparse un poco de la lectura; dos horas diarias no es mucho tiempo y la harían más razonable y sensata para el resto de las otras veintidós. Y de repente, en medio de la larga prédica, brota una frase profética, que no puede ser leída sin un estremecimiento. Si su hermana no sigue estos consejos, dice José II, son de prever las cosas más tristes, y escribe literalmente: «Tiemblo ahora por ti, pues no se puede seguir de este modo; *la révolution sera crulle si vous ne la préparez*». «La Revolución será cruel.» La siniestra palabra queda aquí consignada por primera vez. Aunque pensada en otro sentido, ha sido pronunciada proféticamente, pero sólo al cabo de diez años comprenderá María Antonieta el sentido de esta frase.

Capítulo 12
Maternidad

Esta visita del emperador José II, considerada históricamente, parece un episodio sin importancia en la vida de María Antonieta; pero, en realidad, provocó el cambio más decisivo. Ya algunas semanas más tarde se mostraron los frutos del diálogo del emperador con Luis XVI sobre el espinoso tema de alcoba. Con nuevos ánimos, se aplica el «vigorizado» monarca a sus deberes conyugales. Ya el 19 de agosto de 1777, María Antonieta anuncia a Viena que la cosa va *un petit mieux*: su (virginal) «estado sigue sin cambio alguno»; el gran ataque no ha triunfado todavía, «pero no desespero, sin embargo, porque hay que señalar una pequeña mejoría, y es que el rey se muestra más tierno que antes, y esto significa mucho en él». El 30 de agosto resuenan, finalmente, los clarines de la victoria; por primera vez, después de innumerables derrotas de esta erótica guerra de los siete años, el *mari nonchalant* ha tomado por asalto la fortaleza que en modo alguno se había defendido jamás. « Me encuentro en la situación más feliz de toda mi vida -se apresura María Antonieta a comunicar a su madre-. Hace ya ocho días que mi matrimonio está plenamente consumado; el ensayo ha sido repetido, y ayer aún más completamente que la primera vez. Pensé primero en enviar inmediatamente un correo a mi querida madre, pero tuve miedo de que produjera demasiada expectación y conversaciones, y también deseaba estar primero plenamente segura del hecho. No creo estar todavía embarazada, pero, por lo menos, tengo ahora esperanzas de poder estarlo de un momento a otro.» Este glorioso cambio no permanece, por lo demás, secreto: el embajador español, el mejor informado de todos, llega a comunicar a su Gobierno hasta la fecha del día decisivo (25 de agosto), y añade: «Como tal acontecimiento es interesante y de la mayor importancia pública, he hablado separadamente con los ministros Maurepas y Vergenes, y los dos me han confirmado las mismas circunstancias Por lo demás es seguro que el rey le refirió lo ocurrido a una de sus tías, y le dijo con mucha franqueza: "Me gusta mucho esta clase de placer, y lamento no haberlo conocido en tanto tiempo". Su Majestad está ahora mucho más contento que antes, y la reina tiene con más frecuencia ojeras de lo que se había observado hasta ahora». Por lo demás, las primeras exclamaciones de júbilo de la

joven esposa acerca de su capaz marido resultan excesivamente prematuras, pues Luis XVI no se entrega, ni con mucho, con tanto celo a este «nuevo placer» como al de la caza, y, ya diez días más tarde, María Antonieta tiene que volver a quejarse a su madre: «Al rey no le gusta dormir acompañado. Trato de seducirlo para que no renuncie por completo a esta vida en común. A veces viene a pasar la noche conmigo, y no me creo autorizada a atormentarlo para que lo haga con mayor frecuencia». La madre se entera de ello con poca alegría, porque considera este punto como muy «esencial», pero aprueba el tacto de su hija en no acosar con exceso a su esposo; sólo que también ella, por su parte, debe acomodarse más que hasta entonces a las horas de reposo de su marido. La noticia del comienzo del embarazo, ardientemente deseada en Viena, se deja aún esperar largos meses en este desapasionado matrimonio; sólo en abril cree la impaciente esposa sentir satisfecho su más íntimo deseo. Ya desde los primeros indicios, María Antonieta quiere enviar al instante un correo rápido a su madre; pero el médico de la corte, aunque dispuesto en lo privado a apostar mil luises a que la reina tiene razón, se lo desaconseja en el primer momento. El 5 de mayo, el circunspecto Mercy comunica la certeza del hecho; el 4 de agosto, el embarazo es anunciado oficialmente a la corte, después de que la reina, el 31 de julio, a las diez y media de la noche, ha sentido los primeros movimientos del niño. «Desde entonces -escribe a María Teresa- se mueve con frecuencia, lo que me proporciona gran alegría.» Su buen humor inventa una broma singular para anunciar su paternidad al tan tardíamente acreditado esposo. Se acerca a él con semblante temeroso y presentándose como ofendida, le dice: «*Sire* tengo que querellarme contra uno de vuestros súbditos, que ha sido tan osado que se permite darme puntapiés en el vientre». El buen rey no comprende al principio, pero después se ríe con gran satisfacción y abraza a su mujer, totalmente estupefacto ante su propia a inesperada habilidad.

Al instante comienzan ahora las más divertidas ceremonias públicas. En las iglesias se cantan repetidos tedéums, el Parlamento envía sus felicitaciones, el arzobispo de París ordena públicas plegarias por el dichoso curso de la preñez; con inauditos cuidados, se busca un ama para el futuro príncipe y se tienen dispuestas cien mil libras para los pobres. Todo el mundo está pendiente del gran acontecimiento, y no el que menos el comadrón, para el cual este parto significa una especie de juego de

azar, pues, en caso de nacer el heredero del trono, le tocan como pensión cuarenta mil libras, y sólo diez mil en caso de ser princesa. Totalmente excitada, espera la corte el espectáculo de que ha estado privada desde hace largo tiempo, pues, según un use secular y consagrado, el parto de una reina de Francia no se realiza, en modo alguno, como un privado suceso de familia; esas duras horas, según regla antiquísima, tiene que pasarlas en presencia de todos los príncipes y princesas y bajo la vigilancia de toda la corte. Todo miembro de la familia real, lo mismo que muchos altos dignatarios, tienen derecho a encontrarse presentes en la habitación de la parturienta durante el acto del nacimiento, y, naturalmente, nadie piensa ni de lejos en renunciar a este privilegio bárbaro y peligroso para la salud. De todas las provincias, de los castillos más apartados, llegan los curiosos; está habitada la más pequeña *mansarde* en la diminuta ciudad de Versalles, y la gigantesca aglomeración de gente eleva hasta el triple el precio de las subsistencias. Pero la reina hace esperar largo tiempo el espectáculo a los indeseados huéspedes. Por fin, el 18 de diciembre, suena, por la noche, la campana de palacio anunciando que los dolores han comenzado. Madame de Lamballe se precipita, la primera, en el cuarto de la parturienta, y tras ella, emocionadas, todas las damas de honor. A las tres son despertados el Rey, los príncipes y princesas: pajes y guardias montan a caballo y corren a todo galope hacia París y Saint-Cloud para llamar como testigos a todos los que tienen sangre real o categoría de príncipes; no falta sino que toquen a rebato las campanas o se disparen cañonazos de alarma.

Algunos minutos después de que el médico de la corte ha anunciado en alta voz que ha comenzado el difícil trance para la reina, penetra estrepitosamente toda la banda aristocrática; estrechamente apretados en la angosta habitación, se sientan los espectadores en tomo del lecho, en *fauteuils* colocados según la categoría de los ocupantes. Los que ya no han encontrado puesto en las primeras filas, se suben a sillas y bancos, a fin de que no les pase inadvertido ningún movimiento ni ningún gemido de la atormentada mujer. El aire se hace cada vez más denso y sofocante en el cerrado recinto, por el aliento de unas cincuenta personas y el penetrante olor de esencias y vinagrillos.

Pero nadie abre una ventana, nadie abandona su puesto, y la pública escena de tormento dura siete horas completas, hasta que por fin, a las doce y media de la

mañana, María Antonieta da a luz una criatura -*hélas!*-, una hija. Respetuosamente llevan al vástago real a un gabinete próximo, para bañarlo y entregarlo en seguida a la protección de la gouvernante; lleno de orgullo, se traslada allí el rey para admirar la retrasada obra suya, y detrás de Su Majestad, curiosa como siempre, se apretuja toda la corte. De repente resuena entonces un sonoro mandato del comadrón: «¡Aire! ¡Agua caliente! ¡Es necesaria una sangría!». A la reina se le ha subido de repente la sangre a la cabeza; ha caído desmayada, medio ahogada por el aire apestoso, y acaso también por el esfuerzo de reprimir sus dolores en presencia de cincuenta espectadores, y yace sin movimiento y resollando sobre las almohadas. Se produce espanto general; el rey, por su propia mano, abre violentamente la ventana; todos corren aturdidamente de un lado a otro. Pero el agua caliente no acaba de llegar; los cortesanos, en ocasión de este nacimiento, han pensado en toda la serie de ceremonias medievales, pero no en la más natural precaución que hay que tomar en semejantes casos: en tener agua caliente al lado. Por tanto, el cirujano osa hacer la sangría sin ninguna clase de preparación. Un chorro de sangre brota de la vena herida en el pie, y he aquí que la reina abre los ojos: está salvada. Sólo entonces estalla, sin traba alguna, el júbilo: se abrazan unos a otros, se felicitan, lloran de alegría, y las campanas, resonando, difunden por el país el mensaje gozoso.

Ha terminado el tormento de la mujer y comienza la felicidad de la madre. Aunque la alegría no sea completa y los cañones sólo retumben veintiuna veces en honor de una princesa, y no ciento una, como sería saludado un recién nacido heredero del trono, reina, no obstante, el júbilo en Versalles y en París. Son enviadas estafetas a todos los países de Europa, se reparten limosnas en toda la nación, son puestos en libertad presos por deudas y presidiarios, cien prometidos son equipados a Costa del rey, casados y provistos de una dote. Cuando la reina, al acabar su sobreparto, se traslada a Notre-Dame, la esperan allí, en dichosa fila, estas cien parejas -el ministro de Policía las ha escogido intencionadamente entre las más lindas- y con aclamaciones saludan a su bienhechora.

Para el pueblo de París hay fuegos de artificio, iluminaciones, fuentes que derraman vino, reparto de pan y de embutidos, entrada gratuita en la Comedia Francesa: a los carboneros se les reserva el palco del rey; a las pescaderas, el de la reina;

también a los pobres debe serles permitido una vez celebrar su fiesta. Todo parece ahora bueno y dichoso; Luis XVI, desde que es padre, puede convertirse en un hombre satisfecho y seguro de sí, y María Antonieta, desde que es madre, llegar a ser una mujer feliz, seria y concienzuda; está removido el gran obstáculo, asegurado y fortalecido el matrimonio. Los padres, la corte y todo el país pueden regocijarse y, en efecto, se regocijan abundantemente con fiestas y diversiones.

Una sola persona no está del todo contenta: María Teresa. Mediante aquella nieta, cierto que le parece mejorada la situación de su hija predilecta, pero aún no lo bastante consolidada. Como emperatriz, como política, piensa incesantemente, y ante todo, más allá de las dichas familiares, en el sostenimiento de la dinastía: «Necesitamos absolutamente un delfín, un heredero del trono». Lo mismo que una letanía, repite sin cesar a su hija la advertencia de que no siga ahora la costumbre del *lit àpart,* de que no se abandone a ninguna frivolidad. Como otra vez pasen meses y meses sin embarazo, la emperatriz se enoja realmente, al ver lo mal que aprovecha María Antonieta sus noches conyugales. «El rey se retira temprano y se levanta lo mismo; la reina hace todo lo contrario. ¿Cómo puede entonces esperarse nada bueno? Si no os veis más que de pasada, no hay que confiar en ningún auténtico resultado favorable.» Sus cartas son cada vez más vivas a insistentes. «Hasta ahora fui discreta, pero en adelante llegaré a ser inoportuna: sería un crimen no traer al mundo más hijos de esta raza.» Éste es el único acontecimiento del cual quiere tener noticias antes de su muerte: «Estoy llena de impaciencias; a mi edad, no puede esperarse ya mucho tiempo».

Pero no le será otorgada esta última alegría de ver un futuro rey de Francia de su sangre habsburguesa. El segundo embarazo de María Antonieta no llega a término; un violento movimiento al cerrar la ventanilla de su carroza es culpable de un mal parto, y antes de que nazca ese nieto tan apetecido a impacientemente deseado, antes siquiera que pueda ser esperado, fallece María Teresa, el 29 de noviembre de 1780, víctima de una pulmonía.

Dos deseos había mantenido hasta el fin de su existencia esta anciana señora, desengañada de la vida: el primero, ver un nieto nacido de su hija para heredar el trono de Francia, se lo negó el destino; pero el otro, no tener que presenciar cómo

su hija favorita caía en la desgracia por sus locuras y ligerezas, el Dios de la piadosa mujer lo ha atendido.
Sólo un año después del fallecimiento de María Teresa trae al mundo su anhelado hijo varón María Antonieta; en consideración a los emocionantes incidentes del primer parto, esta vez fue suprimido el gran espectáculo de la alcoba de la parturienta; únicamente tienen acceso a ella los más próximos miembros de la familia. Esta vez el parto se desarrolla fácilmente. Sin embargo, cuando se llevan al recién nacido, la reina no tiene ya fuerzas para preguntar si es niño o si otra vez ha vuelto a tener una hija. Pero después se acerca el rey a su lecho; las lágrimas descienden por las mejillas de aquel hombre, en general tan cerrado a toda emoción, y anuncia con su sonora voz: «El señor delfín pide permiso para entrar». Entonces estalla la alegría general, son abiertas solemnemente ambas hojas de la puerta, y, en medio de las aclamaciones de toda la corte, el niño, recién lavado y envuelto en sus mantillas --el duque de Normandía-, es traído a la dichosa madre. Por fin, ahora pueden tener lugar todas las grandes ceremonias inherentes al nacimiento de un príncipe heredero. Otra vez es el hombre escogido por el destino para adversario de María Antonieta, el cardenal de Rohan, aquel que siempre, en las horas decisivas, se cruza en el camino de la reina, quien efectúa el bautizo; buscan un ama magnífica, la llamada desenfadadamente Madame Poitrine; atruenan los cañones, pronto tiene París noticia del acontecimiento, y otra vez comienzan, mucho más soberbios que cuando el nacimiento de la princesa, la serie de festejos. Todos los gremios envían a Versalles delegaciones acompañadas de músicos; nueve días dura el abigarrado desfile de las corporaciones, pues cada clase social tiene a gala saludar al recién nacido, futuro rey, de una manera especial. Los fumistas arrastran en triunfo toda una chimenea, en lo alto de la cual están sentados pequeños limpiachimeneas, que cantan alegres canciones; los carniceros van precedidos de un cebado buey; los portadores de sillas de mano llevan una dorada silla, en cuyo interior van dos muñecos que representan al ama y al delfín; los zapateros traen zapatitos de niño; los sastres, un uniforme en miniatura del futuro regimiento del delfín; los herreros, un yunque, en el cual golpean siguiendo un ritmo musical; pero los cerrajeros, que saben tener en el rey un aficionado a su oficio, se han esforzado especialmente: aportan una ingeniosa cerradura con

secreto, y cuando Luis XVI la abre, con la curiosidad de un hombre del oficio, sale de dentro un pequeño delfín admirablemente trabajado en acero. Las señoras vendedoras del mercado público, las mismas que algunos años más tarde escarnecerán a la reina con las más groseras indecencias, vienen vestidas con solemnes trajes de seda negra y recitan alocuciones de La Harpe. En las iglesias se celebran oficios divinos; en el Ayuntamiento de París, los comerciantes organizan un gran banquete; está olvidado todo lo desagradable; la escasez, la guerra con Inglaterra. Por un instante, no hay ningún motivo de disgusto ni ningún descontento; hasta los futuros revolucionarios y republicanos gozan con el más bullicioso ultra monarquismo. El futuro presidente de los jacobinos, Collot d'Herbois, todavía entonces simple comerciante en Lyon, compone una poesía en honor de «la augusta princesa cuyas virtudes han conquistado todos los corazones»; él, futuro firmante de la sentencia de muerte de Luis Capeto, ruega fervorosamente al cielo:

Pour le bonheur des Français, notre bon Louis seize s'est allié pour jamais au sang de Thérèse. De cette heureuse union sorts un beau rejeton. Pour répandre en notre coeur félicité parfaite, conserve, ô ciel protecteur, les jours d'Antoinette.

Aún está el pueblo unido a sus soberanos; este niño ha nacido aún para la alegría de todo el país, y su llegada es una fiesta general. En las esquinas de las calles aparecen violines y trompetas, resuenan músicas, se tocan instrumentos de cuerda, de viento, gaitas y chirimías, y hay canciones y danzas en todas las ciudades y aldeas. Todo el mundo ama, todo el mundo alaba al rey y a la reina, que por fin ha cumplido con su deber tan valientemente.

Ahora está, finalmente, roto el misterioso hechizo: dos veces más llega a ser madre María Antonieta; en 1785 da a luz su segundo hijo varón, el futuro Luis XVII, un niño sano y robusto, «un verdadero hijo de aldeano»; en el año 1786, su cuarto y último retoño, Sofía Beatriz, el cual, sin embargo, sólo alcanza la edad de once meses. Con la maternidad comienza la primera transformación de María Antonieta, aún no la decisiva, pero un principio de ella. Los embarazos le ordenan una privación de varios meses de sus insensatas diversiones; el delicado placer de jugar con sus hijos es bien pronto más atractivo para ella que los frívolos goces del tapete verde; su fuerte necesidad de ternura, hasta entonces malgastada en vanas coqueterías, ha encontrado por fin su empleo normal.

El camino para llegar a tener conciencia de sí misma se abre ante sus pasos. Esta bella mujer de ojos tiernos no necesita más que algunos años tranquilos y felices para apaciguarse por sí misma; huyendo del tumulto de la frivolidad, contemplará satisfecha cómo sus hijos se desarrollan y avanzan lentamente por la vida. Pero el destino no le dará tiempo para ello; precisamente cuando termina la inquietud de María Antonieta comienza la del mundo.

Capítulo 13
La reina se hace impopular

La hora del nacimiento del delfín había significado el apogeo del poder de María Antonieta. Al dar un heredero a la Corona había llegado a ser reina por segunda vez. Una vez más, el júbilo mugiente de la multitud le había mostrado qué inagotable capital de amor y confianza, a pesar de todos los desengaños, había en el pueblo francés para su Casa reinante y con qué poco esfuerzo podría un soberano unir toda la nación a su persona. Ahora sólo necesitaba la reina dar el paso decisivo de Trianón a Versalles y París, dejar el mundo del rococó por el mundo real, su volandera sociedad por la nobleza y el pueblo, y todo estaría asegurado. Pero, una vez más, después de las horas difíciles, María Antonieta se vuelve hacia lo fácil y placentero; tras las fiestas populares comienzan otra vez las costosas y funestas de Trianón. Pero esta vez ha llegado a su fin la gran paciencia del pueblo; María Antonieta ha alcanzado la divisoria de su dicha. Desde ahora en adelante, las aguas corren hacia lo profundo en sentido opuesto.

Al principio no ocurre nada visible, nada sorprendente. Sólo que Versalles está más y más silencioso; que cada vez hay menos damas y caballeros en las grandes recepciones, y los pocos que acuden muestran cierta positiva frialdad en su saludo. Todavía guardan las formas; pero a causa de la forma y no de la reina. Aún inclinan la rodilla en tierra, aún besan cortésmente la mano regia; pero ya no se disputan el favor de una conversación, las miradas siguen siendo sombrías a indiferentes. Cuando María Antonieta va al teatro, ya no se levanta precipitadamente, como antes, el público del patio y de los palcos; en la calle no resuena ahora el tanto tiempo grito familiar de *«Vive la Reine!»*. Aún no se manifiesta, en todo caso, ninguna pública hostilidad: sólo que se ha perdido aquel calor que antes presentaba un alma favorable al obligado respeto: todavía se obedece a la soberana, pero ya no se aclama a la mujer. Sirven respetuosamente a la esposa del rey, pero ya no se afanan celosamente en torno a ella. No se contradice abiertamente a sus deseos, sino que se guarda silencio: el duro, maligno y astuto silencio de una conspiración.

El cuartel general de esta secreta conjura está repartido entre los cuatro o cinco palacios de la familia real: el de Luxemburgo, el Palais Royal, el de Bellevue y hasta

el mismo Versalles, todos se han coligado en contra de Trianón, la residencia de la reina.

El coro de la malevolencia está dirigido por las tres viejas tías. No han olvidado todavía que la joven delfina ha huido de su escuela de malignidad y que la reina está muy por encima de *Mesdames*; enojadas porque no representan ya ningún papel, se han retirado al palacio de Bellevue. Allí, muy abandonadas y aburridas, permanecen en sus habitaciones durante los primeros años de triunfo de María Antonieta; nadie se preocupa de ellas, porque todas las atenciones se agitan y revolotean en torno a la joven y hechicera soberana, que tiene todo el poder entre sus ligeras y blancas manos. Pero cuanto más se va haciendo impopular María Antonieta con tanta mayor frecuencia se abren las puertas del palacio de Bellevue. Todas las damas que no han sido invitadas a Trianón, la despedida «Madame Etiqueta», los ministros dimitidos, las mujeres feas y que, por consiguiente, han seguido siendo virtuosas, los gentileshombres retirados, los piratas de colocaciones que no han logrado presa, todos los que aborrecen el «nuevo orden de las cosas», que se duelen melancólicamente de la pérdida de la antigua tradición francesa, de la devoción y de las «buenas» costumbres, se dan cita en este salón de los menospreciados. La vivienda de las tías en Bellevue llega a ser una secreta botica de venenos, en la cual todos los rencorosos chismes de la corte, las más nuevas locuras de la «austríaca», los *on dit* acerca de sus aventuras galantes, son destilados gota a gota y conservados en frascos; aquí es donde se establece el gran arsenal de todas las maliciosas comadrerías, el mal afamado *atelier des calomnies*; aquí es donde se compone, se leen en voz alta y se ponen en circulación los mordaces *couplets* que resuenan después alegremente por Versalles; aquí es donde se reúnen, con intenciones aviesas y disimuladas, todos los que querrían que la rueda del tiempo girara otra vez hacia atrás, todos los vivientes cadáveres desengañados, destronados, sin cargo alguno, las larvas y momias de un mundo pasado, toda la acabada generación vieja, para vengarse de ser vieja y acabada. Pero el veneno de este almacenado odio no se dirige contra el «pobre y buen rey», a quien, hipócritamente, compadecen, sino sólo contra María Antonieta, la joven, deslumbrante y dichosa reina.

Más peligrosa que esta desdentada gente de ayer y anteayer, que ya no puede morder, sino sólo salpicar la baba, es la nueva generación, que nunca ha logrado todavía el poder y no quiere permanecer más tiempo en la oscuridad. Versalles, con su conducta exclusivista a indolente, se ha apartado tanto, irreflexivamente, de la verdadera Francia, que ya no advierte siquiera las nuevas corrientes que agitan al país. Una burguesía inteligente acaba de abrir los ojos, se ha instruido acerca de sus derechos en las obras de Jean-Jacques Rousseau, mira en la vecina Inglaterra una democrática forma de gobierno; los que regresan de la guerra de la independencia norteamericana traen el mensaje de que existe un país extranjero en el cual la diferencia de casta y clases sociales ha sido suprimida por la idea de la igualdad y la libertad. Mas en Francia sólo ven estancamiento y decadencia, nacidos de la total incapacidad de la corte. Unánimemente, a la muerte de Luis XV, había esperado el pueblo que por fin estaría terminada entonces la vergüenza del gobierno de las *maîtresses*, el escándalo de las indignas protecciones; en lugar de ellas, reinan otra vez ahora las mujeres: María Antonieta y, detrás de ella, la Polignac. La burguesía ilustrada ve con creciente amargura cómo se descompone el poder político de Francia, cómo crecen las deudas, cómo decaen el ejército y la armada; se pierden las colonias, mientras que, todo alrededor, los otros Estados se desarrollan activamente; y en dilatados círculos de opinión crece el deseo de poner fin a esta desorganización indolente.

Este mal humor, siempre creciente, de los auténticos patriotas y de los que conciben el sentimiento de lo nacional, se dirige principalmente -y no sin razón- contra María Antonieta. Incapaz y sin deseos de adoptar una verdadera resolución, el Rey -eso lo sabe todo el país- no significa nada como soberano; únicamente es todopoderoso el influjo de la reina. Ahora bien, María Antonieta habría tenido ante sí dos posibilidades: o tomar seria, activa y enérgicamente, lo mismo que su madre, los asuntos del gobierno, o separarse totalmente de ellos. El grupo austríaco intenta sin cesar impulsarla hacia la política, pero es en vano, porque para reinar o correinar habría que leer a diario, de un modo constante, papeles y documentos durante algunas horas; pero a la reina no le gusta leer. Habría que escuchar los informes de los ministros y reflexionar sobre ellos, y a María Antonieta no le gusta pensar. Ya sólo el escuchar significa para su espíritu volandero un severo esfuerzo.

«Apenas oye cuando se le dice algo -se queja a Viena el embajador Mercy-, y casi nunca existe la posibilidad de tratar con ella de ningún asunto serio a importante o de atraer su atención hacia una cuestión trascendental. La sed de placeres ejerce sobre ella un poder misterioso.» En las circunstancias más favorables, cuando el embajador la estrecha muy vivamente con un encargo de su madre o de su hermano, responde la reina algunas veces: «Dígame usted lo que debo hacer y lo haré», y, en efecto, va a exponérselo al rey. Pero al día siguiente su inconstancia ha hecho que se olvide de todo, su intervención no va más allá de «ciertos impacientes impulsos» y, finalmente, Kaunitz, en la corte de Viena, acaba por resignarse. «No contemos jamás con ella para nada. Contentémonos con obtener, como de un mal pagador, lo que buenamente pueda obtenerse.» Hay que conformarse, le escribe a Mercy, ya que tampoco en otras cortes las mujeres intervienen en la política.

Pero ¡si, por lo menos, renunciara realmente a tomar en sus manos el timón del Estado! Entonces, siquiera, se habría conservado sin culpa ni responsabilidad. Pero, impulsada por la pandilla de los Polignac, se mezcla constantemente en la política tan pronto como hay que proveer un puesto de ministro, una plaza de gobernación del Estado: hace lo más peligroso que se puede hacer: habla de todo sin conocer, ni del modo más remoto, la materia; actúa como diletante y decide en un punto las cuestiones más capitales; malgasta exclusivamente en provecho de sus favoritos el poder enorme que ejerce sobre el rey.

«Cuando se trata de cosas serias -se lamenta Mercy-, al instante se siente acobardada a incierta en sus gestiones; pero cuando va impulsada por su sociedad pérfida a intrigante, hace todo lo preciso para cumplir los deseos de aquella gente.»

«Nada ha contribuido más a suscitar el odio contra la reina -observa el ministro Saint-Priest- que estas intervenciones intermitentes y estos nombramientos injustos de protegidos suyos.» Pues como a los ojos de la burguesía es ella la que dirige los asuntos del Estado; como todos estos generales, embajadores y ministros colocados por ella no se acreditan capaces, el sistema de esta autocracia arbitraria sufre completo naufragio, y como Francia, con una velocidad cada vez mayor de torrente desbordado, camina hacia la bancarrota financiera, toda la culpa cae sobre la reina, del todo inconsciente de su responsabilidad. (¡Ay, si ella no ha hecho sino ayudar a algunas gentes simpáticas!) Todo lo que en Francia desea el progreso, un orden

nuevo, justicia y actividad creadora, lanza censuras, se enoja y pronuncia amenazas contra esta despreocupada dilapidadora, contra la eternamente alegre castellana de Trianón, la cual sacrifica loca y neciamente el amor y bienestar de veinte millones de seres a una orgullosa pandilla de veinte damas y caballeros.

Este gran descontento de todos aquellos que ansían un nuevo sistema, un orden mejor, una distribución más razonable de las responsabilidades, ha carecido durante largo tiempo de un punto de enlace. Por último to encuentra en una casa y en un hombre.

También este amargado adversario lleva sangre real en sus venas; lo mismo que la reacción en el palacio de las tías, en Bellevue, se reúnen los revolucionarios en el Palais Royal, bajo la égida del duque de Orleans: desde dos frentes, se abre al mismo tiempo, en sentido totalmente opuesto, la guerra contra María Antonieta. De un natural más bien destinado al goce que a la ambición. mujeriego, jugador, disipado y elegante, sin nada de inteligencia y, en realidad, tampoco depravado, este aristócrata, de un carácter en absoluto vulgar y corriente, posee todas las debilidades propias de una naturaleza sin poder creador: vanidad, puesta sólo en exterioridades. Y María Antonieta ha ofendido personalmente esta vanidad al bromear libremente sobre las empresas militares de su primo y al impedir que le fuera adjudicado el cargo de gran almirante de Francia. El duque de Orleans, gravemente molesto, recoge el guante; como descendiente de una rama de la familia real igualmente antigua que la reinante, como hombre enormemente rico a independiente, no le intimida, en el Parlamento, hacer una obstinada oposición al rey y tratar abiertamente como a un enemigo a la reina. En su persona han encontrado, por fin, los descontentos, el anhelado jefe. Quien quiere alzarse contra los Habsburgos y al rama soberana de los Borbones, quien considera anticuada y opresora la ilimitada autocracia real, quien exige para Francia un nuevo orden de cosas razonables y democráticas, se mueve desde ahora en adelante bajo la protección del duque de Orleans. En el Palais Royal, en realidad, el primer club de la Revolución, aunque protegido aún por un príncipe, se reúnen todas las gentes de nuevas ideas: liberales, constitucionalistas, volterianos, filántropos, francmasones: a éstos se juntan los elementos descontentos, los cargados de deudas, los aristócratas dejados a un lado por la reina, los burgueses cultos que no obtienen

ningún cargo, los abogados sin trabajo, los demagogos y los periodistas, todas aquellas fuerzas, fermentantes y desbordantes de vida, que más tarde compondrán, todas juntas, las tropas de asalto de la Revolución. Bajo la dirección de un jefe débil y vanidoso, se prepara y organiza el más poderoso ejército espiritual con el cual ha conquistado Francia su libertad. Aún no se ha dado la señal de ataque. Pero todos conocen el objetivo y saben el santo y seña. ¡Contra el rey! Y más aún: ¡Contra la reina! Entre estos dos grupos rivales, los revolucionarios y los reaccionarios, se mantiene aislado el enemigo de la reina acaso más peligroso y funesto, el propio hermano de su marido, Monsieur Estanislao Javier, conde de Provenza, más tarde el rey Luis XVIII.

Solapado y tenebroso, intrigante y cauto, no se liga, para no comprometerse demasiado pronto, con ninguno de los grupos mencionados; oscila de derecha a izquierda, esperando que el destino le revele su auténtica hora. Ve sin disgusto las dificultades crecientes, pero se guarda muy bien de criticarlas en público; como un negro y silencioso topo, excava subterráneamente sus galerías y espera la hora en que la posición de su hermano esté lo suficientemente desquiciada. Pues sólo si Luis XVI y Luis XVII dejan el campo libre puede, por fin, llegar a ser rey Estanislao Javier, conde de Provenza, bajo el nombre de Luis XVIII, meta de su ambición, secretamente sustentada desde su infancia. Ya una vez se había entregado a la justificada esperanza de ser regente y legítimo sucesor de su hermano; los siete años trágicos en que permaneció estéril el matrimonio de Luis XVI a causa del ominoso obstáculo habían sido para su impaciente ambición las siete vacas gordas de la Biblia. Pero después vino el desaforado golpe contra sus embarazadas esperanzas hereditarias; cuando María Antonieta dio a luz una niña, él dio suelta, en una carta al rey de Suecia, a esta dolorosa confesión: «No me oculto a mí mismo que el suceso me ha conmovido muy sensiblemente... En lo exterior, me hice muy pronto dueño de mí mismo y he seguido la misma conducta de antes, en todo caso sin expresar una alegría que hubiera sido tenida por falsa, como en realidad lo habría sido... En lo interior me fue más difícil salir triunfador. A veces aún se me subleva el sentimiento, pero confío en mantenerlo a raya si no puedo vencerlo por completo».

El nacimiento del delfín destroza después completamente sus últimos sueños de heredar el trono. Ahora queda cerrado para él el camino recto y tiene que recorrer aquellos otros, tortuosos a hipócritas, que finalmente -claro que sólo al cabo de treinta años- han de conducirle a la anhelada cima. La oposición del conde de Provenza no es, como la del duque de Orleans, una franca llama de odio, sino un fuego de envidia que arde lentamente bajo el disfraz de la ceniza; mientras María Antonieta y Luis XVI conservaron indiscutido en sus manos el poder, el secreto pretendiente de la corona se mantiene frío y silencioso, sin manifestar públicamente ni la menor pretensión; sólo con la Revolución comienzan sus sospechosas idas y venidas, las extrañas conferencias del palacio de Luxemburgo. Pero apenas ha logrado salvarse felizmente al otro lado de la frontera, cava valientemente, con sus provocativas proclamas, las tumbas de su hermano, de su cuñada y de su sobrino, en la esperanza -en efecto realizada- de encontrar en sus ataúdes la anhelada corona.

El conde de Provenza ¿ha hecho todavía algo más? ¿Fue aún más mefistofélico su papel, como tanta gente lo afirma? En su ambición de pretendiente, ¿fue, en realidad, hasta tan lejos que él mismo haya hecho imprimir y circular folletos contra el honor de su cuñada? En realidad, ¿ha vuelto a hundir a aquel desgraciado niño, Luis XVII, secretamente salvado del Temple, en un oscuro destino anónimo, aún hoy no del todo aclarado, mediante un robo de documentos? Muchas cosas en su conducta dan lugar a las más extremas sospechas, pues inmediatamente después de su elevación al trono, el rey Luis XVII rescató a precio de oro o con burda violencia, o por lo menos las hizo destruir, numerosas cartas que en otro tiempo había escrito el conde de Provenza. Y el que no osara hacer sepultar como Luis XVII al niño muerto en el Temple, ¿qué significaría sino que el mismo Luis XVIII no creía en la muerte de Luis XVII, sino en la real sustitución de un niño ajeno? Pero este hombre obstinado y tenebroso supo muy bien guardar silencio y ocultarse; hoy en día, las subterráneas galerías con las cuales fue minando su camino hasta llegar al trono de Francia están atascadas de tierra desde hace mucho tiempo. No se sabe más que una cosa: hasta entre sus más encarnizados adversarios, la reina María Antonieta no tenía ningún enemigo más peligroso que este hombre complejo a impenetrable.

Al cabo de diez años de poder malgastados y disipados, María Antonieta se halla ya cercada por todas partes: en 1785, el odio está ya a punto de producir sus frutos. Todos los grupos hostiles a la reina -abarcan casi toda la nobleza y la mitad de la burguesía- han ocupado ya sus posiciones y sólo esperan la señal de ataque. Pero aún es demasiado fuerte la autoridad del poder hereditario; aún no se ha acordado ningún plan preciso. Sólo conversaciones en voz baja, cuchicheos, zumbidos y silbidos de flechas finamente emplumadas se perciben en Versalles; cada una de ellas lleva en su punta una gota de aretinesco veneno, y todas ellas, volando por encima del rey, apuntan a la reina. Hojillas impresas o manuscritas circulan de mano en mano, pasándoselas por debajo de la mesa, y son rápidamente escondidas en la casaca tan pronto como se oye un paso desconocido.

En las librerías del Palais Royal, muy distinguidos señores de la nobleza, que ostentan la cruz de San Luis y hebillas de diamantes en los zapatos, se hacen llevar por el vendedor a la trastienda, el cual, allí, después de haber atrancado cuidadosamente la puerta, saca de cualquier polvoriento escondrijo, entre libracos viejos, el último libelo contra la reina, aparentemente traído de contrabando de Londres o Amsterdam, pero el cual, en realidad, por su impresión asombrosamente reciente, está casi húmedo y hace sospechar que acaso haya sido impreso en la misma casa, en el Palais Royal, que pertenece al duque de Orleans, o en el de Luxemburgo. Sin vacilar, la clientela distinguida paga a menudo más monedas de oro por estos folletos que hojas se contienen en ellos; a veces, éstas no son más que diez o veinte, pero, en cambio, están abundantemente ornadas de lascivos grabados en cobre y salpimentadas de maliciosas bromas. Uno de tales licenciosos libelos infamatorios es el presente favorito que se puede ofrecer a una noble amante, a una de aquellas damas a quienes María Antonieta no hace el honor de invitar a Trianón; un regalo tan pérfido las alegra más que un anillo precioso o un abanico. Compuestos por un desconocido versificador, impresos por manos secretas, esparcidos por manos que no se dejan sorprender, estos difamatorios escritos contra la reina revolotean como murciélagos a través de las verjas del parque de Versalles y penetran en los *boudoirs* de las damas y en los palacios de provincia; pero si el teniente de Policía quiere perseguirlos se siente de repente paralizado por fuerzas invisibles. Por todas partes se deslizan estos impresos: la

reina los encuentra en la mesa de comer, bajo su servilleta; el rey, en su escritorio, en medio de los documentos; en el palco de la reina, delante de su asiento, está clavada en el terciopelo, con un alfiler, una maligna poesía, y por la noche, si se asoma a su ventana, oye las escarnecidas coplas que desde hace mucho tiempo ruedan por todas las bocas y que comienzan con esta pregunta: Chacun se demande tout bas: Le Roi peut-il? Ne peut-il pas? La triste Reine en désespère...

Las cuales, después de particularidades eróticas, terminan con una amenaza: Petite Reine de vingt ans qui traitez aussi mal les gens, vous repasserez en Bavière.

Estos libelos y *polissonneries* de la primera época son, en todo caso, aún muy discretos en comparación con los que han de venir más tarde; más bien son maliciosos que malignos. Las flechas sólo están aún empapadas en lejía y no en veneno; están destinadas más bien a picar y a enojar que a herir mortalmente. Sólo desde la hora en que la reina se encuentra encinta y este inesperado acontecimiento enoja del modo más profundo en la corte a los diversos pretendientes, se agudiza sensiblemente su tono. Precisamente ahora, cuando ya no es verdad, comienzan todos, intencionadamente y en voz alta, a escarnecer al rey como impotente y a la reina como adúltera, para desde el principio -ya se sospecha en favor de qué intereses -, colocar en posición de bastardía la eventual descendencia.

Especialmente desde el nacimiento del delfín, el indiscutible y legítimo heredero del trono, se dispara con bala rasa sobre María Antonieta desde aquellos ocultos y escondidos escondrijos. Sus amigas, la Lamballe y Polignac, son puestas en la picota como ejercitadas maestras en amorosos servicios lesbios: María Antonieta, como una erotómana insaciable y perversa; el rey, como un pobre cornudo; el delfín, como bastardo; sirva como ejemplo la copla que saltaba entonces, de labio en labio, alegremente: Louis, si tu veux voir bâtard, cocu, putain, regarde ton miroir, la Reine et le Dauphin.

En 1785, el concierto de calumnias se halla ya en su apogeo; está marcado el compás, suministrada la letra. La Revolución sólo necesita después gritar en voz alta por las calles lo que había sido imaginado y versificado en los salones para llevar a María Antonieta ante el Tribunal. Los auténticos motivos de la acusación los ha dictado la corte, y la cuchilla que cae sobre la nuca de la reina ha sido puesta en

los rudos puños del verdugo por unas manos aristócratas, delgadas, finas y llenas de anillos.

¿Quién redacta estos escritos, mortales para la honra de la reina? Eso es realmente una cuestión accesoria, pues los poetastros que componen esas coplejas realizan, en general, sin intención su trabajo y sin sospechar su alcance. Laboran para fines ajenos y por dinero cuya procedencia ignoran. Cuando, en los tiempos del Renacimiento, un señor distinguido quería deshacerse de alguien que lo incomodaba, compraba, por una bolsa llena de oro, un puñal o encargaba un veneno. El siglo XVIII, vuelto filantrópico, utiliza más refinados métodos. Ya no se compran puñales, sino una pluma contra los adversarios políticos; ya no se libra uno corporalmente, sino moralmente, de sus enemigos políticos; se los mata con el ridículo. Felizmente, hacia 1780 se obtienen prestadas por muy poco dinero hasta las mejores plumas. A Beaumarchais, autor de inmortales comedias; a Brissot, el futuro tribuno; a Mirabeau, el genio de la libertad; a Choderlos de Laclos, todos los grandes hombres, por estar relegados a último término, se pueden comprar a muy bajo precio, a pesar de su genio. Y detrás de estos geniales libelistas esperan otros centenares, más groseros y ordinarios, con uñas sucias y vacíos estómagos, siempre dispuestos a escribir todo to que se desee de ellos: miel o veneno, poesías epitalámicas o pasquinadas, himnos o libelos, escritos largos o cortos, mordientes o tiernos, políticos o impolíticos, tal como el señor lo desee. Si fuera de eso se posee, además, osadía y habilidad, con tales encarguillos se puede ganar dos o tres veces. Primeramente hace uno que la persona que lo ha encargado y que desea conservar el incógnito le pague el escrito infamatorio contra la Pompadour, la Du Barry, y ahora contra María Antonieta; después se denuncia secretamente a la corte que tal escrito vergonzoso se encuentra en Amsterdam o Londres, dispuesto para la imprenta, y a cambio de que se ayude a impedir la publicación se recibe dinero del cajero de la corte o del teniente de Policía. Y en tercer lugar se gana también dinero con la triple malicia -así procedía Beaumarchais- de reservar uno o dos ejemplares de la edición, en apariencia plenamente desaparecida, a pesar del juramento y palabra de honor, y amenazar con volver a imprimir la obrilla, modificada o sin modificar; divertida broma que en Viena, con María Teresa, le proporciona quince días de prisión a su genial inventor, pero que en el timorato Versalles le produce mil

luises de oro de indemnización y, más tarde, setenta mil libras más. Pronto circula la noticia entre plumistas chafallones: los libelos contra María Antonieta son, en aquel momento, el negocio más lucrativo y, al mismo tiempo, no muy peligroso; así, la funesta moda sigue extendiéndose alegremente. El silencio y la charlatanería, el negocio y la ordinariez, el odio y la codicia, colaboran bien y fielmente en el encargo y la difusión de estos escritos. Y bien pronto sus esfuerzos reunidos han alcanzado el apetecido fin: hacer realmente odiada en toda Francia a María Antonieta como mujer y como reina.

María Antonieta percibe claramente a sus espaldas este maligno poder; conoce los escritos vejatorios y adivina también quiénes son sus inspiradores. Pero su desenvoltura, su innato e ineducable orgullo habsburgués tienen por más animoso despreciar el peligro que salir a su encuentro cauta y prudentemente. Despreciativa, se sacude de su vestido estas salpicaduras. «Nos encontramos en una época de *chansons* satíricas -escribe a su madre con despreocupada mano-; las componen sobre todas las personas de la corte, hombres y mujeres, y la ligereza francesa ni ante el rey se ha detenido. En lo que a mí toca, tampoco he sido perdonada.» Eso es todo; aparentemente, no hay más enojo ni más rencor. ¿En qué puede dañarla que un par de moscones vengan a posarse en su traje? Bajo la coraza de su dignidad real se cree invulnerable para las flechas de papel. Pero olvida que una sola gota de este diabólico veneno de la calumnia, una vez penetrado en el torrente sanguíneo de la opinión pública, puede producir una fiebre ante la cual, más tarde, hasta los médicos más sabios permanecerán impotentes. Sonriente y ligera, María Antonieta pasa al lado del peligro. Las palabras no son para ella más que briznas en el viento. Para despertarla tiene que venir una tempestad.

Capítulo 14
Un rayo en el teatro rococó

Las primeras semanas de agosto de 1785 encuentran a la reina extraordinariamente ocupada, pero no porque la situación política se haya hecho especialmente dificultosa y el levantamiento de los Países Bajos someta a la más peligrosa prueba a la alianza franco-austríaca; como siempre, a María Antonieta sigue pareciéndole más importante su teatro rococó en Trianón que la dramática escena del mundo. Su desacostumbrada excitación procede exclusivamente, esta vez, de una nueva primera representación. Están impacientes ella y sus amigos por ejecutar en el teatro del palacio El barbero de Sevilla, la comedia del señor de Beaumarchais. Y ¡qué selecto reparto viene a dignificar los profanos papeles! El conde de Artois, en su propia altísima persona, debe encamar a Fígaro; Vaudreuil, al conde, y la reina, a la alegre Rosina.

¿El señor de Beaumarchais? ¿No será acaso aquel mismo señor Caron, bien conocido de la Policía, que hace diez años fingió descubrir y llegó a presentarle a la amargada emperatriz María Teresa aquel infame folleto *«Avis important á la branche espagnole sur ses droits à la couronne de France»* que proclamaba altamente ante el mundo entero la impotencia de Luis XVI, el cual, en realidad, había sido escrito por él mismo? ¿Aquel a quien la madre de la reina ha llamado *fripon* y tunante, y Luis XVI loco y *mauvais sujet*? ¿El mismo que en Viena ha sido encarcelado, por mandato imperial, como manifiesto estafador y que en la prisión de Saint-Lazare ha recibido, a su ingreso, el entonces usual tratamiento de azotes? Sí, precisamente el mismo. Tan pronto como se trata de su placer, María Antonieta tiene una memoria espantosamente corta, y Kaunitz, en Viena, no exagera nada cuando dice que sus locuras no hacen más que crecer y embellecerse (c*roîte et embellir*). Pues no es sólo que este infatigable y, al mismo tiempo, genial aventurero haya escarnecido a la reina a irritado a la emperatriz, su madre, sino que, además, el nombre de este autor de comedias va unido a la más espantosa burla que jamás se haya hecho a la autoridad real. La historia de la literatura, lo mismo que la Historia Universal, recuerdan todavía, al cabo de ciento cincuenta años, aquella lamentable derrota infligida a un rey por un poeta; sólo la propia

esposa, pasados cuatro años, la ha olvidado ya por completo. En 1781, la censura, con prudente olfato, había adivinado que la nueva comedia de este poeta, *Le Maríage de Figaro*, olía peligrosamente a pólvora y que, inflamado en una velada el ardiente humor de un público dispuesto a armar escándalo, podía hacer saltar por los aires todo el antiguo régimen; unánimemente, el Consejo de Ministros prohibió la representación. Pero Beaumarchais, incomparablemente ágil siempre y cuando se trata de su gloria o, más aún, de su dinero, encuentra cien caminos para conseguir que vuelva a tratarse de su obra una y otra vez; por último logra que le sea leída al propio rey, cuya decisión debe ser la última y definitiva. Por muy torpe que sea este buen hombre con corona, no es lo bastante limitado para desconocer lo que hay de sedicioso en esta encantadora comedia. «Este autor se mofa de todas las cosas que hay que respetar en un Estado», gruñe con despecho. «Por tanto, ¿no será representada?», pregunta con desilusión la reina, para la cual un estreno interesante es más importante que el bien del Estado. «No, resueltamente no -responde Luis XVI-; puedes estar segura de ello.» Con esto parece quedar pronunciada la sentencia de la obra; el rey cristianísimo, el monarca absoluto de Francia desea no ver representada *Las bodas de Fígaro* en su teatro, el *Théâtre Français*; no hay discusión posible sobre ello. El asunto está resuelto para el rey. Pero en modo alguno lo está para Beaumarchais. Éste no piensa en arriar velas; conoce demasiado bien que la cabeza regia no tiene poder más que en las monedas y documentos oficiales, pero que, en realidad, sobre el rey reina la reina, y sobre la reina, los Polignac. Por tanto, ¡vayamos a esta suprema instancia! Beaumarchais lee diligentemente en todos los salones su obra -la cual, con la prohibición, se ha puesto de moda-, y con aquel misterioso impulso hacia la autodestrucción, que es tan característico de todas las sociedades degeneradas, la nobleza alaba, encantada, la comedia; en primer lugar, porque se ve escarnecida en ella, y en segundo, porque Luis XVI la ha encontrado inconveniente. Vaudreuil, el amante de la Polignac, tiene la osadía de hacer representar la obra prohibida por el rey en el teatro de su casa de campo; pero aún no basta con esto; es preciso que el rey deje de tener oficialmente razón y la tenga Beaumarchais; la comedia tiene que ser representada en el propio teatro del rey, que la ha prohibido, y precisamente por la razón de haberla prohibido. Secretamente, y según todas las probabilidades con

conocimiento de la reina, para la cual una sonrisa de su Polignac es más importante que toda la autoridad de su esposo, reciben orden los cómicos de estudiar sus papeles; ya están repartidas las localidades, ya se agolpan los carruajes delante de las puertas del teatro, cuando, en el último momento, medita el rey en su dignidad amenazada. Ha prohibido representar la obra; se trata ahora de su autoridad. Una hora antes del comienzo impide Luis XVI la representación mediante una *lettre de cachet.* Se apagan las luces; los carruajes tienen que regresar a casa.

Nuevamente parece terminado el asunto. Pero la descarada camarilla de la reina se divierte ahora en demostrar que su poder, estando unida, es mayor que el de una cabeza coronada sin carácter. El conde de Artois y María Antonieta son enviados por delante para insistir cerca del rey; como siempre, el hombre sin voluntad se doblega tan pronto como su mujer exige algo de él. Para cubrir su derrota sólo pide algunas variaciones en los pasajes más provocativos, justamente aquellos que, en realidad, todo el mundo sabe de memoria desde hace mucho tiempo. La representación de *Las bodas de Fígaro* en el *Théâtre Français* es fijada para el 27 de abril de 1784; Beaumarchais ha triunfado sobre Luis XVI. El que el rey haya querido prohibir la representación y expresado su esperanza de que la obra tenga mal éxito convierte en sensacional la velada para los aristócratas *frondeurs*. La aglomeración es tan grande que son rotas las puertas y destrozadas las barras de hierro de la entrada; con frenéticos aplausos recibe la vieja sociedad aquella obra que, moralmente, le da el golpe mortal, y estos aplausos son, sin que ella lo sospeche, los primeros movimientos públicos del levantamiento, los relámpagos de la Revolución.

Una mínima idea de decoro, de tacto, de razón, tendría que haber ordenado a María Antonieta, dadas las circunstancias, que se mantuviera apartada de toda comedia de este señor Beaumarchais. Precisamente este señor Beaumarchais. que ha manchado descaradamente con su tinta el honor de la reina y que ha puesto en ridículo al rey delante de todo París, no debería poder alabarse de haber visto personificada una de sus figuras de teatro por la hija de María Teresa y esposa de Luis XVI, cuando ambos lo han hecho prender a él por bribón. Pero *summa lex*: instancia suprema para aquella reina mundana: el señor de Beaumarchais, después de su victoria sobre el rey, es la gran moda de París, y la reina obedece a la moda. ¡Qué importan el honor y las conveniencias si se trata sólo de teatro! Y además,

¡qué delicioso papel el de aquella pícara muchacha! ¿Cómo dice el texto? «Imaginaos la más linda y deliciosa criatura: dulce, tierna, cortés, fresca y apetitosa; pie furtivo; talle esbelto, ágil; brazos regordetes, boca de rosa y ¡unas manos!, ¡unas mejillas!, ¡unos dientes!, ¡unos ojos!...» ¿Le es lícito realmente a ninguna otra -¿quién tiene manos tan blancas y brazos tan suaves?- representar este papel encantador sino a la reina de Francia y de Navarra? Por tanto, ¡fuera toda consideración y miramiento! Que venga el excelente Dazincourt de la *Comédie Française* para que enseñe a moverse de modo realmente gracioso a aquellos nobles aficionados y que le encarguen a mademoiselle Bertin los más lindos vestidos. Hay que divertirse una vez más todo lo posible y no pensar eternamente en la animosidad de la corte, las malicias de los queridos parientes y las tontas contrariedades de la política. Todos los días está ahora ocupada María Antonieta con esta comedia, en su delicioso teatrillo blanco y dorado, sin sospechar que ya se está alzando el telón para representar otra comedia, en la cual está llamada a desempeñar el papel principal, sin saberlo ni quererlo.

Los ensayos del *Barbero de Sevilla* tocan a su fin. María Antonieta está cada vez más inquieta y ocupada. ¿Parecerá realmente bastante joven y bastante bonita para hacer de Rosina? El *parterre* de amigos invitados, tan exigente y mal acostumbrado, ¿no le hará el reproche de tener poca soltura y naturalidad y de parecer más bien una *diletante* que una cómica? Verdaderamente, está llena de escrúpulos; singulares escrúpulos de una reina. Y ¿por qué no acaba de venir hoy madame Campan, con la cual debe ensayar su papel? ¡Por fin, por fin aparece! Pero ¿qué ocurre? ¡Parece tan extrañamente excitada! En el día de ayer, el joyero de la corte, Boehmer, se ha presentado en su casa totalmente consternado -acaba por balbucear la dama-, para pedir inmediatamente una audiencia a la reina. Aquel judío sajón le ha contado una historia totalmente loca y embrollada; según su relato, la reina había hecho comprar secretamente en casa del joyero, algunos meses antes, cierto célebre y magnífico collar de diamantes, concertando el pago a plazos. Pero hace ya mucho tiempo que está vencido el término del primero y no le ha sido pagado ni un ducado. Sus acreedores le apremian, y necesita en seguida su dinero.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué diamantes? ¿Qué collar? ¿Qué dinero? ¿Qué plazos? Al pronto, la reina no comprende ni palabra. Por fin recuerda que conoce, naturalmente, el grande y precioso collar que han labrado con tan perfecto gusto los dos joyeros de la corte, Boehmer y Bassenge. Se lo han ofrecido varias veces en un millón seiscientas mil libras; ¡claro que le habría gustado poseer esta joya magnífica! Pero los ministros no dan dinero para ello; hablan siempre de déficit. ¿Cómo pueden, pues, estos embusteros afirmar que lo han adquirido para ella y hasta a plazos y en secreto y que les debe, además, dinero? Tiene que haber una loca confusión. En todo caso, se acuerda ahora la reina, hará cosa de una semana que ha recibido de estos joyeros una carta singular en la que le daban las gracias por algo y le hablaban de una alhaja preciosa. ¿Dónde está la carta? ¡Ah, es verdad!: la ha quemado. No suele leer nunca detenidamente las cartas, y también esta vez ha destruido al instante aquella respetuosa a incomprensible faramalla. Pero ¿qué quieren, en realidad, de ella? María Antonieta hace al instante que su secretario le dirija una carta a Boehmer. En todo caso, no lo cita ya para el día siguiente, sino para el 9 de agosto.

¡Dios mío!, el asunto de ese loco no corre tanta prisa, y la reina necesita de toda su atención para los ensayos del Barbero de Sevilla.

El 9 de agosto, pálido, excitado, se presenta Boehmer, el joyero. La historia que refiere es completamente incomprensible. Al principio, la reina cree tener en su presencia a un loco. Cierta condesa Valois, la amiga íntima de la reina -«¿Cómo? ¿Amiga mía? No he recibido jamás a una dama de ese nombre»-, ha examinado aquella alhaja en casa del joyero, declarando que la reina quiere comprarla en secreto. Y Su Eminencia, monseñor el cardenal de Rohan -«¿Qué? ¿Ese repugnante sujeto con el cual no he cambiado jamás una palabra?»-, ha recibido la joya por encargo de Su Majestad.

Por insensato que parezca todo ello, algo tiene que haber de verdad en el asunto, pues el sudor brota de la frente de este pobre hombre y tiembla de la cabeza a los pies. También la reina tiembla de furor al saber el villano abuso que aquellos desconocidos bribones han hecho de su nombre. Ordena al joyero inmediatamente que redacte por escrito una detallada exposición de todo el asunto. El 12 de agosto tiene en sus manos este fantástico documento, que todavía se encuentra hoy en los

archivos. María Antonieta cree soñar. Va leyendo, y su enojo y su furia crecen de línea en línea: tal impostura carece de precedentes. Hay que hacer un castigo ejemplar. Por el momento no da cuenta de ello a ningún ministro, no se aconseja con ninguno de la familia; únicamente le confía al rey todo el asunto, el 14 de agosto, solicitando que defienda su honor.

Más tarde sabrá María Antonieta que habría hecho mejor meditando cuidadosamente sobre este embrollado asunto, lleno de confusos escondrijos. Pero, en lo fundamental, el reflexionar, el hacer un examen serio de las cosas, no ha figurado nunca entre las notas características de este temperamento dominante a impaciente, y menos que nunca cuando se halla ya excitado el resorte fundamental de su ser: su impulsivo orgullo.

En su falta de dominio, la reina no ve, al principio, en todo este escrito acusatorio más que un solo y único nombre: el del cardenal Luis de Rohan, a quien, con toda la violencia de su no dominado corazón, detesta implacablemente desde hace años y a quien atribuye irreflexivamente todas las ligerezas y todas las infamias. En realidad, este mundano y noble sacerdote no le hizo jamás daño alguno; hasta fue aquel que, cuando la entrada en Francia de la reina, le dio la bienvenida a la puerta de la catedral de Estrasburgo de un modo harto encomiástico. Bautizó a los hijos de la reina y ha buscado todas las posibles ocasiones para acercarse a ella amistosamente. Hasta en lo más profundo de su ser no existe oposición alguna entre sus dos naturalezas; por el contrario, este cardenal de Rohan es realmente una copia masculina del carácter de María Antonieta; igualmente frívolo, igualmente superficial y gastador, y tan negligente en cuanto a sus deberes religiosos como ella respecto a sus deberes regios; un clérigo mundano, lo mismo que ella es una soberana mundana; obispo del rococó, lo mismo que ella es reina del rococó. Habría concertado excelentemente con las gentes del Trianón, dadas sus maneras cuidadas, su espiritual aburrimiento, su ilimitada prodigalidad, y probablemente se habrían entendido a las mil maravillas el cardenal elegante, bello, ligero, gratamente veleidoso, y la reina coqueta, bonita, jugadora y gozadora de la vida. Sólo una casualidad los convirtió en adversarios, pero ¡con cuánta frecuencia aquellos que, en el fondo, son entre sí muy semejantes se convierten en los más encarnizados enemigos! Propiamente, María Teresa fue quien actuó de cuña para

apartar a Rohan y María Antonieta; el odio de la reina es herencia materna, un odio contagioso, nacido de la persuasión. Antes de ser cardenal de Estrasburgo, Luis de Rohan había sido embajador en Viena; allí había sabido atraer hacia sí el ilimitado enojo de la vieja emperatriz. Esperaba ella un diplomático y encontró frente a sí un presumido charlatán. La escasa capacidad intelectual del cardenal la habría aceptado gustosa María Teresa, porque la simplicidad del enviado de una potencia extranjera significaba un buen elemento en favor de su propia política. También habría dispensado el fausto de que se rodeaba el cardenal, aunque la enojara fuertemente que este vano siervo de Jesús hubiera entrado en Viena con dos carrozas de gala, cada una de las cuales costaba cuarenta mil ducados; una gran caballeriza, camareros y ayudas de cámara, guardias y lectores, maestros de ceremonias y de casa y corte, un abigarrado bosque de plumachos a innumerables sirvientes con libreas de seda verde: lujo que dejaba insolentemente en la sombra el de la corte imperial. Pero en dos clases de cuestiones es inexorable la vieja emperatriz: en lo que toca a la religión y en to que se refiere a las buenas costumbres no es posible bromear con ella. El espectáculo de un servidor de Dios que deja sus sagrados hábitos para irse, vestido de cazador, rodeado de admiradoras, a matar en un solo día ciento treinta piezas de caza provoca en esta mujer piadosa ilimitada indignación, la cual asciende hasta el furor tan pronto como observa que aquella libre, frívola y dispendiosa conducta, en vez de escandalizar, encuentra en Viena general aprobación, ¡en su Viena, la ciudad de los jesuitas y de las comisiones de costumbres! Toda la nobleza, a quien la económica y austera manera de ser de la condesa de Schoenbrunn aprieta la gorguera, respira libremente en compañía de este noble y elegante fanfarrón; ante todo, las señoras, a quienes la severidad de costumbres de la puritana viuda amarga la existencia, se agolpan para concurrir a las alegres cenas del embajador. «Nuestras mujeres -tiene que reconocer la enojada emperatriz-, sean jóvenes o viejas, bellas o feas, están hechizadas por él. Es su ídolo; están plenamente locas, en tal forma, que el cardenal se siente extraordinariamente a gusto aquí y asegura que quiere prolongar su residencia aun después de la muerte de su tío el arzobispo de Estrasburgo.» Pero hay más todavía: la ofendida emperatriz tiene que ver como Kaunitz, su hombre de confianza, siempre fiel, llama a Rohan su querido amigo, y hasta su propio hijo

José, al cual siempre le gusta decir que sí donde su madre dice que no, establece también cierta amistad con el obispo gentilhombre: tiene que contemplar la emperatriz cómo aquel elegante señor seduce a la familia imperial, a toda la corte y a toda la ciudad, encaminándolos hacia su disoluto modo de vivir. Pero María Teresa no quiere que su Viena, severamente católica, llegue a ser ningún frívolo Versalles, ni ningún Trianón, ni dejar que se introduzcan en su nobleza el adulterio y el amancebamiento; tal peste no debe establecerse en Viena, y para ello es preciso que Rohan se marche. Carta tras carta van hacia María Antonieta para que ésta haga todo lo posible para apartar de la proximidad de su madre este «repugnante individuo», a este *vilain évêgue*, a este «espíritu incorregible», a este *volume farci de bien mauvais propos*, a este *mauvais sujet*, a este *vrai panier percé* -ya se ve a qué lenguaje destemplado conduce la cólera de esta mujer reflexiva-. Gime, grita hasta la desesperación, para que la «libren» por fin de este mensajero del Anticristo. Y en efecto, apenas María Antonieta asciende al trono, cuando logra, obediente a su madre, que Luis de Rohan sea llamado de su puesto en la Embajada de Viena.

Pero un Rohan, cuando cae, es para ascender. Por el perdido puesto de embajador lo elevan a obispo, y poco después a *grand aumônier*, la suprema dignidad eclesiástica de la corte, por cuyas manos son distribuidos todos los dones benéficos del rey. Sus rentas son inmensas, pues no sólo es obispo de Estrasburgo, sino landgrave de Alsacia, abad de la muy lucrativa abadía de Saint-Vaast, superintendente del hospital real, provisor de la Sorbona y. además de eso, no se sabe por qué méritos, miembro de la Academia Francesa. Pero por muy poderosamente que se amontonen sus ingresos, siempre son sobrepujados por los gastos, pues Rohan, bonachón, aturdido y dilapidador, derrama dinero a manos llenas. Reedifica, gastando millones, el palacio arzobispal de Estrasburgo: da las fiestas más suntuosas, no es ahorrador con las mujeres, y, de todas sus fantasías, su amistad con el señor de Cagliostro es de las más ruinosas, pues sólo él le cuesta más que siete *maîtresses*. Pronto no es un secreto para nadie que las finanzas del obispo se hallan en una situación extremadamente triste; con más frecuencia se encuentra a este servidor de Cristo en casa de usureros judíos que en la de Dios, y más a menudo en compañía de damas que en la de sabios teólogos. Precisamente

el Parlamento acaba de ocuparse de las deudas del hospital dirigido por Rohan; ¿es, pues, un milagro que la reina, a primera vista, esté convencida de que ese atolondrado ha urdido todo embuste para proporcionarse crédito a costa del nombre regio? «El cardenal ha abusado de mi nombre -le escribe a su hermano en su primera explosión de cólera- como un vulgar y torpe falsificador de moneda. Probablemente, en su apremiante necesidad de dinero, ha confiado en poder pagar a los joyeros dentro de los términos señalados sin que nada fuera descubierto.» Se comprende bien su error, se comprende bien su exasperación y que no quiera en modo alguno perdonar a este hombre. Pues durante quince años, desde su primer encuentro delante de la catedral de Estrasburgo, María Antonieta, fiel al mandato de su madre, no le ha dirigido la palabra ni una sola vez, sino que lo ha tratado mal delante de toda la corte. De este modo tiene que considerar como un villano acto de venganza el que precisamente este hombre haya osado mezclar el nombre de la reina en un asunto de estafa; de todos los ataques a su honor que ha sufrido de parte de la nobleza francesa, le parece el más desvergonzado a insidioso. Y con ardientes palabras, con lágrimas en los ojos, exige al rey que este embaucador -tiene por tal erróneamente a quien es el embaucado- sea castigado sin piedad y de un modo ejemplar, con la mayor publicidad posible.

El rey, sometido sin reserva alguna a su mujer, no reflexiona en nada cuando la reina solicita algo de él; ella, por su parte, jamás examina las consecuencias de todas sus acciones y deseos. Sin comprobar la acusación, sin pedir los documentos, sin interrogar al joyero ni al cardenal, se pone Luis XVI, con obediencia de esclavo, al servicio de una irreflexiva cólera de mujer. El 15 de agosto sorprende el rey a su Consejo de Ministros al manifestarles su intención de hacer detener inmediatamente al cardenal. ¿Al cardenal? ¿Al cardenal de Rohan? Los ministros se asombran, se espantan y, estupefactos, se miran unos a otros. Por último, uno de ellos osa preguntar prudentemente si no hará muy mal efecto el detener públicamente, como a un vulgar criminal, a tan alto dignatario, y, para más, eclesiástico. Pero precisamente esto, precisamente la pública ignominia, es lo que exige María Antonieta como castigo. Hay que dar, por fin, un bien visible ejemplo para que se sepa que el nombre de la reina no puede ser mezclado de este modo en toda vileza.

Inconmovible, María Antonieta lo exige así de la justicia pública. Muy de mala gana, llenos de inquietud y malos presentimientos, acceden por fin los ministros. Pocas horas más tarde se desarrolla un inesperado espectáculo. Como la Asunción de María es el santo de la reina, se presenta toda la corte en Versalles para felicitarla; el *Oeil de Boeuf* y la Galería de los Espejos están totalmente llenos de cortesanos y de altos dignatarios.

También el principal actor, Rohan, a quien incumbe la tarea de celebrar la misa de pontifical en aquel día solemne, espera inocentemente, con su sotana escarlata y revestido ya de su sobrepelliz, en el recinto destinado para los personajes de alta categoría, para las grandes entrées, delante de la cámara del rey.

Pero en lugar de aparecer solemnemente Luis XVI para ir a misa con su esposa, un lacayo se acerca a Rohan. El rey le ruega que pase a su gabinete particular. Allí, mordiéndose los labios y apartando la vista del que entra, se halla en pie la reina; la cual no corresponde a su saludo; a igualmente solemne, glacial y desatento, el ministro barón de Breteuil, enemigo personal del cardenal. Antes de que Rohan pueda reflexionar en lo que es posible deseen de él, el rey comienza a hablarle franca y rudamente: « Querido primo, ¿qué es eso de un collar de diamantes que ha comprado usted en nombre de la reina?».

Rohan palidece. No viene preparado para esto. «*Sire,* bien veo que fui engañado, pero yo no he engañado», balbucea.

«Si es así, querido primo, no tiene usted por qué inquietarse. Pero le ruego que me lo explique todo.» Rohan es incapaz de responder. Ve frente a sí a María Antonieta, muda y amenazadora.

Le falta la palabra. Su confusión provoca la piedad del rey, el cual busca una salida.

«Ponga usted por escrito lo que tenga que decirme», dice el rey, y sale de la habitación con María Antonieta y Breteuil.

El cardenal, al encontrarse solo, logra escribir unas quince líneas en un papel y le tiende su declaración al Rey cuando vuelve a entrar. Una mujer llamada Valois le ha decidido a comprar ese collar para la reina. Pero comprende ahora que ha sido engañado por esa persona.

«¿Dónde está esa mujer?», pregunta el rey.

«*Sire*, no lo sé.» «¿Tiene usted el collar?» «Está en manos de esa mujer.» El rey hace llamar entonces a la reina, a Breteuil y al guardasellos y hace leer la exposición de ambos joyeros. Pregunta por los pagarés aparentemente suscritos por la reina.

Totalmente abrumado, tiene que confesar el cardenal: «*Sire*, están en mi poder; son manifiestamente falsos».

«Claro que lo son», responde el rey. Y aunque el cardenal ofrece ahora pagar el collar, resume severamente el rey: «Señor mío, dadas las circunstancias, no puedo abstenerme de mandar que sellen su casa y de apoderarme de su persona. El nombre de la reina es precioso para mí. Está en compromiso; no debo hacerme culpable de ninguna negligencia».

Rohan procura insistentemente que le sea evitada tamaña vergüenza y especialmente en la hora en que debe comparecer ante Dios y decir la misa de pontifical para toda la corte.

El rey, blando y bondadoso, se siente inseguro ante la manifiesta desesperación de aquel hombre que ha sido engañado. Pero ahora María Antonieta no puede contenerse ya por más tiempo y, con coléricas lágrimas en los ojos, zahiere a Rohan, preguntándole cómo pudo haber creído, después de ocho años en que no le ha honrado dirigiéndole ni una sola palabra, que iba a escogerlo a él como mediador para concertar secretamente ningún negocio a espaldas del rey. El cardenal no encuentra respuesta a este reproche; él mismo no comprende ahora cómo ha podido dejarse enredar insensatamente en esta aventura. El rey lo lamenta mucho, pero acaba por decir: «Deseo mucho que pueda usted justificarse.

Pero tengo que cumplir aquello a que estoy obligado como rey y como esposo».

Ha terminado la conversación. Fuera, en la cámara de recepción, colmada de gente, espera, inquieta y curiosa, toda la nobleza. La misa debería haber comenzado hace ya mucho tiempo. ¿Por qué se retrasa tanto? ¿Qué es lo que ocurre? Los vidrios de las ventanas vibran levemente con los impacientes pasos de los que pasean de un extremo a otro; otros se hallan sentados y cuchichean; se percibe en el ambiente que está a punto de estallar una tormenta.

De repente se abren con violencia las hojas de la puerta del gabinete real. El cardenal de Rohan aparece el primero, con su sotana color rojo, pálido y

mordiéndose los labios; detrás de él, Breteuil, el antiguo soldado, enrojecido su tosco semblante de viñador, con ojos centelleantes de excitación. En medio del salón ordena de pronto al capitán de los guardias de corps, con voz intencionadamente sonora: «¡Detened al señor cardenal!».

Todos se estremecen. Todos se aterran. ¡Un cardenal detenido! ¡Un Rohan! ¡En la antecámara del rey! ¿Estará borracho ese viejo espadachín de Breteuil? Pero no; Rohan no se defiende, no se indigna; con los ojos bajos, se adelanta obediente al encuentro de la guardia. Estremecidos abren camino los cortesanos y, a través de esta doble fila de miradas investigadoras, humillantes, irritadas, avanza de sala en sala, hasta descender la escalera, el príncipe de Rohan, gran limosnero del rey, cardenal de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación; príncipe imperial de Alsacia, miembro de la Academia y decorado, además, con innumerables dignidades. A sus espaldas, lo mismo que tras un condenado a galeras, va un rudo soldado vigilándolo. En una apartada estancia. Rohan es confiado a la guardia de palacio y, al despertar de su aturdimiento aprovecha el atolondramiento general para trazar rápidamente, con lápiz, algunas líneas en una hoja de papel, en las cuales indica a su abate secretario que queme rápidamente todos los escritos contenidos en una camera roja; son, según se sabrá más tarde por el proceso, las falsificadas cartas de la reina. Abajo, uno de los haiducos de Rohan monta con toda celeridad a caballo, galopa con el papel hasta el Hotel de Estrasburgo y llega antes de que la Policía, más lenta en sus movimientos, vaya a sellar todos los muebles y antes de que -vergüenza sin igual- el gran limosnero de Francia sea conducido a la Bastilla en el momento en que iba a decir la misa ante el rey y toda la corte. Al mismo tiempo es publicada la orden de detención contra todos sus cómplices en este asunto todavía oscuro. Aquel día no se dice ninguna misa más en Versalles; ¿para qué? Nadie habría tenido devoción para oírla; toda la corte, toda la ciudad, todo el país quedan aturdidos con esta noticia, que surge inesperadamente como un rayo que cae de un sereno cielo.

Detrás de la cerrada puerta queda, muy agitada, la reina; vibran aún de enojo sus nervios; la escena la ha excitado espantosamente, pero siquiera ha caído, por fin, uno de los calumniadores, uno de los hipócritas enemigos de su honor. Todas las gentes de buenos sentimientos, ¿no se precipitarán ahora para felicitarla por la

detención de ese miserable? ¿No alabará toda la corte la energía con que el rey, tanto tiempo tenido por débil, hizo prender con mano firme al más indigno de los sacerdotes? Pero, cosa rara: nadie viene. Con sus miradas confusas, hasta sus propias amigas evitan acercársele; todo está muy silencioso en Trianón y en Versalles. La nobleza no se esfuerza en disimular su enojo por haber sido preso de modo tan deshonroso uno de los miembros de su clase privilegiada, y el cardenal de Rohan, repuesto de su primer espanto y a quien el rey ha ofrecido indulgencia en el caso de que se someta a su juicio personal, declina fríamente la merced y elige como juez al Parlamento. La precipitada reina se siente molesta. María Antonieta no se alegra de su éxito; por la noche, sus camareras la encuentran llorando.

Pero pronto predomina su antigua frivolidad. « En to que a mí toca -le escribe con loca ilusión a su hermano José-, estoy encantada de que nunca más volveremos a oír hablar de ese repugnante asunto.» Escribe esto en el mes de agosto, y el proceso ante el Parlamento, en el mejor de los casos, sólo podrá ser visto en diciembre, y hasta quizás en el año próximo. ¿Para qué, pues, cargarse ahora con tal lastre la cabeza? ¿Qué importa que las gentes charlen y murmuren? De prisa por tanto; que traigan los potecillos de ungüentos para el rostro, y los trajes nuevos, que por una nimiedad como ésta no va a renunciarse a tan deliciosa comedia. Los ensayos siguen su curso; la reina estudia (en lugar de los expedientes de la Policía en aquel gran proceso, que acaso todavía estaba en sazón de ser detenido) el papel de la alegre Rosina en *El barbero de Sevilla*. Pero parece que también esta obra la ha ensayado harto indolentemente. Pues, en otro caso, habría debido asombrarse y reflexionar al oír las palabras de su compañero Basilio, que tan proféticamente describe el poder de la calumnia. «¡La calumnia, señor! ¡No sospecha usted qué es lo que desprecia! ¡He visto a las gentes más honradas a punto de ser aplastadas por ella! ¡Crea que no hay malicia, por vulgar que sea; que no hay vileza, que no hay absurda historia que no pueda hacerse adoptar como artículo de fe a los desocupados de una gran ciudad si se les maneja bien, y aquí tenemos gentes de tal habilidad...! Primero es un leve rumor que pasa rozando el suelo, como la golondrina antes de la tempestad, *pianissimo*, sólo un murmullo que se pierde, y siembra, al volar, su dardo envenenado. Una boca lo recoge y, *piano, piano,* os lo desliza astutamente en el oído. El daño está hecho, germina, se arrastra, se abre

camino *riforzando* de boca en boca y corre como el diablo. Después, de repente, sabe Dios cómo, ve usted a la calumnia que se alza, silba, se hincha y crece a ojos vistas; se remonta, tiende su vuelo, gira, envuelve, arranca, arrastra, estalla, atruena y llega a ser, gracias al cielo, un grito general, un crescendo público, un coro universal de odio y proscripción. ¿Quién diablos la resistiría?» Pero María Antonieta oye mal, como siempre, al cómico personaje. Si no, habría tenido que comprender que aquí, en un juego aparentemente ligero, se trata nada menos que de su propio destino. La comedia rococó termina definitivamente con esta última representación del 19 de agosto de 1785; *incipit tragaedia.*

Capítulo 15
El asunto del collar

¿Qué es lo que, en realidad, había sucedido? No es fácil exponerlo en un relato al que se pueda prestar fe, pues de hecho, tal como el asunto del collar se desenvolvió, es lo más inverosímil de lo inverosímil, en forma que no sería aprovechable, por su falta de credibilidad, ni para una novela. Pero cuando la realidad tiene una sublime ocurrencia y, al mismo tiempo, se encuentra en uno de sus días poéticos, excede en fantasía y en arte de invención al mejor provisto de dotes imaginativas de todos los poetas. Entonces también, empero, harán mejor todos los poetas en dejarla que siga libremente su juego, sin pretender añadir combinación alguna a su genial arte combinatorio; hasta el mismo Goethe, que en *El Gran Copto* intentó dramatizar la historia del collar, sólo consiguió transformar en broma vulgar lo que en realidad fue una de las farsas más descaradas, más chispeantes y más emocionantes de la Historia. Juntando todos las comedias de Molière, no se logra reunir un conjunto tan abigarrado y divertido de bribones, trapaceros y embaucadores, de orates y de gentes tan deliciosamente burladas como en esta alegre « olla podrida», en la cual una urraca ladrona, un zorro ungido con todos los ungüentos de la charlatanería y un oso chabacano y crédulo componen la más insensata bufonada de la Historia Universal.

En el centro de toda auténtica y verdadera comedia se encuentra siempre una mujer. La del asunto del collar, hija de un noble arruinado y de una corrompida criada de servir, se crió como una sucia y abandonada mendiga que va descalza a robar patatas por los campos y que por un pedazo de pan guarda las vacas de los aldeanos. Después de la muerte del padre, se entrega la madre a la prostitución y la pequeña al pordioseo: se habría envilecido totalmente sin la feliz casualidad de que, a los siete años, le pidiera limosna en un camino a la marquesa de Boulainvilliers con este asombroso lamento: «¡Piedad para una pobre huérfana de la sangre de los Valois!». ¿Cómo? ¿Semejante niña, piojosa y medio muerta de hambre, descendiente de una casa real? ¿De la piadosa sangre de san Luis? Imposible, piensa la marquesa. Pero, sin embargo, hace parar su carroza e interroga a la mendigüela.

En el asunto de collar, ya desde el principio hay que acostumbrarse a admitir como verdad lo más increíble; lo más aturullante se convierte en él en realidad. Esta Jeanne es realmente hija legítima de Jacques de Saint-Rémy, por su profesión cazador furtivo, borracho y terror de los aldeanos, pero, a pesar de ello, un directo y auténtico descendiente de los Valois, que, en cuanto a categoría y antigüedad, en nada ceden a los Borbones. La marquesa de Boulainvilliers, conmovida de ver tan fantásticamente caída en la miseria a una descendiente real, lleva al punto consigo a la muchacha junto con una hermana más joven, y las hace educar, a su costa, en un pensionado. A los catorce años entra Jeanne como aprendiza en casa de una modista; después se hace lavandera, planchadora, aguadora, costurera de blanco, y, por último, es internada en un convento para doncellas nobles.

Mas para monja, según pronto ha de probarlo, no tiene ninguna vocación la pequeña Jeanne. La paterna sangre vagabunda borbotea en sus venas: a los veintidós años escala resueltamente, con su hermana, las tapias del convento. Sin dinero en el bolsillo y el espíritu lleno de afán de aventuras, emergen ambas en Bar-sur-Aube. Allí Jeanne, bonita como es, encuentra un oficial de la gendarmería, de una nobleza de segundo orden, Nicolás de la Motte, el cual se casa poco después con ella, y, a la verdad, en el último momento, pues la bendición sacerdotal no precede en más de un mes al advenimiento de dos mellizos. Con un marido de esta clase muy acomodaticio moralmente jamás hubo de sentirse celoso-, madame De la Motte podría haber llevado, en realidad, una cómoda y modesta existencia de pequeño burgués: pero «la sangre de los Valois» reclama sus derechos: desde el primer momento esta petite Jeanne no tiene más que un solo pensamiento: subir. Es indiferente cómo y por qué medios. Primeramente se acerca a su bienhechora, la marquesa de Boulainvilliers, y tiene la suerte de ser recibida por ella precisamente en el castillo del cardenal de Rohan, en Saveme. Linda y hábil como ella es, aprovecha al punto la amable debilidad del galante y bondadoso cardenal. Por su mediación obtiene en seguida su marido -nos imaginamos a qué precio- un despacho de capitán en un regimiento de dragones y el pago de las deudas contraídas hasta el día.

De nuevo podía estar satisfecha Jeanne. Pero ni este bello empujón hacia lo alto no lo considera más que como un peldaño. Si De la Motte ha sido nombrado capitán

por el rey, ahora se concede él a sí mismo, por su propia plenitud de poderes, un título de conde y hasta libre de gastos. Cuando puede jactarse una de ostentar un nombre tan sonoro como el de «la condesa de Valois de la Motte», ¿debe resignarse a quedar perdida en una provincia, con una pensión de favor y un modesto sueldo de oficial? ¡Absurdo! Tal nombre vale cien mil libras al año para una mujer bonita y sin escrúpulos, que está decidida a desplumar radicalmente a todos los vanidosos y a todos los imbéciles. Con este objeto, ambos compinches alquilan en París toda una casa en la Rue Neuve-Sainte-Gilles; les hablan a los usureros de unas inmensas propiedades, a las cuales la condesa tiene pretensiones como descendiente de los Valois, y con lo que toman a préstamo llevan una gran vida de sociedad; cierto que el servicio de mesa de plata no les es prestado nunca sino por tres horas del almacén más inmediato a su casa. Cuando, por último, los acreedores la persiguen demasiado, la condesa de Valois de la Motte declara que se traslada a Versalles para exponer allí sus demandas ante la corte.

Claro que no conoce a nadie en la Corte y podría fatigar durante semanas enteras sus bonitas piernas, sin ser recibida ni siquiera en la antecámara de la reina. Pero la astuta embaucadora lleva ya su *coup* preparado. Se coloca, con los otros pretendientes, en la antecámara de madame Elisabeth, y de repente cae desmayada. Todos se precipitan, su marido pronuncia su nombre retumbante, y refiere, con lágrimas en los ojos, que el hambre sufrida durante años enteros y la debilidad procedente de ella son las causas del desvanecimiento. Llenos de compasión, llevan a su casa, en una camilla, a la enferma totalmente sana, le son enviadas doscientas libras y la pensión asciende de ochocientas a mil quinientas. Pero ¿es acaso eso algo más que una bagatela para una Valois? Por tanto, a dar valientemente un nuevo golpe; un segundo desvanecimiento en la antecámara de la condesa de Artois; un tercero en la Galería de los Espejos, por la que tiene que atravesar la reina. Por desgracia, María Antonieta, de cuya generosidad había esperado mucho la obstinada pedigüeña, no sabe nada de esta ocurrencia, y un cuarto desmayo en Versalles sería sospechoso; así, ambos esposos regresan a París con un botín reducido. Están muy lejos de haber alcanzado lo que querían. Bien se comprende que se guardan mucho de charlar de ello; por el contrario, se llenan orgullosamente la boca diciendo lo bondadosa y cordialmente que los ha recibido la

reina, como a queridos parientes. Y como hay abundante gente para quienes una condesa de Valois, bien recibida en el círculo de la reina, es una valiosa amistad, pronto viene algún enjundioso camero a dejarse esquilar y el crédito vuelve a ser restablecido por algún tiempo. Ambos mendigos cargados de deudas -*mundus volt decipi*- crean toda una corte en torno a sí, dirigida por el llamado primer sacerdote, un tal Rétaux de Villette, el cual, en realidad, no sólo comparte sin titubear las briboneríás de la noble condesa, sino también su lecho; un segundo secretario, Loth, hasta pertenece al estado eclesiástico. Contratan cocheros, lacayos y camareras, y bien pronto se lleva una vida muy divertida en la calle Neuve-SaintGilles. Hay allí amenas partidas de juego, cierto que poco fructuosas para los pazguatos que se dejan coger con liga, pero muy animada por todo un mundo de damas equívocas. Por desgracia, últimamente se mezclan algunas personas importunas; dan señales de vida acreedores y alguaciles con la inconveniente pretensión de ser por fin pagados. Otra vez la digna pareja se encuentra con que se le han acabado los latines; los pequeños ardides no aprovechan ya más. Pronto será tiempo de asestar un gran golpe.

Para una estafa de gran magnitud siempre son indispensables dos elementos: un gran estafador y un gran bobo. Felizmente, el bobo lo tiene ya a mano y no es ningún otro sino el esclarecido miembro de la Academia Francesa, Su Eminencia el cardenal de Rohan, obispo de Estrasburgo y gran limosnero de Francia. Completamente hombre de su tiempo, ni más inteligente ni más tonto que cualquier otro, este príncipe de la Iglesia, de un exterior muy atractivo, padece también la enfermedad de su siglo: es de una credulidad excesiva. La humanidad no es capaz de vivir permanentemente sin una fe; y como el ídolo del siglo, Voltaire, ha dejado fuera de moda la fe en la Iglesia, la superstición se introduce y ocupa su puesto en los salones del *dix-huitième*. Para alquimistas, cabalistas, hermanos Rosa-Cruz, charlatanes, nigrománticos y médicos milagrosos comienza una edad de oro. Ningún hombre de la nobleza, ningún hombre de mundo, dejará de haber estado con Cagliostro en su logia, con el conde Saint-Germain sentado a la mesa, con Mesmer presenciando sus experimentos con la tina magnética.

Precisamente por ser tan despejados, tan agudamente frívolos; precisamente porque ya no toman en serio ninguna cosa, los generales su servicio, la reina su

dignidad, los sacerdotes su Dios, necesitan estos «ilustrados» vividores cualquier juego contra el espantoso vacío de su alma, y juegan con la metafísica, la mística, lo suprasensible y lo incomprensible, y, a pesar de toda su clarividencia y de todas sus agudezas, van a dar en las redes de los más chabacanos embaucadores de la manera más tonta. Entre esos pobres de espíritu, Su Eminencia el cardenal de Rohan es el más ingenuamente crédulo y cae en manos del más universalmente astuto de los fascinadores, en las del papa de todos los trapaceros, en las del « divino» Cagliostro. Instalado en el castillo de Saverne, hace pasar magistralmente a su bolsillo, por medio de hechizos, el dinero y la razón de su huésped.

Ahora bien, como augures y estafadores siempre se reconocen unos a otros a la primera ojeada, lo mismo ocurre, en este caso, con Cagliostro y madame De la Motte; por medio de aquel confidente de todos los secretos del cardenal averigua ella el más escondido de los deseos de Rohan, el de ser primer ministro de Francia, y también descubre el único obstáculo temido por el cardenal: la conocida mas para él inexplicable antipatía de la reina María Antonieta hacia su persona. Conocer la debilidad de un hombre, para una mujer astuta, es siempre lo mismo que tenerlo ya en sus manos; al vuelo, teje una red la bellaca para hacer bailar al oso episcopal hasta que sude oro. En abril de 1784 comienza la De la Motte a dejar caer de cuando en cuando una pequeña observación acerca de lo tiernamente que confía en ella su «querida amiga» la reina; cada vez más llena de fantasía, inventa episodios que suscitan en el sencillo cardenal la idea de que aquella linda mujercita podría ser una ideal intercesora para él cerca de la reina. Cierto que le afecta mucho, acaba por confesar francamente, el que desde hace años Su Majestad no le honre ni con una mirada, cuando para él no habría mayor dicha que la de que le fuera dado servirla respetuosamente. ¡Ay! ¡Si hubiese alguien que hiciera conocer a la reina sus verdaderos sentimientos! Compasiva y emocionada, promete la «íntima amiga» hablarle en su favor a María Antonieta; y de qué peso, con asombro de Rohan, tiene que ser la intervención de la De la Motte, ya que en mayo le anuncia que la reina ha cambiado de opinión y próximamente dará al cardenal una discreta muestra de su transformado pensamiento; claro que nada público todavía; durante la próxima recepción de la corte le hará de un modo determinado cierto saludo secreto. Cuando se desea crear alguna cosa es grato creerla; cuando se desea su vista, también se

llega a verla fácilmente. En efecto, el buen cardenal, en la siguiente recepción, cree observar cierta *nuance* en la inclinación de cabeza de la reina y le paga muy buenos ducados a la tierna mediadora.

Mas para la De la Motte falta aún mucho para que el filón de oro rinda con la debida abundancia. Para meterse aún con mayor seguridad al cardenal en el bolsillo hay que mostrarle cualquier prueba escrita del regio favor. ¿No estarían bien unas cartas? ¿Para qué tendría, si no, la De la Motte un secretario sin escrúpulos en su casa y en su lecho? En efecto, Rétaux escribe sin vacilar unas cartas de la propia mano de María Antonieta a su amiga la Valois. Y ya que el bobalicón las admira como auténticas, ¿por qué no seguir avanzando por este lucrativo camino? ¿Por qué no simular al momento una correspondencia secreta entre Rohan y la reina, a fin de poder llegar más hasta el fondo de la caja del primero? Por consejo de madame De la Motte redacta el deslumbrado cardenal una detallada justificación de su anterior conducta, la corrige durante días enteros y entrega por fin el escrito, puesto en limpio, a aquella mujer impagable en el más auténtico sentido del vocablo. Y he aquí... Realmente, ¿no es una hechicera esta madame De la Motte y la más íntima amiga de la reina? De aquí que, pocos días más tarde, le trae ya una cartita, en un blanco plieguecillo aflligranado, con dorados bordes y la flor de lis francesa en un ángulo. La hasta entonces inaccesible y esquiva, la orgullosa reina de la Casa de los Habsburgo le escribe al otro tiempo menospreciado cardenal: «Me alegro mucho de no tener que considerarte a usted ya como culpable; todavía no puedo conceder a usted la audiencia que desea. Tan pronto como las circunstancias lo permitan se lo comunicaré. Sea usted discreto». El embaucado apenas es capaz de dominar su alegría; por consejo de la De la Motte da las gracias a la reina; recibe de nuevo cartas y de nuevo las escribe, y cuanto más se le llena el corazón de orgullo y anhelo ante la idea de estar en tan alto favor con María Antonieta, tanto más le aligera los bolsillos la De la Motte. El temerario juego se halla en pleno curso.

Sólo es lástima que no haya medio de que un importante personaje se muestre dispuesto a desempeñar su papel en la comedia: precisamente la protagonista, la reina. Mas no es posible continuar largo tiempo esta peligrosa partida sin introducirla en la acción, pues no se puede embaucar ni aun a la persona más fácilmente crédula haciéndole figurar eternamente que la reina le ha saludado, si

ella, en realidad, aparta con toda tiesura la mirada de aquel hombre execrado y jamás le dirige la palabra. Cada vez se hace mayor el peligro de que el pobre bobalicón descubra por fin el pastel. Por canto hay que inventar una jugada de ajedrez muy usada. Como naturalmente está descontado que jamás la reina le dirigirá la palabra al cardenal, ¿no bastará hacer creer a aquel majadero que ha hablado con la reina? ¿Qué ocurriría si, aprovechando el momento favorable para todas las trapacerías, la oscuridad de la noche, y un lugar propicio en cualquier sombrío paseo del parque de Versalles, se llevara a Rohan, en lugar de la reina, una figuranta a quien se hubiera enseñado a decir algunas palabras? De noche todos los gatos son pardos, y, en su excitación y atontamiento, el buen cardenal se dejaría burlar con la misma facilidad que con las paparruchas de Cagliostro y las camas de cantos dorados escritas por mano de su ignaro secretario.

Pero ¿dónde encontrar a toda prisa una figuranta, un «doble», como se dice hoy en el lenguaje del cine? Sólo allí donde unas muy amables damas y damiselas, de todas clases y tamaños, esbeltas y metidas en carnes, flacas y gordas, rubias y morenas, se pasean a todas horas con un fin comercial: en el jardín del Palais Royal, el paraíso de la prostitución de París. El «conde» de la Motte toma a su cargo la espinosa comisión: no necesita mucho tiempo y ya ha hecho el descubrimiento de una sustituta de la reina, una joven dama llamada Nicole -que más tarde llevará el nombre de baronesa de Oliva-, modista en apariencia, pero en realidad más ocupada del servicio de los caballeros que de una clientela de señoras. No cuesta mucho trabajo convencerla para que represente su fácil papel, pues -según explica la señora De la Motte delante de sus jueces- «era muy tonta». El 11 de agosto llevan a Versalles a la condescendiente esclava del amor a una vivienda precisamente alquilada para ello: por su propia mano, la condesa de Valois la viste con un traje de muselina con lunares blancos, copiado exactamente de aquel que lleva la reina en el retrato de madame Vigée-Lebrun. Le plantan además un sombrero de alas anchas, que dé sombra al semblante, sobre los cabellos cuidadosamente empolvados; y entonces, adelante, viva y descaradamente, por el nocturno parque sombrío, con la pequeña que se asusta con facilidad y que deber representar, durante diez minutos, a la reina de Francia delante del gran limosnero del rey. La más temeraria bellaquería de todos los siglos está en marcha.

Muy calladamente se desliza la pareja, con su seudo reina disfrazada, por la terraza de Versalles. El cielo los protege, como siempre a los trapaceros, y derrama una oscuridad sin luna sobre los jardines. Bajan hacia el bosquecillo de Venus, espesamente cubierto de abetos, cedros y pinos, donde de cada figura apenas es posible distinguir otra cosa que la silueta; es un lugar maravillosamente apropiado, por tanto, para los juegos de amor, y más aún para esta fantástica comedia de engaños. La pobre golfilla comienza a temblar.

¿En qué aventura se ha dejado meter por una gente desconocida? Lo mejor para ella sería escaparse. Llena de miedo, tiene en sus manos la rosa y la esquela que, según lo prescrito, debe entregar a un distinguido señor que se acercará a hablarle. Crujen ya las arenas del paseo. Surge de las sombras la silueta de un hombre; es Rétaux, el secretario, que, fingiéndose servidor real, conduce a Rohan. De repente, la Nicole se siente enérgicamente impulsada hacia delante; como tragados por la oscuridad desaparecen de su lado los dos rufianes. Se queda sola, o más bien ya no lo está, porque, alto y esbelto, con el sombrero muy calado sobre la frente, un desconocido viene ahora a su encuentro: es el cardenal.

Pero ¡de qué modo tan raro se conduce este hombre extraño! Se inclina respetuosamente hasta el suelo y le besa a la moza la orla del vestido. Ahora debería la Nicole tenderle la rosa y la carta que tiene preparadas. Pero, en su aturdimiento, deja caer la rosa y se olvida de la carta. Sólo balbucea, con voz ahogada, las escasas palabras que trabajosamente le han metido en la cabeza: «puede usted confiar en que todo lo anterior está olvidado». Y estas palabras parecen encantar desmedidamente al desconocido caballero; una y otra vez se inclina ante ella y tartamudea, con manifiesto embeleso, las más sumisas y respetuosas gracias, sin que la pobre modistilla sepa por qué. Sólo tiene miedo, un miedo mortal, de tener que decir algo y con ello traicionarse. Pero, gracias a Dios, rechina otra vez la arena bajo unos pasos precipitados, y alguien dice en voz baja y agitada: «¡Pronto, pronto, venid! Madame y la condesa de Artois están muy próximas».

La llamada hace su efecto; se espanta el cardenal y se aleja precipitadamente, acompañado por la De la Motte, mientras que el noble esposo conduce a la pequeña Nicole: con corazón palpitante, se desliza la seudo reina de esta comedia a lo largo

del palacio, en el cual, detrás de las ventanas sumidas en las tinieblas, la verdadera reina duerme sin sospechas.

La farsa aristofánica ha triunfado gloriosamente. El pobre imbécil del cardenal ha recibido un golpe en el cráneo que le arrebata por completo todos los sentidos. Hasta entonces había habido que volver a cada momento a cloroformizar su desconfianza; el pretendido saludo era sólo una semi prueba, lo mismo que las cartas; pero ahora que el burlado cree haber hablado en propia persona con la reina y haber oído de su boca que lo perdona, cada palabra de la condesa de la Motte va a ser para él más verdadera que el Evangelio. Ahora, llevados sus andares por la condesa, marcha por donde ella quiere.

Esta noche no hay un hombre más feliz que él en toda Francia. Rohan se ve ya primer ministro gracias a las mercedes de la reina.

Algunos días más tarde, la De la Motte le anuncia ya al cardenal otro testimonio del favor de la reina. Su Majestad -bien conoce Rohan su generoso corazón- tiene el deseo de hacer entregar cincuenta mil libras a una familia noble caída en la miseria, pero por el momento se ve impedida a pagarlas. ¿No querría el cardenal tomar a su cargo este caritativo servicio? Rohan, dichosísimo, no se asombra ni por un instante de que la reina, a pesar de sus gigantescos ingresos, se encuentre mal de fondos. Todo París sabe, por lo demás, que siempre está metida en deudas. Al instante el cardenal hace llamar a un judío y dos días después las monedas de oro tintinean sobre la mesa de los De la Motte. Por fin tienen éstos ahora en sus manos los hilos para hacer bailar a su gusto al fantoche. Tres meses más tarde tiran de ellos aún con mayor fuerza: otra vez desea dinero la reina, y Rohan empeña, diligente, muebles y objetos de plata, sólo para agradar más pronto y ricamente a su protectora.

Ahora vienen unos tiempos celestiales para el conde y la condesa de la Motte. El cardenal está lejos, en Alsacia, pero sus dineros suenan alegremente en los bolsillos de la pareja. Ahora no necesitan tener ya ninguna preocupación; han encontrado un tonto que paga. Le escribirán de cuando en cuando una carta en nombre de la reina y el cardenal destilará nuevos ducados. Entre tanto, ¡a vivir magníficamente al día y con toda clase de goces y no pensar en mañana! No sólo los soberanos, los príncipes, los cardenales, son irreflexivos en estos tiempos livianos, sino que lo son

también los bellacos. Se apresuran a comprar una casa de campo en Bar-sur-Aube, con magnífico jardín y dilatada labranza; comen en vajilla de plata, beben en copas de cristal centelleante; se juega y se oye música en este noble palacio; la mejor sociedad se disputa el honor de poder tratarse con la condesa de Valois de la Motte. ¡Qué hermoso es el mundo donde se dan tales pazguatos! Quien al jugar ha sacado por tres veces la carta más alta, no vacilará en atreverse a realizar, también por cuarta vez, la más audaz jugada. Una insospechada casualidad pone en manos de los De la Motte el naipe del triunfo. En una de sus reuniones refiere alguien que los pobres joyeros de la corte, Boehmer y Bassenge, se encuentran en gran apuro.

Han colocado todo su capital, lo mismo que una buena cantidad de dinero tomado en préstamo, en el más soberbio collar de diamantes que se ha visto jamás sobre la tierra.

Realmente, había sido destinado para la Du Barry, la cual de fijo que lo hubiera adquirido si las viruelas no se hubiesen llevado a Luis XV; después, lo habían ofrecido a la corte de España y, por tres veces, a la reina María Antonieta, la cual, loca por las alhajas, compraba aturdidamente, en general sin preguntar mucho por el precio. Pero Luis XVI, aburrido y ahorrativo, no había querido adelantar el millón seiscientas mil libras que la alhaja costaba; ahora los joyeros se encontraban con el agua al cuello; los réditos se comían los hermosos diamantes; probablemente tendrían que deshacer el collar maravilloso y perder, con ello, todo su dinero. Si la condesa de Valois, que estaba en un plano de tanta intimidad con la reina María Antonieta, lograra convencer a su regia amiga de que comprara aquella joya, a plazos naturalmente y con las mejores condiciones, ganaría con ello una bien jugosa zampada de ducados. La De la Motte, pensando celosamente en mantener en pie la leyenda de su influencia, tiene la bondad de prometer su intervención, y el 29 de diciembre los dos joyeros llevan a la calle Neuve-Saint-Gilles el precioso estuche para que sea visto por la condesa.

¡Qué espectáculo! La De la Motte se queda sin aliento. Lo mismo que estos diamantes bajo la luz del sol, así centellean y relumbran osados pensamientos en su astuta cabeza.

¿Qué ocurriría si pudiera llevar al archi asno del cardenal a que comprara secretamente el collar para la reina? Apenas está de regreso de Alsacia, cuando la

De la Motte lo pone en prensa para exprimirlo fuertemente. Un nuevo favor de la reina le hace amables guiños.

La reina desea comprar una preciosa alhaja, sin que lo sepa su marido, naturalmente, y para ello necesita un discreto intermediario; para esta secreta y honrosa misión ha pensado en Rohan, como muestra de confianza. En efecto, ya pocos días más tarde, la De la Motte puede comunicar triunfalmente al dichoso Boehmer que ha encontrado un comprador para la alhaja: el cardenal Rohan. El 29 de enero de 1785 es cerrado el trato de la compra en el palacio del cardenal, el Hotel de Estrasburgo, por un millón seiscientas mil libras, pagaderas antes de dos años en cuatro plazos semestrales. La joya debe ser entregada el 1° de febrero, y el primer plazo de pago vence el 1° de agosto siguiente. El cardenal rubrica de su propia mano las condiciones del contrato y se lo entrega a la De la Motte para que ésta lo presente a su «amiga» la reina; inmediatamente, el 30 de enero, trae la engañadora la respuesta siguiente: Su Majestad está conforme con todo.

Pero, a un paso de la puerta de la cuadra, se encabrita el asno, hasta entonces tan dócil.

En resumidas cuentas, se trata de un millón seiscientas mil libras, y ésta no es una bagatela ni aun para el príncipe más dilapidador de la época. En el caso de una fianza tan enorme, hay, por lo menos, que tener en la mano, para caso de muerte, algo como un reconocimiento de la deuda, un documento firmado por la reina. ¿Un escrito? ¡Con el mayor gusto! ¿Para qué se tendría, si no, un secretario? Al día siguiente, la De la Motte vuelve a traer el contrato: cada cláusula lleva al margen, *manu propria*, la palabra «aceptado», y al final del documento, la firma «autógrafa»: «Marie-Antoinette de France». Con algo de talento en su cabeza, el gran limosnero de la corte, miembro de la Academia, antiguo embajador, y, en sueños, ya futuro ministro, habría tenido que oponer al instante el reparo de que una reina de Francia jamás firmaba de otro modo un documento sino con su solo nombre, y que, por tanto, aquel Marie-Antoinette de France a la primera ojeada descubría ya la obra de un falsificador, pero no de uno hábil, sino de un inculto y de ínfima categoría. Mas ¿cómo dudar si la reina lo ha recibido a él personalmente y en secreto en el bosque de Venus? Solemnemente jura el deslumbrado cardenal a la embaucadora no dejar nunca de su mano este papel y no mostrárselo a nadie. A la

otra mañana, el 1° de febrero, el joyero entrega la alhaja al cardenal, el cual, por la noche, se lo lleva en su propia mano a la De la Motte, para convencerse personalmente de que será recibida por manos fieles a la reina. No necesita esperar mucho tiempo en la calle Neuve-Saint-Gilles; se oye ya por la escalera un paso varonil que se aproxima. La De la Motte suplica al cardenal que pase a una habitación inmediata, desde la cual podrá ver, por la puerta de cristales, la entrega de la joya hecha con toda formalidad y ser testigo de ella. En efecto, se presenta un joven totalmente vestido de negro -claro que vuelve a ser otra vez Rétaux, el valiente secretario-, y se anuncia con estas palabras: «De orden de la reina». ¡Qué admirable mujer es esta condesa de la Motte-Valois -no puede menos que pensar el cardenal-: qué discreta, fiel y hábilmente interviene en todos los asuntos de su amiga! Lleno de confianza le entrega el estuche a la De la Motte; ésta se lo tiende al misterioso mensajero, el cual, con su buena presa, desaparece con la rapidez con que ha venido, llevándose el collar, que no volverá a aparecer más hasta el día del Juicio. Conmovido, se despide el cardenal; ahora, después de tales amistosos servicios, no puede dilatarse mucho tiempo el que él, secreto auxiliar de la reina, tenga que ser el primer servidor del rey, el primer ministro de Francia.

Pocos días más tarde se presenta a la Policía de París un joyero judío para quejarse, en nombre de sus perjudicados compañeros de profesión, de que cierto Rétaux de Villette ofrece magníficos diamantes a tan viles precios que es forzoso pensar en un robo. El prefecto de Policía hace que el tal Rétaux comparezca ante él. Éste declara que ha recibido los diamantes, para su venta, de una parienta del rey, de la condesa de la Motte-Valois. ¿La condesa de Valois? Este noble nombre le produce al instante al funcionario el efecto de un purgante; con toda precipitación deja que se retire el mortalmente espantado Rétaux. Pero, en todo caso, la condesa se da ahora cuenta de que sería peligroso continuar deshaciéndose en el mismo París, a cualquier precio, de las piedras preciosas desmontadas del collar -al instante han despanzurrado y despedazado aquella pieza de caza, perseguida tanto tiempo-. Por ello, atiborra de brillantes los bolsillos de su bravo esposo y lo envía a Londres; bien pronto los joyeros de New Bond Street y de Piccadilly no pueden quejarse de no tener abundantes y baratas ofertas.

¡Hurra! Ahora hay dinero; de repente, mil veces más dinero del que pudiera haberse atrevido a soñar jamás esta embaucadora, la más osada de todas las que se tiene memoria.

Con la insolente audacia que le ha hecho adquirir su increíble buen éxito, no vacila en mostrar altivamente estas nuevas riquezas; adquiere coches tirados por cuatro yeguas inglesas, contrata lacayos con soberbios uniformes, un negro cubierto de galones de plata desde la cabeza a los talones, alfombras, gobelinos, bronces y sombreros de plumas, un lecho cubierto de terciopelo escarlata. Después, cuando la digna pareja se traslada a su rica residencia de Bar-sur-Aube, no son necesarios menos de veinticuatro carros de transporte para conducir todas las preciosidades adquiridas con tanta rapidez.

Bar-sur-Aube asiste a una inolvidable fiesta de Las mil y una noches. Suntuosos correos preceden a caballo al cortejo del nuevo gran mogol; después viene la berlina inglesa, laqueada de gris perla y tapizada con paño blanco; las mantas de raso que abrigan cada par de piernas (con las cuales hubieran hecho mejor en huir rápidamente al extranjero) ostentan las armas de los Valois: *«Rege ab avo sanguinem, nomen et lilia»*. «Del rey, mi antepasado, tengo la sangre, el nombre y los lises.» El antiguo oficial de la gendarmería se ha vestido magníficamente: lleva anillos en todos los dedos, hebillas de diamantes en los zapatos, tres o cuatro cadenas de reloj centellean sobre su pecho heroico, y el inventario de su vestuario -pudo ser comprobado más tarde por los documentos del proceso- no registra menos de dieciocho trajes de seda o de brocado absolutamente nuevos, adornados con encajes de Malinas, botones de oro cincelados y preciosas pasamanerías. La esposa, por su parte, no queda en modo alguno tras de él en lo que se refiere al lujo; como un ídolo indio, relumbra y centellea cubierta de joyas. Tal riqueza no había sido aún vista jamás en la pequeña ciudad de Bar-surAube, y no tarda en ejercer su fuerza magnética. Toda la nobleza de la comarca afluye a esta casa y se recrea con los festines, dignos de Lúculo, que son aquí dados; regimientos de lacayos sirven los manjares más escogidos en la más preciosa vajilla de plata, se escucha música durante el banquete, y, como un nuevo Creso, el conde circula por sus salones principescos y esparce a manos llenas el dinero entre los invitados.

De nuevo, en este punto, llega a ser tan absurda y fantástica la historia del collar, que produce el efecto de lo imposible. El engaño, ¿no tendría que haber sido conocido al cabo de tres semanas, de cinco, de ocho, o cuando más de diez? ¿Cómo podían estos dos estafadores -se pregunta involuntariamente toda razón normal- ostentar tan despreocupada a insolentemente sus riquezas, como si no existiera ninguna Policía? Pero la De la Motte echa sus cuentas de un modo totalmente justo; piensa que si realmente ha de caer alguna vez sobre ellos un golpe desgraciado, tiene por delante quienes los defienden bien. Si llega a descubrirse el secreto... Pues bien, ya sabrá cómo arreglárselas el señor cardenal de Rohan. Tendrán mucho cuidado de no dejar que haga ruido un asunto que cubriría de eterno ridículo al gran limosnero de Francia. Preferiría pagar el collar de su propio bolsillo, muy calladamente y sin pestañear. ¿Para qué, pues, apresurarse? Con tal asociado en el negocio, ya puede uno dormir bien descansado en su cama cubierta de damasco. Y, verdaderamente, no se preocupan de nada la valiente De la Motte, su dignísimo esposo y el mañoso secretario, sino que gozan plenamente de las rentas que con hábil mano han sabido obtener del inagotable capital de la tontería humana.

Mientras tanto, hay, sin embargo, una pequeñez que le parece extraña al buen cardenal de Rohan. Había esperado que en la primera recepción oficial vería a la reina adornada con su precioso collar, y, probablemente, confiaba también obtener de ella alguna palabrita o una amistosa inclinación de cabeza, algún gesto de reconocimiento, invisible para todos los otros y sólo para él comprensible. Pero ¡nada! Fría como siempre, ve a María Antonieta pasar por su lado, y el collar no reluce sobre su blanco escote. «¿Por qué no lleva la reina mi alhaja?», acaba por preguntar, asombrado, a madame De la Motte. La astuta mujer no se pierde nunca por falta de respuesta; a la reina le repugna ponerse el collar antes de que esté completamente pagado. Sólo entonces quiere sorprender con él a su esposo. El paciente asno hunde de nuevo la cabeza en el pienso y se da por satisfecho.

Pero al mes de abril sucede lentamente el de mayo, mayo se convierte en junio, cada vez se acerca más el 1° de agosto, término fatal de las primeras cuatrocientas mil libras. Para obtener un aplazamiento, inventa la trapacera un nuevo truco. Les refiere a los joyeros que la reina ha reflexionado y encuentra demasiado alto el precio; si los vendedores no quieren hacer una rebaja de doscientas mil libras, está

decidida a devolver la joya. La ladina De la Motte cuenta con que los joyeros entrarán en negociaciones, y con ello irá pasando el tiempo. Pero se equivoca. Los joyeros, que habían fijado un precio demasiado alto, que se encuentran ya en grandes apuros, se declaran sencillamente conformes.

Bassenge compone el borrador de una carta que debe anunciar a la reina su conformidad, y Boehmer se la entrega a la reina, con la aprobación de Rohan, el 12 de julio, día en el cual María Antonieta debe recibir, en propia mano, otra joya del joyero. La carta dice de este modo: «Señora, nos encontramos en el colmo de la dicha al atrevernos a pensar que las últimas condiciones de pago que nos han sido propuestas, y a las cuales nos hemos sometido con celo y respeto, son una nueva prueba de nuestra sumisión y obediencia a las órdenes de Vuestra Majestad, y tenemos una verdadera satisfacción al pensar que la más bella joya de diamantes que existe en el mundo servirá para la más alta y mejor de todas las reinas».

Esta carta, por su forma retorcida, es, en el primer momento, incomprensible para quien no conozca el asunto. Pero, no obstante, leyéndola atentamente y reflexionando un instante, tendría la reina que haberse preguntado, asombrada: ¿qué condiciones de pago son ésas? ¿Qué joya de diamantes? Pero es ya sabido, por cien otras ocasiones, que es raro que María Antonieta lea atentamente hasta el final ningún manuscrito o impreso; la aburre mucho; el reflexionar seriamente no fue nunca su fuerte. Además, sólo abre la carta cuando Boehmer ha sido ya licenciado. Como ella -totalmente desconocedora de los acontecimientos- no comprende el sentido de estas frases devotas y complejas, ordena a su camarera que vuelva a llamar a Boehmer para que se las explique. Pero, por desgracia, el joyero ha salido ya de palacio. Bueno; ya se sabrá lo que quiere decir ese loco de Boehmer. «Ya me lo dirá la próxima vez», piensa la reina, y al instante arroja la esquela al fuego. Esta destrucción de la carta, el que la reina no pregunte cosa alguna, produce en el primer momento -como todo en el asunto del collar- un efecto de inverosimilitud, y hasta historiadores tan sinceros como Luis Blanc han querido ver en esta rápida destrucción un sospechoso indicio, como si la reina, a pesar de todo, hubiera sabido algo ya de este turbio negocio. En realidad, esta quema veloz no tiene nada de extraño en una mujer que durante toda su vida ha destruido inmediatamente cada uno de los escritos dirigidos a ella, por miedo a su propia

negligencia y al espionaje de la corte; aun después del asalto de las Tullerías no se encontró sobre su mesa de escribir ni un solo documento dirigido a ella. En resumidas cuentas, lo que en general era un acto prudente, fue en este caso una imprudencia.

Numerosas casualidades tuvieron, por tanto, que darse juntas para que el engaño no fuera descubierto antes. Pero ahora de nada sirven ya todas las prestidigitaciones; se acerca el 1° de agosto y Boehmer quiere su dinero. La De La Motte ensaya todavía un último medio defensivo: descubre repentinamente su juego ante los joyeros, y les declara cínicamente: «Han sido ustedes engañados. El escrito de garantía que posee el cardenal lleva una firma falsa. Pero el príncipe es rico y puede pagar». Con ello espera desviar el golpe; confía en que los joyeros -y en realidad de un modo completamente lógico- se precipitarán ahora enojados ante el cardenal, le informarán de todo, y él, por temor a quedar para siempre en ridículo delante de toda la corte y de la sociedad entera, se callará la boca, avergonzado, y preferirá soltar un millón seiscientas mil libras. Pero Boehmer y Bassenge no piensan como lógicos ni como psicólogos, y únicamente tiemblan por su dinero. No quieren tener nada que ver con el cardenal, cargado de deudas. La reina, la cual creen ambos, que está mezclada en el asunto, ya que ha silenciado su carta, representa para ellos un deudor mucho más solvente que aquel fanfarrón cardenal. Y además, en el peor de los casos, en lo cual se equivocan nuevamente, la reina posee el collar, la preciosa prenda.

Se ha llegado ahora a un punto donde el embrollo no puede ya dar más de sí. Y con un solo ruidoso empujón, a esta torre de Babel de embustes y de recíprocos engaños se viene abajo fragorosamente cuando Boehmer acude a Versalles y solicitar audiencia de la reina.

Al cabo de un minuto saben los joyeros y sabe la reina que hay ignominiosas mentiras en el asunto; pero quién es el auténtico impostor debe mostrarlo el proceso.

Según todas las actuaciones y testimonios que existen en este embrolladísimo proceso, es incontrovertible hoy que María Antonieta no tuvo ni la más leve sospecha de esta miserable intriga que se había venido urdiendo con su nombre, su honor y su persona. En el sentido jurídico, era lo más inocente que cabe pensarse,

exclusivamente víctima y no conocedora, ni mucho menos cómplice, de esta estafa, la más osada de la Historia Universal. Jamás recibió al cardenal, jamás conoció a la trapacera De la Motte, jamás tuvo en sus manos ni una piedra del collar. Sólo un odio preconcebidamente malicioso, una deliberada calumnia, podrían atribuir a María Antonieta un acuerdo con esta estafadora, con aquel imbécil cardenal; hay que repetirlo una y otra vez: la reina fue inmiscuida en este deshonroso asunto, sin tener de ello ni la menor sospecha, por una banda de estafadores, falsarios, ladrones y tontos.

Y a pesar de ello, en sentido moral, no puede absolverse plenamente a María Antonieta.

Pues toda esta superchería sólo pudo ser tramada porque su mala fama, conocida por todos, infundía ánimo a los engañadores, y porque toda ligereza por parte de la reina parecía, desde luego, creíble a los engañados. Sin las frivolidades y locuras de Trianón, viejas ya de bastantes años, le hubiera faltado toda base de verosimilitud a esta comedia de los engaños. Ningún hombre dotado de buen sentido hubiera osado atribuir a una María Antonieta, a una verdadera soberana, una correspondencia secreta a espaldas de su marido o una cita entre las sombras de un bosquecillo del parque. Jamás un Rohan, jamás los dos joyeros hubieran caído en el lazo de los embustes tan toscos, ni pensado que la reina andaba escasa de dinero y deseaba, a espaldas y sin conocimiento de su marido, comprar a plazos y mediante intermediarios un precioso aderezo de diamantes, si antes no se hubiera murmurado ya en voz baja en todo Versalles acerca de nocturnos paseos por el parque, de joyas devueltas y cambiadas y de deudas no satisfechas. Jamás la De la Motte hubiera podido erigir tal monumento de mentiras si la ligereza de la reina no hubiese puesto el cimiento para ello y si su mala reputación no la hubiera ayudado. Hay que repetir siempre lo mismo: en todas las fantásticas negociaciones del asunto del collar, María Antonieta era lo más inocente que cabe pensarse; pero el que tal estafa haya podido ser planteada bajo su nombre y que haya sido verosímil, fue y sigue siendo histórica culpa suya.

Capítulo 16
Proceso y sentencia

Con su mirada de águila reconoció Napoleón la manifiesta falta de María Antonieta en el proceso del collar: «La reina era inocente, y para dar a conocer públicamente esta su inocencia, quiso que juzgara el Parlamento. El resultado fue que la reina fue tenida por culpable». En efecto, en esta ocasión María Antonieta perdió por primera vez su seguridad en sí misma. Mientras que en general pasa despreciativamente, sin volver la mirada, junto al apestoso fango de maledicencias y calumnias, esta vez busca refugio en un tribunal al que hasta entonces había menospreciado: el de la opinión pública. Años enteros se ha conducido de modo como si no oyera nada del zumbido de las flechas envenenadas lanzadas contra ella. Al solicitar ahora un proceso, en una repentina y casi histérica explosión de cólera, revela lo muy violenta y antigua que era ya la irritación de su orgullo; ahora, este cardenal de Rohan, que es quien se ha atrevido a avanzar más contra ella y de modo más visible, debe pagar por todos. Pero, fatalmente, es ella la única que cree todavía en las malas intenciones de aquel pobre loco. Hasta en Viena, José II mueve dubitativamente la cabeza cuando su hermana le describe a Rohan como un archicriminal: «Tuve siempre al gran limosnero por la criatura más ligera y dilapidadora que cabe imaginar, pero confieso que jamás le he creído capaz de una estafa o de una villanía tan negra como esa que ahora se le atribuye». Mucho menos cree Versalles en la culpabilidad de Rohan, y pronto circula un extraño rumor que dice que con aquella brutal detención ha querido deshacerse la reina de un incómodo testigo. El odio contagiado por la madre ha llevado a María Antonieta a una irreflexiva precipitación. Y con aquel ademán torpe y violento cae de los hombros de la reina el manto protector de la soberana: se descubre a sí misma ante el odio general.

Pues, por fin, ahora todos los secretos adversarios de la reina pueden reunirse para una acción común. María Antonieta ha puesto la mano, temerariamente, en todo un nido de serpientes de ofendidas vanidades. Luis, el cardenal de Rohan -¡cómo ha podido olvidarlo!-, es portador de uno de los más antiguos y gloriosos nombres de Francia, y aliado por la sangre de otras estirpes feudales, ante todo de los Soubise,

los Marsan, los Condé; todas estas familias se sienten, como es natural, mortalmente ofendidas de que uno de los suyos haya sido detenido en el palacio del rey como un vulgar ratero. Por otra parte, el alto clero también está indignado. ¡Hacer prender por un grosero espadón a un cardenal, a una Eminencia, revestido de todos sus ornamentos, pocos minutos antes de decir la misa ante la faz del Señor! Las quejas llegan hasta Roma; tanto la nobleza como el estado eclesiástico se sienten afrentados en su totalidad. Resueltos a la lucha, se presenta en el ruedo el poderoso grupo de la francmasonería, pues no sólo a su protector el cardenal, sino también al dios de los sin Dios, a su jefe, al maestro de la orden, a Cagliostro, han llevado los gendarmes a la Bastilla; llega, por fin, ahora la ocasión de lanzar algunas grandes piedras contra los vidrios de la soberanía, del trono y del altar.

Además, el pueblo, en general excluido de todas las fiestas y picantes escándalos del mundo de la corte, está encantado con todo el asunto. Una vez, por fin, le es ofrecido un gran espectáculo: un cardenal, en propia persona, acusado públicamente, y, a la sombra de sus vestiduras cardenalicias de color púrpura, un verdadero muestrario de estafadores, trapaceros, alcahuetes, falsarios, y además de todo, en el último fondo -¡atractivo principal!-, la orgullosa, la soberbia austríaca. Asunto más divertido que este escándalo de la «bella Eminencia» no podía ser regalado a los aventureros de la pluma y el lápiz, a los autores de libelos, a los caricaturistas, a los voceadores de periódicos. Ni siquiera la ascensión de Montgolfier, que conquista para la Humanidad una nueva esfera, ha provocado en París, ni en el mundo entero, un interés semejante al de este proceso, iniciado por una reina y que, poco a poco, se convierte en un proceso contra la misma reina. Como ya antes de la vista tienen, según la ley, derecho a aparecer impresos libres de censura, los escritos de defensa, las librerías son asaltadas por el público y la Policía tiene que intervenir en ello. Ni las obras inmortales de Voltaire, de Jean-Jacques Rousseau o de Beaumarchais conocieron en varios decenios las gigantescas tiradas que tienen estos *playdoyers* en una sola semana. Siete mil, diez mil, veinte mil ejemplares, todavía con la tinta húmeda, son arrancados de las manos de los vendedores, y en las Embajadas extranjeras los diplomáticos tienen que pasarse el día entero atando paquetes para enviar, sin pérdida de tiempo, a sus príncipes, llenos de curiosidad, los más recientes libelos sobre el escándalo de la corte de

Versalles. Todo el mundo quiere leerlo todo y poder decir que lo ha leído; durante semanas enteras no hay otro tema de conversación; las más alocadas conjeturas son creídas ciegamente. Para asistir al propio proceso vienen grandes caravanas de provincias, nobles, burgueses, abogados; en París, los artesanos abandonan sus tiendecillas y talleres. Inconscientemente, adivina el recto instinto popular que aquí no se verá solamente el proceso de una falta aislada, sino que de este pequeño y sucio ovillo saldrán espontáneamente todos los hilos que llevan a Versalles; el abuso de las *lettres de cachet*, esas arbitrarias órdenes de prisión, las dilapidaciones de la corte, el mal estado de las finanzas, todo puede ahora ser tomado desde su origen. Por primera vez, gracias a una grieta casualmente abierta, puede la nación columbrar el secreto mundo inaccesible hasta ahora para ella. Se trata en este proceso de mucho más que de un collar; se trata del sistema de gobierno ahora existente, pues esta acusación, si es hábilmente dirigida, puede rebotar contra toda la clase directora, contra la reina, y con ella contra la monarquía. «¡Qué acontecimiento grande y prometedor! -exclama uno de los *frondeurs* habituales del Parlamento-. ¡Un cardenal, descubierto como estafador! ¡La reina, envuelta en un proceso escandaloso! ¡Cuánta basura sobre el báculo y el cetro! ¡Qué triunfo para las ideas de la libertad!» Aún no sospecha la reina qué males ha desencadenado con un único ademán precipitado. Pero cuando un edificio está reblandecido y tiene minados sus cimientos desde hace mucho tiempo, basta arrancar de la pared un solo clavo para que toda la fábrica se venga abajo.

Ante el tribunal se abre con tiento la misteriosa caja de Pandora. Su contenido esparce un olor no precisamente a rosas. Como favorable para la ladrona se muestra únicamente la circunstancia de que, a tiempo, el noble esposo de De la Motte ha podido emprender la huida a Londres con los restos del collar; con ello falta la principal pieza probatoria, y cada uno de los acusados puede acusar al otro del robo y ocultación del invisible objeto robado, y al mismo tiempo, subterráneamente, dejar siempre entrever la posibilidad de que acaso el collar se encuentre todavía en manos de la reina. La De la Motte, la cual sospecha que los ilustres señores procesados se determinarán a descargar sobre sus espaldas el peso de la culpa, para poner en ridículo a Rohan y apartar de sí la sospecha ha acusado del robo al inocente Cagliostro, envolviéndolo a la fuerza en el proceso. Explica,

descarada a imprudentemente, su repentina riqueza diciendo que ha sido querida de Su Eminencia, y todo el mundo conoce la liberalidad de aquel eclesiástico tierno de corazón.

El asunto comienza a ser, por to menos, enojoso para el cardenal, cuando logran por fin echar mano a los cómplices Rétaux y la «baronesa de Oliva», la modistilla, y con sus declaraciones todo queda aclarado.

Pero hay un nombre que tanto la acusación como la defensa evitan celosamente pronunciar: el de la reina. Cada uno de los acusados se guarda con todo cuidado de echar sobre María Antonieta la culpa más pequeña; hasta la De la Motte -otras han de ser más tarde sus palabras- rechaza como una criminal infamación la idea de que la reina haya recibido el collar. Mas precisamente esta circunstancia de que todos ellos, como por un convenio propio, hablen de la reina con tan profundas reverencias y tan llenos de respeto, actúa en sentido contrario sobre la desconfiada opinión pública; se esparce cada vez más el rumor de que se ha dado orden de no acusar a la reina. Ya se susurra que el cardenal ha tomado magnánimamente las culpas a su cargo, y se preguntan las gentes si las cartas que ordenó quemar tan pronta y discretamente serían en realidad todas falsas. ¿No habrá, pues, alguna cosa -cierto que no se sabe qué, pero algo, algo-, en este asunto, que sea comprometedor para la reina? De nada sirve que los hechos se aclaren totalmente, *semper aliquid haeter*; precisamente porque su nombre no es pronunciado en el juicio, María Antonieta, de modo invisible, comparece también ante el tribunal.

El 31 de mayo debe por fin ser pronunciada sentencia. Desde las cinco de la mañana, una muchedumbre que no puede abarcar la vista se agolpa delante del Palacio de Justicia; la orilla izquierda del Sena no puede, ella sola, contener toda esta gente, y también el Puente Nuevo y la orilla derecha se encuentran llenos de una masa impaciente; con gran trabajo, la Policía a caballo logra mantener el orden. Ya en su camino, por las excitadas miradas y las apasionadas aclamaciones de los espectadores, comprenden los sesenta y cuatro jueces lo trascendental que es para toda Francia la sentencia que van a pronunciar; pero el aviso decisivo los espera en la antecámara de la gran sala de deliberaciones, de la grande chambre. Allí, vestidos de luto, diecinueve miembros de las familias de Rohan, Soubise y Lorena están colocados en fila por donde han de pasar los jueces, y se inclinan respetuosos

a su paso. Ninguno de ellos dice palabra, ninguno se adelanta. Su vestido y su actitud lo dicen todo. Y esta silenciosa súplica de que la sentencia devuelva su amenazado honor a la familia de Rohan actúa fuertemente sobre los consejeros, los cuales, en su mayoría, pertenecen también a la alta nobleza de Francia; antes de comenzar las deliberaciones saben ya que el pueblo y la nobleza, y en general todo el país, esperan la libre absolución del cardenal.

Sin embargo, las deliberaciones duran dieciséis horas, y los de Rohan y los millares de personas de la calle tienen que esperar diecisiete horas, desde las seis de la mañana hasta la diez de la noche, porque los jueces no ignoran que se hallan en presencia de una trascendental resolución. La sentencia de la embaucadora es pronunciada primeramente, lo mismo que la de sus cómplices; a la modistilla la dejan gustosos salir libre porque ¡es tan bonita y se dejó conducir al bosquecillo de Venus de modo tan inocente! La verdadera discusión se refiere exclusivamente al cardenal. En absolverlo, porque evidentemente ha sido engañado y no es ningún impostor, están todos de acuerdo; la diferencia de opiniones impera sólo en lo que se refiere a la forma de esta absolución, pues de ello depende una gran cuestión política. Los partidarios de la corte desean -y no sin razón- que esta absolución tenga que ir ligada con una reprensión por «culpable osadía», pues no ha sido otra cosa, por parte del cardenal, el creer que una reina de Francia podía citarse secretamente con él en un oscuro bosquecillo. Por esta falta de respeto a la persona de la reina exige el representante de la acusación que el cardenal presente humilde y públicamente sus excusas ante la *grande chambre*, lo mismo que la dimisión de todos sus cargos. Por el contrario, el partido adverso, el de los enemigos de la reina, desea la pura y simple suspensión del procedimiento. El cardenal ha sido engañado y queda, por tanto, sin mácula ni culpa. Esta plena absolución lleva en su aljaba una flecha envenenada. Pues si se admite que el cardenal, por todo lo que se conoce de la conducta de la reina, ha podido juzgar como posibles tales clandestinidades y libertades, con ello se saca a la vergüenza la ligereza de la reina. En el platillo de la balanza está colocado algo difícil de pesar; considérese, por lo menos, que la conducta de Rohan ha sido irrespetuosa con la soberana, y, de este modo, María Antonieta queda compensada del mal uso que se ha hecho de su

nombre; mientras que si se absuelve al cardenal pura y simplemente, al mismo tiempo se condena moralmente a la reina.

Esto lo saben los jueces del Parlamento, esto lo saben ambos partidos, esto lo sabe el pueblo, ávido a impaciente; tal sentencia tiene que resolver algo distinto de aquel caso aislado e insignificante. Aquí no se trata de ningún asunto privado, sino de la cuestión política de aquel tiempo; de si el Parlamento de Francia considera aún la persona de la reina como «sagrada» e intangible, o la tiene por sometida plenamente a las leyes, como cada uno de los otros ciudadanos franceses; por primera vez, la Revolución que llega arroja resplandores de un rojo matinal por las ventanas de aquel edificio en el cual se contiene también la *Conciergerie*, es estremecedora prisión desde la cual María Antonieta debe ser conducida al cadalso. Bajo un mismo techo comienza la causa de la reina y en él ha de terminar. En la misma sala que la De la Motte tendrá más tarde que defenderse la reina.

Los jueces deliberan durante dieciséis horas; combaten violentamente unas con otras las diversas opiniones y los no menos opuestos intereses; pues ambos partidos, el monárquico y el antimonárquico, han aprovechado toda suerte de influencias, y no la que menos la del oro; desde varias semanas antes, todos los ministros del Parlamento están sometidos a recomendaciones, amenazas, maniobras, cohechos y regalos, y se canta ya por las calles: Si cet arrêt du cardinal vous paraissait trop illégal sachez que la finance, eh bien! Dirige tout en France vous m'entendez bien! Por último se venga también el Parlamento de la antigua indiferencia del rey y de la reina hacia tal institución; hay muchos, entre estos jueces, que piensan que ya es tiempo de que la autocracia reciba una lección fundamental y sin precedentes. Por veintiséis votos contra veintidós -el partido se juega con fuerzas casi iguales- es absuelto el cardenal «sin ninguna censura», lo mismo que su amigo Cagliostro y la modistilla del Palais Royal. También con los cómplices se muestra indulgente el tribunal: quedan libres, sólo con pena de destierro. El gasto lo paga la De la Motte, la cual, por unanimidad, es condenada a ser azotada públicamente por el verdugo, a ser marcada con un hierro candente que le imprima una « V» *(voleuse)* y a permanecer encerrada por todo el tiempo de su vida en la Salpêtrière.

Pero hay también una persona, que no estuvo sentada en el banquillo de los acusados y que, con la absolución del cardenal, queda condenada y también a perpetuidad: María Antonieta. Desde aquella hora es abandonada, sin defensa alguna, a la calumnia pública y al odio ilimitado de sus adversarios.

Al oír el veredicto, alguien se precipita fuera de la sala de audiencia y lo comunica a las masas; centenares de personas lo siguen y, locas de entusiasmo, proclaman la absolución por las calles. Con tanta violencia se desborda el júbilo, que sus bramidos llegan hasta la orilla del río. «¡Viva el Parlamento!» -grito nuevo que sustituye al habitual de « ¡Viva el Rey!»- resuena por toda la ciudad. A los jueces les cuesta trabajo defenderse de la entusiasta gratitud. Las gentes los abrazan, las vendedoras del mercado los besan, su camino es cubierto de flores, magníficamente se desarrolla el cortejo triunfal de los absueltos. Diez mil personas, lo mismo que a un general victorioso, escoltan al cardenal, nuevamente vestido de púrpura, hasta la Bastilla, donde todavía debe pasar aquella noche; hasta el amanecer lanzan gritos de júbilo ante sus murallas muchedumbres siempre renovadas. No menos divinizado es Cagliostro, y sólo una orden de la Policía logra impedir que la ciudad se ilumine en su honor. De este modo, señal alarmante, festeja todo el pueblo a dos personas que no han hecho ni logrado otra cosa para Francia sino dañar mortalmente el prestigio de la reina y de la monarquía.

En vano se esfuerza la reina por ocultar su desesperación; este latigazo en mitad del rostro ha estallado con demasiada dureza y demasiado en público. Su camarera la encuentra deshecha en llanto; Mercy comunica a Viena que su dolor es «mayor de lo que razonablemente parece exigir la causa». Siempre más fuerte por sus instintos que por consciente reflexión, María Antonieta ha reconocido al punto lo irreparable de esa derrota; por primera vez desde que lleva la corona, ha tropezado con un poder más fuerte que su voluntad.

Pero el rey tiene aún entre sus manos la resolución final. Aún podría, con una enérgica disposición, salvar el ofendido honor de su esposa a intimidar a su debido tiempo la sorda resistencia general. Un rey fuerte, una reina resuelta, tendrían que haber disuelto un Parlamento hasta aquel punto sedicioso; así habría precedido Luis XIV y acaso Luis XV Pero Luis XVI no posee más que un ánimo abatido. No se atreve con el Parlamento; solamente, para dar a su esposa una especie de

satisfacción, envía al cardenal al destierro y expulsa a Cagliostro fuera del país -tímido expediente que enoja al Parlamento sin herirlo realmente y ofende a la justicia sin reparar el honor de la reina-. Indeciso, como siempre, emplea el término medio, cosa que en política siempre resulta lo más perjudicial. Con ello entra por el camino tortuoso, y pronto se cumple, en el común destino de ambos esposos, la antigua maldición de los Habsburgos que Grillparzer ha puesto en verso de modo inolvidable.

Es maldición de nuestra noble casa, sólo a medio camino y media acción, con pobres medios, aspirar sin bríos. _ El rey ha dejado escapar irreparablemente el momento de tomar una gran decisión. Con la sentencia del Parlamento contra la reina comienza una época nueva.

También contra la De la Motte emplea la corte idéntico y funesto procedimiento de términos medios. También aquí existían dos posibilidades: o evitar magnánimamente a la criminal el castigo cruel -cosa que hubiera hecho un efecto excelente o, en otro caso, llevar a efecto la ejecución de la pena con la mayor publicidad posible. Pero de nuevo se refugia la íntima vacilación en medidas intermedias. Cierto que erigen solemnemente el patíbulo, prometiendo con ello a todo el pueblo el bárbaro espectáculo de una pública estigmatización; ya están alquiladas a fantásticos precios las ventanas de las casas vecinas: no obstante, en el último momento, se espanta la corte de su propio valor. A las cinco de la mañana, por tanto, intencionalmente a una hora en la que no son de temer los testigos, catorce verdugos arrastran a la condenada, que grita agudamente y, llena de furor, reparte golpes entre los que la rodean, hasta las escaleras del Palacio de Justicia, donde le será leída la sentencia que la condena a ser azotada y marcada con hierro candente. Pero han agarrado a una leona enfurecida; la histérica mujer lanza penetrantes aullidos; sus maldiciones contra el rey, el cardenal y el Parlamento despiertan a los durmientes de todos los alrededores; resuella ruidosamente, muerde, pega puntapiés, y finalmente se ven obligados a arrancar los vestidos de su cuerpo para poder imprimirle la ardiente señal. Más en el instante en que la enrojecida marca toca su hombro, se revuelve convulsivamente la víctima de tal tortura, descubriendo su total desnudez, con gran diversión de los espectadores, y la encendida «V» cae sobre su pecho en lugar del hombro. Entre

alaridos, el frenético animal muerde al verdugo a través de su jubón; después la martirizada cae sin sentido. Como a un cadáver, arrastran a la desmayada hasta la Salpétrière, donde, según la sentencia, debe trabajar durante toda su vida con un hábito de tela gris, calzada con zuecos y alimentada sólo con pan negro y lentejas.

Apenas son conocidas las horrorosas circunstancias de este castigo, todas las simpatías se vuelven de repente hacia la De la Motte. Mientras que cincuenta años antes -léase el hecho de Casanova- toda la nobleza, con sus damas, había presenciado durante cuatro horas la tortura del mentalmente débil Damiens, que había arañado con un insignificante cortaplumas a Luis XV, divirtiéndose en ver como aquella desdichada piltrafa humana era pellizcada con tenazas puestas al rojo, escaldada con aceite hirviendo y atada a la rueda después de una inacabable agonía que había erizado sobre la cabeza de la víctima los cabellos repentinamente encanecidos, se llena de pronto de conmovedora piedad por la «inocente» De la Motte, pues dichosamente se ha encontrado ahora una nueva forma, y nada peligrosa, de protestar contra la reina: se hace ostentación de pública simpatía por la «víctima», por la «pobre desgraciada». El duque de Orleans organiza una cuestación pública, y toda la nobleza envía regalos a la cárcel; a diario elegantes carrozas se detienen delante de la Salpêtrière. Visitar a la castigada ladrona es el *dernier cri* de la sociedad parisiense. Con asombro reconoce un día la abadesa, entre las emocionadas visitantes, a una de las mejores amigas de la reina, la princesa de Lamballe. ¿Ha ido por propio impulso o, como al instante cuchichea la gente, con una comisión secreta de María Antonieta? En todo caso, esta piedad fuera de lugar arroja una penosa sombra sobre la situación de la reina. ¿Qué significa esta sorprendente compasión?, se preguntan todos.

¿Le remuerde a la reina la conciencia? ¿Busca un acuerdo secreto con su «víctima»? No cesan los murmullos. Y como pocas semanas más tarde, de una manera misteriosa -manos desconocidas le abrieron por la noche las puertas de la prisión-, la De la Motte huye a Inglaterra, una sola voz domina entonces en todo París para decir que la reina ha salvado a su «amiga» en agradecimiento por haber silenciado generosamente ante el tribunal la culpa o la complicidad de María Antonieta en el asunto del collar.

En realidad, el facilitar la fuga de la De la Motte fue el más pérfido golpe que los conjurados, desde su celda, podían asestar contra la reina. Pues ahora no sólo el misterioso rumor del acuerdo de la reina con la ladrona encuentra abiertas todas las puertas, sino que, por su parte, la azotada De la Motte puede, desde Londres, presentarse como acusadora a imprimir impunemente las mentiras y calumnias más desvergonzadas; y aún más, como en Francia y en toda Europa hay un público inmenso que espera tales «revelaciones», puede, por fin, volver a manejar mucho dinero. Ya el mismo día de su llegada, un editor de Londres le ofrece grandes sumas; en vano intenta la corte, que ahora conoce ya la trascendencia de las calumnias, detener el vuelo de estas flechas envenenadas; la favorita de la reina, la Polignac, es enviada a Inglaterra para comprar el silencio de la ladrona a cambio de doscientas mil libras, pero la astuta embaucadora engaña de nuevo a la corte, coge el dinero y hace publicar una, dos y hasta tres veces, en forma siempre diferente y con nuevas adiciones sensacionales, el libro de sus *Memorias.*

En estas memorias se encuentra todo lo que un público ávido de escándalo podía esperar y más aún; el proceso ante el Parlamento ha sido un vano simulacro, se ha sacrificado a la pobre De la Motte del modo más abominable. Naturalmente que nadie, sino la reina, ha encargado el collar y lo ha recibido de manos de Rohan, mientras que ella, la pobre inocente, sólo por amistad, ha echado sobre sí el delito para proteger el desacreditado honor de la reina. De qué manera ha llegado a ser tan amiga de María Antonieta, también esto lo explica la desvergonzada embustera en la forma como desea verlo explicado el concupiscente público: *more lésbico*, intimidades del lecho. No sirve de nada que, a los ojos de todo espíritu libre de prevenciones, la mayor parte de estas mentiras queden ya desenmascaradas por su torpe intervención; por ejemplo, cuando la De la Motte afirma que María Antonieta tuvo ya relaciones amorosas con el cardenal de Rohan cuando archiduquesa, en el tiempo en que éste había sido embajador en Viena, a toda persona de buena voluntad le basta contar con los dedos para saber que María Antonieta hacía ya largo tiempo que era delfina en Versalles cuando la embajada de Rohan. Pero las buenas voluntades se han hecho escasas. En cambio, al gran público le embelesan las docenas de cartas de amor de la reina a Rohan, perfumadas con almizcle, que la De la Motte falsifica en sus memorias, y cuantas más perversidades sabe referir de

la reina, tantas más quiere conocer. Los libelos suceden ahora a los libelos; cada uno excede al anterior en lascivia y ordinariez; pronto aparece una pública «Lista de todas las personas con las cuales ha tenido la reina relaciones licenciosas»; contiene nada menos que treinta y cuatro nombres de uno y otro sexo, duques, comediantes, lacayos, el hermano del rey, así como su ayuda de cámara, la Polignac, la De Lamballe y, por último, para abreviar, *routes les tribades de Paris*, incluyendo a las mozas perdidas de las calles, castigadas a latigazos. Pero estos treinta y cuatro nombres no agotan, ni con mucho, todos los compañeros de vicio que atribuye a María Antonieta la opinión de los salones y la de la calle, artificialmente excitadas; una vez que la fantasía erótica y errabunda de toda una ciudad o de toda una nación se ha apoderado de una mujer, ya sea emperatriz o estrella de cine, reina o cantante de ópera, le adjudica, hoy como ayer, en forma de alud, todos los excesos y perversiones imaginables para participar de sus imaginados placeres en un orgasmo anónimo y con fingido enojo. Otro libelo, *La vie scandaleuse de Marie-Antoinette*, tiene noticias de un vigoroso bárbaro que ya en la corte imperial austríaca tenía que apaciguar los inextinguibles *Fureurs utérines* (éste es el delicado título de un tercer libero) de la muchacha de trece años; con mucho detalle se describe en el *Bordel royal* (otro título de libelo) el comercio de la reina con sus *mignons et mignones*, y se ponen al alcance del embelesado lector con numerosos grabados pornográficos que representan a la soberana, con sus diferentes colegas, en aretinescas posturas amorosas. Cada vez más alto salpica la basura; las mentiras son cada vez más odiosas y es creída cada una de ellas porque se desea creer todo lo que se diga sobre aquella «criminal» . A los dos o tres años del proceso del collar es imposible ya salvar a María Antonieta, infamada en toda Francia como la mujer más lasciva y depravada, más astuta y tiránica que cabe imaginar, mientras que, por el contrario, la bribona De la Motte, marcada por el fuego, pasa por víctima inocente. Y apenas estalla la Revolución, cuando intentan los *clubs* traer a París a la fugitiva De la Motte, bajo su protección, para abrir nuevamente y con maña todo el proceso del collar, pero esta vez con la De la Motte como acusadora y María Antonieta en el banco de los acusados; sólo la muerte súbita de la De la Motte -en 1791 se arrojó por la ventana de un ataque de manía persecutoria- impidió que esta magnífica embaucadora fuera llevada en triunfo por

París, concediéndosele el decreto de que «ha sido acreedora de la gratitud de la República». Sin esta intervención del destino, el mundo habría asistido a una comedia de justicia mucho más grotesca aún que el proceso del collar: la De la Motte, espectadora aclamada en la decapitación de la reina calumniada por ella.

Capítulo 17
Despierta el pueblo, despierta la reina

La significación histórica del proceso del collar consiste en que arroja la agria y dura luz de la publicidad sobre la persona de la reina y las interioridades de Versalles; en tiempos revueltos, siempre es peligroso el hacerse visible. Pues para tomar las armas, para llegar a ser activo, todo estado de descontento, todavía en situación pasiva, necesita siempre una figura humana, ya sea como abanderado de su idea, ya como blanco para el acumulado odio; un bíblico chivo expiatorio. A ese ser misterioso que es el «pueblo» sólo le es dado pensar antropomórficamente, sólo partiendo de seres humanos; las ideas no son nunca plenamente claras para su capacidad de concepción, sino sólo los personajes: por ello, dondequiera que hay una culpa quiere ver al culpable. El pueblo francés sospecha ya oscuramente, desde hace mucho tiempo, que hay una injusticia que le es infligida no sabe desde dónde. Durante largos años se ha inclinado obediente, esperando, crédulo, tiempos mejores: al advenimiento de cada nuevo Luis siempre ha tremolado con embeleso las banderas, siempre ha cumplido piadosamente con sus señores feudales y la Iglesia en el pago de censos y prestaciones personales; pero cuanto más se somete, tanto más dura llega a ser la presión de los impuestos que, ávidamente, le chupan la sangre. En la rica Francia están vacíos los graneros, empobrecidos los arrendatarios; en la más fértil tierra de Europa, bajo los más bellos cielos, escasea grandemente el pan. Alguien tiene que ser el culpable; si los unos carecen totalmente de pan, tiene que ser porque otros devoren demasiado; si los unos se ahogan bajo la carga de sus deberes, tiene que haber otros que se arroguen demasiados derechos. Aquella sorda inquietud que siempre precede a toda idea y a todo pensamiento creador se extiende, poco a poco, por todo el país. La burguesía, a quien un Voltaire y un Jean-Jacques Rousseau han abierto los ojos, comienza a juzgar por sí misma, a censurar, a leer, a escribir, a instruirse: a veces un relámpago abrasa los cielos anunciando la gran tormenta; son saqueadas las granjas y amenazados los señores feudales. Un gran descontento pesa desde hace tiempo, como una niebla, sobre todo el país.

Entonces, uno detrás de otro, dos deslumbradores relámpagos cruzan el espacio a iluminan toda la situación a ojos del pueblo: el proceso del collar es uno de ellos; el otro las manifestaciones de Calonne sobre el déficit. Estorbado en la realización de sus reformas, acaso también por secreta animosidad contra la corte, el ministro de Hacienda, al hablar de la situación financiera, ha citado por primera vez cifras exactas. Se sabe ahora lo que se silenció durante tanto tiempo: en doce años de reinado, Luis XVI ha tomado a préstamo mil doscientos cincuenta millones. Todo el pueblo se queda lívido ante el resplandor de este relámpago. Un millar doscientos cincuenta millones, cifra astronómica, ¿en qué y por quién han sido consumidos? El proceso del collar da la respuesta; saben por él los pobres diablos que por algunos *sous* zancajean trabajosamente jornadas enteras que, en ciertos círculos sociales, son presentados como corrientes regalos amorosos, diamantes por valor de millón y medio, que se adquieren palacios por diez o veinte millones, mientras que el pueblo se muere de hambre. Y como todo el mundo sabe que el rey, ese humilde zote, esa alma de pequeño burgués, no es capaz de participar en esta fantástica dilapidación, toda la mala voluntad, a modo de catarata, se precipita sobre la reina fascinadora, pródiga y aturdida. Se ha encontrado a la culpable de las deudas del Estado. Ahora se sabe ya por qué los billetes tienen menos valor de día en día, el pan está cada vez más caro y los impuestos cada vez más altos; es porque esa zorra dilapidadora hace revestir, en su Trianón, toda una habitación con brillantes y porque le envía secretamente a su hermano José, a Austria, centenares de millones de oro para pagar su guerra: porque colma de pensiones, empleos y prebendas a sus amantes y amiguitas. La desgracia tiene de pronto una causa, la bancarrota un autor, la reina un nuevo nombre. Desde un extremo de Francia hasta el otro se la llama «Madame Déficit»: la palabra quema sus espaldas como un hierro candente.

Ha estallado ahora, por fin, la nube lóbrega: una granizada de folletos, libelos; un diluvio de escritos, proposiciones, peticiones, se derrama mugidora; jamás en Francia se ha hablado, escrito y perorado tanto; el pueblo comienza a despertar. Los voluntarios y soldados de la guerra norteamericana hablan, hasta en las aldeas más ignorantes, de que hay un país democrático, sin corte, rey ni nobleza, sino sólo puros ciudadanos con perfecta igualdad y libertad. Y ¿no está ya claramente expresado en el Contrato social de Jean-Jacques Rousseau, y más fina y

discretamente en los escritos de Voltaire y Diderot, que el régimen monárquico no es el único querido por Dios ni el mejor de todos los existentes? El viejo respeto, mudo y reverente, alza por primera vez, furioso, la cabeza, y con ello una nueva confianza es infundida en la nobleza, la burguesía y el pueblo; el leve rumor de las logias masónicas y de las reuniones públicas asciende poco a poco de tono hasta convertirse en un mugir y un atronar tempestuoso; una tensión eléctrica hincha en los aires esferas preñadas de fuego: «Lo que aumenta el mal en monstruosas proporciones -comunica a Viena el embajador Mercy- es la creciente excitación de los espíritus. Puede decirse que, poco a poco, la agitación ha alcanzado a todas las clases sociales, y esta febril inquietud da fuerza al Parlamento para perseverar en su oposición. No se creería si se dijera la audacia con que se expresan las gentes en los lugares públicos sobre el rey, los príncipes y los ministros: se critican sus gastos; se pinta con los más negros colores la prodigalidad de la corte, y se insiste en la necesidad de una convocación de los Estados Generales, como si el país estuviera sin gobierno. Es ya imposible reprimir con medidas penales esta libertad de lenguaje, pues la fiebre ha llegado a ser tan general que aun cuando se encerraran por millares las gentes en la cárcel, no podría ser contenido el daño, sino que tal hecho provocaría en tan alto grado la cólera del pueblo, que la insurrección sería inevitable».

Ahora el descontento general no necesita ya de ninguna máscara ni de ninguna precaución; se presenta abiertamente y dice to que quiere decir; ya no son guardadas ni las formas externas de respeto. Cuando la reina, poco tiempo después de la cuestión del collar, vuelve a pisar por primera vez su palco, es recibida con tan violentos silbidos que en adelante evitar ir al teatro. Cuando madame Vigée-Lebrun quiere exponer públicamente en el «Salón» su retrato de María Antonieta, es ya tan grande la probabilidad de un ultraje a la pintada «Madame Déficit», que se prefiere retirar a toda prisa el retrato de la reina. En su *boudoir*, en la Galería de los Espejos de Versalles, por todas partes, recibe María Antonieta una fría hostilidad, no ya sólo a sus espaldas, sino cara a cara y abiertamente. Por último tiene que sufrir la última afrenta: el teniente de Policía anuncia de una manera embozada que sería aconsejable que la reina se abstuviera de visitar París por el momento, no fuera a darse el caso de que se produjesen incidentes enojosos, de los cuales no hubiera

modo de defenderla. La agitación hasta entonces contenida en la totalidad del país se desencadena salvajemente ahora contra una sola persona y, arrancada repentinamente de su despreocupación, despertada al ser golpeada y azotada por ese látigo de odio, solloza desesperada la reina, dirigiéndose a sus últimos fieles: « ¿Qué quieren de mí? ¿Qué les he hecho?».

Tenía que caer un crepitante rayo para hacer salir con espanto a María Antonieta de su orgulloso a indiferente *laisser-aller.* En este momento está despierta; ahora comienza a comprender lo que ha omitido de sus obligaciones aquella mujer mal aconsejada y sorda a todo favorable aviso en su debido momento, y, con la nerviosa impetuosidad que le es propia, se apresura a enmendar de una manera bien visible lo más irritante de sus faltas.

De una sola plumada limita inmediatamente el costoso tren de su vida. A mademoiselle Bertin se le firma la licencia: en el vestuario, en el régimen doméstico, en las caballerizas, se adoptan limitaciones que economizan más de un millón al año; los juegos de azar, con sus banqueros, desaparecen de sus salones; se interrumpen las nuevas construcciones del palacio Saint-Cloud; se venden con toda rapidez posible otros palacios; son destituidos los ocupantes de una porción de cargos inútiles, en primer lugar los de sus favoritos de Trianón. Por primera vez, María Antonieta vive con el oído alerta; por primera vez no obedece a la antigua potencia, la moda de su mundo, sino a la nueva, la opinión pública.

Ya a estas primeras tentativas les debe la reina toda clase de luces sobre los verdaderos sentimientos de los que hasta entonces habían sido sus amigos, las personas a quienes había colmado de beneficios durante dos decenios con daño de su propia fama, pues estos explotadores muestran poca comprensión para unas reformas del Estado hechas a su costa. Es insoportable, barbotea con la mayor publicidad uno de aquellos descarados cortesanos, vivir en un país en el cual no se está seguro de que aún se poseerá mañana lo que se tuvo ayer. Pero María Antonieta permanece firme. Desde que mira con despiertos ojos, conoce mejor muchas cosas. Se retira visiblemente de la fatal sociedad de los Polignac y vuelve a acercarse a sus antiguos consejeros, a Mercy y al hace mucho tiempo despedido Vermond: es como si su tardío buen sentido quisiera justificar póstumamente a María Teresa por sus inútiles advertencias.

Pero «demasiado tarde»: esta funesta frase será desde ahora la respuesta a cada uno de sus esfuerzos. Todas estas pequeñas renuncias pasan sin ser notadas en el general tumulto; estas economías precipitadas no son más que gotas que rezuman del enorme tonel de las danaides del déficit. Reconoce ahora, con espanto, la corte que con medidas parciales y accidentales no puede ya salvarse nada; es necesario un Hércules que aparte, por fin, a un lado los gigantescos peñascos del déficit. Se busca un salvador; uno tras otro son designados diversos ministros para la obra de saneamiento financiero, pero todos ellos emplean únicamente procedimientos eficaces para el momento en que se dictan; de esos que nosotros mismos conocemos muy bien, de ayer y de hoy (siempre se repite la historia): gigantescos empréstitos que en apariencia hacen desaparecer los antiguos, desconsiderados tributos y sobrecargas de los mismos, emisión de asignados, recogida de la moneda de oro para acuñarla de nuevo desvalorizada; por tanto, inflación encubierta.

Pero como, en realidad, el mal procede más de lo profundo, nace de una defectuosa circulación, de una malsana distribución de la economía nacional, de la concentración de toda la riqueza del país en manos de algunas docenas de familias feudales, y como los médicos de las finanzas no osan emprender la necesaria intervención quirúrgica, la debilitación del tesoro público sigue siendo crónica. «Cuando la dilapidación y la frivolidad han agotado el regio tesoro -escribe Mercy-, se eleva un grito de desesperación y de terror. Entonces, los ministros de Hacienda emplean siempre remedios mortíferos, como, en último término, la reacuñación de las monedas de oro en forma engañosa o la creación de nuevos impuestos. Estos remedios momentáneos aminoran momentáneamente también las dificultades, y al punto, con incomprensible ligereza, se pasa de la desesperación a la despreocupación más grande. En último término, es seguro que el actual gobierno sobrepasa, en desorden y latrocinios, a los anteriores y que moralmente es imposible que este estado de cosas pueda durar más tiempo sin tener como consecuencia una catástrofe.» Conforme se siente venir con mayor rapidez el hundimiento, tanto más inquieta se siente la corte. Por fin se comienza a comprender que no basta cambiar de ministros, sino que hay que cambiar de sistema. Al borde de la bancarrota, por primera vez, no se exige ya del anhelado salvador público que sea de familia ilustre, sino, ante todo, que sea popular -

concepto nuevo en la corte francesa- e infunda confianza a ese desconocido y peligroso ser llamado «pueblo».

Tal hombre existe, se le conoce en la corte; ya antes, estrechados por la necesidad, han llegado a solicitar sus consejos, aunque sea de origen burgués, extranjero, suizo, y, lo que es mil veces peor, un verdadero hereje, un calvinista. Pero los ministros no habían quedado muy encantados con aquel intruso y lo habían arrumbado con toda rapidez, porque en su *Compterendu* dejaba ver demasiado claro a la nación lo que ocurría en sus cocinas infernales. De un modo ofensivo, en un pedacito de papel de cartas, el enojado consejero le había enviado al rey su dimisión; esta falta de respeto, contraria a los usos de la corte, no podía ser olvidada por Luis XVI, y manifestó claramente durante largo tiempo -o quizás hasta llegó a jurarlo- que nunca más volvería a llamar a Necker.

Pero Necker, ahora o nunca, es el hombre de la hora; la reina comprende por fin lo necesario que sería, en especial para ella, contar con un ministro que fuera capaz de dulcificar a esta salvaje y abrumadora fiera que es la opinión pública. También ella tiene que vencer alguna resistencia en su interior para llevar adelante la elección, porque también el ministro precedente, que con tanta rapidez se ha hecho impopular, Loménie de Brienne, sólo ha sido designado gracias a la influencia de la reina. ¿Debe ella, en caso de nuevo fracaso, hacerse otra vez responsable? Pero como ve todavía vacilante a su siempre indeciso marido, acude resueltamente a este hombre peligroso como se echa mano de una traca. En agosto de 1788 hace venir a Necker a su gabinete particular y emplea la reina todo su arte de persuasión en ganar para su causa a aquel hombre que se siente ofendido.

Necker alcanza en aquellos minutos un doble triunfo: ser no sólo llamado, sino suplicado por una reina, y, al mismo tiempo, ver exigida por todo un pueblo su presencia en el gobierno. «¡Viva Necker! ¡Viva el rey!», retumba aquella noche por las galerías de Versalles lo mismo que por las calles de París, tan pronto como es conocido su nombramiento.

Sólo la reina no tiene el valor de unirse a aquellas manifestaciones de júbilo; la intimida demasiado la responsabilidad de haber intervenido, con su mano inexperta, en el girar de la rueda del destino. Y además un inexplicable presentimiento ensombrece su ánimo con el solo nombre del nuevo ministro; sin saber por qué y

una vez más, se muestra su instinto más fuerte que su razón. «Tiemblo sólo con la idea -escribe a Mercy el mismo día- de que he sido yo quien le ha hecho volver. Mi destino es atraer la desgracia, y si otra vez llega a haber maquinaciones infernales que le hagan fracasar o si hace él recular la autoridad del rey, todavía seré más odiada que antes.» «Tiemblo sólo con la idea», «perdóneme usted esta debilidad» , «mi destino es atraer la desgracia», «necesito mucho que un amigo tan bueno y fiel como usted me sostenga en este momento», tales palabras no se han oído ni leído jamás como brotadas de la anterior María Antonieta. Hay un nuevo tono; es la voz de un ser humano conmovido y removido hasta lo más profundo de su intimidad; ya no el acento leve y cargado de aleteos de risa, de la adulada joven dama; María Antonieta ha mordido la amarga manzana del conocimiento y pierde su seguridad de sonámbulo, pues sólo quien desconoce el peligro está siempre sin miedo. Comienza ahora a darse cuenta del tremendo precio con que está gravada toda gran posición: la responsabilidad. Por primera vez advierte el peso de la corona, que hasta ahora había llevado fácilmente, como un sombrero a la moda de mademoiselle Bertin. ¡Qué temeroso se hace ahora su paso desde que percibe sordos ruidos volcánicos bajo el frágil suelo! ¡No avanzar ahora, mejor retroceder! Preferiría permanecer alejada de todas las resoluciones; para siempre fuera de la política y de sus turbios negocios; no mezclarse más en determinaciones, que tan fáciles estimó antes, y de las cuales reconoce ahora todo el peligro.

Una transformación total se produce en la conducta de María Antonieta. La que hasta ahora había sido feliz en medio del ruido y de la agitación, busca actualmente el silencio y el apartamiento. Evita el teatro, las *redoutes* y mascaradas, no quiere ni siquiera asistir al Consejo del rey; sólo respira todavía en el círculo de sus hijos. En esta cámara, llena de risas, no penetra la pestilencia de odios y envidias. Como madre se siente más segura que como reina. Otro secreto ha descubierto también tardíamente la desengañada mujer: por primera vez conmueve su corazón, lo tranquiliza, lo hace feliz, un hombre, un amigo verdadero, un amigo del alma. Todo podría ser aún reparado; sólo desea vivir tranquila y en un ambiente íntimo y natural; no provocar más al destino, ese misterioso adversario cuya fuerza y malignidad comprende ahora por primera vez.

Pero precisamente en el momento en que todo en su corazón ansía la calma, el barómetro de la época marca tempestad. Justamente en la hora en que María Antonieta conoce sus faltas y quiere retroceder para que no se note su presencia, una despiadada voluntad la empuja hacia delante, al centro de los más emocionantes acontecimientos de la Historia.

Capítulo 18
El verano de la decisión

Necker, el hombre a quien la reina ha colocado al timón de la nave del Estado en la más amarga necesidad marinera, toma directamente franco rumbo contra la tormenta. No baja acobardado las velas, no va dando bordadas mucho tiempo; las semi medidas no sirven ya para nada, sino sólo las resueltas y enérgicas: plena conmutación de la confianza. En los últimos años, el centro de gravedad de la confianza nacional se alejó de Versalles. La nación no cree ya en las promesas del rey ni en sus cartas de pago y asignados; no espera nada del Parlamento, ni de los nobles, ni de la Asamblea de notables; tiene que ser creada -por lo menos temporalmente- una nueva autoridad para fortalecer el crédito y poner dique a la anarquía, pues un duro invierno ha endurecido también los puños del pueblo; a cada momento puede hacer explosión la desesperación de los sediciosos hambrientos, huidos del campo y que están ahora en las ciudades. Por ello, resuelve el rey, en el último momento, después de las habituales vacilaciones, convocar los Estados Generales, que desde hace doscientos años representan realmente a todo el pueblo. Para privar de su supremacía anticipadamente a aquellos en cuyas manos están todavía los derechos y la riqueza, el primero y el segundo Estado, la nobleza y el clero, ha duplicado el rey, por consejo de Necker, el número de representantes del tercer Estado. Así, ambas fuerzas están en equilibrio y al monarca se reserva con ello el poder decidir en última instancia.

La convocatoria de la Asamblea Nacional aminorará la responsabilidad del rey y fortalecerá su autoridad: así se piensa en la corte.

Pero el pueblo piensa de otro modo; por primera vez se siente convocado, y sabe que sólo por desesperación, y nunca por bondad, llaman los reyes a sus consejos al pueblo.

Una tarea inmensa es atribuida con ello a la nación, pero también se le da una ocasión que no volverá a presentarse; el pueblo está decidido a aprovecharla. Un arrebato de entusiasmo se desborda por ciudades y aldeas; las elecciones son una fiesta; las reuniones, lugares de mística exaltación nacional --como siempre, antes de los grandes huracanes produce la naturaleza las auroras más engañosas y ricas

en colores-. Por fin puede comenzar la obra: el 5 de mayo de 1789, día de la apertura de los Estados Generales, por primera vez es Versalles no sólo residencia de un rey, sino la capital, el cerebro, el corazón y el alma de toda Francia.

Jamás la pequeña ciudad de Versalles ha visto reunida tanta gente como en estas brillantes jornadas primaverales del año 1789. Cuatro mil personas componen, como siempre, la corte real; Francia ha enviado casi dos mil diputados; a ellos se suman los innumerables curiosos de París y otros cien lugares que quieren presenciar aquel espectáculo de trascendencia histórica. Se precisa una gruesa bolsa llena de oro para alquilar una habitación no sin dificultades; un puñado de ducados por un saco de paja, y hay centenares de personas que, no habiendo encontrado ningún alojamiento, duermen bajo los pórticos y arcadas, mientras que muchas, a pesar de la lluvia torrencial, forman cola, ya por la noche, para no perder nada del gran espectáculo. El precio de los víveres asciende al triple o cuádruple de lo ordinario; a cada instante se hace insoportable la afluencia de gente. Ya desde ahora se muestra simbólicamente que en esta estrecha ciudad provinciana no hay espacio más que para un solo soberano de Francia, en modo alguno para dos. A la larga, uno de ellos tendrá que evacuarla: la monarquía o la Asamblea Nacional.

Pero en las primeras horas no debe haber disputas, sino sólo gran reconciliación entre el rey y el pueblo. El 4 de mayo, desde muy temprano, suenan las campanas; antes de que los hombres deliberen, debe ser invocada en lugar sagrado la bendición de Dios para la elevada obra. Todo París se ha trasladado en peregrinación a Versalles para poder informar a sus hijos y a los hijos de sus hijos de aquella gran jornada que señala el comienzo de una nueva era. En las ventanas, de las cuales prenden preciosas tapicerías, se apretujan cabezas contra cabezas. Sobre los tejados, en las chimeneas, indiferentes al peligro de su vida, se encaraman espesos racimos humanos; nadie quiere perder un detalle del gran cortejo. Y en realidad es grandioso este desfile de los Estados; por última vez, la corte de Versalles despliega todo su esplendor para afirmarse de un modo impresionante ante el pueblo como la verdadera majestad, el innato y consagrado soberano.

Hacia las diez de la mañana abandona el palacio el regio cortejo; delante cabalgan los pajes con sus deslumbrantes libreas, los halconeros con el halcón en el

levantado puño; después, tirada por caballos con maravillosos arneses, sobre cuyas cabezas se balancean penachos de plumas de colores, la carroza de honor del rey, encristalada y dorada, avanza majestuosa. A la derecha del monarca, su hermano mayor; el más joven ocupa el pescante; delante del Rey, los jóvenes duques de Angulema, de Berry y de Borbón.

Jubilosos gritos de «¡Viva el rey!» saludan estrepitosamente esta primera carroza y producen penoso contraste con el duro a irritado silencio en medio del cual pasa la segunda carroza, con la reina y las princesas. Claramente, ya en esta hora matinal, la opinión pública establece una profunda divisoria entre el rey y la reina. Igual silencio reciben los siguientes coches, en los que los restantes miembros de la familia real son llevados con marcha lenta y solemne hacia la iglesia de Notre-Dame, donde los tres Estados, en total de dos mil hombres, cada uno con un cirio encendido en la mano, esperan a la corte para recorrer la ciudad en un común cortejo.

Las carrozas se detienen delante de la iglesia. El rey, la reina y la corte se apean de ellas; les espera un espectáculo no habitual. A los representantes del brazo de la nobleza, fastuosos con sus mantos de seda con galones de oro, los sombreros de ala atrevidamente levantada, con sus plumas blancas, los conocen, por lo menos, de fiestas y bailes; lo mismo ocurre con el abigarrado esplendor de los eclesiásticos, flameante rojo de los cardenales y sotanas violeta de los obispos; estos dos Estados, el primero y el segundo, rodean fielmente el trono desde hace centenares de años y son el ornamento de cada una de sus solemnidades. Pero ¿quiénes componen esa oscura masa, intencionadamente sencilla, con sus trajes negros, sobre los cuales sólo relucen los blancos pañuelos del cuello? ¿Quiénes son esos hombres desconocidos, con sus vulgares sombreros de tres picos; quiénes esos ignorados, aún sin nombre en el día de hoy cada uno de ellos, que, juncos, se alzan delante de la iglesia, como un compacto bloque negro? ¿Qué pensamientos se alojan detrás de esos extraños semblantes nunca vistos, con miradas audaces, claras y hasta severas? El rey y la reina examinan a sus adversarios, que, fuertes en su unión, no hacen reverencias como esclavos ni prorrumpen en entusiastas aclamaciones, sino que esperan, virilmente silenciosos, para ir, de igual a igual, con estos orgullosos señores engalanados, con los privilegiados y de nombre famoso, a

la obra de la renovación. ¿No parecen, con sus lóbregos trajes negros, con su grave a impenetrable aspecto, más bien jueces que dóciles consejeros? Acaso ya en este primer encuentro el rey y la reina hayan sentido en un escalofrío el presentimiento de su suerte.

Pero este primer encuentro no es ningún paso de armar: antes de la inevitable lucha debe haber una hora de concordia. En gigantesca procesión, tranquilos y graves, cada uno con su cirio encendido en la mano, recorren los dos mil hombres el breve trecho que hay de iglesia a iglesia, desde Notre-Dame, de Versalles, a la catedral de San Luis, a través de las centelleantes filas de la guardia francesa y suiza. Sobre ellos repican las campanas; a su lado retumban los tambores, brillan los uniformes y sólo el canto espiritual de los sacerdotes, elevando la solemnidad, atenúa su carácter militar.

A la cabeza del largo cortejo -los últimos serán los primeros- marchan los representantes del tercer Estado, en dos filas paralelas; tras ellos avanza la nobleza; después sigue el clero. Cuando pasan los últimos representantes del tercer Estado se produce en el pueblo un movimiento, no casual, y los espectadores prorrumpen en estrepitosas aclamaciones. Este entusiasmo va dirigido hacia el duque de Orleans, el desertor de la corte, que, por cálculo demagógico, ha preferido mezclarse con las filas de los diputados del tercer Estado a ir en medio de la familia real. Y ni siquiera sobre el rey, que marcha detrás del palio del Altísimo -el arzobispo de París, con su sobrepelliz sembrada de diamantes lo lleva-, se derraman aplausos semejantes a los que recibe aquel que se declara, ante el pueblo, partidario de la nación y opuesto a la autoridad real. Para hacer aún más clara esta íntima oposición contra la corte, eligen algunos el momento en que se acerca María Antonieta y, en lugar de *«Vive la Reine!»*, aclaman altamente y con toda intención el nombre de su enemigo: «¡Viva el duque de Orleans!». María Antonieta siente la ofensa, se turba y palidece; sólo con un esfuerzo de voluntad logra dominar su sorpresa, sin alterar su aspecto, y continuar hasta el fin el camino de la humillación con erguida cabeza. Pero ya al día siguiente, en la apertura de la Asamblea Nacional, la espera una nueva ofensa. Mientras que el rey, a su entrada en la sala, es aclamado con vivos aplausos, ni un solo labio se mueve al llegar la reina: un silencio glacial y manifiesto sale a su encuentro como una viva corriente de aire.

«Voilà la victime», murmura Mirabeau a uno de sus vecinos, y hasta un espectador ajeno a la cuestión, el gobernador norteamericano Morris, se esfuerza por animar, pero sin éxito, a sus amigos franceses para que tomen menos ofensivo este hostil silencio por medio de una aclamación. «La reina lloraba -escribe en su diario este hijo de una nación libre-, y ni una sola voz se elevó en favor suyo. Hubiera alzado yo mi mano, pero no tenía allí ningún derecho a expresar mis sentimientos y en vano rogué a mis vecinos que lo hicieran.» Durante tres horas tiene la reina de Francia que permanecer sentada, como en el banquillo de los acusados, delante de los representantes del pueblo, sin que la saluden ni le presten ninguna atención; sólo cuando se levanta, después del interminable discurso de Necker, para retirarse de la sala con el rey, algunos diputados, por compasión, alzan un tímido *«Vive la Reine!».* Conmovida, María Antonieta da las gracias a aquellos pocos con una inclinación de cabeza, y por fin este gesto enciende las aclamaciones de todo el auditorio.

Pero al regresar a su palacio, María Antonieta no se hace ninguna ilusión. Con toda claridad siente la diferencia que hay entre este saludo vacilante y compasivo y los grandes, cálidos y torrenciales gritos de amor del pueblo que, en otro tiempo, habían conmovido su infantil corazón al retumbar en su primera llegada a París. Ya sabe que está excluida de la gran reconciliación y que comienza una lucha a muerte.

A todos los espectadores de estas jornadas les sorprende el inquieto y sobresaltado aspecto de María Antonieta. Hasta en la apertura de la Asamblea Nacional, donde se presenta, majestuosa y bella, en el regio esplendor de un magnífico vestido violeta, blanco y plata, con la cabeza adornada con una soberbia pluma de avestruz, observa madame Staél en su actitud una expresión de tristeza y angustia que es completamente nueva y desconocida en esta mujer antes despreocupada, alegre y coqueta. Y en realidad sólo con gran trabajo y un extremo esfuerzo de voluntad se ha forzado a sí misma María Antonieta a subir a este estrado, pero sus pensamientos y sus inquietudes están aquellos días en otra parte. Pues sabe que mientras que ella tiene que mostrarse al pueblo, durante horas enteras, en su regia magnificencia, conforme a su deber de monarca, padece y muere, en su camita, en Meudon, su hijo mayor, el delfín, de seis años de edad. Ya el año precedente ha

tenido la pena de perder a uno de sus cuatro hijos, a la princesa Sofía Beatriz, de once meses, y ahora por segunda vez se desliza la muerte en el cuarto de sus niños, en demanda de nuevo sacrificio. Los primeros síntomas de una naturaleza raquítica se habían mostrado en su primogénito en 1788. «Mi hijo mayor me da mucha preocupación -escribe entonces a José II-. Está mal conformado; una cadera es más alta que la otra y, en las espaldas, las vértebras están algo fuera de su sitio y salientes. Desde hace algún tiempo tiene siempre fiebre y está delgado y débil.» Después se presenta una engañosa mejoría, pero pronto no le queda ya a la pobre madre ninguna esperanza. El solemne cortejo de la apertura de los Estados Generales, aquel abigarrado y extraño espectáculo, es la última diversión del pobre niño enfermo: envuelto en mantas, tendido sobre cojines, demasiado débil ya desde hace algún tiempo para poder andar, desde el balcón de las caballerizas reales, con sus ojos apagados por la fiebre, ve pasar aún a su padre y a su madre, en medio del centelleante cortejo: un mes después está enterrado.

María Antonieta, durante todos estos días, lleva en su pensamiento la muerte inminente a inevitable de su hijo, y todas sus preocupaciones se dirigen hacia él: nada más necio, por tanto, que la leyenda, una y otra vez renovada, de que María Antonieta, durante estas semanas de sus ásperas inquietudes maternales y humanas, haya estado, desde la mañana hasta la noche, tramando cazurras intrigas contra la Asamblea. En aquellos días, su combatividad está totalmente quebrantada por el dolor que sufre y el odio que siente palpitar contra ella; sólo más tarde, completamente sola, luchando como una desesperada, simplemente por la vida y la corona de su marido y de su segundo hijo, se alzará otra vez para hacer un último esfuerzo. Pero ahora sus energías están consumidas, y justamente en aquellos días serían necesarios los ánimos de un dios, no los de un infeliz ser humano lleno de consternación, para detener el arrollador destino.

Pues los acontecimientos se suceden unos a otros con rapidez torrencial. Al cabo de pocos días, los dos brazos privilegiados, la nobleza y el clero, están ya en agria hostilidad contra el tercer Estado; rechazado éste, se declara constituido en Asamblea Nacional por su propio poder, y en la sala del Juego de Pelota presta juramento de no disolverse antes de que esté cumplida la voluntad del pueblo y votada la Constitución. La corte se espanta ante este demonio popular que ella

misma ha ido a sacar de su guarida. Arrastrado hacia una y otra parte por sus consejeros, los llamados por él y los no llamados; dando hoy la razón al tercer Estado, mañana al primero y al segundo, vacilando fatalmente justo en la hora que exige la más extrema lucidez de espíritu y fortaleza, el rey se inclina tan pronto hacia las baladronadas de los militares, que exigen, según su antigua arrogancia, que se expulse al populacho hacia sus casas, desenvainando las brillantes espadas, tan pronto hacia Necker. Que siempre vuelve a aconsejar la condescendencia. Un día impide la entrada del tercer Estado en la sala de deliberaciones; después se vuelve atrás espantado tan pronto como declara Mirabeau: «Estamos aquí por la voluntad del pueblo, y la Asamblea Nacional sólo retrocederá ante el poder de las bayonetas». Pero, en igual medida que la indecisión de la corte, crece la resolución de la nación. De un día a otro, la muda criatura llamada «pueblo» ha adquirido voz por medio de la libertad de la prensa, proclama sus derechos en centenares de folletos, y en inflamados artículos de periódicos descarga su furor revolucionario. En el Palais Royal, bajo la hospitalidad del duque de Orleans, se reúnen a diario millares de gentes que hablan, gritan, se agitan unos a otros incesantemente. Muchos desconocidos, cuya boca había permanecido cerrada durante toda su vida, descubren de repente el placer de hablar y de escribir; centenares de ambiciosos y desocupados ventean la hora favorable, y todos se dedican a la política, se mueven, leen, discuten y defienden su punto de vista. «Cada hora -escribe el inglés Arthur Young produce su folleto; trece han aparecido hoy, dieciséis ayer, veintidós la semana pasada, y diecinueve de cada veinte son escritos en favor de la libertad», es decir, por toda la desaparición de los privilegios, y entre ellos también los de la monarquía.

Cada día, casi cada hora, arrolla un pedazo de la autoridad real; las palabras «pueblo» y «nación», en un espacio de dos o tres semanas, pasan de ser pura letra muerta a religiosos conceptos de la omnipotencia y de la suprema justicia. Ya los oficiales y los soldados se unen al irresistible movimiento; ya advierten, sorprendidos, los funcionarios municipales y del Estado como se les escapan de las manos las riendas al desbocarse la furia popular; hasta la Asamblea Nacional cae en los remolinos de esta nueva corriente, pierde el rumbo dinástico y comienza a fluctuar. Los consejeros del palacio real están cada vez más angustiados, y como,

en general, la incertidumbre moral trata de salvarse de su miedo respondiendo con un gesto de violencia, el rey, para amenazar, saca los últimos regimientos que le permanecen fieles y seguros, hace que tengan preparada la Bastilla y, por último, para darse a sí mismo la ilusión de una energía de que carece internamente, arroja a la nación un guante de desafío al destituir, el 11 de julio, y enviarlo desterrado como un criminal, al único ministro popular, a Necker.

Los siguientes días están grabados con caracteres imperecederos en la Historia Universal; cierto que hay un solo libro al cual no debe ir uno en busca de informes sobre los acontecimientos, precisamente el diario manuscrito del desdichado y cándido monarca. Allí, el 11 de julio, dice solamente: «Nada. Partida del señor Necker», y el 14 de julio, el día de la toma de la Bastilla, que arruina definitivamente el poder real, otra vez la misma trágica palabra *«Rien»*, es decir: ninguna pieza cazada en ese día, ningún ciervo muerto; por tanto, ningún suceso importante. Pero en París se piensa de otro modo acerca de ese día, que todavía solemniza hoy toda una nación como fecha del nacimiento de su conciencia de la libertad. El día 12 de julio, antes del mediodía, llegan a París informes de la destitución de Necker, y con ello la chispa cae en el polvorín. En el Palais Royal, Camille Desmoulins, uno de los miembros del club del duque de Orleans, se encarama sobre una silla empuñando una pistola, proclama que el Rey prepara una noche de San Bartolomé y grita «al arma». En un minuto encuentran el símbolo de la sublevación, la escarapela tricolor que llega a ser bandera de la república; algunas horas más tarde, el ejército es atacado en todas partes, son saqueados los arsenales y cerradas con barricadas las calles. El 14 de julio, veinte mil hombres salidos del Palais Royal marchan contra la aborrecida fortaleza de París, la Bastilla, la cual, horas más tarde, es tomada por asalto y la cabeza del gobernador que había querido defenderla oscila lívida sobre la punta de una pica; por primera vez lanza sus rayos esta cruenta linterna de la Revolución. Nadie osa ya oponer resistencia contra esta elemental explosión de la furia popular; las tropas, que no han recibido de Versalles ninguna orden clara, se retiran, y por la noche, con millares de antorchas, se dispone París a celebrar su victoria.

Sin embargo, a seis leguas de este acontecimiento universal, todos permanecen sin sospechas. Han destituido al ministro molesto; ahora quedarán en paz; pronto

podrán de nuevo irse de caza, ya mañana probablemente. Pero entonces llega mensajero tras mensajero de la Asamblea Nacional; en París domina la inquietud, saquean los arsenales, avanzan hacia la Bastilla. El rey escucha los relatos, pero no toma ninguna verdadera resolución. En resumidas cuentas, ¿para qué sirve esa molesta Asamblea Nacional? Que decida ella. Como de costumbre, tampoco en este día es modificada la sacrosanta distribución de las horas; como siempre, aquel hombre comodón y flemático, sin curiosidad por nada (ya se sabrá todo mañana con tiempo), se va a la cama a las diez y duerme con su pesado y obtuso sueño, que no logra perturbar ningún suceso de importancia universal. Pero ¿qué tiempos desvergonzados, atrevidos y anárquicos son éstos? Han llegado a hacerse tan irrespetuosos que perturban el sueño de un monarca. El duque de Lianncourt llega a todo galope a Versalles, en un caballo cubierto de espuma, para traer noticias de los sucesos de París. Le declaran que el rey está durmiendo. Insiste en que lo despierten; por último lo dejan penetrar en el santuario del sueño. Comunica: «La Bastilla, tomada por asalto. El gobernador, asesinado. Su cabeza, clavada en una pica, es llevada por toda la ciudad».

«Pero ¡eso es una revuelta!», balbucea, espantado, el infeliz soberano.

Mas con despiadada severidad corrige el mal mensajero: «No, *sire*, es una revolución».

Capítulo 19
Huyen los amigos

Se ha ridiculizado mucho a Luis XVI porque el 14 de julio de 1789, al despertar asustado de su sueño ante la noticia de la toma de la Bastilla, no comprendió al instante en toda su trascendencia la palabra «revolución», que acababa de hacer su aparición en el mundo. Pero «es demasiado fácil -según recuerda Maurice Maeterlinck en el célebre capítulo de *Sagesse et Destinée*, la prudencia *ad posteriori*-, el reconocer lo que hubiera debido hacerse en un momento dado, cuando se tiene ya conocimiento de todo lo que ha ocurrido después». No hay duda alguna de que tanto el rey como la reina, ante las primeras señales de la tempestad, no se dieron cuenta, ni de modo aproximado, de la extensión que habrían de alcanzar los destrozos de este terremoto; pero otra pregunta: ¿quién de todos los contemporáneos tuvo ya desde estas primeras horas noción de la inmensidad del movimiento que allí comenzaba?, ¿quién fue capaz de ello, ni aun entre los que encendían y atizaban la Revolución? Todos los jefes del nuevo movimiento popular, Mirabeau, Bailly, La Fayette, no sospechaban siquiera por lo más remoto cuánto más allá de la meta que ellos se habían propuesto ha de arrastrarlos esta desencadenada fuerza, contra su propia voluntad, pues, en 1789, los que han de ser los más furibundos de los posteriores revolucionarios, Robespierre, Marat, Danton, son aún, resueltamente, convencidos realistas. Sólo por medio de la misma Revolución francesa el concepto de «revolución» recibe aquel sentido amplio, bárbaro a históricamente universal en que lo empleamos hoy en día. Sólo el tiempo ha impuesto en él la sangre y el espíritu que no tenía en las horas primeras. Sorprendente paradoja: no fue tan fatal para el rey Luis XVI el no poder comprender la revolución como, por el contrario, el que este hombre medianamente dotado se esforzara del modo más emocionante por llegar a comprenderla.

Luis XVI leía gustoso la Historia, y ninguna cosa había producido impresión más profunda en el tímido muchacho que el que una vez le fuera presentado personalmente el célebre David Hume, el autor de la Historia de Inglaterra, pues esta obra era su libro favorito. En él había leído ya, con especial emoción, cuando

delfín, aquel capítulo en que se describe cómo fue hecha una revolución contra otro rey, el rey Carlos de Inglaterra, y cómo, por último, fue decapitado: este ejemplo actuó como de poderosa advertencia en el asustadizo heredero del trono. Y cuando después análogo movimiento de descontento comenzó en su propio país, pensó Luis XVI que se preparaba del modo mejor y más seguro para afrontarla si volvía a estudiar siempre aquel libro, para aprender con tiempo, en las faltas de su desgraciado precursor, lo que un rey no debe hacer en caso de una de tales insurrecciones: donde aquél se había mostrado violento, quería ser condescendiente, esperando, con ello, librarse de aquel desastroso final. Pero precisamente esta voluntad de comprender la Revolución francesa por su analogía con la otra de un origen totalmente distinto, fue nefasta para el rey. Pues no es según secas recetas ni según no válidos modelos como debe encontrar sus decisiones un soberano en momentos de importancia universal; sólo la penetrante mirada del genio puede reconocer en el presente lo salvador y equitativo; sólo una heroica acometida puede detener las bárbaras, intrincadas y tumultuosas fuerzas elementales. Jamás se conjura una tempestad con bajar las velas; continúa mugiendo, con intactas fuerzas, hasta que se agote y se calme por sí misma.

Ésta es la tragedia de Luis XVI; quería comprender lo incomprensible con hojear la Historia como un libro escolar, y defenderse de la Revolución renunciando temerosamente a todo to que había de regio en su actitud. Otro es el caso de María Antonieta: no pidió consejo a ningún libro ni apenas a los hombres. Acordarse y precaverse no era propio de ella, ni en los momentos de mayor peligro; todo cálculo y toda convicción eran ajenos a su espontáneo carácter. Su fortaleza humana se apoyaba únicamente en el instinto. Y este instinto, desde el primer momento, opuso un inflexible «no» a la Revolución. Nacida en un palacio real, educada en los principios de la legitimidad, convencida de su derecho a reinar como de un don divino, considera desde un principio toda reivindicación nacional como una indigna sublevación del populacho: aquel que reclama para sí mismo todas las libertades y todos los derechos está siempre mal dispuesto a otorgárselo también a los otros. María Antonieta no entra en una discusión, interna ni externamente: dice lo mismo que su hermano José: «*Mon métier est d'étre royaliste*». «Mi misión es únicamente

representar el punto de vista del rey.» Su puesto es arriba; el del pueblo, abajo; no quiere descender, y el pueblo no debe subir.

Desde la toma de la Bastilla hasta el cadalso, en todos los minutos, se siente inconmoviblemente en su derecho. Ni por un solo instante pacta, en su ánimo, con el nuevo movimiento: todo lo revolucionario no significa para ella sino una palabra embellecedora para expresar la idea de rebelión.

Esta voluntad orgullosa, rígida a inconmovible de María Antonieta ante la Revolución, no contiene, sin embargo (por lo menos al principio), la menor animosidad contra el pueblo. Criada en la agradable Viena, María Antonieta considera al pueblo, *le bon peuple*, como un ser absolutamente bonachón pero no muy razonable; con firmeza de roca, cree que algún día ese bravo rebaño se apartará, desengañado, por sí mismo de esos agitadores y parlanchines y hallará el camino del buen pesebre de la hereditaria Casa soberana. Todo su odio va, por ello, hacia los *factieux*, hacia los conspiradores, incitadores, socios de clubes, demagogos, oradores, advenedizos y ateos que, en nombre de confusas ideologías o por ambiciosos intereses, quieren infundir al honrado pueblo pretensiones contra el trono y el altar. *Un amas de foux, de scélérats*, un montón de locos, de bribones y de criminales, llama a los representantes de veinte millones de franceses, y quien, aunque sólo haya sido durante una hora, ha pertenecido a aquella facción de Corah, ha terminado ya para ella; quien, aun sin otra tacha, haya tan sólo hablado con estos furiosos innovadores, es ya muy sospechoso. Ni una palabra de gratitud oye de ella La Fayette, que por tres veces ha salvado la vida de su marido y de sus hijos con riesgo de la propia: mejor perecer que dejarse salvar por estos vanidosos cortejadores del favor popular. Jamás, ni aun en la prisión, le hará a ninguno de sus jueces, a quien ella no reconoce como tales y los llama verdugos, ni a ningún diputado, el honor de dirigirles un ruego; con toda la obstinación de su carácter persevera en su inflexible repulsa a todo compromiso. Desde el primer momento hasta el último, María Antonieta no ha considerado a la Revolución más que como una inmunda ola de fango en la que hozan los más bajos y vulgares instintos de la Humanidad; no ha comprendido nada de los derechos históricos, de la voluntad constructiva de aquel movimiento, porque estaba resuelta a no comprender ni a afirmar más que su propio derecho real.

Esta voluntad de no comprender fue la falta histórica de María Antonieta: no hay que negarlo. Abarcar de una sola ojeada espiritual las conexiones de los hechos, poseer una profunda vista en to moral, no fueron, ni por su educación ni por su íntimo querer, dones concedidos a esta mujer en absoluto corriente y de ideas políticas estrechas; para ella sólo fue siempre comprensible to humano, lo inmediato y lo sensible. Pero, visto de cerca, examinando los hombres que intervienen en él, todo movimiento político resulta turbio; siempre se deforma una idea tan pronto como queda encarnada en lo terreno. María Antonieta -¿cómo podría ser de otro modo?- juzga la Revolución según los hombres que la dirigen; y, como siempre ocurre en tiempos de revuelta, éstos eran los que sabían hacer más ruido, no los más honrados ni los mejores. ¿No tiene la reina que sentir desconfianza cuando ve que precisamente entre los aristócratas son los más cargados de deudas y peor afamados, los de costumbres más corrompidas, como Mirabeau y Talleyrand, los que descubren primero que su corazón late por la libertad? ¿Cómo podría pensar María Antonieta que la Revolución es una cosa honrada y limpia cuando ve al avaro y codicioso duque de Orleans, siempre dispuesto a entrar en todo sucio negocio, entusiasmarse con la nueva fraternidad, o cuando ve que la Asamblea Nacional elige por su favorito a Mirabeau, ese discípulo del Aretino, tanto en el sentido de la venalidad como en el de la literatura obscena, esa escoria de la nobleza que, a causa de un rapto y otras oscuras historias, ha sido huésped de todas las prisiones de Francia y que después ha sostenido su vida gracias al espionaje? ¿Puede ser divino un movimiento que erige altares a semejantes hombres? ¿Debe considerarse como verdaderamente precursoras de una nueva humanidad la indecencia de las pescaderas y perdidas de las calles y que, como salvaje señal de victoria, llevan degolladas cabezas clavadas en el extremo de sus sangrientas picas? Porque en el primer momento no se ve más que la violencia, María Antonieta no cree en la libertad; porque sólo mira a los hombres, no sospecha la existencia de las ideas que se alzan invisibles detrás de ese bárbaro movimiento que trastorna al mundo; no ha notado nada, ni percibido nada, de las grandes ventajas que para la Humanidad resultan de un movimiento que nos ha apartado los magníficos fundamentos de todas las nuevas relaciones entre los hombres: la libertad de conciencia, la libertad de opinión, la libertad de prensa, la

libertad de comercio y la libertad de reunión; que ha esculpido la igualdad de clases, razas y confesiones como primer artículo de la tabla de la ley de los tiempos nuevos y que ha puesto fin a vergonzosos restos de la Edad Media, el tormento judicial, el vasallaje y la esclavitud; jamás comprendió la reina o trató de comprender, detrás de los brutales tumultos callejeros, la parte más mínima de estas metas espirituales. De esta turbulencia inabarcable con la vista, no ve más que el caos y no el bosquejo del nuevo orden que debe nacer de estos espantosos combates y convulsiones; por ello, desde el primer día hasta el último odió con toda la energía de su obstinado corazón a los directores y a los dirigidos. Y de este modo sucedió to que tenía que suceder. Como María Antonieta era injusta con la Revolución, la Revolución fue dura a injusta con ella.

La Revolución es el enemigo -éste es el punto de vista de la reina-. La reina es el obstáculo -ésta es la convicción fundamental de la Revolución-. Con instinto infalible percibe la masa del pueblo en la reina su única antagonista verdadera: desde el principio dirige contra su persona toda la furia del combate. Luis XVI no cuenta para nada, ni en bien ni en mal; eso lo sabe ya hasta el último campesino de las aldeas y el más diminuto pilluelo de la calle. A este hombre asustadizo y tímido se le puede espantar con algunos disparos de fusil, en forma que diga amén a todas las solicitaciones; se le puede plantar el gorro rojo y lo llevará sobre su cabeza, y si se le ordena enérgicamente, gritará también: «¡Abajo el rey! ¡Abajo el tirano!». Aunque rey, obedecerá como un macaco. Una única voluntad defiende en Francia el trono y sus derechos, y este «único hombre que tiene a su favor el rey -según la frase de Mirabeau- es su mujer». Por tanto, quien esté en favor de la Revolución tiene que estar en contra de la reina; desde el principio es meta de todos los disparos, y a fin de que, de modo inequívoco, llegue a ser el blanco general y se produzca una manifiesta separación entre ella y el rey, todos los escritos revolucionarios comienzan por presentar a Luis XVI como el verdadero padre del pueblo, como un hombre bueno, virtuoso, noble, sólo que, por desgracia, demasiado débil y « seducido» .

Si no dependiera más que de este amigo de los hombres, existiría una paz deliciosa entre el rey y la nación. Pero esa extranjera, esa austríaca, sometida a su hermano, encerrada en el círculo de sus favoritos y sus favoritas, despótica y tiránica, ella sola

no quiere ese acuerdo, y prepara siempre nuevos complots para destruir la libre población de París con tropas extranjeras llamadas para ello. Con infernal astucia engaña a los oficiales para que dirijan sus cañones contra el indefenso pueblo; ávida de sangre, azuza a los soldados con vino y regalos para que hagan una noche de San Bartolomé; a decir verdad, sería más que tiempo de abrir los ojos al pobre y desgraciado monarca. En el fondo, ambos partidos tienen el mismo pensamiento: para María Antonieta, el pueblo es bueno, pero seducido por los *factieux;* para el pueblo, el rey es bueno, pero alterado por su mujer. Por tanto, y en realidad, la lucha está entablada solamente entre los revolucionarios y la reina. Pero cuanto más se dirige el odio contra ella, cuanto más injustas y calumniosas son las injurias que le lanzan, tanto más fieramente se revuelve la obstinación de María Antonieta. Quien guía con toda decisión un gran movimiento o lo combate enérgicamente, va en la lucha más allá de su propia medida; desde que todo un mundo está contra ella, el infantil orgullo de María Antonieta se convierte en soberbia, y sus fuerzas psíquicas desparramadas se juntan para producir un carácter verdadero.

Esta fuerza tardía de María Antonieta sólo puede, no obstante, acrisolarse luchando a la defensiva; con una bala de cañón atada al pie nadie puede salir al encuentro de su adversario.

Y aquí la bala de cañón es el pobre rey, vacilante. La toma de la Bastilla es para él un bofetón en la mejilla derecha, y a la mañana siguiente, con humildad cristiana, presenta ya la izquierda. En lugar de enojarse, en vez de censurar y castigar, promete a la Asamblea Nacional retirar fuera de París las tropas que acaso estarían aún dispuestas a combatir en favor suyo, renegando con ello de los defensores que han caído al servicio de su causa. Como no se atreve a pronunciar ninguna palabra severa contra los asesinos del gobernador de la Bastilla, reconoce con ello el terror como justo poder político para gobernar a Francia, y, arredrándose, él legaliza la sublevación. Para darle gracias por tal humillación se encuentra París dispuesto a coronar de flores a este complaciente soberano y a conferirle -pero sólo por plazo breve- el título de *restaurateur de la liberté française*.

A las puertas de la ciudad lo recibe el alcalde con las ambiguas palabras de que la nación ha vuelto a conquistar a su rey; con toda obediencia, Luis XVI toma la escarapela que el pueblo ha elegido por emblema de su lucha contra la autoridad

real, sin advertir que la muchedumbre no le aclama a él, sino a su propia fuerza, que ha sometido al soberano. El 14 de julio, Luis XVI perdió la Bastilla; el 17 se desprendió además de toda su dignidad, inclinándose tan profundamente delante de sus adversarios, que la corona rodó por el suelo desde su cabeza.

Ya que el rey ha hecho su sacrificio, no puede María Antonieta negarse a realizar el suyo. También ella tiene que aportar un testimonio de buena voluntad apartándose de aquellos a quienes el nuevo señor, la nación, detesta del modo más justo: de sus compañeros de diversiones, los Polignac y el conde de Artois. Para siempre deben ser proscritos de Francia. En sí misma, la separación no hubiera sido apenas difícil para la reina si no hubiese sido impuesta, pues en su interior hace ya mucho tiempo que se siente apartada de esta pandilla frívola. Sólo ahora, en las horas de la despedida, se anima otra vez su amistad, enfriada desde hace tiempo, hacia aquellos compañeros de sus años más bellos y despreocupados. Han participado locamente de todas las locuras de la reina; la Polignac ha compartido todos los regios secretos, ha educado a sus niños y los ha visto crecer. Ahora tiene que partir. ¿Cómo no reconocer que esta despedida es, al mismo tiempo, un adiós a la propia descuidada juventud? Actualmente están para siempre terminadas las horas sin preocupación; roto en pedazos por el puño de la Revolución yace el mundo del *dix-huitième*, diáfano como porcelana y suave como alabastro; pasado está para siempre el goce de finos y delicados placeres. Se acerca una nueva época, acaso grande, pero grosera; poderosa, pero criminal. El relojito rococó ha dejado de hacer sonar, al dar la hora, su melodía argentina; están terminados los días de Trianón.

Combatiendo sus lágrimas, María Antonieta no puede decidirse a acompañar en este último paso a su antigua amiga: permanece en sus estancias, tanto teme a su propia emoción. Pero por la noche, cuando abajo, en el patio, esperan ya los coches para el conde de Artois y sus hijos, para el príncipe de Condé, el de Borbón; para la Polignac, los ministros y el abate Vermond; para todos aquellos seres que han rodeado su juventud, la reina coge aún rápidamente de sobre su mesa un pliego de papel de cartas y le escribe a la Polignac estas conmovidas palabras: «*Adieu*, queridísima amiga. Esta palabra es espantosa, pero tiene que ser así. Ahí va la orden para los caballos. No tengo ánimo para ir a abrazarla».

Este sonoro tono grave desaparece desde ahora de todas las cartas de la reina: una melancolía cargada de presentimientos comienza a velar todas sus palabras. «No puedo expresar a usted todo mi sentimiento porque estemos separadas -escribe en los siguientes días a madame de Polignac-, y confío en que usted sentirá también lo mismo. Mi salud es bastante buena, aunque un poco debilitada por las continuas sacudidas a que está sometida. Sólo estamos rodeados de angustias, desgracias y desgraciados, sin contar las de los que están ausentes. Todo el mundo huye, y todavía me hace feliz el pensar que aquellos a quienes más quiero están ahora alejados de mí.» Pero como si no quisiera dejarse sorprender por la amiga acrisolada en un acceso de debilidad, como si supiera que de su antiguo poder de reina no le queda más que una sola cosa: su regia dignidad, añade rápidamente: «Pero cuente usted siempre con que estas contrariedades no han conmovido ni mi fuerza ni mi valor; no seré abandonada de ellos; al contrario, estas contrariedades me enseñarán a ser más prudente. Precisamente en momentos como éste es cuando se aprende a conocer a los hombres y a distinguir a los que son verdaderamente adictos y los que no».

Todo es silencio ahora en torno de la reina que con tanto gusto, con demasiado gusto, había vivido en medio de la agitación. Ha comenzado la gran desbandada. ¿Dónde están los amigos de otro tiempo? Todos desaparecidos como las nieves de antaño. Los que alborotaban como niños voraces en torno a la mesa de los regalos, Lauzun, Esterhazy, Vaudreuil, ¿dónde están los compañeros de los juegos de naipes, de bailes y excursiones? A caballo y en coche -*sauve qui peut*- han salido de Versalles disfrazados, pero no con careta para ir a un baile, sino enmascarados para no ser linchados por el pueblo. Cada noche sale un nuevo coche por las doradas puertas de la verja para no volver más; cada vez es mayor el silencio en las salas del palacio, que parecen ahora demasiado grandes; ya no hay teatro, ni bailes, ni cortejos, ni recepciones; nada más que la misa por la mañana, y después, en el «pequeño gabinete», las largas y estériles conversaciones con los ministros, que no saben qué consejo dar. Versalles se ha convertido en un Escorial; quien tiene prudencia se aleja de allí.

Pero precisamente ahora, cuando todos abandonan a la reina, hasta aquellos que para el mundo eran sus más íntimos amigos, sale de la oscuridad el que lo fue

verdaderamente: Hans Axel de Fersen. Mientras era cosa lucida el pasar por favorito de la reina, este modelo de enamorado, para obtener el honor de la mujer amada, se mantuvo tímidamente oculto, conservando de este modo, apartado de la curiosidad y la charlatanería, el más profundo secreto de la vida regia. Pero ahora que ser amigo de la proscrita no trae consigo ni provecho, ni estima, ni honor, ni envidia, sino que requiere valor y una inagotable voluntad de sacrificio, ahora, libre y resueltamente, este único amante y único amado se pone junto a María Antonieta y entra con ello en la escena de la Historia.

Capítulo 20
Aparece el amigo

El nombre y la personalidad de Hans Axel de Fersen estuvieron largo tiempo envueltos en misterio. No se le cita en aquella pública lista impresa de amantes de la reina; tampoco en las cartas de los embajadores ni en los informes de los contemporáneos; Fersen no pertenece al número de los conocidos huéspedes del salón de la Polignac; dondequiera que hay luz y claridad no aparece su alta y grave figura. Gracias a esta prudente y calculada reserva se libra de las maliciosas conversaciones de las comadres de la corte, pero también la Historia lo desconoció largo tiempo, y acaso hubiera permanecido para siempre en la oscuridad del más profundo secreto de la vida de la reina María Antonieta si en la segunda mitad de la pasada centuria no se hubiese extendido un romántico rumor.

En un castillo sueco, inaccesibles y sellados, se conservaban fajos enteros de cartas íntimas de María Antonieta. Nadie, al principio, concedió crédito a este inverosímil rumor, hasta que de repente apareció una edición de aquella correspondencia secreta, la cual -a pesar de crueles mutilaciones en sus más reservadas particularidades coloca de pronto a aquel desconocido noble del Norte en el primero y preferente lugar entre los amigos de María Antonieta. Esta publicación transforma de modo fundamental la imagen del carácter de la mujer tenida hasta entonces por ligera; un drama íntimo se revela, magnífico y lleno de peligros; un idilio medio a la sombra de la corte real, medio ya a la de la guillotina; una de esas novelas conmovedoras como, en su tamaña inverosimilitud, sólo la Historia misma se atreve a componer; dos seres humanos, rendidos mutuamente en un ardiente amor, forzados por deber y prudencia a ocultar su secreto del modo más angustioso, siempre arrancados del lado uno del otro y siempre atraídos uno hacia otro en sus dos mundos apartados por distancias estelares; ella, reina de Francia; él, un pequeño y desconocido hidalgo de un país del Norte. Y como fondo del destino de estos dos seres humanos, un mundo que se viene abajo, tiempos apocalípticos, una página llameante de la Historia y tanto más llena de emoción cuanto que sólo poco a poco puede ser descifrada toda la verdad de to ocurrido por datos a indicios semi borrosos y mutilados.

Este gran drama histórico de amor no comienza de modo pomposo, sino por completo en el estilo rococó del tiempo; su preludio hace el efecto de estar copiado de Faublas. Un joven sueco, hijo de un senador, heredero de un noble nombre, es enviado, a la edad de quince años, acompañado de un preceptor, a hacer un viaje que dure un trienio, cosa que, aun en el día de hoy, no es el peor sistema educativo para llegar a ser hombre de mundo.

Hans Axel hace en Alemania estudios superiores y aprende el oficio de las armas; en Italia, medicina y música; en Ginebra hace la visita, entonces inevitable, a la pitonisa de toda la sabiduría, al señor de Voltaire, que con su seco cuerpo, ligero como una pluma, envuelto en una bata bordada, lo recibe benévolamente. Con ello ha obtenido Fersen su bachillerato espiritual. Ahora sólo le falta el último barniz a este mancebo de dieciocho años: Paris, el fino tono de la conversación, el arte de los buenos modales, y entonces estará terminada la educación típica de un joven noble del *dix-huitième*. Después, este perfecto caballero puede llegar a ser embajador, ministro o general; está abierto para él el mundo más alto.

Además de la nobleza, el decoro personal, una inteligencia mesurada y objetiva, una gran fortuna y el prestigio de ser extranjero, trae también consigo el joven Hans Axel de Fersen una carta especial de recomendación: es un hombre excepcionalmente bello.

Erguido, ancho de hombros, con fuertes músculos, produce, como la mayoría de los escandinavos, una impresión varonil, sin ser por eso pesado ni macizo: con ilimitada simpatía se contempla en los retratos su semblante, abierto y de armoniosos rasgos, con claros y firmes ojos, sobre los cuales, redondas como cimitarras, se comban dos cejas sorprendentemente negras. Una libre frente, una boca cálida y sensual, que, según lo ha demostrado asombrosamente, sabe callar de modo impecable. Por el retrato puede comprenderse que una mujer verdadera se enamore de un hombre como éste y, más aún, que se confíe a él totalmente. Como *causeur*, como *homme d'esprit*, como hombre de mundo especialmente divertido, son pocos los que celebran a Fersen; pero a su inteligencia, un poco seca y casera, se añade una franqueza muy humana y tacto natural; ya en 1774 el embajador de Suecia puede comunicar al rey Gustavo: «De todos los suecos que estuvieron aquí en mis tiempos, fue éste el mejor recibido en el gran mundo».

Al mismo tiempo, este joven caballero no es ningún cacoquimio ni desdeña los placeres; las damas celebran en él un *coeur de feu* bajo una capa de hielo; no se olvida en Francia de divertirse y frecuenta asiduamente en París todos los bailes de la corte y de la alta sociedad. De este modo le ocurre una sorprendente aventura. Una noche, el 30 de enero de 1744, en el baile de la ópera, punto de cita del mundo elegante y también del dudoso, una mujer joven y esbelta, con delgado talle, vestida de un modo sorprendentemente distinguido y con un paso desusadamente alado, se dirige hacia él y traba una galante conversación, protegida por la máscara de terciopelo. Fersen, halagado por esta distinción, prosigue placentero en el tono más alegre, encuentra picante y divertida a su agresiva compañera y acaso se forja ya toda suerte de esperanzas para la noche. Pero entonces le sorprende que poco a poco algunos otros caballeros y señoras cuchichean curiosamente, formando círculo alrededor de los dos, y que él mismo y aquella dama con máscara llegan a ser el centro de una atención más viva a cada instante.

Finalmente, la situación se va haciendo ya enojosa, cuando se quita la careta la galante intrigante: es María Antonieta -caso inaudito en los anales de la corte-, la heredera del trono de Francia, que, una vez más, se ha evadido del triste lecho conyugal de su dormilón esposo, ha venido a la *redoute* de la ópera y ha buscado un caballero extranjero para charlar un rato con él. Las damas de la corte procuran evitar un escándalo demasiado grande. Al punto rodean a la extravagante fugitiva y vuelven a llevarla a su palco. Pero ¿qué se mantendrá en secreto en este Versalles murmurador? Cada cual cuchichea y se asombra del favor hecho por la delfina, tan opuesto a la etiqueta; ya al día siguiente, probablemente, el embajador Mercy habrá dado quejas a María Teresa; de Schoenbrunn habrá sido enviado un correo urgente con una amarga carta para esta *tête à vent,* esa cabeza de viento de su hija, diciéndole que debe dejar por fin esas inconvenientes dissipations y evitar que hablen más de ella a propósito de Juan o de Pedro en esas malditas *redoutes.* Pero María Antonieta tiene su voluntad propia; el joven le ha gustado, se lo ha dejado ver. A partir de aquella velada, aquel caballero, nada extraordinario ni por su categoría ni por su posición, es recibido con especial amabilidad en los bailes de Versalles. Ya entonces, después de un principio tan prometedor, ¿se desarrolló entre ambos cierto positivo afecto? Nada se sabe. En todo caso, este *flirt* -sin duda

inocente- es pronto interrumpido por un gran acontecimiento, la muerte de Luis XV, que de la noche a la mañana convierte a la princesa en reina de Francia. Dos días más tarde -¿le habrán hecho alguna indicación?-, Hans Axel de Fersen regresa a Suecia.

El primer acto está terminado. Fue sólo una galante introducción, un preludio a la obra propiamente dicha. Dos muchachos de dieciochos años se han encontrado y han sido del agrado uno de otro; *voilà tout.* Traducido a la vida de hoy, equivale a una amistad de academia de baile, a un amorío entre colegas de instituto. Aún no ha ocurrido nada especial: aún no está afectado lo profundo de la sensibilidad.

Segundo acto. Al cabo de cuatro años, en 1778, vuelve Fersen a Francia; el padre envía al mozo, de veintidós años, para que se procure como esposa a alguna rica heredera, ya a una señorita de Reyel, de Londres, o a la señorita Necker, la hija del banquero de Ginebra, universalmente famosa más tarde con el nombre de Madame de Staël. Pero Axel de Fersen no muestra ninguna especial inclinación hacia el matrimonio, y pronto se comprenderá por qué. Apenas llegado, el joven aristócrata, vestido de gala, se presenta en la corte. ¿Lo conoce todavía?' ¿Habrá alguien que se acuerde de él? El rey corresponde displicente a su saludo; los demás miran con indiferencia al insignificante extranjero, nadie le dirige una amable palabra. Sólo la reina, apenas lo descubre, exclama bruscamente: *«Ah! C'est une vielle connaissance».* («¡Ah! nos conocemos ya desde hace tiempo.») No, no se ha olvidado de su bello caballero del Norte. Al punto se inflama nuevamente su interés por él -no era, pues, ninguna fogata de paja-. Invita a Fersen a sus reuniones; lo colma de amabilidades; lo mismo que al comienzo de su conocimiento en el baile de la ópera, es María Antonieta la que da los primeros pasos. Pronto puede comunicarle Fersen a su padre: «La reina, la princesa más amable que conozco, tuvo la bondad de preguntar por mí. Le ha preguntado a Creutz por qué no iba yo a sus partidas de juegos dominicales, y al saber que había ido en un día en el que no recibía, casi llegó a presentarme sus excusas». «¡Espantosa merced a este mancebo!», se siente uno tentado a decir, con palabras de Goethe, al ver que esta orgullosa, que ni siquiera corresponde al saludo de las duquesas, que durante siete años no le concedió ni una inclinación de cabeza a un cardenal de Rohan y durante

cuatro a una Du Barry, se disculpe con un pequeño noble viajero porque una vez se haya molestado en venir en vano a Versalles.

«Cada vez que le ofrezco mis respetos en su partida de juego, me dirige la palabra», le anuncia pocos días más tarde el joven caballero a su padre. Contra toda etiqueta, ruega una vez al joven sueco « la más amable de las princesas» que se presente en Versalles con el uniforme de su país, porque quiere ver --capricho de enamorada- cómo le sienta aquel exótico traje. El «bello Axel» accede, naturalmente, a este deseo. El antiguo juego ha comenzado de nuevo.

Mas esta vez es ya un juego peligroso para una reina a quien la corte vigila con mil ojos de Argos. María Antonieta tendría ahora que ser más prudente, pues ya no es la princesa de dieciocho años de antes, cuyas locuras disculpaban su puerilidad y juventud, sino la reina de Francia. Pero su sangre se ha despertado. Por fin, al cabo de siete años espantosos, el inhábil esposo Luis XVI ha logrado realizar el acto conyugal, ha hecho realmente de la reina una esposa. Pero, sin embargo, ¿qué sentirá esta mujer de fina sensibilidad, de una belleza plenamente florecida y casi sensual, cuando compare a este panzudo esposo con su joven y brillante enamorado? Sin que ella misma tenga conciencia de ello, apasionadamente enamorada por primera vez, comienza a revelar a los ojos de todos los curiosos sus sentimientos hacia Fersen por el cúmulo de sus agasajos, y, más aún, por cierto rubor y confusión. Una vez más, como le ocurre con tanta frecuencia, es peligrosa para María Antonieta su más humana y atractiva cualidad: el que no puede ocultar sus simpatías y aversiones. Una dama de la corte afirma haber observado claramente que, una vez, al entrar inopinadamente Fersen, la reina comenzó a temblar, presa de dulce espanto; que otra vez, estando María Antonieta sentada al piano cantando el aria de Dido, ocurrió que delante de toda la corte, al pronunciar las palabras: *« Ah!, que je fus bien inspiré, quand je vous reçu dans ma cour!»*, dirigió con ilusión y ternura sus azules ojos, en general tan fríos, hacia el secreto (ya no tan secreto) elegido de su corazón. Se alzan ya murmuraciones. Bien pronto toda la sociedad de la corte, para quien las intimidades regias son los acontecimientos más importantes del mundo, observa la situación con apasionada ansiedad: ¿Será su amante? ¿Cuándo? ¿Cómo? Pues el sentimiento de la reina se ha manifestado harto públicamente para que cada cual pueda saber, cosa de que

ella misma no tiene conciencia, que Fersen podría obtener de la joven reina cualquier favor, hasta el supremo, si tuviese el atrevimiento o la ligereza necesarios para intentar apoderarse de su presa.

Pero Fersen es sueco; todo un hombre y todo un carácter; en las gentes del Norte, sin obstáculo alguno puede ir mano a mano un fuerte temperamento romántico con una razón serena y casi glacial. Al punto ve lo insostenible de la situación. La reina tiene por él *un faible*; nadie lo sabe mejor que él mismo, pero aunque él, por su parte, ame y venere a esta encantadora joven, su honradez no le consiente abusar frívolamente de esta debilidad de los sentidos y poner vanamente en habladurías la fama de la reina. Unas francas relaciones provocarían un escándalo sin ejemplo; ya, con sus platónicos favores, se ha comprometido bastante María Antonieta. Por su parte, para representar el papel de un José y rechazaría y castamente los favores de una mujer joven, bella y amada, para ello se siente Fersen demasiado ardiente y juvenil. De este modo, este hombre magnífico realiza lo más noble que puede hacer un varón en situación tan delicada; pone mil leguas de distancia entre su persona y la mujer en peligro; se inscribe rápidamente, como ayudante de La Fayette, en el ejército que va a Norteamérica. Corta el hilo antes de que se enrede de un modo insoluble y trágico.

Sobre esta despedida de los enamorados poseemos un documento indubitable, el informe oficial del embajador de Suecia al rey Gustavo, que atestigua históricamente la apasionada inclinación de la reina hacia Fersen. Escribe el embajador: «Tengo que comunicar a Vuestra Majestad que el joven Fersen ha sido tan bien visto por la reina que el hecho ha provocado las sospechas de algunas personas. Tengo que confesar que yo mismo creo que sentía algún afecto hacia él; he advertido indicios demasiado claros para poder dudar. El joven conde Fersen ha mostrado, en esta ocasión, una conducta ejemplar, por su humildad, su reserva y, sobre todo, por haberse decidido a embarcar para América.

Con haber partido, ha alejado todo peligro; pero haber resistido a tal tentación exige, indudablemente, una decisión superior a su edad. Durante los últimos días, la reina no podía apartar de él los ojos y al mirarle estaban llenos de lágrimas. Suplico a Su Majestad que reserve este secreto exclusivamente para sí y el senador Fersen. Cuando los favoritos de la corte oyeron hablar de la partida del conde estaban todos

encantados, y la duquesa de Fitz James le dijo: "¿Cómo, señor, abandona usted de este modo a su conquista?". "Si hubiese hecho una, no la abandonaría. Parto libre y sin pena de nadie." Vuestra Majestad convendrá en que tal respuesta fue de una prudencia y reserva superior a su edad. Por lo demás, la reina muestra ahora mucho más dominio de sí y más prudencia de lo que tenía antes».

Este documento, los defensores de la «virtud» de María Antonieta lo agitan sin cesar, desde entonces, como el estandarte de la inocencia de la reina, cándida como una flor.

Fersen se ha sustraído, en el último momento, a una pasión adúltera; con un sacrificio digno de admiración, los dos enamorados han renunciado uno a otro; la gran pasión ha permanecido « pura»; éstos son sus argumentos. Pero este testimonio no atestigua nada definitivo, sino sólo el hecho provisional de que en 1779 no habían ocurrido aún las últimas intimidades entre María Antonieta y Fersen. Sólo los años siguientes serán los decisivamente peligrosos para esta pasión. Estamos sólo al final del acto segundo y lejos aún de sus más profundas complicaciones.

Acto tercero: nuevo regreso de Fersen. Directamente desde Brest, donde desembarca, en junio de 1783, al cabo de cuatro años de voluntario destierro con el cuerpo auxiliar de los americanos, se precipita sobre Versalles. Epistolarmente había estado desde América en relación con la reina, pero el amor exige la presencia real. ¡Que no tengan ahora que volver a separarse, que por fin pueda establecerse junto a ella, que no haya ninguna distancia más entre sus miradas! Evidentemente por deseo de la reina, solicita al punto Fersen el mando de un regimiento francés. ¿Por qué? Este enigma no es capaz de resolvérselo en Suecia el viejo y económico senador su padre. ¿Por qué quiere Hans Axel permanecer en Francia? Como soldado experimentado, como heredero de un nombre de antigua nobleza, como favorito del romántico rey Gustavo, podría elegir en su país el puesto que más le agradara. ¿Por qué, pues, en Francia?, se pregunta una y otra vez el senador, enojado y desengañado. Y el hijo, para engañar al escéptico padre, inventa rápidamente que lo hace para casarse con una rica heredera, con la señorita Necker y sus millones suizos. Pero la verdad de todo es que piensa en cualquier cosa menos en casarse, como lo revela la carta íntima que, al mismo tiempo, escribe a su hermana, en la

que, con toda sencillez, le entrega las llaves de su corazón. «He tomado la resolución de no contraer nunca matrimonio; sería contranatural... La única a quien querría pertenecer y que me ama, no puede ser mía. Por tanto, no quiero ser de nadie.» ¿Está bastante claro? ¿Hay que preguntar todavía quién es esa «única» que le ama y que nunca podrá pertenecerle como esposa, esa *«elle»*, como abreviadamente llama Fersen a la reina en sus Diarios? Tienen que haber pasado cosas decisivas para que tan abiertamente se atreva a confesarse a sí mismo y a su hermana que está seguro del cariño de María Antonieta. Y cuando le escribe al padre que hay otras «mil razones personales que no puede confiar al papel y que le retienen en Francia», detrás de esas mil razones no hay más que una sola que no quiere comunicar: el deseo o la orden de María Antonieta de tener siempre cerca de sí a su dilecto amigo. Pues, apenas Fersen ha solicitado ahora un mando de regimiento, ¿quién le ha hecho « la merced de intervenir en el asunto»? María Antonieta, que, por lo demás, no se ha ocupado nunca de mandos militares. Y ¿quién, contrariamente a todo uso, anuncia la rápida obtención del cargo al rey de Suecia? No el jefe supremo del ejército, único calificado para ello, sino, en una carta de su puño y letra, su mujer, la reina.

En éste o en los años siguientes es cuando con las mayores probabilidades hay que colocar el comienzo de aquellas íntimas relaciones, o más bien, aún más íntimas, entre María Antonieta y Fersen. Cierto que todavía durante dos años -muy contra su voluntad tiene Fersen que acompañar como ayudante en su viaje al rey Gustavo; pero después, en 1785, se queda definitivamente en Francia, y estos años han transformado totalmente a María Antonieta. El asunto del collar ha aislado a esta mujer, que creía demasiado en el mundo, abriendo su espíritu hacia lo fundamental de la vida. Se ha retirado del torbellino de la sociedad de las gentes ingeniosas y poco seguras, de las divertidas y traidoras, de las galantes y perdidosas; en vez de los muchos compañeros sin valor alguno, su corazón, hasta entonces engañado, descubre ahora un amigo verdadero. En medio del odio general, ha crecido ilimitadamente su necesidad de ternura, de confianza, de amor; está ahora madura no para disiparse más tiempo, vana y locamente, en el ilusorio espejo de la admiración general, sino para entregarse a un ser humano, con ánimo franco y resuelto. Y Fersen, por su parte, bello carácter caballeresco, no ama, en realidad, a

esta mujer con toda la plenitud de sus sentimientos, sino desde que la ve calumniada, infamada, perseguida y amenazada; él, que se retiró tímidamente ante sus favores mientras ella era idolatrada por el mundo y estaba rodeada de mil aduladores, sólo se atreve a amarla desde que se ha quedado solitaria y necesitada de protección. «Es muy desgraciada -escribe Fersen a su hermana-, y su valor, digno de admiración por encima de todo, la hace aún más atractiva. Mi única pena es no poder compensarla de todas las cuitas y no poder hacerla tan feliz como ella merece.» Cuanto más desgraciada es la reina, cuanto más abandonada y perseguida, tanto más poderosamente crece en él la voluntad viril de compensarla de todo por medio del amor: *«Elle pleure souvent avec moi, jugez si je dois l'aimer»*. Y cuanto más próxima está la catástrofe, tanto más impetuosa y trágicamente se sienten impulsados los dos uno hacia el otro; ella, al cabo de infinitas decepciones, para encontrar una última dicha junto a él; él, para reemplazar en el corazón de ella, con su caballeresco amor, mediante una abnegación sin límites, el reino perdido.

Ahora que este cariño, superficial en otro tiempo, ha llegado a llenar el alma y que el amorío se ha convertido en amor, hacen ambos todos los imaginables esfuerzos por mantener ocultas sus relaciones ante el mundo. Para despistar toda malicia, hace María Antonieta que el joven oficial no sea enviado a la guarnición de París, sino a una situada muy cerca de la frontera, a Valenciennes. Y si *«se»* (así se expresa Fersen reservadamente en su Diario) le llama a palacio, oculta, bajo toda especie de artificios, entre sus amigos el verdadero objeto del viaje, a fin de que de su presencia en Trianón no pueda deducirse ninguna consecuencia. «No le digas a nadie que te escribo desde aquí -le advierte desde Versalles a su hermana-, pues fecho todas mis otras cartas desde París.

Adiós, tengo que ir junto a la reina.» Jamás acude Fersen a las reuniones de los Polignac, jamás se deja ver en el círculo íntimo de Trianón, jamás toma parte en las excursiones en trineo, bailes y partidas de juego; allí deben continuar pavoneándose y haciéndose notar los aparentes favoritos de la reina, los cuales, sin sospechado, los ayudan, con sus galanterías, a tener oculto ante la corte el secreto verdadero. Ellos dominan de día; la noche es el imperio de Fersen. Ellos rinden pleito homenaje y hablan de ello; Fersen es amado y guarda silencio. Saint-Priest,

el bien iniciado que todo lo sabe -menos que su propia mujer está loca por Fersen y que le escribe ardientes cartas de amor-, informa con aquella seguridad que hace que sus afirmaciones sean más valiosas que los de otros: Fersen se dirigía tres o cuatro veces por semana hacia el lado de Trianón. La reina, sin séquito alguno, hacía lo mismo, y estos *rendez-vous* causaban públicas murmuraciones, a pesar de la modestia y reserva del favorito, el cual, externamente, jamás dio a conocer en nada su posición, y, de todos los amigos de la reina, fue siempre el más discreto. En todo caso, en el término de cinco años, sólo algunas breves y raras horas hurtadas para estar juntos son concedidas a los enamorados, pues a pesar de su valor personal y de lo seguras que son sus camareras, María Antonieta no puede osar demasiado; sólo en 1790, poco tiempo antes de su separación, puede decir Fersen, con enamorada beatitud, que al fin le ha sido dado pasar un día entero con ella, *avec elle*. Sólo entre la noche y la mañana, en las sombras del parque, acaso en una de las casitas del *hameau*, puede la reina esperar a su querubín: es la escena del jardín de *Las bodas de Fígaro*, con su música tierna y romántica, que termina misteriosamente su representación en los bosquecillos de Versalles y en los meandros de los caminitos de Trianón. Pero, delante de la puerta, preludiando magníficamente con los duros acordes de la música de *Don Juan*, amenazan ya, pétreos y aplastantes, los pasos del comendador; el tercer acto pasa de la ternura del rococó al gran estilo de tragedia de la Revolución. Sólo el último acto, ascendiendo poderosamente sobre el espanto de la sangre y de la violencia, traerá el crescendo, la desesperación de la despedida y el éxtasis de la muerte.

Únicamente ahora, en lo más extremo del peligro, cuando todos los otros han huido, se presenta aquel que, en los tiempos de la dicha, se había ocultado discretamente, el único amigo, dispuesto a morir con ella y por ella; magníficamente varonil se recorta ahora la silueta de Fersen, oscura hasta ese momento, sobre el lívido y tempestuoso cielo de la época. Cuanto más amenazada está la amada, tanto más crecen las energías de él; despreocupadamente, se plantan los dos más allá de las fronteras de lo convencional, que hasta entonces se alzaban entre una princesa de Habsburgo y reina de Francia y un extranjero hidalgo sueco. A diario aparece Fersen en palacio, todas las cartas pasan por su mano, toda resolución es meditada con él, las cuestiones más difíciles, los secretos más peligrosos le son confiados; conoce, y

nadie más que él, todas las intenciones de María Antonieta, todos sus cuidados y esperanzas; también él solo sabe de sus lágrimas, de su desaliento y de su amargo duelo. Precisamente en el momento en que todo el mundo la abandona, en que lo pierde todo, encuentra la reina lo que durante toda su vida había buscado vanamente: el amigo honrado, sincero, animoso y varonil.

Capítulo 21
¿Lo era o no lo era?
(Cuestión incidental)

Se sabe ahora, y se sabe de modo irrefutable, que Hans Axel de Fersen no fue, como se opinó durante mucho tiempo, un personaje accesorio, sino la figura principal en la novela psicológica de María Antonieta; se sabe que sus relaciones con la reina no fueron, en modo alguno, un galante juego, un *flirt* romántico ni una aventura de trovador caballeresco, sino un amor sólido, conservado a través de veinte años, con todas las insignias de su poder: el manto color de fuego de la pasión, el altanero cetro del valor, la pródiga magnitud del sentimiento. Una última incertidumbre rodea todavía la forma de ese amor. ¿Fue -como solía decirse en la literatura del pasado siglo--- un amor «puro», con lo que se designaba siempre, impropiamente, aquel amor en el cual una mujer apasionadamente enamorada y apasionadamente amada rehusaba con gazmoñería al hombre amado y amante los últimos dones? ¿O fue más bien un amor «culpable», es decir, como se entiende actualmente, una pasión completa, libre, magnánima y valerosa, que entrega generosamente como regalo su propia persona y, con ella, cuantos bienes se puedan poseer? ¿Fue Hans Axel de Fersen puramente el *chevalier servant,* el romántico adorador de María Antonieta, o real y corporalmente su amante? ¿Lo era o no lo era? «¡No! ¡En modo alguno!», exclaman al instante -con singular irritación y sospechosa prisa- ciertos biógrafos monárquicos y reaccionarios, que a cualquier precio quieren saber «pura» a la reina, a «su» reina, y al abrigo de todo «baldón»: «Amaba él apasionadamente a la reina -afirma con envidiable seguridad Werner von Heidenstam-, sin que un pensamiento carnal hubiera impurificado nunca este amor, digno de los trovadores y de los caballeros de la Tabla Redonda. María Antonieta le amaba, sin olvidar ni durante un momento sus deberes de esposa y su dignidad de reina». Para esta clase de fanáticos del respeto, es inconcebible -es decir, protestan de que alguien lo conciba- que «la última reina de Francia pudiera haber hecho traición al *depôt d'honneur* que le habían legado todas o casi todas las madres de nuestros reyes». Pues, por amor de Dios, por tanto, que no haya ninguna investigación, y sobre todo ninguna discusión sobre esta *affreuse calomnie*

(Goncourt), ningún *acharnement, sournois ou cynique*, para el descubrimiento de la verdadera realidad. Al instante, los defensores incondicionales de la «pureza» de María Antonieta tocan nerviosamente la campanilla sólo con que se acerque uno a la cuestión.

¿Hay que cumplir realmente esa orden y pasar con labios silenciosos por delante del problema de si Fersen, durante todo el tiempo de su vida, sólo vio a María Antonieta con «una aureola sobre la frente» o si la miró también con ojos varoniles y humanos? Aquel que, por pudor, evita tratar de esta cuestión, ¿no pasa realmente junto al verdadero problema sin conocerlo? Pues no se conoce a ningún ser humano en tanto no se sabe su último secreto, y menos aún se tiene noticias del carácter de una mujer mientras no se ha comprendido el modo de ser de su amor. En unas relaciones de la importancia histórica de éstas, en las cuales una pasión contenida durante largos años no roza una vida como por pura casualidad, sino que fatalmente invade hasta el último fondo los espacios del alma, la cuestión de los límites de ese amor no es un tema ocioso ni cínico, sino decisivo para hacer el retrato moral de una mujer. Para dibujar con exactitud hay que abrir debidamente los ojos. Por canto, aproximémonos; analicemos la situación y los documentos. Investiguemos, que acaso la pregunta encuentre todavía una respuesta.

Primera cuestión: admitiendo en el sentido de la moral burguesa el considerar como culpable el que María Antonieta se hubiera entregado sin reservas a Fersen, ¿quién la acusa de ese don completo? Sólo tres entre sus contemporáneos; cierto que tres personas de máxima categoría, no ningún vulgar chismoso de escaleras abajo: tres iniciados, a quienes puede atribuirse legítimamente un total conocimiento de la situación. Napoleón, Talleyrand y Saint-Priest, el ministro de Luis XVI, testigo ocular cotidiano de todos estos acontecimientos. Los tres afirman sin reservas que María Antonieta ha sido amante de Fersen, y lo hacen en forma tal que excluye toda duda en cuanto a su convencimiento.

Saint-Priest, el que está más al corriente de la situación, es el más minucioso en los detalles. Sin animosidad contra la reina, perfectamente objetivo, habla de secretas visitas nocturnas de Fersen a Trianón, a Saint-Cloud y a las Tullerías, cuyo acceso secreto sólo a él era permitido por La Fayette. Informa sobre la complicidad de la Polignac, la cual parece aprobar altamente que el favor de la reina haya ido a caer

sobre un extranjero, quien en modo alguno querrá obtener ningún provecho de su situación de favorito. Para echar a un lado estos tres testimonios, como lo hacen los rabiosos defensores de la virtud, para acusar como calumniadores a Napoleón y Talleyrand, se requiere mucha más audacia que para una investigación libre de prejuicios. Pero, segunda cuestión: ¿quiénes de los contemporáneos o testigos oculares declaran que el acusar a Fersen de haber sido amante de María Antonieta sea una calumnia? Ni uno solo. Y sorprende que justamente los íntimos eviten, con singular coincidencia, el mencionar el nombre de Fersen; Mercy, el cual, sin embargo, examina tres veces cada una de las horquillas que coloca la reina en sus cabellos, no cita ni una sola vez en los despachos oficiales el nombre de Fersen; los fieles de la corte se refieren sólo, en su correspondencia, a «cierta persona» a la cual se entregaron cartas. Pero nadie pronuncia su nombre; durante un siglo entero domina una sospechosa conspiración de silencio, y las primeras biografías oficiales olvidan deliberadamente el mencionarlo siquiera. Por tanto, no puede uno sustraerse a la impresión de que ha sido dado tardíamente un *mot d'ordre* para dejar olvidado lo más radicalmente posible a ese aguafiestas de la leyenda romántica de la virtud regia.

Así la investigación histórica se halló durante largo tiempo en presencia de un difícil problema. Por todas partes encontraba imperiosos motivos de sospecha, y por todas partes el decisivo documento probatorio estaba escamoteado por manos diligentes. Basándose en el material existente -lo perdido contenía los verdaderos testimonios acusatorios-, no se podía establecer con evidencia el hecho. *Forse che si, forse che no*; acaso sí, acaso también no, decía la ciencia histórica en el caso Fersen mientras faltaron los más leves testimonios decisivos, y cerraba el legajo suspirando: No poseemos nada escrito ni nada impreso; por tanto, ni un único testimonio valedero en nuestra defensa.

Mas allí donde termina la investigación severamente ligada a comprobables hechos comienza el libre y alado arte de la intuición psicológica; donde fracasa la paleografía tiene que entrar en funciones la psicología, cuyas hipótesis, construidas lógicamente, son con frecuencia más verdaderas que la desnuda verdad de documentos y testimonios. Si no tuviésemos más que documentos para hacer la Historia, ¡qué estrecha, qué pobre, qué llena de vacíos! Lo que no tiene más que un

significado, lo manifiesto, es el dominio de la ciencia; lo complejo, lo que requiere ser explicado a interpretado, es el dominio nato del arte de las almas; donde los materiales no aportan más pruebas escritas le quedan aún al psicólogo incalculables posibilidades. La intuición cabe siempre acerca de un ser humano mucho más que todos los documentos.

Pero primero examinemos una vez más los documentos. Hans Axel de Fersen, aunque corazón romántico, era un hombre ordenado. Lleva su Diario con pedantesca minuciosidad; cada mañana anota pulcramente el estado del tiempo, la presión atmosférica y, junto con estos acontecimientos meteorológicos, los políticos y los personales. Además -hombre altamente minucioso- lleva un libro de correspondencia, en el cual escribe, con sus fechas, las cartas recibidas y las enviadas. Fuera de eso, toma notas para las descripciones de su Diario, conserva metódicamente su correspondencia y es, por tanto, un hombre ideal para un investigador de Historia, pues a su muerte, en 1810, irreprochablemente ordenado, deja un registro de toda su vida, un tesoro documental incomparable.

¿Qué ocurre con este tesoro? Nada. Ya esto produce una extraña impresión. Su existencia es silenciada cuidadosamente -o, digámoslo mejor, temerosamente- por los herederos; a nadie se le permite la entrada a esos archivos, nadie está informado de que existen. Por fin, medio siglo después de la muerte de Fersen, un descendiente suyo, cierto barón de Klinkowstroem, publica la correspondencia y una parte de los *Diarios*. Pero, cosa extraña, la correspondencia no está ya completa. Una serie de cartas de María Antonieta, que el libro de correspondencia designa como cartas de «Josefina» , ha desaparecido, lo mismo que el *Diario* de Fersen en los años decisivos, y -esto es lo más singular de todo-en las camas hay líneas enteras que han sido sustituidas por puntos.

Alguna mano ha empleado o usado la violencia con este legado. Y siempre que un material epistolar antes completo ha sido mutilado o destruido por los herederos, no nos libramos de la sospecha de que han sido oscurecidos con un desmayado fin de idealización. Pero guardémonos de opiniones preconcebidas. Permanezcamos serenos y justos.

Faltan, pues, pasajes en las cartas y han sido reemplazados por puntos suspensivos.

¿Por qué? Habían sido hechos ilegibles en el original, afirma Klinkowstroem. ¿Por quién? Probablemente por Fersen mismo. «¡Probablemente!» Pero ¿por qué? A ello responde muy desconcertado (en una carta) Klinkowstroem que probablemente esas líneas contendrían secretos políticos o malévolas observaciones de María Antonieta sobre el rey Gustavo de Suecia. Y como Fersen mostraba al rey todas estas cartas -¿todas?-, probablemente -¡probablemente!- habrá hecho desaparecer aquellos pasajes. ¡Qué extraño! Las cartas, en su mayor parte, estaban cifradas y, por tanto, Fersen sólo podía presentar al rey copia de las mismas. ¿Para qué, pues, mutilarlas y hacer ilegibles los originales? Ya esto produce sospechas. Pero, como hemos dicho, prescindamos de prejuicios.

¡Investiguemos! Consideremos más despacio esos pasajes vueltos ilegibles y sustituidos por líneas de puntos. ¿Qué llama la atención de ellos? Primeramente esto: los puntos sospechosos no aparecen casi nunca sino allí donde la carta comienza o termina en el encabezamiento o después de la palabra « Adieu». «Je vais finin», dice, por ejemplo, en un pasaje; por tanto he terminado con los asuntos de política; ahora viene... No, no viene nada en la edición mutilada, sino puntos, puntos y puntos. Pero si la laguna viene en medio de una carta, se presenta siempre, sorprendentemente en aquellos pasajes que nada tienen que ver con la política. Otra vez un ejemplo: «Comment va votre santé? Je parie que vous ne vous soignez pas et vous avez tort... pour moi je me soutiens mieux que je ne devrais». ¿Habrá criatura humana que sea capaz de imaginar, ahí en medio, algunas consideraciones políticas? O cuando la reina habla de sus hijos: «Cette occupation fait mon seul bonheur... et quand je suis bien triste, je prends mon petit garçon». Aquí, de cada mil hombres, novecientos noventa y nueve intercalarían, como texto natural en la laguna, «desde que tú no estás aquí» y no una irónica observación sobre el rey de Suecia. Las perplejas afirmaciones de Klinkowstroem no son para tomarlas muy en serio; aquí ha sido suprimido algo muy diferente de un secreto político: un secreto humano. Por suerte, hay un medio de descubrir éste: la microfotografía puede hace visible con facilidad tales pasajes borrados. Por lo tanto, ¡vengan los originales! Pero -¡sorpresa!- los originales no existen ya; hasta 1900 aproximadamente, es decir, durante más de un siglo, las cartas habían estado cuidadosamente conservadas y ordenadas en el castillo solariego de los Fersen. De

repente han desaparecido y están aniquiladas. Pues la posibilidad técnica de descubrir sus pasajes borrados tiene que haber sido una pesadilla para el honesto barón de Klinkowstroem; así, sin más ni más, ha quemado las cartas de María Antonieta a Fersen poco tiempo antes de su muerte; incomparable acción digna de Heróstrato, alocada y, como además se verá, muy sin sentido. Pero Klinkowstroem quería, costara lo que costara, en el caso de Fersen, mantener la media luz en lugar de la luz plena; la leyenda en lugar de la verdad clara a incontrovertible._ Ahora, pensaba él, podía morirse tranquilo, pues el «honor» de Fersen y el de la reina estaban salvados por la desaparición del testimonio epistolar.

Pero este auto de fe, según la antigua frase, era, más que un crimen, una tontería.

Primeramente, el aniquilar las pruebas es ya, en sí mismo, testimonio del sentimiento de culpabilidad, y además, una siniestra ley de criminología hace que en toda precipitada destrucción de material probatorio subsista siempre algún testimonio. Y de este modo, Alma Sódetjhelm (la distinguida investigadora de archivos, ha encontrado, al revisar el texto de los papeles que han quedado sin descubrir, la copia de una de aquellas cartas de María Antonieta, hecha por la propia mano de Fersen y que, en su tiempo, no había sido vista por los editores porque sólo existía la copia (por haber sido destruido probablemente el original por la «mano desconocida»). Gracias a este hallazgo poseemos por primera vez, *in extenso*, una esquela íntima de la reina, y con ella la llave, o más bien el diapasón erótico, de todas las otras cartas. Ahora podemos sospechar lo que el melindroso editor sustituyó por puntos en las otras. Pues también en esta carta hay al final un *«adieu»*, pero no vienen detrás tachaduras ni puntos suspensivos, sino que dice: *«Adieu, le plus aimant et le plus aimé des hommes»*, es decir, por tanto: «Adiós, el más amante y el más amado de los hombres».

¡De qué otro modo actúa este texto sobre nosotros! ¿Se comprende ahora por qué los Klinkowstroem, los Heidenstam y todos los otros conjurados de la «pureza», que probablemente han tenido entre sus manos más de un documento de esta clase que la posteridad no conocerá jamás, se ponen tan sorprendentemente nerviosos tan pronto como se quiere investigar sin prejuicios el caso de Fersen? Pues para aquellos que comprenden los acentos del corazón no puede haber duda alguna de que una reina que le habla a un hombre tan animosamente y tan por encima de

toda convención, hace tiempo que le ha dado las pruebas supremas de su cariño; esta última línea salvada suple a todas las aniquiladas. Si la destrucción en sí misma no fuera ya una prueba, estas únicas palabras que han llegado a nosotros nos traerían el conocimiento.

Pero sigamos adelante. Al lado de esta carta salvada hay también una escena de la vida de Fersen que, en el terreno psicológico, resuelve decisivamente la cuestión. Tiene lugar seis años después de la muerte de la reina. Fersen debe representar al gobierno sueco en el Congreso de Rastatt. Entonces Bonaparte le declara bruscamente al barón de Edelsheim que no negociará con Fersen, cuyas opiniones monárquicas conoce y que, además, «se ha acostado con la reina». No dice «estuvo en relaciones con ella» , sino que pronuncia provocativamente la frase casi obscena «se ha acostado con la reina». Al barón de Edelsheim no se le ocurre defender a Fersen; también a él le parece la cosa plenamente natural. Por tanto, sólo responde, sonriéndose, que creyó que estas noticias del *ancien regime* hacía tiempo que estaban concluidas y que eso no tenía nada que ver con la política. Y después va a buscar a Fersen y le repite la conversación. Y Fersen, ¿qué hace? O más bien, ¿qué tenía que haber hecho si las palabras de Bonaparte hubiesen contenido una mentira? ¿No tenía que haber defendido al instante a la reina difunta contra esa acusación, caso de que hubiera sido injusta? ¿No debería haber gritado que era calumnia? ¿No debería haber retado inmediatamente a un duelo a aquel generalito corso de reciente cochura, que, además, para su acusación había elegido los términos más gráficos y groseros? ¿Le es permitido a un hombre honrado y recto dejar acusar a una mujer de haber sido su amante si realmente no lo ha sido? Ahora o nunca tiene Fersen la ocasión, y hasta el deber, de echar abajo una afirmación que circula en secreto desde hace mucho tiempo, deshacer de una vez para siempre semejante rumor.

Pero ¿qué hace Fersen? ¡Ay!, guarda silencio. Toma la pluma y anota pulcramente en su *Diario* toda la conversación de Edelsheim con Bonaparte, incluyendo la imputación de haberse acostado él con la reina. En la más profunda intimidad consigo mismo, no tiene palabras para atenuar esta afirmación, «infame y cínica» en opinión de sus biógrafos.

Baja la cabeza, y con este signo presta su aquiescencia. Cuando, algunos días más tarde, las gacetas inglesas comentan este incidente y «con ello hablan de él y de la desgraciada reina», añade en su *Diario: «Le qui me choqua»*, es decir, « lo que fue enojoso para mí».

Ésta es toda la protesta de Fersen, o más bien su no protesta. Una vez más, el silencio habla más claro que todas las palabras.

Se ve, por tanto, que lo que los timoratos herederos trataban de ocultar tan celosamente, el hecho de que Fersen hubiera sido amante de María Antonieta, el amante mismo no lo negó jamás. Por docenas aparecen más y más detalles demostrativos de una porción de hechos y documentos: el que su hermana le conjure, al dejarse ver él públicamente en Bruselas con otra querida, a que haga de modo que ella *(qu'elle)* no sepa nada, porque se ofendería (¿con qué derecho, hay que preguntar, si no fuese su amante?); el que en el *Diario* esté borrado el pasaje en el que Fersen anota que ha pasado la noche en las Tullerías, en las habitaciones regias; el que, ante el tribunal revolucionario, una camarera declare que con frecuencia alguien salía secretamente del cuarto de la reina. Todo no son más que detalles, ciertamente, pero cuyo peso depende, en todo caso, de que todos concuerden entre sí de un modo tan sospechoso como claro; no obstante, el testimonio de elementos tan dispersos no sería convincente si le faltara la última y decisiva relación con el carácter de la reina. Sólo por la total fisonomía moral de una individualidad es siempre explicable su manera de proceder, pues cada acto aislado de la voluntad de un ser humano está en la más estricta dependencia causal con su naturaleza. La cuestión de la probabilidad de unas relaciones íntimamente apasionadas, o sólo llenas de respeto y convención, entre Fersen y María Antonieta está determinada, en último término, por la psicológica actitud total de la mujer, y, según todos los detalles acusadores, hay que preguntarse ante todo: ¿qué conducta corresponde, lógica y psicológicamente, al carácter de la reina: la libre entrega total o una temerosa negativa? Quien to examine todo desde este punto de vista no vacilará mucho tiempo. Pues, al lado de todas sus debilidades, hay en María Antonieta una gran fuerza: su valor sin dominio de sí, irreflexivo y verdaderamente soberano. Sincera hasta lo más profundo de sí misma, incapaz de toda hipocresía, esta mujer se ha colocado, en cien ocasiones mucho menos importantes, más allá

de los límites de lo convencional, indiferente a los rumores que pueden haber circulado a sus espaldas. Y si sólo alcanza verdadera grandeza en los decisivos momentos ascensionales de su destino, María Antonieta jamás fue mezquina, jamás fue cobarde, jamás colocó sobre su propia voluntad otra forma de honor o de conducta: la moral de la sociedad o de la corte. Y justamente al tratarse de la única persona a quien ama de verdad, ¿debía esta mujer valiente representar de repente un papel de gazmoña, de tímida, de honrada esposa de su Luis, a quien sólo está unida no por amor, sino por razón de Estado? ¿Debía haber sacrificado su pasión a prejuicios sociales, en medio de una época apocalíptica, cuando se disolvían todos los lazos de disciplina y orden en la salvaje embriaguez de las convulsiones de la proximidad de la muerte, en medio de todos los espantos de una sociedad en agonía? Ella, a quien nadie podía domar ni detener, ¿debía haberse retenido ella misma ante la más natural y femenina forma de la sensibilidad, a causa de un fantasma, de una unión conyugal que nunca había sido otra cosa sino la caricatura de un verdadero matrimonio, a causa de un hombre a quien nunca conoció como tal, por una moral que odió desde siempre, con todo el instinto de libertad de su naturaleza indomable? A quien quiera creer esta cosa increíble no es posible negarle el derecho a ello. Pero no deforman la imagen de la reina los que atribuyen a María Antonieta osadía a irreflexión en su única pasión amorosa, plena y libre, sino los que quieren adjudicar a esta mujer impávida un alma apagada, miedosa, encogida por toda suerte de miramientos y cautelas, que no se atreve a ir hasta el final y reprime en sí su naturaleza. Mas para todos aquellos que no pueden comprender un carácter si no es como unidad, es completamente incomprensible que María Antonieta, lo mismo que con toda su alma desengañada, no haya sido también con su cuerpo, largo tiempo profanado y burlado, la amante de Hans Axel de Fersen.

Pero ¿y el rey? En todo adulterio, la tercera persona, la engañada, representa el papel delicado, penoso y ridículo, y, en interés de Luis XVI, pueden haber sido ensayados buena parte de los ulteriores oscurecimientos de aquella relación triangular. En realidad, Luis XVI no fue en modo alguno un cornudo ridículo, pues conoció sin duda alguna estas relaciones de Fersen con su mujer. Saint-Priest lo dice expresamente: «Había encontrado medio y manera de llevarlo hasta el punto de que aceptara sus relaciones con el conde Fersen».

Esta interpretación se acomoda perfectamente con el cuadro de la situación. Nada era más extraño a María Antonieta que la hipocresía y disimulación; un cazurro engaño a su esposo no corresponde con su conducta espiritual, y tampoco la promiscuidad indecente, con tanta frecuencia usada, esa fea comunidad simultánea entre esposo y amante, no puede pensarse de ella, dado su carácter. Es indudable que, tan pronto como se establecieron sus relaciones con Fersen -relativamente tarde, lo más probable sólo entre los quince y los veinte años de su matrimonio-, María Antonieta cortó las relaciones corporales con su esposo; esta sospecha, puramente psicológica, es sorprendentemente confirmada por una carta del imperial hermano de la reina, el cual ha sabido, no sabemos cómo, en Viena, que su hermana quiere retirarse del comercio con Luis XVI después del nacimiento de su cuarto hijo; la fecha concuerda exactamente con el comienzo de sus relaciones más estrechas con Fersen. Aquel a quien le guste ver claro, verá con claridad esta situación. María Antonieta, casada por razón de Estado con un hombre sin ningún atractivo, a quien no ama, reprime durante años su necesidad espiritual de amor en obsequio de estos deberes conyugales. Pero tan pronto como ha dado a luz dos hijos varones, cuando, por tanto, ha proporcionado a la dinastía herederos al trono de indudable sangre borbónica, siente como terminados sus deberes morales para con el Estado, la ley y la familia y se cree por fin libre. Al cabo de veinte años sacrificados a la política, esta mujer, tan castigada en la última y trágicamente emocionante hora, se refugia en su puro y natural derecho de no negarse por más tiempo al hombre desde hace mucho tiempo amado, que para ella, en un solo sujeto, es amigo y amante, confidente y compañero, animoso como ella misma y dispuesto, por su afán de sacrificio, a corresponder al que ella le hace. ¡Qué pobres son todas las artificiales hipótesis de una reina dulzonamente virtuosa frente a la clara realidad de su conducta y cuánto rebajan su valor humano y su dignidad espiritual precisamente aquellos que quieren defender incondicionalmente el regio « honor» de esta mujer! Pues jamás una mujer es más honrada y noble que cuando cede plena y libremente a unos sentimientos que no la engañan, probados durante años; jamás una reina es más reina que cuando procede humanamente.

Capítulo 22
La última noche en Versalles

Rara vez, en la milenaria Francia, las sementeras maduraron tan rápidamente como en este verano de 1789. El trigo eleva rápidamente sus tallos, pero con mayor celeridad aún, después de haber sido abonadas una vez con sangre, crecen las impacientes semillas de la Revolución. Abusos de largos decenios, injusticias de siglos, son suprimidos de una sola plumada; ahora es derribada la otra Bastilla, la invisible, en la cual, aprisionados con cadenas por sus reyes, estaban los derechos del pueblo francés. El 4 de agosto se viene abajo, en medio de ilimitados clamores de júbilo, la antiquísima fortaleza del feudalismo; los nobles renuncian a la servidumbre personal y a los diezmos de sus vasallos; los príncipes de la Iglesia, a los censos y gabelas sobre la sal; son declarados libres los aldeanos, libres los ciudadanos, libre la prensa; son proclamados los Derechos del Hombre; todos los sueños de Jean-Jacques Rousseau son realizados en este verano. Los vidrios de las ventanas vibran, ya por el júbilo, ya por las disputas, en esta sala de los Menus Plaisirs (destinada por los reyes para sus diversiones, por el pueblo para la reivindicación de sus derechos); a una distancia de cien pasos se oye ya el incesante zumbido de esta colmena humana. Pero mil pasos más allá, en el gran palacio de Versalles, reina un sobrecogido silencio. Espantada, mira la corte por las ventanas a este estrepitoso huésped que, aunque lo hayan llamado sólo para dar consejo, se siente ya dispuesto a desempeñar el papel de amo del soberano. ¿Cómo enviar otra vez a su casa a este aprendiz de brujo? Lleno de perplejidad, se aconseja al rey con sus consejeros, que se contradicen unos a otros; lo mejor, piensan la reina y el rey, será esperar hasta que esta tempestad se haya calmado por sí misma. Mantenerse ahora tranquilos y permanecer en último término. Basta con ganar tiempo y todo está ganado.

Pero la Revolución quiere ir hacia delante, tiene que ir hacia delante si no ha de quedar ahogada por la arena, pues una revolución se mueve como la corriente de un río.

Detenerse sería para ella fatal, retroceder sería su fin; tiene que exigir cada vez más para afirmarse; tiene que conquistar para no ser vencida. El redoble de

tambores para este infatigable avance lo dan los periódicos; esos niños, esos pilluelos de la calle de la Revolución corren estrepitosos y desenfrenados precediendo al verdadero ejército. Una simple plumada ha dado libertad a la palabra escrita y hablada, la cual, en su primera superabundancia, se entrega siempre a la brutalidad y a los excesos. Aparecen diez, veinte, treinta, cincuenta periódicos. Mirabeau funda uno. Desmoulins, Brissot, Loustalot, Marat, tienen los suyos, y como cada uno bate el tambor para encontrar lectores y el uno quiere sobrepujar al otro en patriotismo ciudadano, arman el estrépito más desconsiderado; en todo el país no se les oye más que a ellos. Gritar lo más alto posible, alborotar lo más rudamente posible, cuanto más mejor, y a acumular todos el odio contra la corte. El rey piensa en hacer traición, el gobierno impide que traigan trigo, regimientos extranjeros avanzan ya para hacer disolver las asambleas, amenaza una nueva noche de San Bartolomé. ¡Despierta, ciudadano! ¡Despierta, patriota! ¡Rataplán, rataplán, rataplán!, los periódicos redoblan día y noche en sus tambores, infundiendo miedo, desconfianza, furor y exasperación en millones de corazones. Y detrás de estos tambores se encuentra ya en pie, con picas y sables, y sobre todo armado de un ilimitado enojo, el hasta ahora invisible ejército del pueblo francés.

Para el rey todo va demasiado aprisa; para la Revolución, con demasiada lentitud, porque aquel hombre corpulento y prudente no puede guardar el paso con el ardiente avanzar de tan jóvenes ideas. Versalles vacila y dilata; por tanto, ¡adelante, París!, pon término a estas interminables negociaciones, a estos insoportables regateos entre el rey y el pueblo, así retumba en el tambor de los periódicos. Tienen cien mil, doscientos mil puños, y en los arsenales hay fusiles, esperan los cañones; ve por ellos y ve por el rey y la reina a Versalles; cógelos fuertemente en tus manos y con ello tendrás también to propio destino. En el cuartel general de la Revolución, en el palacio del duque de Orleans, en el Palais Royal, es dada la orden: ya está todo preparado, y uno de los tránsfugas de la corte, el marqués de Huruge, prepara ya en secreto la expedición.

Pero entre el palacio y la ciudad se tienden oscuras vías subterráneas. Los patriotas en los clubes, por medio de criados sobornados, saben todo lo que ocurre en el palacio, y el palacio, a su vez, conoce, por sus agentes, el ataque planeado. Se decide, pues, en Versalles pasar a la acción, y, supuesto que los soldados franceses

no son bastante de fiar contra sus conciudadanos, se encarga un regimiento flamenco para protección del palacio. El 1° de octubre, las tropas se trasladan de sus cantones permanentes a Versalles y, para hacerlos entrar en calor, les prepara la corte un solemne recibimiento. La gran sala de la ópera es dispuesta para un banquete y, sin consideración a que en París reina extremada carencia de subsistencias, no se economizan los buenos manjares y el vino; también la fidelidad, lo mismo que el amor, pasan frecuentemente a través del estómago.

Para inflamar aún más especialmente a las tropas en favor de sus reyes -honor hasta entonces nunca visto-, el rey y la reina, con el delfín en brazos, se dirigen a la sala del festín.

María Antonieta no ha sabido nunca el provechoso arte de ganar el favor de las gentes por medio de una consciente habilidad, cálculo o lisonja. Pero la naturaleza ha impreso en su cuerpo y en su alma cierta altivez, que actúa seductoramente sobre todos los que por primera vez la encuentran: ni los individuos ni la masa pudieron nunca sustraerse a esta extraña magia de la primera impresión (la cual desaparecía después con más inmediato conocimiento). También esta vez, al aparecer esta hermosa mujer joven, llena de grandeza y al mismo tiempo amable, oficiales y soldados saltan entusiasmados de sus asientos, sacan de la vaina las espadas, lanzando un mugiente viva en honor del soberano y de la soberana y olvidando probablemente, al hacerlo, el que está prescrito también para la nación. La reina pasa por medio de las filas. Sabe sonreír encantadoramente, ser amable de una manera asombrosa y que no la obliga a nada; sabe, como su autocrática madre, como su hermano, como casi todos los Habsburgos (y este arte se ha seguido heredando en la aristocracia austríaca), en medio de un interno a inconmovible orgullo, ser cortés y complaciente hasta con la gente más humilde, sin producir por eso efecto de rebajamiento. Con una sonrisa sinceramente feliz (pues ¿cuánto tiempo hace que no ha oído gritar ese *«Vive la Reine!»*?) rodea con sus niños la mesa del banquete, y la vista de esta mujer bondadosa, llena de gracia y verdaderamente regia que viene, como huésped, junto a ellos, groseros soldados, traspone a oficiales y tropa hasta el éxtasis de la fidelidad monárquica: en aquella hora, cada cual está dispuesto a morir por María Antonieta.

Pero también la reina está encantada al dejar aquella ruidosa compañía; con el vino de bienvenida que le fue ofrecido ha vuelto a beber también el dorado licor de la confianza: todavía hay fidelidad, todavía hay seguridad para el trono de Francia.

Pero desde el día siguiente redoblan, ya ensordecedores, los tambores de los periódicos patrióticos (¡rataplán!, ¡rataplán!, ¡rataplán!); la reina y la corte han comprado asesinos contra el pueblo. Han embriagado a los soldados con vino tinto para que viertan dócilmente la raja sangre de sus conciudadanos: oficiales con alma de esclavos han arrojado al suelo la escarapela tricolor, la han pisoteado y profanado; han cantado canciones serviles, y todo ello bajo la provocadora sonrisa de la reina. ¿Seguís sin fijaros aún en esto, patriotas? Quieren caer sobre París; los regimientos están ya en marcha. Por tanto, ¡arriba ahora, ciudadanos! ¡Alzaos para el último combate, para el decisivo! Reuníos, patriotas -¡rataplán!, ¡rataplán!, ¡rataplán! Dos días más tarde, el 5 de octubre, estalla la revuelta en París. Estalla, y pertenece a los muchos secretos impenetrables de la Revolución francesa el saber realmente cómo se originó. Pues esta revuelta en apariencia espontánea se nos muestra como una maravilla de organización y cálculo previsor, tan insuperablemente montada, desde el punto de vista político, que el disparo parte, con toda precisión y derechamente, desde el debido punto de arranque hasta alcanzar la debida meta, en forma que unas manos muy prudentes, muy sabias, muy hábiles y ejercitadas tienen que haber mediado en ello. Ya fue una idea genial -digna de un psicólogo como Choderlos de Lacios, el cual dirigía en el Palais Royal, por cuenta del duque de Orleans, la campaña contra la corona- no querer ir con un ejército de hombres, sino con una masa de mujeres, a buscar al rey a Versalles.

A los hombres se los puede llamar insurrectos y rebeldes; contra los hombres dispara obediente un soldado bien disciplinado. Pero las mujeres no intervienen en los levantamientos populares sino sólo como por desesperación; ante sus pechos se hace atrás, acobardada, la más aguda bayoneta, y, además, los instigadores saben que un hombre tan temeroso y sentimental como el rey no dará nunca la orden de dirigir los cañones contra las mujeres. Por tanto, primero tender cuanto se pueda la excitación popular, haciendo -no se sabe, de nuevo, con qué manos ni con qué poder- que durante dos días esté artificialmente interrumpido el servicio de pan en París, a fin de que se origine un hambre, el único y característico resorte impulsivo

del enojo popular. Y después, tan pronto como el torbellino se pone en movimiento, ¡a toda prisa, las mujeres delante!, ¡las mujeres en las avanzadas y en primera línea! En realidad es una mujer joven, y hasta se afirma que tenía las manos ricamente cargadas de anillos, quien en la mañana del 5 de octubre irrumpe en un cuerpo de guardia y se apodera de un tambor. En un instante se reúne tras ella un cortejo de mujeres, rápidamente acrecentado, que lanza grandes gritos en demanda de pan. Con ello está iniciada ya la revuelta; pronto se mezclan entre la muchedumbre algunos hombres disfrazados, que dan a este mugiente río la predeterminada dirección: ¡al Ayuntamiento! Media hora después es tomado por asalto: pistolas, picas y hasta dos cañones son allí capturados, y de repente -¿quién lo ha llamado, quién ha influido en él?- aparece allí un jefe, de nombre Maillard, que forma un ejército con esta desordenada y espontánea masa y la incita a marchar sobre Versalles, aparentemente para ir en busca de pan, en realidad para traer al rey a París. Como siempre, demasiado tarde -es el destino de este hombre noble y crédulo, honrado y torpe, llegar siempre una hora después de los acontecimientos-, viene La Fayette, el comandante de la Guardia Nacional, montado en su caballo blanco. Su misión era evidentemente impedir la partida -y quería cumplirla honradamente-, pero sus soldados no le obedecen. De este modo, no le queda otra cosa que hacer sino marchar, con sus guardias nacionales, detrás de la tropa de mujeres, para cubrir posteriormente la franca rebelión con una apariencia de legalidad. No es ninguna función noble, y así lo sabe el viejo amigo de la libertad, y no está contento de la tarea.

Sobre su célebre caballo trota La Fayette, con humor sombrío, detrás de la banda de mujeres de la Revolución -símbolo de la fría, lógicamente calculadora a impotente razón humana, que en vano se esfuerza por dirigir la magnífica a ilógica pasión de los elementos.

La corte de Versalles no sospecha nada hasta mediodía del peligro con millares de cabezas que se le viene encima. Como todos los días, el rey ha hecho ensillar su caballo de caza y ha cabalgado hacia los bosques de Meudon; la reina, como todos los días, por la mañana temprano se ha dirigido a pie y sola a Trianón. ¿Qué debe hacer en Versalles, en el gigantesco palacio, del cual se han alejado hace ya tiempo la corte y los mejores amigos, y al lado del cual, en la Asamblea Nacional, cada día

presentan los *factieux* nuevas proposiciones odiosas contra ella? ¡Ay!, está cansada de todas esas amarguras, de esta lucha en el vacío cansada de los hombres, cansada de ser reina. Sólo descansar ahora, sólo permanecer tranquila un par de horas, sin testigos, muy lejos de toda política, en el parque otoñal, en cuyas hojas el sol de octubre pone reflejos de cobre. Sólo quiere coger tranquilamente las últimas flores de los bancales antes que venga el invierno, el terrible invierno, y acaso también dar de comer a las gallinas y a los chinescos peces dorados del estanque pequeño. Y después reposar, reposar por fin de todas las excitaciones y contrariedades; no hacer nada, no querer nada, sino sentarse, con ociosas manos, en la gruta, con un sencillo traje matinal, con un libro abierto sobre el banco, y sentir en su propio corazón la gran fatiga de la naturaleza y del otoño.

Así está sentada la reina en el banco de piedra de la gruta -hace mucho tiempo quedó olvidado que antes se la llamaba la «gruta del amor»- y ve venir un paje por el camino con una carta en la mano. Se levanta y sale a su encuentro. La carta es del ministro Saint-Priest y anuncia que el populacho marcha contra Versalles; inmediatamente debe regresar al palacio la reina. Con toda celeridad recoge el sombrero y su abrigo y se pone en marcha, con su paso que se conserva siempre joven y leve, y camina con tal rapidez que probablemente no tiene ni una sola mirada para aquel palacete querido y aquel paisaje, construido artificialmente con tan juguetón esfuerzo. Pues ¿cómo podría sospechar que estaba viendo por última vez en su vida estas suaves praderas, estas delicadas colinas, con el templo del amor y el otoñal estanque, que este paseo era ya su despedida eterna? En palacio, María Antonieta encuentra a los señores de la nobleza y a los ministros en perpleja agitación. Sólo se sienten inciertos rumores del levantamiento de París, que han sido traídos por un servidor venido a toda prisa, y todos los mensajeros salidos después han sido detenidos en el camino por las mujeres. He aquí que, finalmente, llega a todo galope un jinete, salta de su espumeante caballo y se precipita rápido por la escalera de mármol: es Fersen. A la primera señal de peligro, siempre dispuesto al sacrificio, ha saltado sobre la silla y a todo galope se ha adelantado al ejército femenino a las «ocho mil Judiths», como las llama patéticamente Camille Desmoulins, para estar al lado de la reina en el momento del peligro. Por fin llega también el rey al consejo. Lo han encontrado en el bosque, cerca de la puerta de

Châtillon, y tuvo que ser perturbado en su placer favorito. Con enojo, consignará aquella noche en su *Diario* los resultados de su desdichada caza con esta advertencia: «Interrumpida por los acontecimientos».

Ahora se encuentra allí, abrumado, con angustiados ojos, y cuando todo está ya perdido, cuando en el aturdimiento general se han olvidado de cortar el paso por el puente de Sèvres a la *avant-garde* de la rebelión, comienzan a celebrar consejo. Quedan todavía dos horas, todavía sobraría tiempo para tomar una resolución enérgica. Un ministro propone que el rey monte a caballo y, al frente de los dragones y de los regimientos flamencos, corra al encuentro de las masas indisciplinadas; su sola aparición forzaría a volverse atrás a las femeninas hordas. Los más prudentes aconsejan, a su vez, que el rey y la reina deben dejar al instante el palacio y trasladarse a Rambouillet, con lo cual caería en el vacío el pérfido golpe proyectado contra el trono. Pero Luis, eterno indeciso, vacila.

Otra vez deja que los acontecimientos, por su incapacidad de resolver, vengan a su busca, en vez de salir él a su encuentro.

La reina, mordiéndose los labios, se alza en medio de estas gentes perplejas, ninguna de las cuales es un hombre verdadero. Por instinto, saben que todas las violencias proyectadas contra ellos tienen que alcanzar buen éxito, porque desde que fue vertida la primera sangre todos tienen miedo de todo: *«Toute cette révolution n'est qu'une suite de la peur».* Pero ¿cómo puede ella sola tomar sobre sí la responsabilidad de todos y de todo? Abajo, en el patio, están enganchadas las carrozas, y en menos de una hora la familia real, con los ministros y la Asamblea Nacional, que ha jurado seguir al rey a todas partes, podrían estar en Rambouillet. Pero el rey no acaba de decidirse a dar la señal de partida. Con energía creciente lo acosan los ministros; Saint-Priest, más que ninguno.

«*Sire,* si mañana llevan a Vuestra Majestad a París, está perdida la corona.» Necker, a quien importa más su popularidad que la conservación de todas las monarquías, a su vez lo contradice, y entre ambas opiniones permanece el rey, como de costumbre, a modo de un péndulo que oscila sin voluntad. Va anocheciendo y aún siguen piafando abajo, impacientes, los caballos bajo una tempestad que ha descargado mientras canto; los lacayos esperan en las portezuelas desde hace varias horas, y todavía se sigue deliberando en el consejo.

Pero he aquí que asciende ya, amenazante, un confuso rumor de centenares de voces que llegan por la Avenida de París. Ya están ahí. Con las faldas echadas sobre la cabeza para protegerse de la torrencial lluvia, sombría masa de millares de rostros en la oscuridad de la noche, avanzan con pesados pasos las amazonas de los mercados. La guardia de la Revolución está a las puertas de Versalles. Es demasiado tarde.

Mojadas hasta los huesos, hambrientas y tiritando, con el calzado cubierto del empapado lodo del camino, llegan ahora las mujeres. Estas seis horas de marcha no fueron ningún paseo placentero, aunque por el camino hayan asaltado los despachos de aguardiente, calentándose así un poco los sufrientes estómagos. Las voces de las mujeres atruenan, agudas y roncas, y lo que gritan suena de modo poco amable para la reina. Su primera visita es para la Asamblea Nacional. Está en sesión desde por la mañana temprano, y para muchos de sus miembros, adeptos al duque de Orleans, no es totalmente inesperada esta marcha de amazonas.

Primeramente, las mujeres no le piden más que pan a la Asamblea Nacional; conforme al programa, ni una sola palabra al principio respecto al traslado del rey a París. Se decide enviar a palacio una delegación de mujeres, acompañadas por el presidente Monnier y algunos diputados. Las seis mujeres elegidas se dirigen a palacio; los lacayos abren cortésmente las puertas a estas modistas, pescaderas y ninfas de la calle. Con todos los honores, la extraña comisión es llevada arriba, por la gran escalera de mármol, hasta las estancias que en otros tiempos sólo debían ser pisadas por nobles de sangre azul siete veces probada. Entre los diputados que acompañan al presidente de la Asamblea Nacional está también cierto señor de buen tipo, corpulento, con aspecto jovial, que no llama precisamente la atención. Pero su nombre da una simbólica importancia a este primer encuentro con el rey. Pues con el doctor Guillotin, diputado por París, la guillotina ha hecho su primera visita a la corte el día 5 de octubre de 1789.

El bondadoso Luis recibe tan amablemente a las damas, que la oradora, una muchacha que ofrece flores, y probablemente algo más, a los *habitués* del Palais Royal, cae desmayada de puro aturdimiento. Le prodigan cuidados; el bondadoso padre del país abraza a la asustada muchacha; promete a las encantadas mujeres pan y todo lo que quieran, y hasta pone a su disposición, para el regreso, sus

propias carrozas. Todo parece haber resultado perfectamente; pero abajo, excitado por agentes secretos, el mujerío recibe con gritos de furor a su propia delegación, reprochándoles que se hayan dejado comprar por dinero y pagar con embustes. No es para volver trotando a casa, con el estómago zurriendo de hambre, sólo alimentadas con vanas promesas, para lo que han venido pateando, durante seis horas, desde París, en medio de un diluvio. No; permanecerán aquí y no volverán a sus casas antes de llevarse consigo a París al rey, a la reina y a toda la banda; ya los desacostumbrarán allí de sus artimañas y engaños. Sin respeto alguno penetran las mujeres en la Asamblea Nacional para dormir allí, mientras que algunas de entre ellas, sobre todo las profesionales, y antes que ninguna Théroigne de Méricourt, se muestran complacientes con los soldados de los regimientos flamencos.

Siniestros rezagados vienen a aumentar todavía más el número de insurgentes; peligrosas figuras se deslizan a lo largo de las verjas, a la incierta y escasa luz de las linternas de aceite.

Arriba, la corte no ha decidido nada todavía. ¿No sería aún preferible huir? Pero ¿cómo atreverse a pasar, con las pesadas carrozas, a través de aquella excitada muchedumbre? Es demasiado tarde. Por fin, hacia medianoche, se oyen a lo lejos tambores; se acerca La Fayette. Su primera visita se la hace a la Asamblea Nacional; la segunda, al rey. Aunque se inclina con respetuoso rendimiento y dice: «*Sire*, estoy aquí para traeros mi cabeza como garantía de la de Vuestra Majestad», nadie le da las gracias, y menos que nadie María Antonieta. El rey declara que ya no tiene intención de partir ni de alejarse de la Asamblea Nacional. Ahora parece todo en orden. El rey ha dado su palabra; La Fayette y las fuerzas armadas de la nación están en su puesto para protegerlo; por tanto, los diputados se van a sus casas, los guardias nacionales y los insurrectos buscan protección contra la lluvia, que cala hasta los huesos, en los cuarteles e iglesias, y hasta bajo los arcos de las puertas y en los escalones cubiertos de bóveda. Poco a poco se extinguen las últimas horas y, después de haber visitado una vez más todos los puestos, se acuesta La Fayette a las cuatro de la madrugada (aunque ha prometido velar por la seguridad del rey) en el hotel de Noailles. También los reyes se retiran a sus habitaciones; no sospechan que es la última vez que se tienden a descansar en el palacio de Versalles.

Capítulo 23
El carro fúnebre de la monarquía

El antiguo poder, la realeza y sus guardianes, los aristócratas, se han retirado a dormir.

Pero la Revolución es joven, tiene sangre caliente a impetuosa, no necesita ningún reposo y espera, impaciente, el nuevo día y el momento de la acción. En torno a las hogueras, en medio de las calles, se agrupan los soldados de la insurrección de París que no han encontrado ningún abrigo; nadie puede explicar por qué motivo, realmente, se encuentran aún en Versalles y no en su casa, en sus lechos, ya que el rey ha dado palabra y prometido obediencia a todo. Pero una voluntad subterránea retiene y domina a esta inquieta muchedumbre. De un lado a otro, entrando y saliendo por las puertas, van y vienen unas figuras sombrías, portadoras de mensajes secretos, y a las cinco de la mañana, cuando aún está el palacio sumido en la oscuridad y el sueño, algunos grupos, guiados por experta mano, se deslizan dando rodeos, pasando por el patio de la capilla, hasta debajo de las ventanas del palacio. ¿Qué quieren? ¿Y quién dirige a estas figuras sospechosas? ¿Quién las conduce, quién las impulsa hacia un fin todavía desconocido, pero bien calculado? Los impulsores permanecen desconocidos; el duque de Orleans y el hermano del rey, el conde de Provenza, han preferido no pasar aquella noche en palacio -sabiendo quizá por qué-, al lado de su legítimo soberano. En todo caso, de repente suena un disparo; uno de esos disparos provocadores, siempre necesarios para iniciar una deseada colisión. Al punto, por todas partes se precipitan los sublevados; a docenas, a cientos, a millares; armados de picas, azadas y fusiles, regimientos de mujeres y de hombres disfrazados de mujeres. El ataque tiene una dirección muy clara: ¡hacia las habitaciones de la reina! Pero ¿cómo es posible que las pescadoras de París, las damas de los mercados, que jamás han puesto los pies en Versalles, encuentren con tan maravillosa seguridad y al instante la dirección debida en este palacio, absolutamente inabarcable con la mirada, con sus docenas de escaleras y centenares de habitaciones? De pronto, las oleadas de mujeres y de hombres disfrazados ascienden por la escalera de las habitaciones de la reina. Algunos guardias de corps intentan impedirles la entrada; dos son arrojados al suelo y

bárbaramente asesinados; un gran hombre barbudo corta, en el mismo sitio, las cabezas de los cadáveres, las cuales pocos minutos después se agitan goteando sangre en el extremo de picas gigantescas.

Pero los sacrificios han cumplido con su deber. Sus agudos gritos de muerte han despertado a tiempo el palacio. Uno de los tres guardias de corps se ha arrancado de manos de los atacantes, corre, aunque herido, por las escaleras arriba, atruena con sus gritos la hueca concha de mármol del palacio: «¡Salvad a la reina!».

Este grito, en efecto, la salva. Una camarera, llena de espanto, se precipita en la habitación de la reina para avisarla. Ya retumban fuera, bajo el golpe de picos y hachas, las puertas, velozmente atrancadas por los guardias de corps. Ya no queda tiempo para ponerse medias ni zapatos; sólo se echa María Antonieta una bata sobre la camisa y un chal sobre los hombros. De este modo, descalza, con las medias en la mano, corre, con el corazón palpitante, por el pasillo que conduce al *Oeil de boeuf* y de este dilatado recinto a las habitaciones del rey. Pero ¡espanto!, la reina y sus camareras golpean desesperadamente con sus puños, golpean y golpean, pero la despiadada puerta permanece cerrada. Durante cinco minutos, cinco minutos mortalmente largos, mientras que ya allí, al lado, aquellos asesinos a sueldo descerrajan las habitaciones y registran lechos y armarios, tiene que esperar la reina, hasta que por fin un criado oye los golpes al otro lado de la puerta y viene a libertarla; sólo ahora puede refugiarse María Antonieta en las habitaciones de su esposo; al mismo tiempo que la *gouvernante* trae al delfín y a *Madame Royale*, la hija de la reina. La familia está reunida; la vida, salvada. Pero nada más que la vida.

Por fin se despierta también el durmiente que no hubiera debido hacer su sacrificio a Morfeo aquella noche y a quien despectivamente, desde esta hora, se le colgará el remoquete de «General Morfeo». La Fayette ve las culpas de su frívola credulidad; sólo con ruegos y súplicas, no ya con la autoridad del jefe que manda, puede salvar de ser degollados a los guardias de corps prisioneros, y sólo a cambio de los más extraordinarios esfuerzos hace salir al populacho de las cámaras de palacio. Ahora, tan pronto como el peligro ha pasado, aparecen también, afeitados y empolvados, el conde de Provenza, el hermano del rey, y el duque de Orleans; extrañamente, muy extrañamente, la excitada multitud les abre, con respeto, calle. Puede

comenzar el consejo de la corona. Pero ¿qué se puede aún acordar? La muchedumbre de diez mil sublevados tiene el palacio entre sus negras manos manchadas de sangre como si fuese un cascaroncito de nuez, delgado y quebradizo; de este abrazo no hay ya posibilidad de huir ni de escapar. Están acabadas las negociaciones y los tratos del vencedor con el vencido; gritando con millares de voces, la masa hace retumbar al pie de las ventanas la exigencia que ayer y hoy le han sugerido secretamente, murmurando en su oído, los agentes de los clubes: «¡El rey a Paris! ¡El rey a París!» . Las vidrieras vibran con el rebotar de las amenazadoras voces, y los retratos de los antepasados regios se estremecen de espanto en las paredes del viejo palacio.

Ante este grito que ordena imperiosamente, el rey dirige a La Fayette una mirada interrogadora. ¿Debe obedecer o, más bien, le es indispensable obedecer? La Fayette baja los ojos. Desde ayer, este ídolo del pueblo sabe que está destronado. El rey espera todavía alcanzar una dilación; para contener a esta muchedumbre alborotada, para arrojar un bocado a su delirante hambre de triunfo, determina mostrarse al balcón. Apenas aparece el buen hombre, cuando la muchedumbre estalla en vivos aplausos: aclama siempre al rey cuando ha triunfado sobre él. ¿Y cómo no aclamarlo cuando un soberano se presenta ante el pueblo con la cabeza descubierta y mira amablemente hacia el patio donde precisamente acaban de cortarles la cabeza como a terneras en el matadero a dos de sus partidarios y las han insertado en picas? Pero a aquel hombre flemático, que no se acalora ni por cuestiones de honor, no le es, en realidad, difícil ningún sacrificio moral; y si, después de esta auto humillación, el pueblo se hubiera ido tranquilo hacia sus casas, probablemente habría montado a caballo una hora después para proseguir sosegadamente la caza, para indemnizarse de lo que ayer tuvo que perder a causa de los «acontecimientos». Sin embargo, al pueblo no le basta con este triunfo: en la embriaguez del sentimiento de su valer, quiere un vino aún más ardiente, aún más fuerte. ¡También debe asomarse la reina, la soberana, la dura, la descarada, la inflexible austríaca! También ella, especialmente ella, la arrogante, debe inclinar su cabeza bajo el invisible yugo. Los gritos son cada vez más violentos, cada vez con mayor locura golpean los pies el suelo, cada vez más ardientes retumban los clamores: «¡La reina! ¡La reina! ¡Qué salga al balcón la reina!» .

María Antonieta, lívida de enojo, mordiéndose los labios, no se mueve del sitio. Lo que paraliza sus pies y hace palidecer sus mejillas no es, en modo alguno, el temor de los fusiles, acaso ya preparados para apuntar hacia ella, ni de las piedras e injurias, sino su orgullo, la heredera a indestructible altivez de esta cabeza y de estos hombros que todavía no se han inclinado jamás ante nadie. Todos se miran perplejos unos a otros. Por último -las ventanas vibran ya con el alboroto, al punto zumbará la pedrada-, La Fayette se aproxima a ella: «Señora, es necesario para tranquilizar al pueblo». «Entonces no vacilo», responde María Antonieta, y coge a sus dos hijos de la mano, uno a la derecha y otro a la izquierda. Rígidamente alta la cabeza, los labios duramente fruncidos, así sale al balcón.

No como una suplicante que pide indulgencia, sino como un soldado que marcha al asalto, con resuelta voluntad de bien morir, sin pestañear siquiera. Se muestra, pero no saluda. Mas, precisamente esa rigidez de actitud actúa dominadoramente sobre la masa.

Dos corrientes de fuerza chocan una con otra, al cruzarse las miradas de la reina y del pueblo, y con tal intensidad palpita esta tensión que, durante un minuto, reina un silencio mortal y pleno en la plaza gigantesca. Nadie sabe cómo terminará este primer intento de quietud, asombroso y terrible, tenso hasta el desgarramiento: si con aullidos de furor, con un disparo de fusil o una granizada de pedradas. Entonces sale al balcón La Fayette, siempre valeroso en los grandes momentos, se pone al lado de la reina y, con ademán caballeresco, se inclina ante ella y le besa la mano.

Este gesto rompe instantáneamente la tensión. Se produce lo más sorprendente: «¡Viva la reina! ¡Viva la reina!», mugen millares de voces en la plaza. E, involuntariamente, ese mismo pueblo que hace un instante se encantaba con la debilidad del rey, aclama ahora con orgullo, la inflexible pertinacia de esa mujer que ha mostrado que no viene a solicitar el favor popular con ninguna sonrisa forzada ni con ningún cobarde saludo.

En la estancia, todos rodean a la reina cuando se retira del balcón y la felicitan como si hubiese escapado de un peligro mortal. Pero la ya completamente desilusionada María Antonieta no se deja engañar por estas tardías aclamaciones del pueblo, por estos «¡Viva la reina!». Sus ojos están llenos de lágrimas cuando le

dice a madame Necker: «Ya sé que nos forzarán a ir a París al rey y a mí y que llevarán delante las cabezas de nuestros guardias de corps, clavadas en sus picas».

Era justo el presentimiento de María Antonieta. El pueblo no se contenta ya con una reverencia. Primero destruirá el palacio, vidrio a vidrio y piedra a piedra, que ceder en lo que es su voluntad. No en vano los clubes han puesto en movimiento esta máquina gigantesca; no en vano han caminado seis horas bajo la lluvia aquellos millares de personas. Ya vuelven a hincharse, amenazadores, los murmullos; ya se ve que la guardia nacional, traída para proteger a la real familia, se muestra inclinada a unirse a las masas para asaltar el palacio. Entonces la corte, finalmente, cede. Arrojan, por balcones y ventanas, papeles que anuncian que el rey está decidido a trasladarse a París con su familia. El pueblo no ha exigido nada más. Ahora los soldados dejan a un lado los fusiles, los oficiales se mezclan con el pueblo. Se abrazan unos a otros; clamores, gritos, banderas flameando sobre la muchedumbre: apresuradamente son enviadas por delante a París las picas con las sangrientas cabezas. Esta amenaza no es ya necesaria.

A las dos de la tarde son abiertas las grandes puertas de la dorada verja del palacio. Una gigantesca carreta tirada por seis caballos se lleva para siempre de Versalles, rodando sobre el traqueteante pavimento, al rey, a la reina y a toda la familia. Ha terminado todo un capítulo de la Historia Universal; mil años de autocracia regia han acabado en Francia.

Bajo una lluvia torrencial, bajo el azote del viento, había abierto su combate la Revolución el 5 de octubre para ir en busca del rey. Su victoria del 6 de octubre es saludada por un día resplandeciente. Otoñalmente claro el aire, el cielo de un azul de seda, ni una ráfaga acaricia las hojas de los árboles teñidas de oro; es como si la naturaleza contuviera, curiosa, el aliento para contemplar este espectáculo, único de todos los siglos, de ver cómo un pueblo rapta a su soberano. Pues ¡qué cuadro el de este regreso a la capital de Luis XVI y María Antonieta! Mitad cortejo público, mitad mascarada, entierro de la monarquía y carnaval del pueblo. Y ante todo, ¿qué nueva moda es ésta, qué extraña etiqueta? No van correos galonados trotando, como en otro tiempo, delante de la carroza del rey; no van los halconeros en sus pardos caballos, ni guardias de corps, con sus casacas cubiertas de cordones, cabalgando a derecha a izquierda del coche regio.

No va la nobleza, con trajes de gala, rodeando la carroza solemne, sino un torrente sucio y desordenado de gentes, en cuyo centro es arrebatada, flotando como un barco náufrago, la triste carreta. A la cabeza, la guardia nacional con desabrochados uniformes, no formados y en fila, sino cogidos del brazo, con la pipa en la boca, riendo y cantando, cada cual con un mollete de pan clavado en la punta de su bayoneta. Por medio, las mujeres, montadas a caballo de los cañones, compartiendo la silla con algunos galantes dragones o marchando a pie cogidas del brazo con trabajadores y soldados, como si fuesen a un baile. Tras ellos rechinan los carros cargados de harina de los almacenes reales, escoltados por dragones. E incesantemente, saltando de adelante a atrás de la cabalgata, aclamada con claros gritos por los regocijados espectadores, blande fanáticamente su sable la superiora de las amazonas: Théroigne de Méricourt. En medio de este espumeante estrépito flota, polvorienta, la miserable y lúgubre carroza en la cual, muy estrechamente, se amontonan, tras las semibajas cortinillas, Luis XVI, el pusilánime descendiente de Luis XIV, y María Antonieta, la hija trágica de María Teresa, con sus hijos y la *gouvernante*. Siguen, a igual paso de entierro, las carrozas de los príncipes reales, de la corte, de los diputados y de algunos pocos amigos que permanecen fieles: el antiguo poder de Francia arrastrado por el nuevo, que ensaya hoy, por primera vez, su fuerza irresistible.

Seis horas dura este cortejo fúnebre de Versalles a París. De todas las casas, a lo largo del camino, salen gentes a verlos. Pero los espectadores no se quitan con respeto el sombrero ante los tan ignominiosamente vencidos, sino que sólo se acercan silenciosos, queriendo, cada uno de ellos, poder decir que ha visto, en su humillación, al rey y a la reina. Con gritos de triunfo, las mujeres les muestran su presa: «Aquí los llevamos, al panadero, a la panadera y al mozo de la tahona. Están ahora acabadas todas nuestras hambres». María Antonieta oye todos estos gritos de odio y de befa y se acurruca profundamente en el fondo del coche, para no ver nada ni ser vista. Sus ojos están cerrados. Acaso recuerda, en este infinito viaje de seis horas, los innumerables que ha hecho por este mismo camino, alegres y ligeros, en cabriolet, con la Polignac, para ir a un baile de máscaras, a la ópera o a alguna cena, y su regreso al romper el día. Acaso también busca con la mirada, entre los guardias a caballo, a una persona que acompaña al cortejo, disfrazada: Fersen, su

único amigo verdadero. Acaso también no piense absolutamente en nada y sólo esté cansada, sólo rendida, pues lentamente, muy lentamente y de un modo inmodificable, ruedan las ruedas, ella bien lo sabe, hacia un funesto destino.

Por fin se detiene el carro fúnebre de la monarquía a la puerta de París: aquí le espera todavía, al muerto político, una solemne ceremonia de responsorio. Al vacilante resplandor de las antorchas, el alcalde Bailly recibe al rey a la reina, y celebra como un «hermoso día» esta fecha del 6 de octubre que para siempre hace de Luis el súbdito de los súbditos. «¡Qué hermoso día- dice enfáticamente-este que permite que los parisienses posean en su ciudad a Vuestra Majestad y a su real familia!» Hasta el insensible rey percibe esta puntada a través de su piel de elefante, y responde brevemente: « Espero, señor, que mi residencia en París traerá la paz, la concordia y la sumisión a las leyes».

Pero todavía no dejan descansar a los mortalmente fatigados. Aún tienen que ser llevados al Ayuntamiento para que todo París pueda contemplar sus rehenes. Bailly transmite las palabras del rey: «Siempre me veo con placer y confianza en medio de los habitantes de mi buena ciudad de París», pero, al hacerlo, olvida repetir la palabra « confianza» ; sorprendente presencia de espíritu, observa la omisión la reina. Reconoce lo importante que es que, con esta palabra, «confianza», se le imponga también la obligación al sublevado pueblo. En voz alta recuerda que el rey ha expresado también su confianza.

«Ya lo oyen ustedes, señores -dice Bailly, rápidamente dueño de sí-, es aún mejor que si yo no me hubiese equivocado.» Para acabar, llevan a la ventana a los forzados viajeros. A derecha a izquierda sostienen antorchas cerca de sus rostros, a fin de que el pueblo pueda cerciorarse de que lo que han traído de Versalles no son muñecos disfrazados, sino, realmente, el rey y la reina. Y el pueblo está totalmente entusiasmado, totalmente ebrio de su inesperada victoria. ¿Por qué no ser ahora magnánimos? El grito de «¡Viva el rey, viva la reina!», no oído desde hace mucho tiempo, retumba una y otra vez en la plaza de la Grève, y, en recompensa, les es permitido ahora a Luis XVI y a María Antonieta que se trasladen sin protección militar a las Tullerías, para descansar por fin de aquella espantosa jornada y meditar a qué profundidad han sido precipitados por el pueblo.

Los coches polvorientos y sofocantes se detienen delante de un palacio sombrío y abandonado. Desde Luis XIV, desde hace cincuenta años, la corte no ha vuelto a habitar las Tullerías, la antigua residencia de los reyes; las habitaciones están desiertas, los muebles han sido quitados, faltan camas y luces, las puertas no cierran, el aire frío penetra por los rotos vidrios de las ventanas. A toda prisa, a la luz de prestados cirios, se intenta improvisar un semidormitorio para la familia real, caída del cielo como un meteoro. «¡Qué feo es todo aquí, mamá!» , dice, al entrar, el delfín, de cuatro años y medio de edad, que ha sido criado en el esplendor de Versalles y de Trianón, habituado a brillantes candelabros, centelleantes espejos, riqueza y suntuosidad. «Hijo mío -responde la reina-, aquí vivió Luis XIV y se encontraba bien. No debemos ser más exigentes que él.» Sin lamento alguno, Luis el Indiferente se instala en su incómoda yacija nocturna.

Bosteza y dice perezosamente a los otros: «Que cada cual se coloque como pueda. Por mi parte, estoy satisfecho».

María Antonieta, sin embargo, no está satisfecha. Nunca considera esta morada, que no ha elegido libremente, más que como una prisión: nunca olvidará de qué humillante manera fue arrastrada hasta aquí. «Jamás se podrá creer -le escribe precipitadamente al fiel Mercy- lo que ha ocurrido en las últimas veinticuatro horas. Por mucho que se diga, nada será exagerado, sino que, por el contrario, quedará muy por debajo de lo que hemos visto y soportado.»

Capítulo 24
Examen de conciencia

En 1789, Revolución no es todavía consciente de su propia fuerza; aún se espanta, a veces, de su propio valor; así le ocurre en esta ocasión: la Asamblea Nacional, los consejeros de la ciudad de París, toda la burguesía, en el fondo de su corazón todavía honradamente fieles al rey, están asustados del golpe de mano de la horda de amazonas que posee en sus manos al indefenso rey. Por vergüenza, hacen todo lo imaginable para borrar to ilegal de este acto de brutal violencia; unánimemente se esfuerzan por convertir ahora el rapto de la familia real en un cambio «voluntario» de residencia.

Conmovedoramente, compiten en esparcir las más bellas rosas sobre la tumba de la autoridad real, con la secreta esperanza de ocultar que la monarquía está, en realidad, para siempre muerta y sepultada desde el 6 de octubre. Las delegaciones suceden a las delegaciones para asegurar al rey su profunda fidelidad. El Parlamento envía treinta miembros; la municipalidad de París hace una visita colectiva para presentar sus respetos; el alcalde se inclina ante María Antonieta con estas palabras: «La ciudad se siente feliz de veros en el palacio de sus reyes y desea que el rey y Vuestra Majestad le hagan la merced de elegirlo como su residencia permanente». Con igual respeto se presenta la Cámara Alta, la Universidad, el Tribunal de Cuentas, el Consejo de la Corona y, finalmente, el 20 de octubre, toda la Asamblea Nacional, y delante de las ventanas del palacio, agolpándose diariamente, grandes masas de gentes que gritan: «¡Viva el rey! ¡Viva la reina!». Todos hacen lo que pueden para expresar al monarca su alegría por su « voluntario cambio de residencia».

Pero María Antonieta, siempre incapaz de fingir, y el rey, que la obedece, sé defienden con obstinación, cierto que comprensible en lo humano pero perfectamente loca en lo político, contra esta rosada disimulación de los hechos. «Tendríamos que estar bastante contentos si pudiésemos olvidar de qué modo hemos sido traídos aquí», escribe la reina al embajador Mercy. Pero, en realidad, ella no puede ni quiere olvidarlo. Ha sufrido demasiadas afrentas; la has arrastrado violentamente a París; su palacio de Versalles fue tomado a viva fuerza, asesinados

sus guardias de corps, sin que la Asamblea ni la Guardia Nacional hayan movido ni un dedo. La has encerrado violentamente en las Tullerías; el mundo entero debe conocer estos ultrajes a los sagrados derechos de un monarca. Constantemente y con intención subrayan ambos su propia derrota: el rey renuncia a la caza, la reina no va a ningún teatro; no se muestran en la calle, o salen en coche y dejan perder, con esto, la importante posibilidad de volver a hacerse populares en París. Esta terca manera de encerrarse en sí mismos produce un peligroso prejuicio. Pues, al decirse la corte sometida a violencia, convence al pueblo de su propia fuerza; al proclamar el rey permanentemente que es la parte más débil, acaba, en realidad siéndolo.

No es el pueblo, no es la Asamblea Nacional, sino el rey y la reina, quienes has abierto un visible foso en torso a las Tullerías; ellos mismos convierten, con loca obstinación, en una cautividad la libertad que todavía no les ha sido impugnada.

Pero si la corte, de modo tan patético, considera las Tullerías como una prisión, debe, por lo menos, ser una prisión regia. Ya en los días siguientes, gigantescos carruajes traen muebles de Versalles; ebanistas y tapiceros martillean hasta altas horas de la noche en las habitaciones. Pronto, salvo los que se han retirado o expatriado, los antiguos empleados de la corte se reúnen en la nueva residencia real; toda la chusma de camareros, lacayos, cocheros y cocineros llenan los locales de servicio. Las antiguas libreas brillan por los pasillos; todo vuelve a copiar a Versalles y también el ceremonial ha sido transportado intacto; solamente se nota como única diferencia que ante las puertas, en lugar de nobles guardias de corps, ahora licenciados, son los guardias nacionales de La Fayette los que están en servicio.

De la gigantesca serie de habitaciones de las Tullerías y el Louvre, la familia real habita solamente un muy pequeño espacio, pues ya no se quiere ninguna fiesta más, ni bailes ni *redoutes*: ningún alarde ni ningún esplendor innecesarios. Exclusivamente es dispuesta para la familia real la parte de las Tullerías que da hacia el jardín (el año 1870 fue quemada durante la Comuna y no ha vuelto a ser edificada): en el piso superior, el dormitorio y la sala de recibir del rey, un dormitorio para su hermana, uno para cada uno de los niños y un saloncito. En el

piso bajo, el dormitorio de María Antonieta, con un cuarto para las recepciones y un gabinete de *toilette*, una sala de billar y el comedor.

Aparte la gran escalinata, ambos pisos están unidos por una nueva escalera, construida expresamente. Conduce de las habitaciones del piso bajo de la reina a las del delfín y del rey, y únicamente la reina y el aya de los niños poseen la llave de sus puertas.

Considerando el plano de esta distribución de habitaciones, sorprende el aislamiento de María Antonieta del resto de la familia, cosa indudablemente ordenada por ella misma.

Duerme y habita sola, y su dormitorio y su sala de recepción están de tal modo dispuestos que la reina puede en todo momento recibir visitas que pasen inadvertidas, sin que éstas tengan que utilizar la escalera oficial y la entrada principal. Pronto se verá el intencionado propósito de esta medida, lo mismo que la ventaja de que la reina pueda en cualquier instante trasladarse al piso superior, mientras que ella misma está guardada de toda sorpresa por parte de la servidumbre, de los espías, de los guardias nacionales y también acaso hasta del mismo rey. Aun en la cautividad, defenderá hasta el último aliento, gracias a su desenvoltura, los últimos restos de su libertad personal.

El viejo palacio, con sus tenebrosos corredores, día y noche escasamente iluminados por unas fuliginosas lámparas de aceite, con sus escaleras de caracol, sus cuartos de la servidumbre excesivamente llenos de gente, y ante todo con el permanente testimonio de la omnipotencia popular, la vigilancia de la Guardia Nacional, no es, en sí misma, ninguna agradable residencia; y, no obstante, oprimida por el destino, la familia real lleva aquí una vida tranquila, más íntima y hasta quizá más cómoda que en la pomposa jaula de piedra de Versalles. Después del desayuno hace la reina que bajen los niños a sus habitaciones; luego va a oír misa y permanece sola en su cuarto hasta el almuerzo en común. Tras él, juega con su esposo una partida de billar, débil compensación gimnástica del placer de la caza, de que tan a disgusto se priva el monarca. Después, mientras el rey lee o duerme, María Antonieta se retira otra vez a sus habitaciones para celebrar consejo con sus íntimos amigos, con Fersen, con la princesa de Lamballe o con otros. Después de la cena se reúne en el gran salón toda la familia: el hermano del rey, el

conde de Provenza, con su mujer, que habitan en el palacio de Luxemburgo; las viejas tías, y algunos pocos fieles. A las once se apagan las luces; el rey y la reina se dirigen a sus dormitorios. Esta distribución del tiempo, tranquila, regulada, de pequeños burgueses, no conoce ningún cambio, ninguna fiesta ni ninguna pompa. Mademoiselle Bertin, la modista, no es casi nunca llamada; el tiempo de los joyeros ha pasado, pues Luis XVI necesita conservar ahora su dinero para cosas más importantes: para comprar enemigos y para secretos servicios políticos. Desde las ventanas, la mirada recorre el jardín, donde se muestran el otoño y la temprana caída de la hoja; ahora corre velozmente el tiempo que antes pasaba tan lento para la reina. Ahora se ha hecho por fin el silencio en torno a María Antonieta, aquel silencio que antes ha sido tan temido por ella; por primera vez tiene ocasión para reflexiones claras y serias.

La quietud es un elemento creador. Recoge en sí, purifica y ordena las fuerzas internas; vuelve a juntar lo que ha desparramado la agitación violenta. Lo mismo que en una botella que ha sido sacudida, si se la deposita en tierra, lo pesado se aparta de lo leve, también en una naturaleza turbada, el silencio y la reflexión hacen cristalizar más claramente el carácter. Brutalmente obligada a vivir consigo misma, comienza María Antonieta a descubrir su propia alma. Sólo ahora llega a ser reconocible que nada ha sido tan fatal para esta naturaleza aturdida, ligera y frívola, como la facilidad con que el destino la colmó de todo; justamente estos inmerecidos regalos de la vida la han empobrecido en su interior. Demasiado temprano y demasiado ricamente la había mimado el destino; un alto nacimiento y una posición más alta todavía le habían sido adjudicados sin trabajo alguno por su parte; por ello pensaba que no tenía para qué molestarse por nada; sólo necesitaba dejarse vivir como quisiera y todo estaba hecho. Los ministros pensaban, el pueblo trabajaba, los banqueros pagaban para satisfacer sus comodidades, y la niña mimada lo aceptaba todo sin reflexión ni gratitud. Sólo ahora, provocada por la monstruosa exigencia de tener que defender todo esto, su corona, sus hijos, su propia vida, contra la más grandiosa sublevación de la historia, busca en sí misma fuerza de resistencia y extrae repentinamente de sí misma inutilizadas reservas de inteligencia y actividad. Por fin se ha producido el brote. «Sólo en la desgracia se sabe quién es cada cual»; esta frase bella, conmovedora y conmovida centellea ahora de repente en una de

sus cartas. Sus consejeros, su madre, sus amigos, no han tenido poder alguno, durante años enteros, sobre esta alma altanera. Era demasiado pronto para la que no había sido enseñada. El dolor es el primer maestro auténtico de María Antonieta, el único cuyas lecciones ha aprendido.

Con la desgracia comienza una nueva época para la vida interna de esta mujer extraña.

Pero la desgracia, a decir verdad, no transforma jamás un carácter, no inyecta en él nuevos elementos; no hace más que dar formas a disposiciones de mucho tiempo atrás existentes. María Antonieta no se convierte de pronto -sería una falsa concepción- en inteligente, enérgica, activa y rica en vitalidad, en estos años de su último combate; todo ello estaba desde siempre, en estado latente, en su interior; sólo que, por una misteriosa pereza espiritual, por una infantil frivolidad de sus sentidos, no había puesto en ejercicio toda esta mitad esencial de su personalidad; hasta entonces sólo había jugado con la vida -cosa que no exige ningún esfuerzo- y jamás había luchado con ella; sólo ahora, desde que cae sobre su persona la gran tarea, se azuzan todas estas energías hasta convertirse en armas. María Antonieta sólo piensa y reflexiona desde que le es preciso pensar. Trabaja porque se ve forzada a trabajar. Se eleva sobre sí misma porque el destino la obliga a ser grande, para no ser lamentablemente aplastada por las fuerzas que se le oponen. Sólo en las Tullerías comienza una plena transformación, externa a interna, de su vida. La misma mujer que durante veinte años no ha podido prestar atención hasta el final al informe de ningún embajador, que no ha leído ninguna carta sino velozmente, y jamás un libro; que no se ha preocupado de otra cosa sino de juego, deportes, modas y análogas futesas, transforma su mesa de escribir en una cancillería de Estado, y su habitación, en gabinete diplomático. Negocia -en lugar de su marido, a quien ahora todos dejan enojadamente a un lado, como a un caso incurable de debilidad- con todos los ministros y los embajadores; vigila la ejecución de sus disposiciones y redacta sus cartas. Aprende a escribir con clave a inventa los más extraños medios técnicos para poder aconsejarse secretamente, por vía diplomática, con sus amigos del extranjero; ya escribe con tinta simpática, ya sus noticias, escritas según un sistema de cifras, son pasadas de contrabando a través de toda vigilancia, en revistas y cajas de chocolate; cada palabra tiene que ser

cuidadosamente estudiada para que sea clara para los iniciados a incomprensible para los no llamados a comprenderla. Y todo esto lo hace ella sola, sin ningún auxiliar, ningún secretario al lado, con espías a la puerta y hasta en su propia habitación: una sola de estas cartas sorprendida, y estarían perdidos su marido y sus hijos.

Trabaja hasta el agotamiento corporal esta mujer jamás acostumbrada a ningún trabajo.

«Estoy ya completamente fatigada de tanta escritura», balbucea una vez en una carta, y dice en otra: «No veo ya lo que escribo».

Y además, y cosa muy interesante en su transformación espiritual: María Antonieta aprende, por fin, a reconocer la importancia de tener buenos consejeros; renuncia a la loca pretensión de decidir ella misma, en un nervioso abrir y cerrar de ojos, a la primera ojeada, acerca de los asuntos políticos. Mientras que antes no recibía sino con reprimidos bostezos al tranquilo y canoso embajador Mercy y respiraba con visible alivio cuando aquel pesado pedante cerraba la puerta al salir, solicita ahora, modestamente, las opiniones de aquel hombre, demasiado tiempo desconocido, leal y muy experimentado: «Cuanto más desgraciada soy, tanto más me siento, del modo más tierno, obligada hacia mis verdaderos amigos»; en este humano tono escribe ahora al viejo amigo de su madre, o le dice: «Estoy ya impaciente por encontrar un momento en que pueda volver a hablarle y verle libremente y darle a conocer los sentimientos que, por muy justos motivos, debo a usted y que le he dedicado para toda mi vida» . A los treinta y cinco años advierte por fin para qué papel ha sido elegida por un singular destino: no para disputar a otras mujeres bonitas, coquetas y de mediano espíritu, los fugaces triunfos de la moda, sino para acrisolarse ante lo permanente y más que permanente, ante la inflexible mirada de la posteridad, y acrisolarse en dos sentidos: como reina y como hija de María Teresa. Su orgullo, que hasta entonces sólo había sido el mezquino orgullo infantil de una muchacha mimada, se dirige resueltamente ahora hacia la tarea de aparecer grande y valerosa ante el mundo en una gran época. Ya no lucha por lo personal ni por el poder y la dicha privada: « En lo que se refiere a nuestras personas, ya sé bien que todo pensamiento de felicidad está pasado para siempre, ocurra lo que

quiera. Sé que es deber de un rey sufrir por los otros, y lo cumplimos perfectamente. ¡Ojalá, algún día, pueda ser así reconocido!».

Tardíamente, aunque hasta en lo más íntimo de su alma, comprende María Antonieta que está destinada a ser figura histórica, y esta aspiración intemporal eleva magníficamente sus fuerzas. Pues cuando un ser humano se aproxima a lo más profundo de sí mismo, cuando está decidido a registrar lo más íntimo de su personalidad, remueve en su propia sangre las potencias fantasmales de todos sus antepasados. El ser una Habsburgo, nieta y heredera de un antiquísimo honor imperial, hija de María Teresa, eleva de repente, de un modo mágico, sobre sí misma a esta mujer débil a insegura. Se siente obligada a ser *digne de Marie Thérèse*, digna de su madre, y esta palabra «valor» llega a ser el *leitmotiv* de su sinfonía fúnebre. Repite siempre que «nada puede quebrantar su valor», y cuando recibe de Viena la noticia de que su hermano José, en su espantosa agonía, ha conservado hasta el último momento su viril y resuelta actitud, entonces, igualmente, como de modo profético, se siente llamada a hacer lo mismo y responde con las palabras de su vida más llenas de dignidad: «Me atrevo a decir que ha muerto digno de mí».

Este orgullo, que mantiene levantado ante el mundo como una bandera, le cuesta, en todo caso, a María Antonieta mucho más de lo que a otros les es lícito sospechar. Pues, en el fondo, esta mujer no es ni orgullosa ni fuerte, no es ninguna heroína, sino una mujer muy femenina, nacida para la abnegación y la ternura y no para el combate. El valor que muestra es para infundir valor a los otros; ella misma no cree ya, realmente, en días mejores. Apenas se vuelve a sus habitaciones, se le caen de fatiga los brazos con los que ha sostenido la bandera del orgullo ante el mundo; Fersen la encuentra casi siempre deshecha en llanto; estas horas de amor con el amigo infinitamente amado y por fin encontrado no se parecen en nada a galantes jugueteos, sino que este hombre, también él emocionado, necesita emplear todas sus fuerzas para arrancar a la mujer amada de su cansancio y su melancolía, y justamente esto, la desgracia de la amada, provoca en el amante el más profundo sentimiento. « Llora frecuentemente conmigo -escribe Fersen a su hermana- y es muy desgraciada. ¡Juzga si no tengo que amarla!» Los últimos años habían sido demasiado duros para este ligero corazón. «Hemos visto demasiados espantos y

demasiada sangre para que alguna vez podamos aún ser felices.» Pero siempre crece nuevamente el odio contra esta mujer indefensa, que ya no tiene ningún otro defensor que su conciencia. «Desafío al mundo entero a que encuentre en mí ninguna culpa verdadera -escribe la reina-. Espero el justo juicio del porvenir, y eso me ayuda a soportar todos mis sufrimientos. A aquellos que me niegan esa justicia los desprecio demasiado para ocuparme de ellos.» Y, sin embargo, suspira: «¡Cómo podemos vivir en semejante mundo y con tal corazón!», y se adivina que, en ciertas horas, la desesperada no tiene más que un deseo, que todo pueda encontrar un rápido fin: «¡Si siquiera, algún día, lo que nosotros ahora hacemos y sufrimos pudiera hacer felices a nuestros hijos! Éste es, todavía, el único deseo que me permito abrigar».

El pensamiento en sus hijos es lo único que María Antonieta osa relacionar todavía con la palabra «dicha». «Si aún pudiera yo ser feliz, sólo lo sería a través de mis dos hijos», suspira una vez, y otra exclama: « Cuando estoy muy triste, tomo conmigo a mi chico», y en otra ocasión: «Estoy sola durante todo el día y mis niños son mi único recurso; los tengo conmigo lo más que puedo». De cuatro que ha traído al mundo, dos se le han muerto, y ahora aquella que en otro tiempo entregó ligeramente su amor a todo el mundo, lo concentra, desesperada y apasionadamente, en estos dos hijos que le quedan.

Especialmente el delfín le produce grandes goces, porque crece con fuerza y es alegre, inteligente y cariñoso; un *chou d'amour* según se expresa tiernamente la reina; pero, como todos sus otros sentimiento, también los cariños y ternuras se han hecho, poco a poco, clarividentes en esta mujer tan castigada. Aunque idolatre al chico, no lo mal educa. « Nuestra ternura hacia este niño -escribe a su *gouvernante*- tiene que ser severa.

No debemos olvidar que estamos educando a un rey.» Y cuando, en lugar de madame Polignac, confía su hijo a una nueva aya, madame de Tourzel, redacta, para que le sirva de guía, una descripción psicológica, en la que de pronto se nos muestra deslumbradoramente toda su capacidad, hasta entonces oculta, para juzgar a los hombres y sus instintos espirituales. «Mi hijo tiene cuatro años y cuatro meses menos dos días -escribe-. No hablo aquí de su estatura ni de su exterior; basta verlo. Su salud ha sido siempre buena; pero ya en la cuna se advirtió que sus

nervios eran muy delicados y que el menor ruido extraordinario producía efectos sobre él. Ha sido tardío para sus primeros dientes, pero le nacieron sin enfermedad ni accidente. Sólo en los últimos, y creo que fue en el sexto, tuvo una convulsión. Después ha tenido dos: una en el invierno del 87 al 88 y la otra cuando su vacunación, pero esta última ha sido muy pequeña.

La delicadeza de sus nervios hace que un ruido al cual no esté acostumbrado le produzca siempre espanto. Tiene miedo, por ejemplo, de los perros porque los ha oído ladrar cerca de él. No le he obligado jamás a verlos, porque creo que a medida que aumente su razón pasarán esos temores. Como todos los niños fuertes y saludables, es muy aturdido, muy ligero y violento en sus cóleras; pero es un buen niño, tierno y hasta cariñoso, cuando su aturdimiento no puede más que él. Tiene un amor propio desmesurado que, guiándolo bien, puede, algún día, redundar en provecho suyo. Mientras no tiene bastante confianza con cualquier persona, sabe dominarse y hasta devorar sus impaciencias y sus cóleras para parecer dulce y amable. Es de una gran fidelidad cuando ha prometido alguna cosa, pero es muy indiscreto, repite fácilmente lo que ha oído decir, y a veces, sin intención de mentir, añade lo que le ha hecho ver su imaginación. Éste es su mayor defecto, del cual es preciso corregirle. Por lo demás, lo repito, es un buen niño; y con dulzura, al mismo tiempo que con firmeza, sin ser demasiado severo, siempre se hará de él lo que se quiera. Pero la severidad le llena de enojo, porque tiene mucho carácter para su edad. Y para poner un ejemplo: desde su infancia más temprana, la palabra "perdón" le ha ofendido siempre; hará y dirá todo lo que se quiera cuando ha cometido una falta, pero la palabra "perdón" no la pronuncia sino con lágrimas a infinitas penas. Siempre he acostumbrado a mis hijos a tener gran confianza en mí, y, cuando han cometido una falta, a decírmela ellos mismos. Esto procede de que, al reñirlos, adopto un aire más apenado y afligido por lo que han hecho, que enojado. Los he acostumbrado a todos a que un "sí'' o un "no" pronunciado por mí es irrevocable; pero les doy siempre una razón al alcance de su edad para que no puedan creer que es capricho de mi parte. Mi hijo no sabe leer y aprende muy mal; es demasiado aturdido para aplicarse. No tiene en la cabeza ninguna idea de su categoría y deseo mucho que eso continúe; nuestros hijos siempre aprenderán demasiado pronto lo que son. Quiere mucho a su hermana y con todo su corazón.

Todas las veces que algo le gusta, ya sea el ir a algún sitio o que le den alguna cosa, su primer movimiento es siempre el de pedir lo mismo para su hermana. Ha nacido alegre: tiene necesidad, para su salud, de estar mucho al aire libre...» Si se coloca este documento de la madre junto a las antiguas cartas de la mujer, apenas se creería que están escritas por la misma mano: tan lejos está la nueva María Antonieta de la otra, tan lejos como la dicha de la desdicha, la desesperación de la petulancia. En las almas blandas, todavía sin acabar de formar, todavía dúctiles, imprime su sello del modo más visible la desgracia: con claros rasgos manifiestos, se forma ahora un carácter, que hasta entonces era fluido a inconsciente, como un agua que corre. «¿Cuándo serás por fin tú misma?», le había siempre preguntado desesperadamente la madre. Ahora, con los primeros cabellos blancos en las sienes, María Antonieta ha llegado por fin a ser ella misma.

Esta plena transformación la atestigua también un retrato, el único y último que la reina se dejó hacer en las Tullerías. Kucharski, un pintor polaco, trazó un fácil bosquejo que la huida a Varennes le impidió terminar; no obstante, es el más acabado que poseemos. Los retratos de etiqueta de Wertmüller, los de salón de madame Vigée-Lebrun, se esfuerzan incesantemente por recordar al que los mira que aquella mujer es la reina de Francia. Con magnífico sombrero adornado de soberbias plumas de avestruz sobre la cabeza, deslumbrante de diamantes, el vestido de brocado, aparece el personaje cerca de su trono de terciopelo, y hasta los que la han representado en un traje mitológico o campestre han consignado, en cualquier detalle, un signo visible que hace saber que esta señora es una elevada dama, la más alta del país, la reina. Este retrato de Kucharski deja a un lado todas estos maravillosos ropajes: una mujer opulenta y hermosa se ha sentado ante un espejo y mira soñadora ante sí. Parece un poco cansada y agotada. No se ha puesto ninguna gran *toilette*, ningún adorno: ninguna piedra preciosa sobre su escote, no se ha preparado especialmente; han pasado los artificios de comediante, ya no es tiempo de ello; la aspiración de agradar se ha trocado en tranquilidad, la vanidad en sencillez. Rizados y naturales caen los cabellos, dispuestos sin estudio, en los cuales brillan ya las primeras hebras de plata. Con naturalidad pende el traje de los hombros, siempre redondos y lucientes, pero nada en su actitud está buscado para producir un efecto de seducción. La boca ya no sonríe, los ojos ya no solicitan

admiración; aparece, en una especie de luz otoñal, todavía hermosa, pero ya de una belleza suave y maternal; en un crepúsculo entre el deseo y la renuncia, como mujer entre dos edades, ya no joven y todavía no vieja; ya no deseosa y, sin embargo, aún deseable; así mira, soñadoramente, delante de sí esta mujer. Mientras que en todos los otros retratos se tiene la impresión de una mujer enamorada de sí misma y que en medio del curso de sus bailes y risas se ha dirigido por un momento, a toda prisa, hacia el pintor, para volver rápidamente a su aturdido vivir, se percibe aquí que esta mujer se ha vuelto tranquila y que ama la calma. Después de los millares de ídolos, encerrados en preciosos marcos o tallados en mármol y marfil, este dibujo a medio hacer muestra, por fin, to que es la criatura humana, y, único entre todos los otros retratos, permite por primera vez sospechar que en esta reina hay también algo a modo de un alma.

Capítulo 25
Mirabeau

En el combate aplastante contra la Revolución, la reina no había acudido hasta entonces más que a su único aliado: el tiempo. «Sólo la flexibilidad y la paciencia pueden ayudarnos.» Pero el tiempo es un aliado oportunista a incierto; se colocó siempre en el bando de los fuertes y deja despreciativamente en el atolladero al que confía en él sin moverse. La Revolución marcha adelante; cada semana gana para ella millares de nuevos reclutas, de la ciudad, de las aldeas, del ejército; y el recién fundado club de los jacobinos apoya la mano, cada día con más fuerza, sobre la palanca que, por último, debe acabar por desquiciar la monarquía. Por fin comprenden la reina y el rey el peligro de un solitario apartamiento y comienzan a buscar aliados.

Cierto que un importante aliado -este precioso secreto se conserva impenetrablemente en el círculo más reducido- se había ofrecido ya varias veces a la corte con embozadas palabras. Desde los días de septiembre se sabe en las Tullerías que el jefe, muy temido y admirado, de la Asamblea Nacional, el conde de Mirabeau, este león de la Revolución, está dispuesto a recibir dorado cebo de manos del rey. «Cuide usted -le dijo una vez a un intermediario- de que se sepa en palacio que estoy más de su parte que contra ellos.» Pero mientras estuvo segura en Versalles, la corte se sentía demasiado firme en su silla, y la reina no había reconocido tampoco la importancia de este hombre, capaz como ningún otro de dirigir la Revolución, porque él mismo era el genio de la revuelta; había llegado a ser, en su propia persona, la encarnación del espíritu de libertad, la fuerza revolucionaria hecha hombre, la viviente anarquía. Los otros miembros de la Asamblea Nacional, valientes, bienintencionados, instruidos, agudos juristas, honrados demócratas, sueñan idealísticamente con un nuevo orden y una reorganización; sólo para éste, el caos del Estado viene a ser el auténtico representante de su propio caos interior. Su fuerza volcánica, que orgullosamente es llamada por él la fuerza de diez hombres, necesita una tempestad universal para desenvolver su auténtica capacidad; destrozado él mismo en su posición normal, material y familiar, necesita un Estado igualmente arruinado para elevarse por

encima de las ruinas. Todas las anteriores explosiones de su naturaleza elemental: libelos, raptos de mujeres, duelos y escándalos, no habían sido hasta ahora más que válvulas de seguridad, insuficientes para su sobrecargado temperamento, que todas las prisiones de Francia no habían podido dominar. Ancho espacio necesita esta alma salvaje; poderosos temas, este robusto espíritu; como un toro furioso demasiado tiempo encerrado en un estrecho establo, se precipita, excitado hasta la locura por las ardientes banderillas del desprecio, en el ruedo de la Revolución, y ya del primer achuchón derriba las podridas barreras de los Estados Generales. La Asamblea Nacional se espanta cuando, por primera vez, se alza aquella voz atronadora, pero se pliega bajo su autoritario yugo; espíritu fuerte lo mismo que gran escritor, forja Mirabeau en pocos minutos, poderoso herrero, las leyes más difíciles, las fórmulas más atrevidas, como sobre tablas de bronce. Con pasión incendiaria impone su voluntad a toda la Asamblea y, si no hubiese sido la desconfianza que inspira sus sospechoso pasado ni la inconsciente defensa del espíritu de orden contra ese mensajero del caos, la Asamblea Nacional francesa habría tenido desde sus primeras sesiones, en vez de mil doscientas cabezas, una sola, un único jefe con poder ilimitado.

Pero este defensor de la libertad tampoco es libre: sobre sus espaldas pesan importantes deudas, tiene sus manos presas en una red de sucios procesos. Un Mirabeau no puede vivir, no puede actuar, si no es en la dilapidación. Tiene necesidad de fausto, de verse libre de preocupaciones; necesita los bolsillos repletos, mesa puesta para todos, secretarios, mujeres, auxiliares y criados; sólo en la abundancia puede desplegar su plenitud.

Para ser libre, en el sentido a que él se refiere, azuzado, como por perros, por todos sus acreedores, se ofrece a todo el mundo: a Necker, al duque de Orleans, al hermano del rey y, finalmente, a la misma corte. Pero la reina, que a nadie odia más que a los tránsfugas de la nobleza, se cree aún lo bastante fuerte, en Versalles, para renunciar a los vendidos favores de este *monstre*. «Espero -le responde al intermediario, el conde de La Marck-, espero que jamás seremos tan desgraciados para vernos reducidos al extremo de recurrir al auxilio de Mirabeau.» Pero ahora han llegado a ese extremo. Cinco meses más tarde -infinito lapso en una Revolución-, el conde de La Marck recibe, por medio del embajador Mercy, noticia

de que la reina está dispuesta a negociar con Mirabeau, es decir: a comprarlo. Felizmente, no es todavía demasiado tarde: desde el primer ofrecimiento, Mirabeau se traga el dorado anzuelo. Se entera, con codicia, de que Luis XVI tiene a su disposición cuatro pagarés firmados de su regia mano, cada uno por doscientas cincuenta mil libras, en total un millón, que le serán pagados al fin de la legislatura de la Asamblea Nacional, «siempre que me preste buenos servicios», como añade previsoramente el rey ahorrativo. Y apenas ve el tribuno que sus deudas pueden ser liquidadas de una sola plumada y que puede esperar una pensión de seis mil libras al mes, aquel hombre azuzado durante años enteros por alguaciles y curiales prorrumpe en una «ebria explosión de alegría, cuyo exceso primeramente me sorprendió» (conde de La Marck). Con igual ardiente pasión a la que emplea siempre para convencer a los otros, se persuade a sí mismo de que sólo él puede y quiere salvar al mismo tiempo al rey, a la Revolución y al país. De repente, desde que el dinero retiñe en sus bolsillos, se acuerda Mirabeau de que él, el rugiente león de la Revolución, ha sido siempre ardiente realista. El 10 de mayo firma el recibo de su propia venta, con las palabras de que se obliga a servir al rey «con lealtad, celo y valor»... «He profesado principios monárquicos hasta cuando no veía en la corte más que debilidades, y, no conociendo el alma ni el pensamiento de la hija de María Teresa, no podía contar todavía con tan augusta aliada. He servido al monarca hasta cuando creía que no podía esperar de un rey cierto que justo, pero engañado, ni justicia ni recompensa. ¿Qué no podré hacer ahora, cuando la confianza fortalece mi valor y el agradecimiento transforma mis principios en deberes? Seré siempre lo que he sido: defensor del poder monárquico en el sentido de que está regulado por las leyes, y apóstol de la libertad, en cuanto está garantizada por el poder real. Mi corazón seguirá el rumbo que le había ya sido trazado por la razón.» A pesar de este énfasis, ambas partes saben exactamente que este contrato no es ningún asunto honorable, sino más bien de los que temen la luz. Por ello se acuerda que Mirabeau no se presentará jamás personalmente en palacio, sino que comunicará por escrito sus consejos al rey. Para la calle, Mirabeau tiene que ser revolucionario; pero en la Asamblea Nacional trabajará por la causa del rey; turbio negocio en el cual nadie puede ganar y nadie confía en el otro. Mirabeau se pone en seguida al trabajo; escribe carta tras carta dando consejos al monarca; pero la verdadera

destinataria es la reina. Su esperanza es ser comprendido por María Antonieta -el rey no cuenta para nada, no tarda en saberlo-.

«El rey no tiene a su devoción más que un único hombre -escribe Mirabeau ya desde su segunda nota-, y ese hombre es su mujer. Para ella no hay seguridad más que en el restablecimiento de la autoridad real. Me gusta creer que no querría vivir sin su corona, pero de lo que sí estoy completamente seguro es que no conservará la vida si no conserva también su corona. Vendrá bien pronto el momento en que habrá de mostrar lo que pueden hacer una mujer y un niño a caballo; para ella es éste un método de familia; pero, mientras tanto, hay que prepararse y no creer que se podrá, ya por medio del azar, ya con el auxilio de combinaciones, salir de una crisis extraordinaria valiéndose de hombres y procedimientos ordinarios.» Como tal hombre excepcional, como tal persona extraordinaria, Mirabeau, con extensa transparencia, se ofrece a sí mismo. Con el tridente de su palabra, espera poder dominar las furiosas olas con la misma facilidad con que las ha agitado: en su excesivo aprecio a sí mismo, en su cálido orgullo, se ve, de una parte, como presidente de la Asamblea Nacional, y, de la otra, como primer ministro del Rey y de la reina. Pero Mirabeau se engaña. Ni por un momento piensa María Antonieta en entregar realmente el poder a este *mauvais sujet.* El hombre demoníaco es siempre instintivamente sospechoso para una persona de espíritu corriente y María Antonieta no comprende en modo alguno la magnífica amoralidad de este genio: el primero y el último con quien se encontró en la vida. No experimenta más que un malestar ante las osadas audacias de este carácter: este apasionamiento titánico la espanta más de lo que la atrae.

Por eso lo más íntimo de su pensamiento es, tan pronto como no lo necesite, pagarle a toda prisa y desembarazarse inmediatamente de este hombre salvaje, desaforado, desmedido a incalculable. Lo han comprado, luego debe trabajar diligentemente por el caro dinero que recibe; debe dar consejos, ya que es inteligente y hábil. Serán leídos y se aprovechará de ellos lo que no está pensado de un modo harto excéntrico y atrevido: eso es todo. Se utilizará a este agitador en las votaciones, como buen informador y negociador de paces para la «buena causa» en la Asamblea Nacional; se le aprovechará también a él, el sobornado, para sobornar, a su vez, a otros. Que ruja el león de la Asamblea Nacional y que, al mismo tiempo,

sea llevado como con traílla por la corte. Así piensa María Antonieta de este espíritu de inconmensurables dimensiones, pero no concede ni un gramo de verdadera confianza a la persona cuya utilidad a veces aprecia, cuya «moralidad» siempre desprecia y cuyo genio, desde la primera hora hasta la última, desconoce por completo.

Pronto estará acabada la luna de miel del primer entusiasmo. Mirabeau observa al punto que sus cartas sólo sirven para rellenar el regio cesto de papeles en lugar de atizar el incendio espiritual. Pero, sea por vanidad o por avidez del millón prometido. Mirabeau no cesa de asediar a la corte. Y como ve que sus proposiciones escritas no producen ningún fruto, intenta un último esfuerzo. Sabe, por su experiencia política, por sus innumerables aventuras con mujeres, que su fuerza más poderosa y auténtica no reside en lo escrito, sino en la palabra hablada; que un poder eléctrico mana, del modo más intenso a inmediato, de su propia persona. Por ello, asedia incesantemente al mediador, el conde de La Marck, para que le proporcione por fin ocasión de una entrevista con la reina. Una hora de conversación y, como en el caso de tantos centenares de mujeres, su desconfianza se transformará al punto en admiración. ¡Sólo una audiencia, una única! Porque su amor propio se embriaga con la idea de que no será la última. ¡Quien le ha conocido no puede ya sustraerse a él! María Antonieta se defiende largo tiempo; por último accede y declara que está dispuesta a recibir a Mirabeau el 3 de julio de 1790, en el palacio de Saint-Cloud.

Naturalmente que este encuentro tiene que ser mantenido en absoluto silencio; por una extraña ironía del destino es adjudicado a Mirabeau el favor con que soñó el cardenal de Rohan como loco engañado -una escena del jardín bajo la protección de un bosquecillo--.

El parque de Saint-Cloud presenta toda suerte de secretos escondrijos, y esto lo sabe también, en el mismo verano, Hans Axel de Fersen. «He encontrado un lugar -escribe la reina a Mercy-, cierto que no cómodo, pero suficientemente apropiado para encontrarme allí con él y evitar todos los inconvenientes del palacio y de los jardines.» Como fecha se escogió el domingo por la mañana, a las ocho, hora en la que duerme todavía la corte, y nadie sospecha que pueda haber visitas en el jardín. Mirabeau pasa la noche, indudablemente agitado, en casa de su hermana, en Passy.

Un coche lo conduce a Saint-Cloud por la mañana temprano, y como cochero va su propio sobrino disfrazado.

Hace esperar al carruaje en un lugar escondido; después, Mirabeau se cala profundamente el sombrero sobre el rostro, levanta el cuello de su capa, como un conspirador, y, por una puerta lateral dejada intencionadamente abierta, penetra en el parque real.

Bien pronto oye unos leves pasos sobre la arena. Aparece la reina sin ningún acompañamiento. Mirabeau quiere hacer una reverencia, pero en el momento en que ella descubre el rostro de este aristócrata plebeyo, destrozado por las pasiones, roído por las viruelas, rodeado de enmarañados cabellos, brutal y poderoso al mismo tiempo, la asalta un involuntario escalofrío. Mirabeau observa este espanto: lo conoce desde hace mucho tiempo. Todas las mujeres, ya lo sabe, hasta la dulce Sofía de Monnier, se han echado atrás, así asustadas, al verlo por primera vez. Pero la fuerza de Medusa, de su fealdad, que provoca el horror, puede también detener al horrorizado: siempre había conseguido transformar este primer espanto en asombro, en admiración y, ¡cuántas veces aún!, en desenfrenado amor.

Lo que la reina haya hablado en aquella hora con Mirabeau queda para siempre en el secreto. Como estaba sin testigos, todos los informes, como los de la camarera madame Campan, que pretende saberlo todo, son pura fábula y conjetura. No se sabe más que esto: que no fue Mirabeau quien sometió a su voluntad a la reina, sino la reina a Mirabeau. Su nobleza heredada, fortalecida, y su vivacidad de comprensión, que en una primera entrevista siempre hacen aparecer a María Antonieta como más inteligente, enérgica y resuelta de lo que en realidad lo es aquella mujer inconstante, ejercen un indomable hechizo sobre la naturaleza magnífica y rápidamente inflamable de Mirabeau.

Hacia donde siente que hay valor se va su simpatía. Aún aturdido al abandonar el parque, coge el brazo de su sobrino y le dice, con el apasionamiento que le es propio: «Es una mujer maravillosa, muy distinguida y muy desgraciada. Pero la salvaré». En una hora ha hecho María Antonieta de este hombre venal y vacilante un ser resuelto. «Nada me detendrá; primero pereceré que faltar a mis promesas», escribe Mirabeau al mediador La Marck.

Por parte de la reina, no se tiene informe alguno acerca de este encuentro. Ninguna palabra de agradecimiento o de confianza ha brotado jamás de sus labios habsburgueses.

Jamás quiso volver a ver a Mirabeau, jamás le dirigió una sola línea. En este encuentro no ha concertado ningún compromiso con él; sólo ha aceptado la promesa de su adhesión.

Sólo le ha permitido sacrificarse por ella.

Mirabeau ha hecho una promesa, o, más bien, ha hecho dos. Ha jurado fidelidad al rey y a la nación; en medio del combate es, al mismo tiempo, general en jefe de uno y otro partido. Jamás un político ha echado sobre sí una tarea más peligrosa que este doble papel, jamás ha representado nadie hasta el final de un modo más genial (Wallenstein era un chapucero a su lado). Ya en lo puramente físico es incomparable el esfuerzo desarrollado por Mirabeau en aquellas dramáticas semanas y meses. Pronuncia discursos en la Asamblea y en los clubes, agita, discute, recibe visitas, lee, trabaja, redacta por la tarde los informes y proposiciones para la Asamblea, y por la noche las noticias secretas para el rey. Tres, cuatro secretarios trabajan al mismo tiempo, y apenas pueden seguir la alada precipitación de su pensamiento; pero todo esto no es todavía bastante para su inagotable fuerza. Quiere aún más trabajo, aún más peligro, aún más responsabilidad, y, al mismo tiempo, aparte de ello, quiere vivir y gozar. Como un volatinero, trata de guardar el equilibrio tan pronto hacia la derecha como hacia la izquierda; las dos fuerzas fundamentales de su naturaleza excepcional las pone por completo al servicio de ambas causas: su clarividente espíritu político y su ardorosa a irresistible pasión, y, con la rapidez del rayo, ataca y se defiende, hace girar su espada con tal celeridad que nadie sabe contra quién dirige sus filos, si es contra el rey o contra el pueblo, contra el poder nuevo o contra el antiguo, y acaso ni to sabe él mismo en el momento de su embriaguez oratoria. Pero, a la larga, no se puede sostener esa contradictoria conducta. Ya se agita la sospecha. Marat le llama vendido, Fréron le amenaza con colgarlo de un farol. «Más virtud y menos talento», le gritan en la Asamblea Nacional, pero él, verdaderamente ebrio, no conoce angustia ni temor; despreocupado, desparrama sus nuevas riquezas cuando todo París conoce sus deudas. ¿Qué importa que codas las gentes se asombren, cuchicheen y pregunten

con qué medios puede sostener de pronto un tren de vida principesco, dar magníficos banquetes, comprar la biblioteca de Buffon, cubrir de diamantes a cantantes de la ópera y a bribonzuelas? Prosigue intrépido su camino, como Zeus a través de la tormenta, porque se sabe señor de todas las tempestades. Si alguien to ataca, to abate con la maza de su cólera, con el rayo de su befa, segundo Sansón entre los filisteos. Bajo el, el abismo; a su alrededor, sospechas; peligro mortal a sus espaldas; en tales condiciones, su fuerza gigantesca se siente por fin en su verdadero y apropiado elemento; una única llama monstruosa, en vísperas de su extinción, se alza gigante y consume su incomparable fuerza de diez hombres en aquellos decisivos días. Por fin le ha sido dada a este hombre increíble una tarea que corresponde a su genio: detener to inevitable, parar el destino; con todas las energías de su ser se arroja en medio de los acontecimientos a intenta, él solo contra millones de hombres, hacer volver atrás la inmensa rueda de la Revolución, puesta en movimiento por él mismo.

Comprender la asombrosa audacia de esta lucha de dos frentes, lo grandioso de la doble posición, excede a la inteligencia política de una naturaleza tan rectilínea como la de María Antonieta. Cuanto más atrevidas son las memorias que él presenta, más diabólicos los consejos que propone, tanto más vivamente se espanta aquella mujer, en el fondo de espíritu moderado. El pensamiento de Mirabeau es expulsar al demonio por medio de Belcebú, aniquilar la Revolución por su exceso, por la anarquía. Ya que no se puede mejorar la situación -es su famosa *politique du pire*-, hay que empeorarla con toda la rapidez posible, en el sentido de un médico que, por medio de excitaciones, provoca una crisis para acelerar con ella la curación. No rechazar el movimiento popular, sino apoderarse de él; no combatir, desde lo alto, a la Asamblea Nacional, sino excitar al pueblo, de manera secreta, para que él mismo acabe por mandarla al demonio; no confiar en la tranquilidad y la paz, sino, al contrario, elevar hasta su ardor más extremo la injusticia y los trastornos del país, provocando con ello una fuerte necesidad de orden, del antiguo orden; no retirarse, espantado, ante ninguna cosa, ni siquiera ante la guerra civil...

Tales son las amorales pero, en lo político, clarividentes proposiciones de Mirabeau. Pero ante tales osadías, ante el anunciar estrepitosamente, como con una banda de clarines, entre otras muchas cosas, que «cuatro enemigos se acercan a paso de

carga: el impuesto, la bancarrota, el ejército y el invierno; hay que tomar una resolución y prepararse a afrontar los acontecimientos, dirigiéndolos con la propia mano. En una palabra, la guerra civil es segura y acaso necesaria», ante semejantes avisos, le tiembla el corazón a la reina.

«¿Cómo puede Mirabeau, o cualquier otro ser pensante, creer que nunca, y mucho menos ahora, haya llegado para nosotros el instante de provocar una guerra civil?», responde ella, espantada, y califica este plan de «loco desde un extremo al otro». Su desconfianza en el inmoralista que está dispuesto a echar mano de éste y también de otros procedimientos aún más espantosos se va haciendo invencible día a día. En vano Mirabeau procura «sacudir con truenos la espantosa letargia de la corte»; no le prestan atención, y poco a poco, con su enojo por esa flojera espiritual de la real familia, se mezcla cierto desprecio hacia el *royal bétail,* hacia esa rebañega naturaleza regia que espera pacientemente la llegada del carnicero. Hace tiempo que sabe que lucha en vano en favor de esta corte indolentemente dispuesta para el bien pero incapaz de toda verdadera acción. Pero la lucha es su elemento. Siendo él mismo un hombre perdido, combate por una perdida causa y, arrastrado ya por la ola negra, les lanza una vez más al regio matrimonio esta desesperada profecía: «¡Rey bueno pero débil! ¡Reina infortunada! ¡Ved, pues, el espantoso abismo adonde os arrastra la indecisión entre una ciega confianza y una desconfianza exagerada! Todavía es posible un esfuerzo por ambas partes, pero será el último. Si se renuncia a hacerlo, o no tiene buen éxito, entonces un velo fúnebre va a cubrir a este imperio. ¿Qué le ocurrirá? ¿Adónde será arrastrado el navío, herido por el rayo y azotado por la tormenta? No lo sé. Pero si yo mismo me salvo del naufragio público, siempre me diré con orgullo, en mi retiro: Me expuse a perderme para salvarlos a todo. Pero no lo quisieron».

En efecto, no lo quisieron. Ya prohíbe la Biblia que el buey y el caballo sean uncidos en un mismo yugo. La manera de pensar, lenta y conservadora, de la corte no puede ir al mismo paso que el temperamento ardiente y tempestuoso del gran tribuno que, rencorosamente, sacude riendas y bridas. Mujer del antiguo régimen, María Antonieta no comprende la naturaleza revolucionaria de Mirabeau; sólo entiende lo rectilíneo, no el osado juego de este genial aventurero de la política. Pero hasta la última hora sigue combatiendo Mirabeau, por amor a la lucha y por su

audacia ilimitada. Sospechoso para el pueblo, sospechoso para la corte, sospechoso para la Asamblea Nacional, juega con todos y contra todos al mismo tiempo. Con el cuerpo destrozado, con sangre febril, se arrastra de nuevo en la palestra para imponer otra vez su voluntad a los mil doscientos diputados, y después, en marzo de 1791 -durante ocho meses ha servido simultáneamente al rey y a la Revolución-, la muerte se arroja sobre él. Aún pronuncia el último discurso, aún dicta hasta el último momento a sus secretarios, aún pasa su última noche con dos cantantes de la ópera; después se rompe de pronto la fuerza de ese titán. A montones aguardan las gentes delante de su casa para saber si aún palpita el corazón de la Revolución, y trescientas mil personas acompañan el ataúd del muerto. Por primera vez abre su puerta el Panteón para que el cadáver repose allí por toda la eternidad.

Pero ¡qué lamentable cosa es la palabra «eternidad» en estos tiempos de continuas tormentas! Dos años más tarde, después de ser descubiertas las relaciones de Mirabeau con el rey, otro decreto arranca el aún no destruido cuerpo de la cripta y lo arroja a la fosa común.

Sólo la corte guarda silencio ante la muerte de Mirabeau, y ella sabe por qué. Sin vacilar, es lícito dejar a un lado la tonta anécdota de madame Campan de que se ha visto brillar una lágrima en los ojos de María Antonieta al recibir la noticia. Nada es más increíble, pues lo probable es que la reina haya acogido con un suspiro de desahogo la solución de tal alianza; aquel hombre era demasiado grande para servir, demasiado valiente para obedecer; la corte le temió cuando vivo, y hasta le temió después de su muerte. Todavía, mientras Mirabeau se retuerce estertorosamente en su lecho, envían de palacio a su casa un agente de confianza a fin de que se retiren rápidamente de su mesa de escribir las cartas sospechosas y de este modo quede secreto aquel pacto, del cual ambos partidos se avergüenzan. Mirabeau, porque servía a la corte, y la reina, porque servía de él. Mas con Mirabeau cae el último hombre que quizás hubiera podido mediar entre la monarquía y el pueblo. Ahora se hallan frente a frente María Antonieta y la Revolución.

Capítulo 26
Se prepara la huida

Con Mirabeau se le ha muerto a la monarquía el único auxiliar en su lucha con la Revolución. De nuevo se encuentra sola la corte. Existen dos posibilidades: combatir la Revolución o capitular ante ella. Como siempre, la corte, entre las dos soluciones, elige la más desdichada, el término medio: la fuga.

Ya Mirabeau había considerado la idea de que el rey, para el restablecimiento de su autoridad, debía sustraerse a la imposibilidad de defensa que le era impuesta en París, pues los prisioneros no pueden librar batalla. Para combatir se necesita tener libres los brazos y un suelo firme bajo los pies. Sólo que Mirabeau había exigido que el rey no tomara secretamente las de Villadiego, porque esto sería contrario a su dignidad. «Un rey no huye de su pueblo -decía, y añadía aún con más insistencia-: A un rey no le es lícito marcharse más que en pleno día y solo para ser realmente rey.» Había propuesto que Luis XVI hiciera en su carroza una excursión a los alrededores, y allí debía esperarlo un regimiento de caballería que se conservaba fiel, y en medio de él, a caballo, a la luz del día, debía ir al encuentro de su ejército y entonces, como hombre libre, negociar con la Asamblea Nacional. En todo caso, para tal conducta hace falta ser hombre, y jamás una invitación a la audacia habrá encontrado alguien más indeciso que Luis XVI. Cierto que juguetea con el proyecto, lo examina una y otra vez, pero, en resumidas cuentas, prefiere su comodidad a su vida. Ahora, sin embargo, cuando ha muerto Mirabeau, María Antonieta, cansada de las humillaciones cotidianas, recoge enérgicamente aquella idea. A ella no le espanta el peligro de la fuga, sino sólo la indignidad que para una reina va unida al concepto de huida. Pero la situación, peor cada día, no admite ya elección. «Sólo quedan dos extremos -escribe a Mercy-: permanecer bajo la espada de los facciosos, si es que ellos triunfan (y por consecuencia no ser ya nada), o encontrarse encadenado al despotismo de gentes que afirman tener buenas intenciones y que, sin embargo, nos han hecho y nos harán siempre daño. Éste es el porvenir, y quizás ese momento está más cerca de lo que se piensa, si no somos capaces de tomar nosotros mismos un partido y de dirigir las opiniones con nuestra fuerza y nuestra acción. Créame usted que lo que le digo no procede de una cabeza

exaltada ni de la repugnancia que infunde nuestra situación o de la impaciencia por actuar. Conozco perfectamente todos los peligros y los diferentes riesgos que corremos en este momento. Pero por todas partes veo a nuestro alrededor cosas tan espantosas que más vale perecer buscando medios de salvarse, que dejarse aniquilar enteramente en una inacción total.» Y como Mercy, prudente y moderado, continúa siempre, desde Bruselas, manifestando sus escrúpulos, le escribe ella una carta aún más violenta y clarividente que muestra con qué implacable claridad aquella mujer, antes tan fácilmente crédula, reconoce su propia ruina: «Nuestra posición es espantosa, y de tal índole, que los que no están en situación de verla no pueden formarse de ella ni idea. Aquí no hay más que una alternativa para nosotros: o hacer ciegamente todo lo que exigen los facciosos o perecer bajo la espada que sin cesar está suspendida sobre nuestras cabezas. Crea usted que no exagero los peligros.

Ya sabe usted que, mientras fue posible, mi consejo ha sido la dulzura, la confianza en el tiempo y en la mudanza de la opinión pública; pero hoy todo está cambiado: tenemos que perecer o tomar el único partido que todavía nos queda. Estamos bien lejos de cegarnos hasta el punto de creer que este partido mismo deja de tener sus peligros; pero si hay que perecer, sea por lo menos con gloria y habiendo hecho todo lo necesario en pro de nuestros deberes, de nuestro honor y de la religión... Creo que las provincias están menos corrompidas que la capital, pero siempre es París el que da el tono a todo el reino... Los clubes y las sociedades secretas gobiernan a Francia de un extremo al otro; las gentes honradas y los descontentos (aunque estén en gran número) huyen de su país y se ocultan, porque no son los más fuertes y no tienen quien los relacione entre sí. Sólo podrán aparecer cuando el rey pueda mostrarse libremente en una ciudad fortificada, y entonces será general el asombro ante el número de descontentos existentes y que hasta aquí gimen en silencio. Pero cuanto más tiempo se vacile, tanto menos se encontrará un apoyo, pues el espíritu republicano se extiende de día en día entre todas las clases sociales; las tropas están más acosadas que nunca, y no habrá ya ningún medio de contar con ellas si todavía se dilata».

Pero, aparte la Revolución, amenaza todavía un segundo peligro. Los príncipes franceses, el conde de Artois, el príncipe de Condé y los otros emigrados, flojos

héroes pero estrepitosos fanfarrones, arman estrépito con sus sables, que prudentemente mantienen en sus vainas, a lo largo de la frontera. Intrigan en todos los países, pretenden, para disfrazar lo enojoso de su fuga, hacer el papel de héroes mientras no es peligroso para ellos; viajan de corte en corte, tratan de azuzar contra Francia al emperador y a los reyes, sin reflexionar ni preocuparse de que con estas hueras demostraciones aumenta el peligro del rey y de la reina. «Él (el conde de Artois) se preocupa muy poco de su hermano y de mi hermana -escribe el emperador Leopoldo-: *"gli importa un frutto"*, así se expresa cuando habla del Rey, y no piensa en lo que perjudica al rey y a la reina con sus proyectos y tentativas.» Los grandes héroes se establecen en Coblenza y en Turín, se dan grandes banquetes y afirman, al hacerlo, que están sedientos de sangre jacobina; a la reina le cuesta enorme trabajo impedir que siquiera no cometan las más burdas tonterías. También a ellos hay que quitarles la posibilidad de actuar. El rey tiene que estar libre para poder sujetar a ambos partidos, los ultrarrevolucionarios y los ultrarreaccionarios, los extremistas de dentro de París y los de las fronteras. El rey tiene que ser libre, y para alcanzar esa meta ha de recurrirse al más penoso de los rodeos: la huida.

La ejecución de la huida viene a quedar en manos de la reina, y así se explica que, como es fácil de comprender, confiara sus preparativos prácticos a aquella persona de su intimidad para la cual no tiene secreto alguno y en quien confía irreflexivamente: Fersen.

A él, al que ha dicho: «Vivo sólo para servirla»; a él, «al amigo», le encomienda una misión que sólo puede ser realizada poniendo en juego, sin reserva alguna, todas las energías de que el ejecutante disponga, hasta la propia vida. Las dificultades son ilimitadas. Para salir del palacio, ultravigilado por los guardias nacionales, donde casi cada servidor es un espía; para atravesar toda la ciudad, desconocida y hostil, tienen que ser adoptadas cuidadosamente toda suerte de especiales medidas, y para el viaje mismo, a través del país, hay que ponerse de acuerdo con el general Bouillé, el único jefe del ejército en quien se puede confiar. Éste debe enviar, según lo planeado, hasta medio camino de la fortaleza de Montmédy, es decir, aproximadamente hasta Châlons, destacamentos sueltos de caballería, por los cuales, en caso de ser reconocidos los viajeros o de persecución, pueda ser

inmediatamente protegido el carruaje que lleva al rey con toda la real familia. Pero nueva dificultad: para justificar este sorprendente movimiento militar cerca de la frontera hay que encontrar un pretexto; por tanto, el Gobierno austríaco debe concentrar un cuerpo de ejército en territorios vecinos, a fin de dar ocasión al general Bouillé para ejecutar su movimiento de tropas. Todo esto tiene que ser discutido secretamente en una innumerable correspondencia y con la prudencia más extrema, porque la mayoría de las cartas son abiertas y, como el mismo Fersen dice, «todo estaría perdido si pudieran notar el preparativo más pequeño». Fuera de ello -nueva dificultad-, esta fuga exige grandes sumas de dinero, y el rey y la reina mismos están absolutamente desprovistos de fondos. Han fracasado todas las tentativas para recibir prestados algunos millones del hermano de la reina, de los príncipes de Inglaterra, de España, Nápoles o de los banqueros de la corte. También en este capítulo, como en todos los demás, tiene que proveer Fersen, este poco importante gentilhombre extranjero.

Pero Fersen extrae fuerzas de su propia pasión. Trabaja como diez cabezas, con diez manos y sólo con su único corazón, lleno de amor. Durante horas enteras delibera con la reina acerca de todos los detalles, deslizándose, por la noche o por la tarde, junto a María Antonieta, por el camino secreto. Lleva la correspondencia con los príncipes extranjeros, con el general Bouillé; elige los jóvenes nubles más seguros que, disfrazados de correos, han de acompañar a los fugitivos, y a los otros que, antes de ello, llevan y traen las cartas entre París y la frontera. Encarga la carroza a su nombre, se procura los falsos pasaportes, proporciona dinero tomando prestadas de una dama rusa y de una sueca trescientas mil libras de cada una, respondiendo con su propia fortuna, y hasta, finalmente, pidiéndole tres mil a su propio portero. Lleva, prenda a prenda, a las Tullerías los necesarios disfraces, y saca de contrabando, por el contrario, los diamantes de la reina. Día y noche, semana tras semana, escribe, negocia, planea con infatigable tensión nerviosa y siempre en permanente peligro de la vida, pues si un solo nudo de esta red tendida por toda Francia se deshace, si uno de sus iniciados hace traición a su confianza, si es sorprendida una única palabra o apresada una carta, se convierte en reo de muerte. Pero audaz, y al mismo tiempo serenamente lúcido, infatigable, porque es

movido por su pasión, ejecuta su deber, silencioso héroe de último término en uno de los grandes dramas de la historia universal.

Pero todavía sigue vacilando, todavía espera el siempre indeciso monarca cualquier acontecimiento favorable que le ahorre la molestia y el esfuerzo de esta fuga. Pero es en vano. La carroza está encargada, se dispone del dinero necesario, están terminadas las negociaciones con el general Bouillé acerca de la escolta. Ahora no falta más que una cosa: un motivo muy manifiesto, un pretexto moral que justifique esta fuga, a pesar de todo no muy caballeresca. Es preciso que sea encontrado algo que pruebe ante el mundo, de paladina manera, que el rey y la reina no se han fugado por simple miedo, sino que el mismo régimen del Terror los ha obligado a ello. Para procurarse este pretexto, anuncia el rey a la Asamblea Nacional y al Municipio que quiere pasar en Saint-Cloud la semana de Pascua. Y bien pronto, como se había deseado en secreto, contando con ello, la prensa jacobina cae en el lazo y dice que la corte quiere ir a Saint-Cloud sólo para oír la misa y recibir la absolución de un cura no juramentado. Fuera de ello, dice también que hay, además, el inmediato peligro de que el rey pretenda escaparse de allí con su familia. Los excitados artículos hacen su efecto. El 19 de abril, cuando el rey quiere subir a su coche de gala, que muy ostensiblemente está ya dispuesto, se halla allí reunida, tumultuosamente, una gigantesca masa humana: las tropas de Marat y de los clubes, venidas para impedir con violencia la partida.

Precisamente este escándalo público es lo que han anhelado la reina y sus consejeros. A los ojos del mundo entero quedará así demostrado que Luis XVI es el único hombre de toda Francia que no tiene ya la libertad necesaria para ir con su coche a una legua de distancia a respirar el aire libre. Toda la familia real se instala, pues, visiblemente en el coche y espera que sean enganchados los caballos. Pero la muchedumbre, y con ella la Guardia Nacional, ordena que le dejen al rey camino libre. Pero nadie le obedece; el alcalde, a quien ordena que despliegue la bandera roja como intimidación, se ríe en sus narices. La Fayette quiere hablar al pueblo, pero ahogan su voz con mugidos. La anarquía proclama públicamente su derecho a la injusticia.

Mientras el triste comandante suplica en vano a sus tropas que le obedezcan, el rey, la reina y madame Elisabeth permanecen sentados tranquilamente en el coche, en

medio de la bramadora multitud. El bárbaro estrépito, las groseras injurias, no afligen a María Antonieta; por el contrario, contempla con secreto placer cómo La Fayette, el apóstol de la libertad, favorito del pueblo, es demasiado débil ante la excitada masa. No se mezcla en la contienda entre estos dos poderes, para ella igualmente odiosos: tranquila y sin desconcertarse, deja que el tumulto brame en tomo suyo, porque trae el testimonio, público y evidente para todo el mundo, de que ya no existe la autoridad de la Guardia Nacional, de que impera en Francia una anarquía completa, de que el populacho puede ofender impunemente a la familia real, y con ello de que el rey está moralmente en su derecho en caso de fuga. Durante dos horas y cuarto dejan que el pueblo haga su voluntad; sólo después da orden el rey de que las carrozas vuelvan a ser llevadas a las caballerizas y declara que renuncia a la excursión a Saint-Cloud. Como siempre, cuando ha triunfado, la muchedumbre, que aún alborotaba furiosa en el instante anterior, se siente entusiasmada de repente: todos aclaman al matrimonio real, y, con un cambio instantáneo, la Guardia Nacional promete su protección a la reina. Pero María Antonieta sabe cómo debe entender esta protección: «Sí, ya contamos con ello. Pero ahora tenéis que convenir que no somos libres». Con intención pronuncia en voz alta estas palabras.

Aparentemente, se dirigen a la Guardia Nacional; en realidad, a toda Europa.

Si en aquella noche de este 20 de abril, al proyecto hubiese seguido la ejecución, a la causa el efecto, a la ofensa el movimiento de cólera, la acción y su reacción se hubieran completado inmediatamente en un enlace lógico. Dos coches sencillos, ligeros y que no llamaran la atención, en el uno el Rey con su hijo y en el otro la reina con su hija, y, de ser preciso, también madame Elisabeth, y nadie hubiera fijado su atención en aquellos vulgares cabriolés con dos personas; sin ser notada, la familia real habría alcanzado la frontera; prueba de ello, la fuga, realizada al mismo tiempo que la de los reyes, del hermano de Luis XVI, el conde de Provenza, el cual, gracias a no llamar la atención, se puso a salvo sin incidente alguno.

Pero ni a un dedo de distancia de la muerte la familia real quiere ofender a las sacrosantas leyes domésticas: hasta en el más peligroso de todos los viajes, la imperecedera etiqueta tiene que ir con ellos. Primera falta: se determina que las cinco personas vayan juntas en el mismo carruaje; por tanto, toda la familia, padre,

madre, hermana y los dos niños, exactamente como se la conoce hasta en la última aldea de Francia por centenares de grabados. Pero no basta con esto; madame de Tourzel recuerda su juramento, a consecuencia del cual no le es lícito abandonar ni un solo momento a los regios niños; por tanto, le es preciso, segunda falta, ir con ellos como persona número seis. Mediante esta innecesaria carga se retrasa el momento de la partida en un viaje en el cual cada cuarto de hora y hasta cada minuto son preciosos. Tercera falta: no puede imaginarse que una reina pueda servirse por sí misma. Por tanto, hay que llevar, además, dos camareras en un segundo coche; ahora se ha llegado ya a contar ocho personas. Pero como los puestos de cochero, de delantero, de postillón y de lacayo tienen que ser desempeñados por gentes de toda confianza, los cuales es cierto que no conocen el camino, pero pertenecen a la nobleza, se ha alcanzado ya felizmente el número respetable de doce viajeros, y con Fersen y su cochero son catorce; abundante número para guardar un secreto. Cuarta, quinta, sexta y séptima falta: hay que llevar *toilettes* a fin de que la reina y el rey, en Montmédy, puedan presentarse en traje de gala y no ya con su ropa de viaje; por tanto, se cargan aún en el coche, elevándose como una torre, doscientas libras de equipaje, en unos baúles que atraen la atención de puro nuevos; nuevo compás de la marcha y nuevo incremento de los motivos para llamar la atención. Poco a poco, lo que debía ser una fuga secreta se convierte en una pomposa expedición.

Pero la falta de las faltas es que tanto un rey como una reina no deben hacer un viaje de veinticuatro horas, ni aunque sea para escaparse del infierno, sin tener todas sus comodidades. Según esto, se encarga un coche nuevo, especialmente ancho, especialmente provisto de buenos muelles, un coche que huele a barniz fresco y a riqueza, que en cada cambio de tiro tiene que despertar especial curiosidad en cada cochero, cada postillón, cada maestro de postas y cada mulero. Pero Fersen -los enamorados no piensan nunca en la realidad- quiere que para María Antonieta todo sea tan magnífico, bello y lujoso como sea posible. Según sus minuciosas instrucciones, es construida -aparentemente para cierta baronesa de Korff- una máquina gigantesca, una especie de navío de guerra sobre cuatro ruedas que no sólo debe ser capaz para las cinco personas de la familia real, y. además de esto, la *gouvernante*, el cochero y los lacayos, sino que también ha de tener sitio

para todas las imaginable, comodidades: vajilla de plata, un guardarropa, provisiones de boca y hasta ciertas sillas usadas para necesidades que no son exclusivas de los monarcas. Es embalada también, y bien estibada, toda una bodega de vinos, pues se conoce el sediento gaznate del monarca; para aumentar aún el error, el interior del carruaje es tapizado con claro damasco, y casi tiene uno que asombrarse de que hayan prescindido de plantar en sitio bien visible, sobre las portezuelas, las flores de lis de las armas familiares. Con tan pesado pertrecho, este monstruoso coche de lujo necesita, para avanzar con una velocidad tolerable, por to menos ocho caballos, pero en general doce, lo cual quiere decir que mientras a una ligera silla de postas de dos caballos se le muda el tiro en cinco minutos, exige por término medio, en este caso, una media hora cada cambio de caballos; en total, por tanto, un retraso de cuatro o cinco horas en un viaje entre la vida y la muerte, en el cual puede ser decisivo cada cuarto de hora. Para compensar a los guardias nobles que durante veinticuatro horas tienen que llevar trajes de sirvientes, se les plantan libreas deslumbrantes, que brillan de puro nuevas, que no pueden menos de ser llamativas y contrastan extrañamente con los disfraces, intencionadamente modestos, del rey y de la reina. Este modo de llamar la atención la real familia es, además, aumentado por el hecho de que a cada una de las pequeñas poblaciones del camino lleguen de repente, en tiempos pacíficos, escuadrones de dragones, aparentemente para esperar un «transporte de dinero», y el que, como última tontería, verdaderamente histórica, el duque de Choiseul haya elegido, como oficial de enlace entre los diferentes cuerpos de tropas, al hombre más imposible para el cargo, a Fígaro en persona, al peluquero de la reina, el divino Léonard, muy indicado para hacer un peinado, pero no para la diplomacia, el cual, guardando mayor fidelidad a su eterno papel de Fígaro que al rey, embrolla de modo aún más completo una situación de suyo ya bien intrincada.

Una disculpa para todo esto: la etiqueta del Estado francés no tenía ningún precedente en su historia para regular la fuga de un rey. Cómo se debe ir a un bautizo, a una coronación, al teatro y a la caza, qué trajes, qué calzado y qué hebillas deben llevarse para las grandes y las pequeñas recepciones, para la misa, la caza y el juego, todo esto está especificado con cien detalles en el ceremonial. Pero acerca de cómo se han de escapar, disfrazados, un rey y una reina del palacio

de sus antepasados, sobre ello no hay ninguna prescripción; aquí hay que improvisar, atrevida y libremente, una decisión inmediata y aprovechar el momento. Por serle la realidad tan completamente ajena, tenía que sucumbir la corte en este primer contacto con el mundo verdadero. Desde el momento en que el rey de Francia se pone la librea de un criado para escapar, ya no puede volver a ser señor de su destino.

Después de innumerables aplazamientos, el 19 de junio es designado como el día de la fuga; es tiempo, más que tiempo, porque una red de secretos entre tantas manos puede desgarrarse por cualquier lugar en todo momento. Como un latigazo restalla de repente en medio de los suaves cuchicheos y conciliábulos de la familia real un artículo de Marat que anuncia un complot para apoderarse del rey. «Quieren a toda fuerza llevarlos a los Países Bajos so pretexto de que su causa es la de todos los reyes, y vosotros sois lo bastante imbéciles para no prevenir la fuga de la real familia. ¡Parisienses, insensatos parisienses!, estoy ya cansado de repetíroslo siempre: conservad con cuidado al rey y al delfín en vuestras murallas; encerrad a la austríaca, a su cuñado y al resto de la familia.

La pérdida de un solo día puede ser fatal para la nación y abrir la tumba a tres millones de franceses.» Extraña profecía la de este hombre de tan aguda vista detrás de los anteojos de su enfermiza desconfianza. Sólo que esta «pérdida de un solo día» fue fatal no para la nación, sino para el rey y la reina. Pues, aún otra vez, en el último momento, María Antonieta aplaza la fuga, ya acordada en cada detalle. En vano Fersen ha trabajado hasta el agotamiento para que todo estuviera dispuesto para el 19 de junio. El día y la noche, desde hace semanas y meses, los ha dedicado su pasión sólo a esta única empresa. Por su propia mano saca nuevas prendas de vestir, noche tras noche, bajo la capa al salir de sus visitas a la reina; en una innumerable correspondencia ha convenido con el general Bouillé en qué punto los dragones y los húsares han de esperar la carroza del rey; llevando las riendas en su propia mano, prueba, en el camino a Vincennes, los caballos de posta que ha encargado. Los indicios están todos dispuestos, el mecanismo funciona hasta en su más pequeña ruedecilla. Pero, en el último momento, da contraorden la reina. Una de las camareras, que está en relaciones con un revolucionario, le parece altamente sospechosa. Las cosas están de tal modo dispuestas que, precisamente

en la mañana siguiente, la del 20 de junio, esta mujer debe estar libre de servicio; hay, por tanto, que esperar a ese día. Otra vez veinticuatro horas de fatal retraso, contraorden al general, mandato de desensillar a los húsares ya dispuestos para el avance, nueva tensión nerviosa para el ya totalmente agotado Fersen y para la reina, que apenas puede ya dominar su inquietud. No obstante, por fin pasa también este último día. Para disipar toda sospecha, lleva la reina, por la tarde, a sus dos niños y a su cuñada Elisabeth a los jardines del Tívoli. A su regreso, con su habitual altivez y seguridad, le da al comandante las órdenes para el día siguiente. No se nota en ella ninguna excitación, y menos aún en el rey, porque este hombre sin nervios es absolutamente incapaz de ello. Por la noche, a las ocho, se retira María Antonieta a sus habitaciones y despide a las doncellas. Acuesta a los niños y, aparentemente despreocupada, se reúne, después de la cena, en el gran salón con toda la familia. Sólo una cosa habría podido advertir acaso una mirada especialmente atenta, y es que la reina se levanta a veces y mira el reloj, como si estuviese cansada.

Pero, en realidad, jamás como esta noche estuvo en una mayor tensión de sus energías, más despierta ni más dispuesta para hacer frente al destino.

Capítulo 27
La huida a Varennes

La noche de este 20 de junio de 1791, ni aun el observador más desconfiado habría podido advertir nada sospechoso en las Tullerías: como siempre, los guardias nacionales están en su puesto; como siempre, las camareras y los lacayos se han retirado después de la cena, y en el gran salón están sentados pacíficamente, como a diario, el rey, su hermano el conde de Provenza y los otros miembros de la familia, jugando al chaquete o entregados a una pacífica conversación. ¿Es para asombrarse el que la reina, a eso de las diez, se levante en medio de la conversación y se aleje durante algún tiempo? En modo alguno. Acaso tenga que atender a algún pequeño cuidado o que escribir una carta; no la sigue ningún sirviente y, cuando sale al pasillo, lo encuentra completamente solitario.

Pero María Antonieta se detiene un instante, con los nervios tensos, y escucha, conteniendo el aliento, el pesado paso de los guardias; después sube corriendo hasta la puerta de la habitación de su hija y golpea suavemente. La princesa se despierta y llama espantada a la segunda *gouvernante*, la señora Brunier; llega ésta y se asombra de la incomprensible orden de la reina de que vista a todo correr a la niña, pero no se atreve a oponer ninguna resistencia. Mientras tanto, la reina ha despertado también al delfín al abrir las cortinas de damasco del baldaquín del lecho, y murmura tiernamente a su oído: «Ven, levántate; nos vamos de viaje. Vamos a una fortaleza donde hay muchos soldados». Borracho de sueño, el príncipe balbucea alguna cosa; pide un sable y su uniforme, ya que debe estar en medio de soldados. «Pronto, pronto, partamos», le ordena María Antonieta a la primera *gouvernante*, madame de Tourzel, que hace mucho tiempo que está iniciada en el secreto y que, bajo pretexto de que van a un baile de máscaras, viste al príncipe de niña. Ambas criaturas son llevadas, sin rumor alguno, por las escaleras abajo hasta la habitación de la reina. Allí los espera una divertida sorpresa, pues al abrir la reina el armario de la pared sale de él un oficial de la guardia, un tal señor Malden, a quien el infatigable Fersen ha escondido previsoramente allí. Los cuatro se dirigen ahora con toda rapidez hacia la salida que no está guardada.

El patio está en una oscuridad casi completa. En la larga fila están colocados los carruajes; algunos cocheros y lacayos se pasean ociosos o charlan con los guardias nacionales, que han dejado a un lado sus pesados fusiles -¡tan hermosa y suave es la noche veraniega!- y no piensan ni en el deber ni en el peligro. La reina abre personalmente la puerta y mira hacia fuera: su aplomo no la abandona ni un momento en esta hora decisiva. Y de la sombra de los coches sale un hombre disfrazado de cochero que coge, casi sin decir palabra, la mano del delfín: es Fersen, el infatigable, que desde la mañana temprano viene realizando una tarea sobrehumana. Ha encargado los postillones, ha disfrazado de correos a los tres guardias de corps, colocado a cada cual en su debido sitio. Ha sacado de contrabando de palacio las cosas necesarias para la noche, preparado la carroza y, además, por la tarde, consolado a la reina, conmovida hasta el llanto. Tres, cuatro o cinco veces, en ocasiones disfrazado, otras con su traje habitual, ha ido de un extremo a otro de París para disponerlo todo. Ahora se juega la vida al sacar de palacio al delfín de Francia, y no desea ninguna otra recompensa sino una agradecida mirada de la amada, que a él y sólo a él confía a sus hijos.

Las cuatro sombras se pierden, deslizándose por la oscuridad; la reina cierra suavemente la puerta. Sin ser notada, con leves y despreocupados pasos, vuelve a entrar en el salón, como si hubiese salido para ir a buscar una carta, y sigue charlando con aparente indiferencia, mientras los niños, conducidos felizmente por Fersen a través de la gran plaza, son colocados en un anticuado *fiacre* donde al instante vuelven a sumergirse en el sueño; al mismo tiempo, en otro coche, las dos camareras de la reina son enviadas a Claye. Hacia las once comienza la hora crítica. El conde de Provenza y su mujer, que, a su vez huirán igualmente en esta noche, salen del palacio como de costumbre; la reina y madame Elisabeth se dirigen a sus habitaciones. Para no despertar ninguna sospecha, la reina se hace desnudar por su camarera y encarga el coche para salir a la mañana siguiente. A las once y media tiene que estar terminada la inevitable visita de La Fayette al rey; da órdenes la reina para que se apaguen las luces y, con ello, la señal de que puede retirarse la servidumbre. Pero apenas se ha cerrado la puerta detrás de las camareras, cuando la reina vuelve a levantarse, se viste rápidamente y, a la verdad, con un traje poco llamativo, de seda gris, y un sombrero negro con un velillo violeta que hace

irreconocible su semblante. Ahora no queda más que bajar calladamente la escalerita que lleva directamente hasta la puerta donde espera un hombre de confianza y atravesar la oscura plaza de Carrousel; todo resulta excelentemente. Pero, desgraciada coincidencia, precisamente en este momento se acercan unas luces y un coche, precedido de guardias a caballo y portadores de antorchas: el conde de La Fayette, que viene de convencerse de que, como siempre, todo está en el más perfecto orden. La reina, ante el resplandor de las luces, se arrima rápidamente a la pared, en la oscuridad, bajo el arco de la puerta, y tan próxima a su persona pasa rozando la carroza de La Fayette, que podría haber tocado las ruedas. Nadie se ha fijado en ella. Un par de pasos más y está junto al coche de alquiler que contiene lo que más ama sobre la tierra: Fersen y sus hijos.

Más difícil se hace la escapatoria para el rey. Primeramente tiene que soportar aún la visita de todas las noches de La Fayette, y tan larga es aquella vez que hasta para aquel hombre de sangre espesa resulta difícil permanecer tranquilo. A cada instante se levanta de su asiento y se acerca a la ventana, como si quisiese contemplar el cielo. Por fin, a las once y media, se despide el pesado visitante. Luis XVI se dirige a su alcoba, y aquí comienza el último combate desesperado con la etiqueta, que lo protege de una manera excesivamente previsora. Conforme a un antiquísimo uso, el ayuda de cámara del Rey tiene que dormir en su habitación, con un cordón atado a la muñeca, en forma que el monarca sólo necesite mover la mano para despertar al punto al durmiente. Por tanto, si Luis XVI quiere ahora escaparse, el infeliz tiene que librarse de su propio ayuda de cámara. Luis XVI se deja, pues, desnudar sosegadamente; como de costumbre, se tiende en el lecho y cierra por ambos lados las coronas del baldaquín, como si quisiera dormirse. En realidad, sólo espera el minuto en que el criado se traslada al gabinete vecino para desnudarse, y entonces, en este breve momento -la escena sería digna de Beaumarchais-, el rey se desliza rápidamente por detrás del baldaquín; se escabulle, descalzo y en camisa de noche, por la puerta que lleva a la abandonada habitación de su hijo, donde le han colocado un sencillo traje, una grosera peluca y -¡nueva vergüenza!- un sombrero de lacayo. Mientras tanto, el fiel sirviente vuelve a entrar en el dormitorio, con suprema precaución, reteniendo angustiosamente el aliento, por miedo de despertar a su bien amado rey, que descansa bajo el

baldaquín, y se amarra, como todos los días, el extremo del cordón a la muñeca. Por la escalera se desliza, entre tanto, en camisa, hasta el piso bajo, Luis XVI, descendiente y heredero de san Luis, rey de Francia y de Navarra, llevando en el brazo la casaca gris, la peluca y el sombrero de lacayo, y allí le espera, para mostrarle el camino, oculto en el armario de pared, el guardia de corps señor de Malden. Irreconocible con su sobretodo verde botella y el sombrero de lacayo sobre la ilustrísima cabeza, el rey atraviesa tranquilamente por el desierto patio de su palacio; los guardias nacionales, no muy celosos de su guardia, lo dejan pasar sin reconocerlo. Con ello parece logrado lo más difícil, y a medianoche toda la familia está reunida en el *fiacre*; Fersen, disfrazado de cochero, asciende al pescante, y, con el Rey disfrazado de lacayo y su familia, corre a través de París.

¡A través de París! ¡Desdichada idea la de atravesar París! Pues Fersen, el aristócrata, está acostumbrado a dejarse llevar por sus cocheros, no a guiar él mismo los caballos, y no conoce el infinito laberinto de calles de la intrincada ciudad. Fuera de eso, quiere también por precaución -¡fatal precaución!-, en vez de salir inmediatamente de la ciudad, pasar aún por la calle de Matignon, para comprobar si ha partido ya la gran carroza. Sólo a las dos de la madrugada, en lugar de hacerlo a la medianoche, sale con su precioso cargamento por la puerta de la ciudad; se han perdido dos horas, dos horas irrecuperables.

Detrás de la barrera del portazgo debe esperar la enorme carroza. Primera sorpresa: no está allí. De nuevo se pierde algún tiempo hasta que, por fin, se la descubre enganchada con un tiro de cuatro caballos y con linternas sordas. Ahora acerca Fersen el *fiacre* al otro coche, a fin de que la familia real pueda pasar de uno a otro sin mancharse los zapatos -¡sería espantoso!- con el lodo de los caminos franceses. Son las dos y media de la madrugada, en vez de las doce de la noche, cuando por fin se ponen en marcha los caballos. Fersen no economiza los latigazos, y en una media hora están en Bondy, donde un oficial de la guardia los espera ya con ocho nuevos caballos de postas, bien reposados. Aquí hay que despedirse. No es cosa fácil. De mala gana ve María Antonieta cómo los abandona el único ser en quien puede confiar, pero el rey ha declarado expresamente que no desea que Fersen los acompañe más adelante. El motivo se ignora.

Quizá para no llegar junto a sus fieles partidarios con este amigo demasiado íntimo de su esposa; quizá por consideración hacia el mismo Fersen; en todo caso, consigna éste en su diario: *«Il n'a pas voulu»*. Por otra parte, está acordado que Fersen los buscará tan pronto estén definitivamente libertados: corta despedida, por tanto. De este modo, Fersen, a caballo, ya se elevan vívidos resplandores sobre el horizonte, anunciando un cálido día de verano, se acerca al carruaje y grita intencionadamente, para engañar a los postillones desconocidos: «¡Adiós, madame de Korff!» .

Ocho caballos tiran mejor que cuatro; al alegre trote de los animales, la inmensa carroza se columpia sobre la cinta gris de la carretera. Todos se muestran de buen humor; los niños han dormido bien, el rey está más contento que de costumbre. Bromean acerca de los nombres fingidos que se han adjudicado; la señora Tourzel pasa por ser la distinguida señora madame de Korff; la reina, por gouvernante de los niños, y se llama madame Rochet; el rey, con su sombrero de lacayo, es el intendente Durand; madame Elisabeth, la doncella; el delfín se ha convertido en una niña. Realmente, en aquel cómodo carruaje, la familia se siente más libremente reunida que en su palacio, donde estaban acechados por cien lacayos y seiscientos guardias nacionales; pronto se anuncia aquel fiel amigo de Luis XVI, que jamás le abandona: el apetito. Son desempaquetadas las abundantes provisiones de boca, comen copiosamente en vajilla de plata, vuelan por las ventanillas los huesos de pollo y las botellas vacías, y tampoco son olvidados los buenos guardias de corps. Los niños están encantados de la aventura, juegan en el coche; la reina charla con todos, y el rey utiliza esta insospechada ocasión para conocer su propio reino: saca un mapa y sigue con gran interés el desarrollo del viaje, de aldea en aldea, de caserío en caserío, de legua en legua. Poco a poco se apodera de todos un sentimiento de seguridad. En los primeros cambios de tiro, a las seis de la mañana, los ciudadanos están todavía en sus camas y nadie pregunta por los pasaportes de la baronesa de Korff; si pasan ahora felizmente a través de la gran ciudad de Châlons, está ya todo ganado, pues, a cuatro leguas de este último obstáculo, en Pont-de-Somme Vesles, el primer destacamento de caballería espera ya a los viajeros al mando del joven duque de Choiseul.

Por fin, Châlons a las cuatro de la tarde. No es, en modo alguno, por malicia por lo que tantas gentes se reúnen delante de la casa de postas. Cuando llega una diligencia se desea obtener de los postillones, con toda rapidez, las últimas noticias de París o, en otro caso, entregarles una carta o un paquetito para la próxima parada; por otra parte, en una pequeña ciudad aburrida, entonces como ahora, es un placer el charlar, gusta ver gente forastera y un hermoso coche. ¡Dios mío, qué cosa mejor puede hacerse en un ardiente día de verano! Con competencia profesional señalan los entendidos la carroza.

Comprueban primeramente, con respeto, que todo está flamante y es de una desacostumbrada elegancia, cubierta de damasco, admirablemente tapizada, magníficos equipajes: cierto que los viajeros deben de ser nobles, probablemente emigrados. En realidad, no es escaso el interés por verlos, por conversar con ellos; pero, cosa rara: ¿por qué, pues, estas seis personas, en un maravilloso y ardiente día estival, después de tan largo viaje, permanecen obstinadamente encerradas en su carroza, en lugar de apearse para estirar un poco las piernas o beber, charlando, un vaso de vino fresco? ¿Por qué estos lacayos galoneados se dan descaradamente tanta importancia, como si fuesen algo excepcional? ¡Extraño, muy extraño! Comienza un suave murmullo; alguien se acerca al maestro de postas y le murmura algo al oído. Éste aparece sorprendido, altamente sorprendido. Pero no se mete en cosa alguna y deja que el coche prosiga tranquilamente su viaje; no obstante -nadie sabe cómo-, media hora después, toda la ciudad comenta y chacharea que el rey y la familia real ha pasado por Châlons.

Pero ellos ni saben ni sospechan nada; por el contrario, a pesar de toda su fatiga, se encuentran grandemente divertidos, pues en la próxima parada los espera ya Choiseul con sus húsares; entonces quedarán acabados los disimulos y fingimientos, se tirará lejos el sombrero de lacayo y se romperán los falsos pasaportes; se oirá por fin otra vez el *«Vive le Roi! Vive la Reine!»*, gritos que han sido silenciados durante tanto tiempo. Llena de impaciencia, madame Elisabeth mira una y otra vez por la ventanilla para ser la primera en saludar a Choiseul; los postillones alzan su mano, para resguardarse los ojos del sol poniente y ver a to lejos el centellear de los sables de los húsares. Pero, nada. Nada. Por fin descubren a un jinete, pero sólo uno, aislado, un oficial de la guardia que se ha adelantado.

-¿Dónde está Choiseul? -le gritan.

-Se ha ido.

-¿Y los otros húsares? -No hay nadie aquí.

De repente cesa el buen humor. Hay algo que no funciona como es debido. Y, además, va oscureciendo, se hace de noche. Es cosa siniestra viajar ahora por lo desconocido, por lo incierto. Pero no hay vuelta posible, ni posibilidad de detenerse: un fugitivo no tiene ante sí más que un solo camino: ¡adelante!, ¡adelante! La reina anima a los otros. Si faltan aquí los húsares, se encontrarán dragones en Sainte-Menehould, que sólo está a dos horas de camino, y entonces estarán a salvo. Estas dos horas se hacen más largas que el día entero. Mas -¡nueva sorpresa!- tampoco en Sainte-Menehould hay ninguna escolta. Los soldados han esperado largo tiempo, han pasado el día entero en las posadas, y allí, por aburrimiento, han trincado tan recio y armado tal alboroto que han provocado la curiosidad de toda la población. Por último, el comandante, aturdido por una embrollada comunicación del peluquero de la corte, ha considerado más prudente llevarlos fuera de la población y hacerlos esperar más lejos, al borde del camino, quedándose allí él solo.

Por último llega pomposamente la carroza de ocho caballos y detrás de ella el cabriolé de dos, y constituye, para aquellos buenos ciudadanos, el segundo inexplicable y misterioso acontecimiento del día. Primero aquellos dragones que llegaron y anduvieron dando vueltas por allí, sin que se supiera por qué ni para qué; ahora los dos carruajes con distinguidos postillones de librea. Y ¡fijaos en lo respetuosamente, en la obsequiosidad con que el comandante de dragones saluda a estos extraños huéspedes! No, no es ya respeto, sino reverencia; todo el tiempo, mientras habla con ellos, permanece con la mano en la gorra. El maestro de postas Drouet, miembro del club de los jacobinos y feroz republicano, lo observa perspicazmente. Tienen que ser gentes de la alta aristocracia, o más bien emigrados, chusma dorada a quienes los nuestros deberían echar mano. En todo caso, comienza por ordenar en voz baja a sus mozos de mulas que no se apresuren demasiado para servir a estos misteriosos pasajeros, pero el tiro llega a estar cambiado y soñolientamente sigue tambaleándose la carroza con sus soñolientos ocupantes.

Mas apenas han transcurrido diez minutos desde su partida cuando, súbitamente, se extiende el rumor -¿ha traído alguien la noticia desde Châlons o el instinto popular ha adivinado rectamente?- de que la familia real iba en aquel coche. Todos se alborotan y agitan; el comandante de dragones advierte al punto el peligro y quiere hacer que sus soldados salgan al galope para ir como escolta. Pero es ya demasiado tarde; la muchedumbre, exacerbada, se opone violentamente, y los dragones, caldeados por el vino, fraternizan con el pueblo y no obedecen ya. Algunos hombres resueltos hacen tocar a generala, y, mientras que todo anda revuelto en estrepitoso tumulto, un hombre aislado toma una trascendental resolución: el maestro de postas Drouet, buen jinete desde su servicio militar, manda que le ensillen un caballo, y a todo galope, acompañado por un camarada, atravesando atajos, precede a la pesada carroza en su llegada a Varennes. Allí será posible realizar un minucioso interrogatorio de los sospechosos viajeros, y si realmente fuera el rey..., entonces, ¡ay de él y de su corona! Lo mismo que en otros millares de ocasiones, también esta vez la acción enérgica de un solo hombre enérgico modifica el curso de la Historia.

Mientras tanto, el gigantesco coche del rey va rodando por las revueltas del camino que desciende a Varennes. Veinticuatro horas de viaje bajo una cubierta abrasada por el sol, estrechamente oprimidos unos contra otros, han fatigado a los viajeros; los niños duermen desde hace rato, el Rey ha recogido cuidadosamente sus mapas, la reina va en silencio. Sólo falta una hora; una hora última y estarán bajo la protección de una segura escolta. Pero, nueva sorpresa: no hay ningún caballo en el convenido lugar para cambiar de tiro fuera de los muros de la ciudad de Varennes. En la oscuridad, van tanteando por todas partes, llaman a las ventanas y les responden airadas voces. Los dos oficiales que tenían la misión de esperar aquí -no debe elegirse a Fígaro como mensajero- han llegado a creer, por los embrollados discursos del peluquero Léonard, enviado por delante, que el rey no vendrá ya. Se han echado a dormir, y este sueño es tan funesto para el rey como aquel de La Fayette el 6 de octubre de 1789. Por tanto, ¡adelante con los fatigados caballos hasta dentro de Varennes! Acaso allí se encontrará un tiro de recambio. Pero, segunda sorpresa: bajo el arco de la puerta de la ciudad surgen algunos jóvenes delante del postillón delantero y le ordenan: «¡Alto!». En un instante, ambos

carruajes se ven rodeados y seguidos por una banda de mancebos. Drouet y su acompañante, que han llegado con diez minutos de anticipación, han ido a sacar de sus camas o de las tabernas a toda la juventud revolucionaria de Varennes. «¡Los pasaportes!», ordena alguien.

«Tenemos prisa, necesitamos llegar pronto», responde desde el coche una voz femenina.

Es la que pasa por madame Rochet, en realidad la reina, la única que conserva su energía en el peligroso momento. Pero de nada sirve la resistencia; tienen que seguir hasta la próxima posada, la cual ostenta como muestra: *«Au grand monarque»* -¡qué ironía de la Historia!»-, y allí se encuentra ya el alcalde, abacero de profesión, que responde al sabroso nombre de «Sauce» y que quiere ver los pasaportes. El tenderillo, en el fondo devoto del rey y lleno de miedo de ir a caer en un enojoso asunto, examina rápidamente los pasaportes y dice: «¡Están en regla!». Él, por su parte, dejaría seguir viajando los coches con toda tranquilidad. Pero ese joven Drouet, que no quiere soltar presa, pega un puñetazo sobre la mesa y exclama: «Son el Rey y su familia, y si usted los deja pasar al extranjero, será usted reo de alta traición» . Tal amenaza penetra en un buen padre de familia hasta la médula de los huesos. Al mismo tiempo comienza a retumbar el rebato de las campanas tocadas por los camaradas de Drouet; se encienden luces en todas las ventanas, toda la ciudad está alarmada. En torno a los coches se congrega una muchedumbre cada vez más numerosa; no es posible pensar en proseguir el camino sin acudir a la violencia, pues los caballos de refresco no están aún enganchados. Para salir del apuro, propone el valiente alcalde-tendero que, como quiera que es demasiado tarde para continuar viaje, la señora baronesa de Korff y los suyos pasen la noche en su casa.

Hasta mañana temprano, piensa para sí astutamente, tiene que haberse aclarado todo, en un sentido o en otro, y estará libre de la responsabilidad que ha caído sobre él. No queda ningún recurso mejor que dilatar las cosas, y como los dragones no han de dejar de venir, acepta el rey la invitación. No pueden pasar más de dos o tres horas antes de que Choiseul o Bouillé se encuentren allí. De este modo, Luis XVI entra tranquilamente en la casa con su peluca postiza, y su primer acto regio es

pedir una botella de vino y un pedacito de queso. «¿Es el rey? ¿Es la reina?», murmuran, inquietos y excitados, las viejecillas y los aldeanos que han acudido allí.

Pues tan alejada se encuentra entonces una pequeña ciudad francesa de la grande a invisible corte, que ni uno sólo de todos estos súbditos ha visto jamás el semblante del Rey en otra forma que en las monedas, y tienen que enviar ex profeso un mensajero en busca de un noble, a fin de que pueda establecer finalmente si aquel viajero desconocido no es otra cosa, en realidad, sino el lacayo de una tal baronesa Korff o Luis XVI, el cristianísimo rey de Francia y de Navarra.

Capítulo 28
La noche en Varennes

En este 21 de junio de 1791, en el año treinta y seis de su vida y en el diecisiete de ser reina de Francia, penetra por primera vez María Antonieta en una burguesa casa francesa.

Es su única interrupción entre palacio y palacio y prisión y prisión.

Hay que pasar primero por la tienda del abacero, que huele a aceite rancio y corrompido, a embutido seco y a fuertes especias. Por una crujiente escalera, como de palomar, ascienden, uno tras otro, al primer piso, el rey, o más bien el desconocido señor de la peluca postiza, y aquella *gouvernante* de la supuesta baronesa de Korff; dos habitaciones, una sala y un dormitorio, bajas de techo, pobres y sucias. Delante de la puerta se colocan al instante, como guardia de un nuevo género, muy diferente de la deslumbrante escolta de Versalles, dos aldeanos con horcones en las manos. Los ocho: la reina, el rey, madame Elisabeth, ambos niños, el aya y las dos doncellas, se reúnen, sentados o de pie, en aquel reducido espacio. Los niños, muertos de fatiga, son acostados en una cama y se duermen al instante bajo la guardia de madame de Tourzel. La reina se ha sentado en una silla, echando el velo sobre su rostro; nadie debe poder alabarse de haber visto su cólera ni su amargura. Sólo el rey comienza al punto a instalarse como en su casa; se sienta tranquilamente a la mesa y corta con el cuchillo robustos trozos de queso.

Nadie habla palabra.

Por último, un ruido de herraduras suena en la calle, pero al mismo tiempo se escucha también un salvaje y continuo grito, brotado de centenares de pechos: « ¡Los húsares! ¡Los húsares!». Choiseul, engañado también por falsas noticias, ha acabado por llegar; se abre paso con algunos sablazos y junta sus soldados alrededor de la casa. Los bravos húsares alemanes no entienden la arenga que les dirige, no saben de qué se trata; sólo han comprendido dos palabras alemanas: *Der König und die Königin,* «el rey y la reina».

Pero, en todo caso, obedecen, y cargan tan duramente sobre la muchedumbre que, por algunos momentos, el carruaje queda libre de sus cadenas humanas.

Con toda celeridad, el duque de Choiseul, retiñendo sus armas, asciende por la escalera y formula su proposición. Está dispuesto a proporcionar siete caballos. El rey, la reina y su acompañamiento deben montar en ellos y salir rápidamente de la población, en medio de sus tropas, antes de que se haya reunido la Guardia Nacional de los alrededores.

Después de dar su opinión, el oficial se inclina rígidamente diciendo: «Espero las órdenes de Vuestra Majestad».

Pero dar órdenes, tomar rápidas resoluciones, no fue nunca asunto propio de Luis XVI.

Discute largamente acerca de si Choiseul puede garantizarle que en este rompimiento de cerco no habrá una bala que pueda alcanzar a su mujer, a su hermana o a uno de sus hijos.

¿No sería más recomendable esperar hasta que también estuvieran reunidos los dragones diseminados por las otras posadas? Con esta discusión pasan los minutos, minutos preciosísimos. En las sillas de paja del cuartito sombrío está congregada la familia real; el antiguo régimen espera, vacila y delibera. Pero la Revolución, la gente joven, no espera.

De las aldeas, alarmadas por el rebato de las campanas, llegan las milicias; la Guardia Nacional se ha reunido por completo; han bajado de las fortificaciones el antiguo cañón, y las calles están cortadas por barricadas. Los soldados de caballería, diseminados desde hace veinticuatro horas sin razón alguna y que vagan en sus cabalgaduras, aceptan gustosos el vino que les ofrecen y fraternizan con la población. A cada paso, las calles se llenan más de gente. Como si el presentimiento colectivo de hallarse en una hora decisiva penetrara hasta to más profundo en el inconsciente de la muchedumbre, se alzan de su sueño, en todas las cercanías, los aldeanos, los lugareños, los pastores y los obreros, y marchan sobre Varennes; ancianas caducas cogen por curiosidad sus bastones, para, una vez siquiera, ir a ver al rey, y ahora que el rey tiene que darse a conocer públicamente, están todos decididos a no dejarle salir de los muros de la ciudad. Resulta vana toda tentativa para enganchar nuevos caballos al coche. «¡A París o disparamos y lo matamos dentro de su coche!», mugen salvajes voces dirigiéndose al postillón, y, en medio de este tumulto, resuena otra vez la campana tocando a rebato. Nueva alarma en

medio de esta dramática noche: ha llegado un coche por el camino de París: dos comisarios de los que la Asamblea Nacional ha enviado al azar en todas direcciones para detener al rey han encontrado dichosamente sus huellas. Ilimitados clamores de júbilo acogen ahora a los mensajeros del poder público. Varennes se siente libre de la responsabilidad; ya no necesitan ahora los panaderos, zapateros, sastres y carniceros de esta pobre y pequeña ciudad decidir el destino del mundo: aquí están los emisarios de la Asamblea Nacional, única autoridad que el pueblo reconoce como suya. En triunfo son llevados ambos comisarios hasta la casa del valiente tendero Sauce, y, por la escalera arriba, junto al rey.

Mientras tanto, la espantosa noche ha ido terminando poco a poco y son ya las seis y media de la mañana. De los dos delegados, hay uno, Romeuf, que está pálido, azorado y parece poco satisfecho de su comisión. Como ayudante de La Fayette, ha prestado servicio de vigilancia en las Tullerías, en las habitaciones de la reina. María Antonieta, que siempre trató a todos sus subordinados con su natural bondad y cordialidad, se hallaba animada de buenos sentimientos hacia él, y con frecuencia tanto ella como el rey le han hablado de un modo casi amistoso; en lo más profundo de su corazón, este ayudante de La Fayette tiene un solo deseo: salvar a ambos. Pero la fatalidad, que trabaja invisiblemente en contra del rey, ha querido que, en su misión, le haya sido dado por compañero a un hombre muy ambicioso y plenamente revolucionario llamado Bayon.

Secretamente, ha procurado Romeuf, apenas han encontrado rastro del rey, retrasar su viaje para dejar que el monarca tomara la delantera, pero Bayon, despiadado vigilante, no le deja descansar ni un momento, y de este modo se encuentra ahora, avergonzado y temeroso, delante de la reina y le tiende el fatal decreto de la Asamblea Nacional que ordena la detención de la familia real. María Antonieta no puede dominar su sorpresa: «¿Cómo? ¿Es usted, señor? ¡Jamás lo hubiera pensado!». En su aturdimiento, balbucea Romeuf que todo París está alborotado y que el interés del Estado exige que regrese el rey. La reina se impacienta y le vuelve la espalda; detrás de la confusa charla no ve más que maldad. Por fin el rey pide el decreto y lee que sus derechos están suprimidos por la Asamblea Nacional y que todo emisario que encuentre a la real familia tiene que tomar todas las medidas necesarias para impedir la prosecución del viaje. Las

palabras «fuga», «detención» y « aprisionamiento» es cierto que están evitadas con toda habilidad. Pero, por primera vez, con este decreto, la Asamblea Nacional declara que el rey no es libre, sino que está sometido a su voluntad. Hasta Luis el Lento percibe esta transformación de trascendencia histórica.

Pero no se defiende. «Ya no hay rey en Francia», dice con su voz adormecida, como si la cosa apenas le importara, y distraídamente deposita el decreto sobre la cama en que duermen los agotados niños. Pero entonces, de pronto, se levanta María Antonieta.

Cuando es herido su orgullo y ve su honor amenazado, se manifiesta siempre en esta mujer, que ha sido insignificante en lo insignificante, y vana en todo to vano, una súbita dignidad. Arruga violentamente el decreto de la Asamblea Nacional, que se permite disponer de su persona y de su familia, y lo arroja despreciativa contra el suelo: «No quiero que este papel manche a mis hijos».

Se apodera un escalofrío de aquellos insignificantes funcionarios ante tamaña provocación. Para evitar una escena, Choiseul recoge el papel rápidamente. Todos, en la habitación, se sienten igualmente sobrecogidos: el rey, por la audacia de su mujer; ambos comisarios, por su penosa situación; para todos es un momento de perplejidad. Pero entonces el rey formula una proposición aparentemente de desistimiento, pero llena, en realidad, de astucia. Sólo que lo dejen descansar aquí dos o tres horas más y después se volverá a París. Ellos mismos pueden ver lo cansados que están los niños; después de días y noches tan espantosos, se necesita un poco de reposo. Romeuf comprende al instante lo que el rey quiere. Dentro de dos horas estará aquí toda la caballería de Bouillé y, tras ella, su infantería y los cañones. Como, en su interior, desea salvar al rey, no opone ninguna objeción; en resumidas cuentas, su comisión no contiene otra orden que la de suspender el viaje. Esto está ya hecho. Pero el otro comisario, Bayon, advierte rápidamente de lo que se trata y decide responder a la astucia con la astucia. Accede en apariencia, desciende como sin ánimos la escalera y, al ser rodeado por la excitada muchedumbre que le pregunta lo que está resuelto, suspira hipócritamente: «¡Ay!, no quieren partir..

Bouillé está ya cerca y esperan por él». Estas pocas palabras derraman aceite sobre un fuego que arroja ya llamas. ¡No puede ser! ¡No se dejarán engañar más! «¡A

Paris! ¡A París!» Las ventanas vibran con el estrépito; desesperadas, las autoridades municipales, y antes que nadie el desgraciado tendero Sauce, insisten para que el rey se vaya, pues no pueden responder ya de su seguridad. Los húsares están aprisionados en medio de la masa, sin poder moverse, o se han puesto del bando popular; el coche es arrastrado en triunfo por delante de la puerta y enganchado para impedir toda vacilación. Y ahora comienza un humillante juego, pues sólo se trata de retrasar un cuarto de hora más la partida. Los húsares de Bouillé tienen que estar muy cerca, cada minuto que se gane puede salvar la monarquía, por tanto, hay que acudir a todos los medios, hasta lo más indignos, para dilatar la marcha hacia París. Hasta la misma María Antonieta tiene que bajar la cabeza a implorar por primera vez en su vida. Se dirige a la esposa del tendero y le suplica que los ayude. Pero esta pobre mujer teme por su marido. Con lágrimas en los ojos, se queja de que es espantoso para ella tener que negar el derecho de hospitalidad en su casa a un rey y a una reina de Francia, pero ella misma tiene hijos y su marido lo pagaría con su vida -adivinó rectamente la pobre mujer, pues al desgraciado tendero le costó la cabeza haber ayudado al rey, en aquella noche, a quemar algunos papeles secretos-. Una y otra vez retrasan el rey y la reina la partida con los más desdichados pretextos, pero el tiempo corre rápidamente y los húsares de Bouillé no se presentan. Ya está todo dispuesto y entonces declara Luis XVI -¡qué abajo tiene que haber caído el rey para representar semejante comedia!- que, antes de partir, desea comer alguna cosa.

¿Puede negársele a un rey una humilde comida? No, pero se precipitan a traérsela, para no provocar ninguna nueva dilación. Luis XVI mastica un par de bocados; María Antonieta rechaza despreciativamente el plato. Ahora no queda ya ninguna excusa. Pero se produce un nuevo y último incidente: ya está en la puerta de la habitación de la familia, cuando una de las camareras, madame Neuveville, cae al suelo con una convulsión simulada. Al instante declara imperativamente María Antonieta que no abandonará a su camarera. No partirá antes de que vayan por un médico. Pero también el médico -todo Varennes está levantado- llega antes que las fuerzas de Bouillé. Administra a la simuladora algunas gotas de un calmante; ya no es posible llevar más adelante la triste comedia. El rey suspira y desciende el primero por la estrecha escalera.

Mordiéndose los labios, del brazo del duque de Choiseul, le sigue María Antonieta. Adivina lo que les espera en este viaje de regreso. Pero, en medio de sus preocupaciones por los que la acompañan, piensa todavía en el amigo; su primera palabra a la llegada de Choiseul había sido: «¿Cree usted que se habrá salvado Fersen?». Con un hombre verdadero a su lado seria tolerable este infernal viaje; mas es difícil conservarse fuertes en medio de gentes débiles y sin ánimos.

La familia real monta en el carruaje. Todavía confía en Bouillé y sus húsares. Pero nada. Sólo el amenazador estrépito de la masa. Por fin se pone en movimiento la gran carroza. Seis mil hombres la rodean; todo Varennes marcha con su presa, y el miedo y el furor se disuelven en clamores de triunfo. Zumbando a su alrededor los cánticos de la Revolución, cercado por el ejército proletario, el desdichado navío de la monarquía arranca del escollo donde había encallado.

Pero sólo veinte minutos después, cuando aún se alzan como columnas, por el cálido cielo, detrás de Varennes, las nubes de polvo de la carretera, penetran a todo galope por el otro extremo de la población varios escuadrones de caballería.

¡Por fin están ahí los húsares de Bouillé tan vanamente anhelados! Con media hora más que hubiera resistido el monarca, lo habrían llevado en medio de su ejército, mientras que, llenos de consternación, se habrían retirado a sus casas los que ahora lanzaban voces de júbilo. Pero cuando Bouillé oye decir que el rey se ha entregado cobardemente, se retira con sus tropas. ¿Para qué un inútil derramamiento de sangre? También él sabe que el destino de la monarquía está decidido por la debilidad del soberano; que Luis XVI no es ya rey, ni María Antonieta reina de Francia.

Capítulo 29
Regreso

Una nave navega más de prisa con mar tranquilo que en medio de una tempestad. En el viaje de París a Varennes había empleado veinte horas la carroza; el regreso durará tres días. Gota a gota y hasta las heces, tienen que beber el rey y la reina el amargo cáliz de la humillación. Agotados, después de dos noches sin sueño; sin poder cambiar de ropa, la camisa del rey está tan sucia de sudor que tiene que tomar otra prestada de un soldado, van los seis apretujados en el horno abrasador del coche. Despiadadamente, el alto sol de junio cae a plomo sobre el techo, ya abrasador, de la carroza; el aire sabe a polvo ardiente; mofándose rencorosamente, una escolta de pueblo, siempre creciente, rodea el triste regreso de los vencidos. Aquellas seis horas de viaje de Versalles a París fueron paradisíacas al lado de éstas. Palabras groseras, groserísimas, resuenan dentro del coche; cada cual quiere regocijarse con la vergüenza de los forzados al regreso. Por tanto, es mejor cerrar las ventanas y abotagarse de calor y morirse de sed en el hirviente vaho de aquella caldera ambulante que dejarse herir por la befa de las miradas y ofender por las injurias. Los semblantes de los desgraciados viajeros están ya cubiertos de polvillo gris, como harina; los ojos, inflamados de la vigilia y el polvo; pero no se permite que conserven permanentemente bajas las cortinillas, porque en cada parada cualquier alcaldillo se siente obligado a pronunciar ante el rey una adoctrinante arenga y cada vez tiene que asegurar éste que su intención no había sido abandonar Francia. En tales momentos, la reina, entre todos ellos, es la que conserva mejor su dignidad. Cuando, en una parada, les traen por fin algo de comer y bajan ellos las cortinillas para calmar su hambre, alborota fuera el pueblo y exige que se vuelvan a subir. Ya quiere ceder madame Elisabeth, cuando la reina dice que no enérgicamente. Deja con toda tranquilidad que la gente arme estrépito, y sólo al cabo de un cuarto de hora, cuando ya no tiene trazas de obedecer aquella orden, levanta ella misma las cortinillas, arroja fuera los huesos de gallina y dice con firmeza: «¡Hay que guardar la dignidad hasta el final!».

Por fin, una sombra de esperanza: descanso nocturno en Châlons. Aguardan allí todos los ciudadanos detrás de un arco de triunfo de piedra, el cual -¡ironía de la

historia!- es el mismo que hace veintiún años fue erigido en honor de María Antonieta cuando pasó por allí, en un coche de gala encristalado, aclamada por el pueblo, viniendo de Austria al encuentro de su futuro esposo. Sobre el friso de piedra está grabada esta inscripción: *«Perstet oeterna ut amor»*, «Persista eterno como el amor». Pero el amor es más transitorio que el buen mármol y la piedra tallada. Como un sueño le parece ahora a María Antonieta que cierta vez, bajo este mismo arco, haya recibido a la nobleza vestida de gala, que las calles hayan estado sembradas de luces y llenas de gente y que de las fuentes haya manado vino en honor suyo. Ahora sólo la espera una fría cortesía, compasiva en el mejor de los casos, pero que siempre hace bien después de tanto descarado, ruidoso a inoportuno odio. Pueden dormir, mudarse de ropa; pero a la siguiente mañana el enemigo sol abrasa de nuevo y tienen que proseguir el camino de su martirio. Cuanto más se acercan a París, tanto más se muestra hostil la población; suplica el rey que le den una esponja mojada para quitarse del rostro el polvo y la suciedad, y un empleado le responde con escarnio: « Eso es lo que se saca viajando». Vuelve a subir la reina al estribo de la carroza después de breve descanso, cuando detrás de ella oye silbar, como serpiente, una voz femenina: «¡Vamos, pequeña; más negras las pasarás aún!». Un noble que la saluda es arrancado de su caballo y asesinado a tiros y cuchilladas. Sólo ahora comprenden el rey y la reina que no es únicamente París el que ha caído en el «error» de la Revolución, sino que en todos los campos de su reino ha brotado en fertilísima floración la nueva simiente; pero acaso no conservan ya fuerzas para sentir todo esto; poco a poco, la fatiga los va haciendo plenamente insensibles. En su agotamiento, permanecen en el coche, indiferentes ya a lo que les reserva el destino, cuando, por fin, en el último momento, llegan correos a caballo que anuncian que tres miembros de la Asamblea Nacional salen a su encuentro para proteger el viaje de la familia real. La vida está salvada, pero nada más.

El carruaje se detiene en medio del camino real: los tres delegados: Maubourg, un realista; Barnave, abogado burgués, y Pétion, el jacobino, vienen a su encuentro. La reina abre personalmente la portezuela: «¡Ah, señores! dice excitada, tendiéndoles a los tres rápidamente la mano-. Procuren que ninguna desgracia les ocurra a las gentes que nos han acompañado; que no sean sacrificados, sino que sea respetada

su vida». Su tacto infalible en los grandes momentos, le ha hecho encontrar inmediatamente las debidas palabras: una reina no debe pedir protección para sí misma, sino sólo para aquellos que la han servido con fidelidad.

La enérgica altivez de la reina desarma desde el principio la actitud protectora de los delegados; hasta el mismo Pétion, el jacobino, tiene que confesar de mala gana, en sus notas, que estas palabras, dichas con toda vivacidad, hicieron en él fuerte impresión. Al punto ordena a los alborotados que guarden silencio y dice al rey que sería mejor que dos de los delegados de la Asamblea Nacional tomaran asiento en el carruaje, para proteger con su presencia a la familia real de todo incidente de camino. Madame de Tourzel y madame Elisabeth montarían, por tanto, en el otro coche. Pero el rey replica que es también posible estrecharse un poco para hacerles sitio. Rápidamente se establece la siguiente distribución de puestos: Barnave se sienta entre el rey y la reina, la cual coge en su regazo al delfín. Pétion se coloca entre madame de Tourzel y madame Elisabeth, para lo cual madame de Tourzel sostiene a la princesa en sus rodillas. Ocho personas en lugar de seis, pierna contra pierna, estrechamente oprimidos; van ahora sentados, en un solo carruaje, los representantes de la monarquía y los del pueblo, y bien puede decirse que nunca estuvieron tan cerca unos de otros, los miembros de la familia real y los diputados de la Asamblea Nacional, como en aquellas horas.

Lo que ocurre después en este coche es tan inesperado como natural. Al principio hay una tensión hostil entre ambos polos, entre los cinco miembros de la familia real y los dos representantes de la Asamblea Nacional, entre los presos y sus carceleros. Ambos partidos están firmemente resueltos a conservar rígidamente su autoridad. María Antonieta, justamente por estar protegida por estos rebeldes y entregada a su merced, aparta, con obstinación, de ambos sus miradas y no despliega los labios: no deben imaginarse que la reina solicita su favor. Por su parte, los delegados no quieren a ningún precio dejar que se confunda la cortesía con el rendimiento: en este viaje hay que darle al rey la lección de que los miembros de la Asamblea Nacional, como hombres libres a incorruptibles que son, llevan de otro modo alta la frente que sus rastreros cortesanos. Por tanto, ¡distancia, distancia, distancia! En esta situación de ánimo, Pétion, el jacobino, llega hasta realizar un franco ataque.

Ya desde el principio, como a la más orgullosa, quiere administrarle una leccioncilla a la reina para desconcertarla. Declara que está muy bien enterado de que la familia real montó en las proximidades del palacio en un vulgar *fiacre*, guiado por un sueco llamado..., un sueco llamado... Entonces se detiene Pétion como si no fuera capaz de recordarlo, y pregunta a la reina el nombre del sueco. Es un golpe de puñal envenenado el que asesta a la reina al preguntarle, en presencia del rey, el nombre de su amante. Pero María Antonieta para enérgicamente el ataque: «No suelo preocuparme por el nombre de los cocheros de punto» . Las hostilidades y la tensión crecen en malignidad en el estrecho recinto después de esta escaramuza.

Entonces, un pequeño incidente amortigua la penosa situación. El principito se ha bajado del regazo de su madre. Ambos desconocidos dan mucho que hacer a su curiosidad. Con sus chiquitines dedos coge un botón de cobre del traje de gala de Barnave y deletrea trabajosamente su inscripción: *«Vivre libre ou mourir»*. Divierte mucho naturalmente, a ambos comisarios el que el futuro rey de Francia aprenda precisamente de este modo el pensamiento fundamental de la Revolución. Poco a poco se traba conversación. Y entonces ocurre lo extraordinario: Pétion, nuevo Balaam, que había salido para maldecir, tiene que bendecir finalmente. Ambos partidos empiezan a encontrarse, uno a otro, mucho más atractivos de lo que podían haber sospechado desde lejos.

Pétion, pequeño burgués y jacobino; Bamave, joven abogado de provincias, se habían imaginado a los «tiranos» en su vida privada como inabordables, hinchados, soberbios, tontos a insolentes, pensando que las nubes de incienso de la corte ahogaban en ellos toda humanidad. Pero ahora el jacobino y el revolucionario burgués se quedan por completo sorprendidos al observar la naturalidad de formas de trato que impera en la familia real.

Hasta Pétion, que pretendía hacer de Catón, tiene que confesarlo: «Advertí un aire de sencillez y familiaridad que me agradaron; no había nada de representación real, existía una naturalidad y *bonhomie* familiares: la reina llamaba "hermanita" a madame Elisabeth; madame Elisabeth le respondía en el mismo tono. Madame Elisabeth le llamaba "hermano" al rey, y la reina hacía danzar al príncipe sobre sus rodillas. "Madame", aunque muy reservada, jugaba con su hermano; el rey contemplaba todo esto con aire bastante satisfecho, aunque poco conmovido y poco

sensible». Ambos revolucionarios miran con asombro como los niños reales juegan exactamente como los suyos propios en sus casas; llega a herirlos penosamente el ver que ellos mismos están vestidos de modo mucho más elegante que el soberano de Francia, el cual hasta lleva sucia la ropa blanca.

Cada vez se va haciendo más floja la hostilidad del principio. Cuando el rey bebe, le ofrece cortésmente a Pétion su propio vaso, y llega a parecerle al deslumbrado jacobino un acontecimiento de especie sobrenatural el que el rey de Francia y de Navarra, como quiera que su hijo el delfín manifieste deseos de una pequeña necesidad, desabroche el pantaloncito con sus propias manos augustas y mientras dura la operación sostenga el recipiente de plata. Estos «tiranos», reconoce sorprendido el furibundo revolucionario, son realmente unas criaturas humanas exactamente lo mismo que ellos. Igual sorpresa experimenta la reina. ¡Son realmente gente muy amable y cortés estos malvados, estos *monstres* de la Asamblea Nacional! Nada sanguinarios ni mal educados, y, sobre todo, nada tontos; muy al contrario, se charla con ellos mucho más discretamente que con el conde de Artois y sus compinches. Aún no hace tres horas que viajan juntos en el coche, cuando ambos partidos, que querían imponerse uno a otro por la dureza y la soberbia -transformación asombrosa y, sin embargo, profundamente humana-, comienzan a procurar seducirse mutuamente. La reina pone sobre el tapete problemas políticos para probar a los revolucionarios que, en su círculo, no son tan estrechos de cerebro ni de mala voluntad como piensa el pueblo, descarriado por los malos periódicos. Por su parte, ambos diputados se esfuerzan en hacer comprensible para la reina que no debe confundir los propósitos de la Asamblea Nacional con las incultas vociferaciones del señor Marat; y cuando la conversación llega al tema de la república, hasta el mismo Pétion dulcifica prudentemente sus conceptos. Pronto se manifiesta -antiquísima experiencia- que el aire de la corte perturbaba aun a los más enérgicos revolucionarios, y hasta qué grado de locura la proximidad de la majestad hereditaria puede conducir a un hombre vanidoso, apenas puede testimoniarse de modo más divertido que por las descripciones de Pétion.

Al cabo de tres angustiosas noches, de tres mortales días de caluroso viaje en un incómodo carruaje; al cabo de tantas impresiones y humillaciones, es natural que

las mujeres y los niños estén espantosamente fatigados. Involuntariamente, se apoya madame Elisabeth, al adormecerse, en su vecino Pétion. A éste se le arrebata al instante la vana sesera hasta la locura de pensar que ha hecho una galante conquista, y por ello escribe en su informe aquellas palabras que durante siglos cubrieron de ridículo al pobre hombre, embriagado por el aire de la corte: «Madame Elisabeth me miraba con ojos enternecidos y con ese aire de languidez que produce la desgracia y que inspira un interés bastante vivo. Nuestros ojos se encontraban a veces en una especie de acuerdo y atracción; cerraba la noche, comenzaba la luna a esparcir su dulce claridad. Madame Elisabeth cogió sobre sus rodillas a la princesa y la colocó en seguida medio sobre su rodilla y medio sobre la mía... La niña se durmió; extendí mi brazo; madame Elisabeth extendió el suyo sobre el mío. Nuestros brazos estaban enlazados. El mío quedaba bajo su axila. Sentí sus precipitados movimientos, un calor que atravesaba sus vestidos; las miradas de madame Elisabeth me parecían más conmovedoras. Advertí cierto abandono en su posición, sus ojos estaban húmedos, la melancolía se mezclaba con una especie de voluptuosidad.

Puedo engañarme; fácilmente pueden confundirse las muestras de sensibilidad de la desgracia con la sensibilidad del placer; pero pienso que si hubiéramos estado solos; si, como por encanto, hubiese desaparecido todo el mundo, se habría dejado caer en mis brazos, abandonándose a los impulsos de la naturaleza».

Mucho más serio que esta risible fantasía erótica del «bello Pétion» es el efecto del peligroso encanto de la Majestad en su acompañante Barnave. Muy joven, como abogado recién fabricado, venido a Paris desde su ciudad de provincias, este revolucionario idealista se siente del todo deslumbrado cuando una reina, la reina de Francia, se hace explicar modestamente por él los pensamientos fundamentales de la Revolución, las ideas de sus compañeros de club. ¡Qué ocasión, piensa involuntariamente este marqués de Posa, de infundir en la soberana respeto y consideración hacia los sacrosantos principios fundamentales, conquistarla acaso para las ideas constitucionales! El ardiente y joven abogado habla escuchándose, y ve jamás lo hubiera creído- que esta mujer, a quien se juzga superficial (¡sabe Dios cómo ha sido calumniada!), oye, llena de interés y comprensión, y que son totalmente razonables sus objeciones. Con su austríaca amabilidad, con su aparente

y solícita adhesión a las sugestiones de su interlocutor, atrae María Antonieta al ingenuo y crédulo mancebo por completo hacia su bando. «¡Qué injustamente ha sido tratada esta noble mujer, cuán sin razón le han hecho daño! -piensa con sorpresa el diputado-. La reina no desea más que lo mejor, y si hubiese alguien que se lo indicara rectamente, todo podría ir por el mejor camino en Francia.» María Antonieta no le deja en duda alguna de que busca en realidad tal consejero, y también de que le estaría agradecida si en lo futuro quisiera guiar su inexperiencia con las debidas luces.

«¡Sí -se dice-, ésa será en adelante mi misión: dar a conocer a esta mujer, tan sorprendentemente inteligente, los verdaderos deseos del pueblo, y convencer al mismo tiempo a la Asamblea Nacional de la pureza de las disposiciones democráticas de la reina!» En las largas conversaciones en el palacio arzobispal de Meaux, donde se detiene a descansar, hasta tal punto sabe envolver María Antonieta a Barnave en sus redes de amabilidad, que éste se pone a sus órdenes para cualquier servicio; de este modo, la reina -nadie hubiera podido sospechar tal desenlace- aporta secretamente de su viaje a Varennes una increíble victoria política. Y mientras los otros no hacen más que sudar, comer y fatigarse y tienen que hacer promesas, alcanza ella, en este coche carcelario, un último triunfo para la causa monárquica.

El tercero y último día de viaje es el más espantoso. También el cielo de Francia se muestra a favor de la nación y contra el soberano. Sin compasión, desde la mañana hasta la noche, el sol lanza sus rayos sobre el horno con cuatro ruedas que es la carroza, densamente envuelta en polvo y con exceso cargada de gente; ni una sola nube pone transitoriamente, con fresca mano, un minuto de sombra sobre la abrasada cubierta del coche. Por fin, el cortejo se detiene ante la puerta de París, pero como los cientos de miles de personas que quieren ver al rey transportado como un condenado a galeras tienen que lograr su objeto, el rey y la reina no deben ser llevados directamente por la puerta de Saint-Denis a su palacio, sino que se les impone un gigantesco rodeo por los interminables bulevares. En todo el trayecto no se alza ni un solo grito en honor suyo ni tampoco ninguna palabra injuriosa, pues unos carteles han condenado al desprecio público a quien salude al rey y amenaza con una tanda de palos a quien insulte al prisionero de la nación. Sin embargo,

resuenan aclamaciones sin término en torno al coche que viene detrás del regio: se muestra allí vanidosamente el hombre único a quien debe el pueblo este triunfo, Drouet, el maestro de postas, el osado cazador que con astucia y energía ha abatido la presa real.

El último momento de este viaje es el más peligroso, los dos metros que separan el carruaje de la puerta de palacio. Allí, la familia real está protegida por los diputados, pero la furia popular, que quiere, absolutamente, tener una víctima, se precipita sobre los tres inocentes guardias de corps que ayudaron a «raptar» al Rey. Han sido arrancados ya de su asiento; durante un momento parece como si la reina tuviera que ver otra vez unas sangrientas cabezas balanceándose en lo alto de unas picas, a la entrada de su palacio; pero entonces la Guardia Nacional se arroja en medio y con sus bayonetas deja libre la puerta. Sólo ahora es abierta la portezuela del horno; sucio, sudoroso y fatigado, desciende el rey, en primer lugar, del carruaje, con su pesado paso; detrás de él, la reina.

Al instante se alza un peligroso murmullo contra la «austríaca», pero con rápido paso ha atravesado ella el pequeño trecho entre el carruaje y la puerta, seguida de los niños: ha terminado el cruel viaje.

Dentro esperan los lacayos solemnemente alineados; exactamente como siempre es servida la mesa, conservando el orden jerárquico; los que regresan pueden creer que todo ha sido un sueño. Pero, en realidad, estos cinco días han arruinado más los cimientos de la monarquía que cinco años de reformas, pues los prisioneros no son ya soberanos. Una vez más, el rey ha descendido un peldaño; una vez más, la Revolución lo ha subido.

Pero a aquel hombre fatigado no parece conmoverle mucho tal cosa. Indiferente a todo, también es indiferente hacia su propio destino. Con su letra no alterada por nada, no anota en su diario más que lo que sigue: « Salida de Meaux a las seis y media. Llegada a París a las ocho, sin parada alguna» . Eso es todo lo que un Luis XVI tiene que decir sobre la más profunda vergüenza de su vida. Y Pétion informa igualmente: «Estaba tan tranquilo como si no hubiese ocurrido nada. Podría creerse que el rey regresaba de una partida de caza».

No obstante, María Antonieta sabe, por su parte, que todo está perdido. Todo el tormento de este inútil viaje tiene que haber sido una sacudida casi mortal para su

orgullo. Pero, verdadera mujer y verdadera amante, con todo el rendimiento de una última pasión tardía a irrevocable, piensa únicamente, en medio de este infierno, en aquel que le ha sido arrebatado; teme que Fersen, el amigo, se inquiete demasiado por ella.

Amenazada por los más espantosos peligros, lo que más la intranquiliza, en sus cuitas, es la pena y la inquietud que sentirá él. «Esté usted tranquilo en cuanto a nosotros -le escribe rápidamente en una hoja de papel-; vivimos.» Y a la mañana siguiente, aún con mayor insistencia y más llena de amor (los pasajes realmente íntimos han sido destruidos por el descendiente de Fersen, pero, sin embargo, se percibe el aliento de ternura en la vibración de las palabras): «Existo..., pero he estado muy inquieta por usted y le compadezco por todo lo que sufre al no tener noticias nuestras. ¿Permitirá el cielo que lleguen a sus manos estas líneas? No me escriba, porque sería exponernos a un peligro, y sobre todo, no vuelva por aquí bajo ningún pretexto. Se sabe que ha sido usted quien nos sacó de aquí, y todo estaría perdido si usted apareciera. Estamos con guardias a la vista noche y día, pero me es igual... Esté usted tranquilo; no sucederá nada. La Asamblea quiere tratamos con dulzura. Adiós... Ya no podré volver a escribirle».

Y, sin embargo, no puede soportar, justamente ahora, el permanecer sin una palabra de Fersen. Y otra vez, al día siguiente, vuelve a escribirle la carta más tierna y más ardiente, solicitando noticias, palabras tranquilizadoras, amor: « Puedo decirle que le quiero, y sólo tengo tiempo para eso. Me encuentro bien. No esté usted inquieto por mí. Querría saber lo mismo de usted. Escríbame una carta cifrada..., haga que ponga la dirección su ayuda de cámara. Dígame a quién debo dirigir las que yo pueda escribirle, porque yo no puedo vivir sin eso. Adiós, el más amante y más amado de todos los hombres. Le abrazo con todo mi corazón».

«Ya no puedo vivir sin eso»; jamás ha sido oído tal grito de pasión de labios de la reina.

Pero ¡qué poco reina ya, hasta qué punto le ha sido quitado el poder de otro tiempo! Sólo le queda, a la mujer, lo que nadie puede arrebatarle: su amor. Y este sentimiento le da fuerzas para defender su vida con grandeza y energía.

Capítulo 30
El uno engaña al otro

La fuga de Varennes abre un nuevo período en la historia de la Revolución: ese día nace un nuevo partido, el republicano. Hasta entonces, hasta el 21 de junio de 1791, la Asamblea Nacional había sido unánimemente realista, como compuesta exclusivamente de nobles y burgueses; pero ya para las próximas elecciones se agita detrás del tercer Estado, el burgués, un cuarto Estado, el proletariado; la gran masa, tormentosa y elemental, de la cual la burguesía se espanta en la misma forma que el rey se había espantado de la burguesía. Llena de miedo y con tardíos remordimientos, toda la dilatada clase de los poseedores reconoce qué poderes primitivos y demoníacos ha desencadenado, y por tanto rápidamente, por medio de una Constitución, querría limitar, unos frente a otros, los poderes del rey y los del pueblo. Para conseguir que Luis XVI apruebe tal proyecto es indispensable tratar bien, personalmente, al monarca; para ello, los partidos moderados acuerdan que no se le haga al rey ningún reproche por su fuga a Varennes; no abandonó París voluntariamente, no por su propia voluntad, declaran hipócritamente, sino que ha sido « raptado». Y cuando los jacobinos, por el contrario, organizan en el Campo de Marte una manifestación para pedir la destitución del soberano, los jefes de la burguesía, Bailly y La Fayette, hacen, por primera vez, que sea disuelta enérgicamente la muchedumbre por medio de la caballería y con salvas de fusilería.
Pero la reina -estrechamente vigilada en su propia morada desde la huida a Varennes: no le es ya permitido cerrar con llave sus puertas y la Guardia Nacional observa cada uno de sus pasos- no se engaña durante mucho tiempo sobre el auténtico valor de tales tardíos intentos de salvación. Con demasiada frecuencia oye ante sus ventanas, en lugar del antiguo grito de « ¡Viva el rey!», el nuevo de « ¡Viva la república!». Y sabe que esta república sólo puede surgir habiendo antes perecido ella, su marido y sus hijos.
La verdadera fatalidad de la noche de Varennes -también esto no tarda en reconocerlo la reina- no consistió tanto en el fracaso de su propia fuga como en el éxito de la emprendida, al mismo tiempo, por el hermano nacido después de Luis, el conde de Provenza. Apenas llegado a Bruselas, se sacude la subordinación fraternal,

tanto tiempo y tan trabajosamente soportada; se declara regente del reino como representante legítimo de la monarquía, mientras el auténtico rey Luis XVI está prisionero en París, y hace en secreto todo lo imaginable para alargar este plazo cuanto sea posible. «Del modo más inconveniente, se ha manifestado aquí la alegría por haber sido hecho prisionero el rey -informa Fersen desde Bruselas-; el conde de Artois estaba literalmente radiante.» Por fin ahora montan en la silla los que tanto tiempo tuvieron que cabalgar humildemente a la zaga de su hermano; ahora pueden hacer retiñir el sable y lanzar sin ninguna consideración desafíos guerreros; si con este motivo perecen Luis XVI, María Antonieta y probablemente Luis XVII, tanto mejor para ellos, pues de este modo habrán ascendido de un solo salto dos de las gradas del trono, y finalmente, Monsieur el conde de Provenza podrá llamarse Luis XVIII. De este modo totalmente misterioso, adoptan también los príncipes extranjeros la concepción de que es indiferente, para la idea monárquica, cuál sea el Luis que se siente en el trono de Francia; lo esencial es que se ponga un obstáculo en Europa a la difusión del veneno republicano, que sea ahogada en germen la «epidemia francesa». Con espantosa sangre fría escribe Gustavo III de Suecia: «Por grande que sea el interés que tomo por el destino de la familia real, pesa más en la balanza la dificultad de la situación general del equilibrio europeo, los intereses especiales de Suecia y la causa general de los soberanos. Todo depende de que se pueda restablecer la monarquía en Francia, y debe sernos indiferente el que sea Luis XVI, Luis XVII o Carlos X quien ocupe el trono, con tal que el trono mismo sea restaurado y destrozado el monstruo de la *Manège* (la Asamblea Nacional)». Más clara y cínicamente no puede ser dicho. Para los monarcas no hay más que «la causa de los monarcas», es decir, su propio poder no aminorado, «y debe ser indiferente», como dice Gustavo III, qué Luis ocupe el trono francés. En efecto, les es y sigue siéndoles indiferente. Y esta indiferencia les cuesta la vida a María Antonieta y a Luis XVI Contra este doble peligro interior y exterior, contra el republicanismo del país y los impulsos guerreros de los príncipes en la frontera, debe combatir ahora, al mismo tiempo, María Antonieta: tarea sobrehumana y plenamente insoluble para una mujer solo, débil, aislada y abandonada por todos sus amigos. Sería menester un genio, al mismo tiempo Ulises y Aquiles, astuto y osado; un nuevo Mirabeau; pero, en esta gran necesidad, sólo

encuentra al alcance de la mano pequeños auxiliares, y a ellos se dirige la reina. Al regreso de Varennes, María Antonieta ha reconocido, con su rápida mirada, lo fácilmente que el abogadillo provincial Barnave, cuya palabra hace gran papel en la Asamblea, se deja prender por aduladoras palabras tan pronto como habla una reina; decide utilizar ahora esta debilidad.

Por ello, se dirige directamente a Barnave, en una carta secreta, y le dice que «desde su regreso de Varennes ha reflexionado mucho sobre la inteligencia y el talento de aquel con quien ha hablado tanto, y que ha comprendido todo el provecho que podría obtener continuando con él una especie de conversación por escrito». Puede él contar con su discreción, lo mismo que con su carácter, el cual, cuando se trata del bien general, está siempre dispuesto a someterse a lo que sea necesario. Después de esta introducción, se explica más claramente: «No se puede continuar tal como estamos; es cierto que es preciso hacer algo. Pero ¿qué? Lo ignoro. Es a él a quien me dirijo para saberlo. Debe haber visto en nuestras mismas discusiones cuánta era mi buena fe. Así to será siempre.

Es el único bien que nos queda y que no podrán quitarme jamás. Creo que existe en él el deseo del bien; nosotros también lo tenemos y, dígase lo que se diga, lo hemos tenido siempre. Pónganos él en situación de que lo ejecutemos todos juntos; que encuentre medio para comunicarme sus ideas; responderé con franqueza sobre todo lo que yo podría hacer. Nada será gravoso para mí si veo realmente en ello el bien general».

Barnave les muestra esta carta a sus amigos, que a un mismo tiempo se alegran y se espantan; pero, por último, deciden que desde entonces transmitirán en común secretos consejos a la reina -Luis XVI no cuenta para nada-. Comienzan por pedir a la reina que procure que regresen los príncipes y que su hermano, el emperador, se incline a reconocer la Constitución francesa. Dócil en apariencia, acepta la reina todas estas proposiciones.

Le envía a su hermano cartas dictadas por sus consejeros; procede según sus órdenes; sólo se atreve a resistir «en un punto donde están comprometidos el honor y el agradecimiento». Y creen ya los nuevos maestros políticos haber encontrado en María Antonieta una alumna atenta y agradecida.

No obstante, ¡hasta qué punto se engañan aquellas buenas gentes! En realidad, ni por un momento piensa María Antonieta en entregarse a estos facciosos; todas estas negociaciones no deben servir más que para el antiguo temporizar, para diferir las cosas hasta que su hermano haya convocado aquel deseado «Congreso armado». Como Penélope, deshace por la noche el tejido que ha hecho de día con sus nuevos amigos.

Mientras que, por aparentar que cede, envía a su hermano, el emperador Leopoldo, las cartas que le han sido dictadas, le hace saber al mismo tiempo a Mercy: «Le he escrito el 29 una carta que comprenderá fácilmente que no es de mi propio estilo. He creído deber ceder en este punto a los deseos de los jefes de partido que me han dodo ellos mismos el proyecto de carta. He escrito otra vez al emperador ayer, día 30; sería humillante para mí si no esperase que mi hermano comprenderá que, en mi posición, estoy obligada a hacer y escribir todo lo que de mí exijan.» Insiste en «que es esencial que el Emperador esté persuadido de que no hay allí palabra que sea suya ni de su manera de ver las cosas». De este modo, aquella carta es como una carta de Uría. Si bien, «para ser justa, tengo que confesar que, en mis consejeros, aunque se atenga a sus opiniones, no he visto nunca más que gran franqueza, energía y verdaderos deseos de restablecer el orden y, por tanto, la autoridad real», siempre se niega a seguir por completo a sus auxiliares, pues, «por muy buenas intenciones que muestren, sus ideas son exageradas y no pueden convenimos jamás».

Es un doble juego sospechoso el que comienza a emplear María Antonieta con estos desacuerdos, y no muy honroso para ella, porque, por primera vez desde que se dedica a la política, o más bien porque se dedica a la política, se ve obligada a mentir, y lo hace de la manera más audaz. Mientras asegura hipócritamente a sus auxiliares que acompaña sus pasos sin reserva alguna, escribe a Fersen: «No tema usted que me deje sorprender por los fanáticos, y, si veo a algunos de ellos y tengo con ellos relaciones, no es más que para aprovecharlos; me producen demasiado horror para que nunca pueda ir con ellos». En el fondo, ella se da cuenta perfectamente de la indignidad de ese engaño hecho a gentes bienintencionadas que por su culpa perderán la cabeza en el cadalso; comprende con toda evidencia su falta, pero resueltamente atribuye la responsabilidad al tiempo y a las

circunstancias, que la han obligado a desempeñar un papel tan desdichado. «A veces -escribe, desesperada, al fiel Fersen- no me entiendo ya ni a mí misma y me veo obligada a reflexionar para saber si soy realmente yo la que habla; pero ¿qué quiere usted? Todo es necesario, y crea usted que estaríamos más abajo aún de lo que estamos si no hubiese tomado yo inmediatamente este partido; por lo menos, de esta manera ganaremos tiempo, y eso es todo lo que se precisa. ¡Qué dicha si algún día puedo volver a ser lo bastante yo misma para probar a todos estos bribones *(geux)* que no he sido engañada por ellos!» Sólo con esto sueña, una y otra vez, su orgullo indomable: poder volver a ser libre, no verse ya obligada a mentir ni diplomáticamente. Y como, en su calidad de reina coronada, tiene la sensación de poseer esta ilimitada libertad como derecho dado por Dios, opina que también tiene el de engañar de la manera más desconsiderada a todos los que quieren poner límites a este privilegio suyo.

Pero no es sólo la reina la que engaña, sino que, en esta crisis decisiva, todos los que participan en el gran juego se engañan mutuamente -en raros casos puede reconocerse de modo más plástico la inmoralidad de toda política llevada secretamente que al examinar la infinita correspondencia cambiada entre los gobiernos de entonces, príncipes, embajadores y ministros-. Todos trabajan subterráneamente contra los otros y sólo en favor de sus privados intereses. Luis XVI miente al dirigirse a la Asamblea Nacional, la cual, por su parte, sólo espera a que la idea republicana haya penetrado suficientemente en el pueblo para deponer al rey. Los constitucionales fingen ante María Antonieta un poder que están muy lejos de poseer, y son burlados por ella de la manera más despreciativa, pues, a espaldas suyas, negocia con su hermano Leopoldo. Éste, a su vez, entretiene con palabras a su hermana, pues está íntimamente decidido a no emplear en el asunto ni un soldado ni un tálero, y pacta, entre tanto, con Rusia y Prusia acerca de un segundo reparto de Polonia. Pero mientras que el rey de Prusia discute con él desde Berlín sobre el «Congreso armado» contra Francia, al mismo tiempo, en París, su propio embajador da fondos a los jacobinos y come a la mesa con Pétion. Los príncipes emigrados incitan a la guerra, pero no para conservar el trono de su hermano Luis XVI, sino para ascender a él ellos mismos to más pronto posible, y, en medio de este torneo de papel, hace grandes aspavientos el Don Quijote de la

realeza, Gustavo de Suecia, a quien, en el fondo, no le importa nada todo esto y que sólo querría desempeñar el papel de Gustavo Adolfo, el salvador de Europa. El duque de Brunswick, que debe mandar los ejércitos coligados contra Francia, trata, al mismo tiempo, con los jacobinos, que le ofrecen el trono francés; Danton, a su vez, y Demouriez juegan también un doble juego.

Los príncipes están tan exactamente de acuerdo entre sí como los revolucionarios; el hermano engaña a la hermana; el rey, a su pueblo: la Asamblea Nacional, al rey: un monarca, al otro; todo son mentiras recíprocas, sólo para ganar tiempo en favor de su propia causa. Cada uno querría sacar algo para sí de la general confusión, y aumenta con sus amenazas la inseguridad general. Nadie querría quemarse los dedos, pero todos juegan con el fuego; todos, el emperador, el rey, los príncipes, los revolucionarios, crean, mediante este eterno negociar y engañar, una atmósfera de desconfianza (semejante a la que envenena el mundo en el día de hoy), y por último, sin quererlo realmente, arrastran a veinticinco millones de hombres en la catástrofe de una guerra de veinticinco años.

Mientras tanto, sin preocuparse de estos pequeños manejos, corre agitadamente el tiempo; el compás de la Revolución no armoniza con la «temporización» de la antigua diplomacia. Hay que tomar una determinación. La Asamblea Nacional ha concluido por fin el proyecto de Constitución y se lo somete a Luis XVI para su aceptación. Hay que dar una respuesta. María Antonieta sabe que esta *monstrueuse* Constitución -como le escribe a la emperatriz Catalina de Rusia- «significa una muerte moral, mil veces peor que la muerte física, que libra de todos los males»; sabe también que en Coblenza y en las cortes extranjeras será censurada la aceptación como una entrega de sí mismo y hasta quizá como una cobardía personal, pero el poder real ha caído ya tan bajo que ella misma, la más orgullosa, tiene que aconsejar la sumisión.

«Hemos probado suficientemente, con el viaje emprendido hace dos meses -escribe-, que no calculamos lo que les puede ocurrir a nuestras personas cuando se trata del bien general... Es imposible, vista la situación de aquí, que el rey rechace la aceptación. Crea usted que la cosa tiene que ser verdadera cuando yo la digo. Conoce usted bastante bien mi carácter para creer que se inclinaría más bien a algo noble y lleno de valor; mas no es valeroso arrojarse a correr un peligro más que

cierto.» Pero cuando está ya preparada la pluma para firmar la capitulación, comunica María Antonieta a sus confidentes que el rey, en lo más íntimo de su corazón -el uno engaña al otro y es a su vez engañado-, no está en modo alguno dispuesto a mantener la palabra dada al pueblo. «En lo que hace a la aceptación, es imposible que cualquier pensante no vea que no estamos libres, hagamos lo que hagamos. Pero, acerca de esto, es esencial que no despertemos sospechas en los monstruos que nos rodean... En todo caso, sólo pueden salvarnos las potencias extranjeras. El ejército está perdido, el dinero ya no existe; ningún lazo, ningún freno puede retener al populacho armado por todas partes. Los jefes mismos de la Revolución no son ya escuchados cuando quieren hablar de orden. He aquí el deplorable estado en que nos encontramos. Añádase a esto que no tenemos ni un amigo, que todo el mundo nos hace traición: los unos por odio, los otros por debilidad o ambición. En fin, estoy reducida a temer el día en que parezca que van a darnos una especie de libertad. Hoy, por lo menos, por estar totalmente invalidados, no tenemos nada que reprocharnos.» Y continúa con sinceridad asombrosa: «Ve usted mi alma entera en esta carta, Puedo engañarme, pero éste es el único medio que veo todavía para poder salvarnos. He escuchado cuanto me ha sido posible a gentes de uno y otro bando, y con todas sus opiniones me he formado la mía. No sé si será aceptada. Ya conoce usted a la persona con quien tengo que tratar; en el momento en que se la cree persuadida, una palabra, un razonamiento, la hacen cambiar sin que ella lo sospeche. Por este motivo también es por lo que no pueden ser emprendidas mil cosas. En fin, pase lo que pase, consérveme usted su amistad y su adhesión. Las necesito mucho, y crea usted que cualquiera que sea la desgracia que me persiga, podré ceder a las circunstancias, pero jamás consentiré en hacer nada indigno de mí. En la desgracia es donde más se siente lo que cada cual es. Mi sangre corre por las venas de mi hijo, y espero que algún día se mostrará digno descendiente de María Teresa».

Son éstas unas palabras grandes y conmovedoras, pero no disimulan la vergüenza que experimenta esta mujer sincera y bienintencionada ante los forzosos embustes. Sabe en lo más profundo de su corazón que procede de un modo menos regio con esta poco honrada conducta que si hubiese renunciado al trono voluntariamente. Pero ya no cede la elección.

«Renunciando hubiera sido más noble -escribe a su querido Fersen-, pero era imposible dadas las circunstancias. Hubiera deseado que la aceptación fuera más simple y más leve; pero ésta es la desgracia de no estar rodeados más que de malvados; pero, una vez más, le aseguro que éste es el proyecto menos malo de los que han sido presentados. Las locuras de los príncipes y de los emigrados nos han forzado también a dar este paso; era esencial, al aceptar, quitar toda duda de que no fuera de buena fe.» Con esta aceptación aparente, desleal y, por tanto, impolítica de la Constitución, la familia real ha ganado un tiempo de respiro; ése es todo el provecho -provecho cruel, como se verá bien pronto- de ese doble juego. Todos se sienten aliviados como si cada uno creyera realidad las mentiras de los otros. Durante un segundo se desgarra la nube tempestuosa y se disipa. Otra vez reluce engañosamente el sol del favor popular sobre las cabezas de los Borbones. Inmediatamente después de que el rey ha comunicado, el 13 de septiembre de 1791, que el día siguiente jurará la Constitución en medio de la Asamblea, son retirados los guardias que hasta entonces habían vigilado el palacio real, abiertos al público los jardines de la Tullerías. Ha terminado la cautividad, y con ella la Revolución -según piensa la mayoría con excesiva premura-. Por primera vez desde hace innumerables semanas y meses, pero también por vez postrera, oye María Antonieta diez mil voces que gritan el ya totalmente descaecido clamor: «¡Viva el rey! ¡Viva la reina!».

Pero hace ya mucho tiempo que todos, amigos y enemigos, más acá y más allá de las fronteras, se han conjurado para no dejarla vivir más tiempo.

Capítulo 31
Aparece el amigo por última vez

Las horas verdaderamente trágicas en el ocaso de María Antonieta no fueron nunca las de gran tempestad, sino los días engañadoramente hermosos que lucían fugitivos en medio de ellos. Si la Revolución se hubiese precipitado como una montaña que se desploma aplastando de repente a la monarquía; si su caída hubiera sido como la de un alud, sin dar tiempo para reflexionar, esperar ni resistir, no habría sido tan terrible para los nervios de la reina como esta lenta agonía. Pero siempre vuelven otra vez a producirse repentinas calmas entre las tempestades; cinco, diez veces, durante la Revolución, ha podido creer la familia real que por fin está ya la paz definitivamente establecida y terminado el combate. Pero la Revolución es un elemento de la naturaleza lo mismo que el mar; no de un solo salto invade la tierra una marea, sino que, después de cada vigoroso ataque, se retira la ola, aparentemente agotada pero en realidad sólo para cobrar un nuevo impulso aún más aniquilador. Y nunca saben los amenazados por ella si la última ola será o no seguida por otra más fuerte y más peligrosa.

Aceptada la Constitución, parece sobrepasada la crisis. La Revolución se ha convertido en ley; la inquietud ha cuajado en formas duraderas. Vienen algunos días, algunas semanas de ilusorio bienestar, semanas de engañadora euforia; el júbilo llena las calles; entusiasmo en la Asamblea Nacional; los teatros retumban con tempestades de aplausos.

Pero María Antonieta ha perdido desde hace mucho tiempo la ingenua y despreocupada credulidad de su juventud. «¡Qué triste es -le dice suspirando al aya de sus niños, al regresar al palacio después de ver la ciudad iluminada solemnemente- que algo tan hermoso sólo pueda producir en nuestros corazones un sentimiento de tristeza a inquietud!» Engañada demasiadas veces, no quiere serlo más. «Todo está bastante tranquilo por el momento -escribe a Fersen, el amigo de su corazón-, pero esta tranquilidad no pende más que de un hilo y el pueblo está siempre dispuesto a hacer horrores, como lo estaba antes; nos dicen que ahora está a favor nuestro; nada creo, por lo menos en lo que a mí se refiere. Sé el precio que hay que ponerle a todo esto; la mayoría de las veces está ya pagado, y no nos ama

sino en cuanto hacemos lo que él quiere. Es imposible seguir más tiempo de este modo; no hay más seguridad ahora en París que la que había antes, y acaso menos aún, porque se acostumbra vernos envilecidos.» En efecto, la Asamblea Nacional nuevamente elegida trae un desengaño; en opinión de la reina, es «mil veces peor que la otra», y uno de sus primeros decretos es el de arrebatar al rey el título de «Majestad». Al cabo de pocas semanas, la dirección ha pasado a poder de los girondinos, que anuncian abiertamente que sus simpatías van hacia la república, y el sagrado arco iris de la Revolución se disuelve rápidamente detrás del nuevo amontonamiento de nubes. Otra vez comienza el combate.

El rápido empeoramiento de su situación no tienen que atribuirlo el rey y la reina sino, en primer término, a su propia parentela. El conde de Provenza y el conde de Artois han establecido en Coblenza su cuartel general, y desde allí mueven franca guerra contra las Tullerías. El que el rey, en la más amarga necesidad haya aceptado la Constitución, les sirve excelentemente para hacer escarnecer como cobardes, por periodistas que tienen a sueldo, a María Antonieta y a Luis XVI y ser presentados ellos mismos, que se encuentran en lugar seguro, como los únicos defensores de la idea monárquica: les es indiferente que su hermano responda con su propia vida de los gastos de este juego. En vano Luis XVI requiere y suplica a sus hermanos, y hasta se lo ordena, que vuelvan a entrar en Francia para alejar de este modo la justa desconfianza del pueblo. Los usurpadores afirman pérfidamente que ésta no es la auténtica expresión de la voluntad del monarca prisionero, permanecen en Coblenza, lejos del peligro, y representan sin daño su papel de héroes. María Antonieta tiembla de furor ante la cobardía de los emigrados, «esa despreciable raza de hombres que se dicen sometidos a nosotros y que no nos han hecho más que daño».

Inculpa abiertamente a los parientes de su marido, diciendo que sólo «su conducta es lo que nos ha arrastrado a la situación en que estamos ahora». «Pero -escribe irritada- ¿qué quiere usted? Para no cumplir nuestras voluntades, han adoptado el tono y la manía de decir que no somos libres (cosa que es muy verdad); que, por consiguiente, no podemos decir lo que pensamos y que hay que actuar a la inversa.» En vano suplica al emperador que «contenga a los príncipes y a los franceses que están fuera del país»; el conde de Provenza se adelanta a su

emisario, hace pasar todas las órdenes de la reina por «forzadas », y en todas partes encuentra aprobación entre los partidarios de la guerra. Gustavo de Suecia le devuelve a Luis XVI, sin abrirla, la carta en que éste le participa la aceptación de la Constitución; aún más despreciativamente se mofa Catalina de Rusia de María Antonieta, diciéndole que es triste no tener otra esperanza sino un rosario. El propio hermano de Viena deja que pasen semanas antes de darle una tortuosa respuesta; en el fondo, las potencias esperan hasta que haya una ocasión favorable para ellas de obtener cualquier ventaja de la situación anárquica de Francia. Nadie ofrece verdadera ayuda a los reyes, nadie hace una clara proposición, nadie pregunta honradamente lo que quieren y desean los oprimidos de las Tullerías; cada vez más acaloradamente, juegan todos su doble juego a expensas de los desdichados prisioneros.

Pero, propiamente, ¿qué es lo que quiere y desea que ocurra la misma María Antonieta? La Revolución francesa, que, como casi todo movimiento político, siempre sospecha en el adversario planes profundos y misteriosos, cree que María Antonieta, cree que el «comité austríaco» prepara en las Tullerías una magna cruzada contra el pueblo francés, y algunos historiadores lo han repetido. En realidad, María Antonieta, diplomática por desesperación, no ha tenido nunca una idea clara ni un auténtico plan. Con admirable espíritu de sacrificio y diligencia sorprendente en ella, escribe carta tras carta para enviarlas a todas direcciones; compone y redacta memorias y proposiciones, discute y delibera, pero cuanto más escribe, menos comprensible llega a ser realmente cuáles son las ideas políticas que sustenta. Flota inciertamente ante su pensamiento un Congreso armado de las potencias, una serie de semi medidas, no demasiado violentas, no demasiado benignas, que, de una parte, intimiden con su amenaza a los revolucionarios y, de la otra, no sea un desafío al sentimiento nacional francés; pero no está claro para ella misma ni el cuándo ni el cómo; no procede, no piensa lógicamente, sino que sus bruscos movimientos y gritos recuerdan los de quien está ahogándose, que, con todo lo que hace, se hunde en el agua cada vez más profundamente. Una vez declara que el único camino practicable para ella es adquirir la confianza del pueblo, y con el mismo aliento, en la misma carta, escribe: « Ya no hay ninguna posibilidad de conciliación». No quiere guerra y prevé muy justa y claramente lo que ha de

suceder: «De una parte nos veremos obligados a marchar contra ellos, sin que pueda ser de otro modo, y de otra, aun así, seremos acusados aquí de hacerlo de mala fe y de acuerdo con ellos». Y algunos días más tarde vuelve a escribir: «Sólo la fuerza armada puede repararlo todo, y nada haremos sin el socorro extranjero».

Por un lado incita a su hermano el emperador para que por fin «sienta sus propias injurias. No hay que inquietarse por nuestra seguridad; este mismo país es el que provoca la guerra». Pero después vuelve otra vez a sujetarle el brazo: «Un ataque desde fuera nos costaría la vida». Finalmente, nadie conoce ya, en realidad, cuáles son sus propósitos.

Las cancillerías diplomáticas, que en modo alguno piensan en prodigar su dinero en un « Congreso armado» y que si ponen en las fronteras costosos ejércitos es porque quieren tener una guerra verdadera y sangrienta, con anexiones a indemnizaciones, se encogen de hombros ante la idea de que deben mantener en pie de guerra a sus soldados sólo *pour le Roi de France*. «¿Qué hay que pensar -le escribe Catalina de Rusia- de una gente que durante todo el tiempo negocia de dos maneras, de las cuales la una es opuesta a la otra?» Y el mismo Fersen, el fidelísimo, que cree conocer lo más íntimo de los pensamientos de María Antonieta, al final no comprende ya lo que realmente quiere la reina, si la paz o la guerra; si en su fuero interno se ha reconciliado con la Constitución o si sólo entretiene fingidamente a los constitucionalistas; si engaña a la Revolución o a los príncipes, mientras que en realidad la abrumada mujer sólo quiere una cosa: vivir, vivir y vivir y no soportar más humillaciones. En su interior, ella sufre más de lo que sospecha nadie con este doble juego, insostenible para su rectilíneo carácter; una y otra vez su repugnancia ante este obligado papel vuelve a exhalarse en clamores profundamente humanos. «No sé qué gesto adoptar ni qué tono emplear; todo el mundo me acusa de disimulación, de falsía, y nadie puede creer -con razón- que mi hermano se interesa tan escasamente en la terrible posición de su hermana que la expone al peligro sin cesar y sin decirle nada. Sí, me expone, y mil veces más que si actuase; el odio, la desconfianza y la insolencia son los pies móviles que mueven a este país en este momento. Son insolventes por exceso de miedo y porque, al mismo tiempo, creen que no se hará nada desde fuera... No hay nada peor que continuar como estamos; ya no hay socorro que esperar del tiempo y del interior de Francia.» Una única

persona comprende, por fin, que todo ese ir y venir, estas órdenes y contraórdenes son sólo signo de una perpleja desesperación y que esta mujer no puede salvarse sola. Sabe que no tiene a nadie a su lado, pues Luis XVI no cuenta a causa de su irresolución. Tampoco la cuñada, madame Elisabeth, es por completo la compañera celestial, fiel y providente que alaba la leyenda realista: «Mi hermana hasta tal punto es indiscreta, está tan rodeada de intrigantes y, sobre todo, dominada por sus hermanos de fuera, que no hay medio de hablar con ella o habría que estar riñendo todo el día». Y más duramente, más bárbaramente, desde lo más alto de su sinceridad: «Nuestra vida de familia es un infierno; no hay medio de decir nada, aun con las mejores intenciones del mundo».

De modo cada vez más claro siente Fersen, desde lejos, que sólo una persona podría servirla ahora de socorro, y que esa persona que posee la confianza de la reina no es su esposo, no es el hermano ni ninguno de los parientes, sino él mismo. Pocas semanas antes le ha enviado ella por una vía secreta, por medio del conde de Esterhazy, un mensaje de inviolable amor: «Si usted le escribe dígale que muchas leguas y muchos países no pueden separar jamás los corazones. Cada día siento más la verdad de estas palabras», y una segunda vez: «No sé dónde está; es un espantoso suplicio no tener ninguna noticia y no saber siquiera dónde habitan las gentes a quien uno ama». Estas últimas y ardientes palabras de amor van acompañadas de un presente, un anillo de oro, en cuyo borde están grabadas tres flores de lis con esta inscripción: «Cobarde quien las deja». Este anillito, según le escribe a Esterhazy, lo ha mandado hacer María Antonieta a la medida de su propio dedo, y lo ha llevado en su mano durante dos días antes de enviarlo, para que con ello el calor de su sangre todavía viviente penetre en el frío oro. Fersen lleva en su dedo este anillo de la amada, y el anillo con su inscripción: «Cobarde quien las deja» llega a ser una diaria apelación a su conciencia para que se atreva a todo en favor de esta mujer; como el acento de la desesperación brota de modo tan poderoso de sus cartas, como conoce qué ruda confusión comienza a apoderarse de la mujer amada al verse abandonada de todos los hombres, se siente incitado a realizar un verdadero acto heroico: ya que ambos no pueden comprenderse de modo terminante por sus cartas, resuelve ir al encuentro de María Antonieta en

París, en el mismo París de donde está proscrito y donde su presencia significa para él una muerte segura.

María Antonieta se espanta con la noticia. No, no quiere aceptar tan excesivo y verdaderamente heroico sacrificio de parte de su amigo. Como verdadera enamorada, ama más la vida de él que la suya propia, y más también que los inefables consuelos y dichas que puede aportarle su proximidad. Por ello responde precipitadamente el 7 de diciembre: «Es absolutamente imposible que venga usted aquí en este momento; sería arriesgar nuestra dicha; y cuando lo digo puede creerme, porque tengo extremados deseos de verle». Pero Fersen no ceja.

Sabe que «es absolutamente necesario sacarla del estado en que se encuentra». Ha ideado con el rey de Suecia un nuevo proyecto de fuga, y sabe, a pesar de las negativas de la reina, con el claro sentimiento de un corazón que se siente anhelado, cuánto languidece ella por él y cuánto descanso significaría para el alma de esta mujer totalmente aislada, al cabo de tantas cartas llenas de precauciones y disimulos, poder hablarle otra vez, libre y sin trabas. Al principio de febrero de 1792 adopta Fersen la resolución de no esperar más tiempo y trasladarse a Francia junto a María Antonieta.

Esta resolución es realmente suicida. Hay cien probabilidades contra una de que no regrese de este viaje, pues ninguna cabeza está más puesta a precio en aquel tiempo en Francia que la suya propia. Ningún nombre ha sido pronunciado tantas veces ni con tanto odio como el suyo; Fersen está públicamente desterrado de París; la orden de detención contra él está en todas las manos; una sola persona que lo reconozca por el camino o en París, y su cadáver yacerá destrozado sobre la calle. Pero Fersen, y esto realza mil veces su heroísmo, no quiere ir solamente a París y zambullirse allí en cualquier rincón escondido, sino ir directamente a la inaccesible cueva del Minotauro, a las Tullerías, guardada día y noche por mil doscientos guardias nacionales; al palacio donde cada lacayo, cada camarera, cada cochero de la gigantesca servidumbre lo conoce personalmente. Pero esta vez o nunca se le ofrece a este noble la ocasión de probar su juramento: «Vivo sólo para servirla». El 11 de febrero cumple esta palabra y lleva a cabo una de las empresas más osadas de toda la historia de la Revolución. Fersen viaja bajo una peluca postiza, con un pasaporte falso, para el cual ha falsificado osadamente la

indispensable firma del rey de Suecia; en apariencia, va a Lisboa en una misión diplomática, sólo acompañado de su ayudante, el cual figura como sirviente. Mediante un milagro, ni documentos ni personas son examinados minuciosamente; sin que los molesten llegan a París el 13 de febrero, a las cinco y media de la tarde. Aunque tiene aquí una amiga absolutamente segura, o, más bien, una querida que está dispuesta a ocultarle aun con peligro de su vida, Fersen se dirige directamente de la silla de posta a las Tullerías. En los meses de invierno, la oscuridad comienza pronto, y su amistoso manto cubre al audaz. La puerta secreta, de la que todavía posee la llave, tampoco esta vez está guardada, por asombrosa y feliz casualidad, llave, fielmente conservada, cumple con su deber; entra Fersen; al cabo de ocho meses de la más cruel separación y de indecibles acaecimientos -todo el mundo se ha transformado desde entonces vuelve a estar el amado junto a la amada; vuelve a encontrarse Fersen, de nuevo y por última vez, al lado de María Antonieta.

Acerca de esta memorable visita existen dos notas diversas de mano de Fersen, que difieren notablemente una de otra: la una oficial y la otra íntima; y su misma divergencia es infinitamente decisiva para conocer la verdadera forma de las relaciones que unían a Fersen con María Antonieta. Pues en la carta oficial informa a su soberano de haber llegado a París el 13 de febrero, a las seis de la tarde, y haber visto a Sus Majestades -literalmente en plural; por tanto, al rey y a María Antonieta aquella noche misma, habiendo hablado con ellos, y por segunda vez la noche siguiente. Pero esta comunicación destinada al rey de Suecia, a quien Fersen conoce como muy charlatán y a quien no quiere confiar el honor de María Antonieta, se contradice con la nota íntima, muy expresiva, de su *Diario*. Dice así: «Ido junto a ella; pasado por mi camino habitual; miedo a los guardias nacionales; alcanzado su habitación maravillosamente». Dice de modo terminante, por tanto, «junto a ella» y no «junto a ellos». Vienen después, en el *Diario*, otras dos palabras que más tarde fueron hechas ilegibles, con tinta, por aquella famosa y melindrosa mano. Pero, felizmente, se logró volver a descubrirlas, y estas dos palabras, cargadas de contenido, dicen de este modo: *«resté là»,* es decir, «quedado allí» Con estas dos palabras queda aclarada toda la situación de aquella noche tristanesca: Fersen no fue, según ello, recibido entonces por ambas majestades como le hace creer al rey de Suecia, sino por María Antonieta sola, y pasó aquella noche -sobre esto no cabe

duda alguna- en las habitaciones de la reina. Una retirada nocturna, un nuevo ingreso al día siguiente para abandonar otra vez las Tullerías, habría significado aumentar el peligro del modo más absurdo, pues por los pasillos patrulla día y noche la guardia nacional. Mas las habitaciones de María Antonieta, en el piso bajo, no contenían, según se sabe, más que un dormitorio y un tocador minúsculo: no hay, pues, ninguna otra explicación posible sino la tan penosa para los defensores de la virtud de que Fersen pasó escondido aquella noche y el día siguiente, hasta las doce de la noche, en el dormitorio de la reina, único recinto, dentro de todo el palacio, donde estaba seguro de la vigilancia de la Guardia Nacional y de la mirada de la servidumbre.

Acerca de estas horas de acompañada soledad nada dice Fersen, el cual siempre supo guardar silencio del modo más asombroso hasta en la intimidad de su *Diario*: concuerda bien con aquellos otros este nobilísimo deber. A nadie puede negársele el derecho de creer que también esta noche haya sido consagrada exclusivamente a una romántica adoración caballeresca y a conversaciones políticas. Pero quien sienta con su corazón y con sus claros sentidos, quien crea en el poder de la sangre como en una ley eterna, para ése es seguro que aun cuando Fersen no hubiera sido desde largo tiempo atrás el amante de María Antonieta, lo habría llegado a ser en esta noche fatal, en esta última noche que no podrá repetirse jamás, lograda con el más extremo riesgo en que puede ponerse el humano valor.

La primera noche pertenece por completo a los amantes; sólo la siguiente, a la política.

A las seis de la tarde, por tanto exactamente veinticuatro horas después de la llegada de Fersen, penetra el discreto esposo en la habitación de la reina para dialogar con el heroico mensajero. El plan de fuga propuesto por Fersen es rechazado por Luis XVI, primero porque lo tiene por prácticamente imposible y después también por un sentimiento de honor, ya que ha prometido públicamente a la Asamblea Nacional que permanecerá en París y no quiere hacer traición a su palabra. (Fersen consigna en su *Diario*, lleno de respeto: «Pues es un hombre honrado».) De hombre a hombre, en plena confianza, le expone después el rey la situación al amigo seguro. «Estamos aquí solos -dijo-, y podemos hablar. Sé que me culpan de debilidad a irresolución, pero aún nadie se ha encontrado jamás en la

situación en que me encuentro. Sé que he desaprovechado (para la fuga) el verdadero momento, el 14 de julio, y desde entonces no ha vuelto a presentarse ocasión semejante. Todo el mundo me tiene abandonado.» Tanto la reina como el rey no tienen ya esperanza alguna de salvarse por sí mismos. Las potencias deben intentar todo lo imaginable sin preocuparse de sus personas. Pero no deben asombrarse si se ve forzado él a dar su consentimiento para muchas cosas; acaso, en su actual situación, tengan que hacer lo que no les brota del corazón. Ellos, por su parte, sólo pueden ganar tiempo; la salvación misma tiene que venir de fuera.

Fersen permanece en palacio hasta medianoche. Está dicho todo lo que había que decir.

Ahora viene lo más difícil de aquellas treinta horas: tienen que despedirse. Ni uno ni otro quieren creerlo, pero ambos lo presienten de un modo que no engaña: ¡Nunca más! ¡Nunca más en la vida! Para consolar a la emocionada amiga le promete él que volverá en cuanto en alguna forma pueda serle posible, y se siente dichoso al ver cuánto se ha calmado ella con su presencia. Hasta la puerta, por los pasillos oscuros y felizmente desiertos, acompaña la reina a Fersen. Todavía no han cambiado las últimas palabras, todavía no se han dado los últimos abrazos, cuando oyen acercarse unos desconocidos pasos: ¡mortal peligro! Fersen, envuelto en su capa, con la peluca calada, se desliza fuera; María Antonieta se vuelve furtivamente a su habitación; por última vez se han visto los amantes.

Capítulo 32
Refugio en la guerra

Receta antiquísima: cuando los Estados y gobiernos no saben ya cómo dominar una crisis interna, tratan de desviar la atención hacia fuera; conforme con esta ley permanente, los directores de la Revolución, para librarse de la inevitable guerra civil, exigen desde meses atrás la guerra con Austria. Al aceptar la Constitución, es cierto que Luis XVI ha disminuido su categoría regia, pero la ha asegurado. La Revolución debía estar ahora terminada para siempre -y los espíritus cándidos como La Fayette así lo creen-, mas el partido de los girondinos, que domina en la recién elegida Asamblea Nacional, es republicano de corazón. Quiere suprimir la monarquía, y para ello no hay mejor medio que una guerra, la cual, inevitablemente, tiene que poner a la familia real en conflicto con la nación, pues la vanguardia de los ejércitos extranjeros la forman los dos bulliciosos hermanos del rey y el Estado Mayor enemigo está sometido al hermano de la reina.

Que una guerra no ayudará a sus asuntos, sino que puede dañarlos, lo sabe muy bien María Antonieta. Cualquiera que sea su desenlace militar, tiene que ser perjudicial para ellos. Si los ejércitos de la Revolución alcanzan la victoria contra los emigrados, los emperadores y los reyes, es indudable que Francia no continuará soportando un «tirano».

Si, de otra parte, las tropas nacionales son vencidas por los parientes del rey y de la reina, es indudable que el populacho de París, excitado espontáneamente o por elementos interesados, hará responsables a los prisioneros de las Tullerías. Si vence Francia, perderán el trono; si vencen las potencias extranjeras, perderán la vida. Por este motivo, ha conjurado María Antonieta, en innumerables camas, a su hermano Leopoldo y a los emigrados para que se mantengan tranquilos, y aquel soberano, prudente, vacilante, que calcula con frialdad y es íntimamente enemigo de la guerra, se ha sacudido literalmente de sobre sí a los príncipes y emigrantes, que hacen sonar sus sables, evitando todo to que pudiera significar una provocación.

Pero hace mucho tiempo que se ha oscurecido la buena estrella de María Antonieta.

Todo lo que tiene preparado el destino en cuanto a sorpresas se vuelve contra ella.

Precisamente ahora, el 1º de marzo de 1792, una enfermedad repentina arrebata la vida de su hermano Leopoldo, el mantenedor de la paz, y quince días más tarde, el pistoletazo de un conspirador da muerte al mejor defensor de la idea monárquica entre los soberanos europeos, a Gustavo de Suecia. Con ello ha llegado a ser inevitable la guerra. Pues el sucesor de Gustavo no piensa ya en sostener la causa monárquica, y el sucesor de Leopoldo II no se preocupa de su pariente consanguínea, sino que exclusivamente presta atención a sus propios intereses. En este emperador Francisco II, de veinticinco años, limitado, frío, totalmente sin corazón, en cuya alma no brilla ya ninguna chispa del espíritu de María Teresa, no encuentra María Antonieta ni inteligencia ni voluntad de comprensión. Recibe secamente sus mensajes y con indiferencia sus cartas; aunque su familiar se encuentre en el más espantoso de los dilemas, aunque las medidas que el emperador adopta pongan en peligro la vida de la reina, nada de ello le preocupa. Ve sólo la coyuntura de aumentar su potencia y rechaza todos los deseos y solicitudes de la Asamblea Nacional fría y provocativamente.

Ahora son los girondinos los que han vencido. El 20 de abril, después de una larga resistencia -y, según se afirma, con lágrimas en los ojos-, se ve obligado Luis XVI a declarar la guerra al «rey de Hungría». Los ejércitos se ponen en movimiento y toma su rumbo el destino.

¿De qué lado está el corazón de la reina en esta guerra? ¿Con su antigua o con su nueva patria? ¿Con los ejércitos franceses o con los extranjeros? Los historiadores realistas, sus incondicionales defensores y panegiristas, han dado angustiosamente vueltas en torno a esta cuestión capital y hasta han llegado a introducir, falsificándolos, pasajes enteros en memorias y cartas para oscurecer el hecho, claro a indudable, de que María Antonieta, en esta guerra, ha anhelado con toda su alma el triunfo de las tropas de los soberanos aliados y la derrota de los franceses. Es innegable esta posición; quien la silencia comete un fraude. Negarla es mentir. Porque hay aún más: María Antonieta, que ante todo se siente reina y, sólo después, reina de Francia, no sólo está contra aquellos que han limitado su poder real y a favor de los que quieren fortalecerla en sentido dinástico, sino que llega a hacer todo lo permitido y no permitido para acelerar la derrota francesa y promover la victoria del extranjero. «Dios quiera que algún día queden vengadas todas las

provocaciones que hemos recibido en este país», escribe a Fersen, y aunque hace mucho tiempo que ha olvidado su lengua materna y se ve obligada a hacer que le traduzcan las cartas escritas en alemán, escribe de este modo: «Más que nunca me siento ahora orgullosa de haber nacido alemana». Cuatro días antes de que sea declarada la guerra transmite al embajador austríaco -es decir, traidoramente- los planes de campaña del ejército revolucionario, hasta el punto en que son conocidos por ella. Su situación es perfectamente clara: para María Antonieta, las banderas austríaca y prusiana no son nunca enemigas, y la francesa tricolor sí lo es.

Indudablemente -la palabra viene al instante a los labios-, ésta es una manifiesta traición a la patria, y los tribunales de todos los países calificarían hoy de criminal tal conducta. Pero no hay que olvidar que el concepto de lo nacional y de la nación no estaba todavía formado en el siglo XVIII sólo la Revolución francesa comienza a darle forma en Europa. El siglo XVIII, a cuyas concepciones está indisolublemente unida María Antonieta, no conoce todavía ningún otro punto de vista que el puramente dinástico; el país pertenece al rey; allí donde esté el rey, está el derecho; quien lucha por el rey y la monarquía, combate indudablemente por la causa justa. Quien se alza contra la monarquía es un insurgente, un rebelde, aun cuando combata por su propio país. La absoluta falta de desenvolvimiento de la idea de patria produce, sorprendentemente, en esta guerra una disposición antipatriótica en la sensibilidad del campo adversario; los mejores alemanes: Klopstock, Schiller, Fichte, Hölderlin, por la idea de la libertad anhelan la derrota de las tropas alemanas, que todavía no son tropas del pueblo, sino los ejércitos de la causa del despotismo. Celebran la retirada de las fuerzas prusianas, mientras que, a su vez, en Francia, el rey y la reina saludan la derrota de sus propias tropas como una ventaja personal. A un lado y otro, la guerra no se hace por intereses del país, sino por una idea, la de la soberanía o de la libertad. Y nada caracteriza mejor la notable confusión entre las concepciones del antiguo y del nuevo siglo como el hecho de que el caudillo de los ejércitos aliados alemanes, el duque de Brunswick, un mes antes de la declaración de guerra, delibere aún seriamente sobre si no será preferible para él tomar el mando de las tropas francesas contra las alemanas. Se ve bien que los conceptos de patria y nación no estaban todavía bien claros en 1791, en el espíritu del siglo XVIII.

Sólo esta guerra, creando los ejércitos nacionales y la conciencia nacional, y con ello las espantosas luchas fratricidas entre naciones enteras, producirá la idea del patriotismo nacional que ha de heredar el siglo siguiente.

De que María Antonieta desee la victoria de las potencias extranjeras, lo mismo que del hecho de su traición al país, no se tiene en París ninguna prueba. Pero si el pueblo, como masa, no piensa nunca lógicamente y conforme a un plan, tiene sin embargo una facultad para el husmeo más elemental y animal que la del individuo aislado; en lugar de actuar reflexivamente, lo hace por instinto, y este instinto es casi siempre infalible. Desde el primer momento siente el pueblo francés en la atmósfera la hostilidad de las Tullerías; sin que tenga de ello puntos externos de referencia, ventea la traición militar, realmente ocurrida, de María Antonieta a su ejército y a su causa; y a cien pasos del palacio real, en la Asamblea Nacional, uno de los girondinos, Vegniaud, lleva abiertamente la acusación a la sala de sesiones. «Desde esta tribuna de donde os hablo se descubre el palacio donde unos consejeros perversos extravían y engañan al rey que la Constitución nos ha dado, forjan las cadenas con que quieren prendemos y preparan las maniobras que deben entregarnos a la Casa de Austria. Veo las ventanas del palacio donde se trama la contrarrevolución, donde se combinan los medios de volver a sumimos otra vez en los horrores de la esclavitud.» Y a fin de que se reconozca claramente a María Antonieta como la verdadera instigadora de esta conjuración, añade amenazadoramente: «Que todos los habitantes sepan que nuestra Constitución no concede inviolabilidad más que al rey.

Que sepan que la ley alcanzará allí, sin distinción, a los culpables y que no habrá ni una sola cabeza a la cual se le pruebe culpabilidad que pueda librarse de la cuchilla». La Revolución comienza a comprender que sólo puede vencer al enemigo exterior librándose igualmente del de dentro de casa. A fin de poder ganar la gran partida ante el mundo, tiene que haber dado jaque mate al rey en sus influencias. Todos los verdaderos revolucionarios intervienen ahora enérgicamente en este conflicto; de nuevo marchan en vanguardia los periódicos y exigen la destitución del rey; nuevas ediciones del famoso escrito *La vie scandaleuse de Marie-Antoinette* son repartidas por las calles, a fin de reanimar con nueva energía el antiguo odio. En la Asamblea Nacional son presentadas intencionadamente proposiciones con las

cuales se espera llevar al rey a tener que hacer use de su constitucional derecho de veto; ante todo, aquellas a las que Luis XVI, como católico ferviente, no puede nunca dar su aprobación, como la de desterrar violentamente a los clérigos que se han negado a prestar juramento a la Constitución: se procura provocar un rompimiento oficial. Y, en efecto, el rey saca por primera vez fuerzas de flaqueza y opone su veto. Mientras fue fuerte, jamás había hecho use de sus derechos; ahora, a un palmo de la ruina, este hombre desdichado, en uno de los momentos más inoportunos y contraproducentes, intenta mostrar por primera vez su valor. Pero el pueblo no quiere sufrir ya la oposición de este títere. Este veto, debe ser la última palabra del rey contra su pueblo.

Para dar al rey una buena lección, y más a aquella inflexible y orgullosa austríaca, eligen los jacobinos, tropa de asalto de la Revolución, la simbólica fecha del 20 de junio.

En este día, tres años antes, se reunieron por primera vez, en el Juego de Pelota de Versalles, los representantes del pueblo para prestar el solemne juramento de no ceder ante el poder de las bayonetas y dar a Francia, por su propia fuerza, una forma política y legal. En este día también, hace un año, se deslizó el rey por la noche, disfrazado de lacayo, por una puertecilla de servicio de su palacio, para escapar a la dictadura del pueblo. En este día de aniversario debe serle hecho saber para siempre que él no es nada y el pueblo lo es todo. Lo mismo que en 1789 el asalto de Versalles, se prepara metódicamente en 1792 el asalto de las Tullerías. Pero entonces aún había que reclutar clandestinamente y fuera de la ley, a favor de la oscuridad, aquel ejército de amazonas; mientras que hoy marchan a la luz del día, bajo el rebato de las campanas, mandados por el cervecero Santerre, quince mil hombres con banderas desplegadas, asistidos por la municipalidad; la Asamblea Nacional les abre sus puertas, y el alcalde Pétion, que hubiera tenido que cuidar del orden público, se hace el desentendido para fomentar el completo éxito de esta humillación al rey.

La marcha de la columna revolucionaria comienza como un puro desfile de fiesta por delante de la Asamblea Nacional. En apretadas filas marchan los quince mil hombres, con grandes carteles de «Abajo el veto» y «La libertad o la muerte», al compás de *Ça ira*, por delante de la Escuela de Equitación, donde celebra sus

sesiones la Asamblea; a las tres y media parece terminada la gran comedia y comienza la retirada. Pero sólo entonces se constituye la auténtica manifestación, pues en lugar de retirarse pacíficamente, la gigantesca masa del pueblo, sin mandato de nadie pero dirigida de modo invisible, se arroja contra la entrada de palacio. Cierto que están allí los guardias nacionales y los gendarmes con bayonetas caladas, pero la corte, con su habitual indecisión, no ha dado ninguna orden para este caso, fácil de prever; los soldados no oponen ninguna resistencia, y de un solo golpe se precipitan las masas por el estrecho embudo de la puerta. Tan fuerte es la presión de esta muchedumbre que, por su impulso, los primeros manifestantes son llevados por la escalera arriba hasta el primer piso. Ya no es posible ahora detenerlos; echan abajo las puertas o saltan las cerraduras, y antes de que pueda ser tomada ninguna medida de protección, los que penetraron primero se encuentran ante el rey, a quien sólo un grupo de guardias nacionales protege insuficientemente contra lo más extremo. Ahora Luis XVI tiene que pasar revista al pueblo sublevado, en su propia morada, y sólo su inconmovible flema evita una colisión. Pacientemente, da corteses respuestas a todas las provocaciones; con obediencia se pone el gorro rojo que uno de los *sans-culotte* se quita de la cabeza. Durante tres horas y media soporta, con un calor abrasador, sin repulsa ni resistencia, la curiosidad y la mofa de estos hostiles huéspedes.

AL mismo tiempo, otra banda de insurgentes ha penetrado en las habitaciones de la reina; parece que va a repetirse la horrible escena del 5 de octubre de 1789 en Versalles.

Pero como la reina está más expuesta que el rey, los oficiales han llamado rápidamente a los soldados, han llevado a María Antonieta hasta un rincón, colocando delante de ella una gran mesa para que, por lo menos, esté al abrigo de brutalidades materiales; además, se alza delante de la mesa una triple fila de guardias nacionales. Los hombres y mujeres que han penetrado con salvaje ímpetu no pueden llegar hasta el cuerpo de María Antonieta, pero, sin embargo, se aproximan lo suficiente para contemplar provocativamente al monstruo, como a una curiosidad; lo bastante para que María Antonieta tenga que oír cada uno de sus ultrajes y amenazas. Santenre, que con tales hechos sólo quiere humillar ampliamente a la reina a intimidarla, se esfuerza por protegerla de todo acto real de

violencia, ordena a los granaderos que se aparten para que el pueblo cumpla su voluntad y pueda contemplar a su víctima, la vencida reina; al mismo tiempo trata de tranquilizar a María Antonieta: « Madame, está usted siendo engañada; el pueblo no la quiere mal. Si usted lo quisiera, cada cual la amaría tanto como este niño -al mismo tiempo señala al delfín, que, espantado y tembloroso, se aprieta contra su madre-. Por lo demás, no tenga miedo; no se le hará daño alguno». Pero siempre, cuando uno de los facciosos ofrece su protección a la reina, se subleva en ésta el orgullo. «No me han engañado ni extraviado -responde duramente la reina-, y no tengo ningún miedo. Entre gentes decentes no se necesita nunca tener temor alguno». Fría y orgullosa afronta las miradas más hostiles y los apóstrofes más descarados. Sólo cuando quieren obligarla a poner a su hijo el gorro rojo se vuelve hacia el oficial y le dice. «Es demasiado; va más allá de toda humana paciencia.» Pero se mantiene firme, sin revelar ni por un segundo miedo o incertidumbre.

Sólo cuando ya no está realmente amenazada por los invasores aparece el alcalde Pétion a invita a la muchedumbre a que se vaya a sus casas «para no dar ocasión de que incriminen sus respetables intenciones». Pero está avanzada ya la noche antes de que quede evacuado el palacio, y sólo entonces siente la reina, la mujer humillada, todo el tormento de su impotencia. Sabe ahora que todo está perdido. «Vivo todavía, pero por milagro -escribe, presurosa, a su confidente Hans Axel de Fersen-. La jomada del día 20 fue espantosa.»

Capítulo 33
Los últimos clamores

Desde que ha sentido en su rostro el soplo del odio, desde que ha visto en su propia estancia de las Tullerías las picas de la Revolución y ha sido testigo de la impotencia de la Asamblea Nacional y de la mala voluntad del alcalde de París, sabe María Antonieta que su familia y ella están perdidos sin remedio si no viene velozmente un auxilio de fuera. Sólo una impetuosa victoria de los prusianos y de los austríacos podría aún salvarlos. Cierto que en este momento, en la última de las últimas horas, antiguos amigos y otros recientemente adquiridos se ocupan en preparar una fuga. El general La Fayette quiere llevarse fuera de la ciudad al rey con su familia, yendo él a la cabeza de una división de caballería con sables desenvainados, el 14 de julio, durante las solemnes ceremonias del Campo de Marte. Pero María Antonieta, que todavía ve siempre a La Fayette como causante de todas sus desgracias, prefiere perecer antes de confiar sus hijos, su marido y su propia persona a este hombre excesivamente crédulo.

Por una razón más noble rechaza también otra proposición de la landgravesa de Hesse-Darmstadt para sacarla a ella sola del palacio como a la que está más en peligro, ya que este plan de fuga está pensado sólo para ella. «No, princesa -responde María Antonieta-, aun sintiendo todo el valor de sus ofrecimientos, no puedo aceptarlos. Estoy consagrada por toda la vida a mis deberes y a las personas queridas con las cuales comparto la desgracia y que, dígase lo que se quiera, merecen todo interés por el valor con que sustentan su posición... Ojalá que algún día todo lo que hacemos y sufrimos pueda hacer felices a nuestros hijos; es el único voto que me permito formular. Adiós, princesa. Me lo han quitado todo, menos el corazón, que me quedará siempre para amarla, no lo dude jamás; ésa sería la única desgracia que no sabría soportar.» Ésta es una de las primeras camas que María Antonieta no escribe pensando en sí misma, sino para la posteridad. En lo más profundo de sí misma sabe que la desgracia no puede ser ya detenida y, por tanto, sólo quiere cumplir aún con su último deber: morir dignamente y con la cabeza erguida. Acaso anhela ya, inconscientemente, una muerte rápida y, en lo posible, heroica, en lugar de este descenso, de hora en hora más profundo.

El 14 de julio, la fiesta popular de la toma de la Bastilla, cuando tiene que asistir -por última vez- a la gran ceremonia en el Campo de Marte, se niega a ponerse una cota de malla debajo de su vestido, como lleva su precavido esposo; por la noche duerme sola, aunque cierta vez una figura sospechosa haya aparecido en su cuarto. No abandona su morada, pues hace mucho tiempo que no puede pisar su propio jardín sin oír como canta el pueblo: Madame Veto avait promis de faire égorger tout Paris._ Se acabó también el sueño por la noche; cada vez que en una torre suena una campana se espantan ya en el palacio, porque podría ser la señal para el asalto de las Tullerías, de largo tiempo atrás definitivamente planeado. Por medio de emisarios y espías está enterada la corte, diariamente y casi a cada hora, de las deliberaciones en los clubes secretos y en las secciones de los arrabales, y sabe que sólo es ya cuestión de días, de tres, de ocho, de diez o acaso de quince, el que los jacobinos realicen un violento acto final, y, por otra parte, no es secreto para nadie lo que revelan esos espías. Pues con voz cada vez más retumbante exigen ya la destitución del rey los periódicos de Marat y de Hébert. Sólo un milagro podría salvarlos -María Antonieta lo sabe- o un avance rápido y aniquilador de los ejércitos prusianos y austríacos.

El espanto, el horror y el miedo de estos días de última expectación a impaciente espera se reflejan en las cartas de la reina a su fidelísimo amigo. Realmente, no son ya cartas, sino gritos bárbaros y trémulos clamores de angustia, al mismo tiempo confusos y penetrantes, como los de alguien a quien tienen acorralado y a quien están estrangulando.

Sólo con extremas precauciones y utilizando los más audaces medios es posible aún ahora hacer salir disimuladamente de las Tullerías alguna noticia, pues la servidumbre no es ya de fiar y hay espías delante de las ventanas y detrás de las puertas. Ocultas en paquetitos de chocolate, arrolladas en los forros de los sombreros, escritas con tinta simpática y en cifra (en general ya no de su propia mano), las cartas de María Antonieta están concebidas en tal forma que, en caso de ser sorprendidas, hagan el efecto de ser inocentes por completo. No hablan, en apariencia, más que de diversas cosas generales, de fingidas ocupaciones y negocios; lo que en realidad quiere decir la reina está, en general, expresado en tercera persona y además cifrado. Rápidos, cada vez más rápidos, se siguen ahora,

uno tras otro, estos clamores de extrema angustia; antes del 20 de junio, todavía escribe la reina: «Sus amigos de usted creen imposible la restauración de su fortuna, o por lo menos muy remota. Deles usted, si puede, algún consuelo en este respecto; necesitan de él; su situación se hace más espantosa cada día». El 23 de junio, el aviso se hace ya más perentorio: «Su amigo se halla en el mayor peligro. Su enfermedad hace espantosos progresos. Los médicos no entienden ya nada de ello. Apresúrese, si quiere usted verlo. Comunique su desgraciada situación a sus parientes». Cada vez con mayor ardor asciende la fiebre que marca el termómetro (26 de junio): «Es necesaria una crisis rápida para poder librarlo, y ésta no se anuncia todavía por ningún lado; esto nos desespera. Comunique usted su situación a las personas que tienen negocios con él, a fin de que tomen sus precauciones; el tiempo apremia...». En medio de sus gritos de alarma, se espanta a veces la conturbada mujer, dotada de fina sensibilidad como toda verdadera enamorada, de intranquilizar hasta aquel punto al ser humano a quien quiere por encima de todo; hasta en lo más agudo de sus angustias y apremios, en lugar de acordarse de su propio destino, piensa en primer lugar María Antonieta en los tormentos espirituales que sus clamores de espanto tienen que producir en el amante: «Nuestra situación es espantosa; pero no se inquiete usted demasiado; me siento con valor, y hay algo en mí que me dice que muy pronto seremos felices y estaremos salvados. Sólo esta idea me sostiene.

¡Adiós! ¿Cuándo podremos volver a vemos tranquilamente?» (3 de julio). Y otra vez aún: «No se atormente usted demasiado por mí. Crea que el valor se impone siempre... Adiós. Apresure usted, si puede hacerlo, los socorros que se nos prometen para nuestra liberación... Cuídese usted para nosotros y no se inquiete por nuestra suerte».

Pero las cartas se suceden ahora con precipitación: «Mañana llegarán ochocientos hombres de Marsella. Se dice que dentro de ocho días la reunión de fuerzas será bastante para la ejecución del proyecto» (21 de julio). Y tres días más tarde: «Dígale usted al señor De Mercy que los días del rey y la reina están en el mayor peligro; que un aplazamiento de un día puede producir desgracias incalculables... La banda de asesinos crece sin cesar». Y la última carta, la del 1° de agosto, que al propio tiempo es la última que recibe Fersen de la reina, describe todo el peligro con

la clarividencia de la más extrema desesperación: «La vida del rey está evidentemente amenazada, lo mismo que la de la reina. La llegada de unos seiscientos marselleses y de gran número de otros diputados de todos los clubes jacobinos aumenta mucho nuestras inquietudes, por desgracia demasiado bien fundadas. Se toman precauciones de toda suerte para la seguridad de Sus Majestades, pero los asesinos vagan continuamente alrededor de palacio; excitan al pueblo; en una parte de la Guardia Nacional hay mala voluntad, y en la otra debilidad y cobardía... Por el momento, hay que pensar en evitar los puñales y en burlar a los conspiradores que hormiguean alrededor del trono próximo a desaparecer.

Desde hace tiempo, los facciosos no se toman ya ninguna molestia para ocultar su proyecto de aniquilar a la familia real. En las dos últimas asambleas nocturnas, la diferencia no estaba más que en cuanto a los medios que se deben emplear. Ha podido usted apreciar en una carta precedente lo importante que es ganar veinticuatro horas; no haré más que repetírselo hoy, añadiendo que, si no llega pronto ayuda, sólo la providencia podrá salvar al rey y a su familia».

El amante recibe en Bruselas estas cartas de la amada; bien puede pensarse en qué estado de desesperación. Desde la mañana hasta la noche lucha contra la inercia, la indecisión de los reyes, de los jefes de ejército, de los embajadores; escribe carta tras carta, hace visita tras visita a impulsa con todas sus fuerzas, azuzadas por la impaciencia, a una rápida acción militar. Pero el jefe supremo de los ejércitos, el duque de Brunswick, es un militar de aquella antigua escuela que piensa que, en un avance, hay que calcular con meses de anticipación el día que en que ha de comenzar. Lentamente, cuidadosamente, sistemáticamente, según leyes largo tiempo ha sobrepasadas, aprendidas en el arte militar de Federico el Grande, dispone Brunswick sus tropas, y, con el antiquísimo orgullo de los generales en jefe, no se deja mover por los políticos, ni mucho menos por los ajenos a la cuestión, ni siquiera una pulgada del prescrito plan de movilización. Declara que hasta mitad de agosto no puede pasar la frontera, pero promete que, según sus planes -el paseo militar es el eterno sueño favorito de todos los generales-, llegará de un solo empujón hasta París.

Pero Fersen, a quien perturban el alma los clamores de angustia de las Tullerías, sabe que no hay tiempo para tanto. Hay que hacer algo para salvar a la reina. En su turbación apasionada, realiza precisamente el amante lo que debe perder a la amada. Pues justamente con la medida con que pretende detener el ataque del populacho a las Tullerías sólo consigue acelerarlo. Hacía tiempo que María Antonieta había solicitado de los aliados la publicación de un manifiesto. Su razonamiento -muy justo- era que con este manifiesto se debía tratar de separar visiblemente la causa de los republicanos y de los jacobinos de la nación francesa, y, de este modo, infundir valor a los elementos franceses bien pensantes (es decir, bien pensantes desde el punto de vista de la reina) a infundir temor a los *gueux,* a los «bribones». Ante todo, deseaba que en este manifiesto no se tratara de las cuestiones internas de Francia y «se evitara hablar demasiado del rey, lo mismo que dar a comprender con excesiva claridad que, en realidad, se pretendía sostenerlo ». Soñaba con una declaración de amistad hacia el pueblo francés y, al mismo tiempo, una amenaza contra los terroristas. Pero el desdichado Fersen, con el alma llena de espanto, sabiendo que hasta que haya un verdadero auxilio militar por parte de los aliados pasará todavía una eternidad, pide que aquel manifiesto sea redactado en los términos más duros; él mismo escribe el proyecto, lo hace transcribir por medio de un amigo y, fatalmente, este bosquejo es el que llega a ser aceptado. El famoso manifiesto de las tropas aliadas a las tropas francesas está redactado en una forma tan imperiosa como si ya los ejércitos del duque de Brunswick estuvieran, victoriosos, a las puertas de París; contiene todo lo que, con mejor conocimiento de causa, quería evitar la reina.

Constantemente se habla de la sagrada persona del rey cristianísimo; se acusa a la Asamblea Nacional de haberse apoderado, contra todo derecho, de las riendas del poder, los soldados franceses son invitados a someterse inmediatamente al rey, su legítimo monarca, y la ciudad de París, para el caso de que el palacio de las Tullerías sea tomado por la fuerza, es amenazada con una «venganza ejemplar, memorable por toda la eternidad» , ejecuciones y destrucción total: las ideas de un Tamerlán enunciadas, antes del primer disparo de fusil, por un general débil de ánimos.

Es espantoso el resultado de esta amenaza en el papel. Hasta los mismos que hasta entonces se habían mantenido leales al rey se vuelven republicanos tan pronto como saben lo querido que es su rey por los enemigos de Francia, tan pronto como conocen que una victoria de las tropas extranjeras aniquilaría todas las conquistas de la Revolución, que la Bastilla habría sido tomada en vano, que habría sido inútil el juramento del Juego de Pelota y que no sería valedero lo que habían jurado innumerables franceses en el Campo de Marte. La mano de Fersen, la mano del amante, ha prendido el fuego, con esta loca amenaza, a una bomba cargada de metralla. Y con este idiota desafío estalla la cólera de veinte millones de franceses.

En los últimos días de julio es conocido en París el texto del desdichado manifiesto del duque de Brunswick. La amenaza de los aliados de arrasar París si el pueblo asalta las Tullerías es considerada por el pueblo como un desafío, como una provocación al ataque.

Al instante se hacen los preparativos, y si no se actúa inmediatamente es sólo porque se quiere esperar hasta que lleguen las tropas selectas, los seiscientos republicanos escogidos de Marsella. El 6 de agosto desfilan éstos por las calles, quemados por el sol del Mediodía, figuras rudas y resueltas, y, guiando el ritmo de su marcha, cantan una canción nueva, cuyos acentos, en pocas semanas, han de arrastrar al país entero, La *Marsellesa*, el himno de la Revolución, que, en una hora de inspiración, fue compuesto por un oficial totalmente desconocido. Todo está dispuesto ahora para el último golpe contra la podrida monarquía. Puede comenzar el ataque. *«Allons, enfants de la patrie...»*

Capítulo 34
El diez de agosto

La noche del 9 al 10 de agosto de 1792 anuncia un cálido día. Ninguna nube en el cielo, en el que brillan millares de estrellas; ni un soplo de aire; perfectamente tranquilas se divisan las calles solitarias; los tejados centellean a la blanca luz de la luna de estío.

Pero esta calma no engaña a nadie. Y si las calles están extraordinariamente desiertas, viene a confirmar este hecho el que se prepara algo extraordinario y singular. La Revolución no duerme. En las secciones, en los clubes, en sus viviendas, están reunidos los jefes, mensajeros portadores de órdenes corren, sospechosamente y en silencio, de una circunscripción en otra; aun permaneciendo visibles, los jefes del Estado Mayor del levantamiento: Danton, Robespierre y los girondinos, preparan para el ataque el ejército ilegal del pueblo de París.

Pero tampoco duerme nadie en el palacio. Hace días que se espera un levantamiento. Se sabe que no en vano han venido los marselleses a París, y las últimas noticias dicen que es de esperar el ataque para la mañana siguiente. Las ventanas permanecen abiertas en la asfixiante noche calurosa de verano: la reina y madame Elisabeth escuchan los rumores de fuera. Pero aún no se oye nada. Silenciosa calma asciende del cerrado jardín de las Tullerías; sólo se perciben los pasos de los guardias en el patio, a veces retiñe un sable o piafa un caballo, pues hay más de dos mil soldados acampados en palacio; las galerías están llenas de oficiales y nobles armados.

Finalmente, a la una menos cuarto de la madrugada resuena el rebato de una campana en un lejano arrabal -todos se precipitan hacia las ventanas-; ahora se oye una segunda, una tercera, una cuarta. Y lejos, muy a lo lejos, el redoble de tambores. Desde aquel momento no hay duda: los insurrectos se reúnen. Algunas horas más, y todo estará resuelto. La reina, agitada, corre constantemente a la ventana para oír si se hace más fuerte la señal amenazadora. Aquella noche nadie duerme. Por fin. A las cuatro de la madrugada, se alza sangriento el sol en un cielo sin nubes. Va a ser un día caluroso.

En el palacio todo está dispuesto. En el último momento ha llegado el regimiento más digno de confianza de que dispone la Corona, el de los suizos: novecientos hombres duros, inmutables, educados en una disciplina de hierro y siempre fieles a su deber.

Desde las seis de la tarde guardan, además, las Tullerías dieciséis batallones escogidos de la Guardia Nacional y de la caballería: los puentes levadizos están alzados; los centinelas, triplicados, y una docena de cañones cierran la entrada de palacio con sus amenazadoras y silenciosas bocas. Fuera de esto, han enviado recado a dos mil nobles, y hasta medianoche han dejado abierta la puerta, pero perfectamente en vano; sólo ha venido un pequeño grupo, aproximadamente de unas ciento cincuenta personas, la mayoría gente noble, vieja y canosa. De la disciplina cuida Mandat, un oficial valiente y enérgico, decidido a no retroceder ante ninguna amenaza. Pero esto lo saben también los revolucionarios, y a las cuatro de la madrugada lo llaman para que vaya al Ayuntamiento.

Estúpidamente, lo deja partir el rey, y aunque Mandat sabe lo que le amenaza y lo que le espera, acude al llamamiento. Una nueva Comuna revolucionaria, que se ha apoderado de la casa municipal sin mandato de nadie, lo recibe y le forma un breve proceso; dos horas más tarde, después de ser traidoramente asesinado, su cadáver flota por el Sena con el cráneo destrozado. Han privado a las tropas de la protección de su jefe, de su resuelto corazón, de su enérgica mano.

Pues el rey no es ningún jefe. Indecisamente, va dando trompicones de una habitación a otra el consternado hombre, con una bata de casa de color violeta, la peluca de través, con la mirada vacía, y espera y espera. Todavía ayer se había acordado defender las Tullerías hasta la última gota de sangre y, con una energía desafiadora, habían convertido el palacio en una fortaleza, en un campamento. Pero ahora, antes de haberse mostrado el enemigo, se comienza de nuevo a vacilar, y esta vacilación procede de Luis XVI. Siempre que hay que tomar una resolución, este hombre, que no es un cobarde pero que se espanta de toda responsabilidad, se siente como enfermo, y ¿cómo es posible esperar valor de los soldados cuando se ve temblar al jefe? El regimiento suizo, rígidamente gobernado por sus oficiales, se mantiene firme; pero comienzan a ser visibles sospechosos indicios en la Guardia Nacional desde que se oye preguntar una y otra vez: «¿Se combatirá? ¿No se

combatirá?» Apenas puede ocultar ya la reina su exasperación ante las debilidades de su esposo.

María Antonieta quiere que haya ahora una última decisión. Sus nervios, agotados, no pueden soportar por más tiempo esta eterna tensión; su orgullo, el estar constantemente amenazados y siempre agachar indignamente la cabeza. En aquellos dos años ha adquirido suficiente experiencia para saber que las condescendencias y retiradas no debilitan las exigencias de una Revolución, sino que sólo sirven para fortalecer su arrogancia. Ahora, la monarquía se encuentra en el último, en el más bajo de los escalones; detrás sólo hay un amenazador abismo; un paso más, y todo está perdido, hasta el honor. Esta mujer, trémula de orgullo, querría bajar ella misma junto a los desanimados guardias nacionales para infundirles resolución con su propia resolución y amonestarlos al cumplimiento de su deber. Inconscientemente acaso, se ha despertado en ella, en esta hora, la memoria de su madre, recordando cómo, en la extrema necesidad, se presentó igualmente entre los vacilantes nobles húngaros con el heredero del trono en los brazos, y éstos, entusiasmados con este solo gesto, se pasaron a su bando. Pero también sabe que en tales horas una mujer no puede reemplazar a su marido, ni una reina a un rey.

Por tanto, persuade a Luis XVI de que debe pasar revista a las tropas por última vez antes del combate, levantando con una alocución el vacilante ánimo de los defensores.

La idea es buena: el instinto es siempre infalible en María Antonieta. Un par de ardientes palabras, como las que siempre supo encontrar Napoleón en los momentos de peligro sacándolas de lo más profundo de sus convicciones, una promesa del rey de morir con sus soldados, un gesto enérgicamente persuasivo, y estos batallones, aún vacilantes, se habrían convertido en un muro de bronce. Pero he aquí que baja trompicando por la gran escalera, con el sombrero bajo el brazo, un hombre corto de vista, torpe, pesado de movimientos y sin nada de marcial en su persona, y balbucea algunas palabras inhábiles y deshilvanadas: «Se dice que vienen... Mi causa es la de todos los buenos ciudadanos...

¿No es verdad que nos batiremos valientemente...?» . El tono vacilante, la actitud de aturdimiento, aumentan la incertidumbre en vez de aminorarla. En lugar del

esperado grito de « ¡Viva el rey!», le responde primero el silencio, después el ambiguo grito de «¡Viva la nación!» y finalmente, cuando el rey se atreve a llegar hasta la verja, donde las tropas fraternizan ya con el pueblo, oye ya francos gritos de sublevación: «¡Abajo el veto! ¡Abajo el cerdo gordo!». Sus propios partidarios y los ministros rodean ahora espantados al rey y vuelven a llevarlo a palacio. « ¡Gran Dios! ¡Insultan al rey!», grita desde el primer piso el ministro de Marina, y María Antonieta, que tiene los ojos enrojecidos a inflamados de las lágrimas y la falta de sueño y que ha contemplado desde arriba el lamentable espectáculo, se retira llena de amargura. « Todo está perdido -le dice, emocionada, a su camarera-. El rey no ha mostrado ninguna energía, y esta revista ha hecho más daño que provecho.» Antes de que comience, la batalla está ya terminada.

En esta mañana del definitivo combate decisivo entre la monarquía y la República se encuentra también entre la muchedumbre cierto joven teniente, un oficial desempleado, natural de Córcega, Napoleón Bonaparte, el cual se mofaría, como de un loco, de cualquiera que le dijera que había de habitar una vez este palacio como sucesor de Luis XVI. Como no tiene que prestar servicio alguno, examina, en su ociosidad, con su impecable mirada de soldado, las posibilidades de éxito de un ataque y las de defensa. Un par de cañonazos, un enérgico contraataque, y esta canalla (como más tarde, desde Santa Elena, califica despreciativamente a las tropas del arrabal) sería rechazada como con una escoba de hierro. Si el rey hubiese tenido consigo a este tenientillo de artillería, se habría sostenido contra todo París. Pero no hay nadie en este palacio que tenga el corazón de hierro ni la mirada rápidamente comprensiva de aquel joven oficial. «No ataquéis; manteneos firmes: defendeos fuertemente», son todas las órdenes que se da a los soldados, semi medidas que son ya una derrota completa. Mientras tanto son ya las siete de la mañana, ha llegado la vanguardia de los sublevados, una partida desordenada de gentes mal armadas, no temibles por sus capacidades guerreras, sino sólo por su indomable resolución. Algunos de ellos se reúnen ya delante del puente levadizo. La resolución no puede ser dilatada por más tiempo. Roederer, el procurador general, percibe su responsabilidad. Ya una hora antes ha aconsejado al rey que se traslade a la Asamblea Nacional y se ponga bajo su protección. Pero entonces María Antonieta habla furiosa: «Señor mío, tenemos aquí bastantes fuerzas, y ha llegado

por fin el momento de saber quién debe obtener el triunfo, si el rey o los sublevados, si la Constitución o los revolucionarios». Mas el mismo rey no encuentra ahora ninguna enérgica palabra.

Respirando penosamente, permanece sentado en su sillón, con azorada mirada, y espera no sabe para qué; sólo quiere prolongar aún la situación, no decidir el momento. Entonces vuelve otra vez Roederer, con su banda sobre el pecho, que en todas partes le abre el paso; algunos consejeros municipales le acompañan. «*Sire* -dice enérgicamente a Luis XVI-, Vuestra Majestad no tiene ya ni cinco minutos que perder; no hay ya ninguna otra seguridad para ella sino en la Asamblea Nacional.» « Pero no veo todavía mucha gente en la plaza del Carrousel», responde Luis XVI, que angustiosamente quiere ganar tiempo.

«*Sire*, una inmensa muchedumbre llega de los arrabales, arrastrando doce cañones.» Un consejero municipal, un comerciante de encajes en cuya casa la reina, en otros tiempos, había realizado compras con frecuencia, une las suyas a las advertencias de Roederer: « Cállese usted, señor. Deje hablar al procurador general», le suelta al instante, como una ducha, María Antonieta (siempre siente igual cólera cuando alguien a quien ella no aprecia quiere salvarla). Se vuelve entonces hacia Roederer: «Pero, señor, tenemos una fuerza armada». «Señora, todo París está en marcha, la acción es inútil; la resistencia, imposible.» María Antonieta no puede dominar ya su excitación; la sangre se le sube al rostro.

Tiene que dominarse para no estallar contra aquellos hombres en toda su debilidad, ninguno de los cuales muestra un pensamiento viril. Pero la responsabilidad es inmensa; en presencia del rey de Francia, una mujer no debe dar órdenes para el combate. Espera, pues, la decisión del eternamente indeciso. Levanta éste por fin su pesada cabeza, mira a Roederer durante algunos segundos, después suspira y dice, feliz de haber resuelto: «¡Vámonos!».

Y por medio de las filas nobles que lo contemplan sin ningún aprecio, ante sus soldados suizos, a quienes olvida decir algunas palabras para que sepan si deben o no combatir, por medio de la muchedumbre del pueblo, cada vez más compacta, que injuria públicamente al rey, a su mujer y a los escasos fieles, y hasta los amenaza, abandona Luis XVI, sin combate, sin una tentativa de resistencia, el palacio edificado por sus antepasados y que jamás debe volver a pisar. Recorren el

jardín, delante el rey con Roederer, detrás la reina del brazo del ministro de Marina, con su hijito al lado. Se dirigen con indigna prisa hacia el *manège* cubierto, donde en otro tiempo se divertía con cabalgatas la corte, alegre y despreocupada, y donde ahora la Asamblea Nacional del pueblo presencia, orgullosa, cómo un rey, temblando por su vida, busca su protección sin haber luchado.

Son aproximadamente doscientos pasos de camino. Pero con estos doscientos pasos, María Antonieta y Luis XVI han caído irreparablemente del poder. Ha terminado la monarquía.

La Asamblea Nacional ve con heterogéneos sentimientos cómo el antiguo señor, a quien todavía está ligada por el juramento y el honor, invoca ante ella el derecho de hospitalidad. En la magnanimidad de la primera sorpresa declara, como presidente, Vergniaud: «Podéis contar, Sire, con la firmeza de la Asamblea Nacional. Sus miembros han jurado morir defendiendo los derechos del pueblo y de las autoridades constituidas».

Es ésta una gran promesa, pues, conforme a la Constitución, el rey sigue siendo una de las autoridades legalmente establecidas, y, en medio del caos, procede la Asamblea Nacional como si todavía existiera un orden legal. Se examina pedantescamente el artículo de la Constitución que prohíbe que el rey esté presente en la sala durante las deliberaciones de la Asamblea Nacional, y, como se quiere continuar deliberando, se le destina como asilo el palco inmediato, en el cual habitualmente se sientan los taquígrafos.

Este palco es un espacio tan bajo de techo que no hay manera de estar allí de pie; delante alguna sillas, al fondo un banco de paja; una verja de hierro to separaba hasta ahora del verdadero local de la Asamblea. Mas esta verja es quitada ahora rápidamente, con limas y martillos, con la colaboración personal de los diputados, pues todavía se cuenta con la posibilidad de que el populacho de las calles pueda intentar sacar violentamente a la real familia. Para este caso extremo está permitido que los diputados interrumpan toda deliberación y coloquen en medio de ellos a la real familia. En esta jaula, que en aquel ardiente día de agosto está caldeada hasta la asfixia, tienen que permanecer ahora, durante dieciocho horas, María Antonieta y Luis XVI con sus niños, expuestos a las miradas curiosas, malignas o compasivas de la Asamblea. Pero lo que hace aún más cruel su

humillación que cualquier manifestación de odio, embozada o expresa, es la perfecta indiferencia con que, durante dieciocho horas, la Asamblea Nacional prescinde de la real familia. Se les considera tan escasamente como si fueran los ujieres o los espectadores de las tribunas; ningún diputado se levanta para ir a saludarlos; nadie piensa en hacerles más soportable la permanencia en aquella cuadra proporcionándoles cualquier comodidad.

Sólo les es permitido escuchar cómo se habla de ellos, como si no existiesen; escena de fantasmas, como si alguien contemplara desde la ventana su propio entierro.

De repente, un estremecimiento recorre la Asamblea. Algunos diputados saltan de sus asientos y prestan oído; las puertas son abiertas violentamente, y entonces se oyen, con toda claridad, disparos de fusilería allí al lado, en las Tullerías, y después vibran las ventanas con el ahogado retumbar de los cañones. Al entrar en palacio, los sublevados han chocado con la guardia suiza. En la lamentable precipitación de su huida, ha olvidado por completo el rey dar una orden, o acaso, posiblemente también, no ha tenido fuerza para decidirse a pronunciar claramente un sí o un no. Fieles al primer mandato no revocado de mantenerse a la defensiva, los guardias suizos defienden la jaula vacía de la monarquía, las Tullerías, y al mandato de sus oficiales han disparado algunas salvas. Han barrido ya de gente el patio; se han apoderado de los cañones que habían arrastrado allí los sublevados, probando con ello que un monarca resuelto hubiera podido defenderse honorablemente en medio de sus tropas fieles. Pero ahora se acuerda el rey, el monarca sin cabeza -pronto dejará de tenerla materialmente-, de su deber de no exigir de los otros valor y sacrificio de sangre cuando él mismo se ha mostrado sin energía, y envía orden a los suizos para que cesen en su defensa del palacio. Pero, eterna palabra, fatal en su lamentable destino, ¡es demasiado tarde! Su falta de decisión y su olvido han costado ya la vida a más de mil personas. Sin obstáculo alguno invade la enfurecida masa el indefenso palacio. De nuevo relucen las sangrientas linternas de la Revolución: clavadas en picas son llevadas las cabezas de los asesinados realistas, y sólo a las once de la mañana termina la carnicería. Ninguna cabeza más cae en aquel día, pero sí una corona.

Apretada en el asfixiante palco, la familia real tiene que asistir, sin que les sea lícito decir una palabra, a todo lo que ocurre en esta Asamblea. Primero ve a sus fieles suizos, negros de pólvora, derramando sangre, que entran precipitadamente, y detrás de ellos a los sublevados vencedores, que querían arrancarlos violentamente a la protección de la Asamblea. Después son depositados sobre la mesa del presidente objetos que proceden del saqueo del palacio: objetos de plata, alhajas, cartas, estuches y asignados. María Antonieta tiene que oír, sin abrir la boca, cómo son alabados los jefes de la insurrección.

Tiene que escuchar, impotente y muda, cómo los delegados de las diferentes secciones se acercan a la barra y, con palabras vehementes, exigen que sea depuesto el rey; cómo los hechos más manifiestos son falseados en los informes, por ejemplo, que por orden de palacio es por lo que han tocado a rebato las campanas, que el palacio ha atacado a la nación y no la nación al palacio. Y puede presenciar una vez más el eterno espectáculo, siempre repetido, de que los políticos se acobardan tan pronto como advierten que ha cambiado el rumbo del viento. El mismo Vergniaud, que todavía dos horas antes prometía, en nombre de la Asamblea, antes morir que permitir que fueran tocados los derechos de las autoridades constituidas, capitula ahora precipitadamente y presenta una proposición para prescindir del representante del poder suspensivo, es decir, del rey, y propone el traslado de la familia real al palacio del Luxemburgo, «bajo la protección de los ciudadanos y de la ley», es decir, como prisioneros. Para atenuar algo este cambio ante los diputados de opiniones monárquicas, se propone, por pura fórmula, el nombramiento de un preceptor para el delfín, pero en realidad nadie piensa ya en la corona ni en un rey. Le privan de su veto, su única prerrogativa; las mismas leyes que ha rechazado las pone ahora en vigor la Asamblea Nacional por su propia soberanía; ni una sola mirada pide la aprobación de aquel hombre desvalido que se sienta en su escabel, fatigado y sudoroso, en el palco de los taquígrafos y que, acaso en su fondo más íntimo, esté contento de que no se le consulte ya nada. Desde ahora, Luis XVI no necesita tomar ya ninguna decisión. Desde ahora, los otros decidirán lo que va a ser de él.

Ocho horas, doce, catorce, dura la sesión, y los cinco seres humanos que se amontonan como ganado en aquel palco no han dormido en la anterior noche de

espanto, y desde esta mañana han vivido toda una eternidad. Los niños, que no comprenden nada de todo aquello, se han adormecido, fatigados; al rey y a la reina les brilla el sudor sobre la frente; una y otra vez, María Antonieta tiene que hacer que le humedezcan con agua el pañuelo; una o dos veces bebe un vaso de agua helada que le tiende una mano caritativa. Con ojos abrasados, fatigada y espantosamente despierta al mismo tiempo, espera en aquella abrasadora caldera, donde la máquina de las palabras, desde hace horas y horas, está torciendo el hilo de su suerte. Muy al contrario de su esposo, no toma ni un solo bocado.

Sin preocuparse de los espectadores, Luis XVI hace que le traigan varias veces de comer; masca y masca en el plato con sus pesadas y lentas mandíbulas, exactamente con igual sosiego que en la vajilla de plata de su mesa de Versalles. Ni aun los más extremos peligros pueden privar de hambre ni de sueño a este cuerpo tan poco regio. Los pesados párpados se cierran poco a poco, y, en medio del combate que le cuesta la corona, descabeza Luis XVI un sueñecito de una hora. María Antonieta se ha apartado de su lado, escondiéndose en la oscuridad. En tales horas se avergüenza siempre de la espantosa a indigna debilidad de este hombre, que cuida más de su estómago que de su honor y que, hasta en medio de las más temibles humillaciones, es capaz de atiborrarse sosegadamente de manjares y de quedarse adormecido. Con ojos abrasados, aparta la vista hacia otro lado, para no dar a conocer su cólera; también de la Asamblea aparta su atención la reina, y le gustaría poder taparse los oídos con las manos. Sólo ella advierte todas las vilezas de este día y percibe ya, con su contraída garganta, el sabor a hiel de todo to que tiene que venir después; pero, siempre grande en las horas en que se siente provocada, ni por un momento pierde su continente; esos sublevados no deben ver una sola lágrima suya ni oír un solo suspiro de sus labios, y solamente se refugia, cada vez más, en lo más profundo y lo más oscuro del palco.

Por fin, después de haber pasado dieciocho crueles horas en esta jaula puesta al rojo, les es permitido al rey y a la reina trasladarse al antiguo convento de los *Feuillants,* donde en una de aquellas celdas, vacías y abandonadas, les preparan a toda prisa una cama.

Mujeres desconocidas le prestan una camisa y alguna ropa blanca a la reina de Francia; y como ha perdido su dinero, o, en el tumulto, ha olvidado recogerlo, tiene

que tomar prestadas algunas monedas de oro de una de sus propias criadas. Por fin, ahora que están solos, toma María Antonieta algunos bocados. Pero por fuera de las enrejadas ventanas no se ha restablecido todavía la calma; siguen pasando siempre inacabables partidas – pues la ciudad arde en fiebre-, y hacia el lado de las Tullerías se oye un ahogado rodar de carruajes. Son las carretas que se llevan los cadáveres de las mil víctimas; espantoso trabajo, propio de la noche. Al cadáver de la monarquía lo echarán a un lado a la luz del día.

A la mañana siguiente y a la otra, la familia real tiene que asistir otra vez a las deliberaciones de la Asamblea Nacional en el mismo espantoso estado; de hora en hora pueden advertir cómo se va fundiendo su poder en esta ardiente estufa. Ayer se hablaba todavía del rey, pero hoy Danton habla ya de los «opresores del pueblo», y Coots, de los «individuos llamados reyes». Ayer se elegía todavía el palacio del Luxemburgo para « residencia» de la corte y se proponía designar un educador para el delfín; hoy, la fórmula es ya más cortante; quiere ponerse al rey *sous la sauvegarde de la nation*, una palabra más bella para decir prisión; fuera de eso, la Comuna, el nuevo Gobierno revolucionario de la ciudad, que se ha constituido en la noche del 10 de agosto, rechaza la proposición del Luxemburgo o del Ministerio de Justicia como futura residencia, y dice claramente la razón: porque sería demasiado fácil escaparse de estos dos edificios. Sólo en el Temple podría responder de la seguridad de los *détenus* -cada vez en forma más desnuda va manifestándose el concepto de aprisionamiento-. La Asamblea Nacional, íntimamente satisfecha de alejar de si la resolución, transmite a la Comuna el cuidado de ocuparse del rey; la Comuna promete trasladar al Temple a la familia real, «con todo el respeto debido a la desgracia»: con ello está todo ultimado, y durante todo el día sigue dando vueltas sin cesar el molino de palabras, pero ni uno solo habla en favor de los humillados, que están allí encorvados en la oscuridad del palco, como a la sombra de su destino.

Por fin, el 13 de agosto está dispuesto el Temple. Un inmenso camino ha sido recorrido en estos tres días. Desde la monarquía absoluta a la Asamblea Nacional han pasado siglos; desde la Asamblea Nacional a la Constitución, dos años; desde la Constitución, algunos meses; desde el asalto de las Tullerías a la cautividad, sólo

tres días. Ahora no serán necesarias más que algunas semanas de plazo para ir hasta el cadalso, y después sólo un empujón para bajar a la fosa.

A las seis de la tarde del 13 de agosto es llevada la familia real al Temple bajo la custodia de Pétion -a las seis de la tarde, antes de que comience el crepúsculo, y no durante la noche, pues se desea que el pueblo victorioso pueda contemplar cómo es llevado a la prisión su antiguo señor y, sobre todo, la orgullosa reina-. Dos horas, con una marcha intencionadamente lenta, se hace que ruede el coche por media ciudad; hasta se da el rodeo de pasar por la plaza de Vendôme, a fin de que Luis XVI pueda contemplar la estatua de su antepasado Luis XIV derribada de su pedestal, y, en su fuero interno, no le queda ya duda de que no sólo ha llegado el final de su soberanía, sino el de toda su estirpe.

Pero en la misma noche en que el que fue señor de Francia cambia por una prisión el palacio de sus antepasados, muda también de residencia el nuevo amo de París. En la propia noche, la guillotina es sacada del patio de la Conserjería y se la instala, amenazadora, en la plaza del Carrousel. Francia debe saber que desde el 13 de agosto ya no impera sobre ella Luis XVI: ahora reina el Terror.

Capítulo 35
El temple

Es ya oscuro cuando la familia real llega delante del antiguo castillo de los templarios, el Temple. Las ventanas del edificio principal están iluminadas con innumerables linternas -¿no es aquél un día de fiesta popular?-. María Antonieta conoce este palacete.

Ha habitado aquí, durante los dieciocho años frívolos del rococó, el hermano del rey, el conde de Artois, su camarada de bailes y diversiones. Con repiqueteantes cascabeles, envuelta en preciosas pieles, fue hasta allí una vez, en invierno, catorce años hace, en un trineo ricamente decorado, para comer a toda prisa en casa de su cuñado. Hoy, unos amos de casa menos amables, los miembros de la Comuna, la invitan a quedarse allí permanentemente, y, en vez de lacayos, se alzan delante de las puertas, como cuidadosos vigilantes, guardias nacionales y gendarmes. La gran sala donde sirven la comida a los prisioneros es conocida por nosotros por un cuadro célebre: «Un té en casa del príncipe Conti». El mozuelo y la muchacha que entretienen en él con un concierto a una sociedad ilustre son nada menos que el niño de ocho años Wolfgang Amadeo Mozart y su hermana: música y alegría han resonado en este recinto; nobles señores, felices y gozadores de la vida, han habitado últimamente esta mansión.

Pero no es este elegante palacio, en cuyas cámaras, recubiertas de madera tallada y dorada, todavía queda quizás un suave aleteo de la argentina ligereza de las melodías de Mozart, lo que está destinado por la Comuna para residencia de María Antonieta y de Luis XVI, sino los dos torreones antiquísimos, redondos y de puntiagudo tejado, que se alzan junto a él. Edificados por los caballeros templarios de la Edad Media, con firmes sillares, como inexpugnable fortaleza, estos torreones, grises y tenebrosos, semejantes a la Bastilla, provocan primeramente un estremecimiento de supersticioso terror. Con sus pesadas puertas forradas de hierro, sus escasas ventanas, sus fúnebres patios entre murallas, hacen pensar en olvidadas baladas de otros tiempos, en la Santa Vehma, en la Inquisición, en antros de brujas y cámaras de tormento. De mala gana, con tímidas miradas, contemplan los parisienses esos restos últimos de una edad de violencia, que se han mantenido

en pie, del todo inútiles y por ello doblemente misteriosos, en medio de un animado barrio de pequeños burgueses: era un símbolo de elocuencia cruel destinar estos viejos y ya inútiles muros para prisión de la vieja y ya inútil monarquía.

Las siguientes semanas sirven para aumentar la inviolabilidad de esta prisión dilatada.

Se demuele una fila de casitas que rodean las tomes, son echados abajo todos los árboles del patio, para que no impidan la vigilancia por ninguna parte; además, los dos patios que rodean a las torres, pelados y desnudos, son separados por un muro de piedra de los otros edificios, de modo que hay que atravesar primero tres recintos amurallados antes de que se penetre en la verdadera ciudadela. Se levanta en todas las salidas garitas de vigilancia, y en todas las puertas interiores que dan a los pasillos de cada piso se cuida de poner barreras para forzar a cada uno de los que entren o salgan a justificar su personalidad ante siete a ocho guardias diferentes. Como custodios, el consejo municipal, que responde de los prisioneros, elige a diario, echando suertes, cuatro diferentes comisarios que, alternativamente, vigilen día y noche todas las habitaciones y estén obligados, por la noche, a tomar en depósito la totalidad de las llaves de todas las puertas. Fuera de ellos y de los consejeros municipales, a nadie le es permitido penetrar sin una especial tarjeta de permiso de la municipalidad dentro de todo el recinto fortificado del Temple; ningún Fersen ni ningún otro amigo complaciente puede acercarse ya a la real familiar la posibilidad de hacer pasar cartas y de ponerse en contacto con los de fuera está -o por lo menos lo parece irrevocablemente excluida.

De modo más grave hiere aún a la real familia otra medida de precaución. En la noche del 19 de agosto se presentan los funcionarios municipales con la orden de sacar de allí a todas las personas que no pertenezcan a la real familia. Especialmente dolorosa para la reina es la despedida de madame de Lamballe, que, estando ya en seguro refugio, había vuelto voluntariamente de Londres para testimoniar su amistad en la hora del peligro.

Ambas presienten que no volverán nunca a verse; en esta despedida, no presenciada por ningún testigo, tiene que haber sido cuando María Antonieta, como única muestra de cariño, le regaló a su amiga aquel mechón de cabellos, encerrados en un anillo, con esta trágica inscripción: «Encanecidos por la desgracia», y que

más tarde se halló sobre el despedazado cadáver de la asesinada princesa. También la preceptora, madame de Tourzel, y su hija tuvieron que ser trasladadas de esta prisión a otra especial, a la Force; lo mismo que los acompañantes del rey: sólo un ayuda de cámara le es dejado para servir a su persona. Con ello queda destruida la última apariencia y brillo de una corte, y, en adelante, las personas de la familia real, Luis XVI, María Antonieta, sus dos hijos y la princesa Elisabeth, se hallan consigo mismas, solas por completo.

El temor de un acontecimiento es, en general, más insoportable que el acontecimiento mismo. Por mucho que la prisión signifique una humillación para el rey y la reina, ofrece, en primer lugar, cierta seguridad a sus personas. Los gruesos muros que los rodean, los patios cerrados de barricadas, los puestos de guardia con los fusiles permanentemente cargados, cierto que impiden toda tentativa de fuga, pero protegen, al mismo tiempo, contra todo ataque imprevisto. Ya no necesita la real familia, como en las Tullerías, acechar a diario y a cada hora todo rebato de campanas y redobles de tambores para saber si hoy o mañana hay que aguardar algún ataque. En este torreón solitario es la misma distribución de tiempo, ayer como hoy, el mismo aislamiento seguro y tranquilo y el mismo alejamiento de todos los sucesos del mundo. El gobierno de la ciudad hace, al principio, todo lo posible para cuidar del bienestar puramente material de la real familia prisionera; despiadada en la lucha, la Revolución, según su última voluntad, no es inhumana. Después de cada duro golpe, vuelve a suspender otra vez su marcha durante un momento, sin sospechar que precisamente estas pausas, estas aparentes renuncias, hacen aún más sensible para los vencidos su derrota. Los primeros días después del traslado al Temple se esfuerza la municipalidad por presentar su prisión a los prisioneros como lo más aceptable posible. La gran torre es empapelada de nuevo y provista de muebles; se prepara todo un piso con cuatro habitaciones para el rey; cuatro habitaciones para la reina, su cuñada madame Elisabeth y los niños. Pueden en todo momento salir de la lúgubre y mohosa tome, ir a pasear por el jardín, y, ante todo, cuida la Comuna de que no carezcan de lo que, por desgracia, es lo más preciso para el bienestar del rey: una comida buena y abundante. Nada menos que trece personas cuidan a diario de su mesa; cada mediodía hay por lo menos tres sopas, cuatro principios, dos asados, cuatro platos ligeros, compota, fruta, vino de

Malvasía, burdeos, champaña; de modo que al cabo de tres meses y medio, los gastos de cocina ascienden nada menos que a treinta y cinco mil libras. También se los provee abundantemente de ropa interior, de trajes y de todo lo que se refiere al pertrecho de la casa mientras Luis XVI no es todavía considerado como un criminal. Según sus deseos, recibe, para matar el tiempo, toda una biblioteca de doscientos cincuenta y siete volúmenes, en su mayor parte clásicos latinos; en esta primera época, muy corta, la prisión de la familia real no ha tenido en modo alguno carácter de castigo, y así, prescindiendo de la opresión moral, podían el rey y la reina llevar una vida tranquilamente cómoda y casi pacífica. Por la mañana hace María Antonieta venir a sus niños y los instruye o juega con ellos; a mediodía comen reunidos; de sobremesa juegan una partida de chaquete o de ajedrez. Mientras el rey lleva después a pasear al delfín por el jardín y con él echa a volar cometas, la reina, que es demasiado orgullosa para pasear públicamente bajo vigilancia, se ocupa, en general, en su habitación, con labores de mano. Por la noche acuesta ella misma a los niños, y después charlan todavía un poco o juegan a las camas; hasta alguna vez intentan tocar el clave, como en tiempos anteriores, o cantar un poco, pero, apartada del gran mundo y de sus amigas, le falta para siempre la perdida ligereza de su corazón. Habla poco, y prefiere estar sola o con los niños. Le falta como consuelo aquella gran piedad de Luis XVI y de su hermana, que rezan mucho y observan severamente todos los días de ayuno, con lo cual adquieren resignación y paciencia. La voluntad de vivir de la reina no se deja quebrantar tan fácilmente como la de aquellos seres de apagado temperamento: su pensamiento, hasta entre estos cerrados muros, está siempre dirigido hacia el mundo; su alma, habituada al triunfo, se niega todavía a renunciar, aún no quiere abandonar la esperanza -hacia dentro se reconcentran ahora sus no empleadas fuerzas-. Es la única que no se da por prisionera en la prisión; los otros sienten apenas su cautividad, y, si no fuera por la vigilancia y el eterno miedo del mañana, aquel pequeño burgués de Luis XVI y la monja de madame Elisabeth encontrarían realmente realizada la forma de vivir por la cual inconscientemente habían suspirado años y años: una pasividad sin responsabilidad ni pensamiento.

Pero la guardia está allí. Sin interrupción se les recuerda con ello a los cautivos que hay otro poder que rige su destino. En el comedor ha colgado en la pared la

Comuna la edición en folio del texto de la Declaración de los derechos del hombre, fechada en una forma dolorosa para un rey: «Año primero de la República». Sobre las placas de latón de su estufa tiene que leer el rey: «Libertad, igualdad, fraternidad». A la hora de la comida de mediodía aparece un comisario o el comandante como huésped no invitado. Cada pedazo de su pan es cortado por una mano extraña para investigar si acaso no contendrá algún mensaje secreto; ningún periódico puede entrar en el recinto del Temple; cada uno que penetra en la torre o sale de ella es registrado del modo más minucioso por los guardias, en busca de los papeles que pueda llevar escondidos, y, además, las puertas de las habitaciones regias son cerradas por fuera. Ni un solo paso puede dar el rey o la reina sin que detrás de ellos, con el fusil cargado al hombro, aparezca la sombra de un guardia, ni tener ninguna conversación sin testigos, ni leer ningún impreso sin censurar. Sólo en su apartado dormitorio conocen la dicha y la merced de estar solos consigo mismos.

¿Esta vigilancia era, en realidad, intencionadamente vejatoria? ¿Los guardias a inspectores de la regia prisión eran auténticamente unos sádicos verdugos, tal como los describen las monárquicas historias de martirio? ¿En realidad han humillado sin cesar a María Antonieta y los suyos con innecesarias molestias, eligiendo especialmente para este objeto a *sans-culottes* especialmente groseros? Los informes de la Comuna lo contradicen, pero son parciales también ellos. Para resolver justamente la importante cuestión de si la Revolución ha ofendido conscientemente y maltratado al vencido monarca es de exigir la más extrema prudencia. Pues el concepto de Revolución es, en sí mismo, muy dilatado, abarca una escala de infinitos grados, desde la más alta idealidad hasta la brutalidad más positiva, desde la grandeza a la crueldad, desde lo espiritual hasta su contrario, la violencia; cambia de modo de ser y se transforma, porque siempre recibe su color de los hombres y de las circunstancias. En la Revolución francesa, como en toda otra, se dibujan claramente dos tipos de revolucionarios: los revolucionarios por idealidad y los revolucionarios por resentimiento; los unos, mejor dotados que la masa, quieren elevarla hasta su nivel, hacer ascender su educación, su cultura, su libertad, sus formas de vida. Los otros, que lo han pasado mal, quieren tomar venganza de aquellos que lo pasaron mejor, procuran dar satisfacción a su nuevo

poder a costa de aquellos en otros tiempos poderosos. Esta disposición de ánimo, como fundada en la dualidad de la naturaleza humana, se halla en todos los tiempos. En la Revolución francesa, el idealismo había tenido primeramente la supremacía: la Asamblea Nacional, que se componía de nobles y burgueses y personas notables del país, quería auxiliar al pueblo, libertar a las masas, pero la masa libertada dirigió pronto su fuerza sin trabas contra sus propios libertadores; en la segunda fase ejercieron predominio los elementos radicales, los revolucionarios por resentimiento, y en ellos el poder era demasiado nuevo para que pudiera resistir al placer de gozar abundantemente de él. Figuras de pequeñez mental, libradas por fin de una situación estrecha, se apoderan del timón, y su anhelo es el de rebajar la Revolución hasta su propia medida, hasta su propia mediocridad mental.

El más típico y repugnante representante de estos revolucionarios por resentimiento es precisamente Hébert, a quien está confiada la suprema vigilancia de la real familia. Los más nobles, los más espirituales de la Revolución, Robespierre, Camille Desmoulins, Saint-Just, conocieron inmediatamente a este puerquísimo escritorzuelo, a este crapuloso charlatán por lo que realmente era: una apostema en el honor de la Revolución, y Robespierre lo extirpó, cierto que demasiado tarde, con un hierro candente. De un pasado sospechoso, públicamente culpable de desfalco en la caja de un teatro, sin colocación y sin escrúpulos, salta en medio de la Revolución como una pieza de caza perseguida dentro de un río, y la corriente lo sostiene porque, como dice Saint-Just, «según el espíritu y el peligro varía sus colores, como un reptil que se arrastra al sol» ; cuanto más se mancha de sangre la República, tanto más se tiñe de rojo su pluma en el *Père Duchéne*, el más innoble periódico parisiense de la Revolución, escrito con lodo más bien que con tinta. En el tono más ordinario -«como si una alcantarilla de París fuera el Sena», dice Camille Desmoulins-, adula allí los más repulsivos instintos de la última de las más bajas clases sociales y con ello priva a la Revolución de todo prestigio en el extranjero; pero él, personalmente, le debe a esta popularidad entre el populacho, aparte de sus abundantes ingresos, su puesto en el consejo municipal y un poder cada vez más grande: en sus manos es colocado de modo fatídico el destino de María Antonieta.

Tal hombre, puesto como señor y vigilante de la real familia, goza evidentemente, con todo el contento de un alma pequeña, de la posibilidad de que le sea lícito tratar de un modo que le haga bajar la cabeza a toda una archiduquesa de Austria y reina de Francia.

De una cortesía intencionadamente helada en el trato personal, y siempre cuidadoso de mostrar que él es el auténtico representante de la nueva justicia, da libre curso Hébert, en el *Pére Duchéne*, con groseras injurias a su enojo porque la reina rehúsa toda conversación con él; es la voz del *Père Duchéne* la que solicita ininterrumpidamente el «salto de carpa» y el *rasoir national* para el «borracho y su golfa» , los mismos a quienes el señor procurador Hébert visita todas las semanas del modo más cortés. Indudablemente que las palabras de su boca eran más violentas que los sentimientos de su corazón; pero ya hay una innecesaria humillación para los vencidos en el hecho de encargar precisamente al más despiadado y más insincero de todos los patriotas de que sea jefe supremo de la prisión. Porque el miedo a Hébert actúa naturalmente sobre los soldados de la guardia y los empleados. Por temor a ser considerados como negligentes, tienen que hacer mayores crueldades de las que querrían hacer; mas de otra parte, sus gritos de odio han servido a los encerrados de modo sorprendente, pues los honrados y cándidos artesanos y pequeños burgueses que Hébert coloca como guardianes han leído siempre en las páginas del *Pére Duchéne* cosas terribles acerca del «sanguinario tirano» y de la austríaca prostituta y dilapiladora. Y ahora, destinados al servicio de vigilancia, ¿qué es lo que ven? Un inocente y gordo burgués que con su hijito de la mano, va a pasear por el jardín y mide, con él mismo, cuántas pulgadas y pies cuadrados tiene de superficie el patio; lo ven comer mucho y con regodeo, dormir y estar inclinado sobre sus libros.

Pronto reconocen que este torpe y buen padre de familia no es capaz de hacer daño ni a una mosca; es verdaderamente difícil odiar a un tal tirano, y si Hébert no vigilara tan severamente, los soldados de la guardia probablemente habrían charlado con aquel humilde señor como con un camarada del pueblo, bromeando con él y hasta jugando a las camas. La reina, naturalmente, impone mayores distancias. María Antonieta, en la mesa, ni una sola vez dirige la palabra a los inspectores, y cuando viene una comisión y le pregunta si desea alguna cosa o tiene

alguna queja que dar, responde invariablemente que no desea ni apetece nada. Prefiere echar sobre sí todas las desazones a pedir un favor a ninguno de los guardianes de su prisión. Pero precisamente esta altivez en la desgracia impresiona a aquellos hombres simples y, como siempre, una mujer que sufre visiblemente provoca especial compasión. Pero a poco, los guardianes, que en realidad comparten la prisión con los prisioneros, llegan a sentir cierta inclinación hacia la reina y la real familia, y sólo esto explica la posibilidad de diversas tentativas de evasión; si, como se dice en las Memorias monárquicas, los soldados de la guardia se condujeron de un modo extremadamente áspero y acentuando su republicanismo; si, al pasar arriba y abajo, lanzaban una grosera blasfemia o silbaban más ruidosamente de lo que fuera menester, tal cosa sólo ocurría realmente para disimular cierta íntima compasión ante los vigilados. Mejor que los ideólogos de la Convención, ha comprendido el pueblo bajo que los vencidos merecen respeto en su desgracia, y ante los soldados del Temple, aparentemente tan groseros, ha encontrado la reina mucho menos odio y menos actos odiosos que en los salones de Versalles en otros tiempos.

Pero el tiempo no se mantiene inmóvil, y aunque esto no se perciba en aquel cuadrilátero amurallado, fuera vuela con aletazos gigantescos. Malas noticias vienen de la frontera; por fin se han puesto en movimiento los prusianos y los austríacos, y en el primer encuentro han dispersado a las tropas revolucionarias. En la Vendée, los aldeanos están sublevados; comienza la guerra civil; el Gobierno inglés ha retirado su embajador; La Fayette deja el ejército, amargado por el radicalismo de una Revolución provocada por él mismo; las subsistencias llegan a ser escasas, el pueblo está agitado. La más peligrosa de todas las palabras, la palabra «traición», como después de todas las derrotas, brota de millares de lenguas y perturba toda la ciudad. En esta hora, Danton, el más fuerte y menos escrupuloso de los hombres de la Revolución, empuña la sangrienta barrera del Terror y toma la espantosa resolución de dejar asesinar durante tres días y tres noches de septiembre, a todos los más o menos sospechosos. Entres unas dos mil víctimas, cae también la amiga de la reina, la princesa de Lamballe.

En el Temple, la familia real no sabe nada de estos espantosos acontecimientos, ya que vive apartada de toda voz viviente y de toda letra impresa. Sólo oye, de

repente, cómo comienzan a sonar las campanas de las tres, y María Antonieta conoce muy bien aquellas aves de bronce de la desgracia. Ya sabe que cuando retumban sobre la ciudad con sus sones revoloteantes descarga una tempestad, se acerca volando cualquier desastre. Excitados, murmuran entre sí los prisioneros de la torre: ¿Estará ya por fin el duque Brunswick, con sus tropas, a las puertas de París? ¿Ha estallado una revolución contra la Revolución? Más abajo, en la cerrada entrada del Temple, deliberan con la mayor agitación los guardias y empleados municipales: ellos saben más. Mensajeros que llegan precipitadamente han anunciado que una inmensa muchedumbre avanza desde los arrabales, trayendo clavada en una pica, flotantes los cabellos, la lívida cabeza de la princesa de Lamballe y arrastrando detrás su tronco, desgarrado y mutilado, es indudable que esta inhumana banda de asesinos, borracha de sangre y de vino, quiere gozar ahora del último triunfo canibalesco mostrando a María Antonieta la pálida cabeza de su amiga muerta y el cuerpo desnudo y afrentado con el cual la reina, según convicción general, durante tanto tiempo ha cometido deshonestidades. Desesperada, la guardia envía mensajeros a la Comuna pidiendo refuerzos militares, pues ella sola no puede hacer frente a esas enfurecidas masas; pero el cauteloso Pétion permanece invisible, como siempre, cuando la situación es peligrosa; no viene ningún refuerzo y ya brama aquella muchedumbre, con sus espantosas presas, delante de la puerta principal. Para no enfurecer aún más a las masas y evitar un asalto que indudablemente sería mortal para la real familia, procura el comandante detener a aquella tropa; deja primeramente que el báquico cortejo penetre en el patio exterior del recinto del Temple, y, como un sucio arroyo desbordado, pasa espumeando la muchedumbre a través de la puerta.

Dos de los caníbales arrastran el desnudo cuerpo cogido por las piernas; otro levanta en sus manos las sangrientas entrañas; un tercero alza en una pica la ensangrentada cabeza de la princesa, de una palidez verdosa. Con estos trofeos quieren subir a la torre para obligar a la reina, según anuncian, a que bese la cabeza de su querida. Es inútil pretender usar de la fuerza contra estos alborotadores; por ello, uno de los comisarios de la Comuna intenta emplear la astucia. Dándose a conocer por la banda oficial de su cargo, exige silencio y pronuncia un discurso. Para atraerlos, alaba primeramente a la muchedumbre por

su acción magnífica y les propone que paseen la cabeza a través de todo París, a fin de que el pueblo entero pueda admirar este «trofeo», «eterno monumento de victoria».

Felizmente hace su efecto la lisonja y, con salvaje vocerío, parten aquellos borrachos para seguir arrastrando por las calles el desnudo y afrentado cuerpo, hasta llegar al Palais Royal.

Mientras tanto, los cautivos de la torre se sienten impacientes. Oyen abajo el confuso griterío de una furiosa multitud, sin comprender lo que quiere y exige. Pero conocen ese sombrío mugir de las masas desde los días del asalto de Versalles y de las Tullerías, y observan como los soldados de la guardia corren pálidos y excitados, a sus puestos para prevenir cualquier peligro. Inquieto, interroga el rey a un guardia nacional. «Pues bien, señor -responde éste vivamente-, ya que quiere usted saberlo, es que quieren mostrar a ustedes la cabeza de madame de Lambelle. Puedo aconsejarles que se asomen a la ventana si no quieren que el pueblo suba hasta aquí.» Ante estas palabras se oye un ahogado grito: María Antonieta ha caído sin sentido. « Fue el único momento -dice su hija en un posterior informe- en que le hizo traición su energía.» Tres semanas más tarde, el 21 de septiembre, retumban de nuevo amenazadoras las calles. Otra vez prestan oído con inquietud los prisioneros a los rumores de fuera. Pero esta vez no gruñe la cólera del pueblo, esta vez no retumba su alegría; oyen como abajo, con gritos intencionadamente sonoros, los vendedores de periódicos anuncian que la Convención ha decidido abolir la monarquía. Al día siguiente aparecen unos comisarios que vienen a dar cuenta al rey, que ya no lo es, de su destitución. Luis el Postrero -así es llamado desde ahora, antes de que se le designe despreciativamente con el nombre de Luis Capeto- recibe esta embajada tan plácidamente como el rey Ricardo II de Shakespeare.

¿Qué tiene el rey que hacer? ¿Sumisión plena? Así lo hará. ¿Será, pues, destronado? El rey se allana. ¿Debe, acaso, el nombre perder de rey? ¡Sea así, en nombre del cielo! A una sombra no se le puede quitar ya ninguna luz, ni poder alguno a quien hace ya mucho tiempo que ha dejado de tenerlo. Ni una palabra de protesta encuentra en sí aquel hombre embotado desde hace mucho tiempo contra toda humillación; ninguna tampoco pronuncia María Antonieta; acaso uno y otro

sienten como si les quitaran de encima una peso. Pues desde ahora no tienen ya ninguna responsabilidad en lo que se refiere a su propia suerte y a la del Estado; ya no pueden equivocarse o descuidar sus deberes y ya no necesitan preocuparse de nada sino del pequeño trozo de vida que acaso les dejen disfrutar todavía. Lo mejor, ahora, es tratar de entretenerse con pequeñas cosas humanas, ayudar a la hija en sus labores de mano o tocar el clave, corregir los ejercicios escolares que el muchacho escribe con su letra grande, rígida a infantil (claro que es preciso apresurarse ahora a romper siempre el papel si el niño -¿cómo podría comprender lo ocurrido una criatura de seis años? firma aún del modo como ha aprendido trabajosamente a hacerlo: *«Louis Charles, Dauphin»*). Se resuelven las charadas del número más reciente del *Mercure de France*, se baja al jardín y se vuelve a subir, se sigue con la vista en la chimenea el caminar de las agujas del viejo reloj, que se mueven harto lentamente, se ve el humo formando volutas sobre los techos lejanos, se contempla cómo las nubes del otoño traen el invierno. Y, sobre todo, se procura olvidar to que fue en otro tiempo y se trata de pensar en to que viene y tiene que venir irremediablemente.

Ahora, según parece, la Revolución ha alcanzado su meta. El rey está depuesto, ha renunciado sin protesta y vive tranquilamente con su mujer y sus hijos en su torre. Pero cada revolución es una bola que rueda sin cesar hacia delante. Quien la dirija y quiera seguir dirigiéndola tiene que correr con ella, sin pausa, para conservarse en equilibrio a la manera del que corre encima de una bola: no hay posibilidad de detenerse en una evolución que sigue su curso. Cada partido lo sabe y teme, por ello, quedarse rezagado de los otros. La derecha teme a los moderados; los moderados, a la izquierda; la izquierda, a su ala extrema, los girondinos; éstos, a su vez, a los partidarios de Marat; los cabecillas temen al pueblo; los generales, a los soldados; la Convención, a la Comuna; la Comuna, a las secciones, y precisamente este miedo contagioso de todos los grupos unos a otros es lo que impulsa sus fuerzas íntimas hacia una competencia tan ardiente; es el temor de todos a pasar por moderados lo que únicamente lanzó la Revolución francesa hasta tan lejos, hasta más allá de su propia meta, dándole al mismo tiempo aquel impulso torrencial de sobrepasarse a sí misma. Fue su destino ir declarando nulos todos los

puntos de descanso que se había impuesto, sobrepasar sus metas tan pronto como las ha alcanzado.

Primeramente, la Revolución pensaba haber realizado su tarea con ignorar la existencia del rey; después con destituirlo. Pero, aun destituido y sin corona, este hombre desdichado e inofensivo sigue siendo siempre un símbolo, y si la República llega hasta el punto de arrancar de sus tumbas los esqueletos de los reyes muertos hace siglos, para volver, una vez más, a quemar lo que hace largo tiempo no es más que polvo y ceniza, ¿cómo podría soportar aunque no fuera más que la sombra de un rey viviente? Así, creen los jefes tener que completar la muerte política de Luis XVI con su muerte corporal, para estar a cubierto de toda recaída. Para un republicano radical, el edificio de la República sólo puede tener resistencia si está cimentado sobre sangre real; pronto se deciden a unirse también a esta opinión los otros grupos menos radicales, por miedo a quedarse atrás en la carrera en busca del favor popular, y el proceso contra Luis Capeto es señalado para el mes de diciembre.

En el Temple se llega a saber esta amenazadora determinación por la súbita presencia de una comisión que exige la entrega de «todos los instrumentos cortantes», es decir, cuchillos, tijeras y tenedores: el detenido, que sólo estaba sometido a vigilancia, se convierte con ello en acusado. Además, Luis XVI es separado de su familia. Aun habitando en la misma torre, sólo un piso más abajo de los suyos, cosa que agrava la crueldad de la medida, desde este día no le es permitido ver a la mujer ni a los hijos. En todas estas semanas fatales, su propia mujer no puede hablar ni una sola vez con el esposo, no le es permitido saber cómo se desenvuelve el proceso ni cómo es la sentencia.

No le es dado leer ningún periódico, no puede interrogar a los defensores de su marido; en espantosa incertidumbre y excitación, la desgraciada tiene que pasar sola todas estas horas de espantosa angustia. Un piso más abajo, separada sólo por el pavimento, oye los pesados pasos de su marido, y no le es dado verle, no le es dado hablarle: indecible tormento provocado por una medida absolutamente sin sentido. Y cuando el 20 de enero de 1793 un empleado municipal se presenta a María Antonieta y, con voz algo deprimida, le anuncia que, excepcionalmente, aquel día le es permitido trasladarse con su familia junto a su esposo en el piso de abajo,

comprende inmediatamente la reina lo que tiene de espantoso aquella merced: Luis XVI ha sido condenado a muerte, ella y sus hijos ven por última vez al esposo y al padre. En consideración al trágico momento -quien subirá mañana al patíbulo no es ya peligroso-, los cuatro empleados municipales dejan por primera vez solos en la habitación a la esposa y al esposo, la hermana y los hijos en esta última reunión de familia; sólo por una puerta de cristales vigilan la despedida.

Nadie asistió a esta patética hora en que vuelven a reunirse con el sentenciado rey y, al mismo tiempo, se despiden de él para siempre; todos los relatos que han sido impresos son puras y románticas invenciones, lo mismo que aquellas sentimentales estampas que, en el sentido dulzón de la época, rebajan lo trágico de tal entrevista con una lacrimosa y afectada ternura. ¿Cómo dudar de que esta despedida del padre de sus hijos haya sido uno de los momentos más dolorosos de la vida de María Antonieta, y para qué tratar de exagerar todavía su trágica emoción? Ya sólo ver a un individuo que va a morir, un condenado a muerte, aunque sea la persona más desconocida, antes de su marcha al suplicio, es un tormento profundo para todo hombre dotado de humana sensibilidad; mas con este hombre, si bien es cierto que María Antonieta no lo ha querido nunca apasionadamente y hace mucho tiempo que ha entregado su corazón a otro, ha vivido veinte años, día tras día, y le ha dado cuatro hijos; jamás, en estos agitados tiempos, lo ha visto de otro modo sino lleno de bondad y abnegación hacia ella. Más íntimamente unidos de lo que estuvieron nunca en sus bellos años, lo estaban ahora ambos esposos, originariamente unidos para toda la vida solamente por la política razón de Estado, pero a quienes ahora el exceso de la desgracia en estas sombrías horas del Temple ha acercado de modo más humano. Aparte eso, sabe la reina que pronto tendrá que seguirlo en este último paso. Sólo la precede en un breve plazo.

En esta hora extrema, en este último momento, lo que durante toda su vida había sido fatal para el rey, su completa carencia de excitabilidad nerviosa, fue una ventaja para aquel hombre tan probado por el dolor; su imperturbabilidad, en general tan irritante, da a Luis XVI en este momento decisivo cierta grandeza moral. No muestra temor ni excitación; los cuatro comisarios desde la habitación inmediata, no le oyen ni una sola vez alzar la voz ni sollozar: en esta despedida de los suyos, manifiesta este hombre lamentablemente débil, este rey indigno, mayor

fuerza y mayor dignidad que en ningún otro momento de toda su vida. Tranquilo como todas las otras noches, se levanta a las diez el condenado a muerte, y da con ello a su familia la indicación para que lo abandonen. Ante esta voluntad tan claramente manifiesta no osa María Antonieta presentar ninguna protesta, tanto más que él, con un piadoso propósito de engaño, le dice que aún subirá al día siguiente junto a ella, a las siete de la mañana.

Después todo queda tranquilo. La reina queda sola en su habitación de arriba; viene una noche larga y sin sueño. Por último clarea la mañana, y con ello despiertan los siniestros rumores de los preparativos. Oye llegar una carroza con pesadas ruedas; oye, una y otra vez, pasos y pasos, escaleras arriba y escaleras abajo: ¿es el confesor, con los representantes municipales?, ¿acaso ya el verdugo? A lo lejos redoblan los tambores de los regimientos en marcha, aumenta cada vez más la luz, llega a ser un día claro; cada vez se acerca más la hora que privará a los niños de su padre y a ella del respetable, bondadoso y circunspecto compañero de tantos años. Prisionera en su habitación, con los despiadados guardias delante de la puerta, no le es permitido a la desdichada mujer bajar los pocos peldaños que la separan del esposo, no le es permitido oír ni ver nada de todo to que ocurre, e, imaginadas, las cosas son quizá mil veces más espantosas que en la misma realidad. Después, y de repente, hay en el piso de abajo un espantoso silencio. El rey ha dejado la habitación, la pesada carroza rueda llevándolo hacia el patíbulo. Y una hora más tarde, la guillotina ha dado a María Antonieta un nuevo nombre: en otros tiempos fue archiduquesa de Austria, después delfina, por último reina de Francia; ahora es la viuda Capeto.

Capítulo 36
María Antonieta, sola

A la despiadada caída de la cuchilla sigue la aparición de cierta calma. Con la ejecución de Luis XVI sólo quería la Convención trazar una línea divisoria, roja de sangre, entre la monarquía y la república. Ni uno solo de los diputados, la mayoría de los cuales sólo con íntima pena empujaron a aquel hombre débil y bondadoso bajo el filo de la cuchilla, piensa por el momento en acusar también a María Antonieta. Sin deliberación otorga la Comuna a la viuda la ropa de luto que necesita, la vigilancia se afloja visiblemente, y si todavía se tiene detenida a la habsburguesa y a sus hijos es, sobre todo, con la idea de que con sus personas se tiene entre las manos una preciosa prenda para hacer manejable a Austria.
Pero el cálculo es falso: la Convención francesa sobrestima desmedidamente los sentimientos de la familia de los Habsburgo. El emperador Francisco, plenamente embotado a incapaz de sensibilidad, codicioso y sin ninguna íntima grandeza, no piensa vender ni una sola piedra preciosa del tesoro imperial, en el cual, aparte el diamante florentino, hay todavía otras innumerables preciosidades para rescatar a su consanguínea; fuera de eso, el partido militar austríaco pone en movimiento todas sus palancas para aniquilar toda negociación. Cierto que, al principio, Viena ha declarado solemnemente que se comenzaba esta guerra sólo por la idea y en modo alguno para lograr conquistas a indemnizaciones, pero -la Revolución francesa faltará también poco después a su palabra es propio de la naturaleza de toda guerra el convertirse irresistiblemente en guerra de anexión. En todos los tiempos ha sido desagradable para los generales ser perturbados en sus tareas guerreras; según su gusto, demasiado pocas veces les facilitan los pueblos ocasión para ejercitarlas y por eso cuanto más duren, mejor. No sirve de nada que el viejo Mercy, impulsado siempre por Fersen, recuerde a la corte de Viena que María Antonieta, una vez le han quitado el título de reina de Francia, vuelve a ser otra vez archiduquesa austríaca y miembro de la familia imperial, con lo cual el emperador tiene el deber moral de reclamarla. Pero ¿qué importancia tiene una mujer prisionera en una guerra universal?, ¿qué valor tiene una vida humana en el juego cínico de la política? En todas partes los corazones permanecen fríos y cerradas las puertas.

Cada monarca afirma estar profundamente impresionado, pero ninguno mueve ni un dedo. Y María Antonieta puede repetir las palabras dichas por Luis XVI a Fersen: «Estoy abandonada por todo el mundo».

Está abandonada por todo el mundo; María Antonieta lo siente hasta dentro de su habitación, solitaria y cerrada con cerrojos. Pero todavía está intacta la voluntad de vivir de esta mujer, y de tal voluntad nace la decisión de ayudarse a sí misma. Han podido quitarle la corona, pero hay una cosa que esta mujer posee, a pesar de su rostro ya fatigado y envejecido: el asombroso poder mágico para conquistar a las gentes que la rodean. Todas las medidas de precaución inventadas por Hébert y los otros miembros de la municipalidad resultan sin efecto ante la misteriosa fuerza magnética que para todos aquellos vigilantes, pequeños burgueses y empleados, irradia todavía, a modo de nimbo, de la proximidad de una verdadera reina. Ya al cabo de pocas semanas, todos o casi todos los juramentados sans-culottes que debían guardarla se han convertido, de vigilantes, en auxiliares secretos, y, a pesar de las severas disposiciones de la Comuna, es ineficaz el visible muro que separa a María Antonieta del mundo. Gracias al auxilio de los guardianes puestos a su servicio, son llevados y traídos de contrabando innumerables mensajes y noticias, escritos ya con zumo de limón o con tinta simpática, en unos papelillos que son despachados fuera ya en forma de tapón de botella o ya por las chimeneas. Se inventa un lenguaje de manos y de gestos, a pesar de la vigilancia de los comisarios, para hacer saber a la reina los acontecimientos diarios de la política y de la guerra; además de eso, se acuerda que un *colporteur* encargado especialmente de ello, grite delante del Temple las noticias más importantes. Poco a poco se dilata entre los guardianes este secreto círculo de auxiliares. Y ahora que ya no está al lado de la reina Luis XVI, que con su eterna indecisión paralizaba toda acción auténtica, se atreve María Antonieta, abandonada de todos, a intentar por sí misma su liberación.

El peligro actúa como un ácido. Lo que en unas medianas y tibias circunstancias de la vida se mantiene mezclado confusamente -audacia y cobardía de los hombres-, se aparta en estas horas de prueba. Las gentes sin valor de la antigua sociedad, los egoístas de la nobleza, han huido todos, como emigrados, tan pronto como el rey fue trasladado a París.

Sólo han quedado los verdaderamente fieles, y de cada uno de los que no han huido debe fiarse sin condiciones la reina, pues para aquellos antiguos servidores de la realeza la residencia en París es un peligro de muerte. A estos valientes pertenece, en primer lugar, el ex general Jarjayes, cuya mujer ha sido dama de honor de María Antonieta. Para estar en todo momento a disposición de la reina, ha regresado expresamente de la segura Coblenza y ha hecho saber que está dispuesto a cualquier sacrificio. El 2 de febrero de 1783, quince días después de la ejecución del rey, se presenta en casa de Jarjayes un hombre completamente desconocido, el cual le hace la asombrosa proposición de libertar a María Antonieta del Temple. Jarjayes lanza al desconocido, que tiene trazas de ser un auténtico y verdadero *sans-culotte*, una mirada de desconfianza. Al punto sospecha que sea un espía. Pero entonces el desconocido le tiende un minúsculo papelito escrito indudablemente por la mano de la reina: «Puede usted fiarse del hombre que le hablará de mi parte entregándole esta esquela. Conozco sus sentimientos; no han variado desde hace cinco meses». Es Toulan, uno de los guardias permanentes del Temple. ¡Asombroso caso psicológico! El 10 de agosto, cuando se trataba de quebrantar la monarquía, fue uno de los primeros voluntarios en el asalto de las Tullerías; la medalla obtenida como recompensa de esta acción orna orgullosamente su pecho. A estas opiniones republicanas, públicamente demostradas, les debe Toulan el que el Consejo municipal, como a hombre especialmente de fiar a incorruptible, le confíe la vigilancia de la reina. Pero Saulo se convierte en Pablo; conmovido por las desgracias de la mujer a quien debe vigilar, Toulan llega a ser el amigo más abnegado de aquella contra la cual ha hecho armas en la revuelta, y muestra un rendimiento tan lleno de sacrificio hacia la reina, que María Antonieta, en sus mensajes secretos, no le designa nunca sino con el seudónimo de *«Fidèle».* De todos los que están complicados en esta conjura para libertarla, el extraño Toulan es el único que no se juega la cabeza por afán de ganar dinero, sino por una especie de pasión humanitaria y acaso también por el placer de intervenir en una audaz aventura, ya que los valientes aman siempre el peligro, y corresponde plenamente a la lógica de los hechos el que los otros, los que sólo buscaban su provecho, supieron salvarse hábilmente tan pronto como hubo rumores de lo que ocurría, mientras que únicamente Toulan pagó con la vida su loca temeridad.

Jarjayes confía en el desconocido, pero no por completo. Una carta puede siempre ser falsificada, toda correspondencia significa un peligro. Por ello pide Jarjayes a Toulan que le facilite medios de penetrar en el Temple para conferenciar personalmente con la reina.

En el primer momento parece impracticable introducir a un desconocido, a un noble, en aquella torre estrechamente custodiada. Pero, mientras tanto, la reina, mediante promesas de dinero, se ha ganado ya nuevos auxiliares entre sus vigilantes, y pocos días más tarde le entrega ya Toulan a Jarjayes un nuevo papelito: «Ahora, si está usted decidido a venir aquí sería mejor que fuera muy pronto. Pero, ¡Dios mío!, tenga usted mucho cuidado de no ser reconocido, sobre todo por la mujer que está encerrada aquí con nosotros». Esta mujer se llama Tison, y no engaña a la reina el instinto que le dice que es una espía, pues con su atención astuta ha de hacerlo fracasar todo. Pero, por el momento, todo resulta bien: Jarjayes es introducido de contrabando en el Temple, y, a la verdad, de un modo que recuerda a una comedia policíaca. Cada noche entra un farolero en el recinto de la prisión, pues por orden de la municipalidad todo tiene que estar muy bien alumbrado, ya que la oscuridad puede ser favorable para una fuga. Toulan ha dicho a este farolero que un amigo suyo tiene deseos de ver una vez, por broma, el Temple, y le ha convencido para que le preste su ropa y pertrechos. El encendedor de los faroles se ríe y va gustoso a gastar en vino el dinero que le han dado. Así disfrazado, llega felizmente Jarjayes hasta la reina y combina con ella un osado plan de fuga: María Antonieta y madame Elisabeth deben abandonar la torre vestidas de hombre, con uniforme de comisarios de la Comuna, provistas de documentos de legitimación robados, como si fuesen personas del Ayuntamiento que hubieran venido a una visita de inspección. Lo difícil es sacar a los niños. Pero como quiere una feliz casualidad que aquel farolero vaya frecuentemente acompañado en su recorrido por sus hijos, de una edad análoga a la de los príncipes, algún resuelto noble desempeñará su papel y hará pasar tranquilamente por la barrera los dos regios niños, pobremente vestidos, como si los hubiera traído consigo, después de haber encendido las luces. En las cercanías deben esperar tres coches ligeros: uno para la reina, su hijo y Jarjayes; el segundo para la hija y el segundo conjurado, llamado Lepître; el tercero para madame Elisabeth y Toulan. Con cinco horas de ventaja antes del descubrimiento de la fuga,

esperan librarse de toda persecución gracias a estos ligeros carruajes. La reina no se espanta de la audacia del proyecto. Lo acepta y Jarjayes se declara dispuesto a entrar en relaciones con el segundo conjurado, Lepître.

Este segundo conjurado, Lepître, en otro tiempo maestro de escuela, charlatán, pequeño y cojo -la reina misma escribe: « Verá usted el nuevo personaje; su exterior no previene favorablemente, pero es en absoluto necesario y tenemos que ganarlo para nuestra causa», representa un extraño papel en esta conjuración. No son sentimientos humanitarios, ni mucho menos la atracción de la aventura, lo que le decide a participar en ella, sino la gran suma que le promete Jarjayes, por desgracia sin disponer de ella, pues el caballero Jarjayes no tiene ninguna relación -cosa singular- con el verdadero hombre de dinero de la contrarrevolución en París, con el barón de Batz; sus dos complots se desarrollan paralelamente, casi al mismo tiempo, sin tener entre sí contacto, y ninguno de ellos sabe nada del otro. De este modo se pierde el tiempo, un tiempo muy valioso, porque primero hay que poner en el secreto al antiguo banquero de la reina. Por último, al cabo de largas idas y venidas, el dinero está reunido y dispuesto. Pero, mientras tanto, Lepître, que como miembro de la municipalidad ha procurado ya los falsos pasaportes, pierde sus bríos. Se ha extendido el rumor de que las barreras de las puertas de la ciudad de París van a ser cerradas y que todos los coches serán registrados del modo más minucioso; aquel hombre prudente llega a tener miedo. Acaso ha advertido ya, por cualquier indicio, que la espía Tison está al acecho; en todo caso, se niega a prestar auxilio, y es imposible hacer salir del Temple a cuatro personas al mismo tiempo que la reina. Únicamente podría ser salvada ella. Jarjayes y Toulan procuran convencerla. Pero, con una nobleza realmente auténtica, María Antonieta rechaza la proposición de ser libertada ella sola. Prefiere renunciar a la libertad a abandonar a sus hijos. Con conmovedora emoción explica a Jarjayes los motivos de su inconmovible decisión: «Hemos tenido un bello sueño, eso es todo; pero hemos ganado mucho con encontrar también en esta ocasión una nueva prueba de su total abnegación por mí. Siento hacia usted una confianza sin límites; encontrará usted siempre en mí, en todas las ocasiones, valor y energía; pero el interés por mi hijo es lo único que me guía, y, cualquiera que fuera la dicha que pudiese yo experimentar estando fuera de aquí, no quiero consentir en separarme de él. Por lo

demás, bien conozco su adhesión en todo lo que ayer me ha explicado al detalle. Cuente con que conozco la bondad de sus razones en mi propio interés y que bien sé que esta ocasión puede no volver a presentarse; pero no podría disfrutar de nada, y esta idea no me deja siquiera lugar para sentirme pesarosa al no aceptar».

Jarjayes ha cumplido con su deber caballeresco, y ahora no puede ya servir de nada a la reina en París. Pero aún puede mostrar su fidelidad con un servicio: gracias a él existe la segura posibilidad de transmitir a los amigos y parientes del extranjero una última señal de vida y afecto. Poco tiempo antes de su ejecución, Luis XVI había querido hacer llegar como recuerdo a su familia, por medio de su ayuda de cámara, un anillo con un sello y un pequeño mechón de cabellos; pero los comisarios de la Comuna, que todavía sospechaban, tras este regalo de un condenado a muerte, algo misterioso y como una señal de conjuración, habían embargado estas reliquias, poniéndolas bajo sellos. Toulan, siempre temerario en favor de la reina, rompe estos sellos y lleva los recuerdos a María Antonieta. Pero la reina siente que tampoco en su poder estarán seguros por mucho tiempo, y como tiene ahora un mensajero digno de confianza, envía el anillo y los cabellos a los hermanos del rey para su eficaz protección. AL mismo tiempo escribe al conde de Provenza: «Teniendo una persona fiel con la cual podemos contar, la aprovecho para mandar a mi hermano y amigo este depósito que no puede ser confiado más que a sus manos. El portador le dirá por qué milagro hemos podido obtener estas prendas preciosas; me reservo para decirle yo misma algún día el nombre de quien nos es tan útil; la imposibilidad en que hemos estado hasta el presente de poder darle noticias nuestras, y el exceso de nuestras desgracias, nos hacen sentir aún más vivamente nuestra cruel separación. ¡Ojalá que no sea ya más larga! Mientras tanto, le abrazo como le amo, y ya sabe usted que es de todo corazón». Una carta semejante la dirige también al conde de Artois. Pero Jarjayes vacila todavía en abandonar París; todavía espera aquel valiente poder ser útil con su presencia a María Antonieta. Por fin, el permanecer allí llega a ser un insensato peligro. Poco antes de su marcha recibe, por medio de Toulan, el último escrito de la reina: «¡Adiós! Creo que si está usted decidido a partir, es mejor que sea pronto. ¡Dios mío, cuánto compadezco a su pobre mujer! ¡Qué feliz sería si pudiésemos estar bien

pronto todos reunidos! ¡Jamás podré agradecer bastante lo que ha hecho usted por nosotros! ¡Adiós!, esta palabra es cruel».

María Antonieta sospecha, casi lo sabe fijamente, que ésta es la última vez que puede enviar a lo lejos un confidencial mensaje: una única y última ocasión se le ofrece. ¿No tiene ningún otro a quien decir una palabra, a quien transmitir un signo de amor sino a esos condes de Provenza y Artois, a quienes tiene tan poco que agradecer y a quienes sólo la consanguinidad designa como depositarios del fraternal regalo? ¿No tiene, en realidad, ningún saludo para aquel que fue para ella to más amado sobre la tierra, aparte sus hijos; para aquel, para Fersen, de quien ha dicho que «no podía vivir» sin sus noticias y a quien desde el círculo infernal de las sitiadas Tullerías había enviado aquel anillo a fin de que se acordara de ella eternamente? Pues ahora, en esta última, en esta postrera ocasión, su corazón ¿no debería, una vez más, dirigirse hacia él? Pues no: las Memorias de Goguelat, que publican aquella despedida a Jarjayes, documentándola suficientemente con la reproducción de las cartas, no contienen ni un palabra acerca de Fersen, ni un solo saludo; nuestro sentimiento, que esperaba encontrar aquí un último mensaje, brotado de un íntimo impulso del alma, resulta burlado.

Pero, sin embargo, el sentimiento acaba siempre, a lo último, por tener razón. En realidad, María Antonieta -¡cómo podría haber sido de otro modo!- no olvida tampoco en su última soledad al amado, y aquel mensaje dirigido por el deber a sus hermanos acaso no era más que un pretexto para ocultar mejor el auténtico, que Jarjayes cumplió del modo más fiel. Pero en 1823, cuando aparecieron aquellas *Memorias*, había comenzado ya la conspiración del silencio alrededor de Fersen para ocultar a la posteridad sus íntimas relaciones con la reina. También aquí fue suprimido (como de costumbre en el caso de María Antonieta) por mano de bizantino editor el pasaje de la carta más importante para nosotros. Sólo al cabo de un siglo sale a la luz y muestra que nunca fue más fuerte el apasionado sentimiento de la reina que en estos momentos anteriores al tránsito. Para estar constantemente unida en su memoria al consolador recuerdo del amante, María Antonieta se había mandado hacer un anillo que, en vez de ostentar las lises reales (tal anillo se lo había enviado a Fersen), ostentaba las armas de éste; lo mismo que él llevaba en su dedo la divisa de la reina, llevaba ella en el suyo, en estos días de

alejamiento, las armas del noble sueco; cada mirada dirigida hacia la propia mano debía recordar al ausente ante la reina de Francia. Y ya que ahora se presenta, por fin, la posibilidad de enviarle una nueva prueba de amor -sospecha ella que la última-, quiere mostrarle que con este anillo conserva también perennes los sentimientos que le han consagrado. Imprime las armas con su lema en la cera caliente y, por medio de Jarjayes, envía la reproducción a Fersen; no se necesita ninguna palabra más; con este sello está dicho todo. «El vaciado que aquí le incluyo -escribe a Jarjayes deseo que se lo remita a la persona que sabe usted que vino a verme el invierno pasado desde Bruselas, y que le diga usted al mismo tiempo que la divisa no fue jamás más verdadera.» Pero ¿qué dice esa inscripción en el anillo de sello que María Antonieta se ha mandado hacer para sí misma y que «no fue jamás más verdadera»? ¿Qué dice este anillo en el cual la reina de Francia ha hecho grabar las armas de un pequeño noble sueco y que conserva todavía en la prisión, en su dedo, como único adorno después de sus millones de joyas de otro tiempo? Cinco palabras italianas forman la divisa, y estas palabras, que a dos pulgadas de la muerte son más verdaderas que nunca, dicen de este modo: *«Tutto a te mi guida»*, «Todo me lleva a ti».

Es el último grito de pasión amorosa de una mujer que va a morir, y cuyo cuerpo se convertirá pronto en polvo, que exhala con fuerza este mensaje, por decirlo así, mudo; y él, que lo recibe en la lejanía, sabe que ese corazón palpitará de amor hacia él hasta su hora postrera. En este saludo de despedida está evocado el pensamiento de la eternidad, la perennidad del sentimiento en medio de lo transitorio. Queda dicha la última palabra de esta grande a incomparable tragedia de amor a la sombra de la guillotina: el telón puede caer ahora.

Capítulo 37
La última soledad

Tregua: está dicha la última palabra, una vez más ha podido desahogarse el corazón.

Ahora es más fácil esperar to que venga tranquila y serenamente. María Antonieta se ha despedido del mundo. Ya no espera nada más, ni intenta nada más. Ya no hay que contar con la corte de Viena ni con la victoria de las tropas aliadas, y en la ciudad sabe que desde que la ha abandonado Jarjayes y el fiel Toulan ha sido relevado de su puesto por orden de la Comuna, no hay ya quien pueda salvarla. Gracias a la espía Tison, la municipalidad presta mayor atención a su guardia; si una tentativa de evasión era ya antes cosa peligrosa, sería ahora insensata y suicida.

Pero hay naturalezas a las cuales precisamente atrae por modo misterioso el peligro; jugadores de su propia vida que sólo sienten la plenitud de sus fuerzas cuando se atreven a lo imposible y para quienes la más audaz aventura es la única norma de existencia acomodada a ellos. En tiempos corrientes, estos hombres no pueden respirar; la vida es para ellos demasiado aburrida, demasiado estrecha y mezquina toda acción; necesitan locas tareas para su temeridad, bárbaros y extravagantes propósitos, y su más profunda pasión es intentar lo insensato y to imposible. Uno de tales hombres vive entonces en París: se llama barón de Batz. Mientras la monarquía se mantuvo en todo honor y esplendor, este noble rico se conservó orgullosamente hasta el final; ¿para qué doblar sus lomos en demanda de una colocación, de una prebenda? Al aventurero que hay en él sólo le atrae el peligro. Únicamente cuando todos dan por perdido al rey condenado, se arroja este Don Quijote de la fidelidad monárquica loca y heroicamente al combate para salvarle. Naturalmente que esta cabeza insensata permaneció en los puestos de máximo peligro durante toda la Revolución; bajo docenas de nombres ajenos al suyo propio se ocultaba en París para luchar él solo contra la Revolución, como una persona anónima.

Sacrifica toda su fortuna en numerosas empresas, la más insensata de las cuales, hasta este momento, la emprendió cuando Luis XVI era conducido al patíbulo; saltó

de repente, blandiendo un sable, en medio de ochenta mil hombres armados, exclamando a gritos: «¡A mí los amigos: ¡A mí los que quieran salvar al rey!». Pero nadie le siguió. Nadie, en toda Francia, poseía un valor lo suficientemente desatinado para tratar de arrebatarle su presa, en pleno día, a toda una ciudad, a todo un ejército. Y de este modo el barón de Batz se sumerge de nuevo en medio de la multitud antes de que los guardias hubieran tenido tiempo para reponerse de su sorpresa. Pero este fracaso no le ha desanimado y prepara, inmediatamente después de la ejecución del rey, para sobrepasar su propia empresa, un plan de una audacia aún más fantástica para salvar a la reina.

El barón de Batz, con experta mirada, ha reconocido el punto débil de la Revolución, su íntimo y secreto germen venenoso, el cual Robespierre trata de quemar con hierro candente: el comienzo de la corrupción. Con el poder político han recibido los revolucionarios cargos oficiales, y en todos estos puestos se maneja dinero, ese peligroso corrosivo que actúa sobre las almas lo mismo que orín sobre el acero. Individuos proletarios, pequeñas gentes que jamás tuvieron que manejar grandes cantidades, obreros, escribientes y agitadores políticos hasta entonces sin empleo, tienen ahora, de repente, que administrar sin vigilancia sumas gigantescas en los suministros de guerra, las requisiciones, la venta de bienes de los emigrados, y no demasiados de entre ellos poseen la severidad catoniana necesaria para resistir a esta tentación inmensa. Se establecen oscuras relaciones entre las convicciones y los negocios; después de grandes servicios a la República, muchos quieren ahora, de entre los más feroces revolucionarios, ganar ferozmente a costa de ellos. En este estanque de carpas de la corrupción, que se pelean sañudamente por su presa, arroja resueltamente el barón de Batz sus anzuelos, murmurando una palabra mágica que perturba los sentidos to mismo ahora que entonces: un millón. ¡Un millón para todos aquellos que ayuden a sacar a la reina del Temple! Con tal suma hasta se pueden hacer saltar los más gruesos muros de una prisión, pues el barón de Batz no trabaja, como Jarjayes, con ayudantes subalternos, con faroleros y algunos soldados; va, osado y resuelto, hacia lo más alto: no compra a los empleados inferiores, sino a los órganos principales del Consejo municipal, al antiguo vendedor de limonadas Michonis, a quien está sometida la inspección de todas las prisiones y, por tanto, también la del Temple. La segunda persona con

quien tiene influencia es Cortey, el comandante militar de todas las secciones. Con ello, este monárquico, buscado día y noche, con cartas requisitorias, por la policía y por todos los tribunales, tiene en sus manos tanto a las autoridades civiles como a la vigilancia militar del Temple, y mientras en la Convención y en el Comité de Salud Pública se clama a gritos contra el «infame Batz», puede proseguir éste su tarea muy bien cubierto.

Junto con gran frialdad de nervios para sus cálculos y gran serenidad para los sobornos, posee al mismo tiempo este maestro de conspiradores que es el barón de Batz un extremado valor personal. Este hombre, perseguido desesperadamente en todo el país por centenares de espías y agentes -el Comité de Salud Pública llega a saber que está urdiendo sin cesar planes tras planes para arruinar a la Revolución-, se inscribe como simple soldado, bajo el nombre de Forguet, en la compañía de guardias del Temple para explorar personalmente el terreno. Con el fusil al hombro, con el sucio y destrozado uniforme de Guardia Nacional, aquel aristócrata ultramillonario, habituado a la buena vida, realiza, con todos los demás soldados, las rudas tareas de vigilancia delante de la puerta de la reina. No es conocido si logró penetrar él mismo junto a María Antonieta, cosa que, por lo demás, no era necesario para la ejecución de su proyecto, pues Michonis, a quien debe ir a dar la más rica parte del millón, se ha entendido de fijo con la reina. AL mismo tiempo, gracias al concurso pagado del comandante militar Cortey, se ha introducido de contrabando entre las fuerzas de la compañía de guardias un número cada vez mayor de auxiliares del barón. De este modo llega a darse finalmente una de las situaciones más pasmosas a inverosímiles de la historia universal; en cierto y determinado día del año 1793, en pleno París revolucionario, todo el recinto del Temple, en el cual no es permitido entrar sin permiso de la Comuna a quien por su cargo no sea llamado a ello, está guardando, y con ello María Antonieta, la proscrita y prisionera reina de Francia, exclusivamente por enemigos de la República, por un batallón de monárquicos disfrazados, cuyo jefe es el barón de Batz, perseguido por la Convención y por el Comité de Salud Pública con cien decretos y cartas de proscripción: una transposición más loca y audaz no la ha inventado jamás novelista alguno.

Finalmente, le parece a Batz que ha sonado ya la apropiada hora para el golpe de mano decisivo. Ha llegado la noche que, si su plan tiene éxito, puede llegar a ser una de las más inolvidables y cargadas de destino de la historia universal, pues en ella debe ser arrancado para siempre del poder de la Revolución Luis XVII, el nuevo rey de Francia.

En aquella noche, el barón de Batz y el destino van a jugarse la consagración o la pérdida de la República. Cae la tarde, anochece; el menor detalle está dispuesto. Por el patio penetra, a paso de marcha, el sobornado Cortey con su destacamento, y con él el jefe del complot, el barón de Batz. Cortey distribuye a sus hombres de tal modo, que precisamente las salidas importantes estén exclusivamente en las manos de los monárquicos traídos por el barón de Batz. Al mismo tiempo, el otro sobornado, Michonis, ha tomado a su cargo el servicio de las habitaciones y provisto de capas de uniforme a María Antonieta, a madame Elisabeth y a la hija de la primera. A medianoche deben las tres, cubiertas con gorras militares, con el fusil al hombro, lo mismo que una de las habituales patrullas, salir en formación del Temple, con otros falsos guardias nacionales mandados por Coney, llevando al pequeño delfín en medio. Todo parece seguro: el plan está calculado hasta en su más ínfima particularidad. Como Cortey, en su calidad de comandante de la guardia, tiene derecho en todo momento a hacer abrir la puerta principal para sus patrullas, es, por decirlo así, indudable que una tropa conducida personalmente por él llegará a la calle sin obstáculo alguno. De todo lo demás ha cuidado Batz, el maestro de conspiradores, que bajo un nombre falso posee una casa de campo en las cercanías de París, en la cual todavía no ha entrado la policía: aquí se ocultará primeramente a la familia real durante algunas semanas, para pasarla al otro lado de la frontera en la primera ocasión segura. Fuera de eso, algunos activos y resueltos jóvenes monárquicos, cada uno con un par de pistolas en el bolsillo, están distribuidos por la calle para detener a los perseguidores en caso de alarma. Tal como audaz a ingeniosamente ha sido inventado, el plan está calculado hasta en lo más mínimo, y en realidad casi ya ejecutado.

Son cerca de las once. María Antonieta y los niños están dispuestos para seguir en cualquier momento a sus libertadores. Oyen abajo como con sonoros pasos marcha de un lado a otro la patrulla, pero esta guardia no los espanta, pues saben que bajo

aquellos uniformes de *sans-culottes* palpitan corazones amigos. Michonis no espera más que una indicación del barón de Batz. Mas entonces, de repente -¿qué ocurre?, se preguntan todos espantados-, llaman violentamente a la puerta de la prisión. Para evitar toda sospecha, dejan entrar al recién llegado inmediatamente. Es el zapatero Simón, el honrado a insobornable revolucionario de la Comuna, que todo agitado se ha precipitado al Temple para convencerse de si la reina no sido ya raptada. Hace algunas horas, un gendarme le ha dado una esquela en la que se le comunica que Michonis proyecta una traición para esta noche misma, y al punto ha comunicado la importante noticia al Consejo municipal. Pero éste no acaba de creer una historia tan novelesca; sobre su mesa llueven a diario centenares de denuncias, y, además, ¿cómo puede ser posible? ¿No está guardado el Temple por doscientos ochenta hombres, vigilados por los comisarios más seguros? Pero, en todo caso -¿qué importa?-, encargan a Simón que por aquella noche tome a su cargo, en vez de Michonis, la vigilancia del recinto interior del Temple. Tan pronto como Cortey lo ve venir sabe que todo está perdido. Felizmente, Simón no sospecha de él, en modo alguno, que pueda ser un auxiliar de la fuga. «Ya que estás tú aquí, quedo tranquilo», le dice con camaradería, y sube junto a Michonis a la torre.

El barón de Batz, que ve fracasar todo su plan a causa de este hombre desconfiado, medita durante un instante si no debe correr rápidamente detrás de Simón y saltarle la tapa de los sesos de un pistoletazo. Pero eso no tendría sentido, pues el ruido del disparo atraería a todo el resto de la guardia, y, de otra parte, necesariamente tiene que haber un traidor entre ellos. Ya no es posible salvar a la reina; todo acto de violencia aventuraría innecesariamente la vida de la señora. Se trata ahora, por lo menos, de sacar sin daño fuera del Temple a los que se han deslizado allí disfrazados. Rápidamente forma Cortey, que también se siente muy sofocado, una patrulla con los conjurados. Éstos, en formación, y entre ellos el barón de Batz, salen tranquilamente a la calle desde el patio del Temple: los conspiradores están salvados; la reina, abandonada.

Mientras tanto, Simón dirige coléricamente la palabra a Michonis; al instante debe justificarse ante las autoridades municipales. Michonis, que ha ocultado rápidamente los disfraces, permanece inconmovible. Sin resistencia alguna, acompaña al hombre peligroso ante el peligroso tribunal. Pero, caso extraño,

despachan de allí a Simón con bastante frialdad. Cierto que alaban su patriotismo, su buen deseo y su vigilancia, pero le dan a entender claramente que ha visto visiones. En apariencia, la Comuna no toma en serio la conspiración.

En realidad -y esto permite echar una mirada profunda por los tortuosos senderos de la política-, las autoridades municipales tomaron muy en serio esta tentativa de fuga, y sólo querían precaverse de este modo de que se extendiera la voz de lo ocurrido. Prueba esto un escrito muy curioso, en el cual el Comité de Salud Pública indica al acusador público, en el proceso de María Antonieta, que no se refiera a ninguna de las particularidades del gran plan de fuga descubierto por Simón, en el cual actuaban Batz y sus cómplices. No había más sino hablar del hecho de la tentativa de fuga, sin mencionar detalles, porque la Comuna tenía miedo a que supiera el mundo lo profundamente que había envenenado ya la corrupción a sus mejores gentes, y así, permaneció en el silencio durante años y años uno de los episodios más dramáticos a inverosímiles de la historia universal.

Pero si la Comuna, espantada de la corruptibilidad de sus empleados aparentemente más dignos de confianza, no se atreve a instruir proceso a ninguno de los cómplices de la fuga, decide, sin embargo, ser más severa desde ahora en adelante y hacer imposibles tales tentativas de fuga a aquella mujer audaz que, en lugar de renunciar, lucha una y otra vez por la libertad con la obstinación de un corazón indomable. Primeramente son removidos de sus puestos los comisarios sospechosos: en primer lugar, Toulan y Lepître, y María Antonieta es vigilada como una criminal. Por la noche, a la once, aparece Hébert, el más desconsiderado de los miembros de la Comuna, en las habitaciones de María Antonieta y de madame Elisabeth, que sin sospecha alguna hace mucho tiempo que se han ido a acostar, y hace minucioso use de una orden de la Comuna para que registre «a discreción» habitaciones y personas. Hasta las cuatro de la madrugada huronea cada habitación, cada pieza de vestido, cada cajón y cada mueble.

Sin embargo, el rendimiento de esta investigación es enojosamente escaso: una cartera roja, de cuero, con algunas insignificantes direcciones; un lapicero sin barra, un trozo de lacre de sellar, dos retratos en miniatura y otros recuerdos; un sombrero viejo de Luis XVI. Los registros son renovados, pero siempre sin resultado alguno comprometedor.

María Antonieta, que durante todo el tiempo de la Revolución, para no exponer innecesariamente a sus amigos y auxiliares, persevera en quemar inmediatamente todo escrito, no da esta vez tampoco al encargado del registro ni el menor pretexto para una acusación. Irritada de no poder coger nunca en ninguna transgresión comprobada a esta adversaria dotada de tanta presencia de espíritu, y con el convencimiento, por otra parte, de que no renuncia a sus impenetrables esfuerzos, la Comuna decide herir a la mujer en lo que puede serle sensible: en su sentimiento maternal. Esta vez recibe el golpe en mitad del corazón. El 1° de julio, pocos días después del descubrimiento de la conspiración, decreta el Comité de Salud Pública, en nombre de la Comuna, que el joven delfín, Luis Capeto, sea separado de su madre y, sin ninguna posibilidad de entenderse con ella, sea llevado al recinto más seguro del Temple, o, dicho de un modo más claro y más cruel, que el niño sea arrebatado a su madre. La Comuna se reserva elegir un preceptor, y, manifiestamente por agradecimiento a su vigilancia, se decide por aquel zapatero de los *sans-culottes*, que no se deja conmover por dinero ni por sentimientos o sensiblería.

Ahora bien, Simón era un simple, llano y grosero hombre de pueblo, un auténtico y verdadero proletario, pero, en modo alguno, aquel siniestro borracho y sádico cruel que han hecho de él los monárquicos. Claro que, en todo caso, ¡qué odiosa elección de preceptor! Pues este hombre es probable que en toda su vida no haya leído jamás un libro, y, según lo atestigua la única carta conocida de él, no domina, ni de lejos, las reglas más elementales de la ortografía: es un honrado *sans-culottes*, y eso, en 1793, parece ya cualidad suficiente para cualquier empleo. La línea espiritual de la Revolución ha decaído, desde hace seis meses, en una aguda curva, pues aún la Asamblea Nacional se fijó en Condorcet, hombre distinguido y gran escritor, autor de los *Progrès de l'esprit humain*, para preceptor del heredero del trono de Francia. La diferencia es espantosa si se le compara con el zapatero Simón. Pero de las tres palabras «libertad, igualdad, fraternidad», el concepto de libertad, desde que existe el Comité de Salud Pública, y el de fraternidad, desde que funciona la guillotina, han sufrido una desvalorización casi tan grande como la de los asignados; sólo la idea de la igualdad, o más bien de la forzosa igualación, domina en esta última fase, la radical y violenta de la Revolución. Manifiestamente, se da a

conocer esta elección el propósito de que el joven delfín no sea educado como un hombre fino, ni siquiera instruido, sino que debe permanecer, espiritualmente, en la clase más baja y más ignorante de la sociedad. Debe olvidar y desconocer por completo de dónde procede, para que con ello les sea más fácil a los otros olvidarle a él.

De que haya resuelto la Convención arrancar al niño a los cuidados maternales no sospecha ni lo más mínimo María Antonieta cuando, a las nueve y media de la noche, seis delegados municipales llaman a la puerta del Temple. El método de las sorpresas repentinas y crueles pertenece al sistema penitenciario de Hébert. Sus inspecciones tienen siempre lugar, como un suceso repentino, a altas horas de la noche y sin previo aviso. El niño hace tiempo que ha sido acostado; la reina y madame Elisabeth están todavía despiertas. Entran los empleados municipales; con desconfianza se levanta la reina; todavía no hubo ninguna de estas visitas nocturnas que le trajera otra cosa que humillaciones o malos mensajes. Esta vez, hasta los mismos empleados municipales parecen algo confusos. Es un deber difícil para ellos, que en su mayor parte son padres de familia, comunicar a una madre que el Comité de Salud Pública ha ordenado que para siempre tiene que entregar a manos extrañas su único hijo, sin ninguna razón aparente y casi sin poder despedirse de él a derechas.

Sobre la escena que se desarrolló aquella noche entre la desesperada madre y los comisarios no tenemos ningún otro informe sino aquel, altamente inseguro, del único testigo ocular, de la hija de María Antonieta. ¿Es verdad, que, como lo escribe la futura duquesa de Angulema, María Antonieta conjuró, en medio de su llanto, a aquellos funcionarios, que no hacían otra cosa sino ejecutar el deber de cumplir un mandato, para que le dejaran su hijo? ¿Es verdad que les gritó que prefería que la mataran a ella misma antes de arrebatarle al niño? ¿Que los comisarios (es inverosímil, pues no tenían ninguna orden para ello) la amenazaron con matar al niño y a la princesa si seguía resistiéndose, y que por fin, al cabo de una manifiesta lucha de varias horas, arrastraron consigo, con ruda violencia, al niño, que gritaba y sollozaba? El informe oficial no sabe nada de esto; por su parte, anuncian los comisarios, con los más bellos colores: «La separación tuvo lugar con todas las manifestaciones de sentimiento que en tal momento eran de esperar. Los

representantes del pueblo han usado de todos los miramientos compatibles con la severidad de sus funciones». Tenemos aquí, pues, un informe frente a otro, un partido contra otro, y donde habla el partidismo resuenan raramente los acentos de la verdad.

Pero de una cosa no se debe dudar: esta separación de su hijo, violenta a innecesariamente cruel, ha sido, quizás, el momento más duro de toda la vida de María Antonieta. La madre tenía un especial cariño por aquel niño rubio, petulante, precoz; este chico, en el cual quería ella educar a un rey, era lo único que, con su animada charla y su curioso afán de preguntas, había hecho aún soportables las horas en la solitaria torre.

Indudablemente, estaba más cerca del corazón de la reina que la hija, la cual, de un carácter áspero, sombrío y poco amable, perezosa de espíritu y totalmente insignificante, no ofrecía tanta ocasión de desbordarse a la ternura, eternamente viva, de María Antonieta, como este bello mozuelo, delicado y admirablemente despierto, que le era arrancado ahora para siempre, de un modo tan estúpidamente odioso como brutal. Pues aunque el delfín debiera seguir habitando en el mismo recinto del Temple, sólo a pocos metros de la torre de María Antonieta, un indisculpable formulismo de la Comuna no permitía a la madre cambiar una sola palabra con su hijo; hasta cuando oye decir que está enfermo, le prohíben que le visite; como a una apestada, la mantienen alejada de todo encuentro. Ni siquiera le es permitido -nueva y absurda crueldad- hablar con el extraño preceptor del niño, con el zapatero Simón, siéndole así negada toda noticia acerca de su hijo, silenciosa y desvalida, tiene que saber la madre que su hijo está muy cerca de ella, en el mismo recinto, sin poder saludarle, sin poder tener otro contacto con él sino los de su íntimo sentimiento, que ningún decreto puede prohibir.

Por fin -¡pequeño a insuficiente consuelo!- descubre María Antonieta que, por una única ventana de la escalera de la torre, en el tercer piso, puede acecharse aquella parte del patio en la cual juega a veces el delfín. Y allí se está durante horas enteras, innumerables veces y con frecuencia en vano, esta mujer que en otro tiempo fue reina de todo un reino, a la espera de ver si puede descubrir fugazmente en el patio de su prisión, de una manera furtiva (los guardianes son indulgentes), un aspecto de la clara silueta querida. El niño, que no sospecha que desde un

ventanuco enrejado sigue cada uno de sus movimientos la mirada, con frecuencia turbia por el llanto, de su madre, juega alegre y despreocupado. (¿Qué sabe de su destino un niño de nueve años?) El muchacho se ha adaptado velozmente, demasiado velozmente, a su ambiente nuevo; ha olvidado, en su alegre abandono, de quién es hijo, qué sangre corre por sus venas y cuál es su nombre.

Valiente y en voz alta, sin sospechar su sentido, canta la *Carmagnole* y el *Ça ira*, que le han enseñado Simón y sus compañeros; lleva la gorra roja de los *sans-culottes*, cosa que le divierte; bromea con los soldados que guardan a su madre; no ya sólo por un muro de piedra, sino por todo un mundo, está ahora este niño íntimamente separado de su madre.

Pero, a pesar de todo, el corazón le palpita a María Antonieta con más fuerza y alegría cuando ve a su hijo, a quien ya sólo con la mirada y no con los brazos puede abrazar, jugando tan alegre y despreocupadamente. ¿Qué será del pobre niño? Hébert, entre cuyas despiadadas manos lo ha puesto la Convención sin lástima alguna, ha escrito en su infame periódico, el *Père Duchêne,* estas amenazadoras palabras: «¡Pobre nación...! Ese bribonzuelo será funesto para ti, tarde o temprano: cuanto más gracioso es, tanto más temible. Que esa pequeña serpiente y su hermana sean arrojados en una isla desierta; es preciso deshacerse de ellos a cualquier precio que sea. Por lo demás, ¿qué significa un niño cuando se trata de la salud de la República?».

¿Qué significa un niño? Para Hébert no gran cosa; la madre lo sabe bien. Por eso se estremece cada día cuando no descubre en el patio a su hijo favorito. Por eso también tiembla siempre con impotente furor cuando entra en su cuarto aquel enemigo de su corazón, por cuyo consejo le ha sido arrebatado el niño, y el cual, con ello, ha cometido el crimen más despreciable que puede cometerse en el mundo moral: la innecesaria crueldad con un vencido. Que la Revolución haya puesto a la reina precisamente en manos de Hébert, de ese Tersites, es una sombría página de su historia que es mejor volver rápidamente. Pues hasta la idea más pura se convierte en pequeña y baja tan pronto como da poder a tales seres para cometer en su nombre actos inhumanos.

Largas son ahora las horas y más sombrías parecen los enrejados recintos de la torre desde que ya no los ilumina la risa del niño. Ningún rumor, ninguna noticia,

viene ahora de fuera; los últimos auxiliares han desaparecido, los amigos están ahora inalcanzablemente en lo remoto. Tres mujeres solitarias están allí reunidas un día tras otro: María Antonieta, su hijita y madame Elisabeth. No tienen ya, hace mucho tiempo, nada que decirse una a otra; han olvidado la esperanza y acaso también el temor. Aunque es primavera y ya llega el verano, apenas bajan todavía al pequeño jardín; una gran fatiga pesa sobre los miembros de sus cuerpos. En el semblante de la reina hay algo que se apaga también durante estas semanas de la prueba extrema. Si se contempla aquel retrato de María Antonieta que cualquier pintor desconocido hizo en este verano, apenas se reconocería a la reina que fue de las comedias pastoriles, la divinidad del rococó; apenas tampoco la mujer orgullosa, luchando majestuosamente erguida, que todavía era María Antonieta en las Tullerías. La mujer de este desmañado cuadro, con sus tocas de viuda sobre los encanecidos cabellos -ha sufrido demasiado-, es, a pesar de sus treinta y ocho años, totalmente una vieja. El centelleo y vida de sus ojos, tan arrogantes en otro tiempo, se han apagado por completo: con manos indolentemente caídas, permanece sentada con el mayor cansancio, dispuesta ya a obedecer dócilmente y sin contradicción toda llamada, aunque sea la postrera. La gracia que había en su semblante ha cedido el puesto a un resignado duelo; su inquietud, a una gran indiferencia. Visto de lejos, se tomaría este retrato de María Antonieta por el de una priora, de una abadesa, de una mujer que no tiene ya ningún pensamiento terreno, ningún deseo en este mundo, que ya no vive en esta vida, sino en otra. Ya no se encuentra belleza alguna, ni ánimos, ni fuerza; nada más una grande y paciente resignación. La reina ha abdicado, la mujer ha renunciado; sólo hay allí una fatigada y abatida matrona, que alza una mirada azul clara a la que nada puede ya asombrar ni espantar.

Tampoco se espanta María Antonieta cuando, pocos días más tarde, a las dos de la madrugada, suena de nuevo un rudo golpe a su puerta. Después de haberle quitado el marido, el hijo, el amante, la corona, el honor, la libertad, ¿qué puede hacer aún el mundo contra ella? Se levanta tranquilamente, se viste y hace entrar a los comisarios. Le leen el decreto de la Convención que ordena que la viuda de Capet sea trasladada a la Conserjería, ya que se ha convertido en acusada. María Antonieta escucha tranquilamente y no responde palabra. Sabe que una acusación

del tribunal revolucionario es lo mismo que una condena y que la Conserjería es igual a la casa de los muertos. Pero no suplica, no discute, no procura obtener un aplazamiento. No responde ni una palabra a aquellos hombres que como asesinos vienen a sorprenderla con tal mensaje en medio de la noche.

Con indiferencia deja que le registren los vestidos y le quiten lo que tiene consigo. Sólo le es permitido conservar un pañuelo y un frasquito de sales. Entonces tiene que despedirse otra vez -¡cuántas veces lo ha hecho ya!- de su cuñada y de su hija. Sabe que son los últimos adioses. Pero el mundo la ha acostumbrado ya a las despedidas.

Sin volverse, derecha y firme, se dirige María Antonieta hacia la puerta de su habitación y desciende muy rápidamente la escalera. Rechaza toda ayuda; fue superfluo dejarle el frasquito con fuertes esencias para el caso en que quisieran abandonarla sus fuerzas: ella misma está fortalecida interiormente. Hace mucho tiempo que ha sufrido lo más duro: nada puede ser peor que su vida en estos últimos meses. Ahora viene lo más fácil: la muerte. Casi se precipita a su encuentro. Con tal rapidez sale de esta torre de espantosos recuerdos que -acaso empañados sus ojos por el llanto- se olvida de inclinarse en la baja puertecilla de salida y se golpea violentamente la frente contra la dura viga.

Los acompañantes corren solícitos junto a ella y le preguntan si se ha hecho daño. «No -responde serenamente-, ya no hay ahora cosa alguna que pueda hacérmelo.»

Capítulo 38
La conserjería

También otra mujer ha sido despertada esta noche. Madame Richard, la mujer del carcelero de la Conserjería. Ya tarde, por la noche, le han encargado súbitamente que prepare una celda para María Antonieta; después de duques, príncipes, condes, obispos, burgueses; después de víctimas de todas las clases sociales, también debe ahora la reina de Francia venir a la casa de los muertos. Madame Richard se espanta. Pues todavía para una mujer del pueblo la palabra «reina» vibra como una campana, potentemente tocada, infundiendo respeto en el corazón. ¡Una reina, la reina bajo su techo! Al punto busca madame Richard, entre sus ropas de cama, los más finos y blancos lienzos; el general Custine, el conquistador de Maguncia, sobre quien pende también la cuchilla de la guillotina, tiene que abandonar la celda enrejada que sirvió durante innumerables años como sala de consejo; a toda prisa disponen para la reina aquel funesto recinto. Un lecho plegable de hierro, una manta ligera; además, un barreño para lavarse y una vieja alfombra delante de la húmeda pared; no les es lícito atreverse a dar más a la reina. Y después la esperan todos en aquel caserón de piedra, antiquísimo y medio subterráneo.

A las tres de la mañana se oye como se acercan algunos coches. Primeramente entran en el sombrío corredor algunos gendarmes con antorchas; después aparece el vendedor de limonadas Michonis -su ductilidad le ha salvado felizmente del asunto de Batz y ha conservado su puesto de inspector general de prisiones-; detrás de él, a la flamante luz de las antorchas, la reina, seguida de su perrillo, único ser viviente a quien le es dado acompañarla a la prisión. A causa de la hora avanzada, y además porque sería una comedia hacer como si no se supiera en la Conserjería quién es María Antonieta, la reina de Francia, le evitan las usuales formalidades burocráticas de ingreso y se le permite que se traslade inmediatamente a su celda a descansar. La criada del ama de llaves, una pobre muchacha aldeana, Rosalía Lamorlière, que no sabe escribir y a quien, sin embargo, tenemos que agradecer los informes más verdaderos y conmovedores sobre los últimos setenta y siete días de la vida de la reina, se desliza, estremecida, detrás de aquella mujer pálida, vestida de negro, y se ofrece para ayudarla a desnudarse.

«Gracias, hija mía -le responde la reina-; desde que ya no tengo a nadie, me sirvo yo a mí misma.» Primero cuelga su reloj de un clavo de la pared, para poder medir el tiempo que le es aún concedido, breve y, sin embargo, infinito. Se desnuda y se tiende en el lecho. Entra un gendarme con el fusil cargado; se cierra la puerta. Ha comenzado el último acto de la gran tragedia.

La Conserjería, como se sabe en París y en el mundo entero, es la prisión destinada para los delincuentes políticos más peligrosos; la inscripción de un nombre en sus registros de entrada puede ser considerada ya como una partida de defunción. De Saint-Lazare, de los Carmelitas, de la Abadía, de todas las demás prisiones, se vuelve alguna vez al mundo; de la Conserjería, jamás, o sólo en casos muy raros y extraordinarios. María Antonieta y la opinión pública tienen que creer (y hacen bien en creerlo) que el traslado a la casa de los muertos es ya el primer acorde del violín para bailar la danza macabra. Mas, en realidad, la Convención no piensa en modo alguno en precipitar el proceso de la reina, ese precioso rehén. Este desafiador traslado a la Conserjería sólo debe ser un latigazo dado a las negociaciones que se llevan con Austria, que se arrastran perezosamente; un gesto amenazador de «apresuraos», un medio de presión política; pues, *de facto*, se deja dormir tranquilamente en la Convención la acusación tan trompeteada. Aún tres semanas después de este patético traslado a la antecámara de la muerte, al cual, naturalmente, se ha respondido con un clamor de espanto en todos los periódicos extranjeros (y eso es lo que quería el Comité de Salud Pública), el acusador oficial del tribunal revolucionario, Fouquier-Tinville, no tiene todavía en sus manos ninguna pieza del proceso, y, después del gran trompetazo, no se vuelve a tratar de María Antonieta en ningún debate público de la Convención ni de la Comuna. Cierto que Hébert, el asqueroso mastín de la Revolución, ladra sin cesar, en su *Père Duchéne*, que la «perdida», la *grue*, debe, por fin, « probarse la corbata de Sansón» y el verdugo « jugar a los bolos con la cabeza de la loba». Pero el Comité de Salud Pública, que ve más lejos, le deja tranquilamente que pregunte por qué «se busca tanta triquiñuela para no juzgar a la tigresa austríaca, por qué se piden pruebas para condenarla, mientras que, si se le hiciera justicia, debería ser picada como carne de embutidos por toda la sangre que ha hecho derramar» . Todos estos salvajes gritos y vociferaciones no influyen lo más mínimo en los planes secretos del

Comité de Salud Pública, el cual mira únicamente el mapa de la guerra. Quién sabe todavía cómo se podrá utilizar a esta hija de la Casa de Habsburgo, y hasta quizá muy pronto, pues las jornadas de julio han sido fatales para el Ejército francés. A cada instante pueden marchar sobre París las tropas aliadas; ¿para qué disipar inútilmente una sangre tan preciosa? Se deja, pues, tranquilamente a Hébert que siga gritando y alborotando, pues eso fortalece la apariencia de que se prepara una ejecución inmediata; pero, en realidad, la Convención tiene su destino en suspenso. A María Antonieta no se la deja libre, pero tampoco es condenada. Sólo se mantiene de modo muy visible pendiente la espada sobre su cabeza, y de cuando en cuando se hace ver su centelleante filo, porque con ello se espera espantar a la Casa de Habsburgo y, al final de cuentas, volverla dócil para las negociaciones.

Pero fatalmente, la noticia del traslado de María Antonieta a la Conserjería no espanta en lo más mínimo a sus consanguíneos: María Antonieta significa algo para Kaunitz, como valor positivo en la política de los Habsburgos, en cuanto fue soberana de Francia; una soberana destronada, una desgraciada mujer particular, es plenamente indiferente para ministros, generales y emperadores: la diplomacia no conoce ningún sentimentalismo.

Sólo a una persona, pero totalmente impotente, le quema la noticia como fuego en mitad del corazón: Fersen. Desesperado, le escribe a su hermana: «Mi querida Sofía, sola y única amiga mía: sin duda sabes en este momento la espantosa desgracia del traslado de la reina a la prisión de la Conserjería y conoces el decreto de esa execrable Convención que la entrega, para ser juzgada, al Tribunal Revolucionario. Desde ese instante ya no vivo, porque no es vivir el existir como yo to hago, sufrir todos los dolores que yo experimento. Si todavía pudiera hacer algo para librarla, me parece que sufriría menos, pero el no poder hacer nada sino formular solicitaciones es espantoso para mí... Sólo tú puedes comprender todo lo que yo experimento; todo está perdido para mí... Mi pena será eterna, y nada más que la muerte podrá hacérmela olvidar. No puedo cuidarme de nada, no puedo pensar más que en la desgracia de esta infortunada y digna princesa. No tengo fuerzas para expresar lo que siento; daría mi vida por salvarla, y no puedo hacerlo; mi mayor dicha sería morir por ella y por su salvación». Y pocos días más tarde: «Frecuentemente me reprocho hasta el aire que respiro cuando pienso que ella está

encerrada en una espantosa prisión; esta idea me desgarra el corazón, envenena mi vida, y sin cesar estoy pasando del dolor a la furia». Pero ¿qué vale este insignificante señor de Fersen para un todopoderoso Estado Mayor general, qué importa él para una sabia y sublime gran política? No le cabe otra cosa sino consumir una y otra vez su cólera, su amargura, su desesperación, todo el fuego infernal que brama en él y abrasa su alma, en súplicas inútiles, en ir de antecámara en antecámara, y conjurar, uno tras otro, a los militares, los hombres de Estado, los príncipes, los emigrados, para que no contemplen con tan vergonzosa frialdad cómo es humillada y asesinada una reina de Francia, una princesa de la Casa de Habsburgo. Pero por todas partes encuentra una cortés y evasiva indiferencia; hasta al fiel Eckart de María Antonieta, al mismo conde de Mercy, lo encuentra de hielo (*de glace*). Mercy rechaza, respetuosa pero resueltamente, toda intervención de Fersen, y, por desgracia, deja actuar, en esta ocasión, su rencor personal: Mercy no le ha perdonado nunca a Fersen que estuviera más cerca de la reina de lo que permitían las buenas costumbres, y del amante de María Antonieta -el único que la ama y se interesa por su vida- no quiere recibir ninguna instrucción.

Pero Fersen no ceja. Esta frialdad glacial de todas las gentes, que contrasta de modo tan espantoso con su interno ardor, lo lleva hasta el frenesí. Ya que Mercy se niega a oírle, se dirige a otro amigo de la familia real, el conde de La Marck, que en otro tiempo ha dirigido las negociaciones con Mirabeau. Encuentra aquí una comprensión más humana.

El conde de La Marck se dirige inmediatamente a Mercy y le recuerda al anciano la promesa que, un cuarto de siglo antes, le hizo a María Teresa de proteger a su hija hasta el último instante. Sobre su mesa redactan juntos una carta enérgica dirigida al príncipe de Coburgo, comandante en jefe de las tropas austríacas: « Mientras la reina no estuvo directamente amenazada, ha podido guardarse silencio, por temor a despertar la furia de los salvajes que la rodean; pero hoy, que está entregada a un tribunal de sangre, toda medida que proporcione una esperanza de salvarla le parecerá a usted un deber».

Impulsado por La Mark, Mercy reclama un inmediato avance sobre París para extender allí el espanto; toda otra operación militar tiene que ser pospuesta a ésta, urgentísima. « Permítame usted tan sólo -advierte Mercy- que le hable de los

remordimientos que todos podríamos experimentar algún día por haber permanecido en la inacción en semejante momento. ¿Podría creer la posteridad que tan gran atentado pudo ser cometido a pocos días de marcha de los ejércitos vencedores de Austria a Inglaterra, sin que estos ejércitos hayan intentado esfuerzo alguno para impedirlo?» Esta invitación para salvar a su debido tiempo a María Antonieta está, por desgracia, dirigida a un hombre débil y espantosamente tonto, a una vacía cabeza de comisario general. La respuesta del comandante en jefe del Ejército austríaco, el príncipe de Coburgo, corresponde exactamente con ello. Como si en 1793 se viviera todavía en tiempos del «Martillo de las brujas» o de la Inquisición, este príncipe, conocido por su *nullité* responde que «en el caso en que la menor violencia sea ejercida sobre la persona de Su Majestad la reina, la autoridad austríaca hará inmediatamente que sean sometidos al tormento de la rueda los cuatro comisarios de la Convención que ha detenido últimamente». Mercy y La Marck, ambos gente noble, inteligente y culta, quedan sinceramente espantados con esta estupidez y ven que no tiene sentido mantener negociaciones con semejante imbécil, por lo cual La Marck conjura a Mercy para que escriba sin pérdida de tiempo a la corte de Viena: «Envíe inmediatamente otro correo; dé a conocer el peligro; exprese los temores más vivos, que, por desgracia, no están sino demasiado bien fundados. Es preciso que comprendan en Viena lo que habría de penoso, y hasta me atrevo a decir de enojoso, para el gobierno imperial si la historia pudiera decir algún día que, a cuarenta leguas de los ejércitos austríacos, formidables y victoriosos, la augusta hija de María Teresa ha perecido en el cadalso sin que fuera hecha una tentativa para salvarla. Sería una mancha imborrable para el reinado de nuestro emperador». Y para inflamar aún más al anciano señor, algo difícil de poner en movimiento, añade todavía en su carta a Mercy una advertencia personal: «Permítame que le diga que la injusticia de los juicios humanos no tendría en cuenta los sentimientos que sus amigos de usted le conocemos si, en las deplorables circunstancias en que nos encontramos, no hubiera usted intentado anticipada y repetidamente sacar a nuestra corte del fatal embotamiento en que se encuentra».

Incitado por esta advertencia, el viejo Mercy se pone por fin a la obra, y con toda energía escribe a Viena: « Me pregunto si puede ligarse con la dignidad del

emperador, y hasta con su interés, el permanecer como mero espectador del destino con que es amenazada su augusta tía, sin intentar nada para sustraerla a esta suerte o para arrancarla de ella... ¿El emperador no tiene especiales deberes que cumplir en tales circunstancias? No debe olvidarse de que la conducta de nuestro gobierno será juzgada un día por la posteridad, y ¿no hay que temer la severidad de este juicio si, estando probado que la reina de Francia está amenazada, como lo está, Su Majestad el emperador no hiciera tentativas ni sacrificios para salvarla?».

Esta carta, bastante valerosa para un embajador, es archivada fríamente en cualquier cartapacio de la cancillería de la corte y se deja allí que se empolve sin respuesta. El emperador Francisco no piensa mover ni un solo dedo; se pasea tranquilo por Schoenbrunn; Coburgo espera tranquilo en sus cuarteles de invierno y hace que sus soldados hagan tanto ejercicio que llegan a desertar más de los que hubiera perdido en la más sangrienta batalla. Todos los monarcas permanecen tranquilos, indiferentes y despreocupados. Pues ¿qué significa para la antiquísima Casa de Habsburgo un honor más o menos grande? Ninguno hace nada para salvar a María Antonieta, y con amargura dice Mercy, en una repentina explosión de enojo: «Ni siquiera la habrían salvado si con sus propios ojos la vieran ascender a la guillotina».

No hay que contar con Coburgo ni con Austria; no hay que contar con los príncipes, ni con los emigrados, ni con la familia; por tanto, Mercy y Fersen ensayan por su propia cuenta el último medio: el soborno. Por medio del maestro de baile Noverre y de un financiero sospechoso, se envía dinero a París. Nadie sabe en qué manos se ha evaporado.

Se intenta primero llegar a Danton, el cual -Robespierre lo ha venteado- pasa en general por accesible; de modo asombroso, algunos caminos llegan también hasta Hébert, y aunque, como en la mayoría de estas operaciones, falten las pruebas, produce sorpresa el que este alborotador, que desde hace muchos meses se agita como un epiléptico para decir que la *grue* tiene que dar, por fin, el «salto de la carpa», solicite súbitamente ahora que vuelvan a llevarla al Temple. ¿Quién podría decir hasta qué punto tuvieron éxito estas negociaciones, temerosas de la luz? En todo caso, las balas de oro fueron disparadas demasiado tarde. Pues mientras estos

hábiles amigos trataban de salvarla, otro excesivamente torpe empujaba a María Antonieta hacia el abismo; como siempre, durante toda su vida, sus amigos le fueron más funestos que sus enemigos.

Capítulo 39
La última tentativa

La Conserjería, esta «antesala de la muerte», es, entre todas las prisiones de la Revolución, la que está sometida a reglamento más severo. Antiquísimo edificio de piedra con muros impenetrables y puertas gruesas como un puño, guarnecidas de hierro, cada ventana enrejada, cada pasillo provisto de barreras, rodeado de toda una compañía de guardias, podría ostentar sobre el dintel de su puerta la frase de Dante: «Dejad toda esperanza...». Un sistema de vigilancia conservado durante siglos y agravado grandemente desde los encarcelamientos en masa del Terror, hace imposible toda comunicación con el mundo exterior. Ninguna carta puede ser enviada fuera, ninguna visita recibida, pues el personal de vigilancia no se recluta, como en el Temple, entre guardianes aficionados, sino entre carceleros de oficio que están prevenidos contra todas las arterías; además, como medida de precaución, están mezclados entre los acusados los llamados moutons, soplones profesionales que informarían anticipadamente a las autoridades de toda tentativa de evasión. En todas partes donde un sistema está experimentado durante años y años, parece sin sentido que un individuo aislado pretenda oponerle resistencia.

Pero (misterioso consuelo frente a toda potencia colectiva) el individuo aislado, si es tenaz y resuelto, al final acaba casi siempre mostrándose como más fuerte que todo sistema. Siempre el elemento humano, en cuanto su voluntad permanece inquebrantable, arruina todas las disposiciones de papel; éste es el caso de María Antonieta. También en la Conserjería, al cabo de algunos días, gracias a aquella notable magia que en parte proviene del brillo de su nombre, en parte de la noble fuerza de su conducta, ha convertido en amigos, en auxiliares y servidores a todos aquellos hombres que debían guardarla. La mujer del portero no tendría, reglamentariamente, que hacer otra cosa sino barrer su habitación y prepararle groseros alimentos. Pero guisa para la reina, con tierno primor, los manjares más selectos; se ofrece para peinarla; hace venir expresamente y a diario, de otra parte de la ciudad, una botella de aquella agua que prefiere María Antonieta. La criada de la portera, a su vez, aprovecha cada momento para deslizarse rápidamente junto a la prisionera y preguntarle si puede servirla en algo. Y los severos gendarmes, con

sus bigotes retorcidos, con sus anchos sables retiñidores y los fusiles incesantemente cargados, que en realidad debían prohibir todo esto, ¿qué es lo que hacen? Traen todos los días a la reina -según lo prueba el testimonio de un interrogatorio-, a su propio coste, un ramo de flores frescas, compradas en el mercado por su voluntad, para adornar su desolada habitación. Es justamente entre el más bajo pueblo, que vive más próximo a la desgracia que la burguesía, donde se desarrolla con lastimosa fuerza la compasión hacia aquella princesa tan detestada en sus dichosos días. Cuando, cerca de la Conserjería, las mujeres del mercado saben por madame Richard que el pollo o las hortalizas están destinados a la reina, escogen escrupulosamente lo mejor, y, con enojado asombro, Fouquier-Tinville tiene que hacer constar en el proceso que la reina ha gozado en la Conserjería de facilidades mucho más importantes que en el Temple.

Precisamente allí donde reina la muerte del modo más cruel, se desarrollan en el hombre los sentimientos de humanidad como inconsciente defensa.

Que hasta en el caso de una prisionera de Estado tan importante como María Antonieta se haya ejercido la vigilancia con tanta laxitud, considerando sus anteriores tentativas de fuga, produce al principio una impresión de asombro. Pero se comprenden muchas cosas tan pronto como se recuerda que el inspector supremo de esta prisión es nada menos que Michonis, el vendedor de limones, que había ya introducido valiosamente sus manos en el complot del Temple. También a través de los gruesos sillares de la Conserjería engolosina y centellea el millón del barón de Batz, y todavía sigue Michonis jugando su audaz doble juego. Cada día, fiel a su deber y severo, se traslada a la celda de la reina, sacude las rejas de hierro, examina las puertas, y con pedante solicitud informa de esta visita a la Comuna, que se tiene por feliz con haber colocado como vigilante a inspector a un tan firme republicano. En realidad, Michonis sólo espera siempre el momento en que los gendarmes han abandonado la habitación para charlar con la reina de modo casi amistoso, traerle del Temple las anheladas noticias de sus hijos, y hasta a veces, bien por codicia, bien por bondad, pasar de contrabando algún curioso, cuando tiene que hacer su inspección en la Conserjería, ya un inglés, ya una inglesa, acaso la excéntrica señora Atkins, enferma de esplín, ya un sacerdote no juramentado que debe haber recibido la última confesión de la reina, ya aquel pintor a quien debemos

el retrato del Museo Camavalet. Y, por último, y de un modo plenamente fatal, también la visita de aquel osado loco que con su exceso de celo aniquiló de un solo golpe todas estas libertades y privilegios.

Este famoso *affaire de l'oeillet,* este complot del clavel, que más tarde sirvió de tema a Alejandro Dumas para una gran novela, es una historia oscura; descifrarla por completo es cosa que no se logrará jamás, pues es incompleto lo que comunican los documentos judiciales, y lo que refiere su propio héroe huele sospechosamente a charlatanería. Si se cree al Consejo municipal y al inspector superior de prisiones, Michonis, todo el caso se habrá reducido a un episodio sin importancia. Una vez, en una cena con amigos, habló de la reina, a la que está obligado a visitar diariamente en la prisión. Entonces, ese caballero desconocido, cuyo nombre no sabe, se mostró muy curioso y preguntó si, por una vez, no le sería permitido acompañarle. Estando de buen humor, Michonis no se informó más extensamente, y aquel señor lo acompañó una vez en su visita de inspección, naturalmente que con la obligación de no decirle ni una palabra a la reina.

Pero Michonis, el confidente del barón de Batz, ¿es en realidad tan ingenuo como él se presenta? ¿No se tomó realmente la molestia de preguntar quién era aquel señor desconocido al que debía introducir de contrabando en la celda de la reina? Si lo hubiese hecho, habría sabido que este hombre era un buen amigo de María Antonieta, el caballero de Rougeville, uno de aquellos nobles que el 20 de junio combatieron por la reina, jugándose la vida. Pero, según todas las apariencias, Michonis, que había ayudado a un barón de Batz, debía tener muy buenas y, sobre todo, muy contantes razones para no preguntar excesivamente por sus intenciones a aquel señor desconocido: probablemente, la conjura estaba mucho más avanzada de lo que hoy permiten reconocer sus borradas huellas.

En todo caso, el 28 de agosto suena el manojo de llaves en la puerta de la celda de la prisionera. La reina y el gendarme se levantan. Siempre se espanta, en el primer momento, cuando se abre la puerta del calabozo, pues casi toda visita inesperada de las autoridades no le ha traído más que malas noticias desde hace semanas y meses. Pero no, no es más que Michonis, el amigo secreto, acompañado esta vez por cualquier señor desconocido a quien la prisionera no presta atención alguna. María Antonieta respira libremente, habla con Michonis y se informa acerca de sus

hijos: siempre se refieren a ellos las primeras y más insistentes preguntas de la madre. Michonis responde amablemente; la reina está casi contenta: estos pocos minutos en que puede romper la fúnebre campana de cristal del silencio, en que puede pronunciar delante de alguien el nombre de sus hijos, siempre significan para ella algo como una dicha.

Pero de repente María Antonieta se pone mortalmente pálida. Pálida durante un segundo. Después le asciende súbitamente la sangre a las mejillas. Comienza a temblar y le cuesta trabajo mantenerse en pie. La sorpresa es demasiado grande: ha reconocido a Rougeville, el hombre que cien veces estuvo a su lado en palacio y del que sabe que es de fiar para cualquier audacia. ¿Qué significa -el tiempo vuela zumbando, demasiado de prisa para que pueda ser pensado todo-, qué significa que este amigo seguro y abnegado, aparezca de repente aquí en su celda? ¿Es que quieren salvarla? ¿Es que quieren decirle alguna cosa? ¿Transmitirle algo? No se atreve a hablar con Rougeville, ni siquiera a mirarle con fijeza, por miedo al gendarme y a la mujer de servicio, y, sin embargo, observa que le hace sin cesar una seña que ella no comprende. Es atormentadoramente irritante y feliz al mismo tiempo, al cabo de tantos meses, saberse cerca de un mensajero y no entender su mensaje; la pobre mujer, sonsacada de su muerta paz, se pone cada vez más intranquila y teme hacerse traición. Acaso Michonis advierta algo de esa confusión; en todo caso, se acuerda de que tiene que inspeccionar aún otros recintos de la prisión, y sale vivamente de la celda con el desconocido, pero declarando expresamente que todavía se propone volver.

María Antonieta, al quedarse sola -le tiemblan las rodillas-, se deja caer en su asiento y trata de recobrar sus ánimos. Decide, si vuelven los dos, atender con mayor cuidado y más tranquilos nervios que en aquella primera sorpresa a cada seña y cada gesto. Y, en realidad, vuelven otra vez los dos; de nuevo retiñen las llaves, de nuevo penetra Michonis con Rougeville. Ahora, María Antonieta vuelve a ser por completo dueña de sí. Mientras habla con Michonis, observa a Rougeville con más aguda atención, más despierta, más serena, y observa de repente que Rougeville, en un rápido gesto, ha arrojado algo en el rincón detrás de la estufa. Le palpita el corazón; apenas es capaz de esperar hasta el momento de leer el mensaje; apenas Michonis y Rougeville han dejado la habitación, cuando, con toda

presencia de espíritu, envía tras ellos al gendarme con un pretexto cualquiera. Utiliza este minuto de no estar vigilada para coger rápidamente lo escondido.

¿Cómo? ¿Nada más que un clavel? Pero no, en el clavel se esconde, plegada, una esquelita. La abre y lee: «Protectora mía, nunca la olvidaré, buscaré siempre el medio de poder hacerle ver mi celo; si tiene necesidad de trescientos o cuatrocientos luises para los que la rodean, se los traeré el próximo viernes».

Pueden imaginarse los sentimientos de esta desgraciada mujer que se encuentra con este milagro de esperanza. Una vez más se abre la oscura bóveda de la prisión, como rota por la espada de un ángel. En medio de lo espantoso a inaccesible de la casa de los muertos, a través de siete a ocho puertas cerradas con cerrojo, a pesar de todas las prohibiciones, mofándose de todas las medidas de la Comuna, ha penetrado hasta ella uno de los suyos, un caballero de la Orden de San Luis, un realista digno de confianza y seguro; ahora, la salvación tiene que estar próxima. Indudablemente que las manos queridas de Fersen habrán tejido estos hilos; indudablemente que intervienen de nuevo auxiliares poderosos y desconocidos para salvarle la vida a un paso ya del abismo. De repente, esta mujer ya resignada y de cabellos blancos vuelve a sentir los ánimos y la voluntad de vivir.

Tiene valor, y, fatalmente, hasta un valor excesivo. Tiene confianza, y, por desgracia, un exceso de ella. Los trescientos o cuatrocientos ducados deben servirle, al punto lo comprende, para sobornar a los gendarmes de su celda: esto solo es lo que compete; de todo lo demás se cuidarán sus amigos. Inflamada en su optimismo excesivamente repentino, se pone al punto a la obra. Desgarra la comprometedora esquela en diminutos pedacitos y prepara ella misma su respuesta. Le han quitado pluma, lápiz y tinta; sólo tiene aún un pedacito de papel. Pero toma éste y va pinchando las letras de la respuesta -la necesidad da ingenio con su aguja de coser en el plieguecillo, conservado hoy como reliquia, aunque, a la verdad, hecho ilegible posteriormente con otras picaduras. Le entrega este billete al gendarme Gilbert, con la promesa de una alta recompensa, para que lo transmita a aquel desconocido cuando vuelva a presentarse.

Ahora se oscurece todo el asunto. Parece que el gendarme Gilbert vaciló íntimamente.

Trescientos luises de oro, cuatrocientos luises de oro, relumbran tentadoramente ante un pobre diablo como él; pero también la cuchilla de la guillotina tiene un funesto brillo y centelleo. Siente compasión por la pobre mujer, pero también teme perder su puesto.

¿Qué hacer? Ejecutar el encargo se llama hacer traición a la República; hacer de delator es abusar de la confianza de esta pobre y desgraciada mujer. Por tanto, este buen gendarme elige al punto el término medio; se confía a la mujer del portero, a la todopoderosa madame Richard. Y he aquí que también madame Richard comparte su perplejidad. Tampoco ella se atreve a guardar silencio, tampoco ella se atreve a hablar claramente, y mucho menos a dejarse envolver en una conjura tan peligrosa; probablemente ha sonado ya en sus oídos el campaneo secreto del millón.

Por último, madame Richard hace lo mismo que el gendarme: no presenta ninguna denuncia, pero tampoco calla por completo. Exactamente lo mismo que el gendarme, descarga su responsabilidad sobre otra persona y comunica confidencialmente la historia del secreto billete a su superior Michonis, el cual palidece al oír la noticia. De nuevo se enturbia aquí el asunto. ¿Ha observado Michonis ya antes de esto que en la persona de Rougeville ha traído un cómplice de la reina, o sólo lo descubre en este momento? ¿Estaba iniciado en esta conjura o Rougeville lo había burlado? En todo caso, es desagradable para él encontrarse de repente con dos testigos. Con apariencias de gran severidad, le quita a la buena madame Richard el papel sospechoso, se lo mete en el bolsillo y le ordena que no hable nada acerca de ello. Espera de este modo haber reparado la imprudencia de la reina y terminado felizmente este enojoso asunto. Naturalmente, no redacta ningún informe; lo mismo que en el primer complot con Batz, se retira suavemente del asunto tan pronto como éste se convierte en peligroso.

Todo estaría ahora terminado. Pero, fatalmente, el asunto no deja descansar al gendarme. Un puñado de monedas de oro podrían quizás haberlo hecho enmudecer, pero María Antonieta no tiene ningún dinero, y, poco a poco, comienza él a temer por su cabeza. Después de haberse mantenido valientemente durante cinco días en un total silencio (y esto es lo sospechoso e incomprensible del asunto) ante sus camaradas y superiores, redacta finalmente, el 3 de septiembre, un informe para

sus jefes; dos horas más tarde, los comisarios de la Comuna se precipitan en la Conserjería, ya muy agitados, a interrogan a todos los interesados.

La reina, al principio, niega. No ha reconocido a nadie, y cuando se le pregunta si, hace algunos días, no ha escrito una esquela, responde fríamente que no tiene nada con que pueda escribir. También Michonis se presenta al principio como mudo, y confía en el silencio de madame Richard, probablemente ya sobornada también. Pero, como ésta afirma haberle dado la hoja, se ve obligado a presentarla (prudentemente hace antes ilegible el texto mediante nuevos pinchazos de aguja). En el segundo interrogatorio, al día siguiente, renuncia la reina a toda resistencia. Declara ser auténtico que conoce a aquel hombre desde las Tullerías, haber recibido de él una esquelita dentro de un clavel y haber respondido ella; no oculta ya ni su participación ni su culpa. Pero, con plena abnegación, protege al hombre que quería sacrificarse por ella, no pronuncia el nombre de Rougeville, sino que afirma no acordarse de cómo se llama ese oficial de la guardia; cubre también magnánimamente a Michonis y le salva la vida con ello. Pero, veinticuatro horas más tarde, ya conocen la Comuna y el Comité de Salud Pública el nombre de Rougeville, y en vano la Policía persigue por todo París a aquel hombre que había querido salvar a la reina y que, en realidad, no hizo otra cosa sino precipitar su fin.

Pues esta conjura, torpemente iniciada, acelera fatalmente el destino de la reina. El trato indulgente que de un modo tácito le habían concedido hasta entonces, cesa de repente. Le es confiscado todo lo que conserva, sus últimos anillos y hasta el relojito de oro que había traído consigo de Austria como último recuerdo de su madre, lo mismo que el medalloncito con cabellos de sus hijos, tiernamente conservado. Naturalmente, le son secuestradas las agujas con las cuales tuvo la idea de escribir la esquela a Rougeville, lo mismo que le es prohibida la luz por la noche. Dejan fuera de servicio al tolerante Michonis, lo mismo que a madame Richard, la cual es reemplazada por una nueva vigilante, madame Bault. Al mismo tiempo, dispone la municipalidad, en un decreto de 11 de septiembre, que esta reincidente autora de tentativas de evasión sea trasladada a una celda aún más segura que la que ocupaba anteriormente; y como en toda la Conserjería no se encuentra ninguna que le parezca bastante de fiar a la alarmada Comuna, dispone del local de la botica, dotándolo de dobles puertas de hierro. La ventana que da al

patio de mujeres es cerrada de pared hasta la mitad de la altura de sus ojos; dos centinelas bajo la venta, lo mismo que los gendarmes que día y noche se revelan en el recinto inmediato, responden con su vida de la prisionera. Después de todas estas medidas que agotan las precauciones terrenas, ningún no llamado puede penetrar ahora en la celda; sólo hay uno llamado a penetrar en ella por razón de su cargo: el verdugo.

Ahora se encuentra María Antonieta en el último, en el más bajo peldaño de su soledad.

Los nuevos carceleros, aunque sientan buena voluntad hacia ella, no osan hablar ya ni una palabra con esta mujer peligrosa, al igual que los gendarmes. El relojito no está ya allí para partir, con su débil tictac, la infinidad del tiempo; la han privado de sus labores de aguja; nada le han dejado sino su perrillo. Ahora, por primera vez al cabo de veinticinco años, en este abandono pleno, se acuerda María Antonieta del consuelo que su madre le ha recomendado tantas veces; por primera vez en su vida pide libros y los va leyendo, uno tras otro, con sus apagados y enrojecidos ojos; no dan abasto a traerle suficientes. No quiere ninguna novela, ninguna obra de teatro, nada alegre, nada sentimental, nada amoroso; podrían recordarle demasiado los pasados tiempos; sólo aventuras totalmente rudas, los viajes del capitán Cook, historias de naufragios y audaces expediciones; libros que se apoderan del lector y lo arrebatan consigo, lo excitan y mantienen en tensión sus nervios; libros con los cuales se olvida uno del tiempo y del mundo. Personajes inventados, imaginarios, son los únicos compañeros de su soledad.

Nadie viene ya a visitarla; durante todo el día no oye nada sino la campana de la inmediata Sainte-Chapelle y el crujir de las llaves en la cerradura; después otra vez silencio eterno, silencio en aquel bajo recinto, estrecho, húmedo y oscuro como un ataúd.

La falta de movimiento y aire debilita su cuerpo, fuertes hemorragias la fatigan. Y cuando por fin la llevan ante el Tribunal, es un vieja de blancos cabellos la que, de esta larga noche, surge bajo la desacostumbrada luz del cielo.

Capítulo 40
La gran infamia

Está alcanzado ahora el peldaño más bajo, toca a su fin el camino. La más extraña oposición de contrastes que podía ser imaginada por el destino está ya realizada. La mujer que había nacido en un castillo imperial y había tenido por suyas cien estancias en su palacio regio, habita ahora en un estrecho, enrejado, semisubterráneo, húmedo y tenebroso recinto. La que amaba el lujo y las mil diversas, artificiosas y artísticas preciosidades de la riqueza, para rodear su vida no tiene ya ahora ni un armario, ni un sillón, ni un espejo, sino sólo to más extremadamente indispensable, una mesa, una silla, una cama de hierro. La que, para su servicio, amontonaba en torno a sí una vana chusma de innumerables cargos, una superintendencia, una dama de honor, una dama de palacio, dos camareras para el día, otras dos para la noche, un lector, un médico, un cirujano, un secretario, trinchantes, lacayos, camareras, peluqueros, cocineros y pajes se peina ahora sin auxilio ajeno sus encanecidos cabellos. La que necesitaba trescientos trajes nuevos al año, se zurce ahora a sí misma, con sus ojos semiciegos, la bastilla de su destrozado traje de prisionera. La que fue fuerte, está fatigada; la hermosa y deseada de otros tiempos es una matrona pálida. La mujer sociable, que amaba la compañía desde el mediodía hasta mucho más allá de la medianoche, medita ahora sola, y durante toda la noche sin sueño, espera hasta que aparece la aurora detrás de las rejas de su ventana. Cuanto más va pasando el verano, tanto más se entenebrece la funesta celda, convirtiéndose en ataúd, pues la oscuridad comienza cada vez más temprano, y desde aquella agravación de las precauciones para guardarla, ya no puede María Antonieta encender luz alguna; sólo desde el corredor, por un alto ventanillo, cae piadosamente, en la completa tiniebla de la celda, el tenue y pobre resplandor de una lámpara de aceite. Se conoce que comienza el otoño, asciende el frío desde los desnudos ladrillos del pavimento; del vecino Sena llega una niebla húmeda que penetra a través de los muros; todo objeto de madera se siente mojado como una esponja al tocarlo; huele a humedad y podredumbre; huele, cada vez más violentamente, a muerte. La ropa blanca cae en pedazos, los vestidos están llenos de desgarrones; hasta lo más

profundo, hasta los huesos, penetra el frío húmedo y produce mordedores dolores de reuma. Se siente cada vez más cansada aquella mujer que se hiela interiormente, aquella que un día -a su modo de ver, debe de hacer de ello mil años- fue la reina del país y la mujer más satisfecha de vivir de toda Francia; en torno a ella, el silencio se hace cada vez más frío, cada vez más vano el tiempo. Ya no se espantará cuando la muerte venga a llamar por ella, pues en esta celda ha estado en vida como en un ataúd.

Hasta esta sepultura habitada en medio de París no penetra ningún eco de la formidable tormenta que pasa sobre el mundo aquel otoño. Nunca estuvo la Revolución francesa en mayor riesgo que en aquel momento. Dos de sus principales plazas fortificadas, Maguncia y Valenciennes, han sido tomadas por el enemigo; los ingleses se han apoderado del más importante de sus puertos de guerra; la segunda gran ciudad de Francia, Lyon, está sublevada; están perdidas las colonias; en la Convención reina la discordia; en París, hambre y abatimiento: la República está a dos pulgadas de su pérdida.

Sólo una cosa puede ahora salvarla: una audacia desesperada, una provocación suicida; la República sólo puede sobreponerse a su miedo infundiéndolo ella misma. «Pongamos el terror a la orden del día»; esta frase espantosa resuena cruelmente en la sala da la Convención, y, sin miramiento alguno, confirman los hechos esta amenaza. Los girondinos son puestos fuera de la ley, el duque de Orleans y muchos otros son transferidos al Tribuna Revolucionario. La cuchilla está ya vibrando, cuando se levanta Billaud-Varennes y declara: «La Convención Nacional acaba de dar un gran ejemplo de severidad frente a los traidores que preparan la ruina de su país; pero todavía le falta dar un importante decreto. Una mujer, vergüenza de la humanidad y de su sexo, la viuda de Capeto, debe por fin expiar en el patíbulo sus crímenes. Ya se dice públicamente, por todas partes, que ha sido vuelta a llevar al Temple, que se la ha juzgado en secreto y que el Tribunal Revolucionario la ha declarado inocente, como si la mujer que ha hecho derramar la sangre de muchos millares de franceses pudiera ser absuelta por un jurado francés. Pido que el Tribunal Revolucionario se pronuncie esta semana sobre su suerte».

Aunque esa proposición pida no sólo que se juzgue a María Antonieta, sino también claramente su ejecución, es adoptada por unanimidad. Pero, ¡cosa extraña!,

Fouquier-Tinville, el acusador público, que de ordinario trabaja sin descanso, fría y velozmente, como una máquina, vacila también ahora de modo espantoso. Ni en esta semana, ni en la siguiente, ni siquiera en la otra, presenta su acusación contra la reina; no se sabe si alguien, secretamente, le detiene la mano, o si aquel hombre de corazón de bronce, que, en general, transforma con celeridad de prestidigitador el papel en sangre y la sangre en papel, no tiene realmente aún entre sus manos ningún firme documento probatorio. En todo caso, roncea y aplaza una y otra vez la acusación. Escribe al Comité de Salud Pública que le envíen el material del proceso, y, asombrosamente, también el Comité de Salud Pública, por su parte, se mueve con la misma sorprendente lentitud.

Finalmente empaqueta algunos papeles sin importancia, las declaraciones sobre el asunto del clavel, una lista de testigos, los documentos del proceso del Rey. Pero todavía Fouquier-Tinville persiste en la inacción. Le falta todavía alguna cosa, la orden secreta de iniciar definitivamente el proceso o algún documento especialmente convincente, un hecho notorio, que pueda dar a su escrito de acusación un brillo y un fuego de auténtica indignación republicana, una falta totalmente irritante y provocativa, ya sea de la mujer, ya de la reina. De nuevo parece querer hundirse en arena la acusación exigida tan patéticamente. Entonces, Fouquier-Tinville, en el último momento, recibe súbitamente de Hébert, el más encarnizado y resuelto enemigo de la reina, un documento que es lo más espantoso a infame de toda la Revolución francesa. Y esta fuerte impulsión es decisiva: de repente se pone en marcha el proceso.

¿Qué había ocurrido? El 30 de septiembre recibe Hébert, inopinadamente, una carta del zapatero Simón, el preceptor del delfín, escrita desde el Temple. La primera parte está trazada por una mano desconocida, con una decorosa y legible ortografía, y dice de este modo: «¡Salud! Ven pronto, amigo mío; tengo cosas que decirte y tendré gran placer en verte. Trata de venir hoy mismo, me encontrarás siempre como bravo y franco republicano». Por el contrario, el resto de la carta es de la propia mano de Simón, y, con su ortografía increíblemente grotesca, muestra el grado de instrucción de este < preceptor»: *«Je te coitte bien le bon jou moi a mon est pousse Jean Brasse tas cher est pousse et mas petiste bon amis la petiste fils cent ou blier ta cher soeur que jan Brasse.*

Je tan prie de nes pas manquer a mas demande pout te voir ce las presse pour mois.

Simon, ton amis pour la vis». Hébert, celoso de su deber y enérgico, corre sin vacilar junto a Simón. Lo que oye le parece hasta tal punto siniestro, aun a este duro de cocer, que no quiere seguir interviniendo personalmente, sino que convoca una comisión de toda la Comuna, bajo la presidencia del alcalde, para que se traslade secretamente al Temple, y allí establecer el decisivo material acusador contra la reina, cosa que se hace en tres actos de interrogatorio, que todavía hoy se conservan.

Llegamos ahora a aquel episodio de la historia de María Antonieta largo tiempo tenido por increíble y por psicológicamente inexplicable, y que sólo a medias es posible comprender por la funesta sobreexcitación del tiempo y por el envenenamiento sistemático de la opinión pública practicado durante años enteros. El pequeño delfín, un mozuelo muy precoz y arrogante, pocas semanas antes, en el tiempo en que estaba aún bajo la protección de su madre, se había herido en un testículo, con un bastón, jugando; un cirujano al que llamaron había construido una especie de braguero para el niño. Con esto parecía terminado y olvidado este incidente, ocurrido en el Temple todavía durante la estancia de María Antonieta. Pero ahora descubren un día Simón o su mujer que el niño, precoz y mal educado, se entrega a ciertas viciosas prácticas de muchachos, a los llamados *plaisirs solitaires*. El niño, sorprendido en su falta, no puede negarlo. Apretado a preguntas por Simón, para saber quién lo ha inducido a estos malos hábitos, dice, o el desdichado se deja persuadir para que diga, que su madre y su tía lo han impelido hacia este vicio. Simón, a quien de esta «tigresa» todo le parece verosímil, hasta lo más infernal, sigue preguntando más y más, honradamente indignado por esta perversidad de una madre, y finalmente lleva al muchacho hasta tan lejos, que acaba por afirmar que ambas mujeres, en el Temple, frecuentemente lo habían metido en su cama y que su madre había cometido con él actos incestuosos.

Ante esta declaración tan espantosa de un niño que aún no ha cumplido los nueve años, un hombre sensato, en tiempos normales, habría sentido, naturalmente, la más extrema desconfianza. Pero el convencimiento del insaciable erotismo de María Antonieta ha penetrado tan hondo en la sangre de las gentes de la Revolución,

gracias a los innumerables folletos calumniosos, que hasta esta insensata acusación de que su propia madre hubiera abusado sexualmente de un niño de ocho años y medio, no provoca ningún sentimiento de duda en Simón y Hébert. Por el contrario, a estos fanáticos y deslumbrados *sans-culottes* les parece la cosa completamente lógica y clara. María Antonieta, la archiprostituta babilónica, aquella desalmada tribada que desde los tiempos de Trianón está habituada a agotar por completo todos los días a algunas mujeres y algunos hombres, ¿no es natural, piensan ellos, que una tal loba, encerrada en el Temple, donde no encuentra ningún compañero para sus infernales locuras carnales, se precipite sobre su propio hijo, inocente y sin defensa? Ni un solo momento vacilan Hébert y su triste amigo, totalmente oscurecida su razón por el odio, de la justeza de las engañosas acusaciones del niño contra su madre. Ahora se trata sólo de establecer judicialmente, por escrito, toda esta ignominia de la reina, a fin de que toda Francia conozca la extrema depravación de la asquerosa austríaca, para cuya avidez de sangre y de lujuria la guillotina puede ser considerada como un leve castigo. De este modo, tienen lugar tres interrogatorios de un niño que aún no tiene nueve años, de una muchacha de quince y de madame Elisabeth: escenas hasta tal punto crueles y vergonzosas, que podría tenérselas por irreales si no existieran aún hoy los bochornosos documentos en el Archivo Nacional de París, cierto que amarillentos, pero claramente legibles y con las torpes firmas de los niños trazadas por su propia mano.

En el primer interrogatorio, el 6 de octubre, aparecen el alcalde Pache, el síndico Chaumette, Hébert y otros miembros de la Comuna; en el segundo, el 7 de octubre, se lee también entre las firmas el nombre de un célebre pintor, que, al mismo tiempo, es uno de los seres más versátiles de la Revolución: David. Primeramente es llamado como testigo principal el niño de ocho años y medio; al principio se le pregunta sobre estos sucesos ocurridos en el Temple, y el charlatán mozuelo, sin comprender el alcance de sus declaraciones, traiciona a los secretos auxiliares de su madre, ante todo a Toulan.

Después llega a tratarse del escabroso asunto, y dice aquí el documento: «Habiendo sido sorprendido varias veces, en su cama, por Simón y su mujer, encargados por la Comuna de vigilarle, cometiendo consigo mismo indecencias dañosas para su salud, les aseguró que había sido iniciado por su madre y su tía en sus hábitos perniciosos,

y que diferentes veces se habían divertido viéndole practicarlos delante de ellas, cosa que con mucha frecuencia tenía lugar cuando lo hacían acostar entre las dos; que tal como el niño se ha explicado, nos ha hecho comprender que una vez su madre lo hizo aproximarse a ella, de lo que resultó una cópula, y él resultó con una hinchazón en uno de los testículos, por lo cual lleva un vendaje, y que su madre le recomendó que jamás hablara de ello; que este acto fue repetido varias veces después; añadió que otros cinco particulares conversaban con mayor familiaridad que los otros comisarios del Consejo con su madre y con su tía».

Con tinta sobre papel y siete a ocho firmas abajo queda establecida esta monstruosidad; la autenticidad de las actas, el hecho de que el deslumbrado niño haya prestado realmente esta espantosa declaración no puede ser negado; cuando más, podría objetarse que precisamente aquel pasaje que contiene la acusación de incesto con el niño de ocho años y medio no se encuentra en el texto mismo, sino que ha sido añadido ulteriormente al margen; manifiestamente, los mismos inquisidores habrán deliberado entre sí para establecer auténticamente esta infamia. Pero hay una cosa que no se puede refutar: la firma de «Louis Charles Capet» se encuentra bajo la declaración con letras gigantescas, trabajosamente dibujadas con infantil torpeza. El propio hijo ha presentado en realidad, ante estas gentes desconocidas, la más infame de todas las acusaciones contra su propia madre.

Pero no hay bastante con este delirio; los jueces instructores quieren desempeñar su comisión a fondo. Después del mozuelo, que aún no tiene nueve años, es traída su hermana, la muchacha de quince. Chaumette le pregunta «si cuando jugaba ella con su hermano no la tocaba éste donde no debía ser tocada, y si la madre y su tía no la hacían acostar entre ellas». Responde que «no». Entonces, ¡espantosa escena!, ambos niños, el de nueve años y la de quince, son colocados uno frente a otro para disputar, delante de los inquisidores, acerca del honor de su madre. El pequeño delfín mantiene su afirmación, y la de quince años, intimidada por la presencia de aquellos hombres severos, y aturdida por aquellas preguntas inconvenientes, vuelve a refugiarse siempre en la declaración de que no sabe nada, de que no ha visto nada de todo aquello. Ahora es llamada como tercer testigo madame Elisabeth, la hermana del rey; con esta enérgica señorita de veintinueve

años no son tan fáciles las cosas para los que interrogan como con los dos niños, cándidos y aterrorizados. Pues apenas le han presentado el texto de la declaración del delfín, cuando la sangre sube a las mejillas de la ofendida muchacha, rechaza despreciativamente el papel y dice que tal ignominia está demasiado por debajo de su persona para que pueda responder siquiera a ella. Ahora, nueva escena infernal, la colocan delante del muchacho. Mantiene éste, enérgica y descaradamente, que ella y su madre lo han inducido a estas deshonestidades. Madame Elisabeth no puede contenerse por más tiempo: *«Ah, le monstre!»*, exclama irritada, con un justo y arrebatado furor, al ver que este insolente y embustero monicaco afirma tales desvergüenzas. Pero los comisarios han oído ya todo lo que querían. El acta de estos interrogatorios es firmada también pulcramente y Hébert lleva, triunfal, los tres documentos al juez de instrucción con la esperanza de que ahora está desenmascarada y queda puesta en la picota la reina, para los contemporáneos y para la posteridad, para ahora y para siempre. Patrióticamente hinchado el pecho de orgullo, se pone con esta denuncia a disposición de las autoridades para comparecer ante la barra del Tribunal a testimoniar la infamia incestuosa de María Antonieta.

Esta declaración de un hijo contra su propia madre, cosa quizá sin ejemplo en los anales de la historia, ha sido desde siempre el gran enigma para los biógrafos de María Antonieta; y para salvar este pequeño escollo, los defensores apasionados de la reina han recurrido a las más tortuosas explicaciones y deformaciones. Hébert y Simón, a quienes describen constantemente como diablos hechos carne, se habrían asociado, según ellos, para esta conjura, obligando bajo poderosas coacciones al pobre a inocente niño a que se dejara arrancar esta vergonzosa acusación. Lo habrían hecho manejable- primera versión monárquica- en parte con golosinas y en parte con el látigo, o si no -según versión igualmente falsa desde el punto de vista psicológico- lo habrían embriagado antes con aguardiente. Su declaración había sido prestada en estado de embriaguez, no siendo válida por eso. Ambas afirmaciones, no probadas, se contradicen, ante todo, con la descripción de esta escena, clara y absolutamente imparcial, que traza un testigo ocular de ella, el secretario Daujo, que escribió por su mano el acta del último interrogatorio: « El joven príncipe estaba sentado en un sillón, balanceando sus piernecitas, cuyos pies no llegaban al

suelo. Interrogado sobre las cosas, le preguntaron si eran verdaderas, y respondió afirmativamente...». Toda la conducta del delfín muestra más bien una insolencia desafiadora y juguetona. Resulta también indudable, del texto de las otras dos actas, que el mozuelo no procedió, en modo alguno, bajo una coacción externa, sino que, por el contrario, con infantil obstinación -se advierte también en ello cierta maldad y afán de venganza- repitió libremente contra su tía la monstruosa afirmación.

¿Cómo se explica esto? No es cosa excesivamente difícil para nuestra generación, que está instruida de modo mucho más fundamental que las de tiempos anteriores, científica y psicológicamente, sobre las mentiras de las declaraciones infantiles en materia sexual y que se ha acostumbrado a acercarse a estos extravíos psíquicos de los menores con mayor comprensión. Ante todo, tenemos que dejar a un lado la versión sentimental de que el delfín hubiera sentido una espantosa humillación al ser entregado al zapatero Simón y que echara muy de menos a su madre; los niños se habitúan con sorprendente rapidez a todo ambiente desconocido y, por muy terrible que pueda parecer a primera vista, probablemente el chico de ocho años y medio se encontraba mejor con el rudo pero jovial Simón que en la torre del Temple con las dos mujeres, constantemente de luto y deshechas en llanto, que durante todo el día le daban lecciones, le obligaban a estudiar y trataban de obligar al niño, como futuro *roi de France*, a mantener artificialmente una severa conducta y dignidad. Pero con el zapatero Simón el pequeño delfín está plenamente libre; bien sabe Dios que no se le atormenta mucho para que aprenda; puede jugar por todas partes como quiera, sin preocuparse ni inquietarse por nada; es muy probable que para él fuera más divertido cantar la Carmagnole con los soldados que rezar el rosario con la devota y aburrida madame Elisabeth. Pues cada niño tiene instintivamente en sí la tendencia a rebajarse, y se defiende contra la cultura y las buenas manera que le son impuestas; se siente mejor entre personas despreocupadas y sin educación que bajo la coacción de la cultura; donde reina mayor libertad, mayor naturalidad y se exige menos dominio de sí mismo, puede desplegar con más fuerza to que hay de realmente anárquico en su naturaleza. El deseo de una elevación social sólo se presenta con el despertar de la inteligencia, a los diez, y a veces a los quince años; pero, en realidad, todo niño de buena familia

envidia a sus camaradas de escuela proletarios, a quienes les es permitido todo to que a él le prohíbe su bien cuidada educación. Con esta veloz transformación de la sensibilidad que es característica de los niños, parece que el delfín -y esta cosa plenamente natural no querían admitirla a ningún precio los biógrafos sentimentales- se desprendió muy pronto de la melancólica esfera maternal y se habituó a la menos coactiva del zapatero Simón, cierto que inferior pero más divertida para él; su propia hermana confiesa que el pequeño cantaba a gritos canciones revolucionarias; otro testigo de fiar habla de una expresión del delfín respecto a su madre y a su tía hasta tal punto grosera que ni siquiera se atreve a repetirla. Acerca de la especial predisposición de este niño a mentir por fantasía, poseemos, fuera de eso, el más irrefutable testimonio; nada menos que su propia madre había dicho ya de él, cuando tenía cuatro años y medio, en aquellas instrucciones a la gouvernante: «Es muy indiscreto; repite fácilmente lo que ha oído decir; y con frecuencia, sin querer mentir, añade to que le hace ver su imaginación.
Es su mayor defecto y del cual es preciso corregirle».

En esta descripción de su carácter nos da María Antonieta el dato decisivo para la solución del enigma. Y se complementa lógicamente con unas palabras de la declaración de madame Elisabeth. Se sabe que casi siempre los niños atrapados en la ejecución de un acto prohibido tratan de echar la culpa sobre alguna otra persona. Por una instintiva medida de protección (porque sospechan que sólo a disgusto se hace responsable a un niño), declaran casi siempre que han sido «incitados» por alguien. En el caso que nos ocupa, la declaración de madame Elisabeth aclara la situación por completo. Dice terminantemente -y de este hecho, con insensatez, se ha prescindido en general- que su sobrino estaba, en realidad, entregado a aquel vicio juvenil desde hacía tiempo, y recuerda con precisión que, tanto ella como la madre, han solido reprenderlo con violencia por ello. Aquí tenemos la verdadera solución. El niño, por tanto, había sido ya sorprendido antes por su madre y por su tía y probablemente castigado con mayor o menor severidad. Al preguntarle Simón de quién procede aquella mala costumbre, al instante la relaciona, en forma muy comprensible en la trabazón de sus recuerdos, con la primera vez que fue encontrado practicándola, y de modo totalmente fatal piensa en aquellas que lo han castigado por ello. Inconscientemente se venga del castigo y,

sin sospechar las consecuencias de tal declaración, cita el nombre de quienes lo castigaron como el de las personas que lo iniciaron en el vicio, y responde afirmativamente y sin vacilar, y, por tanto, con apariencias de la más extrema veracidad, a una pregunta sugestionadora que en este sentido le dirigen. Ahora se encadena muy claramente el curso de todo. Una vez envuelto en la mentira, el niño no puede ya retroceder; al contrario, tan pronto como advierte que se concede fe a sus afirmaciones y hasta que se las cree con placer, se siente plenamente seguro de su mentira y continúa afirmando alegremente todo lo que le preguntan los comisarios. Mantiene firmemente su versión, por un instinto de propia defensa, desde que nota que le evita un castigo. Hasta a psicólogos más diestros que estos maestros zapateros, ex cómicos, pintores y escribanos les habría costado trabajo no ser engañados en el primer momento al oír una declaración tan clara y firmemente expresada. Pero, además, en este caso especial, los investigadores estaban bajo la influencia de una sugestión colectiva; para ellos, lectores diarios del *Père Duchéne*, esta espantosa acusación del hijo concordaba plenamente con el carácter infernal de la madre, la cual, en los folletos pornográficos que circulaban por toda Francia, era presentada como resumen de todos los vicios. Ningún crimen, ni aun el más absoluto, podía sorprender a estos hombres sometidos a una sugestión, si se acusaba de él a María Antonieta. Así no se asombraron durante mucho tiempo, no meditaron a fondo, sino que, con la misma despreocupación que el niño de nueve años, plantaron sus firmas bajo las mayores infamias que hayan sido inventadas jamás contra una madre.

El impenetrable aislamiento de la Conserjería protegió dichosamente a María Antonieta de conocer en seguida esta monstruosa declaración de su hijo. Sólo el penúltimo día de su vida, el acta acusatoria la enteró de esta humillación suprema. Durante decenios había soportado sin abrir los labios todos los ataques posibles contra su honor, las más infames calumnias. Pero ésta, verse tan espantosamente calumniada por su propio hijo, este tormento no imaginable, tiene que haberla conmovido hasta la más profunda intimidad de su alma. Hasta el mismo umbral de la muerte le acompaña este martirizador pensamiento; todavía tres horas antes de ser guillotinada, esta mujer, en general tan dueña de sí, escribe a madame Elisabeth, como ella acusada: «Sé cuánta pena ha debido producirle ese niño.

Perdónele usted, mi querida hermana; piense en la edad que tiene y en lo fácil que es hacer decir a un niño lo que se quiere y hasta lo que no comprende. Llegará un día, así lo espero, en que tanto mejor sentirá él todo el precio de sus bondades y de su ternura hacia las dos».

A Hébert no le ha resultado lo que se proponía: deshonrar a la reina ante el mundo con estrepitosa acusación; al contrario, en el curso del proceso, el hacha por él blandida se le escapa de las manos y viene a golpear en su propia nuca. Pero ha logrado una cosa: herir mortalmente el alma de una mujer ya entregada a la muerte, envenenando aún en mayor grado sus horas postreras.

Capítulo 41
Comienza el proceso

Ahora hay ya bastante carne en el asador y el acusador público puede servir el banquete. El 12 de octubre, María Antonieta es llamada a la gran sala de las deliberaciones para el primer interrogatorio. Frente a ella se sienta Fouquier-Tinville, Herman, su adjunto, y los secretarios; al lado de ella, nadie. Ni un defensor, ni un auxiliar; nada más que el gendarme que la guarda.

Pero en las largas semanas de soledad, María Antonieta ha concentrado sus energías. El peligro le ha enseñado a resumir sus pensamientos, a hablar bien y a callar aún mejor; cada una de sus respuestas se nos muestra como sorprendentemente precisa y cortante y, al mismo tiempo, como cauta y prudente. Ni por un solo momento abandona su calma; ni siquiera las preguntas más absurdas o pérfidas le hacen perder el dominio sobre sí. Ahora, en los últimos momentos de su vida, María Antonieta ha comprendido la responsabilidad que le impone su nombre; sabe que aquí, en esta semioscura sala de audiencia, tiene que ser la reina que no supo ser suficientemente en los magníficos salones de Versalles. No es a un abogadillo, lanzado por el hambre a la Revolución y que cree representar aquí el papel de acusador, a quien ella responde, ni tampoco a esos sargentos y escribanos disfrazados de jueces, sino al único juez verdadero y auténtico: a la historia. «¿Cuándo llegarás por fin a ser tú misma?», había escrito, desesperada, veinte años antes su madre, María Teresa. A un palmo de la muerte, comienza por sus propias fuerzas a alcanzar María Antonieta aquella grandeza que hasta entonces sólo le habían dado prestada las exterioridades. A la pregunta formulada de cómo se llama, responde con voz alta y clara: «María Antonieta de Austria-Lorena, de treinta y ocho años de edad, viuda del rey de Francia». Pensando escrupulosamente en mantener en todos sus detalles la forma de un procedimiento legal, Fouquier-Tinville se atiene minuciosamente a las formalidades del interrogatorio y sigue preguntando, como si no lo supiera, dónde residía la acusada en el momento de su detención. Sin mostrar ironía, informa María Antonieta a su acusador de que nunca ha estado detenida, sino que la han ido a buscar a la Asamblea Nacional para conducirla al Temple. Comienzan entonces las verdaderas preguntas y cargos en el patético estilo de la

época; la acusan de haber mantenido, antes de la Revolución, relaciones políticas con el «rey de Bohemia y de Hungría»; de haber «dilapidado de una manera espantosa los bienes de Francia, fruto del sudor del pueblo, en sus placeres a intrigas con malvados ministros», y de haber hecho llegar a manos del emperador «millones que debían servir para ser empleados en contra del pueblo que la alimentaba».

Dentro de la Revolución, ha conspirado contra Francia, ha negociado con agentes extranjeros, ha impulsado al rey, su marido, a pronunciar el veto. María Antonieta rechaza todas estas inculpaciones objetiva y enérgicamente. Sólo ante una afirmación de Herman, enunciada con especial torpeza, se anima el diálogo.

-Fue usted quien enseñó a Luis Capet ese arte de profunda disimulación, con el cual engañó durante mucho tiempo al buen pueblo francés, que no sospechaba que se pudiera llevar hasta tal grado la maldad y la perfidia.

A esta hueca tirada responde con tranquilidad María Antonieta: -Sí, el pueblo ha sido engañado; lo ha sido cruelmente, pero no por mi marido ni por mí.

-¿Por quién, pues, ha sido engañado el pueblo? -Por aquellos que tenían en ello interés, y el nuestro no estaba en engañarlo.

Ante esta ambigua respuesta, Herman salta inmediatamente. Espera impulsar a la reina a que pronuncie algunas palabras que puedan significar hostilidad hacia la República.

-¿Quiénes son, en su opinión, los que tenían interés en engañar al pueblo? Pero María Antonieta desvía hábilmente la cuestión. No lo sabe. Su propio interés ha sido ilustrar al pueblo y no engañarle.

Herman comprende la ironía de esta respuesta a insiste severamente: -No ha respondido usted claramente a mi pregunta.

Pero la reina no se deja arrastrar fuera de su posición defensiva: -Respondería sin rodeos si conociera los nombres de las personas.

Después de esta primera escaramuza, el interrogatorio vuelve a ser objetivo. Se le pregunta sobre las circunstancias de la huida a Varennes; responde prudentemente, dejando a cubierto a todos aquellos secretos amigos suyos a quienes el acusador quiere envolver en el proceso. Sólo ante otra acusación estólida que le hace Herman vuelve a protestar vivamente: -Jamás cesó usted, ni un solo momento, de querer

destruir la libertad; quería usted reinar a cualquier precio que fuera, y volver a subir al trono sobre el cadáver de los patriotas.

La reina responde, soberbia y duramente, a este campanudo galimatías (¡ah!, ¿por qué le han puesto como inquisidor a un imbécil como éste?) que ella y su marido «no tenían necesidad de volver a subir al trono; que ya estaban en él; que jamás desearon otra cosa que la felicidad de Francia, que ésta fuera dichosa, y que, con que lo fuera, ya estarían también ellos contentos».

Herman entonces se hace más agresivo; cuanto más conoce que María Antonieta no se dejará apartar de su actitud prudente y segura y que no proporcionará ningún «material» para el proceso público, acumula las acusaciones con tanta mayor rabia; le reprocha el haber emborrachado a los regimientos flamencos, haber sostenido correspondencia con las cortes extranjeras, provocado la guerra a influido en el convenio de Pillnitz. Pero María Antonieta, de conformidad con los hechos, rectifica diciendo que la Convención Nacional fue quien declaró la guerra y que en el banquete de los soldados sólo pasó ella por la sala dos veces.

Pero Herman ha reservado para el final las preguntas más peligrosas, aquellas ante las cuales la reina, o tiene que renegar de sus propios sentimientos, o dejarse coger en alguna declaración contra la República. Toda una doctrina de derecho público se exige de ella: -¿Qué interés siente usted por las armas de la República? -La felicidad de Francia es lo que deseo por encima de -¿Cree usted que los reyes sean necesarios para la dicha del pueblo? -Un individuo no puede decidirlo.

-¿Lamenta usted, sin duda, que su hijo haya perdido el trono al cual hubiera podido subir si el pueblo, instruido por fin acerca de sus derechos, no lo hubiera roto? -Jamás echaré nada de menos para mi hijo mientras su país sea dichoso.

Se ve que el juez instructor no tiene suerte. María Antonieta no hubiera podido expresarse nunca más sutil y astutamente que al decir que «jamás echará nada de menos para su hijo mientras su país sea dichoso», pues con este solo posesivo « su» ha dicho la reina, en el propio rostro del juez instructor, sin declarar abiertamente como no legítima a la República, que siempre considera a Francia como «suya» , como un país propiedad legal de su hijo; aun en el peligro, no ha renunciado a lo más alto, al derecho de su hijo a la corona. Después de esta última escaramuza, el interrogatorio marcha hacia su final rápidamente. Se le pregunta si

para la audiencia pública del proceso quiere elegir defensor. María Antonieta declara que no conoce a ningún abogado y acepta que le sean señalados de oficio uno o dos, aunque le sean personalmente desconocidos. En el fondo, sabe que todo ello es indiferente, ya sea amigo o desconocido, pues ahora en toda Francia no hay ya ningún hombre bastante valeroso para defender seriamente a la ex reina. Quien pronunciara públicamente una sola palabra en su favor pasaría inmediatamente del puesto de defensor al banquillo de los acusados.

Ahora que están cumplidas las apariencias externas de una instrucción legal puede el acreditado formalista que es Fouquier-Tinville ponerse al trabajo y redactar el acta de acusación. Su pluma corre sobre el papel veloz y ligera: quien tiene que fabricar cada día montones de acusaciones adquiere cierta rapidez de mano. En este caso, aquel abogadillo de provincias se cree obligado a emplear cierta poética elocuencia en este caso especial: cuando se acusa a una reina hay que hacerlo en un tono más solemne y poético que cuando sólo se trata de cortarle el pescuezo a cualquier costurerilla que ha gritado *«Vive le Roi!».* Por ello comienza su escrito en un tono extremadamente hinchado: «Habiendo examinado todas las piezas transmitidas por el acusador público, resulta que, al igual de las Mesalinas, Bomhildas, Fredegundas y Catalinas de Médicis, a quienes se calificó en otros tiempos de reinas de Francia y cuyos nombres, para siempre odiosos, no se borrarán jamás de los fastos de la historia, María Antonieta, viuda de Luis Capeto, ha sido, desde su establecimiento en Francia, azote y sanguijuela de los franceses». Después de este pequeño yerro histórico -pues en tiempo de Fredegunda y de Brunhilda no existía aún ningún reino en Francia- siguen las conocidas acusaciones: María Antonieta ha mantenido relaciones políticas con un hombre conocido por «rey de Bohemia y de Hungría»; ha enviado millones al emperador; ha participado en la «orgía de los guardias de corps»; ha desencadenado la guerra civil; ha provocado la matanza de los patriotas; ha transmitido al extranjero los planes de guerra. En forma algo más velada se alega la acusación de Hébert de que «es tan perversa y tan familiarizada está con todos los crímenes, que, olvidando su calidad de madre y los límites prescritos por las leyes de la naturaleza, no ha vacilado en entregarse con Luis Carlos Capeto, su hijo, y según confesión de este último, a indecencias cuya sola idea y nombre hacen estremecer de horror». Por el contrario, es cosa

nueva y sorprendente la acusación de haber «llevado la perfidia y la disimulación hasta el punto de haber hecho imprimir y distribuir obras en las cuales se la describía bajo poco favorables colores..., para engañar a las potencias extranjeras persuadiéndolas de que era maltratada por los franceses». Por tanto, según la idea de Fouquier-Tinville, la misma María Antonieta había hecho circular los folletos tribadistas de La Motte y los otros innumerables libelos calumniosos. Por razón de todas estas inculpaciones, María Antonieta pasa, de la situación de simple vigilada, a la de acusada.

Este documento, que no es precisamente una obra maestra de sabiduría forense, es comunicado el 13 de octubre, húmeda todavía su tinta, al defensor Chaveau-Lagarde, el cual, acto seguido, se dirige a la prisión junto a María Antonieta. Leen juntos, la inculpada y su defensor, el acta acusatoria. Pero sólo el abogado se sorprende y emociona por el tono de odio con que está escrita. María Antonieta, que después de su interrogatorio no esperaba nada mejor, queda perfectamente tranquila. No obstante, el concienzudo jurista se desespera a cada paso. No, no es posible estudiar tal montón de acusaciones y documentos en una sola noche; sólo estará en disposición de ejercitar una eficaz defensa si puede, realmente, dar una ojeada de conjunto a aquel caos de papelotes.

Por tanto, insiste con la reina para que pida un aplazamiento de tres días a fin de que pueda preparar de modo fundamental su discurso de defensa a base de los materiales aportados y el examen de las piezas probatorias.

-¿A quién tengo que dirigirme para eso? -pregunta María Antonieta.

-A la Convención.

-No, no; jamás.

-No debería usted -dice Chaveau-Lagarde- renunciar a lo que la favorece por un inútil sentimiento de orgullo. Tiene usted el deber de conservar su vida; no sólo por usted, sino por sus hijos.

Al oír que se trata de sus hijos, cede la reina. Escribe al presidente de la Asamblea: «Ciudadano presidente: los ciudadanos Tronson y Chaveau, que el Tribunal me ha dado como defensores, me hacen observar que sólo hoy se les ha hecho conocer su misión; debo ser juzgada mañana y les es imposible en tan corto plazo enterarse de las piezas del proceso y ni hacer siquiera una lectura de ellas. Debo, por mis hijos,

no omitir ninguno de los medios necesarios para la completa justificación de su madre. Mis defensores piden tres días de aplazamiento; espero que la Convención se los concederá».

De nuevo queda uno sorprendido al ver en este escrito la transformación espiritual de María Antonieta. Aquella que durante toda su vida fue una mala autora de cartas y una mala diplomática, comienza ahora a escribir regiamente y a pensar como persona responsable. Pues ni aun en aquel extremo peligro de su vida le hace a la Convención el honor de dirigirle un ruego, instancia suprema a la que legalmente tiene que apelar. No pide nada en su propio nombre -¡no, antes perecer!-, sino que sólo transmite la solicitud de un tercero; «mis defensores piden tres días de aplazamiento» es lo que allí pone, «y espero que la Convención se los concederá». Nada de «Así lo ruego».

La Convención no responde. La muerte de la reina está decidida desde hace mucho tiempo; ¿para qué prolongar aún las formalidades anteriores a la vista del proceso? Toda vacilación sería una crueldad. A la mañana siguiente, a las ocho, comienza la vista, y todo el mundo sabe anticipadamente cómo terminará.

Capítulo 42
La vista

Los setenta días de la Conserjería han hecho de María Antonieta una mujer vieja y enferma. Rojos y abrasados de llanto, le queman ahora los ojos, plenamente desacostumbrados a la luz del día; sus labios están asombrosamente pálidos a causa de las fuertes a incesantes pérdidas de sangre que ha sufrido en las últimas semanas.

Frecuentemente, muy frecuentemente, tiene ahora que combatir su fatiga; varias veces tuvo el médico que recetarle cordiales. Pero sabe que hoy amanece un día histórico, hoy no le es lícito estar fatigada, nadie en la sala de audiencia debe poder burlarse de la debilidad de una reina y de una hija de emperador. Una vez más tienen que ser puestas en tensión todas las fuerzas de su agotado cuerpo, de su sensibilidad debilitada desde hace tiempo; después puede descansar largo tiempo, después puede descansar para siempre.

Dos únicas cosas tiene que hacer aún María Antonieta sobre la tierra: defenderse con firmeza y morir valientemente.

Pero si internamente está llena de resolución, también quiere María Antonieta aparecer con dignidad externa delante del tribunal. El pueblo debe comprender que la mujer que se acerca hoy a la barra es una Habsburgo y que, a pesar de todos los decretos que la destronan, sigue siendo una reina. Con más cuidado del que usa en general, peina la raya de sus cabellos encanecidos. Se pone una cofia de lienzo blanco, plegada y almidonada recientemente, de cuyos lados desciende el velo de luto; como viuda de Luis XVI, el último rey de Francia, quiere María Antonieta comparecer ante el Tribunal Revolucionario.

A las ocho de la mañana se reúnen los jueces y jurados en la gran sala de audiencia; Herman, el paisano de Robespierre, como presidente; Fouquier-Tinville, como acusador público. Los juramentos proceden de todas las clases sociales: un antiguo marqués, un cirujano, un vendedor de limonada, un músico, un impresor, un peluquero, un sacerdote que colgó los hábitos y un ebanista; junto al fiscal han tomado asiento algunos miembros del Comité de Salud Pública para vigilar el curso de la vista. La sala está totalmente llena.

No todos los días se tiene ocasión de ver en el banquillo a una reina.

María Antonieta entra serenamente y se sienta tranquila; a ella no le han reservado ya un sillón especial, como a su esposo; sólo la espera un desnudo asiento de madera; tampoco los jueces son ya, como en el solemne proceso público de Luis XVI, unos representantes elegidos entre los miembros de la Asamblea Nacional, sino el jurado que actúa de ordinario, que realiza su funesto deber como por oficio. Pero en vano buscan los espectadores en el semblante agotado de la reina, agotado pero no descompuesto, un signo visible de emoción y de miedo. En una actitud rígida y resuelta espera el comienzo de la vista. Mira tranquilamente hacia los jueces, mira tranquilamente hacia la sala y concentra sus fuerzas.

Primeramente se levanta Fouquier-Tinville y lee en voz alta el escrito de acusación. La reina apenas presta atención. Conoce ya todos los reproches: los ha examinado ayer con su abogado. Ni una sola vez, ni tampoco ante las más duras acusaciones, levanta la cabeza; sus dedos se mueven con indiferencia sobre los brazos de su asiento, «como si fuera un piano».

Entonces comienza el desfile de cuarenta y un testigos que prestan juramento de declarar «sin odio y sin temor de decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad». Como el proceso ha sido preparado a toda prisa -tiene verdaderamente mucho que hacer en aquellos días el pobre Fouquier-Tinville: los girondinos, madame Roland y cien otros más esperan ya su turno-, las más diferentes inculpaciones son enunciadas en confuso desorden, sin relación alguna entre sí, lógica o cronológica. Los testigos hablan tan pronto de los acontecimientos del 6 de octubre de 1789, en Versalles, como de los del 10 de agosto de 1792, en París; sobre delitos anteriores a la Revolución o contemporáneos a ella. La mayoría de estas declaraciones carecen de importancia, y algunas son completamente ridículas, como la de aquella criada, Milot, que afirma haber oído en 1788 como el duque de Coigny le decía a alguien que la reina había hecho enviar a su hermano doscientos millones, o aquella otra también de que María Antonieta había llevado sobre sí dos pistolas para asesinar al duque de Orleans. En todo caso, hay dos testigos que juran haber visto los mandatos de la reina para el envío de dinero, pero no pueden ser presentados los originales de estos decisivos documentos, así como tampoco lo es una carta de su mano que se dice que María Antonieta había enviado al comandante

de la guardia suiza: «¿Puede contarse con toda seguridad con sus suizos? ¿Se mantendrán valientemente si se les ordena?». No es aportado ni un solo pliego de papel escrito por María Antonieta, y tampoco el paquete lacrado que contiene los objetos que le fueron secuestrados en el Temple suministra nada de que se la pueda acusar. Los mechones de cabellos son de su marido y de sus hijos; las miniaturas, una de la princesa de Lamballe y la otra de su amiga de la infancia, la landgravesa de Hesse-Darmstadt; los nombres anotados en el librillo de señas, los de su lavandera y de su médico; ni una sola pieza aparece como utilizable para la acusación. Por tanto, el acusador público trata siempre de volver otra vez a las inculpaciones generales, pero la reina, esta vez preparada, responde, si es posible, aún con mayor firmeza y seguridad que en su primera declaración. Los debates se desenvuelven de un modo análogo a éste: -¿De dónde ha tomado usted el dinero con el cual hizo construir y amueblar el *petit Trianon,* en el que daba usted fiestas donde era siempre la diosa? -De un fondo que estaba destinado para este efecto.

-Es preciso que este fondo fuera considerable, porque el petit *Trianon* debe haber costado sumas enormes.

-Es posible que el *petit Trianon* haya costado sumas inmensas, acaso más de lo que yo hubiera deseado; se veía una metida poco a poco en gastos; por los demás, deseo más que nadie que se conozca bien lo pasado allí.

-¿No fue en el *petit Trianon* donde conoció usted por primera vez a la De la Motte? -No la he visto jamás.

-¿No fue ella víctima de usted en el asunto del famoso collar? -No pudo serlo, ya que no la conocía.

-¿Persiste usted, pues, en negar que la haya conocido? -Mi plan no es el negar; es verdad lo que he dicho, y persistiré en decirla.

Si, en general, pudiera existir aún alguna esperanza, le habría sido lícito a María Antonieta abandonarse a ella, pues la mayor parte de los testigos han negado plenamente.

Ni uno solo de aquellos a quienes temía la acusó seriamente. Siempre es más fuerte su defensa. Cuando el acusador público afirmaba que mediante su influencia había llevado al difunto rey a que hiciese todo lo que ella quisiera, responde la reina: «Es muy distinto aconsejar que se haga una cosa a mandarla ejecutar» . Cuando, en el

curso de la vista, el presidente le hace observar que, con sus declaraciones, se pone en contradicción con las afirmaciones de su hijo, responde desdeñosamente: « Es muy fácil hacer decir a un niño de ocho años todo lo que se quiera». En las preguntas verdaderamente amenazadoras se cubre siempre con un prudente « no me acuerdo». De este modo, ni una única vez consigue Herman triunfar de ella, mostrando en sus palabras una manifiesta inexactitud o una contradicción patente; ni una sola vez durante estas largas horas se enciende en el auditorio que escucha con toda atención una manifestación incidental de cólera, un movimiento de odio o un patriótico aplauso. Vacíos, lentos, con mucha paja por en medio, se prosiguen los interrogatorios. Es tiempo de que venga un testimonio decisivo realmente aplastante para dar impulso a la acusación. Esta aportación sensacional piensa traerla Hébert con la espantosa acusación del incesto.

Se adelanta. Resuelto y convencido, en voz bien perceptible, repite la inculpación monstruosa. Pero pronto advierte que lo increíble de esta acusación provoca incredulidad; que nadie en toda la sala expresa su horror con ningún grito de indignación ante esta madre corrompida, ante esta mujer degenerada; todos permanecen en silencio, pálidos y sobrecogidos. Por ello piensa el pobre petate que tiene que presentarles, además, una explicación especialmente refinada, psicologico-política. «Puede admitirse -declara el majadero- que estos goces criminales no estaban inspirados por una necesidad de placer, sino más bien por la esperanza política de enervar la salud de este niño, al que se complacían aún en creer destinado a ocupar un trono y sobre el cual, con esta maniobra, querían asegurarse el derecho a regir su personalidad moral.» Pero, ¡cosa curiosa!, también el auditorio permanece en silencio, totalmente desconcertado por esta simplicidad histórica. María Antonieta no responde y aparta despreciativamente la vista de Hébert. Indiferente, como si aquel furioso mentecato hubiera hablado en chino, y sin concederle una mirada, permanece rígida a inconmovible.

También el presidente Herman hace como si no hubiera entendido toda la declaración. Se olvida expresamente de preguntar qué tiene que responder la calumniada madre; ha advertido ya la penosa impresión que esta acusación de incesto produce en el auditorio, especialmente en las mujeres, y deja por ello a toda prisa que se abandone el terreno de esta vidriosa acusación. Pero entonces,

torpemente, uno de los jurados comete la indiscreción de recordar al presidente: « Ciudadano presidente, le invito a que llame la atención de la acusada por no haber respondido nada respecto al hecho de que ha hablado Hébert y a lo que ha pasado entre ella y su hijo».

Ahora el presidente no puede dilatarlo ya más. Contra sus íntimos sentimientos, tiene que interrogar a la acusada. María Antonieta levanta orgullosa y bruscamente la cabeza -«en este momento la acusada parece vivamente conmovida», relata hasta el mismo Moniteur, de ordinario tan seco- y replica en voz alta, con indecible desprecio: « Si no ha respondido, es que la naturaleza se niega a responder a semejante acusación hecha a una madre. Apelo a todas las que puedan encontrarse aquí».

Y, en efecto, una efervescencia profunda, una fuerte agitación recorre la sala. Las mujeres del pueblo, las trabajadoras, las pescaderas, las calceteras, contienen el aliento, se sienten misteriosamente coligadas: en esta mujer han herido a todo su sexo. El presidente guarda silencio; aquel jurado curioso baja los ojos; el acento de doloroso enojo en la voz de la mujer calumniada ha conmovido a todos. Sin decir palabra se aparta Hébert de la barra, no precisamente orgulloso de su empresa. Todos advierten, y acaso también él, que su acusación ha proporcionado a la reina un gran triunfo moral, precisamente en la hora más difícil. Lo que él pretendía rebajar queda ensalzado.

Robespierre, que en la misma tarde tiene conocimiento del incidente, no puede dominar su cólera contra Hébert. Como único espíritu político entre aquellas gentes que no eran más que estrepitosos agitadores populares, comprende al instante qué delirante insensatez ha sido sacar a la publicidad aquella acusación dictada contra su madre por un niño que aún no tiene nueve años y brotada del miedo o quizá de la conciencia de una falta. «Ese zopenco de Hébert -les dice furioso a sus amigos todavía tenía que proporcionarle este triunfo.» Largo tiempo hace que Robespierre está cansado de aquel inculto personaje que, mediante su ordinaria demagogia, mediante su conducta anárquica, deshonra la causa de la Revolución, para él sagrada; este día decide él en su fuero interno suprimir esta mancha de basura. La piedra que Hébert ha lanzado contra María Antonieta vuelve a caer sobre su persona y lo hiere mortalmente. Que pasen algunos meses, y recorrerá idéntico camino en la

misma carreta, pero no tan valientemente como ella, sino con un ánimo tan débil que su compañero Rosin tiene que gritarle para que se domine: «Cuando había que actuar, has charlado lamentablemente. Aprende siquiera ahora a morir».

María Antonieta ha comprendido su triunfo, pero percibe también una voz entre el auditorio que dice con asombro: «¡Ve qué orgullosa es!». Y por ello le pregunta a su defensor: «¿No habré puesto demasiada dignidad en mi respuesta?». Pero éste la tranquiliza: «Señora, siga usted siendo usted misma y estará siempre bien». María Antonieta tiene que luchar aún otro día; pesadamente se arrastra el proceso, fatigando a actores y espectadores; pero, aunque agotada por sus hemorragias y si bien sólo toma durante el descanso una taza de sopa, mantiene su actitud enérgica y recta, lo mismo que su espíritu. «Imaginémonos, si es posible -escribe su defensor en sus Memorias-, toda la fuerza de alma que necesitó la reina para soportar las fatigas de una sesión tan larga y tan horrible; convertida en espectáculo de todo un pueblo, teniendo que luchar contra unos monstruos ávidos de sangre, defenderse de todos los lazos que le tendían, destruir todas sus objeciones, guardar todas las conveniencias y todo lo debido, sin quedar jamás por debajo de sí misma.» Durante quince horas luchó el primer día, más de doce han pasado ya en el segundo, cuando, por fin, declara el presidente terminada la audiencia de testigos y pregunta a la acusada si tiene, en su descargo, todavía algo que añadir. Consciente de sí misma, responde María Antonieta: «Ayer no conocía a los testigos e ignoraba lo que iban a declarar contra mí; pues bien, nadie ha enunciado en mi contra ningún hecho positivo.

Acabo haciendo observar que yo no era más que la mujer de Luis XVI y que era preciso que me conformara con su voluntad».

Se levanta entonces Fouquier-Tinville y recapitula, fundamentándolas, sus acusaciones.

Los dos defensores a quienes ha correspondido la causa le responden en un tono bastante apagado; recuerdan probablemente que el defensor de Luis XVI, por haber tomado partido en su favor con demasiada energía, fue propuesto para el cadalso; por tanto, prefieren invocar más bien piedad del pueblo que afirmar la inocencia de la reina. Antes de que el presidente Herman formule las consabidas preguntas a los jurados, María Antonieta es sacada de la sala, y quedan solos el tribunal y los

jurados. Ahora, después de toda la anterior fraseología, el presidente Herman se expresa clara y objetivamente; deja a un lado todas las inciertas a innumerables acusaciones de detalle y resume todas las cuestiones en una breve fórmula. Es el pueblo francés, dice, el que acusa a María Antonieta, pues todos los acontecimientos políticos que han ocurrido desde hace cinco años atestiguan contra ella. Por ello presenta cuatro preguntas a los jurados: En primer lugar: ¿Está probado que han existido maniobras o contactos con las potencias extranjeras y otros enemigos exteriores de la República, las cuales maniobras y contactos tendían a proporcionarles socorros en dinero y darles entrada en el territorio francés y a facilitar el avance de sus armas? En segundo lugar: María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capeto, ¿está convicta de haber cooperado en estas maniobras y de haber mantenido estos contactos? En tercer lugar: ¿Existe constancia de que ha habido un complot y una conspiración tendentes a encender la guerra civil en el interior de la República? En cuarto lugar: María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capeto, ¿está convicta de haber participado en este complot y en esta conspiración? Silenciosamente se levantan los jurados y se retiran a una habitación inmediata. Ha pasado la medianoche. Las velas arden vacilantemente en la sala sobrecargada de gente cuyos corazones palpitan de ansia y de curiosidad.

Cuestión incidental. Conforme a derecho, ¿cómo deberían haber contestado los jurados? En su discurso de conclusión, el presidente ha prescindido de todos los arrequives políticos del proceso, reduciendo propiamente a una sola las inculpaciones. No se les pregunta a los jurados si tienen a María Antonieta por una mujer desnaturalizada y adúltera, incestuosa y dilapidadora, sino únicamente si la que fue reina es responsable de haber estado en relaciones con el extranjero, de haber deseado y favorecido el triunfo de las armas enemigas y una insurrección en el interior del país.

Ahora bien: María Antonieta, en sentido legal, ¿es responsable y está convicta de este crimen? Pregunta de doble filo que sólo puede ser contestada en una doble respuesta.

Indudablemente, María Antonieta -y ésta es la fuerza del proceso- es en realidad responsable, desde el punto de vista republicano. Sabemos que ha mantenido relaciones permanentes y constantes con el enemigo extranjero. Según el sentido

de la acusación, ha cometido realmente un delito de alta traición al proporcionar al embajador austríaco los planes militares de ataque a Francia, y ha empleado y fomentado, sin condición alguna, todos los medios legales o ilegales que pudieran devolver a su esposo el trono y la libertad.

La acusación tiene, pues, un fundamento jurídico. Pero -éste es el punto débil del proceso- no está en modo alguno probada. En el día de hoy, los documentos que hacen indudablemente culpable a María Antonieta del delito de alta traición contra la República son conocidos y están impresos; están en el Archivo del Estado de Viena y en los papeles dejados por Fersen. Pero este proceso fue instruido en París el 14 de octubre de 1793, y entonces ni uno solo de estos documentos era accesible al acusador público. Ni un solo testimonio realmente válido de aquella traición realmente cometida pudo, en todo el proceso, set presentado a los jurados.

Un jurado honrado y no sometido a influencias se habría visto, por tanto, en grave perplejidad. Si se abandonaban a su instinto, estos doce republicanos tenían que condenar necesariamente a María Antonieta, pues ninguno de ellos puede dudar de que esta mujer sea la enemiga mortal de la República, de que ha hecho to que ha podido para volver a conquistar sin aminoración el poder real para su hijo. Pero, según su letra, la ley está de parte de la reina; falta el hecho convincente. Como republicanos, les era permitido conceptuar a la reina como culpable; pero como jueces tenían que atenerse a la ley, que no reconoce ninguna otra culpa sino aquella que está probada. Pero, felizmente para ellos, les es ahorrado a estos pequeños ciudadanos este último conflicto de conciencia, pues saben que la Convención no exige en modo alguno de ellos una sentencia justa. No los ha enviado para decidir esta cuestión, sino que les ha ordenado que se reunieran para condenar a una mujer peligrosa para la seguridad del Estado. Tienen que entregar la cabeza de María Antonieta o presentar la suya propia. Por ello, en realidad, los doce no deliberan más que en apariencia, y si parece que discuten la cuestión más allá de un minuto, sólo es para fingir una deliberación donde hace tiempo que está ordenada una solución inequívoca.

A las cuatro de la madrugada, los jurados vuelven a entrar calladamente en la sala: un silencio de muerte espera su veredicto. Unánimemente declara éste a María Antonieta culpable de los crímenes que le son atribuidos. El presidente Herman

advierte al auditorio -no es ahora ya muy numeroso a tal hora de la mañana; la fatiga ha impulsado a la mayor parte de la gente hacia sus casas- que se abstenga de toda muestra de aprobación.

Entonces es introducida María Antonieta. Ella sola, que desde hace dos días viene luchando ininterrumpidamente a partir de las ocho de la mañana, no tiene todavía derecho a estar fatigada. Le es leída la resolución de los jurados. Fouquier-Tinville solicita la pena de muerte; se acuerda por unanimidad. Entonces el presidente le pregunta a la condenada si todavía tiene alguna queja que presentar.

María Antonieta ha escuchado sin movimiento alguno, perfectamente tranquila, la decisión de los jurados y la sentencia. No muestra ni el más pequeño indicio de miedo, de debilidad o de cólera. A la pregunta del presidente no contesta palabra; sólo mueve negativamente la cabeza. Sin volverse, sin mirar a nadie, sale fuera de la sala en medio del silencio general y desciende la escalera; está cansada de esta vida, de estas gentes y, allá en lo más profundo, satisfecha de que ahora hayan terminado todos estos mezquinos tormentos. Ahora no se trata ya más que de conservarse firme para la hora postrera.

En un momento, en el oscuro pasillo, se niegan a servirla sus fatigados y débiles ojos; el pie no encuentra el escalón, vacila, está a punto de caer. Vivamente, antes de que ocurra, el oficial de la gendarmería, el teniente Busne, el único que durante toda la vista ha tenido valor para traerle un vaso de agua, le ofrece su brazo para sostenerla. Por ello, y porque tuvo su sombrero en la mano mientras acompañaba a la condenada a muerte, es al instante denunciado por otro gendarme y tiene que defenderse: « Tomé esta determinación para evitar una caída; las gentes de buen sentido no podrán ver en ello ningún otro interés, porque si hubiese caído en la escalera, al punto se hubiera gritado que había conspiración y traición». También los defensores de la reina son detenidos al acabar la sesión y registrados por si la reina les ha transmitido secretamente algún mensaje escrito; ¡pobres almas de juristas!, estos jueces temen la imperturbable energía de esta mujer cuando ya está a un solo paso de la tumba.

Pero la que produce todos estos miedos y cuidados, la pobre mujer, desangrada y fatigada, no sabe ni palabra de todas estas lamentables vejaciones; tranquila y

sosegada, ha vuelto a entrar en su prisión. Su vida, ahora, no cuenta más que con algunas horas.

En la pequeña celda arden dos velas sobre la mesa. A la condenada a muerte le han otorgado este último favor para que no tenga que pasar en la oscuridad su última noche antes de la noche eterna. También a otro ruego no osa resistirse el hasta entonces excesivamente cauto carcelero: María Antonieta pide papel y tinta para una carta; desde su última tenebrosa soledad querría dirigir, una vez aún, la palabra a aquellos que se preocupan por ella. El guardia trae tinta, pluma y un papel plegado, y mientras las primeras rojeces de la aurora penetran ya por la enrejada ventana, María Antonieta, con sus últimas fuerzas, comienza a escribir su última carta.

Goethe dice una vez, tratando de las últimas manifestaciones de vida espiritual inmediatamente anteriores a la muerte, esta frase magnífica: «Al fin de la vida, pensamientos hasta entonces no pensados surgen claramente del espíritu; son como genios dichosos que se posan deslumbrantes en las cimas de lo pasado». Tal misteriosa luz de despedida ilumina también esta última carta de la consagrada a la muerte: jamás María Antonieta ha concentrado su alma tan poderosamente ni con tan manifiesta claridad como en esta despedida a madame Elisabeth, la hermana de su esposo y ahora también protectora de sus hijos. Más firmes, más seguros, casi varoniles, son los rasgos de esta letra trazada en una miserable mesilla de prisión que todos aquellos que salían revoloteando desde la dorada mesa de escribir de Trianón; más pura es ahora la forma del lenguaje sin recatar el sentimiento; es como si la tempestad interna desencadenada por la muerte hubiera desgarrado toda la inquieta masa de nubes que fatalmente, durante largo tiempo, le habían encubierto a esta mujer trágica la vista de su propia profundidad. María Antonieta escribe así: «A usted, hermana mía, es a quien escribo por última vez. Acabo de ser condenada no a una muerte vergonzosa, sólo lo es para los criminales, sino a ir a reunirme con su hermano de usted inocente como él, espero mostrar la misma firmeza que mostró él en sus últimos momentos. Estoy tranquila como se está cuando la conciencia no reprocha nada. Tengo la profunda pena de abandonar a mis pobres hijos; usted sabe que yo no existía más que para ellos y para usted, mi hermana buena y tierna. A usted, que lo había sacrificado todo por su afecto hacia

nosotros y para acompañarnos, ¡en qué situación la dejo! He sabido, por el curso del mismo proceso, que mi hija está separada de usted. ¡Ay, mi pobre niña!, no me atrevo a escribirle, no recibiría mi carta; no sé siquiera si ésta llegará a sus manos de usted. Reciba usted mi bendición para los dos; espero que un día, cuando sean mayores, podrán reunirse con usted y gozar por completo de sus tiernos cuidados. Que piensen los dos en to que no he cesado yo de inspirarles: que los buenos principios y el cumplimiento exacto de los deberes son la primera base de la vida, que su amistad y confianza mutuas les traerán la dicha. Que comprenda mi hija que, en la edad que tiene, debe ayudar siempre a su hermano con los consejos que su experiencia, mayor que la de él, y su cariño puedan inspirarle; que, a su vez, mi hijo preste a su hermana todos los cuidados y los servicios que su cariño pueda inspirarle; que sepan, en fin, los dos que en cualquier posición en que puedan encontrarse sólo por su unión será verdaderamente felices; que tomen el ejemplo de nosotros. ¡Cuántos consuelos en nuestras desgracias no nos ha dado nuestra amistad! Y de la dicha se goza doblemente cuando puede compartirse con un amigo; y ¿dónde encontrar uno más tierno y más unido que en su propia familia? Que no olvide jamás mi hijo las últimas palabras de su padre, que tantas veces le he repetido expresamente: ¡que no trate jamás de vengar nuestra muerte! »Tengo que hablar a usted de una cosa bien dolorosa para mi corazón. Sé cuánta pena ha debido producirle ese niño. Perdónele usted, mi querida hermana; piense en la edad que tiene y en lo fácil que es hacer decir a un niño lo que se quiera y hasta lo que no comprende. Llegará un día, así to espero, en que tanto mejor sentirá él todo el aprecio de sus bondades y de su ternura hacia los dos. Me falta todavía confiar a usted mis últimos pensamientos. Habría querido escribirlos desde el comienzo del proceso; pero, aparte que no me dejaban escribir, su marcha ha sido tan rápida que, realmente, no habría tenido tiempo.

»Muero en la religión católica, apostólica y romana, en la de mis padres, en la que he sido educada y que he confesado siempre. No teniendo ningún consuelo espiritual que esperar, no sabiendo si existen todavía aquí sacerdotes de esta religión y ni siquiera si el lugar en que me encuentro los expondría a demasiado peligro si entraran aquí una vez, pido sinceramente perdón a Dios de todas las faltas que he podido cometer desde que existo; espero que, en su bondad, querrá

aceptar mis últimos ruegos, lo mismo que los que hago desde hace tiempo para que quiera recibir mi alma en su misericordia y su bondad.

» Pido perdón a todos los que conozco, y en particular a usted, hermana mía, por todas las penas que sin quererlo haya podido causarle. Perdono a todos mis enemigos el mal que me han hecho. Digo aquí adiós a mis tías y a todos mis hermanos y hermanas. He tenido amigos; la idea de estar para siempre separada de ellos y sus penas son uno de los mayores sentimientos que llevo conmigo al morir; que sepan, por lo menos, que hasta mi último momento he pensado en ellos.

»Adiós, mi buena y tierna hermana; ¡ojalá esta carta pueda llegar a usted! Piense siempre en mí; la abrazo de todo corazón, lo mismo que a esos pobres y queridos niños.

¡Dios mío, cómo desgarra el alma dejarlos para siempre! Adiós, adiós: no voy a ocuparme más que de mis deberes espirituales. Como no soy libre en mis acciones, acaso me traigan un sacerdote; pero protesto aquí de que no le diré ni una palabra y de que lo trataré como a un ser absolutamente extraño.» Aquí termina súbitamente la carta, sin fórmula de despedida ni firma. Probablemente la fatiga ha vencido a quien la escribió. Sobre la mesa arden todavía las dos velas de cera, cuyas vacilantes llamas acaso duren más que la vida del ser humano que escribió a su resplandor.

Esta carta, venida de las sombras, no llega ya a manos de casi ninguno de aquellos a quien iba dirigida. María Antonieta, poco antes de la entrada del verdugo, se la entrega al primer carcelero, Bault, encargándole que se la dé a su cuñada; Bault había tenido bastante humanidad para proporcionarle papel y pluma, pero no el valor necesario para desempeñar sin permiso aquel encargo fúnebre (¡cuantas más cabezas se ven caer, tanto más teme uno por la suya propia!). Por tanto, conforme a los reglamentos, entrega la carta de la reina al juez instructor, Fouquier-Tinvile, que le da entrada en su registro pero tampoco la hace seguir adelante. Y cuando, después de dos años, por su parte, tiene que subir también a la carreta que ha enviado para tantos otros a la Conserjería, desaparece aquel documento; nadie en el mundo sospecha ni conoce su existencia, sino sólo un hombre único, en extremo insignificante, llamado Courtois. Este diputado, sin altura ni talento, había recibido el encargo de la Convención, después de la prisión de Robespierre, de ordenar y

publicar los papeles dejados por éste; con tal motivo, aquel antiguo zuequero tiene la revelación de cuánto poder pone en manos de alguien el apropiarse de secretos documentos de Estado, pues todos los diputados comprometidos se mueven ahora humildemente en torno al pequeño Courtois, a quien antes apenas saludaban, y le hacen las más locas promesas si les devuelve las cartas que habían dirigido a Robespierre. Es, por tanto, labor útil -observa el hábil mercader- apoderarse en cuanto sea posible de correspondencias ajenas; así, se aprovecha del caos general para saquear todos los documentos del Tribunal Revolucionario y negociar con ellos; sólo reserva en su poder, el muy ladino, la carta de María Antonieta, que en esta ocasión cae en sus manos; ¿quién puede saber, dado el curso de los tiempo, cómo podrá alguna vez ser utilizado aquel precioso documento secreto si volviese a cambiar de rumbo el viento? Durante veinte años oculta su rapiña, y, en efecto, cambia el viento. Otra vez llega a ser rey de Francia un Borbón, Luis XVIII, y los «regicidas», aquellos que habían votado la ejecución de su hermoso Luis XVI, sienten ahora en el cuello una extraña picazón. Para adquirir su favor, ofrece Courtois a Luis XVIII (¡ya se ve si es bueno el robar papeles!), en una carta hipócrita, como regalo, aquel escrito de María Antonieta «salvado» por él.

Su astucia no le sirve de nada; Courtois es desterrado lo mismo que los otros. Pero se ha obtenido la carta. Veintiún años después de que la reina la ha expedido, sale a la luz esta asombrosa carta de despedida.

Pero ¡demasiado tarde! Casi todos aquellos a quienes María Antonieta quería saludar en la hora de su muerte han seguido sus pasos. Madame Elisabeth, en la guillotina; el delfín ha muerto realmente en el Temple o vaga entonces desconocido por el mundo (hasta hoy no se sabe toda la verdad), bajo nombre extraño, ignorante de su propio destino. Y tampoco a Fersen alcanza ya el amoroso saludo. Ninguna palabra lo cita en aquella carta y, sin embargo, ¿a quién si no a él van dirigidas aquellas emocionantes líneas: «He tenido amigos; la idea de estar para siempre separada de ellos y sus penas son uno de los mayores sentimientos que llevo conmigo al morir.»? El deber prohíbe a María Antonieta que mencione delante del mundo a aquel que era para ella lo más querido. Pero había confiado en que estas líneas llegarían a estar alguna vez ante su vista y que el amante reconocería también en estas encubiertas palabras que hasta su último aliento había pensado en

él con invariable rendimiento de corazón. Pero -¡misterioso efecto lejano del sentimiento!, como si Fersen hubiese sentido el deseo de la reina de estar con él en su última hora, responde a ello, como a una llamada mágica, su *Diario*, al recibir la noticia de la muerte: «Es mi mayor dolor, en medio de todas mis penas, pensar que en sus últimos instantes estuvo sola, sin el consuelo de tener a alguien cerca de sí con quien hubiera podido hablar». Lo mismo que ella en él, en la más extrema soledad, también él piensa en ella en el mismo momento. Apartadas por leguas y muros, invisibles e inalcanzables una para otra, respiran sus dos almas con idéntico deseo en el mismo segundo del tiempo: en espacios inalcanzables, por encima del tiempo, se unen sus pensamientos, al difundirse en vibraciones circulares, lo mismo que labio y labio en el beso.

María Antonieta ha dejado la pluma. Lo más difícil está vencido: despedirse de todos y de todo. Ahora descansa en su lecho algunos momentos para concentrar sus últimas fuerzas. Ya, para ella, no hay nada que hacer en esta vida. Sólo una única cosa: morir, y, a la verdad, morir bien.

Capítulo 43
El último viaje

A las cinco de la mañana, mientras María Antonieta escribe todavía su última carta, tocan ya a llamada los tambores en todas las cuarenta y ocho secciones de París. A las siete está en pie toda la fuerza armada; cañones dispuestos a ser disparados cierran los puentes y las grandes calles; destacamentos de guardia atraviesan la ciudad con bayoneta calada; la caballería forma grandes filas... Un inmenso movimiento de soldados, y todo contra una única mujer que ella misma no quiere otra cosa sino llegar pronto al fin. Con frecuencia, la fuerza tiene más miedo de la víctima, que la víctima de la fuerza.

A las siete, la criada del carcelero se desliza silenciosamente en el calabozo. Sobre la mesa arden todavía las dos luces de cera; en el rincón está sentado el oficial de gendarmería, como una sombra vigilante. AL principio, Rosalía no ve a la reina; sólo después nota, toda espantada, que María Antonieta, completamente vestida de su negra ropa de viuda, está tendida en el lecho. No duerme. Sólo está fatigada y agotada por sus permanentes pérdidas de sangre.

La tierna aldeanita se aproxima temblorosa, conmovida por doble compasión: de la condenada a muerte y de su reina. «Señora -pronuncia sobrecogida al acercarse-, ayer por la noche no tomó usted ningún alimento, y casi nada durante el día. ¿Qué desea hoy por la mañana?» « Hija mía -le responde la reina sin levantarse-, ya no necesito nada; para mí está ya todo terminado.» Pero, como la muchacha le ofrezca de nuevo, insistentemente, una sopa que ha preparado especialmente para ella, acaba por decir, fatigada: « Bueno, Rosalía, tráigame usted el *bouillon*». Toma algunas cucharadas; después, la muchachita la ayuda a cambiar de traje. Han recomendado a María Antonieta que no vaya al cadalso con la negra ropa de luto con que compareció ante los jueces: el llamativo traje de viuda podría excitar al pueblo. María Antonieta -¡qué le importa ahora un vestido!- no opone ninguna resistencia y decide llevar un ligero traje blanco de mañana.

Pero tampoco para esta última molestia le es ahorrada una última humillación. En todos estos días, la reina ha perdido sangre incesantemente; todas sus camisas están manchadas de ella. Por el natural deseo de recorrer corporalmente limpia su

último camino, quiere cambiar ahora de camisa y ruega al oficial de gendarmes que está de guardia que se retire durante un momento. Pero el hombre, que tiene el severo encargo de no perderla de vista ni un segundo, declara que no le es permitido abandonar su puesto. Por tanto, se acurruca la reina en el estrecho espacio entre la cama y la pared, y mientras se cambia la camisa, la cocinera, compasiva, se coloca delante de ella para ocultar su desnudez. Pero ¿qué hacer con la ensangrentada camisa? Se avergüenza la mujer de dejar aquel lienzo maculado bajo la vista de aquel hombre desconocido, expuesto a las curiosas miradas de los que, pocas horas más tarde, deben venir para repartir la ropa de su pertenencia. Por tanto, la arrolla rápidamente en un pequeño envoltorio y lo introduce en un hueco que hay en el muro, detrás de la estufa.

Se viste entonces la reina con especial cuidado. Desde hace más de un año no ha vuelto a pisar la calle ni ha visto sobre su cabeza el cielo libre y dilatado: precisamente este último deseo debe hacerlo limpia y decentemente vestida; no es una vanidad femenina to que la determina a ello, sino el sentimiento de la dignidad en esta hora histórica.

Cuidadosamente se ajusta el blanco vestido mañanero, envuelve su cuello con un *fichu* de suave muselina, escoge sus mejores zapatos; oculta sus encanecidos cabellos con una cofia de dos volantes.

A las ocho llaman a la puerta. No, no es todavía el verdugo. No es más que el que le precede, el sacerdote; pero uno de esos que han prestado juramento a la República. La reina se niega cortésmente a confesarse con él; sólo reconoce como verdaderos servidores de Dios a los sacerdotes no juramentados, y, a la pregunta de si debe acompañarla en sus últimos pasos, responde con indiferencia: «Como usted quiera» .

Esta aparente indiferencia es, hasta cierto punto, el muro protector tras el cual prepara María Antonieta su energía para el último viaje. Cuando, a las diez de la mañana, entra el ejecutor Sansón, joven de estatura gigantesca, para cortarle los cabellos, deja tranquilamente que le ate las manos a la espalda y no opone ninguna resistencia La vida, ya lo sabe, no es posible salvarla; únicamente el honor. Pues ahora, ¡a no mostrar debilidad alguna delante de nadie! Sólo conservar la fortaleza y enseñar a todos los que desean verlo cómo muere una hija de María Teresa.

Hacia las once se abren las puertas de la Conserjería. Fuera está la carreta del verdugo, una especie de carro con adrales y al cual está enganchado un poderoso y pesado caballo.

Luis XVI había sido conducido todavía a la muerte, solemne y respetuosamente, en su cerrada carroza de corte, protegido por las paredes de cristal contra la más grosera curiosidad y el más ofensivo odio. Pero, después, la República ha seguido avanzando desmedidamente en su camera impetuosa; también exige igualdad en el viaje de la guillotina; una reina no debe morir más cómoda que cualquier otro ciudadano; un carro de adrales es suficiente para la viuda de Capeto. Como asiento le sirve sólo una tabla puesta entre los travesaños, sin almohadón ni cubierta alguna; también madame Roland, Danton, Robespierre, Fouquier, Hébert, todos los que envían ahora a María Antonieta hacia la muerte, harán su último viaje sobre la misma dura tabla; sólo un breve trecho de camino precede la condenada a sus condenadores.

Primeramente surgen del oscuro pasillo de la Conserjería algunos oficiales, y detrás de ellos toda una compañía de la guardia con el fusil al hombro; después María Antonieta, tranquila y con seguro paso. El verdugo Sansón lleva cogido el extremo de la larga cuerda con la cual ha atado a la espalda las manos de la reina, como si hubiese peligro de que su víctima, rodeada de centenares de guardias y soldados, pudiera todavía escaparse.

Involuntariamente, la muchedumbre queda sorprendida por esta humillación insospechada a innecesaria. No se alza ninguno de los sarcásticos gritos habituales. En completo silencio, se deja que la reina avance hasta la carreta. Llegados allí, Sansón le ofrece la mano para subir. Junto a ella se sienta el clérigo Girard, vestido de paisano, mas el verdugo permanece en pie, inconmovible el semblante, con la cuerda en la mano; lo mismo que Carón las almas de los difuntos, lleva a diario su cargamento, con impasible corazón, a la otra orilla del río de la vida. Pero esta vez, tanto él como sus ayudantes, durante todo el trayecto llevan bajo el brazo el sombrero de tres picos, como si quisiesen disculparse de su triste oficio ante la mujer indefensa que conducen al patíbulo.

La miserable carreta avanza lentamente, bamboleándose sobre el pavimento. Con toda intención se deja tiempo para que cada cual pueda considerar suficientemente

este espectáculo único. Sobre su duro asiento, le daña a la reina hasta el tuétano de los huesos cada vaivén de la grosera carreta sobre el mal pavimento, pero, inconmovible el pálido semblante, con sus ojos orlados de rojo mirando fijos ante sí, María Antonieta no da ninguna muestra de miedo o de dolor a las apretadas filas de curiosos. Reconcentra todas las fuerzas de su alma para mantenerse enérgica hasta el final, y en vano sus más crueles enemigos acechan para sorprender en ella un momento de debilidad o desaliento. Pero nada desconcierta a María Antonieta, ni siquiera que, junto a la iglesia de Saint-Roch, las mujeres allí reunidas la reciban con los habituales sarcásticos clamores, ni que el comandante Grammont, para animar la fúnebre escena, cabalgue delante del carro de la muerte con su uniforme de guardia nacional y, blandiendo el sable, exclame: « ¡Aquí tenéis a la infame Antonieta! Se ha fastidiado ahora, amigos míos». El semblante de la reina permanece inmóvil, como de bronce; parece no oír ni ver nada. Las manos atadas a la espalda le hacen levantar un poco más la cabeza; mira derechamente ante sí, y todos los abigarrados y bárbaros cuadros de la calle no penetran ya en sus ojos, que, en su interior, se encuentran ya anegados por la muerte. Ni un estremecimiento mueve sus labios, ningún escalofrío recorre su cuerpo; totalmente señora de sus fuerzas, permanece allí sentada, orgullosa y desdeñada, y hasta el mismo Hébert tiene que confesar al día siguiente en su *Père Duchéne*: «Por lo demás, la muy bribona se mantuvo hasta el final audaz a insolente».

En la esquina de la calle de Saint-Honore, en el sitio del actual café de la Régence, esperaba un hombre, lápiz en ristre y una hoja de papel en la mano. Es Luis David, una de las almas más cobardes al mismo tiempo que uno de los mayores artistas de la época.

Siendo uno de los que gritaron más alto durante la Revolución, sirve a los poderosos mientras están en el poder y los abandona en el peligro; pinta a Marat en su lecho de muerte; el 8 Thermidor le jura patéticamente a Robespierre «vaciar con él el cáliz hasta las heces», pero ya el día 9, en sesión fatal, está agotada su sed de heroísmo y el triste personaje se retira a su casa para esconderse, librándose de la guillotina mediante esta cobardía. Enemigo encarnizado de los tiranos durante la Revolución, será el primero que se convierta al nuevo dictador, y para ello, después de haber pintado la coronación de Napoleón, trocará su antiguo odio a los

aristócratas por el título de barón. Arquetipo del eterno tránsfuga que corre tras el poder, lisonjeador de los triunfadores, despiadado con los vencidos, pinta a los vencedores en su coronación y a los derrotados, camino del patíbulo. Desde lo alto de la misma carreta que lleva a María Antonieta, también Danton, que conoce bien su lamentable carácter, lo descubrirá más tarde, y rápidamente, al paso, ha de cruzarle la cara con el latigazo de esta despreciativa injuria: «¡Lacayo!».

Pero aunque tenga alma de criado y un corazón cobarde y miserable, este hombre posee un ojo magnífico y una mano impecable. En un bosquejo, fija de modo imperecedero, en la volandera hoja de papel, el semblante de la reina tal como va camino del cadalso: boceto espantoso y magnífico, dotado de siniestra fuerza, arrancado de la propia vida, caliente y palpitante: una mujer envejecida, ya no bella, pero todavía orgullosa. La boca cerrada con soberbia, como si gritara hacia dentro; los ojos indiferentes y ajenos a lo que ocurre, va sentada, con las manos atadas a la espalda, tan recta y desafiadora sobre su carreta de adrales como si estuviese en un trono. Un indecible desprecio nos habla desde cada uno de los rasgos de su rostro como de piedra; una inconmovible decisión se ve en el busto bien erguido; una resignación que se ha transformado en pertinacia, un dolor que internamente ha llegado a ser una fuerza, prestan a esta atormentada figura una nueva y terrible majestad. Hasta el mismo odio no puede ocultar, en este dibujo, la nobleza con que María Antonieta triunfa de la vergüenza de la carreta de adrales con su actitud magnífica.

La gigantesca Plaza de la Revolución, la actual Plaza de la Concordia, está llena de gente. Diez mil personas se encuentran allí de pie desde por la mañana temprano, para no perder aquel espectáculo único de ver cómo una reina, según la grosera frase de Hébert, es «afeitada por la navaja nacional». Horas enteras lleva ya de espera la curiosa muchedumbre. Para no aburrirse, se charla un poco con una linda vecinita, se ríe, se bromea, se compran periódicos o caricaturas a los voceadores, se hojea el más reciente folleto de la actualidad: *Les Adieux de la Reine à ses mignons et mignonnes* o *Grandes fureurs de la ci-devant Reine.* Se trata de adivinar, en voz baja, qué cabezas caerán aquí, en el cesto, en los días siguientes, y, mientras tanto, se adquiere limonada, panecillos o nueces de los vendedores callejeros: la gran escena bien merece un poco de paciencia.

Sobre este hervidero de curiosos, negro y ondulante, se elevan rígidamente dos siluetas, las únicas cosas sin vida en aquel espacio cargado de animación humana: la esbelta línea de la guillotina, con su puente de madera que lleva del más acá al más allá; en lo alto de su yugo centellea, bajo el turbio sol de octubre, el brillante indicador del camino, la cuchilla recién afilada. Ligera y esbelta, se recorta sobre el cielo gris, juguete olvidado de un dios horrendo, y los pájaros, que no sospechan la tenebrosa significación de este cruel instrumento, juguetean despreocupadamente sobre él en sus revoloteos.

Severa y grave se levanta allí al lado, dominando a esta tremenda puerta de la muerte, la gigantesca estatua de la Libertad, sobre el pedestal que sostuvo en otro tiempo la estatua de Luis XV. Tranquilamente se muestra allí sentada la inaccesible diosa, coronada la cabeza con el gorro frigio, meditando con la espada en la mano; permanece allí sentada, piedra sobre piedra, la diosa de la Libertad, y mira soñadora ante sí. Sus blancos ojos sin pupila miran más allá de la muchedumbre, eternamente inquieta, que se tiende a sus pies, y mucho más allá de la inmediata máquina mortífera, fijándose en algo lejano a invisible. No ve en torno suyo lo humano, no ve la vida, no ve la muerte, la incomprensible y eternamente diosa amada, con sus soñadores ojos de piedra. No oye los gritos de todos aquellos que la llaman, no advierte las guirnaldas que se cuelgan en torno a sus rodillas de piedra, ni la sangre que abona la tierra bajo sus pies. Símbolo de un eterno pensamiento, extraño entre los hombres, permanece silenciosa y contempla en la lejanía una invisible meta. Ni pregunta ni sabe qué cosas se realizan en su nombre.

De pronto se agita la muchedumbre, se alza en conmoción, para quedar después súbitamente muda. En este silencio se oyen ahora unos salvajes gritos que llegan desde la calle Saint-Honoré; se ve la caballería que precede al cortejo, y después, bamboleándose al dar la vuelta a la esquina, la trágica carreta con la mujer amarrada que en otro tiempo fue señora de Francia; de pie, detrás de ella, con la cuerda llevada orgullosamente en una mano y humildemente el sombrero en la otra, viene Sansón, el verdugo. Un silencio total se hace ahora en la plaza gigantesca. Los vendedores no lanzan sus pregones, enmudece toda lengua; tan grande llega a ser el silencio, que se perciben los pesados pasos del caballo y el chirriar de las ruedas. Las diez mil personas que poco antes charlaban y se reían

animadamente, se sienten de pronto oprimidas y contemplan con una mágica emoción de horror a la pálida mujer atada que no mira a nadie. Sabe que aquello no es más que la última prueba. Sólo cinco minutos hasta morir, y después la inmortalidad.

La carreta se detiene delante del patíbulo. Tranquila y sin auxilio de nadie, «con aire aún más sereno que al salir de la prisión», asciende la reina, rechazando toda ayuda, las escaleras de tablas del cadalso; sube exactamente con la misma alada facilidad, calzando sus negros zapatos de satén de tacones altos, por esta última escalera, como en otro tiempo por las escalinatas de mármol de Versalles. Ahora, por encima del repulsivo verbeneo de las gentes, una última mirada que se pierde en el cielo. ¿Reconoce, al otro lado de la plaza, en medio de 1a neblina otoñal, las Tullerías, en las que ha vivido y sufrido indecibles dolores? ¿Recuerda todavía, en estos últimos minutos, ya los postreros, el día en que estas mismas muchedumbres la saludaron con entusiasmo, en el mismo jardín, como heredera del trono? No se sabe. Nadie conoce los últimos pensamientos de un moribundo. Ya está terminado todo. Los verdugos la cogen por los hombros; la arrojan, con un rápido impulso, sobre el tablero, con la nuca bajo el filo; un tirón de la cuerda, un relámpago de la cuchilla, que cae zumbando, un golpe sordo, y Sansón coge ya por los cabellos la cabeza que se desangra, alzándola bien visible a los cuatro lados de la plaza. De repente, el horror que cortaba el aliento de las diez mil personas se resuelve ahora en un salvaje grito de «¡Viva la República!» que retumba al salir de unas gargantas libradas ahora de una furiosa congoja. Después, la muchedumbre se dispersa casi presurosa. *Parbleu!*, realmente son ya las doce y cuarto, más que tiempo para la comida del mediodía; ahora, de prisa a casa. ¿Para qué estar aún más tiempo dando vueltas por allí? Mañana, y todas las próximas semanas, y meses, podrá casi todos los días, en la misma plaza, contemplarse veces y veces idéntico espectáculo.

Es más de mediodía. La muchedumbre se ha dispersado. En un carretoncillo se lleva el ejecutor de la justicia el cadáver, con la sangrienta cabeza entre las piernas. Algunos gendarmes guardan todavía el cadalso. Pero nadie se preocupa de la sangre que va empapando lentamente la tierra; aquel lugar vuelve a quedar vacío.

Sólo la diosa de la Libertad con sus soñadores ojos de piedra, ha permanecido inmóvil en su sitio, y contempla sin cesar, allá en lo remoto, una meta invisible. No

ha visto ni oído nada. Severamente, columbra una eterna lejanía más allá de las salvajes y locas acciones de los hombres. No sabe ni quiere saber qué cosas se hacen en su nombre.

Capítulo 44
La endecha fúnebre

Ocurren demasiadas cosas en París en estos meses para que pueda pensarse mucho tiempo en un único muerto. Cuanto más rápido corre el tiempo, tanto más se acorta la memoria de los hombres. Pasan algunos días, algunas semanas, y ya está plenamente olvidado en París que una reina llamada María Antonieta fue decapitada y sepultada.

Precisamente al otro día de la ejecución todavía aullaba Hébert en su *Pére Duchêne:* «He visto caer en el saco la cabeza del veto hembra. Querría, *foutre,* poder expresaros la satisfacción de los *sans-culottes* cuando la architigresa atravesó París en el coche de treinta y seis estacas... Su maldita cabeza estaba por fin separada de su cuerpo de golfa y en el aire vibraban gritos de: «¡Viva la República!» . Pero apenas se le hace caso; en el año del Terror, cada cual teme por su propio cuello. Mientras tanto, el féretro permanece insepulto en el cementerio, a causa de que no se cavan fosas para una sola persona; sería demasiado caro. Se espera una nueva hornada de la diligente guillotina, y sólo cuando está reunido un número suficiente, la caja de María Antonieta es cubierta con cal viva y arrojada en la fosa común con las nuevas aportaciones. Con ello está todo terminado. En la prisión, el perrillo de la reina corre de una parte a otra, ladrando inquietamente durante algunos días; va olfateando de celda en celda, y salta sobre todos los jergones en busca de su dueña, después, también él cae en indiferencia y el carcelero, compasivo, se queda con él. Más tarde, a las oficinas de la Comuna llega un sepulturero y presenta su cuenta: « Seis libras por el ataúd de la viuda Capeto; quince libras con treinta y cinco *sous* por la sepultura y los sepultureros». Después, un alguacil reúne las miserables prendas de vestir de la reina, forma un inventario y las envía a un hospital; unas pobres viejas se las ponen sin saber ni preguntar a quién pertenecieron antes. Con ello queda terminada, para sus contemporáneos, la persona que se llamó María Antonieta; cuando, pocos años más tarde viene a París un alemán y pregunta por la sepultura de la reina, no se encuentra ya en toda la ciudad ni un solo ser humano que pueda dar informes de dónde está enterrada la ex reina de Francia.

Tampoco al otro lado de la frontera produce gran impresión la ejecución de María Antonieta -era cosa esperada-. El duque de Coburgo, demasiado cobarde para salvarla a su debido tiempo, anuncia al ejército en una patética orden del día que será vengada. El conde de Provenza, que con esta ejecución ha vuelto a dar un gran paso para llegar más tarde a ser Luis XVIII -sólo es preciso, todavía, esconder o arrojar a un lado al mozuelo del Temple-, en apariencia emocionado, encarga misas de difuntos piadosamente. En la corte de Viena, el emperador Francisco, que fue demasiado indolente para escribir siquiera una carta intentando salvar a la reina, dispone un severo luto de corte. Las damas visten de negro; Su Majestad imperial no va durante algunas semanas a ningún teatro; los periódicos escriben contra los malditos jacobinos de París con una gran indignación que parece de encargo. Se lleva la magnanimidad hasta aceptar los diamantes que María Antonieta le había confiado a Mercy, y, más tarde, se recibe a la hija, canjeándola por unos comisarios prisioneros; pero cuando se trata de reintegrar las sumas gastadas en las tentativas de evasión y de saldar deudas de la reina, la corte de Viena se vuelve súbitamente dura de oído. En general, no le es agradable que se le recuerde la ejecución de la reina; hay algo que oprime la conciencia imperial, por haber abandonado tan lastimosamente, ante los ojos de todo el mundo, a una de sus parientas. Años después, todavía observa Napoleón: «Era una máxima establecida en la Casa de Austria guardar profundo silencio sobre la reina de Francia. Al oír el nombre de María Antonieta, bajan los ojos y cambian de conversación como para librarse de un tema inconveniente y embarazoso. Es regla adoptada por toda la familia y recomendada a sus representantes de fuera».

A una sola persona le hiere la noticia en mitad del corazón: a Fersen, el más fiel de los fieles. Cada día, su temor le hace esperar el espantoso suceso: «Desde hace mucho tiempo trato de prepararme a ello, y me parece que recibiré sin gran emoción la noticia».

Pero cuando llegan los periódicos a Bruselas se queda como herido de un rayo: «Aquella para quien yo vivía -escribe a su hermana-, porque no he cesado jamás de amarla, no, no podía dejar de hacerlo, lo comprendo bien en este momento; aquella a quien yo quería tanto y por quien habría dado mil vidas, no existe ya. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué abrumarme de este modo y por qué he merecido así tu cólera? No

existe ya: mi dolor está en su punto máximo y no sé cómo vivo todavía, cómo soporto este dolor, que es extremo y que nada podrá borrar jamás; siempre la tendré presente en mi memoria y siempre será para llorar por ella... Querida amiga mía, ¡ah!, ¿por qué no habré muerto a su lado, y por ella y por ellos, aquel 20 de junio? Sería más feliz que teniendo que arrastrar mi triste existencia en eternos recuerdos, en recuerdos que no terminarán más que con mi vida, porque jamás se borrará de mi memoria su imagen adorada». Sólo para su duelo, sólo para su recuerdo, siente ahora que todavía podrá seguir viviendo: « El único objeto que me interesa no existe ya; él solo lo reunía todo para mí, y ahora es cuando siento hasta qué punto estaba verdaderamente unido a ella. No ceso de ocuparme de su memoria; su imagen me sigue y me seguirá sin cesar y por todas partes; no me gusta otra cosa sino hablar de ella, recordando los bellos momentos de mi vida. ¡Ay de mí! No me queda más que el recuerdo, pero lo conservaré y no me dejará más que con la vida. He dado el encargo de que compren en París todo lo que pueda encontrarse perteneciente a ella; todo lo que tengo es sagrado para mí; son reliquias que sin cesar serán objeto de mi constante admiración». Nada puede reemplazar aquella pérdida. Meses más tarde, todavía escribe en su diario: « Ah, conozco bien cada día cuánto he perdido al perderla a ella y hasta qué punto era perfecta en todo. Jamás ha habido ni habrá mujer como ella». Los años y los años no aminoran su emoción; todo es para él renovada ocasión de recordar a la desaparecida. Cuando en 1796 va a Viena y ve allí por primera vez, en la corte imperial, a la hija de María Antonieta, la impresión es tan fuerte que se le vienen las lágrimas a los ojos: «Mis rodillas se doblaron bajo el peso de mi cuerpo al bajar las escaleras. Había sentido mucha pena y mucho placer y me encontraba muy afectado».

Cada vez que ve a la hija se le humedecen los ojos pensando en la madre; se siente atraído hacia esa sangre, pero ni una sola vez le es permitido a la joven dirigirle la palabra. ¿Procede aquello de una secreta orden de la corte para hacer olvidar a la sacrificada, o es efecto de la severidad del confesor, que quizá conoce las relaciones «culpables» de Fersen con la madre de la muchacha? De mala gana ve la corte de Austria la presencia de Fersen, y con gusto lo ve partir de nuevo: una palabra de

agradecimiento, sin embargo, no la ha oído jamás de la Casa de Habsburgo aquel amigo fidelísimo y abnegado.

Después de la muerte de María Antonieta, Fersen se convierte en un hombre duro a intratable. El mundo le parece frío e injusto; la vida, sin sentido. Sus ambiciones políticas y diplomáticas quedan truncadas por completo. En los años de la guerra vaga por Europa como embajador; tan pronto está en Viena como en Carlsruhe, en Rastatt, en Italia o en Suecia; establece relaciones con otras mujeres, pero nada de ello le ocupa ni le apacigua íntimamente; una y otra vez surge en su *Diario* la prueba de hasta qué punto el amante vivía solo, a lo último, para la sombra amada. El 16 de octubre, aniversario de la muerte de la reina, escribe todavía, al cabo de dos años: «Este día es para mí un día de devoción, y jamás podré olvidar todo lo que he perdido; mi pena durará tanto como yo». Pero todavía hay otra segunda fecha que Fersen designa, una y otra vez, como el día fatal de su vida: el 20 de junio. Jamás pudo perdonarse el no haber desobedecido en aquel día, el de la huida de Varennes, la orden de Luis XVI, con lo que no habría dejado a María Antonieta sola y en medio del peligro; cada vez más, se sentía personalmente culpable por lo ocurrido en aquel día, con una culpa que todavía no había sido satisfecha. Mejor y más heroico habría sido, según se reprocha a sí mismo constantemente, ser destrozado entonces por el pueblo que seguir viviendo de este modo y sobrevivir a la amada, con el corazón privado de alegría y el alma cargada de reproches. «¿Por qué no habré muerto por ella aquel 20 de junio?» Una y otra vez se encuentra acusadoramente repetido en su *Diario* este misterioso reproche.

Pero al destino le gustan las analogías del azar y el inexplicable juego de los números; al cabo de los años es satisfecho este su romántico deseo. Precisamente en esta fecha, en un 20 de junio, encuentra Fersen aquella soñada muerte, y la encuentra exactamente tal como la había deseado. Poco a poco, Fersen, sin ambicionar honores, por la sola fuerza de su nombre en su país natal, ha llegado a ser un hombre poderoso: mariscal de la nobleza y el más influyente consejero del rey, una personalidad verdaderamente importante; pero, al mismo tiempo, es un hombre duro y severo; un amo, en el sentido dado al vocablo en el pasado siglo. Desde aquella jornada de Varennes, odia al pueblo porque le ha arrebatado a su reina, considerándolo como vil populacho y miserable canalla, y el pueblo

corresponde odiando cordialmente a este aristócrata. Secretamente hacen circular sus enemigos que este insolente señor feudal quiere llegar a ser rey de Suecia para vengarse de Francia arrastrando a la nación a una guerra. Y cuando, en junio de 1810, el heredero del trono de Suecia fallece súbitamente, se extendió por todo Estocolmo, de un modo no explicado, el rumor, salvaje y amenazador, de que el mariscal de la nobleza Von Fersen lo ha quitado de en medio con un veneno, para apoderarse él mismo de la corona. Desde este momento, la vida de Fersen está tan amenazada por la cólera del pueblo como la de María Antonieta durante la Revolución. Por eso, los amigos leales advierten, el día del entierro, a aquel hombre obstinado, habiendo oído hablar de toda especie de planes, que no debe tomar parte en la solemnidad, sino permanecer prudentemente en su casa. Pero es el 20 de junio, el día misterioso del destino de Fersen: una oscura voluntad le impulsa a cumplir el hado presentido antes. Y este 20 de junio, en Estocolmo, ocurre exactamente lo mismo que dieciocho años antes habría ocurrido en París si la muchedumbre hubiese encontrado a Fersen como acompañante en el coche de María Antonieta; apenas la carroza ha salido del palacio, cuando un populacho furioso rompe el cordón de tropas, arranca, con sus puños, del carruaje al encanecido señor y lo remata, indefenso, a fuerza de bastonazos y pedradas. El cuadro imaginado para el 20 de junio se ha cumplido; Fersen es destrozado por aquel mismo elemento, salvaje a indomable, que llevó al cadalso a María Antonieta: sangriento y mutilado, delante de la casa municipal de Estocolmo, yace el cadáver del «bello Fersen», el último paladín de la última reina. La vida pudo unirlos; pero murió, siquiera, como por ella, el día fatídico para ambos, de una simbólica muerte.

Con Fersen se va la última persona amorosamente ligada a la memoria de María Antonieta. Ninguna memoria humana ni ninguna sombra viven en realidad sino mientras son aún de verdad queridas para cualquier ser viviente sobre la tierra. Las endechas fúnebres de Fersen son la postrera palabra de la fidelidad; sobreviene después completo silencio. Pronto desaparecen también las otras cosas fieles: Trianón se arruina; sus decorativos jardines son todo maleza; los cuadros, los muebles, en cuyo armonioso conjunto había reflejado su propia desgracia la reina, son vendidos en almoneda y quedan dispersos; con ello se pierde la última huella visible y valedera de la presencia allí de María Antonieta. Y de nuevo se anega el

tiempo en el tiempo; cae sangre sobre sangre; la Revolución se extingue en el Consulado; aparece Bonaparte, pronto se llama Napoleón, el emperador Napoleón, y va a buscar otra archiduquesa de la Casa de Habsburgo para su nuevo y fatal matrimonio. Pero tampoco ésta, María Luisa, aunque ligada a la otra por su sangre, pregunta ni una sola vez -cosa incomprensible para nuestra sensibilidad-, en la roma cobardía de su corazón, dónde duerme su amargo y último sueño aquella mujer que antes que ella vivió y sufrió en las mismas estancias de las mismas Tullerías: jamás una figura todavía tan próxima fue olvidada con tan cruel frialdad por sus más próximos parientes y descendientes. Por fin sobreviene el cambio, como remordimientos de una mala conciencia. El conde de Provenza se ha elevado finalmente, sobre los cadáveres de tres millones de hombres, hasta el trono de Francia, con el nombre de Luis XVIII; por fin, por fin ha llegado a su meta el hombre de los pasos tenebrosos. Ya que felizmente quedan apartados aquellos que durante tanto tiempo cerraron el camino de su ambición: Luis XVI, María Antonieta y su desdichado niño Luis XVII, y ya que los muertos no pueden levantarse y presentar su queja, ¿por qué no erigirles ulteriormente un magnífico mausoleo? Ahora, por fin, se da la orden de buscar sus sepulturas (el propio hermano no había preguntado jamás por la tumba del muerto). Pero después de veintidós años de tan lastimosa indiferencia, ya no es empresa fácil encontrarlas, pues en aquel mal afamado jardín conventual, cerca de la Madeleine, que ha abonado el Terror con mil cadáveres, el rápido trabajo de los sepultureros no dejaba tiempo para contraseñar ninguna sepultura; acarreaban y amontonaban con toda rapidez, uno junto a otro, lo que la insaciable cuchilla impelía diariamente hacia ellos. *Nulla crux, nulla corona,* ninguna cruz, ninguna corona, hacían reconocibles los abonados lugares; sólo una cosa se sabía, y era que la Convención había ordenado que los cadáveres reales fueran cubiertos con cal viva. De este modo cavan y cavan. Por fin resuena el pico al tropezar con una capa dura. Y por una liga semipodrida se reconoce que el puñado de pálido polvo que levantan estremecidos de la húmeda tierra es la última huella de aquella figura desaparecida que en su tiempo fue la diosa de la gracia y del buen gusto, y que después fue la reina castigada y elegida de todos los dolores.

Fin nota del autor

Es usual, al fin de un libro histórico, citar las fuentes que se han utilizado; en el caso de María Antonieta, me parece casi más importante establecer qué fuentes no fueron utilizadas y por qué motivo. Pues hasta los documentos en general más seguros, me refiero a las cartas autógrafas, se nos muestran aquí como inciertas. María Antonieta, varias veces nos hemos referido a ello en este libro, dada la impaciencia de su carácter, fue una indolente autora de cartas; casi nunca se sentaba espontáneamente a escribir, si no la forzaba alguna verdadera coacción, ante aquella maravillosa y delicada mesa de escritorio que todavía hoy puede verse en Trianón. Por tanto, no era en modo alguno sorprendente que, diez o veinte años después de su muerte, no fuera conocido escrito alguno de su mano, aparte las innumerables cuentas con el consabido: *«Payez, Marie Antoinette».* Las dos correspondencias verdaderamente extensas, la que había sostenido con su madre y la corte de Viena, y la otra, íntima, con el conde de Fersen, estaban entonces, y lo estuvieron todavía durante medio siglo, encerradas en los archivos; y las pocas cartas publicadas, dirigidas a la condesa de Polignac, eran igualmente inasequibles en sus originales. Tanto mayor fue la sorpresa, por ello, cuando, en 1840 y 1860, en casi todas las ventas de autógrafos de París surgieron cartas manuscritas que, de un modo asombroso, todas ellas llevaban la firma de la reina, cuando ésta, en realidad, sólo en casos muy singulares había firmado. Después, una tras otra, fueron apareciendo importantes publicaciones: una del conde de Hunolstein; la colección de cartas de la reina, aún hoy la más extensa, reunida por el barón de Feuillet de Conches, y por último la edición de Klinkowstroem, que, aunque honestamente mutiladas, contiene las cartas de María Antonieta a Fersen. La alegría de los historiadores escrupulosos por este magnífico enriquecimiento del material documental no se vio, por cierto, libre de inquietudes: ya pocos meses después de su publicación se dudaba de la autenticidad de toda una serie de cartas de las publicadas por Hunolstein y Feuillet de Conches; se originó una larga polémica, y bien pronto, para las gentes imparciales, estuvo ya fuera de duda que algún falsificador muy hábil y hasta genial había mezclado de la manera más audaz to

verdadero con lo falso, y que al mismo tiempo, como refuerzo de autenticidad, había llegado a lanzar al comercio los falsos autógrafos.

A consecuencia de extraños miramientos, los eruditos no citaron entonces el nombre de aquel magnífico falsificador, uno de los más hábiles de que se tiene memoria. Cierto que Flammermont y Rocheterie, los dos mejores investigadores, dejaron transparentar claramente, entre líneas, contra quién iban dirigidas sus sospechas. Hoy en día no existe ya motivo alguno para silenciar aquel nombre y dejar de enriquecer con ello la historia de las falsificaciones, reseñando un caso psicológico singularmente interesante. El excesivamente celoso multiplicador del tesoro de cartas de María Antonieta no fue ningún otro sino el propio editor de ellas, el barón de Feuillet de Conches; alto diplomático, hombre de una cultura extraordinaria, excelente y ameno escritor y gran conocedor de la historia de la cultura francesa, había escudriñado en todos los archivos y colecciones particulares, durante diez o veinte años, para encontrar todas las cartas de María Antonieta, y, con un celo realmente digno de gratitud y gran conocimiento en la materia, había dado vida a aquella obra, con un rendimiento que todavía hoy merece respeto.

Pero este hombre activo y respetable tenía una pasión, y las pasiones son siempre peligrosas: coleccionaba autógrafos con verdadero fanatismo, tenía la autoridad de un papa en estas cuestiones y le somos deudores de habernos dado, en sus *Causeries d'un curieux*, un tratado perfecto de coleccionismo. Su colección, o, como decía él orgullosamente, su *cabinet,* era el mayor de Francia; pero ¿cuál es el coleccionista que se da por contento con su colección? Probablemente porque sus propios medios no alcanzaban a aumentar sus cartapacios en la proporción que él hubiera deseado, falsificó de su propia mano cierto número de autógrafos de La Fontaine, de Boileau y de Racine que aún en el día de hoy aparecen en el comercio, y los vendió por medio de tratantes parisienses a ingleses. Pero su verdadera obra maestra sigue siendo siempre las falsas cartas de María Antonieta. En este punto, conocía él como ningún otro viviente la materia, la letra y todas las circunstancias accesorias. Así, no fue para él demasiado difícil, sobre la base de siete cartas verdaderamente auténticas a la condesa de Polignac, cuyos originales había reconocido antes que nadie, inventar tantas cartas falsificadas o esquelas de la reina como se le antojó, dirigidas a aquellos de sus parientes de los cuales sabía

que habían estado con ella en la más íntima relación. Poseyendo un especial conocimiento tanto de la grafía como de las formas estilísticas de la reina, singularmente dotado para este extraño negocio como nadie, estaba también, por desgracia, decidido a ejecutar todas estas falsificaciones, cuya maestría es en realidad desconcertante, ya que con toda precisión está imitado el carácter de la letra, y con tal sentimiento del estilo, con tales conocimientos históricos imaginaba cada una de sus particularidades, que, de este modo, con la mayor voluntad -confesémoslo honradamente-, es hoy ya imposible, en el caso de algunas cartas, distinguir si son auténticas o falsas, si han sido pensadas y escritas por la reina María Antonieta o imaginadas y falsificadas por el barón Feuillet de Conches. Para citar un ejemplo, no sabría yo decir con seguridad si aquella carta del barón de Flaschsianden que se encuentra en la biblioteca del Estado prusiano es un original o una falsificación. En favor de la autenticidad nos habla el texto mismo; indican la falsificación su letra, demasiado serena y redonda, y, ante todo, las circunstancias de que su anterior poseedor la había adquirido del propio Feuillet de Conches. Por todos estos motivos, con objeto de lograr una más alta seguridad histórica, sin consideración alguna he dejado despiadadamente a un lado todo documento cuyo origen no ostente otra indicación que la sospechosa de proceder del *cabinet* del barón de Feuillet de Conches: mejor poco y auténtico que mucho y dudoso fue la fundamental ley psicológica que sirvió para valorar las cartas utilizadas en este libro.

No mucho mejor que con las cartas están las cosas en lo que se refiere a la confianza que puede prestarse a los testimonios orales sobre María Antonieta. Si al tratar de otras épocas lamentamos la escasez de Memorias a informes de testigos oculares, en lo que hace al tiempo de la Revolución francesa más bien se quejaría uno de su exceso. En aquellos decenios de tempestad, en los que toda una generación es lanzada, sin descanso alguno, de una oleada política a otra, es raro que quede tiempo bastante para reflexionar y meditar; en el curso de veinticinco años atravesó una sola generación por las transformaciones más inesperadas; casi sin pausa presenció entonces el último florecimiento y la agonía de la monarquía, los primeros y angustiosos días de la Revolución, los espantosos del Terror, el Directorio, la elevación de Napoleón, su consulado, su dictadura, el imperio, el

imperio universal, mil victorias y la derrota decisiva; un nuevo rey, otra vez Napoleón durante cien días... Finalmente, después de Waterloo, sobreviene el gran descanso; después de durar un cuarto de siglo, se ha calmado aquella tempestad universal sin semejante. Ahora, los hombres despiertan de su espanto y se frotan los ojos; se asombran primero de conservar todavía la vida, después de cuanto han presenciado en este espacio de tiempo -a nosotros mismos no nos ocurrió otra cosa cuando se retiró otra vez la inundación que, desde 1914, había mugido incesantemente sobre nosotros-, y ahora, en la segura orilla, todos quieren volver la vista, tranquila y ordenadamente, hacia to que han columbrado y vivido, embrollada y confusamente. Todos quieren ahora leer obras históricas escritas según los recuerdos de testigos oculares, para reconstruir ellos mismos sus revueltos recuerdos; se origina de este modo, hacia 1815, una coyuntura tan favorable para las Memorias, como lo fue entre nosotros, después de la guerra mundial, para los libros de guerra. Este hecho no tardaron en olfatearlo los escritores profesionales y los editores, y a toda prisa, antes de que cesara el interés -también eso lo hemos presenciado nosotros-, para satisfacer la necesidad sentida bruscamente, fabricaron en serie memorias, memorias y memorias de aquel gran tiempo.

De todo aquel que una sola vez hubiera rozado una manga de los personajes que habían llegado a ser históricos exigía el público que contara sus recuerdos. Pero como la pobre gentecilla que, en general, había pasado bobamente a través de los grandes acontecimientos sólo se acordaba de pequeños detalles y, aparte de ello, aquello de que se acordaba no sabía presentarlo de modo interesante, periodistas ingeniosos amasaron, bajo aquellos nombres, grandes pasteles con las escasas pasas que aportaban los otros, los azucaraban con dulzonerías, revolviendo el conjunto con fantasías sentimentales hasta que de ello resultara todo un libro. Cada uno de los que en aquellos tiempos había asistido a una hora histórica en las Tullerías, o en las prisiones, o en el Tribunal Revolucionario, se presenta ahora como autor: la costurera, la camarera, la primera y segunda doncella, el peluquero, el carcelero de María Antonieta, la primera y la segunda *gouvernante* de los niños, cada uno de sus amigos, y *last but not least*, hasta el mismo verdugo monsieur Sansón tiene que escribir también sus Memorias, o por lo menos prestar por dinero su nombre para cualquier libro que confecciona otro.

Naturalmente que estos informes engañosos se contradicen en cada detalle unos a otros, y justamente sobre los decisivos acontecimientos del 5 y del 6 de octubre de 1789, sobre la actitud de la reina durante el asalto de las Tullerías, o sobre sus últimas horas, poseemos siete, ocho, diez, quince, veinte versiones, muy apartadas unas de otras, de pretendidos testigos oculares. Sólo concuerdan todas en su tendencia política, es decir, en la incondicional, conmovedora a inconmovible fidelidad monárquica, y esto se comprende bien si no se olvida que todos ellos han sido impresos con el *imprimatur* de los Borbones. Los mismos servidores y carceleros que durante la Revolución eran los más resueltos revolucionarios, no se cansan de asegurar, bajo Luis XVIII, hasta qué punto han respetado y amado en secreto a la bondadosa, noble, pura y virtuosa reina; pero sólo con que una parte de estos tardíos partidarios hubieran sido, en realidad, tan fieles y llenos de abnegación en 1792 como saben referirlo en 1820, jamás María Antonieta habría entrado en la Conserjería ni pisado el cadalso. Las nueve décimas partes de las Memorias de aquel tiempo proceden, por tanto, de un grosero afán de sensacionalismo o de una bizantina necesidad de baja adulación; y quien busque la verdad histórica procederá de modo excelente (al contrario de lo que hicieron los anteriores expositores) arrojando fuera del campo, desde el primer momento, como testigos indignos de fe, a todas estas mencionadas camareras, a todos estos peluqueros, gendarmes y pajes, a causa de sus recuerdos demasiado complacientes. Eso es lo que hemos hecho aquí de un modo sistemático.

Ello explica por qué en este relato de la vida de María Antonieta no se han empleado gran número de documentos, cartas y conversaciones que, sin reflexionar, habían sido utilizados en todos los libros anteriores. El lector echará de menos diversas anécdotas que, en aquellas biografías, le han encantado o divertido, comenzando por la primera de que, en Schoenbrunn, el pequeño Mozart hubiera solicitado a María Antonieta por esposa, y así sucesivamente hasta la última en que la reina, en el momento de su ejecución, como quiera que hubiera pisado inadvertidamente el pie del verdugo, le dijera, cortés: *«Pardon monsieur»* (frase inventada con demasiado ingenio para ser verdadera).

Se echarán de menos, además, numerosas cartas, ante todo aquellas, tan emocionantes, dirigidas al *Cher Coeur* a la princesa de Lamballe, y a la verdad, por

un motivo extremadamente simple: porque han sido imaginadas por el barón de Feuillet de Conches y no escritas por María Antonieta, lo mismo que toda una serie de frases transmitidas por tradición oral, llenas de sensibilidad, ricas de ingenio, y que sólo no figuran aquí por ello mismo, porque me han parecido harto más ingeniosas y sentimentales de lo que corresponde al carácter de término medio de María Antonieta.

Esta pérdida, en el sentido sentimental pero no en el de la veracidad histórica, está compensada por la aportación de un material documental nuevo y esencial. Ante todo se ha procedido a una minuciosa investigación en el Archivo de Estado de Viena, fruto de la cual ha sido el restituir muy importantes pasajes, y acaso los más en el sentido de intimidad, suprimidos en la correspondencia, publicada como completa, cruzada entre María Teresa y María Antonieta. Aparecen aquí aprovechados sin reserva alguna, porque las relaciones conyugales de Luis XVI y María Antonieta son psicológicamente incomprensibles sin conocimiento del secreto fisiológico tanto tiempo guardado. Aparte ello, es además muy importante la busca que la excelente investigadora Alma Soedernjelm ha emprendido en el archivo de los descendientes de Fersen, con lo cual numerosas tachaduras hechas por motivos morales han sido dichosamente restituidas: la *pia fraus*, la piadosa leyenda del trovadoresco amor de Fersen a la inaccesible María Antonieta, gracias a esta misma torpe mutilación de convincentes documentos, es cada vez menos sostenible; también, en general, otros muchos detalles oscuros a oscurecidos han quedado aclarados de este modo. Por ser nuestra concepción de los derechos humanos y morales de la mujer, aunque por casualidad sea reina, más libre que la de antes, estamos hoy más próximos del camino de la sinceridad y tenemos menos temor a la verdad psicológica, pues ya no creemos, como la anterior generación, que para que interese una figura histórica sea necesario alterar a *tout prix* su carácter, idealizándolo o convirtiéndolo en sentimental o heroico, oscureciendo así importantes rasgos esenciales de su espíritu y exaltando hasta to trágico otros. No el divinizar, sino el humanizar es la suprema ley de todo estudio creador de las almas; su tema es explicar, no disculpar con artificiales argumentos. Se ha intentado esto aquí, tomando por objeto de estudio un carácter medio que sólo a un incomparable destino debe su irradiación más allá de su tiempo y cuya íntima

grandeza nace únicamente de su desmesurada desgracia; esta alma, así lo espero por lo menos, sin exaltar nada en ella, sino precisamente a causa de sus condiciones terrenas, bien puede merecer el interés y la comprensión del tiempo presente. (1932)

Cuadro cronológico

1755	2 noviembre	Nacimiento de María Antonieta.
1769	7 junio	Petición escrita de mano por Luis XV.
1770	19 abril 16 mayo 24 diciembre	Casamiento per procurationem en Viena. Matrimonio en Versalles. Choiseul cae en desgracia.
1772	11 enero 5 agosto	Llegada de Rohan a Viena. Reparto de Polonia.
1773	8 junio	Entrada de María Antonieta en París.
1774	10 mayo	Muerte de Luis XV. El collar es ofrecido a María Antonieta por primera vez. Fersen por primera vez en Versalles. Retiran a Rohan de Viena. Beaumarchais vende su libelo a María Teresa.
1777	Abril, mayo Agosto	Visita de José II a Versalles Primera cópula de los esposos.
1778	19 diciembre	Nacimiento de «Madame Royale», más tarde duquesa de Angulema.
1779		Primer libelo contra María Antonieta.
1780	1 agosto 29 noviembre	Debut en el teatro de Trianón. Muerte de María Teresa.
1781	22 octubre	Nacimiento del primer delfín.
1783	3 septiembre	Paz de Versalles. Inglaterra reconoce los Estados Unidos.
1784	27 abril 11 agosto	Estreno de *Fígaro* en el Théâtre Français Encuentro fingido con Rohan en el Bosquecillo de Venus.
1785	15 agosto 19 agosto	Prisión de Rohan en Versalles. Representación del Barbero en Trianón, última función de aquel teatro.
1786	31 mayo 9 julio	Publicación de la sentencia en el asunto del collar. Nacimiento de la princesa Sofía-Beatriz.

		Comienzo de la intimidad con Fersen
1788	8 agosto	Convocatoria de los Estados Generales para el 1 de mayo de 1789. Necker, otra vez ministro.
1789	5 mayo 3 junio 17 julio 20 junio 25 junio 11 julio 13 julio 14 julio 16 julio Fines de agosto 1 octubre 5 octubre 6 octubre	Apertura de los Estados Generales. Muerte del primer delfín. El tercer Estado se constituye en Asamblea Nacional. Juramento en el Juego de Pelota Libertad de Prensa. Destierro de Necker. Creación de la Guardia Nacional. Toma de la Bastilla. Comienzo de la emigración (Artois, Polignac). Fersen en Versalles. Banquete de los guardias de corps. Invasión de Versalles por el pueblo de París Traslado de la familia real a París. Fundación del Club de los Jacobinos en París
1790	20 febrero 4 junio 3 julio	Muerte de José II. última estancia veraniega en Saint-Cloud. Encuentro con Mirabeau.
1791	2 abril 20-25 junio 14 septiembre 1 octubre	Muerte de Mirabeau. Fuga a Varennes. Barnave y sus amigos en las Tullerías. Juramento de la Constitución por el rey. Asamblea legislativa.
1792	13-14 febrero 20 febrero 1 marzo 24 marzo 29 marzo 20 abril	Fersen en las Tullerías por última vez. María Antonieta, por última vez en el teatro. Muerte de Leopoldo II. Ministerio Roland. Muerte de Gustavo de Suecia. Declaración de guerra a Austria.

	13 junio	Destitución del ministerio Roland.
	19 junio	Veto del rey.
	20 junio	Primer asalto a las Tullerías.
	10 agosto	Ocupación de las Tullerías.
		Danton, ministro de Justicia.
	13 agosto	Suspensión del poder real.
		Traslado de la familia real al Temple.
	22 agosto	Primer levantamiento de la Vendée.
	2 septiembre	Rendición de Verdún.
	2-5	Matanzas de septiembre.
	septiembre	Asesinato de la princesa de Lamballe.
	3 septiembre	Cañoneo de Valmy.
	20 septiembre	Convención nacional.
	21 septiembre	Abolición de la monarquía; proclamación de la República.
		Batalla de Jemmapes.
	6 noviembre	Principio del proceso contra Luis XVI
	11 diciembre	
1793	4 enero	Segundo reparto de Polonia.
	21 enero	Ejecución de Luis XVI.
	16 marzo	Creación del Tribunal Revolucionario.
	31 marzo	Evacuación de Bélgica por los franceses.
	4 abril	Dumouriez, contra el enemigo.
	29 mayo	Levantamiento de Lyon.
	3 de julio	Separación del Delfín de María Antonieta.
	1 agosto	Traslado a la Conserjería.
	3 octubre	Acusación contra los girondinos.
	9 octubre	Rendición de Lyon.
	12 octubre	Primer interrogatorio a María Antonieta.
	15 octubre	Comienza la vista de la causa.
	16 octubre	Ejecución de la reina.
1795	8 junio	Presunta muerte del delfín (Luis XVII).
1814		Luis XVIII (antes conde de Provenza), rey de Francia.